· De la autora superventas ·

~ Angy Skay ~

Famigghia

La salvación del capo

VOL.3

ROMANTIC

Famigghia

La salvación del Capo

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Angy Skay 2022
© Entre Libros Editorial LxL 2022
www.editoriallxl.com
04240, Almería (España)

Primera edición: septiembre 2022
Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 978-84-18748-55-4

Famigghia

La salvación del Capo

vol.3

~Angy Skay~

Orden serie Villanos

1 - Matar a la Reina vol.1
(Serie Diamante Rojo)

2 - La última Torre vol.2
(Serie Diamante Rojo)

3 - Muerte al Rey vol.3
(Serie Diamante Rojo)

4 - Tiziano: La decisión del Capo
vol.1 - Trilogía Tiziano

5 - Adara: La maldición del Capo
vol.2 - Trilogía Tiziano

6 - Famigghia: La salvación del Capo
vol.3 - Trilogía Tiziano

A Bryan.
Que nunca se apague tu sonrisa, mi niño.

A veces mataría por rebobinar y ver que
llegar hasta aquí no ha sido cuestión de suerte.

Imborrable
Dante

Hemos oído un mensaje del Señor, un heraldo ha sido enviado a
decir a las naciones:
«¡En pie, levantémonos y hagámosle la guerra!».

Abdías 1-1

Música que

encontrarás

en esta historia

Índice

1

Destrozando mi vida

Adara Sabello

2

El despiste

3

El número trece

4

Histeria, locura y yo

Tiziano Sabello

5

La fuerza del amor

Adara Sabello

6

En el punto de partida

Tiziano Sabello

7

Planes distintos

Adara Sabello

8

Sálvese quien pueda

Tiziano Sabello

9

Hogar, dulce hogar

Adara Sabello

10

Mi bambino

11

Ni mil perdones serán suficientes

Tiziano Sabello

12

Nos vamos a casa

13

La dura realidad

Adara Sabello

14

Un payaso

15

Mis objetos más preciados

Tiziano Sabello

16

Te la devuelvo

17

La mujer de un capu

Adara Sabello

18

Antonella... Rinaldi

19

El mundo de la oscuridad

20

Resolviendo problemas

Tiziano Sabello

21

La recolecta

22

El escáner bomba

23

Otros negocios

Adara Sabello

24

Descubriendo a Nicole

25

La casa fantasma

Tiziano Sabello

26

Por las dos caras

27

Los años y la vida

Adara Sabello

28

Tu nuevo futuro

29

Había una vez un soplón

Tiziano Sabello

30

El impulso de mi vida

Adara Sabello

31

La genia de la lámpara

32

La Sagrada Biblia

33

Un problema multiplicado por dos

Tiziano Sabello

34

Amor de hermanos

35

Un te quiero infinito

36

El mejor día de mi vida

Adara Sabello

Epílogo

Tiziano Sabello

¿Fin?

Agradecimientos

Agradecimientos infinitos

Tu opinión me importa

Biografía de la autora

1

Destrozando mi vida

Adara Sabello

Intenté abrir los ojos tras escuchar un zumbido gigantesco, pero volví a cerrarlos al no ser capaz de mantenerlos abiertos. Me pesaban una barbaridad, y unas enormes ganas de vomitar agitaron mi estómago.

El último recuerdo que tenía mientras volvía a caer en la inconsciencia era de Arcadiy y de mí, en la barra de la cocina, cuando manteníamos una conversación. Su visita me había asombrado tanto que no supe muy bien el motivo por el cual se encontraba allí; por su rostro, descifré que no era nada bueno. Aquellos ojos tan azules como los de Micaela se cruzaron con los míos una milésima mientras giraba mi cuerpo hacia la entrada de la cocina.

—¿Arcadiy? —lo llamé con extrañeza, y me detuve al verlo, impactada.

Hice una mueca con los labios; mueca que él imitó antes de dar un paso. Extendió su mano con socarronería para que la aceptase, llegó a mi mejilla y depositó un casto beso.

—¿Le preparas un café a tu amigo?

Abrí la boca y la cerré, escudriñándolo de arriba abajo. No pretendía mostrar desconfianza, sin embargo, la situación me pareció extremadamente surrealista, pues, hasta donde yo sabía, Arcadiy estaba a miles de kilómetros de Roma.

—Hola —añadí, cortando la pequeña tensión que se había creado entre los dos después de unos segundos en los que nos evaluamos. Y no solo era el ambiente enrarecido lo que me indicaba que algo no iba bien, sino la pose rígida del rubio, que no daba lugar a dudas. Sonrió, brindándome el saludo que no me había dado—. ¿Ha ocurrido algo?

Entré en la cocina, me giré en dirección a la cafetera y me afané en

preparar un café solo para él y un té para mí. Un carraspeo por su parte provocó que mantuviese la jarra de café en el aire, aunque vertí el contenido al escucharlo nanosegundos después. El taburete de la barra fue lo primero que oí tras ese sonido.

—No, no. —«Demasiado deprisa»—. Tengo que tratar unos asuntos con Tiziano. Pensaba que te lo habría comentado.

Volví sobre mis pasos y deposité las dos tazas en la mesa. Cornelia pasó por la cocina y nos saludó. Les echó un breve vistazo a nuestras tazas y se despidió tras saludar con asombro a nuestro invitado sorpresa.

Coloqué mis manos entrelazadas sobre la encimera y le sonreí. Pero la sonrisa con la que me correspondió continuaba sin ser la sincera, la risueña y la chulesca del rubio. Justo iba a preguntarle qué le ocurría, cuando su petición me extrañó más si cabía:

—¿Hay posibilidad de que me des algo de la nevera para comer? Lo que sea —se apresuró a decir al ver mi ceja alzada—. Muchas horas de avión, princesa.

Sus labios se curvaron de manera inmediata. No me confundió que me pidiese algo de comer, pero sí lo hizo la manera en la que lo dijo. No era él. Lo notaba apagado, nervioso e incluso desanimado.

Le di la espalda y metí la cabeza en el frigorífico, donde encontré unos táperes de comida preparada. Al separarme, noté un ágil movimiento de los brazos de Arcadiy, el mismo al que no le di importancia. Tonta de mí. Le enseñé el primero y asintió, sin saber siquiera el contenido que el plástico guardaba. Lo llevé al microondas, descubriendo una ensalada de verduras con algo de carne, y me giré para enfocarlo. A tientas, moví mi té sin mirarlo, pues mi atención estaba fija en él.

—¿Vas a contarme qué haces aquí y no en Grecia? —Despegó sus labios, pero se los sellé poniendo mi dedo índice en su boca—. Ni se te ocurra mentirme. Sé que no estás bien. Por favor, dime que no ha ocurrido nada. —Casi le supliqué, pensando en mis sobrinos.

Se rascó la nuca y bajó la mano de inmediato al ver que su gesto lo había delatado. Sus ojos se fijaron en mí, sin perder el movimiento mientras le daba un sorbo largo a mi té. Tragó saliva y me imitó. Sin embargo, él se bebió el café de una tacada y alargó la mano hasta la licorera que tenía justo a la izquierda. Sin tomar ni siquiera un vaso, abrió la botella y le dio un extenso trago justo en el momento en el que el microondas llamaba mi atención indicándome que la comida se había calentado.

Solté mi taza y Arcadiy se apresuró a levantarse, diciendo:

—He discutido con Jack.

No me lo esperaba, pero segundos después estaba a mi izquierda. El simple giro por mi parte provocó que me tambalease, y pensé que ese mareo era producto del vuelco inesperado que le había dado a mi cabeza. Los ojos se me nublaron con lentitud y noté que los entrecerraba para enfocar mejor a mi amigo. Estiré una mano para sujetarme a la encimera, pese a que Arcadiy alargó una suya para sostenerme por la cintura.

—¿Qué...?

—Perdóname, princesa. Perdóname.

Su tono se me antojó suplicante y derrotado, pero cuando quise enfocarlo de nuevo, lo único que vi fue una oscuridad horrible; oscuridad que solo se desvanecía cuando abría los ojos y volvía a cerrarlos, como si el sueño se adueñara de mi cuerpo y no me permitiese ver con claridad. Se me emborronaban cada vez que los abría, y en una de ellas pude ver perfectamente a Arcadiy y lo que supuse que era un avión. Sin embargo, no me dio tiempo a preguntar, cuando, de nuevo, caí completamente inconsciente donde quisiera que estuviese.

Y otra cosa no, pero mi corazón latía desbocado al saberse alejado de Roma.

Al saberse alejado de mi italiano.

Otro ruido bestial me sobresaltó y esa vez sí conseguí abrirlos de par en par. Me incorporé abruptamente y coloqué las manos a ambos lados de un colchón duro como una piedra y pequeño como una caja de cerillas, pues los dedos casi me llegaban al lateral de cada extremo.

Mi mirada se fijó en un reducido espacio en el que había un escritorio plagado de objetos desiguales, un armario de tamaño extrapequeño y de mediana estatura, la cama donde me encontraba y la ventana que tenía a mi izquierda. El espacio libre para caminar en lo que supuse que sería un dormitorio era, como mucho, para dar tres pasos y retroceder. La puerta estaba semiabierta, pero el impulso me llevó a plantar las manos en la cristalera ennegrecida y pegar el rostro a ella.

Mis ojos se abrieron en su máxima extensión al darme cuenta de que los carteles de neón que iluminaban parte de una vieja y estrecha calle eran... eran... de letras de un idioma que reconocía pero que no sabía. «¿Japonés?», fue lo primero que me vino a la cabeza, pues el chino lo dominaba a la perfección, y había letras que se asemejaban, pero no eran iguales ni significaban lo mismo. Casi me dio un vuelco al notar mi pecho galopar a una velocidad de vértigo. Retrocedí por inercia, a punto de caerme de golpe en la cama, con una mano en la garganta que ya se cerraba para no permitir entrar el aire que

necesitaba como el comer. Tragué saliva y el nudo se intensificó cuando escuché unas voces procedentes de una zona que no había visto tras aquella puerta entornada. Era... Era... ¡Era Ryan!

A trompicones, me levanté trastabillando por mi propio impulso, intentando no hacer ruido, hasta colocarme detrás de la madera envejecida, de rodillas y sosteniendo la puerta para que no se abriese cuando le di un pequeño golpe sin querer. Asomé lo justo la cabeza, advirtiendo que Arcadiy levantaba las manos en el aire y comenzaba a vocear, contemplado por un estupefacto... ¡Riley! Mi amigo trataba de poner paz entre los dos orangutanes que, a simple vista, parecían discutir de manera acalorada e irracional. Riley extendió las manos para separarlos, pidiéndoles con calma:

—Por favor. ¡Por favor! —Subió el tono—: ¡Que vais a despertarla! ¡Dejad de gritar y vamos a hablar como personas civilizad...!

El rubio lo interrumpió:

—¡No estás pensando! ¡Esto no está bien! ¡No puedes dirigir su vida como te dé la gana! —le gritó desencajado Arcadiy.

—¡¡No!! ¡¡Los que no pensáis con la puta cabeza sois vosotros!! ¡Dejarla a manos de ese desalmado! ¿Estáis subnormales o qué?

—Ese desalmado es su marido —objetó Riley con la voz cargada de temor.

—¡¡¡Su marido de mentira!!! —se desgañitó Ryan.

—A estas alturas, Adara ya será oficialmente la mujer de Tiziano. Sé que mandó los papeles a...

Ryan dio un puñetazo en una mesa, partiéndola. Supe que ese golpe iba dirigido a Riley, aunque se contuvo. Mi amigo se hizo mucho más pequeño y terminó sentándose de sopetón sobre un destartalado sillón. Algo parecido a la rabia, esa que había destellado en mi vida sin ser llamada, surgió en grandes dosis desde mi estómago hasta mi garganta.

¿Que Tiziano había mandado los papeles de la boda? ¿Qué me había perdido? Todo. Evidentemente, porque nadie me había dado la oportunidad de saberlo.

—Mi hermana te matará. Jack te matará —siseó Arcadiy—. Y cuando Tiziano descubra dónde estamos, nos habrás condenado a todos. ¡¿Qué parte no entiendes?!

Ryan avanzó temerario hasta el rubio. Ambos se retaron con bravuconería, pero ninguno agachó la barbilla ni escondió la cabeza. El grandullón movió su rostro para estar muy cerca de Arcadiy y escupió con fiereza:

—Ese loco tendrá que volarme los sesos para llevársela. Así que, como ya no te necesito, puedes marcharte. Veo que eres un asesino de

mierda que le teme a una mafia siciliana.

Los dientes de Arcadiy rechinaron y escuché un breve quejido de Riley:

—¿Hay posibilidad de que yo... también me vaya?

Los dos lo fulminaron con la mirada.

—Van a matarnos. Has creado una brecha en nuestra familia ¡por tu puta cabezonería! ¡Y a mí no me da miedo la mafia! —repuso el ofendido.

El golpe de Arcadiy no tardó en llegar al pecho de Ryan, y el rugido por parte del golpeado apareció de la nada. Apretó los puños a ambos lados de su cuerpo y bramó:

—¡Me importa una mierda! ¡¡Idos los dos!! ¡¡Estáis todos locos!! ¡Tiziano no es de nuestra familia! ¿Alguien se ha percatado de lo que le ha hecho en nuestra ausencia?

—¡¡Sí que lo es!! —voceó Arcadiy—. ¡¿Y qué coño vas a hacer cuando se despierte?! ¡¿Drogarla de por vida?! ¡¡¿Eh?!! —Esperó una respuesta que no llegó, así que Arcadiy atacó de nuevo—: Tiziano no ha actuado bien, pero por lo menos ha intentado enmendarlo. Lo ha hecho bien, Ryan. Tú no.

¿Me habían drogado? Era evidente que sí, y antes de que el tema se caldease más, me levanté, salí de mi escondite y tomé un par de respiraciones grandes, dispuesta a plantarles cara, como si yo fuese una valiente y no me intimidara ver a dos hombres como aquellos discutiendo por mi futuro y con la cabezonería de apartarme de la persona a la que más amaba.

Pensé que la tontería era eso: una simple tontería y que no podía ir más allá, que lo arreglaríamos cordialmente, que yo volvería a Roma, con Tiziano, y que eso se quedaría en una absurdez que intentaría resolver con el italiano para que no matase a Ryan. Pero no. Aquel hombre de dos metros era cabezón a más no poder. Todavía no sabía cuánto.

La puerta crujió tanto que pensé que me quedaría con ella en la mano. Los ojos de mis tres amigos se volvieron en mi dirección, y todavía con un breve mareo que no me permitía estar en plenas facultades adelanté el paso, viendo cómo se quedaban estáticos y desencajados por mi presencia.

—¿Dónde estamos? —les pregunté sosegada, aunque en realidad los nervios provocaban que mis manos temblasen.

Ninguno contestó. Me atreví a dar un paso y ver de refilón que el piso era extremadamente pequeño. Un jaleo tenaz se escuchó en la calle y la vivienda tembló un poco. Imaginé que sería el metro, porque era eso o que una bomba nos caería en breve.

Me limpié el sudor de las palmas de las manos en mi pantalón y tomé una fuerte bocanada de aire antes de continuar acribillándolos a preguntas. Los tres permanecieron petrificados y sin moverse. Alcé la barbilla, lo suficiente como para que pudiesen apreciar el gran enfado que ya me atascaba la garganta.

—¿Dón... dónde... estamos? —titubeé, más por miedo a la distancia que me separaba de Tiziano que por otra cosa. Al ver que ninguno abría la boca, continué—: Entiendo que me habéis drogado, que me habéis apartado a kilómetros de Tiziano...

—A miles —sentenció Ryan—. A miles de kilómetros de ese loco demente.

Apreté los dientes con garra, aunque por dentro temblé al darme cuenta de la gran cantidad de tierra que nos separaba. ¿Qué coño habían hecho?

—Tiziano no está loco —recalqué con mucho ímpetu—. Dame un teléfono. —Nadie se movió, por lo que solicité con más vehemencia—: Ahora mismo.

La sarcástica risa de Ryan se escuchó en todo el salón, retumbando incluso en las paredes. Riley apartó la vista, contemplando el suelo, y Arcadiy me pidió perdón de mil maneras, en silencio.

—Adara, no estamos jugándonos la vida para que a la primera de cambio llames a ese mafioso perturbado. —Entrecerré los ojos, pensando que no hablábamos de lo mismo, que no estaba imponiéndome esa separación—. No vamos a volver a Italia. Y mucho menos vas a volver con ese...

No le di tiempo a que acabara la frase, porque avancé con paso firme y me planté delante de Arcadiy, quedando de espaldas a él, y dándome cuenta de quién había sido el cabecilla de turno de aquel escabroso asunto. Dios mío de mi vida, cuando Tiziano los cogiese por banda...

—Dame un jodido teléfono, Ryan. ¡Ahora! —le exigí, acercando mi rostro todo lo que pude al suyo.

Era ridícula, porque tenía que ponerme de puntillas. Y lo cierto era que me temblaban hasta las pestañas al ser consciente de que estaba enfrentándome a una persona a la que siempre había querido mucho, pero aquello ya era traspasar la línea de protegerme para privarme de la vida que yo quería. El corazón me bombeaba muy muy fuerte, como cuando sabes que estás a punto de pelearte como nunca en tu vida.

Rio con más ganas y Arcadiy bufó a mi espalda. Me giré para observarlo.

—¿Cómo habéis podido participar en esto? —les pregunté dolida—.

¿No habéis pensado en el sufrimiento de los demás?, ¿en Tiziano? —Aproveché el momento para echárselo en cara, aunque lo que más me apetecía era liarme a golpes con los tres—. ¿En mí?

—No vas a volver, Adara. Ahora no lo entiendes, pero con el tiempo te darás cuenta de que lo mejor para ti es empezar de nuevo y...

Me giré furibunda. Con las mejillas a punto de explotarme, lo encaré:

—Si alguien tiene que decidir lo que quiere hacer con su vida..., ¡soy yo! —Me golpeé el pecho con el dedo índice—. ¡Yo, yo, yo y solo yo! ¡¡Tú no eres yo!! —le grité a pleno pulmón, notando una ansiedad gigantesca—. ¡Dame un puto teléfono!

Ryan dio un paso hacia delante y casi se echó sobre mi cuerpo. Mirándome desde arriba y con arrogancia, soltó:

—No.

Apreté los dientes, las manos e incluso los pies, para no lanzarme a su cuello y arañarlo cual gata salvaje hasta que le hiciese daño de verdad. Busqué a Riley, pidiéndole ayuda con mis furibundos ojos, pero mi amigo ni siquiera se detuvo un segundo para meditarlo, pues desvió la mirada hacia otro punto de la sala, esquivándome. Me sentí mal al verme sola y desamparada, en un sitio que no conocía y que mucho menos sabía dónde se encontraba.

Mi mano voló sin ser consciente al pecho de Ryan y comencé a golpearlo con saña, notando que las lágrimas ya empapaban mi rostro. ¿Por qué decidían por mí?, ¿por qué no me dejaban elegir?

—¡No puedes controlar mi vida! ¡¿Me oyes?! ¡¡No puedes!! —Más golpes. Más ansiedad. Más consciente de la realidad—. ¡¡Tengo que estar apartada de personas como vosotros!! ¡¡No de él!!

Los brazos de Arcadiy me rodearon por detrás, pidiéndome una calma que yo no encontraba mientras pataleaba y trataba de golpear a Ryan de la manera que fuese. El maltratado colocó los brazos en jarra con una parsimonia aplastante, y camuflando que mis palabras no le habían dolido, me espetó con tono duro:

—Como nosotros somos los malos, seguro que, por eso, en lo primero que has pensado es que cuando Tiziano se entere nos matará, ¿no? Porque nosotros somos los que queremos alejarte de un chiflado como Tiziano, pero él no es así cuando casi te mata. ¿Verdad, Adara?

Su tono sarcástico me estranguló. No supe en qué momento me había leído la mente, aunque no me dejó mucho tiempo para adivinarlo. Un grito gutural salió de mi garganta mientras le chillaba y les soltaba insultos tanto a Arcadiy como a él, sin detenerme a pensar que eso jamás habría salido de mi boca en una situación cotidiana:

—¡Eres un cabrón sin sentimientos! ¡Porque, como no quieres a nadie, pretendes que todos seamos como tú y no podamos ser felices! ¡¡Egoísta!! ¡¡Eres un puto egoísta!! ¡¡Por eso estás solo!! ¡¡Solo!!

Rio con fuerza y se pasó una mano por la barbilla, sin inmutarse ante mi ataque de histeria. Sus ojos se fueron a mi tatuaje. Alzó una ceja como si también le hubiese molestado ver aquel apelativo en mi piel.

—Adara, tranquilíza...

—¡¡Suéltame!! —le grité a voz en grito a Arcadiy—. ¡¡Todos tenéis la culpa de que esté aquí y no en mi casa!!

—Tu casa... —Ryan rio con más ironía—. Tu casa está en Atenas. Con tu madre. No con ese desquicia...

—¡¡Ni se te ocurra insultarlo más!! ¡Tú no eres mejor persona que él!

Me zafé de los brazos de mi amigo y caminé hasta una de las puertas como una loca tratando de encontrar la salida, cegada por una rabia insana que no me dejaba pensar, ni siquiera encontrar la puerta correcta. Me di de bruces con un cuarto que parecía el de los trastos. Cerré con un sonoro golpe en dirección a la que sí sabía que era la salida tras un breve vistazo y cerciorarme de que tenía varios cerrojos.

Ryan, impasible, se dio cuenta de mis intenciones y avanzó con largas zancadas. Traté de esquivarlo, sin embargo, sus manos fueron más rápidas y me alzaron en vuelo. Noté que mis pies dejaban de tocar la madera desgastada y volaba por los aires, sujeta por sus enormes brazos.

—¡¡Bájame!! ¡¡Bájame!! —Golpeé con furia su espalda, pero no surtió el efecto que deseaba—. ¡Riley, ayúdame! ¡¡Riley!!

Los pasos de Ryan tardaron segundos en llegar a la habitación. Me depositó en el suelo del cuarto en el que había despertado, y un breve empujón bastó para que me tirase a la cama. Tapó toda la entrada con su enorme cuerpo y sentenció, sin opción a réplica por mi parte:

—Descansa. Cuando estés más calmada, hablaremos.

Fui a incorporarme con premura, aunque a destiempo.

—¡No, Ryan, no! —Palmeé la puerta con bestialidad, haciéndome daño—. ¡¡Ryyyaaan!! ¡¡Ryan!!

Escuché el clic al cerrar desde fuera y me desvanecí a plomo. Me senté en la cama y comencé a convulsionar, pensando en las posibilidades que tenía de salir de allí. Posibilidades que se reducían a cero.

—Ryan... —El tono de advertencia de Arcadiy sonó muy amenazante.

—Se le pasará. Ya se le pasará —dictaminó Ryan, muy seguro de sí

mismo.

Palmeé los bolsillos de mi pantalón y busqué por toda la habitación con la esperanza de encontrar algo que me sirviese. Pero ¿qué?, si yo no tenía ni idea de supervivencia... A la vista estaba. Me habían engañado en mis propias narices y encima no tenía posibilidades de salir airosa de aquella situación surrealista. Y todo por su cabezonería. Traté de razonar, de darme cuenta de que Ryan solo quería lo mejor para mí. Sin embargo, nadie podía decidir sobre mi vida. Nadie.

Me limpié las lágrimas a manotazos mientras tiraba todo el contenido del escritorio al suelo, imposibilitándome caminar y entorpeciendo mi paso. La ansiedad continuaba implantada en mi pecho, casi sin dejarme respirar y con una histeria descomunal. Apreté los cojines, los papeles y todo lo que encontré a mi paso con una fuerza que me hizo incluso daño.

Giré mi cuerpo como un huracán al pensar que, tal vez, la ventana pudiese abrirse.

—Mierda... —siseé, dando golpes secos en el pestillo que la cerraba.

No tenía barrotes, así que busqué a mi alrededor algo con lo que golpearla. El único problema que tenía era que, al más mínimo ruido, Ryan o cualquiera de los que estaban en el salón entrarían como caballos desbocados y ni siquiera me darían margen para salir y planificar mi huida.

Me senté en la cama con aplomo, eché la cabeza hacia atrás, golpeándomela con el cristal, y cerré los ojos, permitiendo que mi mente se fuese a Tiziano. A sus manos. A sus caricias. Al último amanecer juntos. A todo. Las lágrimas recorrieron mis mejillas sin permiso, hasta que se vieron eclipsadas por las terribles ganas de salir de allí de la manera que fuese.

Porque tenía que volver con él.

Porque no iba a permitir que nadie dirigiese mi vida.

Derrotada ante tantos pensamientos, escuché cómo una puerta se cerraba y, seguidamente, alguien llamaba a la mía con dos golpes tímidos. Me sorbí la nariz y me preparé, sabiendo que esa llamada no era del instigador. No me dio tiempo de reacción para pensar en un plan, así que agarré un objeto alargado, a mi parecer una especie de adorno de mueble en forma de tronco, y me preparé para estampárselo en la cabeza al primero que entrase.

Lo sentía en el alma. En el alma de verdad, porque, con seguridad y por la manera de llamar, sabía de quién se trataba. Y, como decía Tiziano, iba a comérsela doblada.

La puerta se abrió muy despacio, tanto que me estremeció, y una mano regordeta con un pañuelo de papel asomó por ella.

Me reí.

Me reí como una desquiciada al saber que Riley me pedía paz.

—Llevo los suficientes años con Micaela como para no ser tan tonto y entrar sin mostrar mis intenciones. ¿Por qué estás riéndote como una histérica? —se extrañó.

Reí con más fuerza, supuse que por los nervios y por el sinsentido de la situación, hasta que Riley me siguió en esas carcajadas sin comprenderme. No se asomó, sino que permaneció estático al otro lado, supuse que esperando mi permiso.

—Cuando Tiziano te encuentre, no va a dejar de ti ni el pellejo, amigo.

La risa de Riley se cortó del tirón y abrió la puerta de un manotazo muy fuerte. El terror se mostró en sus ojos. Yo lo advertí con los míos, pensando que él siempre había estado de su lado, y sus labios se apretaron con saña.

Tras unos incómodos segundos de silencio, habló:

—Ryan se empeñó. Yo... —Agachó la cabeza—. Sé que no he actuado bien, pero no podía dejarlo solo. Y, en parte, a Arcadiy también le ocurrió lo mismo. Aunque estamos intentando que recapacite —repuso de carrerilla.

Mis labios se curvaron en una sonrisa triste. Sin pensármelo y dándome cuenta de que mi hermano y mi cuñada no habían tenido nada que ver, le supliqué:

—Por favor, Riley, ayúdame. —Me lancé a coger sus manos, soltando el adorno y mirándolo a los ojos.

Tragó saliva visiblemente y cerró los párpados unos segundos. Se separó de mí, soltándome, y se apoyó en el marco de la puerta.

—Si te ayudo, Ryan me matará.

—Si no lo haces, Tiziano también.

Apretó los labios y continué viendo ese temor en sus ojos. Lo veía indeciso, y ni mucho menos quería aprovecharme de su vulnerabilidad, pero si Riley no me ayudaba, nadie podría hacerlo.

—A ti no se te daba bien el chantaje. ¿Qué han hecho contigo?

Sonreí con sinceridad y cariño.

—No pretendo chantajearte, pero si Tiziano todavía no me ha encontrado, es por ti.

—¿Me prometes que harás lo que sea para que no me corte las pelotas? ¡Ni las manos! Por favor. —Se horrorizó—. Que Tiziano es muy de cortar manos. Y yo, sin estas —las elevó en el aire—, no puedo jugar a la consolita.

Solté una risita, momento en el que mi amigo se sentó en el camastro y yo lo hice a su lado. Lo abracé con necesidad y él me

correspondió con ese abrazo de oso que tanto necesitaba. Tomé una gran bocanada de aire.

—Esto que habéis hecho no está bien. Sois mi familia, y os habéis portado como unos idiotas.

Se separó de mí de manera abrupta y me sobresalté un poco.

—No me digas eso, ¡por Dios! ¡Que no he sido yo!

Arrugó el ceño y lo imité, a sabiendas de que no quería una guerra con él, sino que me ayudase.

—Pero eres igual de culpable, porque estás encubriéndolos.

Se mordió un carrillo e hizo un puchero con desconsuelo, casi desesperado. Tras llevarse las manos a la cabeza, añadió:

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé, joder!

Suspiré y tomé su mano con delicadeza, dispuesta a no perder ni un segundo más.

—¿Dónde estamos, Riley?

Entreabrió los labios para responder, y cuando casi alcanzaba a tener una respuesta y comenzaba a poder enterarme de algo más, la puerta de la entrada se abrió y Ryan apareció con cara de muy malas pulgas.

—Se ha terminado la conversación.

2

El despiste

Habían pasado dos interminables días desde que llegué a no sabía dónde. Ryan no se había movido de mi lado, pues había sido previsor y pronto descubrió que Riley ya se encontraba de manera irremediable de mi lado. A Arcadiy no había vuelto a verlo y ni siquiera me atreví a preguntar por él, pero en una de las ocasiones en las que Ryan intentó establecer una conversación conmigo, dijo algo como que estaba con unos trabajos en la zona.

Y seguía sin saber qué zona. Había momentos en los que solo salía de mi habitación para ir al baño, y en más de una ocasión había pensado en la probabilidad de comenzar a hacerme un túnel en la pared, aunque fuese a base de cabezazos. Dos días consecutivos había estado discutiendo con Ryan, de manera férrea y como nunca me había visto, descubriendo un carácter poco usual en alguien como yo. También había comprendido que sin la ayuda de Riley jamás podría salir de allí, pues Ryan me tenía vigilada las veinticuatro horas, hasta cuando me lavaba los dientes, y el momento en el que le pregunté si pensaba hacer de niñera toda su vida, fue el determinante para darme cuenta de cuándo podría urdir mi plan de huida.

—Hasta que nos marchemos a Estados Unidos, no me moveré de tu lado.

Su tono fue fulminante y le eché un breve vistazo a Riley. Quise entender que él no tendría nada que ver en ese viaje, aunque también intuí que sus ojos habían querido decirme lo mismo que había pensado: que era el momento idóneo para escapar.

No objeté nada, a pesar de que el instante de salir fuese lo que predominaba en cada uno de mis pensamientos. Y no esperaba que llegase tan pronto, pero ese día había llegado sin darme cuenta.

Intenté buscar el apoyo de Riley cuando Ryan comenzó a recoger todas las pertenencias, metiéndolas de cualquier manera en el interior de una bolsa negra. Yo continuaba con la misma vestimenta que había llevado el día que Arcadiy me sacó de la casa de Tiziano.

«Tiziano». Pensaba en él día y noche. En cómo estaría. En cómo se sentiría y en cuánta impotencia tendría al darse cuenta de que no había forma humana de encontrarme si Riley no desbloqueaba lo que quisiese que fuera el aparatejo con códigos que nos salvaguardaba de cualquiera de ellos, y que Ryan custodiaba como un guardián. Había visto el objeto: un ordenador de reducidas dimensiones que Ryan llevaba siempre encima, imaginé que sin fiarse ya de Riley.

Mi amigo confidente elevó una ceja al percatarse de que Ryan no hablaba, solo recogía sin mirar a nadie y nos echaba un rápido vistazo de vez en cuando, con el fin de comprobar que no estuviésemos organizando nada a sus espaldas.

Sentada en la destartalada silla de la mesa que teníamos para comer, recorrí la estancia con la mirada. Tantas veces la había revisado que me la sabía de memoria. Cualquier intento de fuga era en vano, pues tenía únicamente una ventana en mi habitación, que compartía con Ryan sentado en el borde, por si las moscas, y otra en el baño, sobre el inodoro, redonda y tan pequeña que por poco no cabía ni una mosca.

En el rato que había estado admirando la calle había constatado que estábamos en Japón, aunque no me lo hubiesen dicho. Hubo un momento que me sacó una tímida sonrisa, y fue cuando el primer día me miró y vio que observaba cada rincón de la calle desde la cárcel en la que estábamos metidos. Con sus dos índices, se estiró los laterales de los ojos, indicándome que era una especie de chino. Ryan bufó, y ahí se acabaron las pistas y comenzaron los insultos entre él y yo, de nuevo.

La puerta de la entrada principal se abrió y Arcadiy apareció tras ella, con los nudillos y el cuello llenos de sangre. Sus ojos impactaron con los míos a la primera de cambio, pero los mantuve firmes. Nunca pensé que sería capaz.

Estaba arrepentido. De eso no me cabía la menor duda.

—Vamos, cámbiate. Tenemos que marcharnos ya. Y límpiate un poco, o darás mucho el cante.

El gruñido de Ryan no movió a Arcadiy del sitio, que continuaba mirándome. Mi grandullón particular rugió y el suspiro del rubio inundó toda la sala. Desde luego, la tensión podía cortarse con un cuchillo.

—Ryan...

—¡No! —lo interrumpió antes de que continuase, y lo señaló con el dedo—. ¡No pienso escuchar ni una sola tontería!

Pero Arcadiy había cogido carrerilla esa tarde y pensaba soltarlo todo a bocajarro:

—Llevamos cuatro días aquí... —Me tambaleé al no haber sido consciente de eso. Era evidente que no había contado los días de mi viaje—. Tiziano está desquiciado buscándola, y cuando te encuentre, lo que menos debe importarte es que te saque las amígdal...

—¡Que te calles! Recoge tus putas cosas. ¡Nos vamos!

Me acerqué a Arcadiy con la súplica clara en el rostro de que necesitaba ayuda y me lancé a sus brazos.

—¿Has hablado con Tiziano? Por favor, Arcadiy. —Lo zarandeé, histérica—. ¡Llévame con él! ¡Ryan es un estúpido que no sabe ni lo que hace!

Lo fulminé con los ojos y no tardó mucho en contestar al ataque:

—Ryan, por lo que se ve, es el único sensato en este mom...

—Lo he llamado desde una cabina.

Ryan abrió los ojos como platos y negó con la cabeza. Se puso muy rojo por la ira y por el desconcierto de lo que Arcadiy había comentado. Avanzó con paso firme hasta donde nos encontrábamos y extendí una mano, frenándolo.

—¿Que has hecho qué? —le preguntó intimidante.

Pensé que los dientes se le partirían. Arcadiy alzó más la barbilla, y yo me vi en la obligación de interceder en medio de las voces que los dos comenzaron a darse, retándose con muy malos ojos.

—¡¡Sabía que eras un blando!! ¡Recoge las jodidas cosas ya!

—¡No me da la gana! —le gritó Arcadiy, echándose hacia delante e intimidándolo más—. ¡Tú no tienes derecho a decidir sobre ella!

—¡Claro que no lo tiene! —grité endemoniada, aniquilando a Ryan con los ojos.

—¡Que te calles! —voceó Ryan.

Coloqué mis manos en las caderas mientras Arcadiy levantaba la voz, con la puerta semiabierta a su espalda, y mis ojos se desplazaron de Ryan a Riley, que se encontraba detrás, justo en el momento en que le replicaba:

—¡Tú no me mandes callar! Porque no pienso hacerte caso ni ahora ¡ni nunca!

Los ojos de Riley me llamaron desde la distancia, y un breve empujón por parte de Arcadiy me indicó que trataba de ayudarme de alguna manera. No debía girarme para no delatarlo, pero tampoco podía fijarme demasiado en Riley, o Ryan se daría cuenta. Dejé que el orangután continuara gritando a pleno pulmón, discutiendo conmigo y

con el rubio, hasta que sorteé su enorme cuerpo por un lateral, como si estuviese indignada. Me coloqué muy cerca de Riley y este negó brevemente con la cabeza. Entrecerré los ojos, sin entenderlo, hasta que escuché en un susurro:

—Puerto de Yokohama.

Elevó las dos manos y me enseñó todos los dedos; después, tres dedos. «Trece». ¿Trece qué? Parecía que ese número me perseguía allí donde iba, pero no me dio tiempo a meditarlo, pues segundos después un sonido estridente se escuchó a mi espalda, y era Arcadiy empujando a Ryan sobre la mesa del salón. Miré de manera alterna a Riley, apreciando un breve «Rápido» salido de sus labios. Tropecé con mis pies mientras los dos gigantes se daban de hostias.

Abrí los ojos con desmesura y les ordené a mis pies que se pusieran en funcionamiento. Sin embargo, antes de salir, vi que Arcadiy había dejado —no supe en qué momento— una pistola en el recibidor. Tomé una respiración profunda y, muy deprisa, la alcancé y comencé a descender las escaleras del destartalado portal a toda mecha, trastabillando con mis propios pies y con el corazón a punto de salírseme por la boca.

La puerta del edificio estaba abierta, y le di gracias mentalmente a mi guardián llamado Arcadiy, al que le debía la vida. No sabía si había llamado a Tiziano o no, porque lo conocía y pude ver un destello extraño en sus ojos, como si lo que hubiera pretendido hubiera sido sacar a Ryan de sus casillas para que pudiese escapar. Eso me dio a entender que Riley sí había tenido contacto con Arcadiy y que juntos habrían montado un plan para desmantelar el destartalado propósito de Ryan, que no terminaría bien.

¡Era un absurdo! Todos sabíamos que Tiziano no se cansaría de buscarme, y que tarde o temprano, conforme avanzaba nuestra mala convivencia, yo terminaría huyendo en cualquier despiste. No había pensado con calma, y ante todo trataría por todos los medios de que Tiziano no quisiese matarlo de verdad.

Pisé la calle justo en el momento en el que una tromba de agua comenzaba a caer sobre mí. Desbocada, corrí escuchando un grito desgarrador desde el fondo del edificio. Debía esconderme bien si no quería que me encontrasen.

Seguía sin saber dónde estaba con exactitud, en qué ciudad, pero los rascacielos, neones, restaurantes y el bullicio de personas abarcaban cada paso que daba. Comencé a empujar a la gente para que se apartasen y me dejasen continuar, sintiéndome atrapada entre tanta multitud. Escuché mi nombre a lo lejos, pero no me giré para comprobar la distancia a la que estaba, pues sabía que, si era Ryan,

con seguridad me alcanzaría a la mínima de cambio, y ese error ya lo había cometido una vez mientras trataba de escapar de las garras de Eliot.

Una hilera enorme de taxis apareció detrás del tumulto de gente, de punta a punta de una avenida gigantesca. Miré hacia arriba sin dejar de correr, divisando una especie de mirador que no me detuve a observar, y entonces me vino a la cabeza como si fuese una adivinanza: «Tokio».

—¡¡Adaaaaaaraaaaa!!

Ese sí que era Ryan.

El aire. El aire me faltaba en grandes dosis, y lo poco que entraba no conseguía mitigar el dolor que sentía en el pecho. No solo por marcharme de allí de esa manera, sino porque Ryan no había atendido a razones y había sacado una parte de mí que desconocía. Ya estaba bien. Ya estaba bien de verdad.

Me volví, con la mano puesta en el manillar de la puerta del coche, y los ojos de mi grandullón impactaron con los míos mientras apartaba a la gente a mansalva y con grandes empujones. Ese fue el detonante para que actuara. Esos segundos en los que se detuvo y clavó sus preciosos ojos en mí.

Rogándome.

Suplicándome que no cogiese ese taxi.

Al abrir la puerta, me abalancé sobre el asiento y casi arranqué la maneta. El conductor se giró con cara de asombro, y antes de que pronunciase una palabra, ni siquiera supe cómo fui capaz, elevé la pistola y lo encañoné:

—Puerto de Yokohama —le dije en inglés. El hombre no se movió, así que me vi en la obligación, muy a mi pesar, de quitarle el seguro a la pistola. Con los ojos titilantes y un nudo en la garganta, le supliqué —: Por favor... —Miré hacia la ventanilla, viendo que Ryan avanzaba a toda prisa hasta nosotros, seguido de Arcadiy y Riley a lo lejos. Lo apremié con todas mis fuerzas y tuve que colocar el arma en su cabeza, sin querer. Apreté los dientes y le ordené—: ¡Arranque, arranque el puto taxi! ¡¡Arranque!!

Obedeció, pisando a fondo el pedal y adelantando a todos los vehículos que tenía delante. Sus compañeros de oficio se quejaron por lo que había hecho, saltándose, supuse, sus propias normas, pero eso no quitó que acelerase.

—¡No me mate! —me suplicó, mirándome a través del espejo retrovisor.

Yo todavía continuaba petrificada entre los dos asientos y sin bajar la pistola. Asombrosamente, no me temblaba la mano. Tragué saliva al

darme cuenta de lo que estaba haciendo. «Apuntando a un hombre indefenso por supervivencia, Adara». Mi mente tenía razón, así que, al ver que continuaba mirándome y me había contestado en el mismo idioma, le pregunté:

—¿Dónde estamos?

—Estábamos... en... en... Shinjuku. Un barrio de... Tokio. Pero... ¿usted ha dicho que la lleve al... al... puerto de Yokohama? —balbuceó.

Apreté los dientes para que viese entereza en mis actos, más a mi pesar todavía, y empujé lo justo la pistola para darle un toquecito, indicándole que debía seguir conduciendo. Pensé en el número que me había dicho Riley por señas, y no supe si se refería a un barco, a alguien a quien tenía que buscar...

Barajé las posibilidades de llamar a cualquiera, sin embargo, no me sabía el teléfono de Tiziano de memoria, y tampoco iba a llamar a la policía.

¡Mi madre! Llamaría a mi madre, y ella pondría en aviso a Tiziano. ¡Sí! Eso era. Bajé la pistola y apunté en dirección al teléfono que colgaba de una sujeción en la tapicería.

—Necesito su teléfono.

No esperé respuesta y me adelanté a cogerlo, metiendo casi todo mi cuerpo entre el asiento del piloto y el copiloto. Lo arranqué de un golpe seco del cacharro y marqué. El problema fue que el teléfono me salió apagado más de diez veces, pese a mi insistencia.

Ya no me sabía el teléfono de nadie más. Caí agotada de espaldas en el asiento del medio y me llevé ambas manos a la cabeza, enterrándolas entre mi cabello, con la pistola y el teléfono aún en ellas. ¿Qué hacía ahora?, ¿adónde iba?

Suspiré y me tragué las emociones que a punto estuvieron de hacer que flaqueara y provocar que llorase como una niña pequeña. Tras extender la mano hacia delante, para que el hombre que me miraba con miedo cogiese el aparato que no me había servido de nada, le pregunté:

—¿Cuánto falta para llegar?

Elevó un dedo índice con miedo y señaló algo a lo lejos. La noche ya caía descontrolada y oscura sobre nosotros, acompañada ahora de unas tenues gotas que olvidaban el chaparrón anterior. En ese momento vislumbré a lo lejos un mar profundo que se extendía al sur de Tokio, indicándome que habíamos llegado.

Me apoyé en el asiento de nuevo justo cuando el conductor se desvió hacia la derecha para adentrarse en el puerto. Abrí la puerta y le di un leve «Gracias», lamentándome en mi interior por no haber

podido pagarle siquiera la carrera de casi cuarenta minutos. El coche salió derrapando a mi espalda cuando puse los dos pies en el suelo. Alcé la mirada y pensé que, si Ryan conseguía sacarle la información a Riley, iba escasa de tiempo. Y contando con el tipo de negocios al que se dedicaban, imaginé que no tardaría en enterarse.

Atravesé una entrada para viandantes y busqué barcos. En cuestión, solo había uno gigantesco que parecía de mercancías, y me resultó casi imposible pensar que podría montarme allí sin saber adónde me llevaría.

Me abracé el cuerpo con las manos. Estaba perdida y también asustada, rezando para que alguien me ayudase a salir del embrollo en el que estaba metida. Comencé a pensar que si dejaba que Ryan me encontrase, tal vez la idea de huir lo haría recapacitar y me dejaría marcharme. La borré inmediatamente de mi mente cuando, a lo lejos, discerní la silueta de un hombre que no esperaba mientras continuaba caminando en busca de una salida a saber dónde.

Silueta y voz.

Luciano Rinaldi.

El corazón se me oprimió, y casi me dio un infarto cuando desvió sus ojos hacia mí. Retrocedí un paso, a cámara lenta y pensando que el recién llegado no me había visto, y me escondí detrás de una pared que daba a una larga calle. Tragué saliva y miré en todas direcciones, buscando una salida que me sirviese como vía de escape cuando lo escuché pedirles un segundo a sus acompañantes.

Enormes contenedores presuntuosos se alzaban sobre mi cabeza y a los laterales, hasta que distinguí que todos iban numerados. «Trece», recordé. Avancé con paso ligero cuando escuché a Luciano disculparse de nuevo y con mucha más autoridad, supuse que para acercarse justo al punto en el que me había visto. Porque una cosa tenía clara: en esos segundos, se había dado cuenta de que era yo, pese a la oscuridad que abarcaba todo el puerto.

—Treinta y tres. Qué bien... —murmuré de mala gana, acelerando en línea recta.

Amortigüé mis pasos como buenamente pude, tratando de no hacer ruido ni siquiera con la pisada, pues por la noche parecía que incluso los pies retumbaban más que mi impertinente corazón, que no dejaba de zumbar cada vez con más fuerza. Vi que los números descendían y di gracias a que no era al contrario, o habría tenido que dar un rodeo para que Luciano no me encontrase.

¿Qué hacía ese hombre en Tokio? Mil conjeturas pasaron por mi mente, aunque supe que ninguna era la acertada. Ryan no podía estar con él. No podía traicionarnos de esa manera, y mucho menos a

espaldas de todos nosotros y sin saber las intenciones ni los fines.

Dejé de montarme historias cuando me detuve de sopetón al ver que se abrían dos calles. Tenía el tiempo justo para decidir si tomaba el camino de la derecha o el de la izquierda, pues los pasos eran cada vez más apresurados, y ya no solo se escuchaba una persona, sino varias. Eso quería decir que Luciano había mandado a sus hombres para encontrar a la chica que se había topado con él.

A mí.

Cerré los ojos un segundo, me clavé las uñas en las palmas de las manos y me decanté por la derecha, seguido de una intuición que no sirvió de nada, pues los números comenzaron a ascender. La había cagado. Y, siendo realista, no iba a saber salir de ese jaleo de contenedores de distintos colores sin que me viesen. Aquello era un laberinto sin fin, y el tiempo lo tenía más que reducido.

«¿Qué hace este hombre aquí?», volví a preguntarme, sin dejar de caminar a paso ligero. Ese paso ligero se volvió una carrera sin frenos en cuanto volví la vista atrás y me percaté de que me seguían. De que ya me habían visto. La pistola cayó al suelo de la cinturilla de mi pantalón, y ese sonido bastó para que todos localizasen esa dirección. Sin tiempo que perder y con los ojos muy abiertos, la dejé allí y no me detuve ni retrocedí para buscarla.

«Ocho...». ¿Ocho? ¿Cómo estaban organizados los números? Haciendo un cálculo rápido al mirar hacia arriba, me di cuenta de que, al terminar el pasillo, en la separación, los contenedores se habían dividido en pares e impares.

Continué caminando en dirección contraria al tipo que me seguía, aunque bien era cierto que tendría que dar la vuelta para encontrar el trece, porque claramente estaba en la fila par.

—Dieciséis, dieciocho, veinte, veintidós... —musité, corriendo ya y viendo los números pasar como si fuesen flases.

Casi llegaba al final del interminable pasillo cuando otra silueta salió de la nada y tuve reflejos para colarme en medio de dos de ellos. Pegué la espalda a la pared de la chapa y dejé que ambas manos tocaran la frialdad que desprendían. Busqué con la mirada otra alternativa y chasqueé la lengua al ser consciente de cuál era.

Si por el suelo me cogían..., por encima no podrían verme.

Cerré los ojos con fuerza, pensando en que la elasticidad no era lo mío, pero las pocas semanas que había estado entrenando con Tiziano y todos los Sabello tal vez me servirían para algo. Me coloqué de puntillas en el contenedor de enfrente, hinqué las yemas de los dedos en una barra de hierro que dividía la puerta y alcé una pierna, creyendo que iba a ser tarea fácil columpiarme para llegar al

contenedor superior. Mis esperanzas estuvieron a punto de desvanecerse cuando me di cuenta de que estaban tan bien colocados que, como mínimo, había diez por los que escalar si quería llegar a la cúspide. Problema soberanamente grande, ya que, si me resbalaba, me partiría la crisma al llegar al suelo.

Resoplé y reuní todo el coraje que pude, sin permitir que el sentimiento de la debilidad se colase por ningún sitio que me hiciese flaquear. Pensé en él. Pensé mucho en él y en que tenía que salir de allí, fuese como fuese, para verlo aunque fuera una vez más. Odié a Ryan por haberme separado miles de kilómetros de Tiziano, a Arcadiy por haber participado en algo que casi seguro no quería, y casi me dieron ganas de estrangular a Riley por mandarme al puerto, aunque de eso no hubiera tenido culpa.

Me impulsé, apretando mis carrillos con fuerza e intentando hacer el menor ruido posible, casi fusionada con la pared, cuando un hombre robusto pasó por mi lado a toda mecha. Las manos me sudaban y temí resbalarme, pero conseguí sostenerme. Impulsé mi cuerpo hacia arriba, escalando por el medio de esos barrotes que componían la estructura, hasta que conseguí alcanzar el segundo contenedor, que estaba sobrepuesto en una plataforma de aluminio. Aligeré de puntillas, atravesando los contenedores y escuchando la contundente voz de Luciano:

—Sé que está aquí. La he visto. ¡Encontradla!

Me apresuré y casi corrí cuando oí algo. No supe a ciencia cierta si era una persona muy cerca de mí o mi imaginación estaba jugándome una mala pasada, pero eso no quitó que continuase corriendo, esa vez como si me persiguiera el mismísimo demonio.

Me aproximé al final de la plataforma y encontré una pequeña escalera que daba a la planta superior de contenedores, percatándome de que desde abajo también había otra. Solo que desde la posición en la que me encontraba anteriormente no habría podido escoger esa opción, pues me habrían pillado a la primera de cambio.

Subí deprisa, tropezándome con alguna herramienta que supuse que se habrían dejado los propios trabajadores allí. No dudé en coger la primera que vi: un destornillador. Podría parecer de risa contra aquella panda de mafiosos, pero si había conseguido perforarle un ojo a Eliot con la culata de la pistola de Tiziano..., todo podría servir, aunque el destornillador no llevase pinchos.

Sonreí sin darme cuenta al pensar en él: en su forma de ver la vida, en su forma de actuar... A fin de cuentas, en él. Sus ojos fueron los que me dieron más fuerzas para continuar ascendiendo, hasta que me encontré en la sexta planta, desde donde otro pasillo se abría para que

pudiese cruzar al otro lado. Me junté muchísimo a una pared donde estaba el primer contenedor apoyado, pues acababa de escuchar los apresurados pasos de, casi seguro, una persona que andaba con mocasines y no con botas militares. Retomé mi marcha y enganché mis manos a otro cubículo, apreciando una rojez extrema en ellas debido a la fuerza. Eso no me detuvo, pues quería salir de allí. Necesitaba salir de allí. Apreté los dientes con garra y me impulsé. A punto estuvo de salirme un alarido de dolor cuando algo se clavó en la palma de mi mano derecha al llegar al filo del objeto.

Cristales.

Eran unos jodidos cristales.

Moví la mano para quitarme los restos de sangre mientras avanzaba por el pasillo en el que, por lo que parecía, había una comunicación con los impares. El líquido oscuro no dejaba de salir, y me resguardé en una de las paredes. Pasé con rapidez la que tenía limpia sobre la otra, quitando un solo cristal que se había quedado enganchado, aunque no incrustado. Me las llevé al filo de la camiseta y tiré con fuerza, aprovechando que el destornillador estaba en mi cinturilla. Lo clavé en medio y volví a tirar de mi camiseta, destrozándola. Hice un apaño en un pestañeo y me lie la mano con urgencia.

Continuaba sintiendo una presencia muy cercana, pero sabía que lo adecuado no era girarse para verlas venir. Aunque, cuando llegase al contenedor, ¿qué haría? Me detuve en seco al pensar en ello. Notaba mi pecho subir y bajar, subir y bajar... Y también a alguien justo a mi espalda.

—Hola, Adara.

Solo supe que la fuerza vino sin ayuda. Con la mano vendada y un dolor que aguanté sin rechistar, apreté el destornillador en ella, siendo consciente de que era mi único salvavidas y que aquello sí que iba a ser una lucha por la supervivencia.

3

El número trece

Nos retamos durante unos segundos. Él, con las manos metidas en los bolsillos de su impoluto traje oscuro. Yo, con el destornillador y el puño libre apretado con tanta fuerza que casi me rompí la mano.

Permanecí en silencio hasta que, tras evaluarme durante unos segundos más, me dijo con voz contundente:

—Adara.

Mis ojos brillaron y entreabrí los labios lo justo para sonar impertinente de más:

—Dom.

No lo pretendía, aunque me salió solo al recordar lo último que había hecho. Al recordar el disparo a Claudio.

Dio un paso y yo elevé la herramienta con determinación. Mis ojos se quedaron clavados en él. Tal vez no sabría defenderme como él, pero eso no quitaba que no intentase salvar mi vida de la manera que fuese, aunque con ello le hiciese daño a Claudio.

—¿De verdad piensas que vas a matarme con un destornillador?

—Cosas peores se han visto —le contesté resuelta, rogando que Mica apareciese en ese momento con su rifle en el hombro.

No cambié mi postura desafiante, ni siquiera un simple pestañeo pudo indicarle lo nerviosa que me encontraba.

—Vaya. Estás distinta.

—La vida. —Volví a contestarle con una altanería que desconocía mientras daba pasos hacia atrás. Cortos y concisos. Directos hacia donde fuera, pero lejos de él.

Por instinto de resguardarme de algo, la mano que tenía libre subió por mi lateral y él se percató de que había algo en el interior del bolsillo de mi chaqueta justo cuando la coloqué en mi abdomen. De

repente, mientras Dom me evaluaba y yo trataba de no partirme la crisma andando hacia atrás, recordé lo que era.

«Si en cualquier momento ves que la situación se complica y que vas a quedarte sin rastreador, te la tragas». Abrí los ojos de par en par, evidenciando lo que eso significaba. Porque si la tenía allí, una de dos: o no se habían dado cuenta al desactivarme los dispositivos o no funcionaba. Recé para que no se hubiesen dado cuenta. De hecho, en las pequeñas conversaciones que había escuchado a hurtadillas de vez en cuando siempre hablaban de los pendientes y las alianzas que portaba, pero nunca de la bolita que Enzo me había entregado antes de ver al hombre que tenía justo delante de mis narices.

No advirtió mis intenciones cuando abrí la cremallera de la chaqueta, aunque sí se llevó la mano a la cinturilla de su pantalón, donde supuse que tenía la pistola. Fue un visto y no visto cuando saqué la mano, para su sorpresa, y me la llevé a la boca. No me di cuenta de que había estado generando saliva desde que había descubierto que la bola estaba allí.

«Ojalá te sirva», pensé, como si quisiese enviarle ese mensaje a Tiziano, aunque, evidentemente, no iba a llegarle.

—¿Qué haces?

Se alarmó y avanzó con mucha rapidez, pero yo ya notaba la bolita descender por mi organismo a saber dónde. Elevé la mano con el destornillador, sin perder de vista a Dom, y entonces, antes de que me diese caza, me giré como un torbellino y comencé a correr como si me fuese la vida en ello, sin saber adónde me dirigía y sin tener claro qué narices iba a hacer en el momento en el que llegase al contenedor que tantos quebraderos de cabeza me había dado y que, por suerte o por desgracia, tenía a cuatro zancadas de mí.

Atisbé que la puerta estaba semiabierta, y unas cuantas conjeturas sin sentido pasaron por mi cabeza. ¿Estaría Riley allí? No, no podía ser. Habían salido todos conmigo. Aunque si contaba con el tiempo que llevaba dando vueltas para llegar al dichoso número trece, seguramente le habría dado tiempo de llegar a un ejército de Luciano.

—¡Espera! ¡Espera!

Fue más un susurro que un grito, amortiguado y apenas audible por parte de Dom. Yo seguí hacia delante, sin importarme que mi nombre resonara en sus labios unas cuantas veces más, olvidándome del motivo de su flojo tono y del porqué no había hecho nada ni había sido más rápido cuando me había tenido justo delante.

Agarré la puerta del cubículo y me deslicé como una lapa por el filo hasta colocarme dentro y toparme con algo, de espalda. Me giré, viendo demasiadas cajas blancas y perfectamente colocadas. Las de

abajo estaban precintadas con film transparente y grande. Sin embargo, las de arriba se encontraban en los palés pero descubiertas. Entrecerré los ojos, sin dejar de buscar un escondite, hasta que alcancé el final del contenedor y me escondí detrás del último conjunto de... de...

Abrí los ojos como platos al ser consciente de que eran neveras y de lo que podrían contener.

—Adara, escúchame —me pidió jadeante, tendiéndome una mano.

Sujeté la primera tapa que tenía a mi paso y se la lancé a la cabeza, pues aquello no era simple corcho.

Otro paso más.

—¡Que no te acerques! —le voceé, con el destornillador en la otra mano.

Un corazón de un tamaño muy reducido tomó toda mi atención y sentí que me mareaba. Noté que mi espalda tocaba la fría pared del cubículo, aunque eso no bastó para que mi determinación por salir airosa de allí desfalleciese. «Es muy pequeño». Las náuseas subieron por mi garganta como un remolino ardiente. Apreté los dientes con ganas de matar a alguien, pensando y dejando que mi mente se llenase de imágenes indeseables y dolorosas.

—Mi padre sabe que estás aquí. Necesito que confíes en mí para salir de...

Una risa histérica brotó de mis labios mientras mis ojos alternaban entre el corazón y Dom. Alcé levemente el destornillador y le dije entre dientes:

—¿Ayudarme tú? —Asintió con un temple indescriptible—. ¿A qué vas a ayudarme tú? ¡Le disparaste a Claudio!

Tragó saliva visiblemente y pareció arrepentido, aunque también dolido. Amusgué los ojos y avancé por el lateral, dispuesta a plantarle cara pese a saber que me tumbaría en el primer asalto. Pues mis Sabello habían puesto todo su empeño, pero yo seguía estando muy verde. Reí mentalmente al pensar en ellos como si fuesen una posesión mía.

—Y no puedes hacerte una idea de lo que me arrepiento.

Aquello me confundió. Sin embargo, no me dio tiempo a contestarle, ya que alguien entró a punta de pistola y colocó el arma en la cabeza de Dom.

—Aparta tu puto culo de nuestro camino si no quieres que esparza tus sesos aquí.

Dom elevó las manos y la silueta de Arcadiy relució a pesar de la tremenda oscuridad que llenaba aquel sitio, excepto por unas diminutas luces de emergencia que había en los laterales. Cuatro, para

ser exactos. Cerré los ojos al saberme descubierta, aunque la mirada de mi amigo me mostró algo que no esperaba. Era más que arrepentimiento.

—No voy a hacerle nada. Solo quiero ayudarla —le aseguró Dom.

—¡Y una mierda! Vosotros no ayudáis a nadie —le contestó Arcadiy, desarmándolo.

—¿Cómo me has encontrado? —me apresuré a preguntarle, sin moverme de mi posición y sin fiarme de él tampoco.

—Riley me ha dicho que estarías aquí. Que no sé por qué cojones te ha mandado aquí, con lo peligroso que es —gruñó mientras le colocaba a Dom por detrás una especie de cuerda en las muñecas.

—¿Riley? —me extrañé, y busqué con los ojos la salida.

Estaban muy cerca y necesitaba que se moviesen para poder correr en dirección a la salida. Cómo me buscaría la vida para que Luciano no me pillase, era otro cantar. Pero ¿por qué me había mandado Riley allí?

—No hay tiempo para explicaciones. Hablaremos de regreso a Roma.

El corazón me bombeó con mucha fuerza y las manos me temblaron. Sin embargo, el pánico y la desconfianza que todos habían ido creando en mí me alertaron de que podría ser una trampa para regresar con Ryan, y eso sí que no iba a permitirlo.

Porque no me daba la gana.

Porque yo decidía sobre mi vida.

—No voy a ir contigo. Me marcho sola.

Los dos, que habían comenzado a discutir como si yo no estuviese allí, levantaron la cabeza y me miraron: Dom intentando todavía que Arcadiy lo escuchase y el rubio ignorándolo por completo.

—No puedes...

El rudo tono de voz de mi amigo se vio interrumpido, incluida la salida de tono que estaba a punto de salirme por la boca y que se quedó en la punta de mi lengua.

—Vamos a calmarnos y vais a escucharme de una jodida vez. Estamos en un contenedor de órganos que tú tienes que entregar a la policía de la brigada de Aarón. —Arcadiy apretó los labios y yo lo miré—. Este trabajo es de mi padre y unos japoneses que pertenecen a una mafia...

—No me cuentes milongas —lo interrumpió, y me señaló—. Nos vamos, y este contenedor se viene con nosotros.

«Órganos». Ese corazón... Dios... No...

—Si no me escucháis, no podréis salir de aquí, porque tengo a mi padre...

—¡Que te calles, coño! ¡Me importa una puta mierda tu padre! —bufó Arcadiy, zarandeándolo un poco.

Dom gruñó y lo miró con ojos asesinos, aunque rápidamente volvió a mí.

—El número diez tiene todo el cargamento de droga que le robaron a Tiziano. Es el siguiente, Adara. Tengo la maquinaria lista para entrar en el contenedor y que nos suban al barco, pero no podemos llevarnos los dos. —Miró a Arcadiy—. Si salen los dos, se darán cuenta de que algo no va bien.

Arcadiy apretó los labios de nuevo y lo observó con desconfianza. Yo adelanté un paso, incluso viendo que mi amigo negaba con la cabeza.

—¿Qué se supone que quieres que hagamos?

—¡No! —gritó Arcadiy—. ¿Vas a fiarte de este? —Lo señaló con desprecio—. ¡Ni siquiera lo conoces!

—A ti tampoco, por lo que se ve. ¿Te recuerdo que me has traído a la otra punta del mundo sin mi permiso? —Me crucé de brazos a la defensiva, mirándolo con muy mala cara.

—Yo no quería...

—Yo no quería... ¡Yo no quería y aquí estamos! —ladré—. ¿Dom?

Aparté a mi amigo de mi camino, dándome cuenta de la facilidad que había tenido para burlarme de sus palabras y el mismo daño que me habían producido. Porque ellos eran mi familia y, de nuevo, no habían mirado por mí.

—Solo tienes que venir conmigo. Le diremos a mi padre que estás aquí porque te has escapado de Roma y, por ende, de Tiziano. Que tu intención es volver a Atenas.

La risa sardónica de Arcadiy lo detuvo. Señaló lo que tenía a su alrededor y sentenció:

—Quizá tú no sepas cómo va este mundo, pero yo sí, italiano. Y la mercancía de aquí se marcha conmigo. ¿Te queda claro?

—Siempre puedes decir que no la has encontrado —objeté, centrándome en Dom y no en el verdadero problema que aquello le acarrearía a Arcadiy un tiempo después.

—¿Quién se cree que vas a conseguir llevar la mercancía a Grecia? ¿Sabes dónde estamos? —le cuestionó el rubio con sarcasmo.

—Sí. Y también sé quién soy y con quién estoy tratando. Todos tenemos nuestra vía de escape, asesino. —El mutismo de Arcadiy fue suficiente para que Dom me mirase con urgencia—. No podemos seguir tardando, o los hombres de mi padre nos encontrarán.

La manera en la que llamó a mi amigo me recordó a Jack.

—¿Y tú vas a ser el caballero andante que la lleve a Atenas?

—Es la única forma. He programado todo para que ese contenedor llegue a Grecia. Ahora no puedo contaros más, pero os enteraréis de todo cuando subáis. —Miró hacia atrás y continuó, con las manos en la espalda—: Adara, te lo ruego, créeme. Necesito arreglar esto.

Supe que se refería a lo suyo con Claudio, y que ayudarme era una manera directa de hacerlo. No se lo reproché, pues yo habría hecho lo mismo si se tratase de Tiziano.

Movió las manos por detrás para que lo desatáramos. Arcadiy puso los ojos en blanco y negó, soltando un gruñido de disgusto. Llegué a su altura, viendo todas las pertenencias de Dom en las manos de mi amigo, y lo sostuve del brazo.

—Ayúdame de verdad, Arcadiy. —Lo contemplé suplicante—. Por favor.

—No puedo perder este contenedor, Adara. Riley te ha enviado aquí porque nos iríamos directos a Francia, donde está Aarón y donde tengo que...

Lo interrumpí, apretándole el brazo con más fuerza:

—Arcadiy... —insistí, con los ojos brillantes, escuchando aún su tono susurrante—. Se lo prometí a Claudio. —Hice una pausa, viendo que se negaba de nuevo mientras Dom esperaba en silencio—. Se lo debo a Tiziano.

—Tú no le debes nada. ¡Tú no hiciste nada mal!, aparte de intentar proteger a su familia. —Sonó enfadado, y se separó.

Lo vi llevarse las manos al cabello. Se lo mesó y tiró de algunos mechones rebeldes que caían a ambos lados de su frente.

—¡Lo sé, Arcadiy! ¡Todo lo que me digas lo sé! —me desesperé, y alcé la palma de la mano en dirección a Dom—. Pero ahora lo tengo al alcance de mi mano... Y no pienso desaprovecharlo.

El bufido de Arcadiy se oyó a lo grande.

—No tenemos tiempo —repitió Dom, escuchando pasos acelerados en el exterior.

—¡Cállate! —le voceó en un susurro mi amigo, señalándolo cuando se dio la vuelta. Le quité un cuchillo a Arcadiy de la cinturilla de su pantalón bajo su mirada desafiante—. Adara —tomó mi mano y me observó con fijeza—, no le debes nada. No puedes confiar en...

—En nadie, Arcadiy. En nadie.

Supe que esas palabras le habían dolido porque sabía que iban referidas a todos ellos. Sin embargo, me acerqué a un Dom callado y sereno. Bajo la mirada devastadora de Arcadiy, comencé a desatarlo, y como una histérica le dije:

—Ya tendrás tiempo de rendirle cuentas a Aarón. Lo entenderá y tendrás otra oportunidad de coger... —Miré a mi alrededor y cerré los

ojos unos segundos sin querer pensar de dónde procedían esos órganos —. Ya lo harás —sentencié, terminando de soltar a Dom—. Arcadiy, ya basta, por favor.

Mi amigo suspiró y me contempló durante un largo tiempo, hasta que su silencio se vio interrumpido por Dom. Di gracias, porque estaba segura de que Arcadiy usaría palabras que dañarían mi mente para llevarme a su terreno.

—Puedes venir con nosotros.

Arcadiy rio con fuerza. Dio dos pasos y se plantó delante de Dom, quien no se achantó, pero sí observó alerta.

—Sabes lo que ocurre cuando no terminas un trabajo y descubren quién eres, ¿verdad, Domenico?

No entendí el comportamiento de mi amigo, pero sí capté que Dom entendía a la perfección lo que quería decirle. Sin tiempo de reacción, tiré del brazo de Dom y miré a Arcadiy.

—Por favor... —le supliqué.

Se prensó la lengua con los dientes y cabeceó en señal afirmativa, de manera lenta y nerviosa. No quería que le sucediese nada, y por una vez en la vida me di cuenta de que estaba siendo egoísta por no pensar en esos problemas que Arcadiy podría tener al no hacer llegar ese contenedor a Francia.

Me disponía a salir con Dom del cubículo, cuando el vozarrón de Arcadiy resonó por las cuatro paredes:

—Si llego a Grecia y no está sana y salva, no tendrás lugar en la Tierra donde esconderte.

Apreté los labios para no llorar por esa sentencia que, aunque le doliese, Arcadiy acababa de hacer. Dom no contestó, pero sí cogió mi mano con garra y tiró de ella hacia el exterior. La sombra de Arcadiy se perdió en la oscuridad de la noche una vez que miré hacia atrás y vi que nos alejábamos de allí, en dirección a unas escaleras laterales.

Por lo que había creído entender, Riley me había mandado allí a sabiendas de que podría darle las indicaciones a nuestro amigo para que me encontrase, y de ahí poder tener una salida que nos llevaría a Francia. Habían intentado ayudarme a escapar, pero tampoco tendría que haberlo hecho si no hubiesen participado en el plan suicida de Ryan.

—Deja las cavilaciones y céntrate. En cuanto mi padre te vea, debes coger la salida de la izquierda para no llamar la atención. Has venido en aquel barco. —Señaló uno en la distancia mientras continuaba murmurando entre dientes—: Te quedas unos días en Tokio con unos conocidos...

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —lo interrumpí, porque todo

aquello no me sonaba bien para que se lo creyese.

Se detuvo en seco y suspiró, pasándose una mano por la barbilla.

—Porque mientras Arcadiy te vigilaba a ti, yo lo hacía con Claudio. —No supe qué contestar—. Solo tuve que aligerar el viaje de negocios de mi padre al darme cuenta de que te traían a Japón.

—Demasiada casualidad —objeté, comenzando a caminar cuando tiró de mí.

—Dale gracias a que la casualidad soy yo y no él.

Cabeceó en dirección al hombre que, de pie y mirando unos papeles, permanecía serio junto a más de sus hombres. Justo estábamos llegando a su altura cuando noté que el cuerpo me cimbreaba. Respiré varias veces, tratando de llenarme de ese valor que siempre me faltaba. «Por favor, Enzo...», supliqué en mi cabeza, e inconscientemente me llevé la mano a las alianzas, mostrando una tímida sonrisa al recordar que Tiziano había enviado los papeles del matrimonio para que se hiciesen efectivos.

Un pequeño tirón de Dom llamó mi atención cuando casi estábamos a la altura de los hombres de su padre.

—Ayúdame.

Lo contemplé, sabiendo que se refería a Claudio, pero no me dio tiempo a mucho más, pues la temeraria voz de Luciano sonó en mitad de la noche:

—Señora... Sabello. —Arrastró mucho el apellido, como si el simple hecho de pronunciarlo le produjese asco.

A lo lejos, una sombra se movió por arte de magia y supe que era Arcadiy, situado desde cualquier punto donde pudiese tener la cabeza de Luciano a tiro.

Entrelacé las manos, tratando de mantener los nervios a raya. No diré que fue fácil, pero el simple pensamiento de poder abrazar a Tiziano de nuevo me dio fuerzas para enfrentarme incluso al ser despreciable que tenía justo enfrente.

—Señor Rinaldi. —Hice una pausa muy corta antes de continuar—: ¿Qué hace tan lejos de su hogar?

Ensanchó sus labios, como si se hubiese percatado de mi astucia. Sin embargo, nuestra conversación se vio interrumpida por unas cadenas que tiraron de uno de los contenedores. El de la droga de Tiziano.

—Negocios importantes que tengo con unos amigos. —Sonrió con saña—. Aunque, siendo sincero, me hago la misma pregunta.

—Creo que estamos por el mismo motivo en Japón, entonces —añadí resuelta.

Sentí la tensión de Dom en la rigidez de su cuerpo. Di gracias a que

su padre no la notó y a que estuve rápida en la respuesta.

—¿Negocios? Pensaba que ese tipo de cosas las llevaba solo su marido.

Aquello también lo pronunció con asco, y deseé que se muriese de un infarto allí mismo. El pensamiento me vino solo y le solté sin filtro:

—Hay muchos aspectos de mi vida que desconoce, señor Rinaldi. Y mi marido también. Aunque, si le digo la verdad, prefiero que esos asuntos se queden entre nosotros. ¿No cree?

Luciano dio un paso y temí porque ahora no sabría por dónde salir. En menudo berenjenal estaba metiéndome yo sola. Pensé con rapidez qué decirle, pues aquellos ojos avispados me indicaron que poco se creían de lo que estaba soltando por mi boca. Era muy evidente que no había nada más que verme para pensar de esa manera. Sin embargo, esa era una baza muy grande para mí.

—Adara tiene negocios con un traficante de Tokio, padre. Piensa comprar y revender la mercancía que usted mismo ha traído al país sin que Tiziano se entere.

La intrusión de Dom me demostró que de verdad estaba de mi lado, y suspiré al ser consciente de que tenía otra baza más. Entonces, haciendo cávalas rápido, los órganos iban para Luciano, y la droga que le había robado a Tiziano, para los japoneses, quienes no estaban por ninguna parte del puerto.

—¿Es eso verdad? —me preguntó, aunque miró a su hijo con cierto asombro. Un asombro que intentó ocultar con agilidad.

Pero lo había cazado al vuelo y lo aproveché. Avancé sin miedo hasta quedar casi a la altura de Luciano.

—Señor Rinaldi, usted sabe la familia de la que procedo. —Asintió; a mi parecer, obnubilado por mis palabras—. También es conocedor de las ganas que tengo de alejarme de Tiziano. —Repitió su gesto y yo señalé a su hijo—. He aprovechado el momento para contárselo a Domenico y...

—¿Y por qué huía? —me interrumpió con voz grave, y el aliento se me cortó.

Nunca en mi vida hubiese imaginado que en momentos de tensión y clara lucha por la vida podría una persona como yo salir airosa de un asunto tan grande como aquel. Me acerqué lo suficiente para estar muy cerca de Luciano y musité:

—Ya sabe que los Sabello tienen ojos en todas partes, y ni siquiera lo vi. Pensé que se trataba de ellos.

—Y..., si puede saberse, ¿cómo ha conseguido salir de Roma?

Sonreí condescendiente y con una suficiencia que ni de lejos tenía. El contenedor ya estaba cargado, y si no me daba prisa, no entraría.

Pero lo que me salvó de esa situación no fue la respuesta que tenía preparada para intentar despistarlo, sino unas botas militares que sonaron a la espalda de Luciano, donde un Arcadiy temible se plantaba delante de todos los hombres armados y decía con tono duro:

—Porque ha tenido ayuda para hacerlo.

4

Histeria, locura y yo

Tiziano Sabello

Me llevé las manos a la cabeza y me amasé el cabello dándome pequeños tirones, desquiciado. Alargué la mano y cogí de nuevo el montón de papeles donde no cabían más círculos que marcar y los contemplé con la esperanza de que mi pálpito funcionase. Lo llamé a voces, a gritos y con unas súplicas que no había tenido en la vida. Y no apareció. Ni siquiera sabía dónde mirar cuando escuché unos pasos apresurados entrar en el vestíbulo del palacete. Llevábamos cuatro días, camino de cinco, tratando de dar con el paradero de Adara. Mi demonio y mi ángel se miraron entre sí, y tuve que medio sonreír al ver que llevaba una camisa negra puesta, evidenciando mi estado de ánimo. O eso habría dicho mi bambina.

Había cometido un error, y era pensar que Jack y Micaela habían tenido que ver algo con su desaparición. Pero no. Ellos se encontraban delante de mí, con Dante, Valentino y Enzo trasteando un ordenador y buscando posibles localizaciones. Sobre todo Micaela, que conocía más que nadie a Ryan.

Ryan... Pensaba en él y se me revolvía el estómago, porque las ganas de matarlo eran insanas. Tampoco podía dejarme fuera al friki y a Arcadiy, a quienes tenía muchas ganas de echarme a la cara. Que lo haría. Y no sería nada agradable para ellos. Vi que Jack negaba con la cabeza y buscaba ayuda en Agneta, quien regresaba ese mismo día con Carlo a Atenas, pensando que quizá pudiesen tener más suerte allí, o simplemente deteniéndose a esperar que apareciera.

Lo único que me tranquilizaba era saber que estaba con ese condenado y que no permitiría que le ocurriese nada. Lo único, hasta que escuché el torrente de voz de Romeo, que entraba en ese mismo instante con Claudio, Piero y Alessandro:

—Los Rinaldi no están en Italia desde hace dos días.

Levanté la cabeza como impelida por un resorte y enfoqué a mi hermano pequeño. Coloqué las palmas de las manos sobre la mesa del salón y me levanté muy veloz. Casi no atiné a que las palabras salieran de mi garganta cuando vi que alguien más se sumaba a la fiesta. Contuve el aire y apreté el puño en la madera. Mi padre se giró en la misma dirección hacia la que miraba, y mi madre se detuvo a medio camino con su bandeja de pastas y sus miles de tés. Tés que yo no había probado.

—¿Qué es esto? —pregunté con voz grave.

Romeo se volvió y chasqueó la lengua al ver en el umbral de la puerta a Aarón, Klaus, y a su compañera de la brigada, Noa, a la que conocí hacía un tiempo antes de que termináramos con el padre de Adara, Anker Megalos.

Micaela dio un paso hacia mí. Extendió la mano y anunció:

—Tiziano, los he llamado yo. He pensado que podrían...

—Fuera de mi casa —solté firme, sin dejar de mirarlos.

Aarón suspiró y miró a Micaela, indicándole que era algo que ya se sabía. Klaus permaneció callado, observándonos a todos, mientras que Noa Wood mantenía su porte firme y serio. Como si fuese la rubia de gran estatura casi irrompible.

Amusgó los ojos, quise pensar que sabiendo que aquello no era buena idea. No tardó en decirlo a viva voz:

—Es lo mejor. Nosotros no pintamos nada aquí, Aarón. Y no son de nuestro equipo tampoco. —Eso último lo musitó.

Los labios de Dante se curvaron en una sonrisa y lo vi observarla de arriba abajo sin ningún reparo. Valentino ya se llevaba las manos a su arma cuando Jack le pidió calma:

—Por favor, Tiziano. No somos capaces de dar con mi hermana de ninguna manera. Si ellos pueden ayudarnos...

—La mafia no trabaja con la policía.

La frase estelar fue contundente por parte de Piero. Atisbé que mi padre permanecía impasible, con las manos por delante de su vientre, a la espera de que el verdadero capu abriese la boca.

—Es el último recurso que tenemos —casi suplicó Micaela, avanzando en mi dirección. Cogió mi mano con mimo y buscó mis ojos perdidos—. Necesitamos toda la ayuda posible para encontrarla.

No le contesté, aunque sí le devolví la mirada. Me mordí la lengua, sabiendo que la tensión podía cortarse con un cuchillo en la sala, porque todos estaban pendientes de la decisión que tomase. De repente, otra persona más que se había sumado a la búsqueda apareció bajando las escaleras del palacete. Camilo había viajado

desde Colombia, argumentando que mandaría a sus hombres y a quien me hiciese falta para encontrar a mi mujer. Eso solo provocó que nuestra relación se estrechase de manera considerable. Debía admitir que no me había quedado más remedio que darle una oportunidad al italiano que descendía a toda velocidad detrás de él y que había asegurado que estaba de nuestro lado, por mucho que le pesase y aunque todavía recordase que lo había dejado tirado en el monte a su suerte.

—Tizia... —Angelo se calló de sopetón al ver a la policía en nuestra casa.

—Vamos a detener a Vittorio en breve. Tenemos todas las pruebas que lo inculpan —nos informó Klaus sin venir a cuento—. Entiendo que te gustaría tener una conversación privada con él.

Mis labios se curvaron con desgana y asentí con lentitud, aunque eso no fue un argumento contundente como para convencerme. Sin embargo, sí que me indicó que Klaus estaba dispuesto a darme una tregua para que nos llevásemos mejor, y, con seguridad, él esperaba que yo le diese la misma. Agarré el cuchillo de caza con el que había estado trasteando en momentos de histeria máxima y lo moví delante de sus narices entre mis dedos.

—¿No estamos muchos aquí? —preguntó Camilo con arrogancia y picardía, refiriéndose a la policía.

La risa sarcástica de Noa se extendió por el salón y algunos la miraron. Yo seguí sin quitarle los ojos de encima a Aarón. Me solté del agarre de Micaela y la miré.

—Te aseguro que nadie tiene más ganas de dar con ella que yo, ragazza.

—¡Entonces deja que nos ayuden! —exclamó, perdiendo los nervios.

Adelanté el paso, escuchando la última súplica de Aarón y su dirección tras las palabras de Micaela:

—Por favor, Tiziano, permítenos que te ayudemos a encontrarla —me solicitó el poli.

Con galantería y un temple que desconocía hasta el momento, me planté delante de sus narices y lo miré de frente, muy cerca de su rostro. Abrí los ojos bien para que me viese, y este puso los suyos en blanco, sabiendo lo que eso significaba. La rubia adelantó el paso y el clic de la pistola de Romeo no tardó en aparecer. Seguidamente, moví las palmas de las manos hacia arriba, que permanecían en mis costados, de manera breve y casi inapreciable. Muchas armas sonaron a la vez, y todas apuntando a la cabeza de los tres policías.

—Fuera de mi casa —recalqué palabra por palabra, con mucha

lentitud.

—Tiziano... —Esa fue Micaela, imaginé que tratando de utilizar el último cartucho. Jack la detuvo por el codo, negando con un movimiento cuando ya se encaminaba hacia mí.

Nadie se esperaba lo que ocurrió a continuación. Me llevé la mano a la parte trasera del pantalón y saqué la pistola con filigranas en oro. Apunté a la cabeza de Noa y esta dio un paso atrás, aunque no pudo moverse mucho porque el sonido del arma al quitarse el seguro la detuvo.

—La mafia no trabaja con la poli —escupí con asco, repitiendo las palabras de Piero.

—¿Prefieres no encontrarla por seguir unas normas absurdas? —Aarón se exasperó—. ¡Pues piensa que soy tu amigo! —Elevó los brazos al techo y me pidió con los ojos que bajase la pistola. Yo apreté más; la pistola, y, de paso, los dientes.

—Yo no tengo amigos —musité con voz ultratumba.

Un «Eso no es verdad» de parte de Dante se escuchó en la lejanía. Curvé los labios y lo insté a que se marchase, mirando hacia la salida. Aarón suspiró y deslizó una mano por su barba incipiente, buscando los ojos de Micaela; tal vez pidiéndole un perdón que no correspondía, porque, en realidad, no era culpa del poli, sino mía por no querer su ayuda. Pude apreciar que Agneta me observaba con los ojos anegados en lágrimas, seguramente pensando que la única posibilidad que tenía de encontrar a su hija estaba dejándola escapar.

Aarón soltó un último suspiro antes de cabecear en dirección a Jack, indicándole a Klaus y a Noa que se marchaban con un cabeceo hacia la puerta.

—Te llamaré.

Fue lo único que dijo antes de dedicarme otra mirada de reproche. Retrocedió sobre sus pasos y pude apreciar que Klaus me fusilaba con los ojos de la misma forma, incluida la despampanante rubia, que le lanzaba una mirada aniquiladora a Dante, porque estaba guiñándole un ojo mientras Enzo le lanzaba un beso con socarronería.

Tras abandonar la estancia, Alessandro se colocó a mi lado con mucha seriedad, seguido de Romeo, con un teléfono que soltó sobre la mesa. Lo miré y escuché detenidamente, rezando para que esa fuera la pista que podría indicarme dónde estaba mi bambina:

—Hemos vuelto a preguntarles a los contactos de Italia la posibilidad de haberla visto por aquí. No hay ni rastro de ella —añadió Alessandro, señalando el aparato. Camilo y Angelo se colocaron a su lado—. Pero sí hemos descubierto que los Rinaldi no están en Italia.

—¿Dónde están? —pregunté feroz.

Mi hermano Claudio se acercó.

Mi padre, sin saber de qué iba el tema y el porqué del nerviosismo y la mala hostia que le había entrado a Claudio de repente, continuó con sus labores con Enzo y los mapas de los alrededores de Italia, tal vez pensando que podría haber un país vecino en el que estuviesen.

«¿Dónde estás, bambina?, ¿dónde coño te han llevado?». Me mataba más la pena de no tenerla cerca que el simple hecho de querer buscar venganza a toda costa. Porque en esos días me había dado cuenta de la necesidad férrea que tenía de abrazarla, de olerla y besarla hasta desfallecer. Juntos. Los dos. Ahora que lo teníamos todo de verdad. A nuestro alcance, con nuestra vida... Me faltaba el aire al pensar que estaba tan lejos. No saber dónde se encontraba me desquiciaba y me apagaba por segundos.

—Vamos a ir al aeropuerto a preguntar el destino del avión que tomaron.

Asentí a las explicaciones de Alessandro, escuchándolo de fondo mientras Carlo se acercaba y todos se ponían a coordinarse entre sí. Angelo se marcharía con Piero y Claudio al norte de Italia, mientras que Agneta volvería a Atenas junto con Carlo, pues debían regresar para quedarse con los hijos de Jack y Micaela, que se encontraban con Eiren, la hermana de Riley, que sí estaba en Grecia y que desconocía el paradero de su hermano.

—Piccolo. —Escuché la voz de Romeo a lo lejos, y seguidamente cómo chasqueaba los dedos en mi cara—. Piccolo. ¿Estás bien?

Colocó su manaza sobre mi hombro y lo miré, desubicado. El cansancio estaba haciendo mella en mí. Mis ojos volaron a Cornelia, que apareció de repente indicando que la cena estaba lista y que la servirían en unos minutos si queríamos. Valentino tomó las riendas con la ama de llaves y yo moví la cabeza en señal de que necesitaba despejarme. La botella de whisky se me antojó muy apetecible, aunque asombrosamente no había probado ni una gota de ese líquido ambarino que me llamaba a voces. Necesitaba estar lúcido, no borracho.

—Tienes que descansar —musitó mi madre de tal manera que apenas la escuchó nadie.

Llevaba cuatro días en pie, dando cabezazos y despertándome cada media hora como máximo, con la esperanza de haber encontrado algo más que nada. Eso era lo que teníamos: nada. Nada porque se había llevado al mejor hacker del mundo con él. Y con ella, ¡joder! Había pasado por todos los estados que una persona considerablemente corriente podría pasar tratándose de una situación similar. Había

destrozado parte del salón y todos los objetos que se pusieron en mi camino, hasta que Dante, Valentino y Romeo consiguieron reducirme, porque era incontrolable. Había gritado hasta dejarme la garganta en carne viva y me había despellejado los nudillos de tanto golpear las paredes. ¿De qué me había servido? De nada, porque ella seguía sin estar conmigo.

Cada vez que cerraba los ojos la veía. La visualizaba atemorizada, la primera vez que tuve que secuestrarla para Micaela. La veía temerosa cuando estaba conmigo. Asustada, decidida, cambiada. Amándome. Y eso me mataba de tantas formas que era incapaz de explicarlo.

—Escúchame. —Romeo se colocó delante de mí y cogió mis hombros con fuerza—. Sube a tu habitación, descansa lo suficiente para cambiar esa cara de muerto viviente que tienes y bajas. ¿Entendido?

—¿Y si la cara de muerto viviente no se quita? —le pregunté con socarronería, aunque para lo que menos estaba era para bromas.

—Siempre podrás optar por el maquillaje —apuntó Enzo con guasa.

No moví los pies, así que fue Piero quien me dio un toquecito en la espalda para que adelantara el paso y comenzase a andar. Micaela y Jack habían salido detrás de Aarón, imaginé que para mantener una conversación privada con el poli, dada mi negativa.

No supe en qué momento me habían sacado de allí, pero me vi conducido por Claudio, Piero y Romeo escaleras arriba y sin opción a réplica. Tampoco estaba con los ánimos para caldear el ambiente y soltar comentarios inapropiados que tenía en la punta de la lengua, aunque no me salían.

Entrar en el dormitorio fue un bofetón sin manos, porque aquel olor acaramelado que ella portaba se estampó en mis narices sin permiso. Había evitado por todos los medios entrar de nuevo allí para no hundirme más en la miseria y sentirme inútil al no conseguir su puñetero paradero.

—Lo necesitas.

Fueron las últimas palabras de Romeo antes de cerrar la puerta y dejarme solo en la penumbra. Una vez encendida la luz, miré la estancia y la barrí con los ojos, encontrándome algunas de sus prendas esparcidas por el sillón de la esquina y la cama. Me aproximé a esta última y me encontré como un puto desquiciado psicópata con una prenda hecha un gurruño en mi puño. Puño que me había llevado de manera inconsciente a la nariz.

Cerré los ojos un segundo y la recordé en el filo de las escaleras, con aquella sonrisa que iluminaba cualquier tiniebla y sus titilantes

ojos avergonzados cuando le decía algún tipo de marranería de las mías. Marranerías que ya estaban siendo costumbre entre nosotros, sobre todo si me cogía en un mal día, como cuando me dispuse a tirar la vivienda de la parte trasera donde tanto daño le había hecho.

Eso me llevó a pensar en Agneta y en su manera natural de actuar al verme de nuevo días atrás. Ella sabía el motivo por el cual Carlo había estado una temporada en Atenas con ella. Y, jugándome el cuello, seguro que mi guardaespaldas le habría contado el motivo con pelos y señales. Todos éramos listos para saber que en una relación solían contarse cosas de más. Como le había pasado a Claudio con Dom. Que Dios me librase de tener que sacarlo del pozo en el que estaba metiéndose.

No era el mismo. Estaba cabreado de más, no sonreía, gruñía por todo y sus miradas esquivas sepultaban el tema cada vez que asomaba su nombre de la boca de cualquiera. Mi padre aún no era consciente de nada, tal y como habíamos dicho desde un principio, aunque, como siempre, el zorro astuto era muy viejo. No tardé mucho en darme cuenta de ese detalle.

La puerta se abrió y Carlo apareció con el semblante serio.

—¿Puedo? —me preguntó cuando ya estaba dentro.

Sonreí sin ganas, descendiendo la mano para no parecer un loco. Sin embargo, me la coloqué en el muslo, sin soltar la camiseta. Él la miró y continuó con su paso hasta sentarse a mi lado en el diván que presidía la cama. Carlo tomó una fuerte respiración y supe, casi con exactitud, que ahí venía. No fallaba. Es que no fallaba.

Se tomó sus minutos. En su línea y tan imperturbable que daba miedo.

—Necesitas darte una ducha, lo sabes, ¿verdad? —Alzó la ceja, sin dejar de contemplarme.

—¿Huelo? —Acerqué la nariz a mi axila, comprobando que no—. Lo he hecho esta mañana.

No podía vernos de frente, pero sí lo hacía en mi cabeza. Estábamos como cuando tu padre te regaña y se sienta a tu lado, esperando el momento justo para darte la chapa de tu vida: yo, con las manos apoyadas en los muslos, y Carlo, con las suyas juntas entre sí y sin dejar de analizar cada movimiento que hacía. Lo observé de reojo con una sonrisa pilluela. Estaba serio de más, y el ceño lo tenía tan fruncido que casi le desaparecieron los dos ojos.

—Pareces un muermo.

Esa salida de tono me provocó una pequeña carcajada que no pude reprimir. Me alegré de que fuese él quien la ocasionara después de cuatro interminables días sin reírme de verdad.

—¿Quieres que te baile? —Lo miré fijamente. Continuaba en la misma posición: erguido y sin pestañear—. Para que se me quite la muermura. —Me inventé la palabra.

Tomó mucho aire por la nariz y lo soltó con lentitud, amenazante.

—Quiero que dejes de poner esa cara. Que la cambies a la de siempre y que espabiles. Que no des pie a que la policía se meta en tu puta casa para ofrecerte una ayuda que no necesitas. —Casi escupió lo de la policía, porque le había sentado como una patada en los huevos.

—Lo de la policía no ha sido cosa mía y los he echado de casa. ¿Querías que les pegara un tiro sin ton ni son?

Selló los labios ante mi tono.

—No estás haciendo suficiente —me recriminó.

Aquello me provocó el estado de furia permanente en el que había estado sumido los dos primeros días. Me levanté como impelido por un resorte y lo encaré, poniendo muy mala cara y frunciendo el ceño como él.

—¿Vas a decirme a mí que no estoy haciendo lo suficiente por encontrarla? ¿A mí? —Me golpeé el pecho con rabia y apreté los dientes.

Sin miedo, se levantó de su asiento para colocarse a la misma altura que yo. Alzó el mentón con soberbia y bisbiseó:

—Si hubieras hecho suficiente, tu mujer estaría aquí —señaló la cama— y no a saber dónde. —Apreté la mandíbula porque me dieron ganas de volarle la cabeza—. Dúchate, espabila, baja y desmonta Italia dos veces si es necesario, pero recuerda quién eres, quién es ella para ti y quiénes somos nosotros.

Lo miré durante unos segundos, sabiendo que lo que había pretendido desde el primer momento era volver a ver que mis ojos se oscurecían y que la vena de mi cuello se marcaba tanto que podría explotar. Ahí entendí que el verdadero significado de sacarme de mis casillas no era otro sino devolverme a la realidad en la que estábamos, en la que no podía permitirme el tiempo suficiente para lamentarme; por lo menos, no hasta que la encontrase.

—Si querías que me duchase, solo tenías que decírmelo sutilmente.

Sonrió de medio lado, sin llegar a mostrarme los dientes. Dio un paso adelante cuando dos golpes sonaron en la puerta de la habitación y añadió antes de que se abriese:

—Eres Tiziano Sabello. —Apretó mi hombro con fuerza justo cuando apoyaba su frente contra la mía—. Que no se te olvide en la puta vida.

Al separarse, la puerta se abrió y mi padre apareció en el umbral. Nos contempló a los dos, extendiendo una mano en señal de no querer

interrumpirnos y con la intención de cerrar de nuevo.

Carlo lo detuvo:

—Yo ya he terminado.

Con el porte que lo caracterizaba, salió del dormitorio indicando que se marchaba con Agneta unos días, pero que estaría de regreso cuanto antes. Asentí de manera breve y pensé que tal vez debería mantener una conversación con la que ya era oficialmente mi suegra, pues los papeles legales del matrimonio habían llegado esa misma mañana indicándolo. No mentiré diciendo que eso no me afectó. Mi ángel le puso una zancadilla a mi demonio cuando intentó esconder los sentimientos de desaliento al pensar en la emoción que surcaría el rostro de Adara al verlos.

Mi padre se paseó por el dormitorio como si fuese el suyo propio y se llevó las manos a la espalda en ese gesto tan característico de él. Llevaba la camisa remangada y había olvidado el chaleco y la chaqueta del traje de tres piezas, pues se había mantenido al pie del cañón como el que más desde la desaparición de su carusa.

—No está en Italia. —Se refería a Adara—. Dante ha conseguido la pista de los Rinaldi, y todo apunta a que están en un país de Asia oriental. En media hora sabremos el paradero exacto y... —Hizo una pausa muy larga y me miró—. Domenico tampoco está aquí.

Alcé una ceja al no saber qué rumbo quería tomar con la conversación, pero la llevé por los derroteros que yo quería:

—No podemos levantar Estados Unidos ni en un año, papà. Es lo único que se me ocurre. Micaela ha tirado de los contactos que tiene Ryan allí y todos desconocen su paradero. Es como buscar una aguja en un pajar.

Resoplé y me senté a plomo en la cama. Desvió su atención a la ventana y añadió:

—Lo primordial es encontrar a Adara. Que lo haremos —aseguró—. Y después...

—Después comenzaremos a sellar cabos con Vittorio y todo lo que tenga que ver con él, incluido Luciano...

—Y para eso necesitamos tener al Tiziano de siempre y no a un despojo humano —me interrumpió. Su tono aumentó a uno autoritario. Si no tenía bastante con uno, aquí llegaba el segundo—. No daré pie a más problemas con los Rinaldi ni a que le pongan una mano a mi familia nunca más.

Ese tono fue fulminante y aterrador. Más que el mío cuando llevaba mis cabreos descomunales.

—¿Piensas que pueden tenerla ellos? ¿Que Ryan está aliado con los Rinaldi? —Me levanté de sopetón.

—Pienso que Nicole, la hija de Domenico, está en Roma. Y que habrá que tomar cartas en el asunto si Adara no aparece.

Suspiré al saber lo que quería decirme con eso y me tensé, aun sabiendo que en la mafia las medidas que se tomaban no eran muy ortodoxas. También había estado buscando contactos en distintos puntos de otros países para que me otorgaran información que a mí podría escapárseme. Sobre todo, si eso me servía para dar con ella.

Al ver que no despegaba mis labios, habló:

—Ahora eres capu, Tiziano. Las decisiones las tomas tú, y es el momento para que tengamos amarrados a los Rinaldi mientras no estén. —Retrocedió sobre sus pasos y se colocó delante de mí—. Si le han hecho algo a tu mujer, no pienso tener piedad. Lo entiendes, ¿verdad?

—Con la hija de Dom —objeté, intentando no darle importancia, y él sonrió de medio lado.

—Esa niña es importante para Domenico. No para Luciano.

—Y si tenemos a Dom de nuestra parte...

—Facilidades que ganamos —terminó por mí—. A no ser que eso sea un impedimento para alguien.

Nos retamos con la mirada durante lo que pareció una eternidad. Amusgué los ojos esperando a que continuara, pero en vista de que no lo hacía, añadí:

—¿Y para quién se supone que iba a ser un impedimento?

Volvió a curvar los labios.

—¿Tengo que decírtelo de verdad, Tiziano? Me tenéis hasta la polla de ocultarme información y conspirar a mis espaldas.

Apreté los dientes para no soltar una carcajada de las mías.

—Solo lo hicimos una vez, y porque pensábamos que eras el malote —lo piqué.

—Ya. Y ahora os pensáis que soy gilipollas y que no sé que Claudio está jodido.

Era brujo. Era brujo y punto. Porque a mí no me entraba en la cabeza que ese hombre, alias mi padre, supiese tantas cosas de nosotros. Cosas que habíamos descubierto todos hacía escasos días. Fui a preguntarle cómo era capaz de saberlo, aunque también entendí que era una pregunta absurda cuando, de toda la vida, se había enterado de la mínima trastada que habíamos hecho de pequeños y adolescentes. Tenía ojos por todos lados. Y otra cosa no, pero Claudio Sabello era Claudio Sabello.

Prensé los labios, y cuando fui a contestarle, un grito descomunal llamó mi atención y me vi corriendo en dirección a la salida del dormitorio, pasando por su lado y casi empujándolo para que se

apartase. Descendí las escaleras con el corazón desbocado y mi padre pisándome los talones a la misma velocidad. Los saltaba de tres en tres, a pique de partirme la crisma, mientras escuchaba a Enzo vociferar:

—¡Tiziano! ¡Tiziano! ¡La bola! ¡La puta bola!

Al llegar al principio de las escaleras, todos me miraron con histeria y listos para el combate, porque Valentino, Romeo y Dante ya cargaban los rifles mientras Piero metía en una bolsa un millón de armamento. Como si fuésemos a una jodida guerra.

—¡Prepara el avión! —le gritó Claudio, sin pretenderlo, a un Francesco que se movía con ligereza entre la masa de tíos que se organizaban como una mierda; pero se organizaban, a fin de cuentas.

Me adelanté apartándolos de mi camino, contemplando en la distancia cómo Enzo trasteaba el ordenador en el aire con una sola mano y con Alessandro a su derecha mirando la pantalla con los ojos como platos. Micaela y Jack aparecieron como un torbellino e hicieron muchas preguntas seguidas y sin conexión.

A mí la cabeza iba a estallarme porque solo escuchaba conjeturas y órdenes que no entendía. No quería entenderlas, más bien, porque estaba pensando en una sola cosa: arrancarle de las manos el ordenador a Enzo.

Los ojos de mi hermano brillaron en exceso y los abrió mucho. Actué como era debido y desplacé de un golpe seco el portátil hasta mi mano. Allí, de pie y casi conteniendo la respiración, observé un punto rojo que parpadeaba en medio de un mapa gigantesco.

5

La fuerza del amor

Adara Sabello

Con un apretón de manos que pareció conformar a Luciano Rinaldi, quedamos en vernos en Roma en unas semanas, cuando yo terminase mis asuntos en Tokio y regresase a casa. Bastaron un par de explicaciones evasivas cuando me preguntó cómo había conseguido escapar de allí, a lo que Arcadiy no dudó en ayudarme, incluso con diez hombres apuntándole a la cabeza.

Me apoyé en el lateral de una de las paredes, rodeada de la mercancía que tiempo atrás le habían robado a Tiziano, y suspiré viendo a Arcadiy dar vueltas como un desquiciado por el cubículo, tratando de obtener cobertura. No sabía cuánto tardaríamos en llegar a Grecia, pero me imaginaba que lo suficiente como para que todo el mundo se pusiese muy nervioso. ¿Qué pasaría cuando los japoneses descubriesen que no había mercancía? Pues que los Rinaldi tendrían un problema, entre ellos Dom, que me había salvado la vida y al que le debía un favor como una catedral de grande. Sabía que ese favor se lo cobraría y que tenía nombre y apellido: Claudio Sabello.

Cuando nos marchamos, este último no argumentó nada, pero sí instó a Luciano a salir de allí y dejarnos tranquilos, pensé que dándome el margen que él quería para que su padre creyese que nos tenía en el bote.

Me cogí las rodillas con las manos y miré a mi amigo, esperando que dejase de dar vueltas y se sentase a hablar conmigo. Las tripas me rugieron en aquel interminable silencio. Ese fue el detonante para que Arcadiy me mirase.

—¿Quieres un pulmón en su punto para comer? Me lo he traído en el bolsillo para tener algo a cambio.

Una arcada me sobrevino y no me gustó la broma, aunque la

aguanté estoicamente.

—Cuida que no tengan que sacarte el pulmón a ti —le escupí de malas maneras.

Alzó una ceja y se sentó delante de mí, observándome con atención. Era muy guapo, para qué íbamos a negarlo. Un par de mechones rubios le cayeron en la frente, indicando que necesitaba un corte de pelo urgente. Se remangó la camisa y sonrió con ironía.

—Después de lo que acabo de hacer, lo mínimo por lo que tendré que preocuparme será de mis pulmones. Porque creo que lo primero que rodará será mi cabeza. —Mi rostro tuvo que descomponerse, porque no tardó ni un segundo en colocar una mano sobre la mía—. Eh, tranquila. Lo resolveré cuando llegue el momento.

—Yo no quería...

—Lo siento, Adara. Lo siento de verdad —me interrumpió—. Si no hubiésemos ayudado a Ryan..., ahora mismo no tendríamos problemas. Ni tú ni yo.

Me lancé a sus brazos sin pensarlo, cobijándome en él y quejándome levemente cuando la herida de mi mano rozó con su pecho. Escondí la cabeza en su cuello y suspiré. Sus brazos me arroparon y me apretaron con fuerza, proporcionándome ese calor que necesitaba.

—¿Riley estará bien? —musité.

Arcadiy suspiró.

—Tiziano va a matarnos.

Sonreí al ser consciente de que le temían más que a una vara verde. No era para menos.

—¿Qué haremos con todo esto cuando lleguemos a Grecia? —me interesé.

—Necesito que el puto teléfono coja cobertura para llamar a Tiziano. —Alcé el rostro y vi su cara. Tuve que sonreír—. De esta no nos salva ni el Espíritu Santo, ¿verdad?

—Por más que me duela, creo que no.

Arcadiy resopló y se llevó las manos al puente de la nariz para apretarlo. Capté que se llevaba la punta de la lengua al borde de los labios. Tras eso, tomó asiento como un indio y se colocó delante de mí.

—Suponiendo que lo de Dom sea cierto...

—Que lo es —lo corté.

Cabeceó, sin estar convencido.

—Eso espero, o se tragará las pelotas —bufó, y continuó—: Se supone que tenemos que llegar a Grecia, pero no sabemos cómo. Porque en barco tardaríamos días. ¿Sabes la vuelta que tendríamos

que darle al mapa? —Asentí y él prosiguió—: No sé qué tendrá pensado Dom, pero está claro que alguien deberá explicárnoslo.

Suspiré y miré el gran espacio que nos acogía. Tenue y apagado. Con una sola bombilla que alumbraba de vez en cuando algunas partes del cubículo. Elevé los ojos y miré a mi amigo.

—¿Qué hacías mientras no estabas en el apartamento? —quise saber.

—Buscarme problemas.

Puse los ojos en blanco y reí.

—¿Y cuándo no se busca el señorito problemas? —Le propiné una patada con la pierna que había estirado.

La risa se nos contagió, pero se detuvo en el momento en el que un ruido nos sacó de nuestra conversación y ambos miramos en esa dirección. Nos contemplamos. Arcadiy sacó su pistola y se apartó con lentitud de mí, pidiéndome silencio; aunque en esas cuatro paredes poco íbamos a poder hacer, a no ser que pretendiésemos saltar del barco en pleno océano. Se llevó una mano a los labios y contuve la respiración, porque pensaba que los latidos de mi corazón retumbaban en todo su apogeo. Me volví con lentitud, pegándome casi a un palé. Alcé la barbilla para intentar ojear quién o qué se había colado en nuestro transporte, y todo ocurrió a una velocidad que no fui capaz de asimilar.

Arcadiy ya elevaba su arma en alto, apuntando a la cabeza de la persona que salía de las sombras y se mostraba ante nosotros. Abrí los ojos, más si cabía, cuando discerní que tenía las manos en alto y lloraba. Al instante, corrí a las manos de mi amigo para que bajase el arma, pero este no estaba dispuesto a dejarse llevar por los oscuros ojos que titilaban en la penumbra.

—¡¿Quién coño eres tú?!

Una chica de no más de veinte años —o muy joven, a mi parecer— tenía las palmas de las manos extendidas en nuestra dirección. Agachó la cabeza y su corta melena, negra como el tizón, se balanceó de un lado a otro cuando negó.

—¡¿Que quién cojones eres?! —El tono de Arcadiy se elevó. Su larga zancada también, y ya casi tocaba la frente de la muchacha.

Sollozó, y me vi en el impulso que siempre podía conmigo. Me coloqué delante de la pistola de mi amigo y este bufó como un toro, desesperado por mis actos. Era cierto que no había pensado en las probabilidades de que esa chica estuviese engañándonos. Me giré despacio y con mis dedos le elevé la barbilla.

Sus ojos me mostraron un miedo atroz, y me vi tan identificada que supe que no mentía.

—¿Quién eres? —le pregunté en un susurro.

Negó con la cabeza, y entonces entendí que no comprendía mi idioma, así que me lancé al único universal: el inglés.

—Natsuki Tanaka.

Me llevé una mano al pecho y dije:

—Adara Sabello.

Sentí que el pecho me ardía al haber acogido el apellido de Tiziano como si fuese mío desde siempre. Esa implantación me sentó hasta bien, y pude apreciar un halo de esperanza en medio de la tormenta que me arrollaba por dentro.

La chica asintió como si le inspirase una confianza que con mi amigo no tenía. Era muy normal, porque Arcadiy continuaba sin bajar la pistola. Lo reprendí con la mirada, y justo cuando casi la dejaba al lado de su costado, muy a su pesar, la nueva ocupante de aquel transporte murmuró:

—Yakuza. Huir.

Al momento, Arcadiy elevó el arma y me giré veloz para mirarlo con asombro.

—¡Ha dicho que está huyendo! ¡Baja el arma, por Dios!

—¡Ni por Dios ni por la Virgen! Si está huyendo de la Yakuza, tenemos un problema. ¡Y yo ya no puedo sumar más a mi lista!

Prensé los labios y me volví de cara a la muchacha, retomando el inglés y dejando el griego, con el que le había hablado a mi amigo. Tomé una de sus manos con delicadeza. Estaba temblando como una hoja, y eso provocó que empatizara mucho más con ella, sin conocerla.

—¿De quién estás huyendo? ¿Es tu familia? —Ella asintió, sorbiéndose la nariz—. ¿Por qué has entrado aquí? —me apresuré a preguntarle.

—Fue la única salida que... —Miró a Arcadiy con horror— que vi. Van a matarme.

—Madre mía... —murmuré, sin saber qué decir ni qué hacer.

Arcadiy me observó con fijeza cuando busqué su atención, indicándome con claridad que ni de coña se venía con nosotros. Cogí las dos manos de la chica e intenté traspasarle toda la tranquilidad del mundo, pero temí que, en vez de eso, se pusiese más nerviosa.

La solté y le pedí con voz neutra:

—Dame un momento, por favor.

Sus ojos me buscaron, y vi una súplica tan grande que el corazón se me partió por la mitad. ¿Qué hacíamos? Bueno, generalizar era de tontos, porque Arcadiy estaba claro que pensaba dejarla allí o tirarla por la borda.

Me separé de su cuerpo y empujé el pecho de mi amigo con sutileza hasta una esquina, apartados de sus oídos. Aun así, hablé en griego:

—No podemos dejarla aquí.

Se acercó tanto a mí que nuestras narices casi chocaron.

—¿Sabes el jaleo en el que podríamos meternos como se entere la Yakuza de que la tenemos nosotros? ¡No sabemos ni quién es!

—¡Si huye, es por algo! —me desesperé.

—¡Son una mafia! —me rebatió con tono hosco.

Entrecerré los ojos y mis dientes rechinaron, pero, tal como me vino, lo solté:

—Nosotros también.

En ese instante, la puerta del contenedor se abrió con un sobresfuerzo humano y Arcadiy levantó la pistola en un pestañeo. Contuve el aliento hasta que una mano regordeta, que conocía muy bien, separó el hierro y abrió lo suficiente como para internarse. Tras él, otro hombre lo seguía.

—¡Riley! —solté alarmada, evidentemente mirando a quién estaba con él.

—Ryan no está conmigo —me contestó a la pregunta muda. Arcadiy elevó una ceja—. Ya sé que vas a regañarme, pero traerla aquí era la única manera de que pudieses marcharte con ella.

—¿Sabes la que has liado por dejar allí el contenedor de los órganos? —lo reprendió el rubio.

Arcadiy comenzó a darle voces en una conversación que no tenía coherencia para mí, pero de la que sí entendí a la perfección las palabras «represalias» y «matar». Que a Arcadiy le ocurriese algo por mi culpa me abofeteó en la cara sin darme cuenta de que de verdad había actuado por puro egoísmo. Riley le pidió calma extendiendo las manos en su dirección, pero el otro no le daba tregua y continuaba como una locomotora, sin dejarlo apenas explicarse:

—¡¡Que van a cortarnos la cabeza!! ¡Verás cuando el contenedor no esté mañana en Francia! ¡No pensáis las putas cosas! ¡No había otra manera! ¡Y encima tenemos esto aquí!

La mano de Arcadiy voló en dirección a la muchacha, que lo contemplaba todo con estupor, e imaginé que sin enterarse de nada. Le susurré un breve «Tranquila» que pensé que había entendido a la perfección cuando cabeceó de manera apenas perceptible, antes de hacerse más pequeñita cuando Riley preguntó:

—¿Y esta quién es?

Su tono se me antojó extraño, pues Riley no solía ser hosco en casi ninguna de las ocasiones, y ahí se había pasado tres pueblos. Alcé una ceja y Arcadiy, como un energúmeno, vociferó:

—¡¡Esta viene de la Yakuza!! ¡Primos hermanos de a los que les hemos robado los órganos, coño!

Riley se llevó las manos al pecho, y yo entendía cada vez menos la situación. Mi amigo el informático pareció darse cuenta de algo y cabeceó de manera rápida antes de decir:

—No hay tiempo. Tengo que volver a Yokohama antes de que Ryan se dé cuenta de que no estoy...

—¡¡Llevamos horas en el agua!!

—¡Que no me grites más, histérico! ¡No llevas tanto en el agua!

Ver a Riley así me impactó. Adelanté un paso y le cogí una mano para que enfocase aquellos ojos enrojecidos de rabia en mí. Los desvió momentáneamente y pareció volver en sí. Resopló un par de veces y respiró profundamente.

—Riley, ¿qué hacemos? —le pregunté.

—Vais directos a Vietnam. Allí os tratarán como a mercancía. —Abrí los ojos de nuevo y llevé una mano a la boca de Arcadiy para tapársela, porque estaba a punto de perder los estribos—. Según me ha dicho Dom, él estará allí para recuperaros y coger el vuelo que llega a Atenas. El desembarco de la droga se hará allí.

—¿Y cómo...?

—He hablado con Tiziano. —Cerré la boca de sopetón y mis ojos brillaron—. Lamento decirte que la bolita que te has tragado dejará de funcionar, pero te prometo que vamos a salir de esta.

—Ese hijo de puta nos ha metido aquí para...

—Para conseguir sacaros de Tokio sin que nadie se diese cuenta —lo cortó Riley. Se volvió hacia mí—. Veo que eres la única sensata en esta situación. Cuando lleguéis, no debéis hacer nada hasta que aparezca Dom, o el plan se irá a la mierda.

Creí escuchar que los dientes de Arcadiy se partían, aunque intenté no hacerle caso. No sabía ni qué decir, porque me dio la sensación de que la situación se complicaba por segundos y no le veía un claro y bonito final a ese plan descabellado.

Riley nos explicó, como pudo, que debíamos aparecer sin ningún dispositivo que nos localizase. De ahí que Arcadiy no tuviese cobertura con el teléfono. Porque Riley se había encargado de ello. Se suponía que Dom nos había vendido al mejor postor con el fin de generar un intercambio en Vietnam que nos llevaría a Atenas, pero a mí seguía sin quedarme claro cómo pensaba sacar la droga del país sin que nadie se diese cuenta. Arcadiy perdió los pocos papeles que le quedaban y cogió de la pechera a Riley. Natsuki continuaba en una esquina, pendiente de la escena y sin abrir la boca. No era para menos.

—¡¿Tú estás escuchándote?! —Lo zarandeó—. ¡Íbamos a ayudarla, no a cavar nuestra tumba!

Riley le dio un manotazo y Arcadiy alzó el puño, a punto de estampárselo. Nuestro amigo elevó las manos en el aire y pidió, rompiendo los esquemas, como de costumbre, con una de sus salidas:

—¡A las gafas no! ¡A las gafas nooo!

—¡Te mato! ¡Yo te mato! —bramó el rubio.

—Arcadiy —toqué su hombro—, por favor, déjalo que se explique.

El rubio apretó los labios y bajó la mano; con mucho pesar, a mi parecer. Riley se recolocó la ropa y, tras un suspiro de cansancio, comentó:

—Aarón está al día y os ayudará con el transporte de la droga. —La risa de Arcadiy retumbó, como si no pudiese creerse lo que estaba escuchando. Riley puso mala cara—. El plan está trazado deprisa, pero no fallará.

La risa de Arcadiy fue más prominente.

—¿Estás diciéndome que la poli va a ayudarnos a recuperar el cargamento del italiano? ¿Así, sin más? —Movió los hombros con una ironía aplastante.

Riley apretó la mandíbula.

—Estoy diciéndote que es lo único que podía hacer para ayudarla a ella y a Dom. Porque te recuerdo que Micaela nos matará. Que Jack nos matará. Y que Tiziano nos arrancará el pellejo.

Me mostré sorpresiva.

—¿No habías hablado con él? —me interesé.

—Bueno... —Riley movió los ojos con nerviosismo—. Yo...

—Riley... —añadimos Arcadiy y yo a la vez.

Chasqueó la lengua y nos confesó:

—En realidad le he mandado un mensajito con la ubicación del centro de Tokio. —Los dos resoplamos y yo me desmoroné un poco—. También le he pedido que por favor no me arranque las tripas. Pero no sé cómo se habrá tomado eso porque me ha respondido con un escueto «OK».

Cerré los ojos con fuerza y solté el aire que contenían mis pulmones. El plan, si no me fallaban los cálculos y todavía me funcionaba la cabeza, era llegar a Vietnam, dejar que nos trataran como a ganado y después esperar a que Dom apareciese para socorrernos. No lo veía muy claro, pero no quería dejar a Riley en evidencia después de haberse buscado la vida él solo. Aarón no me preocupaba, aunque sabía que, si de verdad llegaría allí para ayudarnos, era porque le importábamos más de lo que mostraba, porque estaba faltando a su palabra como hombre de la ley.

Los dos comenzaron una discusión absurda en la que se suponía que Arcadiy habría llegado a ese puerto para cogerme desprevenida y meterme en un avión. Sin cargamentos, sin Vietnam, sin inquilina nueva y sin tantos jaleos como en los que estábamos metiéndonos. Por no hablar del enorme problema que nadie mencionaba, pero que Arcadiy sí dejaba caer cada vez que salía a relucir la palabra «órganos» sobre el contenedor que se había quedado en el puerto.

—¿Qué pasa con Ryan? —le pregunté, con las manos en las caderas y sin dejar de darle vueltas a todo el asunto.

Riley me contempló con preocupación.

—Todavía no lo he visto, pero en cuanto me monte en la lancha que está a punto de llegar para recogerme, le diré que has subido a un avión de vuelta a Atenas. Para cuando lleguéis allí, él ya estará en Grecia.

Su mirada me mostró la preocupación que tenía con ese tema. No era para menos, porque si todo salía como se esperaba, en Grecia íbamos a juntarnos unos cuantos. Algunos con sed de venganza y otros con ganas de matar.

Me apoyé en el palé que tenía detrás y, cansada, extendí la mano en dirección a la chica, que cada vez se pegaba más a la pared que tenía a su espalda. Me observó con pavor. Ese fue el determinante para saber que no podía dejarla allí. A saber qué le harían cuando llegásemos a Vietnam si no iba incluida en el lote también.

—¿Qué hacemos con ella? —murmuré, sin despegar los ojos de la chica.

El silencio se extendió unos segundos y la discusión de mis amigos se detuvo.

—Ella no está dentro de nuestros planes, Adara...

—No podemos dejarla a su suerte —lo interrumpí, aunque su tono fue tan débil que supe que Riley tampoco sería capaz de hacerlo.

En ese caso, mi amigo buscó la ayuda de Arcadiy, quien se llevó las manos a la cabeza y comenzó a dar vueltas de un lado a otro, sin saber qué hacer o cómo actuar. Suspiró y me miró. Yo le supliqué que no me pidiese eso. No otra vez, después de todo lo que había pasado cuando nos secuestraron en Cali. No después de haber dejado a todas aquellas mujeres y chicas en manos de unos depravados.

El rubio resopló y asintió sin convencimiento, y también sin querer decirme que estaba provocándole una ruina asegurada. Ni preguntar quería.

—¿En qué calidad aparecemos en Vietnam? —le preguntó Arcadiy con rudeza.

—En calidad de que sois la mercancía de Domenico Rinaldi.

Evidentemente, tú vas a servirles para poco, así que querrán matarte en cuanto pongas un pie en el suelo.

—¡Riley! —lo reprendí por su poco tacto.

—¿Qué? —Alzó las manos en el aire—. Le digo la verdad, que luego me da la chapa. Y tú. Vosotras —se corrigió—, pues llegareis para ser las esclavas de algún desalmado. Dom sabrá cómo apañárselas allí.

Arcadiy arrugó el entrecejo, supuse que sin cuadrarle algo. Como a mí.

—¿Por qué tiene que ofrecernos a nosotros como mercancía? —pregunté antes que mi amigo.

—Porque los Rinaldi tienen un acuerdo con una de las familias más poderosas de Vietnam. Y allí nadie pone un pie, y mucho menos un contenedor de droga en su puerto sin un motivo. Era la única forma de que Dom pudiese coger ese avión desde allí.

—Claro —ironizó Arcadiy—. Porque no había más sitios donde pudiésemos desembarcar.

—¡No en este barco, hostia, Arcadiy! ¿Qué parte no has entendido de que no ha habido tiempo para planear algo mejor? —Riley se atrevió a darle con el índice en el pecho—. ¿Te recuerdo de quién fue la idea de salir corriendo antes de que Ryan quisiese meterse en un avión a Estados Unidos?

Miré a Arcadiy con sorpresa, pues siempre pensé que Riley había sido el instigador para ayudarme. El rubio me devolvió la mirada con cariño y una tenue sonrisa que no iluminó sus ojos. Asintió con decisión y murmuró:

—Vas a buscarme la ruina, princesa. Bendito momento en el que decidimos ser amigos.

—Es la fuerza del amor —apostillé.

Sonreí y él me imitó, pero mi sonrisa se curvó triste al saber cuántos problemas podría acarrearle de verdad.

—¿Dónde están las armas?

Se volvió en dirección a Riley, seguramente al notar la incomodidad en mi escrutinio.

—Arcadiy, no podéis llevar armas —le dijo con cansancio—. ¿Qué parte no entiendes de que van a trataros como a cabras cuando lleguéis?

Cerré los ojos otra vez, temiendo más por Natsuki que por mí. Solté el aire y asentí, dándole un pequeño gracias a Riley por lo bajo. Arcadiy salió del contenedor y el bofetón de aire me golpeó de lleno. Cogí de nuevo las manos de mi amigo y apreté los labios para no reírme cuando dijo:

—Reza por mí, por mi cuerpo y hasta por mi alma.

Dios sabía que era verdad, y no quería ni imaginarme a Tiziano cuando estuviese delante de él y le contase la que habían organizado entre unos y otros. También pensé que, por suerte, Ryan estaría muy lejos, aunque pocos días nos faltarían para juntarnos a todos.

Miedo tenía.

Y hacía bien en ser precavida.

6

En el punto de partida

Tiziano Sabello

—Japón... —musité, sin soltar el portátil.

«Te tengo...».

Escuché a Enzo vocear por detrás cuando las palabras de mi padre, el mismo que estaba organizando un batallón, se repetían en mi mente: «Están en un país de Asia oriental». La morena que se encontraba en mi casa apareció con Angelo a su lado. La carrera que traían no era corriente, y me envaré al tener una premonición en la que ni de lejos quería pensar. Escuché que alguien, no supe quién, informaba de que Camilo había tenido que marcharse ya y que no había querido molestarme. Ya sabía que no tenía mucho margen de tiempo para regresar a Colombia, aun así agradecí infinitamente cualquier aportación que hubiese podido hacer.

—Los Rinaldi están en Japón. Concretamente, en el puerto de Yokohama.

Me tambaleé interiormente y comencé a atar cabos. Solté el ordenador, el cual Dante cogió a una velocidad de vértigo, pensé que para no perderle la pista a Adara. Micaela negó con la cabeza al ser consciente de que Arcadiy no podía estar trabajando para los Rinaldi. La imité, dándole la razón y pensando que, quizá, podrían haberle seguido la pista a su hermano y después raptar a Adara. Noté un breve pinchazo en la sien derecha y me permití alargar la mano para coger una botella del dichoso líquido ambarino que había estado prohibiéndome esos días. Todos hablaban. Todos gritaban. Y no había cojones de hilar un pensamiento sin que me asaltase otro.

—Hemos estado comprobando las cámaras del exterior de la casa, por décima vez —nos informó Dante, con Enzo a su lado. Los ojos de los dos se fijaron en Claudio de refilón.

Me vi en la obligación de revisarlo con lentitud, tratando de que mi padre no se diese cuenta de ese pequeño gesto que delataba que de verdad ocurría algo. Craso error. El papà Sabello tenía dieciséis ojos, y todos enfocaban a sus hijitos.

La voz de Jack hizo acto de presencia al ver que mis hermanos no se atrevían a pronunciar palabra alguna:

—Domenico ha estado vigilando los exteriores del palacete. —Apretó los labios antes de continuar—: De Arcadiy no hay rastro, así que no sabemos cuántos días ha podido estar en los alrededores escondido.

Había sido listo hasta para ocultarse. Listo de más. Mis párpados se movieron con mucha lentitud al escuchar el sonido de un arma y un bufido, seguido de la perturbadora voz de mi hermano Claudio:

—Si la tienen los Rinaldi, la hija de Dom está en su casa. Vamos a por ella.

Noté que el pecho se me oprimía, porque en el fondo era consciente de que no se encontraba bien. Porque yo había pasado por una situación similar a la de él: la de darte cuenta de lo jodido que puede llegar a ser el amor.

—¿Qué? ¡Vamos a por Adara! ¡No a por Nicole! —se exasperó Alessandro, alzando los brazos al aire en cuanto escuchó la sentencia de los labios de Claudio.

Los contemplé a todos, con los puños en la mesa de madera. Ellos hicieron lo mismo cuando la voz de Enzo se escuchó:

—La posición de la ragazza está cambiando... —Pareció tragar saliva y lo miramos expectante— en dirección al puerto de Yokohama.

Escuché con mucha exactitud los latidos de mi corazón. Era un pum pum constante que me ensordecía y no me permitía escuchar con claridad lo que de verdad necesitaba oír. No me hizo falta alzar la cabeza para saber que mi padre me observaba en silencio, en la lejanía. Quizá nunca podría estar a la altura de él ni conseguir ser el ojo avizor que siempre había sido, pero por lo menos lo intentaría.

Iba a la boca del lobo y no entendía el motivo. ¿Por qué se acercaba a ellos? La cabeza me pesó de manera considerable, pero mi voz retumbó antes de que le diese permiso:

—¿Cuántas horas hay hasta Japón?

—Casi medio día —contestó Piero.

Asentí y alcé el mentón. Busqué a Claudio y nuestros ojos se encontraron, entendiendo lo que quería decirle. Me toqué la muela con la punta de la lengua y alcancé la navaja que llevaba en el bolsillo para comenzar a darle vueltas entre los dedos.

—Preparad el avión y tenedlo listo en una hora. —Hice una pausa

lo suficientemente larga para que todos me prestasen atención de más —. Vamos a hacerle una visita a Nicole Rinaldi.

El mentón de Claudio se endureció más que de costumbre, pero no objetó nada. Los ojos de mi padre se fueron a él y, casi en un susurro, escuché la voz de la matriarca de la familia:

—Es una niña.

La perturbadora mirada de mi padre se volvió en su dirección antes de que nos diese tiempo a respirar.

—Tú también fuiste una niña. —Todos callamos y nadie respiró—. Y contigo no tuvieron piedad. Andiamo!

Nos repartimos en varios grupos. Jack y Micaela se marcharían con Romeo, Dante y Claudio para preparar la salida. Mi hermano había insistido en ir a por Nicole, pero negué con la cabeza en señal de que eso era una mala idea. No objetó nada y asintió, sabiendo que era la decisión acertada. Mi padre se quedó junto a una muda Antonella, a la que le había caído el recuerdo de su pasado como un jarro de agua fría sobre la cabeza. Ellos se quedarían en Italia con Piero y Francesco. Había intentado llamar a Carlo, pero su teléfono me salía apagado o fuera de cobertura, e imaginé que ya habrían tomado el avión rumbo a Atenas. A la mansión de los Rinaldi, a las afueras de Roma, iríamos Valentino, Enzo, Alessandro y yo. Éramos multitud, y tampoco pensaba que fuésemos a necesitar más ayuda para sacar a una niña de allí.

Pero cómo me equivocaba, porque nuestra aparición iba a complicarse un poco.

Ya sabía dónde estaba mi bambina, y las cartas había que jugarlas con la cabeza bien fría. De Japón no podría moverse, ¿no? Por lo menos esperaba que Ryan no hiciese más el cabeza loca, o tendría que meterle un misil por el culo cuando nos encontrásemos. Apreté los dientes y me encaminé con firmeza a la salida una vez que estuvimos todos listos para tomar las riendas de nuestro próximo destino.

Unos veinte minutos después llegamos a las afueras de una enorme mansión de estilo moderno, con grandes cristaleras opacas y desde donde no veíamos una mierda, pues estábamos escondidos detrás de unos enormes setos tras haber terminado con seis hombres de la entrada de manera poco disimulada.

—Mira, poniéndonos las cosas fáciles. Como Tiziano clavando cuchillos con dramatismo —añadió Alessandro con sarcasmo, y lo último, con socarronería.

Al primero que nos habíamos encontrado por el camino le había lanzado el cuchillo de caza como si fuese una diana. Estaba rabioso, lo sabía. Y mi ángel y mi demonio se miraban constantemente sin saber

por dónde saldría toda esa mala hostia que guardaba para su momento oportuno.

—Vamos a centrarnos. Y parad de haced comentarios tontos —gruñó Valentino.

Yo puse los ojos en blanco.

Alcé la vista hacia la enorme mansión y busqué los puntos flacos mientras Enzo trasteaba un aparatejo que le indicaba las zonas calientes de la casa. Eso, en su lenguaje, quería decir las personas que había con vida dentro de la vivienda.

Accedimos por un camino de piedras cuando Alessandro nos dio el paso para intentar llegar a uno de los laterales. Se suponía que solo nos quedaban dos tíos de seguridad, la niña y alguien más que había desaparecido del mapa.

—Quizá deberíamos esperar...

—No vamos a esperar una mierda. ¿Te recuerdo que tengo a mi bambina en la otra punta del mundo? —gruñí—. Aligerando el paso, que tenemos media hora para estar en el avión.

Me adelanté y no lo vi venir. Justo al bordear una enorme piscina, una bala pasó de refilón por delante de mis narices. Me giré como un vendaval, aunque todo sucedió a una velocidad de vértigo. Al girarme, terminé espatarrado en una de las tumbonas que daba una vista plena al agua mientras Valentino lanzaba un bulto al jardín como si fuese un saco de patatas.

—¡Vamos, Enzo!

Ese fue Alessandro, que se internó con premura en la vivienda en busca de Nicole. Me lanzó un breve vistazo, indicándome que podíamos hacernos cargo de la situación mientras ellos terminaban en el interior. Sin embargo, yo me quedé alucinado al ver al mastodonte de mi hermano recibiendo una paliza.

Una jodida paliza.

Un retaco de mujer, de poco más de un metro cincuenta de altura, se levantaba como un suspiro del suelo, voltereta improvisada como si fuese un ninja, y le lanzaba una patada a Valentino en toda la boca. Este se tambaleó hacia atrás y entrecerró mucho los ojos, seguido de un bufido que achantaría a cualquiera, menos a la morena de pelo largo que estiraba su alta cola de caballo con chulería. Sonrió de medio lado y tomó posición para atacarlo de nuevo. A mí me faltaban las palomitas.

Observando su complexión y aquellos ojos marrones que echaban chispas, caí en la cuenta de que era la institutriz de Nicole.

—La poli... —musité sin que me escuchase nadie.

Y me crucé de brazos.

Valentino llegó a su cuello y la agarró con saña mientras ella entrelazaba sus esbeltas piernas alrededor de su cintura y comenzaba a pegarle puñetazos como una bestia en la cabeza. Sigo sin entender cómo lo hizo, pero lo tumbó en el suelo. Quise pensar que el equilibrio le falló, y también me percaté de que el orgullo de Valentino estaba tocado, porque estaba llevándose una somanta de hostias que ni en sus peores pesadillas.

Mi hermano la izó de la cintura, pero la tía parecía una garrapata pegada a él, porque estaba cosiéndolo a hostias sin miramientos. La lanzó lejos de él y escuché la dulce pero mortífera voz de la morena:

—¿Qué coño hacéis aquí vosotros?

El gruñido de Valentino fue épico. Se levantó y envaró su cuerpo, limpiándose la comisura que sangraba de sus labios. La tía estaba intacta, y yo seguía flipando, porque ni se había despeinado. Debía tener un TOC con la coleta, como yo con la mía.

Amusgó esos ojos gatunos cuando Valentino le dijo:

—Quitarnos mierda del camino, ¡zorra!

Abrí la boca con asombro por su insulto justo en el instante en el que él se tiraba hacia ella como si fuese un toro. Anna De Rosa, o, mejor dicho, Beatrice Costa, se apartó con un gesto ágil y cara de superioridad hacia un lado, y eso ocasionó que Valentino terminase de cabeza en el césped. Asentí con los labios prensados y una clara conformidad por la paliza que estaba dándole. Tenía tablas, sí, señor.

—Pues te has equivocado de sitio, mamonazo.

La risa me salió sola cuando escuché el insulto dirigido a Valentino. El agraviado se volvió con los ojos a punto de echarles fuego, seguidos de la espuma por la boca que poco tardaría en aparecer. Apretó los dientes tanto que pensé que se le partirían, momento en el que fue a cogerla de nuevo, respondiéndole en medio de aquella guerra de puños que era exagerada:

—Voy a partirte las piernas —le escupió con ira.

—Y yo la cabeza, ¡calvo!

¡Uh! Menudo insulto. Calvo. Si lo que estaba era rapado. Tuve que reírme sin remedio, y en medio de aquella gresca de golpes, alcé un poco la voz para que me oyesen:

—Estamos con tu compi. Con Klaus, el rubiales con pelo.

Valentino gruñó porque sabía que estaba riéndome de lo que acababa de decirle, y ese despiste al mirarme sirvió para que la morena topara con su abdomen y lo lanzara a la piscina. Como era de esperar, mi hermano fue rápido y la sujetó de la muñeca, lo que provocó que los dos acabasen en el agua.

En medio de ver quién ahogaba a quién, tuve que levantarme y

dejar de tomarme la situación a coña cuando un hombre que no había visto apareció por el lateral de la casa. Saqué el arma y disparé sin miramientos.

—¡Pleno! —grité, dando pasos cortos para llegar al borde de la piscina, donde los dos intentaban ahogarse y golpearse como demonios.

Unos pasos acelerados se escucharon a mi espalda, seguidos de una alarma que retumbó en la casa, supe que avisando a los refuerzos de que algo ocurría en la mansión de los Rinaldi.

—¡Rápido, tenemos que salir! —voceó Enzo, que se detuvo a mi lado cuando vio el percal que había montado en la piscina—. ¿Quién es esa?

—Menuda tunda está dándole al becerro —añadió Alessandro, sosteniendo a una niña de la mano mientras le apuntaba con una pistola en la espalda.

Pero la chiquilla no había soltado ni una lágrima. Es más, aquella mirada azul era gélida y aterradora. Incluso me pareció que intentaba echarme un pulso. No desvió sus ojos hacia la piscina, aunque estuviese oyéndose tanto a Valentino como a Beatrice intentar llenar sus pulmones de aire. Un guantazo con la mano abierta resonó por toda la calle.

—Eso ha tenido que dolerle —aseguró Alessandro con un «Auch» anterior a sus palabras.

—¿Esta es...? —Asentí para que no la descubriese, pues no tenía ni idea de hasta qué punto estaba involucrada con Nicole—. Pues menuda paliza está dándole.

—¡A mí no está dándome ninguna paliza nadie! —gritó enardecido Valentino justo cuando giraba la cabeza y alzaba la pierna, con dificultad, para apartarla de él.

Lo dicho: una garrapata. Elevé la pistola al aire y apreté el gatillo. Escuché un comentario inoportuno de Alessandro de fondo en cuanto se detuvieron, alejados lo suficiente y sin quitarse los ojos de encima, como si estuviesen evaluándose y con ganas de matarse:

—Como diría Dante: «Yo ahí veo un romance».

—Signurina[1], tenemos que marcharnos, si no le importa. Vamos con un poco de urgencia, así que le pediría que dejase la paliza a medias. Para la próxima vez que se vean.

Ella seguía en el agua buscando a mi hermano, que apoyaba sus enormes brazacos en el borde de la piscina, empapado. Cuando salió, se acercó a mí tan retador como de costumbre. Me miró por encima con altanería, apretó la mandíbula y se guardó el comentario para más tarde. Porque yo sabía que Valentino no podía quedarse con eso en el

buche ni por asomo, pero es que le había dado una paliza un enanito. Era de risa.

El comentario de Alessandro fue acallado cuando Valentino le dio un puñetazo en la boca del estómago. Este se revolvió por el golpe, pero no cambió su posición. El mastodonte comenzó a caminar hacia la salida hecho un basilisco.

—Quizá debería plantearse descansar un tiempo. No creo que a los señores de la casa les guste la situación que van a encontrarse cuando lleguen —añadí.

La mujer nadó hasta conseguir salir de un salto. Se colocó muy cerca de mí, y tuve que desviar los ojos hacia abajo para contemplar de primera mano cómo se le adhería la camiseta al cuerpo. Sonreí y ella amusgó más su mirada. Pensé que me daría un golpe, y estaba preparado para esquivarlo, pero me sorprendió su pregunta:

—¿Dónde os lleváis a Nicole?

Ojeé a la pequeña Rinaldi. Sus ojos continuaban fríos como un témpano de hielo, sin quitar la vista de mí. Como si me odiase. Ensanché los labios y saqué mi navaja del bolsillo del pantalón, enseñándosela.

—Una miradita más y te saco los ojos. —No tardó ni un segundo en volver la vista al suelo. Me centré en la presencia que tenía delante, otra vez—. Se vendrá con nosotros como seguro de pago. Por si acaso. —Moví los hombros con desinterés.

—Yo iré con vosotros —dictaminó.

La risa de Enzo fue seguida por la de Alessandro. Le mostré los dientes y negué con la cabeza. Dispuesto a no perder ni un segundo más, alargué la mano y la empujé hacia la piscina, donde terminó envuelta en el agua, otra vez.

—Te vendrá bien un baño para que se te refresque la cabeza. —Me detuve a mitad del camino, justo donde estaba Valentino. Enzo y Alessandro ya estaban llegando a la salida con Nicole—. Nosotros no trabajamos con la policía.

Supe que la pequeña Rinaldi no me había oído, aunque el siguiente comentario dañino de la morena, que movía los brazos en la piscina, envalentonó a Valentino, al cual tuve que sostener del antebrazo para que lo dejase estar y saliésemos de allí:

—Ya me he refrescado dándole una paliza a tu hermano.

Negué con la cabeza en dirección a Valentino, pidiéndole con una simple mirada que no retrocediese. Nos contemplamos durante lo que pareció una eternidad, hasta que rechinó los dientes y se giró de cara a ella.

—Vas a suplicarme clemencia mientras me comes la polla.

Apreté los labios para no soltar una carcajada justo cuando la escuché responderle:

—Y tú vas a llorar cuando me comas el coño.

A mí los pensamientos me iban solos, y mi ángel y mi demonio estaban pasándoselo en grande a costa de Valentino. Tuve que volver a empujarlo para que dejase el tema y se montase en el coche. Se deshizo de mi mano con un brusco manotazo y anduvo con pasos firmes, empapado hasta los huesos. No me atreví a soltar ni una sola broma sobre que no se metiese en el coche con la ropa mojada, porque hacer que se despelotase delante de la menuda que le había dado un palizón iba a ser dejarlo en ridículo del todo, pero a mí la situación estaba divirtiéndome de más. De hecho, mis hermanos se encontraban con los labios prensados intentando no soltar una carcajada.

—Un puto comentario, una puta palabra, y os juro que os vuelo la cabeza.

Me monté en la parte trasera, con Nicole en el medio y Alessandro en el otro lado. Al volante iba Enzo, y en el copiloto, Valentino, resoplando y bufando a cada segundo. El vehículo se movió y salimos de allí, no sin perdernos cómo Beatrice se desprendía de su camiseta empapada, dejando a la vista un cuerpo de infarto que todos vimos. Como último detalle para Valentino, le sacó el dedo corazón con malicia, y tuve que cogerlo de los hombros para que no se tirase en marcha.

—Tranquilo. Ya tendrás oportunidad —le susurré, aunque todos me escucharon.

Me apoyé en el respaldo y guie mis ojos en dirección a la niña, quien, en vez de diez años, parecía tener quince. Estaba imperturbable. Eso me recordó a Carlo y sonreí. Tenía la vista al frente y no despegaba los ojos de la carretera, como si no quisiese mirar a ningún punto en concreto para no toparse con nosotros. Lo que no me esperaba era que la niña tuviese la maldad inmersa en su viperina lengua.

Durante todo el trayecto, la chiquilla permaneció en silencio hasta que llegamos a la pista que nos llevaría a Japón. Allí se encontraba mi padre y mi madre, junto con Francesco y varios hombres del anterior capu.

Desmontamos y se la entregué a mi padre, quien se suponía que tendría que protegerla hasta que regresásemos con Adara. Los cristalinos ojos de ella buscaron algo en medio de la mansalva de personas que se afanaban en subir al avión. Micaela y Jack habían desaparecido en el interior, lo que nos daba un poco de privacidad, pues Angelo no estaba allí, sino que él se quedaría en Italia,

amenazado de muerte, por si se le ocurría cambiar de bando, otra vez. Aseguró que no y me juró y me perjuró que entre italianos nos entendíamos mejor que con los griegos.

—Es mudita. No os dará mucho tormento.

Mi madre, con gesto serio, esperaba con las manos entrelazadas, detrás de mi padre. Tenía los labios sellados. Sabía que no le gustaba que nos comportásemos de aquella manera, y menos con una niña. Eso le recordaba a su infancia, aunque también era consciente de qué lugar ocupaba y cómo trabajaban los Sabello. Algunas veces era inevitable involucrar a menores, porque, en realidad, siempre era lo que más nos dolía.

—Nos mantendremos informados —añadió mi padre.

No iban a quedarse ni en Catania ni en Roma, sino que se marcharían a Cefalú, donde tenía una de las viviendas que muy pocas personas habían dado con ella por lo escondida que estaba. Jack y Anker Megalos, para ser más exactos, habían sido los únicos. Un flas me sobrevino al recordar el momento en el que Anker llegó para rescatar a su hija, con la única finalidad de encontrarse con su obsesión: Micaela. Ese recuerdo me golpeó con fuerza al darme cuenta de cuánto había cambiado mi bambina desde entonces.

Nadie se esperaba lo que se escuchó a continuación. Justo en el instante en el que nos disponíamos a montarnos en el avión, la dulce y malvada voz del clon de Domenico en miniatura habló:

—Espero que mis abuelos me cuiden.

El ambiente se tensó y podía cortarse con un cuchillo. Detuvimos la marcha y nos quedamos estáticos, a la espera de la reacción que más temíamos. No a la de mi padre, sino a la de Claudio. Noté que apretaba su rifle con fuerza, sin hacer ningún comentario ni girarse para mirarla. Entonces, dio un paso para montarse en el avión, aun sabiendo que estábamos paralizados. Romeo me lanzó un breve vistazo de socorro. Agarré a la cría de los cojones del codo y agaché mi rostro hasta que estuve muy cerca de su oído y murmuré:

—Cuidado. Cuando tu padre regrese, puede encontrarse con que eres muda.

Mis aniquiladores ojos la amilanaron y pude ver cómo se hacía más pequeña de lo que ya era. Mi tono no pasó desapercibido para nadie, aunque tampoco nadie preguntó. Miré a mis padres. Ninguno parecía sorprendido, y tuve que cerrar los ojos momentáneamente al ser consciente de lo que sucedía.

Ya lo sabían de sobra.

La niña no se dio por vencida cuando Francesco la sujetó del brazo y tiró de ella hacia el coche:

—¿No piensas despedirte de mí, Claudio?

Ese fue el detonante para que le arrebatase la niña de las manos a Francesco y, en un movimiento veloz, le apuntase con el cuchillo de caza a la boca. Nicole abrió los ojos en su máxima extensión y me contempló horrorizada. Sonreí al verla temerosa e incliné el rostro, presionando la punta del cuchillo en su labio inferior y provocando una pequeña herida.

—Abre la boca. —No se movió y el labio le tembló cuando le voceé —: ¡Que abras la puta boca!

Nicole obedeció con temor, buscando con premura la ayuda de Claudio. Ayuda que no llegó. Le hice un gesto con mi lengua para que lo imitase y, a regañadientes y comenzando a llorar, sacó la punta. No lo pensé y le provoqué un pequeño corte, con el que gimió de dolor. Cogiéndola de la camiseta para pegarla a mi rostro, le dije con voz temeraria:

—Nosotros no somos tu familia. Ellos no son tus abuelos, y Claudio no tiene que despedirse de ti. ¿Estás de acuerdo? —Asintió, temblando —. Si vuelves a abrir la puta bocaza, te juro que te coseré los labios y te cortaré en pedacitos. Piensa en la ilusión que le hará a tu padre cuando te encuentre en una bolsa de basura a cachos.

La solté con un breve empujón y se tambaleó hacia atrás. Crucé la mirada con mi padre, quien parecía orgulloso de mí; quise pensar que agradeciéndome que esa conversación que tenían pendiente solo le pertenecía a Claudio y a él, no a los demás, y mucho menos a una niña de diez años que no sabía ni dónde estaba metiéndose.

Avancé con determinación hasta que entré en el avión. Me crucé de brazos, con Valentino y Romeo a ambos lados de mí mientras la rampa se cerraba. Sellé los labios para evitar que las palabras saliesen de mi boca, porque tenía ganas de insultarla, de pegarle las hostias que no le había dado su padre y de coserle la boca de verdad.

Los ojos de mis padres desfilaron como un vendaval por los míos, sin decirnos nada pero expresándolo todo. Un diminuto «Encuéntrala» por parte de mi madre fue suficiente para que asintiese quedo.

Pensé con fuerza en ella, creyéndome que ese pensamiento podría llegarle de alguna manera. Ojalá lo hiciese, porque iba preparado para matar a quien se interpusiese en mi camino, aunque eso me costase la vida.

7

Planes distintos

Adara Sabello

El balanceo del contenedor me hizo abrir los ojos de par en par. Tenía a Natsuki pegada a mi costado, y su cabeza reposaba sobre mi muslo derecho, dormida. No había abierto la boca durante las interminables horas de nuestro crucero, véase la ironía. Arcadiy apareció tras la pesada puerta de hierro y nos instó:

—¡Arriba! Tenéis que poneros esto. Acabamos de atracar en el puerto de Da Nang.

Me incorporé despacio, despertando a la japonesa.

—¿Es un krama? —le pregunté, colocándome el pañuelo de cuadros alrededor de la cabeza, cubriendo mi cuello. Nunca me había puesto uno, pero había visto muchos documentales sobre cómo los usaban.

—Se supone que debemos pasar desapercibidos y...

No le dio tiempo a continuar porque la puerta se abrió entera y un hombre, pensé que el que nos llevaría, le colocó a Arcadiy una cuerda en las manos. La apretó con fuerza y nos miró a Natsuki y a mí. La chica se escondió a mi espalda y me giré de cara a ella, tratando de calmarla:

—Conmigo. ¿Vale? —Asintió, con los ojos llenos de lágrimas—. Yo te protegeré.

Apreté su mano con una convicción que hasta el momento no sabía que tenía, como si de verdad fuese yo una amazona que podría con lo que fuese que nos esperase en la calle, aparte de Dom y, supuestamente, Aarón. Sostuve con la mano que me quedaba libre el cuchillo que le había quitado a Arcadiy en su momento para desatar a Dom y me lo guardé en el escote del sujetador, ocultándolo con el pañuelo. Tragué saliva y tomé la decisión de intentar ser fuerte. Ya había vertido las suficientes lágrimas en mi vida como para continuar

haciéndolo. Y todavía no era consciente de las que me depararía el destino.

Volví hacia el hombre que nos esperaba con mala cara y extendí las muñecas para que me atase. No fue rudo, y eso me llevó a cuestionarme dónde estaría Riley y qué habría hecho Ryan con él, en el caso de que hubiese sospechado de mi amigo el informático.

—Una mujer. No dos —dijo el japonés mientras me ataba.

Busqué los ojos de Arcadiy, pidiéndole ayuda. Los colocó en el techo y prensó los labios, supe que todavía indeciso por lo que hacer con la chica. Al ver que no contestaba, tomé la batuta de la conversación y sentencié:

—Ahora dos.

Cabeceé en su dirección, ordenándole que la atase a ella también, y el tipo estiró la mano hacia la parte trasera de su desgastado pantalón y sacó otro trozo de cuerda. Lo extendió por sus manos y nos instó a que saliésemos.

El aire me azotó con lentitud las mejillas. Desvié la atención a Natsuki, que no se separaba de mi espalda, y asentí en una señal tranquilizadora. Arcadiy prosiguió con su paso en dirección a la cubierta, determinante y temerario como de costumbre. Su cabello ondeó con el viento, provocando que la imagen de su gesto fuera más fiero que el que acostumbraba a tener.

A lo lejos advertí que se alzaba el enorme puerto de Da Nang, repleto de contenedores como en el que habíamos llegado nosotros, sin orden de colores y a todo lo largo que era. Había varios barcos de mercancías atracados en el muelle, hacia donde nos dirigíamos y donde ya nos esperaba una comitiva de diez hombres por lo menos, al lado de una mujer con un krama oscuro, vestida con un elegante traje de chaqueta beis, unos tacones excesivamente altos y unas enormes gafas de sol negras como el tizón. En la distancia no la reconocí, pero me recordó a madame Ramírez y el vello del cuerpo se me erizó.

Con la cabeza bien alta, descendimos por el puente de madera improvisado detrás de Arcadiy, que continuaba con paso decisivo. Al llegar, nos detuvimos a escasos metros de la mujer, que nos observaba con atención. Cuando esta levantó un dedo índice, reparé en que llevaba las uñas perfectas, pintadas de rojo. Tres hombres se acercaron a nosotros y nos cachearon de los pies a la cabeza. Escuché el sollozo de Natsuki y recé para que no encontrasen el cuchillo que guardaba en el escote. Por suerte, la zona del medio no la tocaron, porque el asqueroso se entretuvo en masajearme los pechos con lascivia.

—¿Esta es la mercancía que nos traéis? —le preguntó ella a alguien que todavía no había aparecido. Los hombres que nos habían

cacheado desaparecieron de inmediato.

Un hombre, al que no pude ponerle nombre porque no se mencionó, asintió y comenzó a hablarle en un idioma que desconocía. Supuse que era vietnamita. La mujer se desenvolvió y pareció enfadarse cuando se dio cuenta de la presencia de Natsuki. Nos señaló y adelantó un paso, dejando al hombre con el que hablaba a un lado y colocándose frente a mi amigo.

—¿Así que tú eres uno de los predilectos de Anker Megalos?

Me coloqué al lado de Arcadiy y vi cómo alzaba una ceja y después fruncía el ceño.

—Era —le respondió él de manera escueta—. Lo mismo no le ha llegado la información a tu cerebro oxigenado, pero Anker está muerto —escupió.

Entonces, pude ver que a la mujer se le escapaba una sonrisa junto con un mechón rubio y rebelde que intentó cubrir sus ojos. Alzó una mano y la detuvo en el pecho de Arcadiy, que se movía descompasadamente y con mucha agitación. Oscureció la mirada al ver que ella paseaba un dedo índice hasta el filo de la cinturilla de sus pantalones.

—¿Y por qué debería servirnos este hombre?

La pregunta iba dirigida al que supuse que era el cabecilla del grupo de hombres que se encontraban detrás de la rubia, pero tampoco lo sabía a ciencia cierta. Esa vez se dirigió a ella en inglés, haciéndonos a todos partícipes de la conversación:

—Si no lo desea, podemos ahogarlo en el mar.

La sonrisa maquiavélica de la rubia no pasó desapercibida para nadie, y estuvo fuera de lugar cuando llevó la mano con bravuconería al paquete de Arcadiy. Él ni se inmutó, aunque sí lo escuché gruñir. Acercó sus carnosos labios a los de mi amigo, pues la mujer era bastante alta y casi llegaba a su estatura con aquellos andamios.

—Dime, Arcadiy, ¿por qué tengo que llevarte conmigo?

Mi amigo prensó los labios con una chulería innata, y cuando los despegó, mi primer pensamiento fue que estábamos muertos.

—Si quieres, bájame la bragueta y te lo demuestro delante de toda esta gente.

Sonrió bobalicón, y estuve casi segura de que si Tiziano se hubiese encontrado allí conmigo, se habría revolcado en el suelo a carcajada limpia. Yo traté de aguantármela, pero porque me podía más el miedo de no ver a Aarón que otra cosa.

De repente, y mientras aquellos dos se comían con los gestos, una sombra pasó por el lado derecho y el reflejo llamó mi atención. Desvié la mirada y me pareció ver a Camilo. ¿Camilo? Ese hombre estaba en

Colombia, ¿qué iba a hacer en Vietnam?

—¿Señora?

La voz del cabecilla me sacó de mis cavilaciones y me giré intentando que no se notase, aunque en el fondo continuaba pensando en su aparición en el puerto. Arcadiy y Riley querían sacarme de Tokio para llevarme a Francia con el contenedor de órganos y después soltarme en Italia. Dom apareció en medio de aquel berenjenal e intento de huida, habiendo trazado otro plan que me devolvía la droga de Tiziano y me aseguraba el regreso a Grecia, donde también me encontraría con él, y, por lo que pude adivinar, atracar en el puerto de Da Nang era un mero paripé entre Dom y los nuevos compradores para llegar a mi destino. De esa manera, las explicaciones de Dom a Luciano estaban servidas.

Abrí los ojos como platos.

Si de verdad Aarón estaba allí, ellos no podrían interferir en los planes para sacar la droga del país, pero Camilo sí. ¡Eso era! Estaban despistando a los vietnamitas para llevarse la droga del puerto, porque ni siquiera eran conscientes de que íbamos cargados. Algo que no tardé en advertir cuando escuché el sonido de un barco muy cerca. Contuve la respiración porque imaginé que todo aquel paripé —o eso esperaba— era para que Camilo pudiese llevarse el cargamento.

—¿Por qué son dos mujeres si solo venía una? —preguntó la rubia, devolviéndome a la conversación.

—Para que las tengas por partida doble —le contestó Arcadiy, en su línea de chulo.

El hombre gruñó y adelantó el paso, con la clara intención de dispararle a mi amigo. La rubia extendió una mano en su dirección para que se detuviese y Arcadiy rio. ¿Qué le hacía tanta gracia?

—Dígale a Domenico Rinaldi que mantenemos el trato. Mi acompañante le pagará la cantidad acordada, más el suplemento por la japonesa. —Enfocó a Arcadiy por última vez y murmuró—: Espero que no me decepciones, rubito.

Un «Vamos» se escuchó de una garganta áspera y muy conocida para mí. Busqué la procedencia de la voz, tratando de que no se me notase en los ojos. Capté una breve sonrisa de Aarón mientras guiaba sus pasos en dirección al cabecilla, quien había preparado una mesa improvisada en el puerto. Los hombres se arremolinaron alrededor de él y alguien más lo siguió. No pude identificar quiénes eran, porque todos llevaban gafas oscuras y un pañuelo que cubría hasta lo más mínimo de sus rasgos.

La mujer que tenía delante se deshizo de sus gafas y atisbé unos destellantes ojos azules, muy parecidos a los de Arcadiy. Contuve el

aliento al darme cuenta de que era Noa Wood, la compañera de la brigada de Aarón. Mi cuerpo se relajó, del mismo modo que se envaró al escuchar su tono determinante:

—Subid al barco. Salimos en cinco minutos.

Mi amigo le mantuvo la mirada con socarronería y perversión, divertido pero muy amenazante. En efecto, no me equivoqué cuando le dijo en griego:

—Voy a cortarte la mano, rubita.

Ella esbozó una sonrisa perversa y despegó una mano de su cuerpo para llevarse el dedo índice a la boca y chuparlo con lascivia. Se giró sobre sus talones y caminó hasta donde estaba Aarón mientras nosotros éramos conducidos otra vez hasta el interior del barco por otro hombre que no había visto.

—¿Estás bien? —Me adelanté, pero me detuve antes de que me diese tiempo a buscarlo—. No me mires.

Agaché la cabeza por primera vez y anduve hacia el interior, detrás de Natsuki, que seguía a Arcadiy cabizbaja.

—¿Klaus?

—Esto compensa mucho más que un helado enorme en Roma. —Sonreí—. Si llego a saber que es tan divertido trabajar para la brigada de Aarón, habría solicitado una plaza antes.

Rio por sus propias palabras, porque yo sabía que aquello no era tan fácil y que no tenías nada que hacer si no te reclamaban ellos. Podríamos decir que la brigada de Aarón no trataba muchos de sus asuntos de manera limpia, de ahí que Micaela, Jack y Arcadiy trabajasen en exceso con él.

—¿Vittorio? —me interesé—. ¿No ha preguntado por ti?

—En comisaría todo sigue su curso, pero estamos a punto de detenerlo. Tenemos las pruebas suficientes para encerrarlo, aunque...

Lo miré sin reparo, porque la frase se había quedado a medias y no me daba buena espina.

—¿Aunque qué, Klaus?

Tragó saliva con lentitud y juntó los labios en una fina línea.

—Fuimos al palacete de Tiziano para ofrecerle nuestra ayuda, pero la declinó. —Asentí. Y, para qué engañarnos, me sentí orgullosa de que hubiese mantenido su palabra de honor intacta, aunque eso me metiese a mí en el saco—. Pero sí le he ofrecido la posibilidad de hablar con Vittorio. Aarón pensó que sería suficiente para que nos dejase ayudarlo.

—La mafia no trabaja con la policía.

Rio con ganas.

—Se te están pegando muchas cosas de él.

—E imagino que sabrás que Vittorio no llegará a poner un pie en la cárcel.

Asintió con énfasis, indicándome que continuase mi paso para llegar a la puerta del contenedor, donde Arcadiy y Natsuki ya se habían internado.

—No tengo ninguna fe en que ese hombre pise el suelo de la prisión. Sé que lo matará.

—Y aun así vas a permitirlo. —No fue una pregunta, porque pobre de Klaus como se interpusiese en los planes de los Sabello—. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Muy sencillo. Riley llamó a Aarón justo cuando salimos del palacete, y Domenico lo hizo de manera simultánea para ofrecerle un trato. Entre los tres trazaron la manera de sacaros de aquí y... —se apoyó en el quicio del hierro de manera chulesca— aquí estamos.

Sonreí con sinceridad y me mordí el labio inferior. No pude retener la pregunta que pugnaba por salir de mi boca, aun sabiendo que Arcadiy estaba pendiente:

—¿Por qué me ayudas tanto, Klaus? Yo no puedo ofrecerte...

—Porque tienes la misma inocencia que una amiga. Me recuerdas a ella —añadió, interrumpiéndome. Algo a lo que le di gracias, porque no quería pensar que los sentimientos de Klaus fuesen otros que un simple aprecio.

Ensanchó las comisuras de los labios y lo imité.

—¿Una amiga? —titubeé, por si metía la pata.

—Una muy buena amiga que, por cierto, su marido también tiene negocios con el tuyo. Os llevaríais muy bien. Además, no olvides que soy de los buenos.

Lo contemplé con detenimiento. Desde luego, estaba hecho para ser policía. Para ayudar a los demás, porque no encontraba unas segundas intenciones que me demostrasen lo contrario en sus gestos. Cabeceé en señal afirmativa en busca de mi amigo, que estaba con el entrecejo fruncido.

—Tu amiga es una afortunada, entonces. —Hice una pausa y lo miré—. Si salimos de este embrollo, ¿me presentarás a...?

—Enma y Edgar[2]. Sí, aunque tendremos que viajar hasta Mánchester.

—Bueno... —Moví los hombros con desinterés—. Italia, Japón, Vietnam y ahora Grecia. Tampoco ocurre nada por volver a Reino Unido.

Reí y él me siguió, cortando después la conversación cuando se dirigió a Arcadiy:

—Domenico ha interceptado a Camilo en su regreso a Colombia.

Está en el barco que acaba de adelantar a este. Una vez que estemos en mar abierto, deberéis trasladar la droga a su buque. —Arcadiy ni pestañeó—. Un helicóptero con Domenico os recogerá en medio del mar.

Tragué saliva al pensar la manera en la que debíamos subirnos en ese helicóptero y tomé el antebrazo de Klaus antes de que se marchase, porque aquello me indicaba que ni siquiera vería a Aarón para darle las gracias por hacerse pasar por simples mercenarios en busca de esclavos con el fin de ayudarnos a salir de la enrevesada situación, lo que me daba a pensar que Dom no tenía otra manera para despistar a Luciano si no era por negocios tangibles que después pudiese demostrarle a su padre.

—Gracias —musité.

Esbozó una sonrisa y desapareció de allí, dejándonos la puerta semiabierta. Miré la cantidad de paquetes que había en el cubículo y suspiré al pensar en cómo sacaríamos de rápido el material de allí sin que nadie se percatase de ello, aunque, en realidad, en mitad del mar creí que no sería tan complicado.

Me aproximé a Arcadiy y lo miré a la espera de su recriminación, que no tardó en llegar:

—¡Lo que me faltaba! Ayudar a un narco con sus mierdas y encima tener que hacerme cargo de una china por tu culpa.

—Es japonesa —lo corregí, y la busqué. Se encontraba en una esquina—. Cuando todo esto pase, lo recordaremos con unas cervezas y una barbacoa.

Negó con la cabeza y yo pensé en aquel instante en el que de verdad éramos libres de la tiranía de mi padre, del hombre más temible que había conocido la historia y del mismo que me había privado de una vida, soltándome de internado en internado. Irremediablemente, pensé en mi madre y en el destello que sus ojos mostraban ahora que había encontrado la felicidad junto a Carlo. Carlo. Cuántas ganas tenía de sentarme con él y hablar con el corazón en la mano, nunca mejor dicho. Sería una relación complicada, puesto que él debía continuar al lado de Tiziano, pero lo difícil no era imposible, y a la vista estaba. Pensé en mi italiano favorito y el estómago se me contrajo al adivinarlo tan cerca de mí en tan poco tiempo.

Los motores rugieron con fuerza y nos vimos zarpando sin destino, en mitad del mar y con dos personas como únicos acompañantes que no hablaban y que se encontraban una en la punta de la otra. Intenté hablar con Natsuki, pero preguntarle sobre su procedencia fue en

vano, porque negó con la cabeza y miró a Arcadiy como si viese al demonio. Este resopló al darse cuenta de que no despegaba los labios por él y chasqueó la lengua con desagrado. Cogió su teléfono móvil y gruñó, hasta que al final terminó lanzándolo a la otra punta del cubículo.

—Creo que a Riley se le ha olvidado que tenía que darnos conexión.

Suspiré, porque aquel teléfono me serviría para hablar con el amor de mi vida, y parecía que el destino no hacía más que ponerme trabas para escucharlo aunque fuese. Mis pensamientos divagaron a los momentos bonitos, y también a los duros, que intentaba ocultarlos a toda costa pero que no olvidaba. Me llevé las manos a los muslos y noté por encima de mi pantalón los cortes que me había provocado.

—Ryan nunca quiso que sufrieras por su culpa.

Elevé los párpados en busca de Arcadiy, que permanecía sentado en el suelo, con una pierna flexionada y sin quitarme los ojos de encima.

—Tampoco me ha preguntado —le contesté con enfado.

—Si una persona a la que quieres como a una hermana o hija te dice mañana que se queda con una panda de mafiosos, ¿qué harías?

Lo miré, miré y requetemiré.

—Preguntarle primero —mentí.

—¿Aun sabiendo que su vida puede ser un constante peligro?

Apreté los labios para no darle la razón. Sin embargo, podía llegar incluso a entender los motivos de Ryan, aunque no quisiera reconocerlo.

—No actuó bien.

—Esa no era la pregunta, Adara.

—No soy una niña. No necesito que me deis lecciones de vida.

—No. Ya te las ha dado Tiziano cuando casi te mata. Y aquí sigues, tan normal.

Me mordí la lengua, pese a que llevaba razón.

—Eso es algo entre él y yo.

—Eso es algo que no se perdona a la primera de cambio.

Resoplé, hastiada por la conversación y porque sabía que tenía más razón que un santo.

—¿Estás diciéndome que llevarme a miles de kilómetros de Tiziano era la mejor opción? O sea, que tú también estabas de acuerdo.

—Si hubiese estado de acuerdo, no estaríamos aquí, princesa.

Su tono me sonó a burla y arremetí contra él, enfadándolo:

—Perdóname, rubito. Entiendo que te dejaste llevar por la adrenalina del momento y decidiste que las drogas y raptarme era el mejor plan de la historia.

Gruñó y alzó un dedo de manera amenazante. Sonreí al ver lo que

ese apelativo por parte de Noa había provocado en él. Me mordí los labios para no soltar una carcajada. En el fondo, muy en el fondo, llegaba a entender que para Ryan era como su protegida, que habíamos vivido momentos muy bonitos juntos y que no quería que echase mi futuro a perder. Pero en el amor no mandaba nadie y yo había aprendido a perdonar, pese a todas las calamidades por las que Tiziano me había hecho pasar. Sabía que se arrepentía, como también era consciente de que podía llegar a ser una ingenua y una tonta a la que pudiese parecerle que le daba igual la barbaridad de situaciones a las que me había sometido. Sin embargo, todas ellas estaban en mi cabeza y trataba de gestionarlas de la mejor manera posible.

No todo en la vida significaba devolver la misma moneda cuando te herían. También existía el perdón, o por lo menos yo creía en él y en que no todas las personas debían ser iguales o comportarse de la misma manera, por muy absurdo que pareciese. Yo no era como él. Nunca sería como él, y me mantendría en mi postura como Adara Megalos, ahora Adara Sabello, siendo yo. Siempre yo.

Pensar en que el apellido Megalos pasaría a la historia pareció devolverme el aire que me faltaba, porque llevarlo me producía pánico, temor y asco. Asco del de verdad al recordar que lo tenía gracias al ser más despreciable que habían conocido los tiempos.

—Os escuché hablar de los papeles de la boda.

Arcadiy asintió, sacándose un cigarro de una cajetilla que no sabía dónde había estado todo ese tiempo. Me dieron ganas de fumar hasta a mí, y eso que no había probado un cigarro en mi vida.

—Lo hizo cuando todavía estabais en Roma. —Chasqueó la lengua y soltó el humo con desagrado—. Cuando se marchó del palacete, iba en busca de tu suegro para ponerle las peras a cuarto.

—¿Cómo sabes eso? —me interesé en exceso.

—Porque había conseguido colocar unos micros en los alrededores y escuché a Tiziano. —Sonrió gañán.

Negué con la cabeza, pensando en qué habrían hablado entre Claudio y Tiziano, pero unos golpes en la cubierta nos hicieron ponernos de pie. Una cabeza asomó y vi un tatuaje encima de una de sus cejas y, justo debajo, una cruz. Sonrió con cara de psicópata y abrió las manos con un dramatismo descomunal.

—¡Señora Sabello! ¡Rubito!... —Arcadiy gruñó y se irguió en su posición, intimidante—. ¡Vale, vale! Mis disculpas —teatralizó—. Señorita japonesa que nadie sabe de dónde ha salido.

Se inclinó como si estuviese en una corte, y mis labios se curvaron por tanto ajetreo y sus saludos.

—Me alegro de verte, Camilo —lo saludé.

Arcadiy rugió con hastío y le preguntó contundente:

—¿Qué pollas hay que hacer?

—¡Uh! —Entrecerró los ojos por el tono y seguidamente me miró a mí—. Lamento decirle que he llamado a su marido más de treinta veces y no consigo que el teléfono dé señal. Eso quiere decir que estará en su busca, ¡a saber dónde!

Me faltó el aire al pensar que podrían separarnos más días, más kilómetros y más tiempo. Aguanté el impulso de solicitarle que me dejase ese teléfono para intentarlo durante cada segundo, y tomé el control de mis emociones para expresar mis siguientes palabras:

—Camilo, tutéame, por favor. Y dinos qué tenemos que hacer para sacar todo esto de aquí.

Sonrió de tal manera que sus dientes se mostraron perfectos y en línea recta, con la sonrisa de un demente de verdad. Natsuki se hizo más pequeña a mi espalda cuando la miré, y la voz de Camilo, jovial y fuera de tono, sonó con euforia:

—¿Alguna vez han hecho un portecito de droga? —Negué, aguantándome las ganas de reír al ver a Arcadiy tan cabreado. Ese no era su carácter, y entre Natsuki y Noa lo habían desquiciado—. ¡Pues ha llegado el momento de aprender! —Asomó la cabeza hacia el exterior y gritó al viento—: ¡Anden, hagamos una cadena! ¡Tenemos cinco minutos para que aparezca Domenico!

Exactamente, eso fue lo que hicimos. Le dije a Natsuki que debía pasarle los envases que le daba a Arcadiy, para que este se los diese a Camilo y, así, seguidamente, a la larga cadena de hombres que estaban en fila hasta llegar al barco que teníamos justo delante, donde depositaron las cantidades desmesuradas de droga que había allí dentro. Noté que a la muchacha le temblaban las manos de manera irremediable cada vez que tenía que pasarle el paquete a mi amigo. Arcadiy suspiró lo indecente y me atreví a meterme en la cabeza de él mientras le pasaba con desgana los paquetes al chiflado de Camilo, que no dejaba de cantar vallenatos a viva voz.

La situación era estresante, pero su manera de ver la vida y los problemas me hicieron sonreír, y en más de una ocasión seguirlo en alguna que otra canción en susurros que él alentaba para que fuesen más altos. Uno de los paquetes resbaló de las manos de Natsuki, y al agacharse, Arcadiy lo hizo a su vez y ambos se quedaron contemplándose como si el tiempo se hubiese detenido. El rubio, con el ceño tan fruncido que parecía que iba a desaparecerle, le arrancó el envoltorio de la mano y se lo tendió a Camilo, quien reía, quise pensar que imaginándose la incomodidad a la que estaba sometido mi amigo, todavía sin saber por qué.

Sacaba los dos últimos paquetes que quedaban en los palés cuando las hélices de un helicóptero sonaron sobre nuestras cabezas. Camilo dio un salto al otro barco, me guiñó un ojo y, a viva voz, soltó para que lo escuchase por encima del tremendo ruido:

—¡Señora Megalos, nos vemos pronto en mi país! ¡Hablaré con su marido en cuanto pueda! ¡Le prometo que esto llegará a puerto español, tal y como se planeó desde el principio!

Le dije adiós con la mano y asentí, viendo cómo el barco zarpaba. Una cabeza conocida asomó por nuestro medio de transporte mientras nos echaba unas extensas escaleras para que subiésemos. Una vez arriba, me senté y me abroché el cinturón al tiempo que Arcadiy asomaba la cabeza y el helicóptero se ponía en marcha.

—¡¿Por qué no vamos a Italia?! —le grité para que me oyese.

—¡Porque se supone que, a ojos de mi padre, tú y yo volamos a Atenas por negocios!

Cuando conseguimos estabilizarnos, Dom me contó que el plan inicial era llevarse la droga de Tiziano a Grecia, pero que había conseguido localizar a Camilo, tal y como había pensado, para desviarla hacia el punto exacto donde debería haber estado en su momento. Le pedí por activa y por pasiva que me dejase un teléfono para llamarlo, pero este se negó y me aseguró que no era el momento. No supe el porqué de su negativa, pero más tarde descubriría ese motivo y el jaleo que había entre unos y otros, concretamente con Nicole. La opción de pedirle el teléfono a Arcadiy fue en vano, porque se había dejado el puñetero aparato en el contenedor.

—¿Qué pasará cuando tu padre se entere? —le pregunté, una vez que estuvimos acomodados en los asientos.

Dom chasqueó la lengua y miró a Arcadiy, después me enfocó y aseguró:

—Que me matará.

8

Sálvese quien pueda

Tiziano Sabello

—¿Dices que te ha dado una paliza un retaco?

La pregunta de Dante resonó por todo el avión, seguida de las carcajadas de unos cuantos, menos la de Claudio, que llevaba días sin reír y muy serio.

Había recibido un mensaje de Riley con una ubicación en Tokio, a lo que respondí con un simple «OK», jurándome mantener la calma ante su súplica de «No me saques las tripas». Tuve que reírme al leerlo, pero esa risa vino provocada porque sabía que en unas horas ya estaría con mi bambina y nada ni nadie podría separarme de ella.

El viaje estaba haciéndose interminable, y ya no sabía cuántos cigarros me había fumado, cuántas veces le había dado vueltas al cuchillo de caza entre mis dedos y en cuántas ocasiones se me había caído la torre de naipes que no había conseguido estabilizar, por mucha concentración que hubiese pretendido tener. Todos mis pensamientos estaban centralizados en ella, y en verla, tocarla y abrazarla hasta morirme. Lo que no sabía era que iba a comerme una mierda como una catedral de grande.

—Una puta broma más y os juro que os lanzo del avión.

El torrente de voz de Valentino se escuchó en el aeroplano mientras los demás continuaban jactándose de él sin descanso. Había tenido que interceder en la anécdota, porque Valentino se había saltado la mitad de las hostias que Beatrice le había propinado en menos de diez minutos. El gruñón casi me sacó la tráquea cuando conté con pelos y señales que le había dado una tunda para recordar de por vida.

Busqué con los ojos a Claudio, que se encontraba en uno de los butacones, sentado y mirando por la ventana mientras se cambiaba el vendaje del hombro. Apreté los labios en mi particular mueca,

escuchando de fondo Symphony. No era la mejor pieza clásica para el momento, porque parecía que me alteraba por segundos la sangre y los sentidos.

El primer impulso que tuve fue el de tirarme sobre el asiento de al lado, de manera desprevenida y socarrona. Sin embargo, su gesto serio, el mentón marcado porque apretaba los dientes en exceso y aquellos ojos que brillaban más que una noche de luna llena me frenaron. Sus iris verdes, tan claros como los de mi padre, impactaron con los míos fijamente.

—¿Puedo? —Señalé el asiento, aún de pie.

Continuó con su vendaje, dándole vueltas al hombro. Miró al frente y gruñó:

—El avión es tuyo. No seré yo quien te diga dónde tienes que poner el culo.

Apreté los labios para no reírme, y con lentitud tomé asiento sin saber cómo llevar esa conversación tampoco. Ah, ¡qué coño! Delicadezas cero, que a mí no se me daban bien.

—¿Cómo llevas el disparo de tu amor platónico?

Me contempló durante unos segundos que se me hicieron eternos, hasta que por fin abrió la boca:

—¿Eres consciente de que la delicadeza no es uno de tus fuertes?

—¡Claro! —solté efusivo, echándome hacia delante en mi asiento para verlo mejor—. También soy consciente de que no sé cómo tratar una conversación así con mi hermano, porque jamás hemos tenido que llorarnos en el hombro.

Sus labios se convirtieron en una fina línea y respiré aliviado al escuchar que, de fondo, incluso Jack y Micaela se jactaban del pobre mastodonte de Valentino. Tanto músculo para nada.

—Yo no tengo que llorar en el hombro de nadie, caruso.

—¡Bah! Eso lo dices porque te ha disparado con mala leche. —Señalé con mi índice su hombro. Resopló y se dejó caer. Entonces, apreté la mandíbula al darme cuenta de lo mucho que la echaba de menos—. Pues estaré convirtiéndome en un blando, pero yo tengo sentimientos encontrados.

No giró su rostro. Sin embargo, su mejilla se movió lo justo, y supe que lo hizo tratando de esconder una risa. Pero el comentario sí que no lo aguantó:

—¿Quieres un pañuelo?

Le di un golpe en la herida y me soltó un «Hijo de puta» sin contemplaciones. Reí y me acomodé de la misma forma que él, apreciando aquel porte de tiburón empresarial que le mojaba los calzoncillos a cualquiera. Ya no podía decir las bragas.

—Necesito verla —musité sin darme cuenta.

—Sí. Todos la necesitamos. —Movió su hombro—. Me he dejado el brazo hecho una mierda.

—¿La quieres solo porque sabe curar? —Me hice el ofendido, y por primera vez esbozó una sonrisa de verdad.

Joder, era mi puto hermano. Estaba pasándolo verdaderamente mal, y yo se lo ponía a huevo diciéndole que echaba de menos a Adara. Desde luego, ese tipo de conversaciones no estaban hechas para mí.

—Es una chica lista. —Se hizo un silencio extraño, en el que lo miré demasiado. Algunas veces no tenía filtro. Desvió sus ojos hacia mí—. ¿Tengo el perfil adecuado?

Una pequeña carcajada salió de mi garganta, y también las palabras fueron más ligeras que el impulso por retenerlas:

—Lo saben. Y yo no les he dicho nada. —Asintió quedo. Sabía que hablábamos de nuestros padres—. ¿Qué piensas hacer, Claudio?

—Lo que quieras que haga —sentenció contundente.

—No voy a pedirte que mates a Dom. Tampoco creo que quieras hacerlo. Son tres años de aguantarlo, así que piénsalo bien, que eso es volver a empezar de cero...

La broma se me quedó en el tintero cuando me interrumpió:

—Me ha disparado. —Ese comentario salió rabioso de su garganta —. Ni siquiera me ha dado tiempo de poder explicárselo.

—Y te pusiste en medio —lo pinché.

—Y me puse en medio.

Lo dicho, que no se me daba bien.

—Menudo cabrón.

La mirada de Claudio se perdió en un punto del aeroplano. No era en mí, precisamente. Pensé durante unos segundos qué podría decirle, pero no había nada que me saliese espontáneo sin soltar una de las mías. No quería herirlo más de lo que ya estaba. No deseaba hacerlo.

Llevé mi mano a su muslo. Apretándolo para que pusiese su atención en mí, traspasé sus iris con la intención de que pudiese ver mi alma si era necesario.

—Estoy aquí. Para lo que sea, cuando sea y como sea. ¿Estamos?

Selló los labios de nuevo, aunque esa vez el cabeceo fue más ligero.

El momento se rompió cuando tres cabezas asomaron por mi lateral, dándome un susto que casi me provocó un jodido infarto. Enzo se sentó delante de Claudio, y el observado puso los ojos en blanco. Dante sonrió como un gañán y se colocó al lado de Enzo, quien dictaminó:

—Yo he leído libros de amoríos, y esto sé cómo se soluciona. Abre

bien las orejas.

Claudio se llevó las manos a los oídos y se los taponó. Tuve que reírme irremediablemente. Romeo movió los hombros con desinterés y añadió:

—Yo me salto la parte romántica y vamos a descuartizar.

—Macabro —bisbiseé con sorna.

—Son los genes. —Repitió el gesto de sus hombros, apoyándose en mi asiento.

El único que se alivió durante unos instantes fue Valentino, que escuché que empezaba una conversación amena con Jack y Micaela, al lado de un Alessandro que todavía seguía dándole la murga por lo bajo con la Beatrice de los cojones.

Las manos me temblaron cuando aterrizamos en el aeropuerto de Tokio, donde se suponía que Riley estaba esperándonos. Sin embargo, antes de que la rampa se abriese del todo, yo ya estaba agazapado, saliendo y buscando como los desquiciados a Adara. Mi fortuna me jugó una mala pasada cuando vi a un hombre, regordete y con sus gafas de pasta, delante de nosotros. Estaba temblando más que una hoja, y se retorcía las manos con un nerviosismo inusual en él cuando se suponía que estaba con sus amigos.

Miré a ambos lados como un loco, sin encontrarla. Un nudo se instaló en mi garganta y comencé a caminar con pasos cortos y decididos hasta llegar a la altura de Riley. De hecho, pude discernir que incluso eran titubeantes. ¿Por qué no estaba con él?, ¿dónde estaba Adara?, ¿dónde estaba Ryan? ¡¿Por qué cojones no estaba con él?!

Incliné el rostro hacia delante, esperando una explicación que no tardó en tratar de comenzar; imaginé que al percatarse de que mis iris se oscurecían de manera sobrenatural:

—Tiziano...

—¿Dónde está? —le pregunté con voz de ultratumba.

Muy pocos segundos después, Micaela y Jack se situaron a mi lado a la espera de que Riley consiguiese hilar una palabra con otra, pero lo único que logró fue balbucear con histeria y ponerme más histérico. Lo agarré de la camiseta, y Dios sabe que no lo levanté del suelo porque hasta las fuerzas me fallaban.

—¡¿Dónde coño está?!

Las lágrimas salieron de los ojos de Riley con descontrol y lo solté a plomo, sabiendo que eso no eran buenas noticias. Lo escuché de fondo decir, como si no quisiese entender que lo que contaba era verdad, que no estaba allí y que se encontraba a miles de kilómetros de

nosotros.

—... Y se marchó con Arcadiy en el contenedor que guardaba la droga que Luciano te robó —continuó. Me tambaleé hacia atrás por las explicaciones. La mano de Romeo fue la sujeción para que no cayese de bruces—. Sé que consiguieron encontrar a Camilo y él se llevó el cargamento.

—La has mandado a Vietnam... —atiné a murmurar.

—¡Pero está bien! —añadió de carrerilla, mirándome suplicante—. ¡Llegará a Grecia mañana mismo y...!

No le dio tiempo a decir nada más, porque lo siguiente que se escuchó fue un terrible alarido, provocado por el cuchillo que acababa de clavarle en la palma de la mano, la misma que había alzado para pedirme clemencia, y la misma que se quedó incrustada en la pared que había detrás de él. Apreté tantísimo los dientes que pensé que se me partirían viendo cómo sus lágrimas caían en cascada al aullar de dolor.

Un jadeo de la boca de Micaela sonó a mi espalda y pedí en silencio que no se le ocurriera meter las narices en un asunto como aquel, porque entonces sí que perdería los nervios de verdad.

—No está aquí... —musité, casi rozando su nariz. Notaba la vena de mi cuello palpitar con tanta fuerza que de un momento a otro habría sido capaz de reventarme.

—Tiziano... —lloriqueó.

—¡¡¡No está aquí!!! —berreé desencajado, recalcando cada palabra.

—He hecho todo lo que estaba... estaba... en mi... mano. —Se miró la dañada y sollozó—. Tiziano...

Tampoco lo vio venir. Ni él ni yo, pero estampé mi puño contra su pómulo izquierdo, ocasionando que cerrase el ojo y volviese a ulular de dolor. Alguien intentó detenerme; lo supe porque se escucharon muchas armas a mi espalda, elevándose todas a la vez. Me volví, como si estuviese poseído, sin soltar aún el cuchillo, que cada vez apretaba con más garra en la carne de Riley. Observé a Jack de manera amenazante, con una mano en alto a punto de tocarme. Mis hermanos estaban encañonándolo, y Micaela no tardó en sacar su arma también, aun sabiéndose en desventaja.

—Tiziano, es Riley —añadió, mirándome a los ojos.

Reí.

Reí como un desquiciado.

Mis dedos se desprendieron del cuchillo que tenía sujeto al hombre que, hasta el momento, había sido mi amigo de verdad. Me llevé la mano a la cinturilla de mi pantalón y saqué la pistola, sin tiempo a reacción. Los ojos de Riley se abrieron como nunca. Los míos también,

pero por lo desencajados que estaban ante la situación.

—¡Y por eso mismo me duele más! ¡¡Porque es Riley quien los ha ayudado!! —bramé.

Giré mi brazo lo necesario para apretar el gatillo y dispararle al pie izquierdo de Riley. Micaela abrió los ojos como platos y un «¡Nooo!» se perdió en el silencio de aquella noche tras el lamento más mordaz que había escuchado ese día. Jack tenía los ojos cristalinos, aunque no se separaban de los míos, aguantándome el pulso, como buen asesino que era. Micaela me contemplaba con horror, sin saber qué hacer ni qué decir, pero su mirada sí se desvió al hombre que lloraba como un niño, pegado a la estúpida pared.

—¡¿Por qué los ayudaste?! —rugí encolerizado.

Sollozó, se sorbió la nariz con desconsuelo y dijo:

—¿Qué... qué querías que hiciera?... —Silencio. Mis hermanos no se atrevieron a pronunciar ni una sola palabra, pero me bastó contemplar sus rostros para saber que a ellos también les dolía lo que estaba haciéndole—. He intentado... arreglarlo... —musitó, sin dejar de sollozar.

Noté que la mandíbula me temblaba, que no iba a ser capaz de controlarme y que necesitaba gritar. Gritar mucho y muy alto para que todo el puto mundo se enterase de lo jodidamente cabreado que estaba y de las ganas que tenía de apuñalar hasta la saciedad a cualquiera que se cruzase en mi camino. No pensaba matarlo, pero sí darle un escarmiento; pese a haber escuchado su argumento, pese a saber que había intentado hacer entrar en razón al cabezón de Ryan, que juraba que la vida tenía que ponérmelo en la cara, porque no iba a reconocerlo ni su madre, si es que tenía.

Me llevé las manos al puente de la nariz, abriéndome paso entre mis hermanos y dejando atrás la figura de Riley contra la pared. Los dedos volaron solos a mi coleta y tiré de ella de manera desquiciante y sin miramientos, otorgándome un tirón de pelos considerable. Ahí comenzó mi aventura por dejarme los pulmones en medio de la pista, vociferando como un demente, desgañitándome y permitiendo que el alma me saliese por la boca, pero, a fin de cuentas, soltando parte de esa rabia acumulada que había guardado desde el momento en el que ella desapareció de casa.

De nuestra puta casa, joder.

Con los ojos casi echando chispas, regresé al punto de partida. Nadie se atrevió a decir ni una palabra. Me coloqué delante de Riley y tiré del cuchillo con garra, provocándole más dolor del que ya albergaba. Sujeté la tela de su camiseta y tiré de él como si no fuese más que un simple saco, llevándomelo casi a rastras, pues la pierna le

fallaba y el dolor, supuse, sería insoportable. La mano le sangraba a raudales y a mí no había dios que me detuviese.

Escuché la voz de Micaela en la lejanía pidiéndome clemencia y suplicando que lo dejase. En ese momento, lo solté a plomo y cayó en medio de la pista. Solo yo sabía las ganas que tenía de patearlo como si fuese un saco de boxeo. El error fue mirarlo a los ojos y darme cuenta de que Riley siempre sería esa persona bondadosa que trabajaba para una panda de criminales que no le pegaban ni con cola, pero que era Riley.

Era Riley, cojones. ¡Y me la había metido doblada a mí! Porque por culpa de él no habíamos podido dar con el paradero de Adara durante todos esos malditos días. Obvié que, si eso no hubiese ocurrido, yo no estaría desquiciado ni habría levantado medio mundo para encontrarla.

Me coloqué de cuclillas delante de unos ojos inundados por el miedo. Su cuerpo cimbreaba sin control y los sollozos eran cada vez más grandes. Coloqué el cañón de mi pistola en su cabeza.

—¡No! ¡No! —La alarma en el tono de Micaela no tardó en aparecer.

Se colocó delante de mí y extendió su cañón en dirección a mi cabeza. Sonreí con desgana, pero no me atreví a hacer ningún comentario. No antes de que ella abriese la boca:

—No pienso consentir que dispares. Y si lo haces... —Sus ojos brillaron en exceso—. Siento dejar a mis hijos huérfanos, pero te juro que apretaré el gatillo.

—¡No! ¡Micaela, baja el arma! —le suplicó Riley—. ¡La culpa no es vuestra! ¡Es mía! —gritó al ser consciente de que Jack me apuntaba en la distancia y de que todos mis hermanos lo hacían con ellos también —. Tiziano, por favor —me suplicó—. No abras una guerra entre las dos familias.

—¡La guerra la habéis abierto vosotros! ¡Maldita sea! —me enfurecí.

Golpeé el asfalto con mi puño, haciéndome un daño terrible en los nudillos. «A quién se le ocurre...», me dijo mi demonio en el quicio de la puerta del infierno mientras mi ángel lo contemplaba sin reconocerme. Negaba muchas veces con la cabeza, y estaba comenzando a volverme loco de verdad porque no lo entendía.

—Solo pensó en ella... —bisbiseó, disculpando a un Ryan que no estaba tampoco.

Eso me llevó a hacerle la pregunta estelar:

—¿Dónde está ese hijo de la gran puta?

El rugido por parte de Micaela resonó por toda la pista. Sus ojos

fueron más asesinos que nunca, y pensé que el momento en el que nos encontrásemos cara a cara no iba a ser fácil para nadie, y mucho menos para ellos. La morena negó con la cabeza, y supe a ciencia cierta que fue para darme a entender que no daría pie a que matase a Ryan.

—Sálvese quien pueda.

Ese comentario fue de Alessandro, para no variar. Aquello rompió un poco la tensión y mi cordura pareció querer estabilizarse de una manera que no conseguí comprender. Coloqué el seguro de la pistola y cogí de nuevo a Riley por la camiseta.

Lo insté con mi mirada a que me contestase:

—Cuando regresé de Yokohama, le dije que Adara había tomado un avión en dirección a Grecia. —Prensó los labios, imaginé que al recibir una descarga de dolor de cualquiera de las heridas—. Se lo creyó, ¿vale? —Se sorbió la nariz—. Y se marchó a Atenas. Así que, con seguridad, Ryan estará allí cuando ella llegue.

Asentí, soltándolo con malas formas y sacando mi teléfono del bolsillo. Encontré que tenía muchísimas llamadas perdidas de Camilo, así que le lancé el aparato a Romeo para que las contestase y, de paso, contrastásemos información de lo que Riley nos había contado.

—Me has fallado, friki —le dije entre dientes.

—¡Y tú me has hecho un agujero en la mano y me has disparado en el pie! —Se quejó, con cara de malas pulgas.

Micaela pareció relajar el gesto cuando hice un breve movimiento con mi mano para que mis hermanos guardasen las armas. Romeo comenzó a hablar con Camilo, y todos escuchamos la conversación a la perfección, porque el silencio se alargó durante todos los minutos que nos mantuvimos a la espera.

Estaba bien.

Estaba viva, y eso ya era un jodido milagro después de la andadura que Riley nos había contado.

Suspiré y lo ayudé a levantarse, no sin esfuerzo. Gruñó y sollozó unas cuantas veces más. Jack me miró muy mal y su mujer no se quedó atrás, pero, a fin de cuentas, ¿qué esperaban?, ¿que le diese unas palmaditas en la espalda por mandarme una ubicación que yo ya conocía?

—Ahora vamos a sentarnos en ese avión —lo señalé— y vas a repetirme todo de principio a fin. ¡Dante! —El aludido tardó un segundo en colocarse a mi lado—. Busca la manera de marcharte a España con Enzo y Alessandro. Encargaos de que todo quede según lo acordado con Eduardo Cantón.

Mencionar al español me hizo quitarme una losa de encima, y

también darme cuenta de que mi bambina no había vacilado a la hora de cumplir su palabra con mi padre. Me hinché como un pavo, para qué negarlo.

—Hay otra cosa más... —Suspiré ruidosamente, llevándome la mano al puente de la nariz. Una vez que se sostuvo de pie, sujeto por Micaela, extendí una mano para que hablase y, titubeante, dijo—: En el contenedor había una chica más. Era japonesa.

Amusgué los ojos, escuchando un «Ay, mamma...» de la boca de Enzo.

—¿Y eso quiere decir que...? —Moví la mano para darle más énfasis.

—El contenedor que tenía que salir de Yokohama era el de los órganos que había recuperado Arcadiy, no el de la droga. —Riley enfocó a Micaela, aunque también observó a alguno de mis hermanos. No supe a cuál—. Lo han descubierto, y la chica que llevaban en el contenedor huía de la Yakuza.

La morena suspiró hastiada, sabiendo lo que eso significaba. Riley se explayó en sus explicaciones contándonos que había permitido que Adara se llevase la droga antes que los órganos, que podrían buscarle un buen marrón al principito.

La voz de Romeo se escuchó:

—¿Quién era esa chica?

El tono de mi hermano no me gustó. Me giré para verle la cara, y ahí supe que era él a quien había mirado Riley. Entrecerré más los ojos, buscando en Romeo algo que yo no supiese. Pude ver cómo se tocaba la muela con disimulo mientras el resto nos encontrábamos expectantes por que hablase.

—Yo ayudé a Arcadiy a encontrar ese contenedor. Lo tenía una mafia japonesa —declaró Romeo con desgana—. Y conseguimos soltar a diez muchachas que tenían en el mismo sitio, seguramente secuestradas para la trata de blanca. Quizá la japonesa los escuchó en el puerto y se coló en el contenedor de la droga.

—Señor de mi vida —jadeó Enzo con dramatismo.

—¿Y eso yo no lo sabía porque...? —Me señalé con el dedo.

—Porque pensé que no sería necesario —murmuró Romeo.

Comencé a cabecear como un desquiciado en señal afirmativa. Apreté los párpados y me di la paciencia que ya no me quedaba para no volarle la pierna a Romeo.

—Me cago en tus muertos, piccolo. Me cago en tus putos muertos.

Pensándolo bien, todavía no sabíamos el jaleo en el que nos meteríamos con los japoneses, los mismos de los que supusimos que la propia Yakuza había vendido a esas muchachas que habían

conseguido salvar, sin darse cuenta, sentenciándonos a nosotros.

Alcé la mano para que todo el puto mundo se metiese en el avión de una jodida vez, pensando y pensando que arreglábamos un problema y se nos sumaba otro más gordo. Por no hablar de que, cuando Riley había hecho mención de que Dom ayudó a Adara para salir de allí, Claudio había cambiado su pose por otra mucho más temible.

Enzo ojeó el correo cifrado que Klaus le mandó en su día y no abrimos por culpa de la revolución que montamos en casa para buscar a Adara. En efecto, la ubicación de ese contenedor estaba en Japón, y pensé que, tal vez, podríamos haber sacado alguna pista de ahí. Pero solo eran suposiciones sin sentido. No habíamos dedicado el tiempo necesario a ello, porque la droga era lo menos importante. Sobre todo, cuando mi mujer era la que estaba desaparecida en combate.

Que Dios nos ayudase, porque íbamos a necesitarlo.

9

Hogar, dulce hogar

Adara Sabello

La Acrópolis se alzaba presuntuosa sobre la montaña, provocándome un pellizco en el estómago difícil de olvidar. Adoraba Atenas; Grecia al completo. Y me apenaba encontrarme tan lejos, aunque después lo meditaba y me daba cuenta de que daba igual el lugar donde estuviese, siempre que fuese con Tiziano. Sonreí, pegada a la ventanilla del avión que habíamos tomado en el aeropuerto de Cambodia, donde esperaba el avión privado de Dom.

Al final sí vi a Aarón, quien aguardaba a los pies del avión con una sonrisa arrebatadora y esa cara de gañán que siempre poseía. Pude darle las gracias por todo lo que había hecho y sentir que de verdad me tenía un aprecio. A Noa, aunque estaba más pendiente de sacar de sus casillas a Arcadiy, también la abracé con cariño, pese a la negativa de ella por las muestras de afecto. No entendí lo que esos dos llevaban a cuestas, pero el tiempo lo pondría todo en su lugar, y Arcadiy no dejaba de ser uno más de su equipo, y tanto Aarón como Noa, sus jefes, por lo menos en lo que se refería a los trabajos de la policía.

Dejé para el último momento a Klaus, a quien le aseguré que nos tomaríamos ese enorme helado de chocolate en una heladería de Roma y lejos de Tiziano para que no lo apuñalase. La broma le sentó bien, porque incluso rio con ganas al saber que se lo tenía ganado con el encuentro de Vittorio. Ya estaba rezando por el alma de ese policía, y mira que lo conocía de poco, pero el sentimiento de rabia cada vez tomaba más forma en contra de las personas que me hacían daño. Él me lo había hecho, y ya no era cuestión de venganza, sino de supervivencia.

Según Aarón, ellos se encargarían de Natsuki a partir de ahora, ocultándola hasta saber en qué lío se había metido la muchacha —o

del que intentaba salir—, así que se quedó con ellos para resguardarla en Francia. Nos despedimos con un candoroso abrazo que advertí que ella agradeció, y prometí visitarla en cuanto mis problemas terminasen. Arcadiy pareció quitarse un peso de encima cuando la dejamos allí, y tampoco entendí el motivo de su comportamiento, porque la chica no le había hecho nada. En realidad, lo único que necesitaba era huir de su familia.

No habíamos hablado en exceso durante el trayecto, aunque sí lo suficiente como para saber que había descubierto que Luciano, su padre, había asesinado a sangre fría a su madre cuando solo tenía cinco años.

Volví mi atención al hombre que había tomado el puesto de mando hacía escasa media hora.

—¿Tú sabías que la madre de Claudio padre murió cuando él tenía la misma edad? —le pregunté con tiento.

Dom pilotaba el avión, y eso me recordó a Tiziano y su efusividad cada vez que se ponía al frente de un cacharro tan grande y que a mí me daba tanto pánico. Pilotar un avión tenía que ser complicado y, por qué no decirlo, todo un mérito. Arcadiy se encontraba en los butacones, fuera de la cabina y sin querer mantener una breve conversación. De hecho, había permanecido mudo desde que despegamos, y de eso había pasado una buena cantidad de horas.

La noche caía junto con una lluvia de estrellas preciosa, pues ya casi llegábamos al aeropuerto de Fira, en Santorini. Le había preguntado a Dom cómo sabía dónde se encontraba mi madre, y él me respondió que sabía muchas más cosas de las que me pensaba. Asentí ante ese comentario, porque poco más tenía que añadir.

—Sí. Y seguro que te preguntarás el porqué de ese repetido suceso tan macabro. Yo tampoco lo entiendo —me respondió, sin despegar los ojos del cristal.

Lo miré durante unos segundos, pensando bien qué quería decirle. Me llevé la mano con cuidado de no molestarlo y la coloqué sobre la suya derecha. Sus ojos me buscaron de inmediato.

—Dom, no es malo equivocarse. A veces no pensamos antes de actuar y...

—Le disparé —gruñó, pero ese tono guardaba más dolor que rabia.

—Sí, y eso es un gran problema. No sé cómo será Claudio, pero como se parezca en una mínima parte a Tiziano... —Nos contemplamos y no pude evitar decirle—: Menuda la que te espera para convencerlo.

Una ronca carcajada salió de su garganta y lo imité de manera triste. Desde la ventana divisé que comenzábamos a descender.

Escuché la potente voz de Dom:

—Ahora cogeremos un barco que nos llevará a Akrotini. Tu madre ha tenido buen gusto.

Abrí los ojos con sorpresa al percatarme de que se había comprado una casa que ni sabía que existía, tal y como le había indicado Carlo en esa carta que nunca llegué a entregarle.

Akrotini era uno de los pueblos más tranquilos de Santorini, con sus bonitas playas de arena roja y blanca, alejado unos diez kilómetros al suroeste del bullicio de Fira. Me sentí excesivamente bien al pensar que había conseguido una de sus metas, y esa era aquella casa frente al mar.

Arcadiy no comentó nada. Cuando desmontamos del avión, tomamos rumbo a nuestro nuevo destino. Iba nerviosa de más; por volver a encontrarme con mi madre, por pensar en las explicaciones que tendría que darle. Y aunque en el fondo sabía que lo entendería a medias, era mi madre.

Cuando desembarcamos en la orilla, las piernas me cimbrearon y temí caer desplomada por la histeria. Arcadiy me sostuvo del antebrazo, empujándome hasta la arena.

—Vamos. No creo que sea peor que cuando tu marido se tope de frente conmigo.

—En eso estoy de acuerdo —dictaminó Dom, terminando de amarrar el barco.

—Gracias por el consuelo —añadió mi amigo con sarcasmo.

Lo miré con temor, porque aquello sí me provocaba verdadero pavor. No quería ni pensar en Riley, que se había quedado al frente en Japón. Recé para que no le hubiese ocurrido nada malo, aunque en el fondo no hubiese actuado como debía.

«Ya queda menos, y tú estarás aquí para aplacar a la bestia», pensé. Tomé una gran bocanada de aire y adelanté el paso. Mis ojos se llenaron de lágrimas al ver al hombre recto, grande y serio que caracterizaba a Carlo delante de mis narices. Apreté los labios, conteniendo las ganas de llorar y la emoción que sentí al tenerlo tan cerca. A su lado había una figura más pequeña, con el pelo rubio suelto y ondeado por la brisa y con una sonrisa débil.

—Mi niña. —Sonrió, abriendo sus brazos en cruz.

—Mamá... —sollocé, y comencé una carrera sin freno en dirección a uno de mis lugares favoritos.

El abrazo llegó casi sin que me diese cuenta, en mitad de la oscura noche y alumbrados únicamente por unos farolillos que iluminaban la entrada de una hermosa casita de playa. Sentir su calor reconfortante ocasionó un arranque de lágrimas que no había imaginado, y me vi

extendiendo el brazo y alzando los ojos hacia el hombretón que se encontraba al lado, mirándonos con devoción.

—Ragazza. —Cabeceó y conseguí sujetarlo de la camisa. Tiré de él y lo estampé con nosotras, oyendo la suave risa de mi madre y el resoplido de Carlo.

Me sorbí la nariz con esfuerzo, sabiendo que detrás de mí se encontraban dos hombres esperando ser recibidos también. Lo que no sabía era si de buena manera o de mala.

—Mamá..., creo que tenemos que hablar de muchas... cosas, y... y...

Se separó de mí y me tocó la mejilla con cariño, desplazando algunas de las lágrimas hasta limpiarlas.

—Mi niña, sé todo lo que tengo que saber. —Sus ojos no fueron acusadores, pero sí intuí una tristeza que no quería—. Lo que importa es que estás sana y salva. Que estás conmigo. Aquí. Estarás cansada de tanto jet lag.

—Nos ha salido viajera, la niña.

Sonrió con ternura y me abracé de nuevo a ella, esta vez dejando a Carlo al margen. Algo en mí se encogió al oír ese comentario de Carlo, a quien sentí más familiar que nunca. Porque no había tenido una figura paterna en la vida y él comenzaba a ser parte de mi vida. De nosotras.

Escuché hablar al hombre que acompañaba a mi madre a mi espalda, con tono rudo:

—Riley me ha llamado para informarme de la situación. Si queréis, entramos.

El recelo que mostró su voz fue palpable y no pasó desapercibido para nadie. Era normal. Tenía al hombre que me había sacado a la fuerza de Roma y al hijo enemigo de los Sabello conmigo.

Alargué el brazo para tocar la mano de Carlo. Estaba con el ceño fruncido y una clara amenaza en su rostro hacia mis acompañantes. Asentí, intentando tranquilizar la situación de alguna manera, y obtuve como respuesta un gruñido.

—Está bien, Carlo. Tranquilo.

Una vez en el interior, observé cada detalle y me enorgulleció ver que mi madre había mantenido la esencia pura de los griegos en cada esquina de la vivienda. No era excesivamente grande, pero sí lo suficiente como para que pudiésemos apañarnos durante el tiempo que tardase Tiziano en aparecer. Al lado, otra vivienda de las mismas características se incrustaba en la montaña, donde Carlo nos informó que se quedarían los hermanos de Tiziano a su vuelta. Aquello provocó que Dom se tensase, porque no sabíamos si dentro de esa ecuación entraba Claudio también.

Una vez metida en la cama, cansada como nunca, me cobijé en los brazos de mi madre, sin darme cuenta de que era tardísimo y de que tenía los nervios a flor de piel por volver al hombre al que había intentado llamar una infinidad de veces pero que su teléfono me salía apagado. Carlo añadió que el esfuerzo sería en vano, porque seguramente estarían volando directos a Grecia.

—En tan poco tiempo, te has metido en más líos que yo en una vida con tu padre.

Tocó mi cabello con mimo y alcé los ojos al escucharla. Sonreí con tristeza, sin querer recordar a ese ser despreciable que no permitiría que se colase en mi cabeza sin permiso. Estaba muerto, y ahí debía permanecer para siempre.

—Quizá no estés de acuerdo en muchas cosas que han...

—No quiero que me las cuentes, Adara —me interrumpió—. Llevamos toda la vida pasando por calamidades, y ahora es el único momento en el que puedo tenerte a mi lado de verdad.

—Hace unos años de eso —le rebatí con media sonrisa.

—Muy pocos. Sigues siendo muy joven y no quiero que sufras. Aunque no comparta nada de lo que sé, si tú eres feliz con Tiziano, yo no soy quién para interponerme en medio de esa descabellada relación.

—¡Mamá! —la regañé entre risas—. Habló la que está con su mano derecha.

—Soy mayor —añadió sin argumentos.

—Yo también. Aunque en ocasiones parezca que no.

Un silencio se alargó entre nosotras. Un silencio necesario mientras ella continuaba acariciando mi espalda y tocando mi cabello con la otra mano. Suspiré antes de volver la vista hacia ella, de nuevo, con los ojos brillantes y cargados de emoción por verla tan contenta y por no hacerme pasar por el mal trago de tener que explicarle tantísimos acontecimientos en tan poco tiempo.

—Mamá, ¿eres feliz?

Prensó los labios antes de contestar, asomando después una pequeña sonrisa de ellos:

—Sería más feliz si te quedases conmigo aquí. —Puse los ojos en blanco y rio—. Pero sí, soy muy feliz. Y puedo decir abiertamente que me alegro de que Carlo haya llegado a mi vida.

—¡Ya era hora de que alguien despertase a la señora Agneta!

—¡Oye! ¡Que yo nunca me he dormido! —me acusó, dándome un palmetazo con cariño.

Me quejé fingidamente y añadí:

—Por favor, no hagáis mucho ruido esta noche, que tengo sueño,

pero el oído muy fino.

—¡Adara Sabello! —me amonestó.

Sonreí al ver que usaba ese apellido conmigo, así que aproveché para picarla un poco más:

—¿Tendré que llamarte señora Rizzo en breve? —Reí a carcajada limpia cuando me dio otro manotazo.

Una presencia apareció en el umbral de la puerta y se cruzó de brazos. Por la constitución, supe a quién pertenecía. La risa se me cortó, lo que provocó unas miradas acusatorias de broma. Lo vi sonreír y se atrevió a meterse en nuestra conversación:

—¿Quién sabe? Lo mismo te llevas una sorpresa.

Extendió la mano en dirección a una risueña Agneta, que depositaba un beso en mi cabeza y me pedía en un susurro que descansara. Se levantó, pese a mis quejas por que me respondiese, y como no lo hizo, terminé vociferando con la risa floja:

—¡Mamá! ¡Carlo! ¡No me ocultéis secretos!

La puerta se cerró con lentitud, amortiguando mis risas y las de ellos, que desaparecieron por el pasillo. Me tiré en la cama, acomodándome y cogiendo la almohada mientras mis ojos se desviaban al gran ventanal por donde los haces de la luna se colaban con galantería. En ese destello estaba sumida cuando, sin darme cuenta, caí en un agotamiento extremo, rindiéndome a un sueño en el que solo estaba un hombre con los ojos color miel, esperándome, acariciándome y llenándome de mimos que anhelaba desde hacía demasiados días.

Abrí los ojos cuando el colchón de la cama se movió; no supe exactamente por quién. El corazón comenzó a galoparme con mucha fuerza, pero se desilusionó de la misma manera cuando al abrir mis párpados por completo me encontré con Arcadiy mirándome.

—¡Buenos días!

Amusgué los ojos, porque sus buenos días no tenían muy buena cara. Lo digo con conocimiento de causa, ya que llevaba el pómulo morado. Me exalté al ver que la camiseta la tenía rajada, pero sobre todo me asusté al escuchar que me hablaba muy deprisa y sin coherencia, o yo por lo menos no estaba espabilada como para enterarme de lo que estaba diciéndome.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté, tocando su antebrazo al ver que no dejaba de hacer aspavientos con las manos—. ¿Te has peleado con Dom? —Fue lo primero que me vino a la mente.

—¿Qué?, ¿Dom? ¡No! —Arrugó el ceño y me aclaró—: He ido a Atenas a por tu italiano, y digamos que me ha recibido con un poco de

euforia. Ya sabes cómo es él.

Salté de la cama, literalmente, y me coloqué la muda limpia que me había dejado mi madre sobre una de las sillas que tenía al lado. Me atusé el cabello de cualquier manera, pensando que Tiziano podría estar en la calle y yo durmiendo como si no nos separasen dos pasos. Comencé a hacerle muchas preguntas, muy rápido y sin orden, también sin ser consciente de que Arcadiy estaba en el mismo cuadrilátero que yo y que se había girado para no ver mi desnudez. En otras circunstancias me habría sonrojado por mi impulsividad. En esas, estaba eufórica por enterarme de lo sucedido.

—¿Está aquí? —comencé—. ¿Por qué no ha entrado?, ¿os habéis peleado?, ¿viene Claudio con ellos? —Abrí los ojos desorbitadamente y lo cogí de los hombros con histeria, girándolo, después de ponerme la última prenda—. ¿Viene Claudio con ellos? —repetí.

—Gracias por preocuparte por la salud de tu amigo al que, por cierto, casi pierdes. Si no me ha matado, ha sido porque he sido más ágil en subirme al barco.

—¿Barco? ¡¿Qué barco?!

No le di pie a que me contestara, porque yo ya estaba abriendo el pomo de la puerta y salía como un vendaval en dirección a la calle. Mi amigo me pisó los talones, seguido de un Carlo que portaba un gesto serio y fiero.

—No, no. O sea, sí. ¡Para! —Me agarró de los hombros y me giró cuando ponía un pie en la arena—. A Tiziano le queda un suspiro para llegar aquí, y Claudio viene con él.

Una presencia a mi lado me indicó que Dom estaba allí y lo había escuchado todo. Cambió su gesto por uno más serio y pareció cubrirlo una capa de hielo. Escuché a lo lejos el sonido de una lancha y mi corazón se desbocó, junto con todos mis sentimientos, que estaban a flor de piel.

—Esa no es la actitud, Dom. Tienes que cambiarla, o no conseguirás nada —le dije, acercándome un poco más a él.

—Tenemos otro pequeño problemita.

Me volví de cara a Arcadiy. ¡Oh, Dios! Estaba demacrado de verdad. No creí que un simple puñetazo le hubiese hecho eso en la cara. Los cardenales no tardarían en aparecer con toda una gama de colores.

—¿Qué ocurre? —lo insté con urgencia, oyendo el motor mucho más cerca.

Arcadiy tragó saliva y me volví en dirección al sonido, que ya casi pisaba la zona en la que estábamos parados. Elevé la barbilla, momento en el que mi madre se colocó a mi lado, sujetando mi mano.

—Ryan... —musité, apreciando su rostro teñido por el enfado y las malas pulgas.

—Tiziano ha aterrizado en el aeropuerto de Santorini y viene hacia aquí en coche. Creo que va a montarse una gorda cuando llegue.

Sus palabras se quedaron en el aire, pues el orangután que tenía como amigo saltó de la lancha y avanzó con pasos ligeros y largos hacia nosotros. Me crucé de brazos, sin pensar dar mi brazo a torcer, y puse un morro que por poco no llegó a Lima. Estaba muy enfadada con él, y eso tenía que hacérselo ver como fuese.

Sus ojos se entrecerraron al darse cuenta de que colocaba mis brazos cruzados y pegados al pecho, en una postura claramente desafiante. Elevó la mano, bufando como un toro, y señaló a Arcadiy:

—¡Tú! ¡Tú y Riley! ¡¿Dónde está ese condenado, que os voy a matar?!

—Riley viene hacia aquí con una mano agujereada y un pie en las mismas condiciones —le vaciló Arcadiy—. Si quieres, puedes hacerte una idea de quién va a sumarse más a la fiesta.

—¿Riley? —me asusté—. ¿Qué le ha pasado a Riley?

Arcadiy se señaló el rostro, como si no hubiese oído mi pregunta y siguiese con la conversación de Ryan. Cuando este último casi llegaba a mi altura, Carlo se colocó delante de mí. Dom lo siguió, y aunque el guardaespaldas de Tiziano gruñó un poco por la cercanía de su enemigo, no objetó nada.

—No pienso permitir que te la lleves —sentenció Carlo, y sacó su pistola.

—¡Apártate de ella antes de que llegue ese desalmado! —le gritó, poniéndose rojo de ira—. ¡Estáis todos locos!

—Ryan, por favor... —Mi madre intentó terciar, pero Ryan estaba nublado y los pensamientos no le fluían como era debido.

De nuevo, me vi interponiendo mi vida a la de cualquiera y me planté delante de Carlo con la cabeza bien alta y sin dejar que los demás continuasen entrometiéndose en mi día a día sin pedirlo.

—No pienso irme contigo a ningún sitio. Así que ve quitándote la idea de la cabeza ya, Ryan. Ya está bien. —Esto último lo dije con tono de derrota.

Se acercó mucho a mi rostro. Pude notar su respiración descompasada y cómo bufaba y se agitaba a partes iguales. Negué con la cabeza, diciéndole sin palabras que no iba a moverme de allí.

—Me ha costado casi la vida llevarte tan lejos para que ahora lo eches todo a...

—¡Te ha costado porque a ti te ha dado la gana! —le grité, y mi madre y Carlo me miraron como si me hubiesen cambiado por otra

persona—. ¡Yo no te lo he pedido! ¡Así que deja de tocarme las narices, joder!

Ryan apretó mucho los dientes y la mano de Arcadiy hizo ademán de interponerse entre los dos. El primero la apartó de un manotazo, amenazándolo de manera muda. El rubio resopló y añadió:

—Siempre tuvo que ser su decisión, Ryan. No tuya. Ni siquiera de los demás.

—¡Que te calles!

Los dos se gritaron, se insultaron y la conversación fue subiendo de tono. El teléfono de Dom sonó y al cogerlo palideció. Lo contemplé un segundo mientras le pedía de manera enérgica a la persona que estuviese al otro lado del aparato que desapareciese de donde estuviese y que no comentara nada. En medio de aquella gresca, Dom buscó a Carlo y bufó:

—¿Habéis secuestrado a mi hija?

Eso no me lo esperaba, e incluso mi madre abrió los ojos como platos y contempló a su amado. Arcadiy se volvió para meterse dentro de nuestra conversación y dejar a Ryan gritando como los energúmenos:

—Vamos sumando problemas a la lista.

—Los Rinaldi estabais en Japón cuando Adara se tragó la bola. —Carlo me enfocó, orgulloso de mí—. Si vosotros teníais a Adara, nosotros teníamos a tu hija. Es simple.

Dom dio un paso adelante, pero Carlo lo detuvo al levantar la mano. Todavía no había guardado el arma.

—Cuidado, Domenico. Yo no temo a la muerte, y mucho menos a ti o a tu familia. Tu hija está bien. Así que llama a tu contacto y dile que van a darse un paseo y que pasado mañana todo volverá a la normalidad, en cuanto Tiziano aparezca.

Dom apretó tanto los dientes que pensé que le saltarían por los aires, y el tema se desvió cuando la manaza de Ryan me sostuvo de la muñeca. Ni siquiera supe por qué tuve esa reacción, pero le di una patada en la espinilla. Pareció no inmutarse, aunque por su gesto de labios apretados adiviné que un poco de daño le había hecho.

—¡Ya está bien, Ryan!

En medio de aquella revuelta que creció de decibelios, discerní que un coche negro de alta gama descendía a toda velocidad, colina abajo.

Era el coche de mi hermano, pero no lo conducía él.

10

Mi bambino

Separé los cuerpos, que se habían juntado mucho —no sabía a ciencia cierta ni siquiera de quiénes—, y me apresuré a ordenarles a mis pies que caminasen todo lo rápido que pudiesen. A toda velocidad o volando, si era necesario. El rugido se hizo más intenso, y pensé que el corazón se me salía por la boca justo cuando el coche oscuro derrapó en la entrada de la playa y abrió la puerta, casi en marcha.

Nunca olvidaré la imagen que vi.

Fue como si nuestros ojos conectasen de esa manera tan especial que no sabía definir. Como si el mundo se hubiese detenido durante unos segundos tan escasos que la vida parecía haber dejado de tener sentido, porque solo trataba de grabar a fuego lento al hombre más imperfecto de mi vida.

«Mi bambino».

Era él. Vestido de manera impoluta, con una camisa celeste y un traje blanco roto del que no había rastro de su chaqueta. Sus ojos impactaron con los míos de una manera que no supe descifrar. Era esa sensación de encontrarte con alguien a quien no esperas pero que deseas con toda tu alma. A alguien que has echado de menos durante un periodo de tiempo escaso, aunque para ti se haya hecho eterno.

Ni siquiera me percaté de que mis pies corrían como un rayo, de que las lágrimas bañaban mis mejillas a una velocidad vertiginosa ni de que se había instalado un silencio sepulcral en aquella playa, roto exclusivamente por las olas al chocar con la orilla. Entonces, y solo entonces, caí en la cuenta de que había saltado, literalmente, a los brazos del hombre que también había avanzado con urgencia y a largas zancadas.

Su mirada me pareció más brillante de lo que estaba acostumbrada

a ver, y el olor de su cuerpo me cubrió los sentidos, casi dejándome inconsciente. Había gritado varias veces su nombre sin darme cuenta. También había enlazado mis piernas alrededor de su cintura y había enterrado la cabeza en su cuello, hipando y llorando desconsolada por haberlo encontrado de nuevo. Incluso noté cómo me temblaba el cuerpo por el llanto.

—Bambina... —musitó con congoja, y tras un pequeño silencio en el que apretó mi cabello contra su cuello, murmuró—: Yo levantando medio mundo y tú aquí, en la playa.

Su humor negro provocó que riese como una histérica mientras sus brazos me apretaban a su cuerpo con una necesidad sobrehumana. Me separé de mi escondite improvisado y planté besos en su boca como una desquiciada, cubriendo su rostro y sus labios con ternura. Él me los devolvió, ansioso y desesperado por enredar aquella lengua deseosa, hasta que lo consiguió. Me apreté con más ímpetu a su cuerpo y sollocé, abrazándolo con la fuerza que no había tenido en la vida.

—Vienes con una camisa azul —susurré en su oído, sin ser capaz de separarme de él justo cuando me abrazaba con más ahínco.

—Eso es porque sabía que encontraría a mi ángel. —Volví a mirarlo, contemplando aquellos ojos brillantes que me emocionaron porque él también lo estaba. Sin embargo, todos sabíamos cómo era Tiziano, y rompió aquel momento con sus salidas de tono—: Pero que sepas que mi atuendo de estos días ha sido de negro impoluto. Como si estuviese en un funeral constantemente.

Reí y besé sus labios de manera casta, sin perder el contacto y sintiendo que me temblaba el cuerpo. Rodeé con mis manos su cuello y tiré de él, pegándolo todo lo posible, o más bien tratando de fundirlo con mi piel. Me daba igual quién estuviese viéndonos, porque había más personas que se habían desmontado del coche y ni siquiera había reparado en ellas.

—No me dejes sola nunca más —le pedí, llevando mis manos al principio de su cabello.

—Nunca más, bambina. Nunca más. —Ese tono sosegado cambió de sopetón cuando lo escuché decir—: Eres la salvación del capo.

Esas palabras resonaron en mi cabeza con un tono temerario y desquiciante que me heló la sangre. Lo supe en el momento en el que, con delicadeza, me bajó de sus enormes brazos y besó mi frente mientras yo cerraba los ojos, augurando algo muy malo.

—Tiziano...

—Ahora vuelvo, bambina.

Sus palabras fueron dirigidas a mí. Sin embargo, ese tono cariñoso

fue aplacado porque sus ojos se tornaron tan negros como lo estaba el coche a su espalda, instante en el que comenzó a andar por la arena de la playa. Con el corazón en un puño, me giré viendo de reojo a Romeo con media sonrisa. No le correspondí, y me dio tiempo a ver la que se avecinaba.

Tiziano metió su mano derecha en el bolsillo de su pantalón y se colocó algo en la mano que no discerní, mientras que la izquierda abría la navaja más grande que había visto en la vida. Su sonrisa se instaló en esos labios que tanto amaba, sin dejar de caminar en dirección al hombre que embestía como un toro a Micaela y Jack, quienes trataban por todos los medios de que se marchase de allí, por lo que creí entender. ¿En qué momento habían llegado ellos?

—¡No pienso esconderme como una sabandija! —gritó Ryan, encolerizado y apartando a mi hermano y mi cuñada de una embestida.

—Ryyyaaaaan... —El tono cantarín de Tiziano me heló la sangre.

Di un paso al frente, pero la mano de Romeo se colocó en un segundo delante de mí. O había tenido reflejos, o estaba demasiado cerca para que pudiese escapar. Lo miré de soslayo, suplicante, y este negó con la cabeza, dándome a entender que no se metería. Micaela le voceaba a Ryan desde el otro extremo, sujeta por Jack, que contenía un rostro de amargura gigantesca. A su lado, Riley se apoyaba en mi madre, cojeando y con una de sus manos vendadas. ¿Qué le había sucedido?

Todo ocurrió a una velocidad de vértigo que ni siquiera pude digerir. Quise marcharme por el otro lateral para tratar de detener aquella locura, pero esa vez fue el brazo de Claudio el que me hizo de barrera. Busqué sus ojos y también negó.

—Ni se te ocurra —añadió, sin dejar de mirarme.

No me pasó desapercibida la lacerante mirada de Dom a Claudio, y no entendí por qué actuaba así si quería arreglar la situación. Claudio lo taladró con los ojos, que se tornaron más brillantes y temibles de lo que jamás los había visto.

—Aquí me tienes, ¡italiano de mierda!

El rugido de Ryan fue amortiguado por un grito de guerra antes de lanzarse de cabeza contra Tiziano, que ya sacaba su mano con el puño americano en alto, dispuesto a molerlo a golpes. Ryan atisbó la navaja que se alzaba sobre la mano de Tiziano, y provocó un golpe seco que se la tiró a la arena. Sin embargo, ese golpe ocasionó que Tiziano arremetiese contra las costillas de mi amigo como un descosido.

—¡Tiziano! ¡Ryan! ¡Parad! —los llamé, tratando de zafarme de los brazos de Romeo, que ya me sujetaban por la cintura.

¿Por qué nadie se entrometía? ¡¿Qué hacían como pasmarotes?! Miré a los dos hermanos con los ojos muy abiertos. Nada. Ninguno reaccionaba. Un quejido de Tiziano me hizo volver los ojos hacia la bestial pelea, dándome cuenta de que Ryan lo había cogido de la camisa y lo había estampado contra la arena, levantando una breve capa de polvo que me impidió ver. Lo siguiente que distinguí fue el puño de Ryan, seguido de un gruñido gutural porque Tiziano le había provocado un corte en el abdomen con la navaja recién recuperada.

Mi italiano ensanchó los labios con amplitud cuando se quitó momentáneamente al mastodonte de encima y se levantó como si fuese un ninja, para después arremeter contra su cara como un animal, gritándole:

—¡No sabes pegar!

Ryan avanzó con la cabeza hacia delante, dándole un tremendo golpe a Tiziano que lo desestabilizó lo suficiente para que mi amigo pudiese colar su puño en los costados del otro. Apreté el brazo de Romeo, siendo consciente de que le clavaba las uñas, mientras mis ojos viajaban de las manos de Ryan a las de Tiziano, que se cubría al mismo tiempo que elevaba su pierna derecha y le partía la nariz a Ryan.

—¡Auch! Se ha escuchado el hueso hasta aquí —añadió Valentino, al que no había visto aún.

Pasé del comentario del segundo mastodonte de la zona, oyendo que Claudio le decía algo como que se callase, que a él le había pegado una paliza un retaco. No sabía de qué hablaban, pero poco me importaba, pues buscaba la manera de salir victoriosa de ese amarre al que me tenían sometida.

—¡Ya te di una paliza una vez, cabrón! ¡Te voy a romper los huesos!

—No tienes cojoooneees —lo retó cantarín el italiano.

Tiziano soltó una carcajada, aproximándose al agua de espalda, sin dejar de detener los golpes de mi amigo, que parecía comenzar a echar espuma por la boca. En un movimiento rápido, Tiziano se enganchó del costado de Ryan y consiguió meterle la cabeza debajo del agua. Me asusté al ver que no lo soltaba, y me atreví a llamarlo con más urgencia que las veces anteriores, porque la pelea estaba rozando todos los límites de la insensatez.

—¡Tiziano, suéltalo! —Miré a Micaela, que continuaba retenida por un Jack al que cada vez le costaba más aprisionarla.

Nuestros ojos se cruzaron y supe que era ahora o nunca, porque las tornas habían cambiado, y era Tiziano quien tenía la cabeza sumergida mientras daba patadas en el aire.

Sin que se lo esperasen, me agaché cual lagartija y sorteé las manos de los hermanos, que no tuvieron tiempo de retenerme antes de que llegase a escapar. La mano de Romeo alcanzó mi tobillo y me tiró al suelo, pero fui más ágil y levanté el pie, dándole en toda la boca.

—¡Adara, no! —me gritó, incluso con el golpe dado.

—¡Adara! ¡Adara! —Ese fue Carlo con tono serio, avanzando en mi dirección.

No me entretuve en mirarlos y gateé hasta conseguir ponerme de pie. Avancé a paso ligero y abrí los ojos ampliamente cuando Tiziano le provocó dos cortes más a Ryan en el brazo.

—¡Voy a trincharte como una banderilla! —rugió Tiziano—. ¡Hijo de la gran puta!

Ryan bufó, aunque pude apreciar cómo la sangre manaba de su brazo en cascada. Alcancé el agua, ajena a los demás, como lo estaban ellos con respecto a mí, y justo cuando Ryan le arreaba un puñetazo en la mandíbula a Tiziano y este se lo devolvía ocasionando que terminase sumergido en el agua, llegué al centro del meollo y extendí mis manos en dirección a Tiziano.

—¡¡Por favor!! —le supliqué—. ¡Vamos a hablarlo! ¡Por favor!

Los ojos de Tiziano se agrandaron y no entendí el motivo, pero pareció darse cuenta de que me encontraba delante de él. Todo fue muy rápido, y el rugido de una bestia resurgió del agua. Los brazos de Tiziano me envolvieron para darse la vuelta y quedar él de espaldas a Ryan.

—¡Ryan, no! —El grito desgarrador de mi madre me sobrecogió.

Y entonces lo vi. Me quedé petrificada al discernir que Tiziano elevaba los ojos con mucha lentitud y se quedaba mirándome con fijeza. Tenía la navaja clavada en el omoplato derecho. Me había salvado de que Ryan me la clavase a mí; navaja que no sabía cuándo había perdido y que Ryan había ensartado sin miramientos. Un grito de horror salió de mi garganta, aunque el personaje me sujetó las mejillas con ambas manos y me besó como si allí no hubiese una batalla campal.

—Te amo, bambina. Te prometo que te amo más que a mi jodida vida.

Gruñó, con la navaja aún clavada, y no vi que lo que sacaba con su mano izquierda era una pistola con la que se volvió y disparó a Ryan.

—¡Ryaaaaaaaaan! —El berrido de Micaela fue seguido por sus pasos. Se soltó de Jack y yo creí que me moría cuando mi amigo cayó a plomo al agua, pues se había quedado paralizado, supuse que al ser consciente de que podría haberme matado.

Me aparté de Tiziano con prisas, lanzándome al agua para tratar de

tocar a Ryan. Como el ave fénix, aquel amasijo de músculos apareció como un semental emergiendo de las profundidades del mar. Mi mano ya tocaba su muñeca, pero la apartó con un brusco movimiento, poniéndose de pie. Atisbé que le había perforado el hombro, y palidecí al percatarme de la cantidad de sangre que salía de la zona.

—Ryan... —sollocé, al borde del desmayo.

—No me toques —rugió, mirándome a la cara.

El labio me tembló, y lo siguiente que vi de refilón fue el arma de Tiziano, que asomaba por mi ojo derecho. Me volví como un vendaval y sujeté su camisa con ambas manos, aun estando casi fusionada en su cuerpo por la humedad. Parecía ido por completo, por lo que me afané en que recuperara la cordura que había perdido y que, casi seguro, se llevaría a mi amigo por delante.

—¡Vaaaamos! —gritó enardecido Ryan, acercándose tanto que su pecho me rozó la espalda. El cañón de la pistola de Tiziano se colocó en su frente.

—Tiziano, por favor, baja el arma —le suplicó Micaela, extendiendo las palmas de las manos hacia los dos—. Tiziano, por favor... —le rogó al ver que el aludido no bajaba el arma ni le temblaba el pulso.

—Estás muerto —pronunció con voz ultratumba el italiano.

Lo sujeté con más fuerza de la camisa, tirando de él para que me mirase. Pero nada, parecía no querer reaccionar.

—Tiziano, por favor, mírame. Mírame. Estoy aquí —sollocé—. Tiziano...

—Se ha equivocado y... —Micaela trató de arreglarlo entrando en el agua.

Sin embargo, Ryan la interrumpió:

—¡Dispara ya! ¡¡Cobarde!! ¡Me la llevé una vez y volvería a hacerlo!

El cañón se apretó más contra la frente de mi amigo.

—¡Ryan! —le voceé de malas maneras, y presté toda la atención de la que disponía en Tiziano. Susurrante, le pedí—: Hay que saber perdonar. —No me miró, así que me la jugué a una carta—: Cuando amas a alguien, hay que saber perdonar. Ryan es parte de mi familia —musité, apenas con voz.

La atención de Tiziano se volcó íntegra en mí, y suspiré al notar que relajaba el brazo y, con ello, la presión del cañón. Gracias a Dios, Ryan no hizo ningún comentario aparente, al igual que el resto.

Su mirada oscura intentó convertirse en aquellos iris color miel que me tenían robado el corazón, pero le costó. El comentario no había sido por Ryan, y él lo sabía. El comentario había sido por mí. Porque

si yo había sido capaz de perdonar las barbaridades que me había hecho, también podía concederme esa petición para que no matase a Ryan.

Intentó disimular, aunque noté que su saliva descendía por su garganta, maldiciéndose, seguramente al recordar momentos que no venían a cuento y que nos hacían daño a los dos. Pero más daño me habían hecho a mí, y ya no me cabía tanto sufrimiento en el cuerpo como para aguantar la pérdida de Ryan. Se había equivocado, sí. Que podíamos empezar de nuevo, también.

Me dolió en el alma que Ryan me apartase de esas maneras al intentar ayudarlo, aunque más me dolió ver que se marchaba de allí sin decirme siquiera una palabra. Tiziano regresó su amenaza muda a mi amigo, y antes de que saliese de la playa, sentenció con tono rudo:

—Una más, y te juro que no habrá perdón en la Tierra que te salve, Ryan.

El gruñido de mi amigo fue suficiente como respuesta. Micaela trató de ayudarlo, pero él la apartó con malas formas y se alejó de todos los que nos encontrábamos allí, que poco a poco fueron dispersándose. Los ojos de Riley me miraron con un pesar amargo, aunque no pude entretenerme en ellos, pues el hombre que tenía delante reclamó mis atenciones.

Sentí sus brazos envolverme por completo, abrazarme como si no hubiese un mañana. Enterró su rostro en mi cuello, apretándome con más ímpetu. Mis manos cogieron su nuca con mimo, aunque, en realidad, mis ojos solo iban a la navaja que tenía clavada en el omoplato.

—Eso va a doler, ¿verdad?

—Te dolerán más todos los golpes juntos de Ryan que una herida —musité, pegada a su pecho.

—Ese comepoll... —Carraspeó y volvió a su tono habitual, como si la situación no tuviese la mínima importancia—: Me ha hecho cosquillas.

Sonreí en su camisa empapada y lo contradije:

—Dirás que casi os hacéis papilla.

—Bambina...

—Bambino...

Alcé la barbilla tras decirle eso, encontrándomelo tan cerca que mi atención se fue a sus esponjosos labios mientras mi mente iba por libre, alegrándose porque estaba con él de nuevo. Como si todo lo demás no existiese. Como si solo Tiziano acaparara mi vida. Parecía que habían pasado años, cuando en realidad no había sido más de una semana.

Sellé mi boca con la suya, permitiéndome que la sal impregnara nuestros labios, arrastrándolos a un beso lleno de ternura, anhelo y pasión que pronto haría burbujear el agua. Me separé de él pese a su inicial gruñido por hacerlo, y reí al ver que tenía las comisuras de los labios completamente estiradas, sin dejar de observarme.

—¿Vamos a quitar esa navaja? —le pregunté.

—Y la ropa. —Alcé una ceja, notando que comenzaba a arder—. Que está mojada.

Sacó la punta de la lengua y bordeó sus labios con lascivia. Me reí abiertamente, porque era feliz y porque, pese a las circunstancias, Tiziano era Tiziano y no perdía el humor nunca. Arranqué un trozo de mi camiseta, apreciando que alzaba una ceja con más énfasis. Lo giré y sujeté el mango de la navaja, al cual le di un diminuto tirón para sacarla. No la había clavado excesivamente, pero sí lo suficiente como para que tuviese que taponar la herida y que aquello necesitara puntos de inmediato. De su garganta no salió un simple gemido de dolor, y pensé que ojalá llegase algún día a ser lo fuerte que eran ellos, porque yo ya estaría llorando como una magdalena.

Le di un golpecito a su cadera, impulsándolo para que saliese del agua. Él me miró y sujetó la mano que tenía libre para apretarla con fuerza y llevársela a los labios, donde depositó un casto beso que me provocó una diminuta sonrisa. Una vez fuera, me di cuenta de que toda mi familia menos mi madre se habían marchado. No hice preguntas, pero Dom las tenía en la punta de la lengua, y con razón.

Carlo lo contempló mientras nos acercábamos, como si fuese un padre orgulloso de su hijo. Al llegar a su altura, este le dio un breve apretón en el hombro en el que no tenía la herida, y tuve que soltarlo cuando lo cogió de la nuca y lo abrazó.

—Ragazzo.

Tiziano le correspondió el abrazo y sonrió ladino.

—No pensarías que iba a dejarme ganar, ¿verdad?

Carlo ensanchó su boca con orgullo.

—Ni por asomo, Tiziano. Ni por asomo.

Tiziano cabeceó en dirección a mi madre, y después su atención se posó en el hombre que tenía ella al lado, con cara de malas pulgas y los brazos cruzados en el pecho. A mi espalda noté la presencia de Valentino, Romeo y Claudio. La tensión fue inmediata, y atisbé que los ojos de Dom se movieron una milésima hacia Claudio.

—¿Por qué coño te has llevado a mi hija y dónde está? —le preguntó Dom con mal genio.

—Porque pensaba que tú te habías llevado a mi mujer —le respondió Tiziano.

—Pues ya ves que no. —Los dos se mantuvieron la mirada—. ¿Dónde está?

—Con sus abuelos, según ella.

Miré a Tiziano e, instintivamente, me giré para verle la cara a Claudio, que alzaba una ceja hasta el cielo. Dom tomó una profunda respiración y ordenó:

—Llama a tus padres y diles que la recogeré de inmediato.

Tiziano asintió, y antes de que le diese tiempo a decir ni una sola palabra más, Dom se dio la vuelta y caminó a grandes zancadas para recoger sus pocas pertenencias, supuse que con la intención de marcharse de allí cuanto antes.

—Domenico —lo llamó. Busqué a Tiziano y lo encontré con los ojos clavados en él. El nombrado se volvió con gesto hosco—. Gracias.

Dom asintió de manera breve, pero no retomó sus pasos hasta nosotros, sino que avanzó con decisión al interior de la segunda vivienda que tenían mi madre y Carlo. Me apené al saber que Claudio y él no tendrían oportunidad de hablar, aunque tampoco me atreví a decir ni una sola palabra, porque Claudio se alejó en dirección al coche.

—Creo que alguien necesita una copa. Piccolo, si no os importa...

Tiziano negó con la cabeza y buscó a Claudio, que ya se perdía en la lejanía. Romeo me abrazó con fuerza y yo le correspondí con ganas, porque en el fondo lo había echado mucho de menos.

—Menos mal, piccola. Esto estaba siendo un infierno —musitó en mi oreja.

Pero Tiziano tenía el oído muy fino y añadió:

—No lo dirás por mi buen humor.

Romeo sonrió y se separó de mí dejándole el espacio a Valentino, que únicamente me miró por encima del hombro, bufó y después se atrevió a darme un abrazo rápido.

—Sigues cayéndome mal.

Una pequeña carcajada salió de mi garganta y lo apreté con más fuerza antes de que me soltase. Un breve «Gracias» salió de mis labios en dirección a los hermanos Sabello, que asentían hacia mí. Se marcharon de allí, dejándonos a los cuatro solos.

Pensé en cómo íbamos a solucionar el lío que teníamos encima, porque estaba claro que había más de uno que se había enfadado, y me faltaban muchos detalles que me había perdido en el regreso de Tiziano.

—Así que, al final, la casita de los cojones en la playa —añadió Tiziano, sacando un cigarro—. Eres una caprichosa, Agneta —bromeó.

Mi madre negó con la cabeza y extendió una mano hacia el porche

de la entrada para que tomásemos asiento en la terraza.

—Voy a por unas toallas y el botiquín. Después... —Pareció meditarlo—. Después Carlo y yo iremos a por la cena.

Tiziano sonrió gañán, me colocó encima de sus piernas y abarcó todo mi cuerpo con sus brazos, como si no quisiese soltarme jamás. Yo tampoco quería hacerlo, y allí, con él, me encontraba en las nubes, de las que no quería ni pretendía bajar. Lo único que me preocupaba era saber cómo íbamos a arreglar el entuerto de las dos familias, por no hablar de que Dom no daría tiempo siquiera a que pudiéramos ayudarlo en su tarea con Claudio. De hecho, Dom salió de la otra casita con una bolsa en la mano, segundos después de que Claudio se marchase de allí derrapando.

—Dom —lo llamé, separándome de Tiziano a regañadientes, porque esas caricias en mi espalda me encantaban.

Se detuvo a nuestra altura, sin llegar a meterse dentro del porche. Mi madre apareció con el botiquín y salté de las piernas de Tiziano para curarlo. Lo coloqué todo en la mesa y le quité la camisa, esa vez escuchando un breve quejido.

—No tienes por qué marcharte ya. Mis padres no le harán nada —añadió Tiziano antes de que me diese tiempo a hablar.

—Como mucho, tengo unos días para que mi padre sepa que el intercambio de la droga y los órganos no ha salido bien y que se han llevado un contenedor vacío. En vista de eso, tendré que rendir cuentas, y prefiero tener a mi hija conmigo, por lo que pueda ocurrir.

—Podemos ayudarte —anunció Carlo con voz tajante y nada amigable.

Dom lo contempló, momento en el que yo me afané en desinfectar la herida de Tiziano antes de proceder a cerrarla con la aguja.

—No será necesario.

—No conoces a Luciano —le rebatió Tiziano.

—Es mi padre. Lo conozco más de lo que crees.

—Creías conocerlo. Eso es algo muy diferente —objetó mi italiano.

—Me las apañaré, pero necesito que os pongáis al día para que el plan siga su curso.

—¿Que es...? —Tiziano movió los dedos en el aire.

Mi mano se quedó suspendida con la aguja cuando escuché a Dom sentenciar:

—Matarlo.

11

Ni mil perdones serán suficientes

Tiziano Sabello

—¡Tiziano, la herida!

Ni la herida ni pollas. La empujé con vehemencia y con mis labios hasta el interior del aseo que tenía la habitación donde Adara había dormido la noche anterior, desabrochándome los pantalones con una mano y dando tirones de su camiseta destrozada con la otra.

Tras esa súplica por su parte, sellé su boca con otro beso desesperado. Estaba cegado, era muy consciente de ello, al igual que también lo era de la necesidad férrea que tenía por enredarme en su cuerpo, de la manera que fuese.

Decir que me dolía horrores el cuerpo era quedarse corto, porque tenía la boca del estómago reventada, las costillas con unos grandes cardenales, y mejor no hablábamos del mentón, que me ardía. ¡Ah!, y dejemos también aparte y guardadito en un cajón la herida que acababa de coserme Adara en el omoplato.

«Tendrías que haberlo matado», me dijo mi ángel muy resuelto, y aquello no me lo esperaba. «Déjalo, que lo despistas». Ese fue mi demonio, aunque los aparté con rapidez al introducir mi mano en el pantalón casi desabrochado de mi bambina. Deslicé con lascivia los dedos hacia arriba, arrastrando su humedad por esa rajita que me volvía jodidamente loco.

—Tiziano... —jadeó en mi boca al mismo tiempo que colocaba sus delicadas manos sobre mi pecho desnudo.

Pataleé con garra para terminar de quitarme la ropa de encima, reparando de reojo en que Adara también lo hacía con la suya y la lanzaba muy lejos de allí. Yo podía sentir una necesidad extrema, pero ella no se quedaba atrás, y aquel detalle me hizo sonreír como un truhan.

Arrugó el ceño y se lanzó, literalmente, a mi cuello. Un quejido ahogado salió de mi garganta cuando sus labios impactaron con los míos, buscando enredar nuestras lenguas.

—No te hacía tan quejica —bisbiseó, mordiéndome el labio inferior.

Gruñí, empotrándola contra la pared del aseo mientras olvidaba los golpes recibidos por Ryan y la sangre se me acumulaba toda en un mismo sitio: en la polla.

Desesperado, no conseguí pronunciar una palabra a su provocación, la cual me había dejado más que estupefacto, y noté que arqueaba la espalda al llevarme uno de sus pezones a la boca. Tiré con saña de él, succionando y marcando un ritmo de acometidas con mis dedos en su interior. Su cadera se aferró a ese ritmo, marcándole cómo debía ir y hasta dónde podía llegar el deseo y la explosión que formábamos cada vez que nos juntábamos. Gimió con ganas, y tuve que reírme cuando le dije con chulería:

—Chillas porque sabes que no está tu madre.

Llevó una mano a mi cabello y tiró del coletero que amarraba el amasijo, soltándolo y ocasionando que la mirase con un breve tirón.

—Cállate y sigue. —Jadeó, presionando en exceso mi mano y mi pelo.

Verla de esa forma tan descontrolada me hirvió la sangre, porque no era la primera vez que la veía tan desmelenada ni mucho menos, pero es que no podía meditar sobre sus gestos, sobre su manera de hablarme o siquiera mirarme. Eso me ponía cardiaco y desataba a la bestia que intentaba retener con una cadena más grande que mi brazo.

—Bambina... —Eso fue una clara advertencia en toda regla.

—¡Ah! —gimió con delirio, y quise que alguien me hiciese un tatuaje en el pecho con esa cara. Lo juro.

Una de sus manos se colocó en mi torso y me empujó hacia atrás, apartándome de ella. Con los labios sonrosados y entreabiertos, sonrió con perversión y avanzó un paso muy corto. ¡Iba a darme un jodido infarto! Notaba mi pecho subir y bajar a una velocidad de vértigo. Llegó a mi altura y comenzó a delinear mi piel con su dedo índice, sin dejar de mirarme y con unas ganas de provocarme tremendas.

—¿Qué haces? —Sostuve su muñeca en el aire, con fuerza.

Sus iris se tornaron más verdes que nunca y sonrió ladina, acercándose de manera peligrosa. No esperaba que la otra mano que tenía libre se colocara con brusquedad sobre mi verga y la apretara con tanta ansia que tuve que cerrar los ojos durante un segundo para tranquilizarme.

Sin darme cuenta, retrocedíamos. Llegué al borde del lavabo y me

clavé el puto mármol en la cintura. Contuve el quejido, porque no me dio tiempo a mucho más antes de que mi garrapata particular se colgara de mi cuello y enlazara sus piernas en mi cintura. La icé por el culo para ayudarla, sintiendo que su viperina lengua se paseaba con libre albedrío por mi pecho hasta llegar a mi cuello. Unas cosquillas y un placer inmenso me recorrieron la columna, poniéndome todos los vellos de punta.

—Me cago en la puta de bastos —me quejé—. ¿Quieres matarme?

El tono me salió gruñón de más, y mi preciado tesoro elevó las comisuras de sus labios y su atención hacia mí. Al mismo tiempo, lo hacía con su cuerpo, restregándose como una gata en celo e impulsándose para que me clavara en lo más profundo de su ser.

—¿Vas a entrar, o tengo que suplicártelo? —me preguntó melosa.

Le enseñé todos los dientes y soplé un poco para apartarme el mechón rebelde que me había caído en el ojo izquierdo. Mis manos aferraron su estrecha figura con más brío, ocasionando que se revolviera por las cosquillas que ese gesto le había provocado.

—Me gusta que supliques —susurré muy cerca, y tiré de su labio, como ella había hecho anteriormente.

Entreabrió la boca, aún con mis dientes clavados en su carne, y musitó con bravuconería:

—Fóllame, bambino.

Entré en ella casi cuando ni siquiera había terminado de pronunciarlo, y pensé que perdía la cabeza con las jodidas embestidas que le propiné, llevándola de un extremo a otro en segundos. Ni siquiera pude contar la de veces que se desarmó en mis brazos, porque estaba claro que Adara había dado la vuelta al mundo y, con ella, un cambio tan grande que me asustó.

Alguna vez la había escuchado decir que era el efecto Tiziano, y recé para que ese efecto se quedase exclusivamente para mí y para siempre. «Eres más moñas que Dante». Mi demonio rio a carcajada limpia y mi ángel sacó un rayo de vete a saber dónde y se lo lanzó a la cabeza. Sin embargo, yo era del pensamiento de que, habiendo descubierto lo que significaba la palabra amor de verdad, me sentía extremadamente bien. Y no quería que esa sensación se marchase jamás. Porque ella era el complemento que necesitaba para mi vida. Sin más.

Entré y salí sin frenos de ella, llevándola a la locura extrema y acompañándola de la mano. Gritó y se aferró a mi cuerpo, donde sentí que el sudor comenzaba a hacer acto de presencia y que la arena de la playa me picaba en exceso.

—No me descontroles —le pedí—. Que te juro que estás cegándome

con tanto contoneo. —Jadeé, tirando del lóbulo de su oreja una vez que llegamos a la ducha, y la coloqué de espaldas a mí.

Junté mi pecho a su piel ardiente y vi que se llevaba las manos a su coño con arrogancia, observándome de reojo. Mojó dos de sus dedos y los elevó, mostrándome la humedad que yo mismo había provocado escasos minutos antes. Echó la mano hacia atrás y los llevó a mi boca para delinear mis labios con ellos. El gruñido animal que salió de mi garganta no fue común.

—Estás jugando con fuego... —Entrecerré los ojos, pasándome la lengua, evidentemente, por los labios.

Adara apretó los suyos para no echarse a reír. Lo vi en la manera en la que se le iluminaba la mirada, y su respuesta me mató:

—Pues vamos a quemarnos.

Resoplé como un toro. Aquellas palabras retumbaron en mi cabeza tanto rato que no conseguí quitármelas de encima en horas, y lo peor era que, cada vez que las recordaba, se me tensaba la bragueta.

La giré por completo hasta que sus manos cayeron a bocajarro sobre los azulejos, y tiré con ahínco de su cintura hacia atrás, dejándome aquel delicado y precioso culo que estaba deseando profanar. Jadeó cuando paseé uno de mis dedos por la abertura prohibida, todavía. Ese gesto calentó mis motores a un doscientos por hora.

—¡Me cago en mis muertos! —bramé, ensartándome en ella mientras seguía presionando la zona virgen—. Me voy al infierno derecho. Derecho —agonicé, sintiendo que la piel de mi verga se deslizaba hacia atrás y que perdía la puta cabeza.

Adara apretó su trasero contra mi mano, provocando que esta se quedara atrapada entre mi abdomen y su culo, que se movía al compás de mis rudas embestidas, casi ordenando que la velocidad fuera excesiva. Verla de esa forma me enloquecía hasta niveles insospechados, y estaba a punto de reventar, por segunda vez.

—Nos vemos allí... —Se refería al infierno, y entonces sí que terminé de perder los pocos papeles.

En ese aseo se nos fueron más de un puñado de minutos. Incontables, diría yo, hasta que un rato después apareció Agneta con Carlo. Adara se marchó a la cocina, y por el rabillo del ojo atisbé que se tiraba a los brazos de mi guardaespaldas mientras se limpiaba una lágrima. No quise escuchar, pero oí lo suficiente:

—Lo siento mucho, ragazza. No podía decírtelo. Ni siquiera ella podía. ¿Lo entiendes?

Adara, pegada aún a su cuello, asintió y se sorbió la nariz. Se separó un momento, cogió sus manos con delicadeza y las apretó.

—Entiendo que fue un escarmiento que no comparto. —Lo miró a los ojos con congoja y yo quise morirme, porque esa culpa que llevaba dentro había sido mía. Porque casi se suicidó—. Pero estás vivo.

Sonrió, y se lanzó de nuevo a sus brazos. No me dio tiempo a ver nada más, ya que alguien carraspeó delante de mí. Cuando centré mi atención en esa persona, me encontré de cara con Agneta y puse morritos. La anfitriona extendió una mano en dirección a la calle, invitándome a salir. Yo me jugué el pellejo:

—¿Ya estás echándome?

—Sal.

La orden tajante me hizo sonreír, aunque pasé por su lado con una galantería nata, sin quitarle mis retadores ojos a la que ya era mi suegra. Me siguió y los dos nos quedamos en las frías temperaturas de la noche, bajo un silencio incómodo que avecinaba una bronca. No tardó mucho en llegar; en cuanto mi mirada buscó la suya. Alcé una ceja sugerente y ella amusgó sus océanos.

—Ibas a cuidar de mi hija. —Fue un reproche en toda regla.

—Lo hice, pero sucedieron...

Me interrumpió, descruzando los brazos y acusándome con un dedo que no me gustó un pelo:

—¡La metiste en un sótano! —Me pensé dos veces quién era la persona que tenía delante antes de sacar la navaja y cortarle ese índice —. ¡Sin agua y sin comida! ¡Enfermó por tu culpa! —siseó, acercándose cada vez más—. ¡Le hiciste pasar calamidades que no tendría que haber pasado en la vida! ¡Porque solo lo hizo por tu familia!

No gritaba, sino que soltaba a trompicones toda la rabia que tenía acumulada. No la conocía en exceso, pero podía decir que jamás había visto a Agneta tan fuera de lugar. Su dedo tocó en la zona donde no debía, y ese fue el detonante para indicarle dónde se encontraba el límite de su chapa; bien merecida, por supuesto. Cuando me lo clavó en el pecho, me aparté un paso hacia la izquierda. Mi tono amenazante la dejó descolocada:

—Agneta, que sea la última vez que me tocas si no quieres perder el dedo.

Nos retamos durante una eternidad, sin pestañear, y quise pensar que casi sin respirar. La tía aguantó el pulso como una buena contrincante. Entonces, abrió la boca, con los ojos llenos de lágrimas:

—Tiene veintidós años... —musitó—. Lo único que ha visto del mundo es la maldad que creáis vosotros en él —terminó con ira.

Alcé el mentón, dolido por su comentario.

—¿Te recuerdo de dónde vienes y con quién conviviste durante

media vida? —Selló sus labios, ofendida—. Que yo sepa, tu familia no es muy distinta a la mía. Jack o Micaela no son muy distintos a mí. Ni siquiera Ryan, ¡y mira la que ha organizado! —escupí con veneno.

Tras un breve silencio, volvió a retomar su postura desafiante y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Me prometiste que tú mismo apretarías el gatillo —me recordó, haciendo alusión a nuestra primera conversación que tuvimos en Roma.

Apreté los dientes porque tenía más razón que un bendito, y al ver que no contestaba, me instó con los ojos a que lo hiciera:

—¡Estoy intentando arreglarlo! —me desesperé, elevando la voz.

La puerta de entrada de la vivienda se abrió lo suficiente como para ver asomar una cabellera platina, momento en el que Agneta murmuró:

—Pues permíteme que te diga que se te da de pena.

Agneta se giró, topándose con su hija. Mi respiración se encontraba descompasada y los nervios los tenía a flor de piel, porque las palmas de las manos me picaban y la rabia bullía con mucha fuerza al ser consciente de eso, al recordar que la palabra «perdonar» había salido de la boca de Adara mientras casi mataba a Ryan con tal de que su amigo sobreviviera, aunque esa palabra estuviese camuflada bajo un claro significado.

Ella me había perdonado.

Y yo no era merecedor de ese perdón, ni de lejos.

—¿Ocurre algo? —nos preguntó mi bambina con la voz estrangulada.

Agneta sujetó el pomo de la puerta, estática y con un cabreo de mil demonios. Pero, como de costumbre, para romper aquella tensión y no provocarle más daño, le dije con media sonrisa:

—No. Tu madre no está de acuerdo con que te lleve a cenar fuera. —Adelanté el paso con rapidez y giré a Agneta de cara a mí. Con los labios ensanchados completamente, añadí—: Pero cierta persona me dijo que su madre decía que con los besos se arreglaban las cosas, así que...

Le planté un beso en la mejilla a Agneta, y pude ver que el rubor se extendía a gran velocidad, sin haberse esperado ese gesto por mi parte. Extendí una mano en dirección a Adara y, aunque su mirada era ceñuda, intenté arreglarlo de inmediato:

—¿Dónde quiere mi bambina que la lleve?

Unos minutos después, estábamos sentados en el muro de piedra de La Acrópolis de Atenas, con comida basura y los pies en el mármol. A

nuestros pies, la ciudad de Atenas me pareció más alucinante que nunca, e imaginé por encima lo que habría sido vivir en una época en la que el monumento en el que nos encontrábamos era algo principal para el pueblo. La ciudad más alta y, sin duda, la que representaba a todas las acrópolis de Grecia.

La estructura tenía andamios por todas partes, pero eso no le quitaba belleza ni mucho menos. Arrugué el trozo de papel de mi hamburguesa y lo metí en la bolsa que teníamos para la basura, admirando la belleza de mujer que estaba delante de mí. Su sonrisa atravesó las facciones de su rostro con timidez.

—¿Por qué me miras tanto? —me preguntó ante mi mutismo.

—¿Estás segura de que te miro a ti? —Sonreí ladino.

—A mí o a las vistas que tengo detrás.

Descrucé las piernas y las estiré a ambos lados del muro, sacando la cajetilla de tabaco y encendiéndome un cigarro. La contemplé a través del humo y extendí el paquete en su dirección.

—¿Quieres? —Moví la cajetilla.

Meneó los hombros con desinterés.

—No he probado nunca el tabaco.

No me sorprendió, y sonreí al percatarme de que de verdad era todo un descubrimiento para mí. Era única, intocable para los demás, y por muy egoísta o prepotente que sonase, eso me encantaba. Le tendí mi cigarro encendido y lo cogió titubeante.

—¿Quieres engancharme a todos tus vicios?

—Con que estés enganchada al vicio llamado Tiziano, me vale.

Negó, emitiendo una pequeña risa que grabé con intención en aquel lugar de mi cabeza donde residían los mejores recuerdos. Se llevó el cigarro a los labios y aspiró hacia dentro, lo que terminó provocándole una tos leve. Chasqueé la lengua cuando me lo pasó de nuevo y se llevó la botella de refresco a la boca para apaciguar la tos. La miré y requetemiré, pensando bien todo lo que iba a soltarle a bocajarro, sin ser casi consciente y sin siquiera creerme que todas esas palabras fueran a salir de mi boca.

—Adara. —Llamarla por su nombre fue suficiente para que me mirase de sopetón—. Creo que necesitamos tener una conversación en condiciones y...

—Ya hablamos todo lo que teníamos que hablar... —me interrumpió.

Yo la corté contundente:

—No. Déjame terminar, o no lo haré.

Permaneció callada, y vi el breve temor que se instaló en sus ojos, sin previo aviso. Solté el humo en mitad de la oscura noche,

provocando que su presencia se convirtiese en un reflejo lleno de niebla donde desaparecía con lentitud. Eso me estrujó el pecho, y temí romperme de verdad al pensar que podría alejarse tanto que nunca pudiese recuperarla. ¿Tan malo era estar enamorado? Parecía ser que sí.

—Cuando me marché del palacete, fui a buscar a mi padre para hablar con él. Pensaba dejarle claro que no permitiría que sus tretas te hiciesen daño, y mucho menos después de haberme cedido el puesto de capu y tomar el poder de todas las decisiones de la Nostra Famigghia.

Su rostro mostró preocupación, pues era consciente de que el mismo desasosiego corría por sus venas al no saber por dónde pillar a Claudio Sabello, ni si sus intenciones eran sanas o no.

—¿Y qué ocurrió? —me preguntó tras mi mutismo.

Tomé aire y lo expulsé con lentitud, sin quitarle los ojos de encima.

—Que, como ya habrás visto, el interés de mi padre siempre fue protegerte, aunque no lo creyésemos así. De ahí que hiciese hincapié en que formases parte de nuestra mafia y jurases lealtad. —Pareció sorprendida al saber que conocía esos detalles—. Quizá las circunstancias no me permitieron verlo con claridad, pero yo sabía que él metía el dedo en la llaga en cuanto podía. Al igual que él, tengo ojos en todos lados, bambina. Y te recuerdo que yo soy el hijo listo.

Rio con tristeza, y esa sonrisa me partió el alma porque mis labios se curvaron, pero no lo suficiente como para mostrarle que no estaba preocupado. Saqué la navaja del bolsillo y comencé a darle vueltas. Era la misma navaja que ella había usado para autolesionarse, y lo vio. Movió su rostro e hizo un breve carraspeo al frente, contemplando la nocturna Atenas con los ojos brillantes y expectantes, pero temerosa por que continuase. Me gustaba saber que la conocía tanto como había pensado.

—¿Adónde quieres ir a parar, Tiziano? —me preguntó en un susurro.

Me jodía lo indecente tener que decirlo en voz alta. Y aunque en la vida lo reconocería delante de él, era una realidad que me pesaba minuto a minuto.

—Entiendo que estés cabreada con Ryan. Y entiendo que no lo ha hecho de la mejor manera, pero también comprendo que si... —Callé, pues de verdad me costaba soltarlo. Ella me miró con los ojos muy abiertos—. Sé que solo lo hizo por tu bien, y yo en su lugar habría hecho lo mismo.

Su ceño se frunció y se giró completamente, quedándose en la misma posición que yo, con las piernas por fuera del muro.

—Entonces, si lo compartías, ¿para qué has levantado ese medio mundo por encontrarme? Mejor no te pregunto por qué has herido a Riley, a Arcadiy y a Ryan, a quien casi matas. No entiendo adónde quieres llegar.

Su tono ascendía por segundos, y que sacase ese genio me gustaba, aunque me dolía a partes iguales, porque eso había sido provocado por un acumulamiento de dolor, principalmente, gracias a mí.

—Está claro que lo he hecho porque quiero que estés conmigo. Sin embargo, entiendo que Ryan no aceptase lo nuestro.

—La decisión es mía —sentenció con dureza.

—Era un narco, bambina. Y ahora soy el capu de la mafia siciliana.

—¡Y yo una idiota que solo despertó contigo! ¿Qué tiene que ver eso? —Alzó más la voz, aparentemente agitada.

—Nadie desea ese futuro para una persona a la que quiere —le dije con tranquilidad, pese a que lo que más me apetecía era abrazarla.

Pude ver el reflejo brillante en su mirada, a punto de desbordarse en cascada. Apretó los labios, imaginé que conteniendo el llanto, y entre dientes añadió con rabia:

—Mi futuro solo tengo derecho a elegirlo yo. —Esa frase fue acompañada de un golpe en el pecho con su dedo índice.

—¿Y crees que el mejor futuro para ti es con alguien como yo? —Me señalé con tranquilidad, porque si los dos perdíamos los estribos, esa conversación no llegaría a ningún lugar—. ¿Te recuerdo cómo fue la primera vez que nos vimos? —Rechinó sus dientes de nuevo—. Te secuestré para entregarte a Micaela. Te dejé en una celda sin agua, sin comida y desnuda.

—No me conocías.

Tuve que reír de manera breve, aunque seguí atacando:

—La segunda vez que estuve contigo te robé la virginidad —arremetí.

—¡Porque yo quise! —se enervó, y aquella pose que optó casi provocó que me desmayase. Puso las manos en los laterales de sus caderas, desafiándome.

—Estabas muerta de miedo, Adara.

—¡Porque te tenía miedo de verdad! ¡¿Qué más da eso ahora, Tiziano?! Pasó. Los dos lo disfrutamos y ya —cortó el tema de inmediato—. ¿Estás intentando dejarme de alguna manera que no entiendo?

«Dejarme», había dicho. Que Dios me librase de mi poca estabilidad emocional si aquello sucedía, aunque tenía claro que la última palabra no la tendría yo.

—Para dejarte, tendríamos que firmar los papeles del divorcio, que

sé que sabes que existen ya, y te recuerdo que son por el Vaticano. Así que olvídate de casarte en lo que te quede de vida. —Mi chascarrillo no cambió su rostro; al contrario, pareció más cabreada aún.

La posición de sus brazos cambió y se levantó de un salto del muro, se colocó las Converse con mala leche y resopló un millón de veces, sin mirarme. Me levanté con tranquilidad, guardando la navaja que había estado deslizando por mi mano sin darme cuenta. La tomé del codo y ella se revolvió. Alcé las cejas con asombro, y al ver que respondía a mi mirada acusatoria, toqué su brazo como si estuviese llamando a un timbre.

Nada. Ni caso.

Comenzó a recoger lo que nos había sobrado de cena, metiéndolo en la bolsa de la basura con unas malas pulgas dignas de admirar. Toqué con más insistencia, y un resoplido llegó hasta mis oídos.

—¿Qué quieres?

—Mírame. —La giré de cara a mí. Coloqué un mechón de su cola que se había escapado detrás de su oreja y deslicé mis dedos por su mejilla, lo que ocasionó que cerrase los ojos momentáneamente—. No me cansaré de repetirte mil veces que te amo con toda mi puta alma, Adara. Que ni mil perdones bastarán para que de verdad deje de sentirme culpable y un miserable por todo el daño que te he provocado.

—Eso ya lo hemos aclarado... —musitó agónica, y el cabreo pareció írsele conforme le vino.

—Pero yo lo tengo aquí —me señalé la cabeza—, como una puta locomotora.

El labio le tembló de nuevo, y vi cómo se mordía la lengua para contenerse. Entrelazó las manos, dando un paso hacia atrás para mantener las distancias. Eso no me gustó, por lo que yo avancé otro a su encuentro.

—No puedo borrarte la memoria —murmuró.

—Ni quiero que me la borres. —Silencié mi boca durante unos segundos en los que nos evaluamos—. Pero sí quiero que tomes tus decisiones, y que si decides quedarte conmigo, sea porque tú quieres. No porque nadie te lo imponga.

Su cuerpo se aflojó tanto que pude ver cómo soltaba todo el aire que retenía en un único resoplido. No esperaba su gesto cuando se lanzó a mis brazos como si fuese su jodido salvavidas. Enterró la cabeza en mi pecho, sin pretender despegarse de ahí.

—¿Necesitas que me declare otra vez? Por si no tuviste suficiente con que lo hiciese delante de toda tu familia... —musitó sin apartarse.

Me reí abiertamente y sin tapujos, soltando toda la tensión que

había estado acumulando. Porque tal vez los últimos acontecimientos podrían haberle hecho cambiar de opinión, y no se lo reprocharía en ningún momento, ya que pensaba de verdad que la decisión de quedarse o marcharse era de ella y de nadie más.

—Debo admitir que hay algunas cosillas con las que ya vas tarde. —Alzó la cabeza y frunció el ceño, confundida. Le toqué el brazo donde llevaba el anticonceptivo—. La varilla esta de mierda sigues llevándola. Y el tiempo se nos va.

—¿La conversación extraña te ha embalado? —me preguntó con socarronería.

—Siete hijos no se tienen de un día para otro. Y te recuerdo que tengo cuarenta tacos. Me gustaría poder tirarme al suelo a jugar con mis hijos, si es posible.

Soltó una diminuta risa y se acopló en mis brazos, otra vez.

—No vuelvas a asustarme de esta manera, o la que te clavará la navaja seré yo.

Su amenaza provocó una carcajada monumental por mi parte.

—No me has contestaaadooo —solté cantarín.

Se hizo la interesante y ronroneó lo justo para sacarme de mis casillas. Al ver que no hablaba, llevé mi mano a su costado para hacerle cosquillas.

—¡Que sí, pesado! ¡Que sí!

—¿Es un sí a todo? —le pregunté, refiriéndome a esa conversación extraña, como ella la había llamado.

—Es un sí a todo, bambino.

12

Nos vamos a casa

«Nos vamos a casa», ese fue mi primer pensamiento.

Me encontraba tirado en el suelo de la arena cuando ni siquiera había amanecido, hasta que noté una presencia a mi lado. No me hizo falta mirar para saber de quién se trataba, además de que identifiqué el olor de Jack. Colocó las piernas en la misma posición que las tenía yo, y eso me recordó a una situación similar en la que él se encontraba hecho un desastre con Micaela. Extendí mi cajetilla de tabaco en su dirección, cambiando las tornas de aquel momento, pues en aquella ocasión fui yo él que le quitó medio paquete.

—A ver si compras tabaco —le dije en broma para soltar la tensión que llevaba en el rostro. Sonrió de medio lado y se lo encendió—. ¿Tú no duermes en tu casa?

—Estoy teniendo un flashback de esta conversación. Y sí, estaba en mi casa, un poco lejos de aquí —añadió con humor.

—Solo que esta vez es al contrario y el perjudicado soy yo. ¿Has venido para salvarme como un caballero?

La carcajada que emitió ocasionó que soltase el humo como si le hubiesen arreado un bofetón con ganas.

—Como dicen en España: «A todo cerdo le llega su San Martín».

Alcé las cejas y llevé la punta de mi cigarro a su cara. Él la apartó de un manotazo, entre risas.

—¿Estás llamándome cerdo? —Me hice el ofendido.

Negó con la cabeza, permitiéndonos un silencio que necesitábamos. Me quedé embelesado con el mar y la calma que transmitía. Era una muy parecida a la que yo sentía en aquel momento, y eso me aterró. Porque normalmente yo no estaba tan tranquilo.

La intensa voz de Jack me sacó de mis pensamientos, que,

evidentemente, iban dirigidos a la rubia que había dejado con las sábanas enredadas en la mitad de su cuerpo desnudo, y a la que le había contado las marcas de los muslos sin que se diese cuenta:

—Arcadiy tiene que desaparecer durante un tiempo. —Me miró con seriedad y agradecí que evitásemos el tema Ryan—. Y Romeo también.

Bufé, apartándole la vista y enfocándola de nuevo en el agua. Romeo. La madre que lo parió. A quién se le ocurría ponerse a ayudar al principito en el mejor momento de nuestras vidas, cuando estábamos en plena guerra con los Rinaldi.

En el trayecto a Grecia había ido contándome que Arcadiy le había pedido ayuda la última vez que estuvo en Roma, puesto que sabía que Romeo había tenido hacía años algunos negocios con los japoneses que pertenecían a una organización criminal del país, los mismos a los que iban a robarle el contenedor de órganos. Y todo eso fue descubierto gracias a la localización y los datos que Romeo le facilitó. No era deslealtad, sino negocios independientes que no tenían nada que ver con los japoneses. Porque Romeo no solía tener tratos con ellos, excepto en esa ocasión.

—De Romeo me encargo yo —le respondí tajante—. ¿Sabéis algo de la japo que se coló en mi contenedor?

—Hasta donde hemos conseguido averiguar, antes de que hicieras papilla a Riley —eso sonó a reproche total—, estaba huyendo de su familia.

—De la Yakuza —confirmé con pesar.

—Creo que iban a entregársela a algún jefe de la «organización órganos». —Entrecomilló sus dedos en el aire.

Prensé los labios y puse morritos, sabiendo que teníamos un problema y que estábamos jodidos, porque si Arcadiy tenía que desaparecer, a Romeo no tardarían en darle caza y averiguar que había sido el instigador para que el asesino llegase a sus hilos y los desenredara.

—Menudo papelón... —musité, absorto en las tranquilas olas.

Jack suspiró con fuerza.

—Micaela y yo nos quedaremos aquí. Veremos qué podemos solucionar antes de que la bola se haga más grande. —No se lo creía ni él, y yo, mucho menos—. Creo que Ryan se marcha a primera hora a Estados Unidos, y Riley... está temblando al saber que tiene que irse contigo.

Me reí abiertamente al pensar en el friki. Que no lo había perdonado, aunque sabía que estaba cabreado como una mona conmigo. De hecho, todavía no nos habíamos cruzado tras pisar suelo

griego, y andaba esquivándome. Con Arcadiy corría la misma suerte, pues de primera mano lo golpeé hasta la saciedad en la cara. Eso les ocurría por colocarse los primeros en fila india, según el avión aterrizaba y la rampa se abría. Sin embargo, me di cuenta de que, por una vez en la vida, había centrado de verdad toda mi rabia en quien verdaderamente se la merecía: Ryan.

—Es el trato que hicimos de camino a Grecia —le recordé.

Necesitaba a Riley para conseguir reventarle todos los negocios a Luciano, y su mala pata al ponerse en el bando contrario me había venido a huevo. Me bastó apuntarle con la pistola en la boca para que accediese.

—¿Está muy cabreado? —Me interesé por el friki al ver que Jack no hablaba.

—Tanto como puede estarlo mi madre.

Lo contemplé con una sonrisa en los labios, evidenciando que la pequeña conversación que habíamos tenido en el porche había corrido como la pólvora.

—Os encantan los cotilleos —me mofé.

—Y a ti repartir hostias. —Se calló de nuevo y esperé impaciente a que dijese lo siguiente, que no tardó más de dos caladas en salir por su boca con un tono casi suplicante—: Cuida de mi hermana, Tiziano.

—Lo haré —le contesté de inmediato.

—Cuídala de verdad. —Desvió sus ojos y los clavó en lo más profundo de mi ser—. Si ella es feliz contigo, adelante. Pero respétala y quiérela como no la han querido nunca.

Arrugué el entrecejo, porque ya no me cabían más perdones que pedir y porque, por supuesto, a Jack no iba a pedírselo, simplemente porque no le pertenecía. Le expliqué por encima nuestra conversación en La Acrópolis, percatándome de que tal vez sí necesitaba hablarlo con alguien para que me diese su punto de vista, aunque eso no implicase nada más.

Me observó con orgullo y puse los ojos en blanco cuando dijo:

—Progresas adecuadamente.

Otra presencia más apareció en la playa con una botella brillante en la mano. Los rayos del sol ya comenzaban a despuntar en el horizonte. El líquido ambarino me revolvió las entrañas, pero es que ni siquiera había pegado una cabezada, por lo que podría decirse que estábamos trasnochando.

—¿Vienes a por más? —le pregunté con sorna a Arcadiy cuando se sentó a mi otro lado.

—Vengo a brindar por una despedida digna. Por si me matan gracias a tu puto contenedor. —Jack lo reprendió desde el otro lado,

aunque el principito no hizo ni caso.

—Te he arreado unos buenos golpes. Mira qué morado está saliéndote aquí.

Le clavé el dedo con saña y este lo apartó de un manotazo, haciéndome reír. Iba a echarlos de menos de verdad. Como nunca me hubiese imaginado.

—En otras circunstancias te habría volado la cabeza en un pestañeo, italiano. Así que no me toques los cojones.

—¡Bah! Nimiedades. No me creo yo eso ni en tus mejores sueños, principito.

Arcadiy chasqueó la lengua y dijo antes de darle un trago a la botella:

—Por sobrevivir.

Me la cedió, instante en el que supe a ciencia cierta que, si estaban tan pesimistas, teníamos un problema de verdad. Pluralicé porque ellos, a fin de cuentas, ya eran de mi familia. En realidad, de manera inconsciente, siempre lo habían sido. Desde que conocí a Micaela, quien se encontraba con sus retoños, cabreada como una mona por lo que le había hecho a Ryan.

—Por no tenerle miedo a la muerte.

Tragué con fuerza, sonriendo mentalmente al pensar que esa frase estaba grabada a fuego lento en mi familia. Le pasé la botella al último que nos quedaba y el colega se la empinó, diciendo un rápido:

—Por nosotros, cabrones.

Como si su simple aroma me llamase, intuí que mi bambina estaba en el porche, por lo que giré la cabeza en esa dirección, encontrándomela apostada sobre el umbral de la puerta, con los brazos cruzados en el pecho y una camisa mía tapando su desnudez. Sonreí como un idiota, ganándome un pellizco por parte de Jack, que la saludó y fue el primero en levantarse.

—En unas tres horas, los niños ya estarán despiertos. No olvidéis pasaros por casa, o Micaela te arrancará las pelotas.

—No creo yo que su tía se marche sin verlos, ya que está aquí —añadió Arcadiy, preparado para marcharse también.

Me dio un suave golpe en el hombro dañado a modo de despedida. Menudo cabrón. Lo miré muy mal y él sonrió, devolviéndome la sonrisa. Discerní que Adara se encaminaba hacia mí con pasos lentos. Era la mujer más bonita que había visto en mi vida, incluso con esa cara de sueño que denotaba las horas que le faltaban de descanso.

Arcadiy se detuvo para darle un beso en la mejilla, igual que lo hizo su hermano tras cruzar dos palabras de despedida. Romeo, Valentino y Claudio se encontraban en la casita de al lado. Carlo me había

comentado que trajeron a mi hermano mayor lo suficientemente perjudicado como para que necesitase descansar dos días seguidos. No quise hacer más preguntas, aunque la inminente marcha de Dom fue suficiente para saber los motivos que ambos tenían. Bueno, eso y que le había secuestrado a la niña, ¡qué cojones!

—Hola —musitó al llegar a mi altura.

Ladeé el rostro y sonreí. Le cogí una mano con delicadeza y tras eso tiré de ella hasta que terminó a horcajadas sobre mí. Ronroneé como un gato en su cuello, paseando mi nariz e impregnándome de ese aroma que tanto necesitaba.

—Mmm... No llevas braguitas...

—Me he asustado al no encontrarte en la cama.

Elevé el rostro de sopetón al escuchar su tono estrangulado. Sonrió forzada, para después pasear sus manos por detrás de mi nuca. Terminó llevándolas a mi coletero y se deshizo de él. Aproveché que las bajaba para apretarlas con las mías. Me las llevé a la boca y las besé, temiendo que se rompiera.

—No voy a desaparecer.

—Lo sé —me contestó casi de inmediato, aunque sí noté un breve temor en su tono de voz.

—Demasiados días sin dormir, bambina. Ahora voy a necesitar pastillas a cascoporro para pillar el sueño.

Deslizó la mano con cariño por mi mejilla y me permití el lujo de besar su palma. Aproveché el momento para darle una buena noticia que había sabido ese mismo día:

—Tengo que contarte algo. —Arrugó el ceño con urgencia—. No, no es malo. —Reí—. Tu madre se viene con nosotros a Roma.

—¿Qué? —se sorprendió—. No me ha comentado nada.

—Carlo vive en una casita que hay cercana al palacete. Está en la misma finca, y ella se marchará con él allí durante un tiempo. Pensé que te parecería bien. En realidad, la decisión no ha sido mía, sino de ese cabezón imperturbable.

Sus brazos me rodearon, y me abrazó con tanta fuerza que pensé que se fundiría en mi piel de un momento a otro. Contacto. Eso era lo que los dos necesitábamos y lo que no estaba dispuesto a perder.

Unas horas más tarde nos encontrábamos en lo alto de una colina, muy cerca de Santorini, donde Jack y Micaela habían construido su hogar. Cuando Adara abrió la puerta del copiloto, tres terremotos —nunca mejor dicho— se alzaron en gritos y voces de euforia:

—¡La tía enido! ¡La tía enido!

Me costó, pero entendí que su tía había llegado, y la que corría en

su dirección cual gacela era Atenea. ¡Por favor, estaba enorme! La seguía otra niña entrada en la preadolescencia adelantada: Aleshka, que llevaba de la mano al renacuajo de Vadím, tan parecido a su puñetero padre que asustaba.

Mi bambina corrió el escaso tramo que los separaba con los brazos abiertos. Cogió en volandas a Atenea y pronto los otros dos se arremolinaron a sus pies hasta que Vadím terminó en su cadera libre. La mayor la abrazó como si le faltase la vida, y yo sonreí como un idiota en dirección a Micaela, que me observaba con mala cara. Le hice un gesto de intentar morderla, seguido de un «Ñam» que captó al aire y por el que me sacó el dedo corazón de manera vulgar. Jack pasó el brazo por encima de sus hombros, estrujándola contra él. Le dijo algo al oído que no pude escuchar a medida que avanzaba hasta su posición.

—¿Es tu novio, tía? —le preguntó con voz infantil Atenea mientras Vadím no dejaba de buscarle la cara para que lo mirase, cogiendo las mejillas de Adara con sus manitas.

—Su marido más bien, mi vida —le respondió Micaela, lo primero con mal tono y lo segundo con una dulzura que contrastaba enormemente con su genio.

Una mirada aniquiladora llegó hasta mí. Bufé y me agaché para quedar a la altura de la pequeña, a la que Adara ya había soltado. El retaco se aproximó a mí y entrecerró los ojos como su madre.

—¿Cómo te llamas tú? —me preguntó sin titubear.

—Tiziano, princesa. Yo ya te conozco —le dije muy seguro de mí mismo, y la jodida niña me rompió todo el entusiasmo.

Se volvió como un vendaval a su madre y le preguntó:

—Mami, se llama como el monstuo de tus cuentos. Pero este no parece tan feo. Y también tene coleta equeña aquí.

Atenea se tocó el cogote y a mí me dieron ganas de matar a Micaela, que reía como una hiena y sin ocultarse. Jack aguantó la risa y Adara la miró con mala cara disimulada, porque estaba conteniendo las ganas de reírse.

—¿Soy el monstruo de las galletas de tu puto cuento? —Me señalé, ofendido.

—¡Tiziano! —me amonestó Jack; por la boca, claro estaba.

—¡Ha dicho una alabrota! ¡Guindilla!

Entrecerré los ojos al ver que todos se partían de risa a mi costa y apreté la mandíbula cuando comenzaron a entrar en la vivienda. Toqué el bracito de Atenea y, agachándome, le dije:

—Cuando tu madre te cuente que Tiziano es el malo del cuento...

—El monstuo —me corrigió, interrumpiéndome.

—Sí, ese, el monstruo. —Le quité importancia con un movimiento de mano—. Le dices que el monstruo era un hijo de puta y se comió al cabrón que robaba galletas.

—¿Eso no son alabrotas juntas? —me preguntó con inocencia.

—¡No, no! —me apresuré a decir—. Porque el monstruo es malo y tenemos que meternos con él. A ver, repite: hijo de puta y cabrón.

—Hijo de fluta y cablón.

—Bien. —Di una palmadita en el aire—. Me vale. Lo haces estupendamente, Atenea. Mami estará superorgullosa de ti. También puedes contarle que te lo ha dicho el tío Tiziano.

—¿Ahola? —Pareció hasta entusiasmada.

—¡No, no! ¡Ahora no! Esta noche, cuando te cuente el cuento de nuevo. Y, ya de paso, dile que le cambie el nombre. Que yo soy más chulo que un ocho y ese no merece llamarse Tiziano.

—¿Tú eres mi tío?, ¿como mi tía Adara? —se interesó mientras nos internábamos en la casa, dando por zanjada la espeluznante conversación. Me reí mentalmente y deseé ponerle una cámara a Micaela para verle la cara.

—Claro, y dentro de poco tendrás más niños con los que jugar. Así ampliamos la familia.

Tan normal. Como si estuviese teniendo una conversación con una adulta y no con una niña de dos años. Lo del psicólogo era para mirárselo ya, porque no podía pretender ser padre picándolos de esa manera, pero era entendible, ¿no? ¡Que me había llamado monstruo! «Es comprensible. Yo la habría matado», apuntó mi demonio. Y, para más inri, mi ángel estaba de acuerdo.

—¿Vas a tener un bebé, tía Adara? —Esa fue Aleshka, quien, claro, era más mayor y me había cazado justo al entrar.

Las preguntas por parte de Micaela llegaron como una retahíla de balas. Jack me miró de manera acusadora y elevé las palmas de las manos en son de paz, porque no había nada que contar.

—¿Estás embarazada? —La anfitriona soltó los vasos que llevaba y se tiró, casi de cabeza, para arrebatarle a Vadím de las manos—. ¿De cuánto estás?, ¿por qué no me lo habías dicho?

—¿Estás embarazada? —La alarma sonó detrás de mi espalda y se me crispó el vello de la nuca. Esa era mi suegra.

Adara me miró, después lo hizo al conjunto de la casa, incluido a un Carlo que me contemplaba pidiéndome una explicación, y yo negué con la cabeza en señal de no saber de qué hablaban.

—Se les ha ido la pinza —musité por lo bajo, pero todos me oyeron.

—Eh... No —soltó mi bambina con naturalidad, arrancándole a Vadím de las manos a su madre—. No estoy embarazada, pero gracias

por tanta preocupación.

Ironía. Esa era la palabra que definió aquel momento. El resto pareció no creérselo del todo y me vi en la obligación de tirar la patata caliente al otro extremo de la casa, diciendo que de momento no, pero que me dieran unos meses.

Casi me lanzaron la vajilla a la cabeza, aunque iba en serio. Yo avisaba; que no quisieran creerme era su problema. La noticia de que Agneta se vendría con nosotros alegró a Adara en exceso, aun sabiéndola. Me guiñó un ojo en la distancia y a mí me dieron ganas de saltarle a la yugular para comérmela a besos. Así estaba mi cabeza de agilipollada. Además, me alegré de ver la felicidad de mi bambina, porque eso significaba que cuando Micaela y Jack tuviesen que salir, sus hijos tendrían que viajar y quedarse unos días de manera irremediable en Italia. Aquello significaba más cercanía con ellos.

Valentino, Romeo y Claudio se habían quedado preparando el avión para la salida esa misma tarde en el aeropuerto de Santorini mientras nosotros nos despedíamos de la familia.

Nos encontrábamos a punto de marcharnos, cuando la puerta se abrió y por ella apareció Riley con el morro torcido y Arcadiy con una sonrisa extravagante al ver a sus sobrinas. Me levanté como si ese cabreo de mi friki no tuviese nada que ver conmigo y le di un golpecito en el hombro. Sus ojos se entrecerraron y volvió la trompa al frente, ignorándome. Abrí la boca con desmesura, por supuesto.

—¿Todavía te dura el cabreo, friki? Mira que tienes que venirte conmigo a Roma.

El aludido se volvió muy despacio y me repasó de los pies a la cabeza.

—Me has abierto un agujero en la mano. —La levantó en el aire, vendada casi hasta la muñeca.

—Te pusiste en primera fila —objeté con naturalidad para restarle importancia.

Bufó y señaló su zapato.

—¡Me has volado el pie! ¿Sabes el agujero que tengo? —gruñó.

—La piel se regenera. —Le di dos palmaditas en la espalda—. No te apures, que a lo sumo en un año estás intacto. —Moví los hombros con desinterés al ver que estaba a punto de explotar como una palomita—. Son daños colaterales, y si no que le pregunten al principito.

Lo señalé también, en la distancia, mientras este alzaba en sus brazos a Atenea. Menos mal que mi bambina apareció como el ángel que era y se lo llevó de mi lado para darle el abrazo que por poco no lo hace llorar o le genera una úlcera gracias a mis comentarios. Sin

embargo, el cálido ambiente que había creado fue roto en el instante en el que otro hombre, temible, alto como un condenado y con una cara de mala hostia que te daban ganas de salir corriendo, apareció con una mochila diminuta colgada en el hombro.

La tensión creció como una de las olas que había visto esa misma tarde desde la distancia en la colina. Allí, de pie y parado mirando el movimiento del mar, me había dado cuenta de que la paz y la tranquilidad de mi vida tardaría tiempo en volver. Que algo peor a lo que pensaba que sería mi día a día me reventaría las entrañas hasta estrujarme por completo en el momento en el que pusiese un pie en Roma. Presentimiento, lo llamaba yo.

Jamás fallaba.

Guie mis ojos a Jack, pues me había dicho en la playa que Ryan se marcharía a primera hora de la mañana, y no había querido comentarle nada a Adara para no dañarla por su no despedida. El mundo empezaba a ponerse en contra, pero ella no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

En un pestañeo, mi bambina regresó a mi lado en cuanto los aniquiladores ojos de Ryan recayeron sobre mi persona. Ella alzó el mentón como si fuese a competir con él por mi supervivencia, y yo, para qué engañarnos, me sentí superorgulloso.

—Me marcho ya. Al final el vuelo se ha retrasado hasta dentro de una hora.

Cómo no, esa información fue para Micaela, que se acercó a él y le tocó el brazo sano. El otro lo llevaba vendado, aunque la camiseta de tirantas no se la quitaba ni muerto, y eso que hacía un frío de mil cojones. Me toqué la muela con la punta de la lengua y miré de reojo a la rubia, que ni respiraba a mi lado. Coloqué una mano en la parte baja de su cintura, intentando darle de alguna manera esa fuerza que me pareció ver que necesitaba. Vi que la saliva se deslizaba por su garganta justo en el momento en el que se percató de que había pensado marcharse sin siquiera despedirse.

—Podrías quedarte unos días en casa hasta que las heridas...

—No. —Ryan cortó a Micaela de manera tajante—. Tengo que regresar al trabajo.

La morena selló los labios; el resto permaneció en completo silencio, supuse que pensando en cuál sería el siguiente paso de Ryan. Aquel mamón era para echarle de comer aparte. Pero lo que no sabía era que a mí no se me quedaba nada en el estómago, porque, si no, después el que reventaba era yo.

Se despidió de todos. Y cuando digo todos, es todos, menos de la mujer que tenía con los labios fruncidos a mi lado y del menda. Giró

sobre sus talones en dirección a la salida, y cuando iba a agarrar el pomo para salir, alguien se me adelantó:

—¿De mí no piensas despedirte?

Contuve el aire al observar a Adara de reojo, pues sus ojos brillaban y sabía que estaba haciendo soberanos esfuerzos por no echarse a llorar, dada su indiferencia. Había estado con él mucho tiempo en Estados Unidos, siempre había sido el hombre que la había protegido como el que más, y aquel desprecio —que lo era, digan los demás lo que digan— estaba consumiéndola.

Ryan movió el rostro, sin llegar a volverse por completo. Con los labios sellados y mala cara, supe que cruzaría la línea que separaba las paredes de hormigón de la tierra con aquel último murmuro:

—Cuídate, Adara.

Yo, que era precavido por naturaleza, me adelanté, sabiendo que demasiado estaba aguantando la persona que afianzaba a mi lado para que no se cayese desplomada, y le dije:

—Venga, Ryan. No creo que tres cortecitos, un crujido de nariz y un disparo te hayan traumatizado tanto como para no despedirte de tus amigos.

Tener mano izquierda no existía para mí. Era consciente.

Os juro que escuché que sus dientes rechinaban. Se volvió con lentitud, muy mala hostia y ganas de asesinarme, o por lo menos separarme la cabeza del cuerpo. Sonreí como un gañán, sin percatarme de que alguien a mi lado se separaba de mí, adelantaba el paso y, sin pensárselo, se tiraba a los brazos del grandullón, quien se tambaleó hacia atrás por el impacto.

«Debería estar prohibido tener tanto corazón», pensé al verla, porque de verdad era un puto ángel en medio de aquel mundo de locos. «De tu puto mundo de locos».

Cogió su cuello a punto de asfixiarlo, y pude ver algunos rostros de emoción en cuanto Ryan la sostuvo de la cadera cuando Adara casi lo ahogaba. El tiarrón apretó los labios y todos escuchamos un breve «Lo siento» salido de su boca sin muchas ganas. Así que me lancé:

—¡¿Qué has dicho?! —grité, poniéndome una mano en la oreja.

Entrecerró los ojos, fusilándome, y yo me reí como un desquiciado. Jack se colocó a mi lado y me dio un codazo. Tuve que mirarlo mal y amenazarlo de manera muda.

—No te mereces que te dé un abrazo siquiera. —La rabiosa voz de Adara habló, llorosa y contenida—. Ibas a marcharte sin despedirte de mí. De mí —recalcó.

Ryan afianzó sus brazos con más énfasis en su menudo cuerpo, y yo pensé que estaba tocando demasiado y que la mano... Ay, la mano...

Al momento, la casa pareció desperdigarse, sabiendo que aquello era una conversación privada; aunque bien poco me importó, porque yo me acerqué a ellos mientras los demás se relegaban a meterse en la cocina. Total, irme para estar escuchando a hurtadillas era una soberana tontería.

—Nunca quise hacerte daño. Espero que algún día lo entiendas. —Se calló un segundo antes de admitir—: Aunque no fuese la manera correcta de hacerlo.

Me picaba la lengua, y encima sus ojos se fueron en mi dirección, provocándome. Puse morritos y negué con la cabeza. Tenía cojones que lo hubiera perdonado hasta yo, porque de verdad lo entendía.

—Yo también te entiendo. —Adara se giró con brusquedad para mirarme. Elevé las manos al aire y aseguré—: No me creo que eso haya salido de mi boca.

Sonreí y Ryan me imitó. No era nada nuevo después de la conversación que ambos habíamos tenido en La Acrópolis de Atenas, aunque hubiese pensado que jamás se lo diría a Ryan. Al final soltó una pequeña carcajada ronca y negó con la cabeza. Me acerqué sin titubear. Adara se despegó de él, aunque sí nos miró con recelo a los dos. Pensé que quizá no se creía que estuviese tan campante después de lo ocurrido.

—Te prometo que no voy a matarlo —le dije.

—O que no voy a matarte yo a ti —rugió con socarronería.

Me llevé una mano a la zona donde el impacto de bala había atravesado su brazo como si nada, información que Jack me proporcionó también, y la palmeé con saña y una sonrisa diabólica. El tío aguantó como un campeón.

—Italiano... —bufó.

—Si puedes con esto, lo demás está rodado. ¿Amigos? —Extendí una mano y me la apretó con intención de partirme los dedos.

Menudo cabrón. Me la había devuelto, y en realidad no esperaba menos. Se acercó mucho a mi oído y siseó:

—Cuídala, mamón de mierda.

13

La dura realidad

Adara Sabello

La despedida de mi familia fue triste, aunque sabía que necesaria para enfrentarnos al problema que se nos avecinaba y que tenía por apellido Rinaldi. En mi mente no había dejado de darle vueltas a todo en general: el intento por parte de Ryan para separarme de Tiziano, el mal augurio que había entre Claudio y la marcha de Dom, los planes de Tiziano por hacerme ver que, en realidad, no era la persona que necesitaba en mi vida, los cambios que estaba sufriendo mi forma de ser... A fin de cuentas, todo.

Me monté en el avión con pesadumbre, cogida de la mano de mi madre, que portaba una sonrisa de oreja a oreja imposible de borrar. La mía era triste y forzada, no iba a mentir, porque me daba cuenta de que el cúmulo de situaciones estaba afectándome después de permitir que la adrenalina me arrollase.

—¿Estás cansada? —me preguntó mi madre cuando avanzamos por la parte trasera del avión.

—Sí. —Mentí—. Demasiados viajes en tan pocos días, y no precisamente por turismo.

Amplió los labios y yo intenté imitarla. En el fondo, sabía que ella percibía que mi estado de ánimo no estaba al cien por cien, pero prefirió ser prudente y dejar el tema. Pasó por mi lado y se sentó en uno de los butacones, al lado de Carlo. Yo lo hice en los asientos de la derecha, sonrojándome al recordar que, en medio de aquella sala, Tiziano y yo habíamos desatado la pasión de manera descontrolada el día de Navidad.

El hombre que ocupaba todos mis pensamientos pasó por mi lado, con aquellos andares, tan galán, empoderado y seguro de sí mismo, enfundado en un traje oscuro con una camisa malva que le quedaba

preciosa. Iba reajustándose las mangas en los antebrazos, permitiendo que las pulseras de oro tintinearan al compás de los motores del aeroplano. No supe el motivo, quizá me leyese el pensamiento o viese mi rojez, pero me miró de reojo y sonrió ladino, con seguridad, pensando lo mismo que yo.

Toqué el hombro de Riley, que estaba al lado mirando la ventanilla y la pista, o más bien la oscura noche mientras la máquina comenzaba a sonar con más fuerza, moviéndose en dirección a la salida.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté en un susurro.

Advertí de reojo que Valentino y Tiziano se metían en la sala que había al fondo del avión. Carlo no tardó en unirse a ellos. A Claudio y Romeo los había perdido de vista y no sabía dónde estaban. La verdad era que no había tenido tiempo de hablar ni con ellos.

—¿Cómo quieres que esté? —me respondió ceñudo, y alcé las cejas. Me miró arrepentido—. Perdón.

—El mal humor corre como la pólvora.

—No se dirá que tú no estás sacando tu genio también.

—La dura realidad —constaté sin más.

Asintió, cabeceando muchas veces y enfadado de verdad. Me atreví a extender una mano para tocar la suya dañada, la cual cogí con delicadeza y la elevé para pedirle permiso. Asintió sin estar convencido, supuse que más por el dolor que por otra cosa, y le desenvolví la venda con precaución para ver la gravedad del asunto.

—No ha pensado ni un poquito en mí antes de hacerme eso. ¡Y encima estoy aquí! ¡Para ayudarlo! ¡Es que manda narices!

Se exasperó y sonreí mientras veía que la herida de la mano se curaría pronto, aunque tenía toda la pinta de ser dolorosa. No quise imaginarme la del pie y Riley lo notó, porque negó con la cabeza en señal de que no era buena idea.

—Tú tampoco has pensado en él —le dije sin querer reprocharle nada.

—¡Y lo he ayudado! —se desesperó.

—Es Tiziano. ¿Pensabas que iba a recibirte con un oso y una caja de bombones?

Me reí de mi propio comentario, porque era ilógico encontrárselo de esa manera. Ni ahora ni nunca, y mucho menos después de organizar aquella trifulca para llevarme a miles de kilómetros de él. Me pregunté qué sería de Natsuki, y parecí haberla invocado sin querer.

—No. Pero tampoco con un cuchillo y un disparo. Encima, todavía puedo darme con un canto en los dientes. Ahora, el zapato me lo hizo trizas. ¿Sabes cuánto valen esas deportivas?

Elevé una ceja con guasa.

—¿Estás más preocupado por tus deportivas que por el disparo?

Me miró con muy mala cara y tuve que reírme. No sé quién era peor, si Riley o Tiziano con sus salidas de tono y sus paranoias. Hablando de mi italiano, asomó la cabeza fuera de la sala con muy mala cara, buscando por el pasillo, imaginé que al resto de sus hermanos. Por su aspecto, no era nada bueno, pero no quise ni pensar en qué habría ocurrido. Sin embargo, sí me di cuenta de que Carlo tomó la salida y se encaminó hasta la cabina del piloto. Instantes después, el avión cambió de rumbo y pensé en morirme si tenía que estar metida allí más de un día, que era lo previsto que tardaríamos en regresar a Roma.

Romeo adelantó el paso desde la parte trasera del avión. Me miró con media sonrisa y articuló un «Piccola» muy sensual y perfectamente definido con sus labios. Negué con la cabeza al ver que no me apartaba la mirada, y me guiñó un ojo socarrón. A su espalda lo seguía un Claudio con cara de enfado extremo.

—Si llego a saberlo, te dejo con la japonesa en el contenedor equivocado. Entonces sí íbamos a buscar al pobrecito de Riley.

El tono de voz de mi amigo me devolvió a la realidad, recordándome que no estaba prestándole atención, sino que me había quedado ensimismada en los hermanos Sabello y pensando en el problema que debía haber para que Romeo mal disimulase su preocupación y que Claudio la dejase reflejada en cada poro de su rostro. Los conocía bastante, y sabía que esa determinación a la hora de andar significaba algo.

—¿Estás escuchándome? —me preguntó Riley, chasqueando los dedos delante de mi cara.

Ni siquiera le hice caso, porque le lancé un breve vistazo a mi madre, que dormía como una marmota gracias a la pastilla que se había tomado antes de despegar. Viajar la ponía nerviosa, y eso no había cambiado en Agneta nunca.

—¿Adara? —La voz de Riley sonó con enfado y me levanté de mi asiento.

—Ahora vengo —le dije de carrerilla.

—¡Venga ya! —se quejó—. Mejor me siento con tu madre, que hasta durmiendo seguro que me presta más atención que tú. ¡Mala amiga! —Comencé a caminar hacia la sala donde se encontraban todos, a riesgo de que me matasen por entrar allí. Me reí escuchando a Riley de fondo decir—: ¡Ya me pedirás ayuda! ¡Yaaa!

Toqué con dos golpes suaves la puerta de entrada a la sala, pero nadie contestó. Abrí con cuidado, tomando una gran bocanada de aire

y sin saber lo que podría esperarme al traspasar aquella puerta. No era nada fuera de lo común. No si contábamos con que Tiziano movía un cuchillo de caza gigante entre sus manos, como cuando lo hacía con la navaja, mientras miraba unos vídeos en la pantalla de una tableta que sostenía con una mano y con cara de malas pulgas. Romeo, Valentino y Claudio levantaron los ojos, clavados en su hermano, para mirarme.

—¿Ocurre algo? —pregunté con voz suave, sintiéndome inspeccionada—. He visto que hemos dado la vuelta.

Nadie respondió. En medio de aquella batalla de miradas serias me imaginé siendo Antonella. Solo que a ella la veía mucho más puesta en todos los negocios de su marido que lo que Tiziano solía involucrarme en los suyos. Estaba más que claro que tampoco habíamos tenido tiempo para ello.

Extendió una mano y me asombré cuando pidió con voz severa:

—Dejadnos solos.

Valentino optó por su pose rígida y su ceño fruncido, Claudio no objetó nada y salió de la sala con los labios sellados y casi sin mirarme, y Romeo ensanchó los labios de una manera que desarmaba y ponía nervioso a cualquiera. Me hizo una reverencia como si de verdad fuese un caballero andante y me reí por la picardía que destilaban sus ojos.

Cuando la puerta se cerró, Tiziano me tendió una mano y avancé con pasos decididos hasta llegar a él. Me invitó a sentarme a su lado y me ofreció una botella de agua, con una sonrisa en los labios. Le dije un diminuto «Gracias». Él me respondió con un carraspeo sereno; toda esa serenidad que había parecido evaporarse cuando había salido un segundo de la sala.

—¿Sabes quién es Eduardo Cantón? —me preguntó.

—El español —le respondí, habiendo escuchado que a ese hombre era al que le debían la inmensa cantidad que Luciano les robó.

Asintió quedo y colocó la tableta delante de mis narices. En ella aparecían Dante, Enzo y Alessandro, con un batallón de hombres a su espalda. Imaginé que eran hombres de Tiziano o incluso de su padre. Un tipo, de aspecto temible y fuerte, con unos ojos muy azules y llamativos acompañados de un cabello azabache, negaba con la cabeza. Automáticamente, el vídeo cambió y mis tres Sabello se vieron apuntados por armas. Algo se encendió en mí al ver aquel rostro, pero no caí de inmediato. Miré con rapidez a Tiziano, acongojada y pensando que podrían haber sufrido de alguna manera, pero él me invitó a que devolviese mi atención a la pantalla, donde se veía que los tres salían de la zona, con un Camilo que aparecía en escena, también apuntado por varios hombres, supuse que del bando español.

La sonrisa de Dante y Alessandro no desapareció en ningún momento, al igual que la de Camilo, que parecía un zumbado de verdad con ese aspecto macabro. Desde luego, el traje fucsia oscuro y negro no era un acierto para un acuerdo tan importante como aquel.

Olvidé momentáneamente la vestimenta y me centré en la conversación, donde, antes de llegar a la parte en la que el propio Eduardo Cantón lo decía, añadí:

—No ha querido pagarles.

—No lo acordado. Porque se supone que tenemos un retraso de muchos meses.

Permanecí callada para evitar preguntar qué ocurriría ahora. Era una tontería, porque la cara de Tiziano me lo decía todo, y justo al lado de la tableta pude apreciar que se encontraba una nota en la que ponía: «Mijas».

Mi italiano deslizó uno de sus brazos por detrás de mis hombros. Consiguió arrastrarme y colocarme bocarriba en sus piernas, de manera que yo quedaba mirando hacia el techo y él continuaba sentado en el largo sofá donde habían estado todos. Su atención se fijó en un punto de la pared que tenía delante y murmuró:

—Tienes que aprender a defenderte, bambina. Te lo digo completamente en serio. —El silencio tomó la sala unos segundos—. No quiero que seas un ninja, pero sí que no te tiemble el pulso si necesitas empuñar un arma. Que si tienes que disparar... —me miró—, dispares. —Elevó un dedo en el aire—. Con los ojos abiertos, por favor.

Una risa histérica salió de mis labios por su humor tonto en un tema tan delicado como el que hablábamos. Enredó una mano en parte de un gran mechón rubio y lo enroscó, sin despegar su atención de mí.

—Ahora es cuando te arrepientes de...

—De nada. Yo no me arrepiento de nada —sentenció muy tajante —. De la única cosa que puedo arrepentirme en esta vida es de no haberte conocido antes y de haberte hecho tanto daño. ¿Estamos?

Apreté los labios para no sonreír de nuevo, porque él estaba serio de más.

—Me esforzaré para que Claudio no tenga que ver cosas indeseadas en mitad del bosque.

La carcajada de Tiziano fue monumental y tuve que reír con ganas.

—Esa ha sido buena. Reconozco que cierta personita está soltándose la melena.

Agachó el rostro y depositó un beso en mis labios. Un beso que no quise terminar tan pronto. Se separó lo justo, mirándome con

adoración a escasos centímetros de mi boca.

—Es el efecto Tiziano —musité en sus labios.

—El efecto Tiziano... —repitió—. Ese va a provocarme una cervicalgia.

—Estás hecho un vejestorio.

Noté una de sus manos colarse por el bajo de mi camiseta, donde agarró la carne y me dio un suave pellizco del que me quejé de manera exagerada. Le di un palmetazo seguidamente, ocasionando que soltase mi barriga.

El tiempo pareció detenerse durante unos instantes en los que solo nos contemplamos a los ojos, serios y como si nunca hubiésemos cruzado una mirada. Sentí esa necesidad tan tenaz que azotaba cada vez que me encontraba cerca de él, y me vi alzando la mano para tirar de su nuca, buscando su boca y enroscándome con su lengua. Noté mi pecho arder y subir y bajar a una velocidad de infarto cuando su gran mano se colocó en mi abdomen, presionándolo y queriendo fundirse en él. El beso aumentó de intensidad y me vi desbocada, tratando de levantarme sin romper nuestro contacto, hasta conseguir quedarme de rodillas en aquel sofá que no era la primera vez que recorríamos.

Afianzó mi cadera con garra y me junté a él con ganas de más, sintiendo que la humedad impregnaba mi zona más íntima a cada caricia que avanzaba desbocada y sedienta. Llevé las manos a su cabello, tiré de él y nos separamos un segundo para contemplar nuestras jadeantes respiraciones, momento en el que Tiziano alzó una ceja para decirme alguna de sus guarradas, pero se quedaron en el aire porque la puerta se abrió como un torbellino y Romeo entró arrasando.

—Dejamos el folleteo para otro momento. —Tiziano puso los ojos en blanco y yo no me atreví a mirar hacia atrás—. Es importante.

Me separé de él de manera poco disimulada, hasta sentarme en el sofá, muy cerca de su costado. Mi italiano levantó la mano en el aire y el siguiente que apareció fue Claudio, con su mala cara. Romeo me sonrió y fruncí el ceño para darle a entender que no me hacía gracia. El condenado se rio con más fuerza, y soltó sobre la mesa un papel con una dirección.

—Lo tenemos. Dante, Alessandro, Enzo y Camilo nos esperan en el aeropuerto.

¿Aeropuerto? ¿Qué aeropuerto? «Señor, más vuelos no», supliqué en mi mente. Los ojos de los tres Sabello se enfocaron en mí, y ese fue el detonante para saber que sobraba en la conversación, así que hice ademán de levantarme para salir de la sala y dejarlos solos, pero Tiziano me lo impidió y asintió con seriedad en dirección a Claudio.

Valentino asomó la cabeza con Carlo y Riley detrás de él; este último, con mala cara. Se tiró en uno de los sillones con el portátil diminuto y habló:

—Tiene una seguridad de mierda. Y si no me equivoco, hemos contado cinco tíos a las afueras del casoplón.

—¿En Mijas? —preguntó Tiziano.

—En Mijas. —Romeo señaló el papel que había soltado sobre la mesa, donde se indicaba una dirección exacta.

No me hizo falta ser ingeniera para darme cuenta de que esa dirección era la del tal Eduardo Cantón y de que acababa de buscarse la ruina, literalmente.

—Un perro, dos gatos y muchas putas. Esa es la compañía que tiene —añadió Valentino con tono hosco.

Tiziano asintió y se encendió un cigarro a la vez que ordenaba:

—Localízame a Dante.

Romeo se puso manos a la obra. Escuché que mandaba a Valentino y a Carlo a la otra punta del avión. No hicieron falta palabras para saber que iban a cargarse de armamento, y que el cambio de rumbo que había tomado nuestro viaje significaba que primero íbamos a resolver los asuntos del español antes de regresar a casa. Me parecía tan lejano que por un momento comencé a agobiarme.

Valoré la confianza que Tiziano quería implantar en mí cuando habló con Dante por teléfono, sin importarle que estuviera presente. Me levanté, sobrepasada por tanta orden y la información de ver con tanta claridad cómo resolvía la mafia sus asuntos, y conduje mis pasos hasta la barra trasera, sabiendo que los ojos de Tiziano me buscaban a cada paso que daba.

Y eso no podía ser.

Porque si yo era su talón de Aquiles, fallaría más de lo que había fallado en la vida, y aquello podría suponerle una muerte tonta e inminente. Me acerqué al lado de Claudio, que permanecía muy serio toqueteando su teléfono mientras se bebía un café solo de una tacada. Lo miré de reojo y él supo que me había colocado a su lado, pero no dijo nada.

Tras aguantar un rato con los labios sellados, decidí evadirme de la conversación de destripamiento que había a mi espalda y le pregunté:

—¿Cómo estás?

Tardó lo suyo en contestar, y eso se me antojó al carácter huraño que Valentino portaba a todas horas y que a Claudio no se le había visto hasta la fecha.

—Bien. El hombro apenas me duele.

Apreté la mandíbula antes de atacar de nuevo:

—No me refiero al hombro, Claudio.

Me atreví a mirar aquellos prados tan verdes, tan inmensos y deslumbrantes. Era impresionantemente guapo. Claudio poseía la galantería nata de su digno padre, sin perder en ningún momento la esencia que los Sabello tenían. Ese gen que marcaba la diferencia con el resto del mundo. Ese que los hacía tan sumamente especiales y temerarios.

Tragué saliva al advertir el escrutinio al que estaba sometiéndome, aunque aguanté estoicamente, pensando que me mandaría a freír espárragos como si lo hubiese hecho un Valentino. Me sorprendió que bajo ese halo de tipo duro se escondiese una persona que de verdad necesitaba hablar con alguien.

—Como una puta mierda. —Rugió y aguanté el respingo que me vino—. No sé si eso te sirve como respuesta.

Apartó sus felinos ojos, arrugando el ceño con fuerza. Tamborileé los dedos contra la madera de la barra y al final terminé tomando asiento en uno de los taburetes. Enfrente tenía una hermosa vitrina, plagada de botellas a todo lo alto, y me entretuve en enfocarlas mientras buscaba las palabras acertadas para allanar el pantanoso terreno que había entre medias de Claudio y Dom.

—Algunas veces actuamos sin pensar y después nos arrepentimos.

Sus facciones se tensaron más que un cable de acero y me enfocó. Yo lo veía por el rabillo del ojo, porque en realidad no era capaz de mirarlo cuando me atizaba con esa ferocidad tan abrupta.

—¿Estás excusándolo? —ladró.

—Ni mucho menos. Uno no dispara así porque sí a la persona a la que quiere.

Recordé un momento de mi vida, cuando pensaba que era fuerte y que podía con todo, y me sentí bien al darme cuenta de que muchas veces sí era más una utilidad que un estorbo, como había estado considerando hasta hacía muy poco. Ese momento había llegado años atrás, cuando intentamos acabar con mi padre y yo conseguí contactar con Riley mediante unas claves codificadas que ambos habíamos creado para comunicarnos desde cualquier aparato. Allí intenté salvar a mi hermano y a mi madre de las garras de mi padre, que terminó creyéndose la patraña de hija arrepentida y deseosa de su cariño. Algún golpe me costó, pero terminé de convencer al gran Anker Megalos disparando a Tiziano cuando apareció en la fortaleza, como si yo le importase de verdad. Y, pensándolo bien, allí me encontraba: casada con él.

Sonreí con añoranza por aquellos momentos que en su día me aterraron y que ahora anhelaba. Esos momentos en los que Tiziano y

yo nos encontrábamos a solas y lo rehuía de cualquier manera. Esa manera en la que Dom había desaparecido sin dirigirle la palabra a la persona con la que llevaba compartiendo su vida tres años. Todas las relaciones tenían su qué, y muchas de ellas eran sencillas. Otras, más complicadas —podía verse mi vida—, pero no imposibles. Lo de Claudio y Dom no era imposible, aunque sí difícil, dadas las circunstancias.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó, sacándome de mis reflexiones, que únicamente me llevaban a hacer de celestina entre los dos.

—En que Dom se ha marchado a por su hija y ni siquiera habéis cruzado una palabra. —Lo miré sin temor—. ¿No te arrepientes de no haberlo intentado?

—Él ha salido corriendo. —Recalcó mucho ese «él».

—No me he dado cuenta de en qué momento lo has detenido. —Se irguió lo justo; a mi parecer, ofendido—. Pero sí he visto que te montabas en un coche y después llegabas borracho como una cuba.

—¿Acaso tenía que rebajarme yo? —Se señaló.

—Ni tú ni él.

Sus labios se convirtieron en una fina línea inquebrantable, por lo que agarré una botella de agua y le di un trago, esperando a que continuase. Podía notar cómo lo tenía en la punta de la lengua.

—¿Te ha pedido que lo ayudes a solucionar esto, o está dándome esa sensación?

Sonreí y me giré de cara a él, apoyando un brazo en la barra con chulería. Esa no era yo, desde luego.

—¿Necesitas ayuda, Claudio?

—No —sentenció mordaz.

—¿Y crees que Dom la necesita? —cuestioné.

—A la vista está que sí, porque, si no, no estarías preguntándome.

—Te pregunto porque me importas. A Dom no lo conozco.

No lo conocía, pero se había jugado más que el pellejo por ayudarme a salir de allí. No era tonta y sabía que un favor se pagaba con otro. Además, él lo había dejado bastante claro al pedirme ayuda con Claudio. Sin embargo, seguía pensando que Dom se lo había jugado todo sin saber si había esperanzas o no para recuperar lo que ya de por sí había perdido.

—Ya has podido conocerlo de sobra y has visto cómo se las gasta. —Movió un hombro con un rugido.

—Dom está dolido porque no le has contado la verdad de su familia después de tanto tiempo. Y tú estás dolido porque te ha disparado. —Extendí el silencio unos segundos, sin dejar de mirarlo—. Es

comprensible, pero alguien tiene que dar su brazo a torcer.

—Yo no soy nadie para contarle lo que ha ocurrido en su familia.

Alcé la barbilla y lo contemplé con una triste sonrisa, pues el orgullo prevalecía ante todas las palabras que Claudio intentaba rebatirme.

—Pero sí has sido alguien para contarle lo que ocurría en la tuya.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, soltando un bufido y llevándose el resto del café que le quedaba a la garganta. Me lanzó un breve vistazo antes de darse la vuelta con malos genios y no contestarme. Lo busqué con los ojos, y me di cuenta de que el resto había estado prestando más atención de la que debían a nuestra conversación. Tiziano sonrió de medio lado y yo me sobresalté cuando escuché un golpe a mi lado.

—¡Me toca! —Dio un porrazo en la barra de madera—. ¿Qué ha hecho mi piccola sin mí todos estos días?

Sonreí por el entusiasmo de Romeo, aunque mi atención se quedó clavada en el hombre que salía a grandes zancadas de la sala.

14

Un payaso

No había estado nunca en la bonita ciudad de Málaga, y pensar que el recuerdo que me llevaría de allí no sería agradable me revolvió un poco las entrañas, aunque entendí el motivo de pisar suelo andaluz y estar dirigiéndome en un coche con Tiziano como único acompañante por aquellas calles que llevaban directas al pueblo de Mijas, tal y como había anotado Romeo en un papel.

—¿Estás preparada?

Solté el aire que contenía y dejé de mirar por la ventanilla del coche para enfocar al hombre que conducía serio y firme, más imperturbable que Carlo en algunas ocasiones.

—Me tenías asustada con tanto silencio —le respondí con serenidad. Él desvió la atención de la carretera un instante—. ¿Preparada para qué, exactamente?

De fondo, y para no variar, Tiziano había puesto una pieza clásica que te helaba la sangre o te la calmaba, dependiendo del estado de ánimo que tuvieses en ese momento. 3 Gymnopédies salía de los altavoces con lentitud, haciéndose fuerte en determinados momentos de la canción, encrespándome la piel.

—Para tu nueva familia.

Lo observé con detenimiento. ¿Preparada? Ojalá hubiese podido decir que estaba preparada para la vida de sangre que me esperaba con Tiziano, todo lo contrario por lo que siempre había luchado. Por no ser como mi familia, por ayudar a los demás, por sanar. Y ahora iba a ser testigo de cómo se actuaba ante los problemas con una mafia de verdad. Con una de las que asustaba.

No supe qué contestar, pero sí tenía claro que el silencio tampoco era mi fiel amigo en aquel momento, en el que pude apreciar que

Tiziano apretaba los nudillos contra el volante. Extendí una mano y la coloqué sobre la suya, tocándola con suavidad. Ese gesto provocó otra mirada por su parte, más preocupada que de costumbre. Sonreí con timidez y murmuré:

—No me pidas que mate a nadie.

Agachó el rostro y besó el dorso de mi mano con media sonrisa.

—Con que sobrevivas, me vale.

Di gracias a su cabeza por retener el comentario que, por norma general, habría salido de él. Eso me indicaba que estaba enfadado de más, aunque intentase camuflarlo con ahínco.

Ni siquiera había visto a los tres Sabello que me faltaban cuando llegamos al aeropuerto, porque ya estaban con el coche arrancado, esperándonos. Riley se había marchado con Enzo, Alessandro y Dante, mientras que Claudio aguardó a que Carlo metiese a mi madre en un coche que no iría con nosotros, sino que se quedaría en un hotel de Málaga, junto con algunos de los hombres de Camilo. No hice la pregunta estelar y supe que ella tampoco al no verme, porque sería una tontería. El hecho de que Tiziano me hubiese pedido que me montase con él en el coche significaba para mí mucho más que haberme resguardado en un hotel. Entendí la posición de Carlo y el no querer involucrarla, porque ella no pertenecía a la Nostra Famigghia.

Yo sí.

En otro vehículo iba Romeo, Valentino, Claudio y Carlo, junto con Camilo. Una enorme carretera se abrió paso en la oscuridad, iluminada únicamente por algunas farolas salteadas que alumbraban las enormes villas que había sobre la colina de Mijas. Lo poco que había podido ver del pueblo, sin duda, me habría encantado a la luz del día, aunque, a mi pesar, el regusto de regresar allí podría ser más que amargo.

Cuando el coche se detuvo, sentí que el corazón me galopaba con mucha fuerza y tomé una extensa bocanada de aire antes de desmontar. Había un enorme claro con un impresionante jardín en el que se repartían pequeños focos apostados a los laterales, con el fin de alumbrar toda la vivienda.

Tiziano llevó su mano a la guantera del coche y la abrió. Allí había algo envuelto en una tela negra. Lo seguí de reojo hasta que descubrió el bulto, enseñándome una pistola. La garganta se me oprimió, y conté más de cinco para mirarlo a los ojos, escuchando de fondo Adagio in G Minor.

Me la tendió y el pulso se me disparó.

—Quítale el seguro. —Me miró con seriedad.

La tomé entre mis manos, tratando de no dudar y mucho menos

temblar, aunque lo mío me costó, porque sí sentí un breve resquemor cuando el acero me rozó la piel. Quité el seguro que tantas veces había visto y la cargué delante de sus narices. Asintió complacido. Levantó el trasero del asiento y elevó la navaja con la que tanto dolor me había provocado. Se la llevó a los labios y la besó, para ofrecérmela después.

—Guárdala cerca. —La elevó en el aire antes de que la cogiese—. Tengo todos los cortes grabados aquí. —Se tocó una sien—. Uno más, y te juro por mi vida que irás con una pata de palo.

Accioné el seguro de la pistola para evitarnos un disgusto indeseado con los nervios y asentí, registrando con seriedad la amenaza de si volvía a autolesionarme; que, aunque no era el caso, nunca se sabía. Porque aquello había terminado convirtiéndose en una droga para mí, un tanto difícil de dejar y mucho más de olvidar.

Movió la barbilla, y antes de que me soltase su particular «¿Estamos?», me adelanté:

—Estamos.

Sonrió con perversión y tiró de mi nuca sin que yo lo esperara para chocar sus labios con los míos.

—No te separes de Romeo.

Tragué saliva y fui a abrir la puerta. Cuando llegaba a la maneta, alguien la abrió por mí y el nombrado alzó ambas cejas con socarronería. Desmonté bajo el escrudiño de su hermano, que se cachondeó:

—No sabes cómo pegarte a mí.

—¡Oh, cállate, Romeo! —Le di un empujón breve para que se apartase y él rio.

Adelanté el paso hasta colocarme al lado de Tiziano, como si fuese su sombra. Carlo me contempló por encima de sus pestañas y después desvió los ojos a su jefe. ¿Podían entenderse mirándose? Podían. Y yo no sabía cómo, pero había captado la indirecta de Carlo, imaginé que preguntándole si no habría sido mejor dejarme en el hotel con mi madre, a lo que mi marido respondió un rotundo «No», moviendo la cabeza en señal negativa.

—Riley, ¿puedes desconectar la luz y la alarma? —le preguntó Tiziano.

—En la casa hay cuatro personas con él. En la cama, me refiero —añadió Enzo.

Vi que tenía el ordenador abierto, en el cual se visualizaban unos cuerpos en rojo. Supuse que serían las personas con vida que había dentro.

—Un fiera —se guaseó Tiziano, viendo cómo Riley desconectaba lo

que le había pedido.

—Listo. Me debes unas deportivas.

El italiano chasqueó la lengua y rio, dándole una palmada en el hombro a Riley, quien, por lo que vi, también vendría con nosotros hasta el final. Lo miré de reojo, pegada a Romeo, que se había colocado delante de mí como un portero de discoteca, mientras la sonrisa demente de Camilo asomaba por mi flanco derecho.

—Un gusto estar con ustedes de nuevo. Aunque habría preferido que no fuese aquí, Adara.

—Me das miedo —constató Riley en voz alta, y yo lo miré con los ojos como platos.

Camilo rio por lo bajo, aunque mientras mantenían una conversación entre ellos y a susurros, yo me fijaba en el grupo de hombres que iban delante de mí, sin ningún miedo, con sus armas en la mano y una seguridad en sí mismos que asustaba.

La oscuridad de la noche lo volvió todo más tenebroso de lo que parecía y noté que los nervios me atizaban al pensar que Tiziano pretendiese que fuese con él a todos sus problemillas. Imaginé que este le había salido de improviso, y que por norma general no sería así, aunque también comprendí que todo eso venía de la mano de nuestra conversación en La Acrópolis, por si me quedaba alguna duda.

Ahora, mi cuestión era: después de aquella noche, si no quería quedarme con él, ¿permitiría que me marchase tan campante?

Lo dudaba, sinceramente.

Un enorme perro apareció de la nada, ladrando y gruñendo feroz en nuestra dirección. Pude verle los colmillos en la distancia, y supe con seguridad que ya habría fijado a su presa, que en ese caso era Alessandro, pues se encontraba más cerca de su foco de atención. Moví el pie hacia la izquierda por el susto, cayendo casi encima de Riley, que sostenía todavía el ordenador en la mano. Le pedí disculpas en silencio en el momento en el que el pequeño de los Sabello elevaba su pistola con silenciador y disparaba sin miramientos hacia el animal.

Algo se encogió en mi pecho y apreté los dientes, sabiendo que estaba sometida a una inspección por todos los que iban conmigo. Los ojos de Valentino se cruzaron con los míos, y recé para que no se me cayese una lágrima, o me machacaría allí mismo.

Continuamos con paso firme hasta que dos hombres salieron de los laterales de la vivienda, los mismos que fueron abatidos en un abrir y cerrar de ojos por Romeo y Valentino. Ni siquiera tuvieron tiempo de respirar antes de desangrarse en el perfecto césped.

—Nos quedan tres. Están en la parte trasera —nos informó Enzo.

—Dante y Camilo.

La voz de Tiziano los hizo moverse con rapidez, y bastó para que ambos se abriesen paso como una mariposa desplegando sus alas, cada uno por un bando de la casa. Miré al frente cuando noté que uno se me perdía, y encontré a Claudio subiendo por las escaleras de la fachada, en dirección a una especie de porche larguísimo que había en la planta superior. Se llevó la escopeta a la espalda y le hizo un gesto a Alessandro, que lo siguió en silencio, pistola en mano.

—¿Qué hacemos con las mujeres? —le preguntó Carlo.

Tiziano continuó con su paso. De repente, se topó con la entrada de la mansión. Riley presionó unos códigos en el ordenador mientras él mantenía la mano puesta sobre el pomo, y la puerta se accionó con un clic suave que indicó que estaba abierta. Mi italiano la empujó, mirando a Carlo.

—Sedarlas a las cuatro. Si alguna nos ve, correrá la misma suerte que su anfitrión.

Pensé que su tono me helaría la sangre, pero me sorprendió darme cuenta de que no había sido así, tal vez porque ya conocía la parte más oscura de Tiziano, y esa había sido provocada por mí.

Se internó en la casa con largas zancadas y subió las escaleras que iban —supuse— en dirección al dormitorio de Eduardo Cantón. Ni siquiera me permití admirar la ostentosa casa, pero sí que desvié los ojos momentáneamente a Riley, que estaba tranquilo y normal, como si asaltar la mansión de un político fuese lo más común del mundo. Claro que después pensé que él ya estaba acostumbrado a ese tipo de trabajos con mi hermano y me sentí fuera de lugar por un instante.

Tiziano avanzó sin ningún miedo hacia el tipo que dormía a pata suelta entre cuatro cuerpos desnudos que se entremezclaban con el suyo. Valentino, Camilo, Romeo y Carlo se encargaron de tapar las bocas de las chicas justo en el segundo que tardó Tiziano en meterle la pistola en la boca abierta a Eduardo.

El hombre abrió los ojos con desmesura e intentó decir una palabra que Tiziano no le permitió.

—Cinco hombres de vigilancia en esta pedazo de mansión. ¿Qué mierda de político eres tú?

—Mmm... Mmmm —se quejó.

—Sí, ya sé que no puedes hablar. Espera.

Mi italiano separó la pistola de su boca. Seguidamente, le quitó el seguro y disparó en el muslo derecho de Eduardo. El alarido de dolor fue inmenso, y la sangre comenzó a salir a borbotones de la pierna del individuo, que se dobló por la aflicción.

—¡¿Qué haces tú aquí?! ¡Creí haberte dejado claro que...!

Un puñetazo en el ojo por parte de Tiziano bastó para que Eduardo

cerrase la boca de inmediato, entre quejidos por el impacto. Comprendí que Eduardo no había identificado que Tiziano y Dante eran iguales hasta que aparecieron el resto de los hermanos, con las armas en alto y caras de pocos amigos. La mirada de Eduardo pasó con rapidez a Dante, que se encontraba al lado de Camilo, quien cubría la boca de una... una mujer. La bombilla en mi cabeza se encendió mientras Camilo la soltaba, inconsciente.

Di un paso atrás.

—Al César lo que es del César —añadió Tiziano con arrogancia—. ¿Dónde está el dinero que falta?

—¡A ti voy a decírtelo! —rugió Eduardo, sin atreverse a levantarse.

¡Pum! Otro impacto de bala fue a parar a su pie, instante en el que Romeo encendió una linterna y la colocó de tal modo que podía verle la cara a la perfección. El tipo apretó los dientes y contuve el aire al desviar mis ojos hacia la mujer que se encontraba a sus pies, alejada y sedada.

Otro paso más.

—La caja fueeerteeee —canturreó Tiziano, dando un bandazo al aire con un cuchillo de caza y provocándole un corte en el hombro.

Eduardo se quejó, y Tiziano lo cogió de los hombros y lo levantó. Con dificultad, el español se apoyó en uno de los laterales de la cama, desnudo y con los dientes apretados, aunque pude ver claramente en su mirada que estaba a punto de echarse a llorar.

—Mira, pedazo de mierda seca, no sé con quién te piensas que estás tratando, pero yo no soy un niño al que puedes hacerle la pirula, y me has costado dos viajes.

Eduardo rio a mandíbula batiente y Tiziano alzó tanto una ceja que casi le llegó al techo.

—Italiano... —Pareció mofarse de él.

—Y siciliano —apuntó con tono neutro, y lo señaló—. ¿Se está riendo de mí? —Esa pregunta fue dirigida al resto de los allí presentes, que asintieron con desgana.

Romeo apareció por detrás de él, y le dio tal palo en la espalda con un bate de beisbol que Eduardo cayó de rodillas, se dobló por la mitad y comenzó a toser.

—¡La caja! —rugió Valentino sin paciencia.

—Ahora vas a reírte de tu puta madre —escupió Romeo, cogiéndole la cabeza y alzándosela hacia arriba.

Nuestras miradas se cruzaron, y ahí fue cuando mi bombilla terminó de encenderse por completo. Enzo se colocó a mi lado y tocó mi hombro con cautela. Lo miré, sin poder creerme que...

—¿Te ocurre algo? Estás pálida.

Tuve un segundo de reacción, pero la escena me pareció de lo más grotesca antes de poder despegar mis labios. Romeo había sacado un cuchillo de enormes dimensiones. Se lo metió desde atrás en la boca a Eduardo y tiró sin compasión hacia su oreja izquierda, ocasionándole un corte que le llegó casi hasta al final de la mandíbula. La sangre salió en grandes cantidades, seguida de un quejido lastimero por parte de Eduardo.

—Esa mujer estaba conmigo cuando nos secuestraron en Cali —musité.

La estancia fue inundada por el dolor de Eduardo, pero Tiziano tenía el oído muy fino; Tiziano y todos los que estábamos allí, incluido Riley, que reprimió por segunda vez una arcada que le vino al escucharme. Elevé la vista hasta toparme con el hombre, que seguía de rodillas y sujeto de la cabeza por Romeo, e indicando con una mano un cuadro que había a la derecha.

Valentino se encaminó hacia allí y le exigió, después de tirar el cuadro con malas maneras al suelo:

—¡La clave!

Entre murmullos de desconsuelo, Eduardo se la dio y el clic al abrirse sonó, mostrándonos una cantidad de dinero desmesurada en el interior.

—¿Qué has dicho? —me preguntó Tiziano, desviando su atención.

Lo miré a los ojos. Los tenía tan negros como la gran noche que cubría la calle. Se giró para verme la cara bien y puse mi atención en él. Señalé a la mujer antes de decir:

—Esa mujer estuvo en Cali conmigo.

Mi italiano entrecerró los ojos, se llevó la mano derecha al puente de la nariz y resopló. Desde la distancia podía ver cómo funcionaba su cabeza a mil por hora, encajando unas piezas que no entendí desde el primer momento. Sin embargo, solo necesité dos segundos para darme cuenta de que todo encajaba de alguna manera, y ese era el punto clave que Tiziano estaba buscando en su mente.

El punto clave que había sido Adara y el robo de la droga.

Tiziano se volvió muy despacio, tanto que daba miedo. Miró a Eduardo, y acercó su rostro de tal manera que la cruz de oro que pendía de su cuello salió de su camisa y se balanceó entre los dos. Le sujetó el cabello con fiereza y tiró de él hacia atrás.

—¿La conoces?

Claramente estaba refiriéndose a mí. Eduardo sonrió, pero tuvo que dejar de hacerlo cuando la raja de la boca comenzó a sangrarle con más intensidad. Las entrañas se me retorcieron y recordé que la subasta, en gran parte, estaba dirigida a altos cargos españoles que

habían viajado al país a por la mercancía.

—Estabas detrás del hombre que pujó por mí... —murmuré, recordando cómo Eduardo tendió la banderilla por su lateral; hasta ahora, un detalle irrelevante para mí.

—¿Tú le dijiste al gordo seboso que pujara por ella? —escupió Tiziano con desdén.

Eduardo volvió a ensanchar los labios, pero los cerró en cuanto los aniquiladores ojos de Tiziano se entrecerraron, vaticinando un destino terrible.

—Luciano lo tenía todo muy bien organizado —le dijo con pesar debido al dolor de la herida—. Si yo ayudaba a Santiago, el cargamento terminaría llegando a mis manos por una cantidad inferior a la que tú me habías pedido. Y esa zorrita te importaba más de lo que habrías admitido nunca —añadió con lascivia.

—El cargamento estaba previsto para los japoneses —sentenció Valentino, sin dejar de sacar el dinero de la caja fuerte.

Tiziano se quedó callado unos segundos, pensé que asimilando lo que le había dicho y que me hubiese insultado.

—Y los japoneses lo enviarían a España porque tenían un comprador importante —añadió Tiziano, sin que nadie le dijese nada —. Por eso le has dado tan poca importancia desde el principio. Porque sabías que llegaría a ti de cualquier manera.

Tiziano rio como un desquiciado. Al principio lo hizo con suavidad, hasta que la intensidad de su risa fue tomando un tono grave y para nada amigable. Se pasó la mano por la frente y tardó medio segundo en arremeter como un enajenado contra su rostro. La piedad no era uno de los fuertes de Tiziano. Ya lo había comprobado en más de una ocasión.

—¡Maldito bastardo! —Lo insultó entre dientes, soltando un bufido que me heló la sangre. Eduardo elevó la comisura de su labio, por lo menos la que se veía, y esa fue la puntilla que faltó para rematar la noche—. Vas a reírte de tu puta madre, cabrón.

Metió la mano en su bolsillo y sacó otra navaja gigantesca.

—La has cagado, españolito —murmuró Dante, con media sonrisa y socarronería.

—¡Abre la puta boca, zorrita! —le gritó Tiziano, haciendo alusión al insulto que me había lanzado.

—Ya te has llevado el dinero y...

—¡¡Que abras la puta boca!! —le voceó como un histérico, interrumpiendo a Eduardo.

—Nos hemos llevado de más —apuntó Enzo, cerrando la bolsa del dinero que había a los pies de Valentino.

Tiziano introdujo la navaja en la boca del español y le presionó la lengua, supe que clavándole la punta por el chillido que salió de su garganta. Sin preámbulos, llegó al filo del lado sano, y lo alargó de tal manera que la carne se dividió en dos.

—Mira, pareces un payaso. ¿Puedes reírte ahora? —Tiziano ensanchó los labios, enseñándole todos los dientes—. Te queda hasta bien.

Eduardo dejó caer la cabeza hacia delante, supe que al borde del agotamiento por la pérdida de sangre, pues las heridas eran múltiples y la hemorragia demasiado grande. Tiziano sacó un pañuelo blanco del bolsillo de su pantalón y limpió la navaja con sumo cuidado, sin quitarle los ojos de encima. Al terminar, la guardó en el bolsillo con la prenda sucia y volvió a poner la mano sobre la cabeza del hombre, quien indudablemente moriría esa noche.

—¿Alguna cosita más que tengas que contarme? —le preguntó Tiziano con retintín. Eduardo negó con la cabeza—. Muy bien. Pues con tus muertos, Cantón. Con tus muertos.

Mi italiano se dio la vuelta, soltándolo de sopetón, y elevó un dedo en el aire, indicando que podíamos marcharnos. Enzo recogió la luz que había servido para darle visión a la sala entera justo en el instante en el que Tiziano sujetaba mi antebrazo con tacto, con el rostro muy serio. Llevaba la mandíbula apretada y los ojos todavía le chispeaban.

Me dio tiempo de sobra para ver cómo Romeo se colocaba delante de él, sacaba su pistola y sin miramientos le disparaba en la frente, dándole de lleno entre ceja y ceja. Eduardo cayó laxo, de espalda y sin ningún aliciente de vida. Al otro lado de la sala, escuché cómo Riley echaba hasta la primera papilla en una bolsa que alguien le había entregado, acompañado de Camilo, que salía de la estancia sin hacer ningún comentario.

Antes de salir, Tiziano me detuvo:

—¿Quieres que nos la llevemos?

Elevé la barbilla con seriedad, recordando las palabras que ella misma me había dicho mientras yo trataba por todos los medios de proteger a Juana, María y Santa, agarradas a mis piernas justo antes de tener que vestirnos para salir al escenario. Mis ojos se fueron a la mujer, tumbada al lado del cuerpo sin vida de Eduardo. Los dejé tan fijos que pensé que perdería la noción del tiempo sin dejar de observarla. No me di cuenta de que repetía sus mismas palabras de desafecto, tan grabadas a fuego en mi alma que jamás las olvidaría:

—Esta noche van a violarlas como a las demás. Da igual que sean unas niñas. Si no acatan las órdenes de esa pendeja, las matarán antes. Tú verás. —Tiziano me observó sin saber qué decir, supuse que

dejándolo fuera de juego—. ¿Podemos irnos a casa?

Asintió, todavía estupefacto por mi contestación. Me solté de él con suavidad y salí a la fría noche. Miré el cielo y me pregunté en quién me había convertido. En quién estaba convirtiéndome. Sin embargo, también fui consciente de que el sentimiento de rabia y desagrado fue el primero que acudió a mí en cuanto la vi. «¿Cómo podía tener una persona un plan tan sumamente hilado?», pensé, refiriéndome a Luciano y a la gran cantidad de información que había tenido que recabar para destruir a Tiziano. De nuevo, me sorprendí por la importancia que yo había tenido para él, sin saberlo.

El tropel de personas que estábamos allí nos detuvimos cuando el gran jefe lo hizo, muy cerca de mí. Me lanzó un breve vistazo y desvió los ojos hacia los demás.

—¿Se puede saber por qué pollas nadie sabía que este mongolo tenía negocios con el otro mongolo?

—Se ha quedado sin insultos después del de «zorrita» —objetó Enzo.

Mal. Mal momento para bromas, porque Tiziano se acercó a su hermano de una zancada y casi rozó su frente con la del otro. Enzo alzó las manos en el aire y dijo de carrerilla:

—¡Me pido el comodín de la llamada! ¡Ha sido sin querer!

Dante contuvo la risa, igual que Romeo. Camilo se encendió un cigarro para disimular que estaba a punto de explotar. Alessandro puso los ojos en blanco, Claudio apretó la mandíbula por su enfado de esos días y Valentino soltó un gruñido, muy en su tónica. Carlo estaba imperturbable, para no variar. Busqué a mi amigo en los alrededores y me lo encontré regresando más pálido que Eduardo. Si no había echado los higadillos, era de milagro.

Tiziano dio dos zancadas y elevó el dedo en el aire, de esa manera tan particular que tenía para ordenar las cosas, anunciándoles a todos que nos marchábamos. Yo recé para que llegásemos a Roma de una vez, porque el viaje de país en país estaba acabando con mi paciencia.

Me monté en el coche en silencio y desvié la mirada hacia la mansión a oscuras. Suspiré al saberme tan entera después de mi primera vivencia con ellos, y supe a ciencia cierta que Tiziano lo había hecho por un motivo, que era mostrarme esa realidad tan dura que no podía camuflar de ninguna manera.

Arrancó y llevó las manos al volante, pero antes de meter la marcha se giró en el asiento y me miró. Me miró tanto que comenzó a asustarme, por lo que me giré lo suficiente para encararlo. Nuestros rostros quedaron muy cerca, y amusgó los ojos al ver que lo desafiaba en esa batalla de miradas.

No advertí que su mano se elevaba hasta cogerme de la nuca. Me impulsó hacia delante y me besó con fervor y un ansia desmedida.

—Te amo con toda mi puta alma. —Lo dijo con mucha determinación y seriedad.

—¿Siempre tienes que decir tantas palabrotas? —le pregunté con una risilla tonta.

—Me encanta decir palabrotas —aseguró socarrón.

Lo miré a los ojos y le toqué la mejilla, aunque lo que más me apetecía era quitarle el coletero y soltar aquel amasijo de cabellos. Pareció leerme la mente, porque él mismo se llevó la mano a la parte superior de la cabeza y tiró de él. Me tendió el objeto, entregándomelo.

—Ni me he despeinado —apuntó con chulería.

Prensé los labios en una sonrisa y lo besé de manera casta. Sobre su boca, murmuré agonizante:

—¿Cuándo nos vamos a casa?

—Mañana estarás en casa, bambina. Te lo prometo.

15

Mis objetos más preciados

Tiziano Sabello

Habíamos llegado a Roma hacía dos días. Dos inagotables días en los que casi no habíamos pisado el exterior de nuestro dormitorio, excepto para ir al baño y fumarme cuatro cigarros contados. Decir que tenía un desfase horario de la hostia era quedarse corto. El cansancio apareció de sopetón en cuanto puse un pie en Italia y, para no variar, en cuanto toqué el colchón de mi añorada cama. Cama que llevaba días abandonada y necesitada de dos cuerpos que se buscasen con desesperación, diese igual la hora que fuese.

Se lo concedimos, evidentemente.

No había permitido que Adara se escapase de mi lado y que ni siquiera entrase una sola visita en el palacete. Lo primero que les dije a mis hermanos cuando llegamos fue que podían irse todos a tomar por culo y marcharse de vacaciones hasta que los llamase. A mi suegra no le sentó tan bien eso de no poder ver a su hija durante unos días, y más estando a tan pocos metros de distancia, porque nos separaba un caminito de tierra que mi bambina todavía no había visto y que le enseñaría esa mañana.

Debo decir que la sorpresa fue incontrolable para ella cuando la adentré en el vestidor de nuestro dormitorio y le enseñé la fila india de Converse de todos los colores que había encargado semanas atrás. Pensaba dársela esa misma semana, pero nos interrumpió el largo viaje por el mundo. Véase la ironía.

No había escuchado a una persona gritar de emoción con tan poca cosa en la vida. No quería imaginarme qué sería de ella si algún día me atrevía a regalarle un diamante. «Que te lo tirará a la cabeza», me aseguró mi ángel, respondiendo a la pregunta no formulada.

La estreché de la cintura por detrás, plantados en la puerta de la

habitación que tenía en el despacho; la secreta y esa misma que ella se atrevió a descubrir. Le había entregado la llave de la biblioteca, y ya no era necesario decir que sabía de sobra dónde tenía mi mausoleo particular.

Se encontraba parada en la entrada, sin atreverse a dar un paso, con los ojos fijos en los paneles de punta a punta de la estancia, interrumpidos únicamente por la jaula y la vitrina del final, donde guardaba mis objetos más preciados.

—¿Has usado todos estos cuchillos? —me preguntó, sin desviar la mirada del frente.

Le mordí uno de sus hombros descubiertos. Giró su rostro, rozándome con la cabellera platina recogida en una larga cola.

—Casi —añadí con una sonrisilla—. Me quedan algunos impecables.

Apretó los labios en una mueca de conformidad y adelantó un paso, separándose de mí. El frío me envolvió y me dieron ganas de arrastrarla a la cama y no salir de allí en un par de días más, como si no tuviésemos nada que hacer y como si yo no tuviese que levantar el país. Me reí mentalmente por haber pensado eso.

Alzó la mano cuando llegó al frente de los paneles y delineó con uno de sus dedos alguna de las empuñaduras. Había armas de todo tipo, y esos paneles eran sagrados para mí.

—Algunos aterra mirarlos —musitó.

—No si sabes usarlos bien —le aseguré, sacando el que tocaba en ese momento. Arrugué el entrecejo y recordé—: ¿Y mi navaja?

Rio con histeria y negó con la cabeza. Yo seguí manteniendo el cuchillo de combate en la mano, sin dejar de mirarla.

—Está en la mesita de noche. —Dio otro paso más y avanzó hacia la vitrina—. En tu mesita de noche —recalcó—. La guardé allí cuando llegamos.

Detuvo su paso y admiré su belleza desde un lateral, desde el que podía verle perfectamente cómo brillaba su ojo derecho al admirar la vitrina en la que guardaba objetos que había conseguido de ella. De su estancia en Gualey.

Jugueteé con el cuchillo entre las manos y me atreví a preguntarle:

—¿Lo echas de menos?

—Mucho.

Me miró de sopetón y ahí estaba: esa mirada brillante, la Adara que yo conocía, la que tenía un corazón infinito que no le cabía en el pecho.

—¿Y no quieres volver? —me aventuré, aun a sabiendas de que la respuesta podría no gustarme.

Sonrió de medio lado y llevó una mano al cristal.

—Me encantaría volver —bisbiseó, atenta al vidrio. Elevó el mentón y me enfocó—. Pero tendrías que venirte conmigo, porque la opción de dejarte aquí no es viable.

Contuve una sonrisa idiota y la dejé investigar las fotografías, los dibujos y lo que había dentro de la vitrina una vez que se la abrí. Allí había una cantidad de dinero desorbitada. Entre ellas, estaba la fotografía que prendí en un arranque de ira y que traté de apagar por todos los medios, pero el resultado fue un poco desastroso. El fuego no era agua, y la rabia todavía no había aprendido a llevarla muy bien.

—¿Por qué nunca me dijiste nada? —me preguntó a media voz. Supe a qué se refería—. ¿Por qué nunca me dijiste que te importaba tanto?

La contemplé durante unos instantes en los que ella también me miró. Ya no había timidez ni miedo en sus ojos, pero sí un amor tan grande que temí romperlo más de lo que ya lo había hecho. Para quitarle tensión al momento, puse morritos y me llevé las manos a la espalda, al estilo viejo. Comencé a caminar a su encuentro y la rodeé en cuanto llegué, poniéndola nerviosa. Alzó una ceja, claramente esperando una respuesta.

—Yo sabía que tú no eras para mí y que yo no era para ti. ¿Te vale?

—¿Y ahora cómo lo sabes? —Nos señaló, sin llegar a entenderme. Bah, ni yo lo hacía.

Moví los hombros con desinterés, acercándome un poquito más.

—No tengo ni puta idea.

Sus labios se curvaron con timidez y una pequeña carcajada salió de su garganta. Mis ojos brillaron y tuve que contenerme, pero la lengua se me fue:

—Tengo unas ganas de comerte la boca...

Rio con más fuerza, dejó las fotos y se separó un poco de mí, cerrando los labios para no reírse más cuando le enseñé los dientes de manera ridícula y di una zancada. Todos los recuerdos que guardaba de Gualey me golpearon con fiereza. Sin duda, aquella vez frente a la hoguera fue uno de los mejores momentos de mi vida, porque allí me di cuenta de que había abierto mi corazón de par en par.

—Eres un guarro —añadió, colocando una mano en mi pecho para que dejase de avanzar.

Descrucé las mías y las llevé de manera ruda a la suya, la aparté y con la que tenía libre tiré de ella hasta pegarla a mi pecho. Sonrió y descendí mi boca ronroneando como un gato hasta su cuello.

—Este guarro va a llevarte a Gualey y al fin del mundo si se lo pides.

Le lamí el cuello y se estremeció. Escuché un breve gemido que me aceleró las pulsaciones y sonreí en su cuello cuando me dijo:

—Quién te ha visto y quién te ve. Te recuerdo que querías sacarme las tripas cuando me viste la primera vez.

—Me llamaste «italiano de mierda» —musité, subiendo hasta sus labios.

—Y mira dónde ha terminado el italiano siciliano.

Me besó de manera casta y sonrió de nuevo. ¿Tanta belleza junta estaba permitida? «Cursi». Ese fue mi demonio. «Que te jodan». Ese mi ángel, y tuve que reprimir una carcajada de asombro. Asentí por la rectificación de nacionalidad y me enorgullecí al escucharla.

—El italiano siciliano va a darte tal lametón en el coño que vas a gritar como una salvaje.

—¡Tiziano! —gritó de improviso cuando llevé las manos a la parte trasera de sus rodillas y la levanté en peso, para depositarla después sobre la mesa que tenía justo delante de mi mapamundi, donde organizaba las estrategias.

Golpeé con la mano el botón que había en el lateral y la puerta de acceso a la sala se cerró con un brusco sonido, dejándonos solos. Colé las manos por el filo de su vestido y lo levanté hasta arremolinarlo en su cintura, permitiéndome el espacio necesario para llegar a la zona que deseaba y que me moría por lamer.

Las manos de mi bambina llegaron a mi coletero y tiró de él, quedándoselo entre los dedos. Alcé el mentón con una sonrisa traviesa y la miré con adoración y perversión mientras la mano que tenía libre se entretenía en desplazarle las braguitas a un lado. Delineé con mi dedo la rajita chorreante y casi perdí los nervios al notar tanta humedad.

—Acción-reacción. Así llamo yo a esto.

Busqué su atención de nuevo, advirtiendo que sus pupilas ya estaban dilatadas y el deseo formaba parte de cada resquicio de su rostro. Lo deslicé con lascivia hacia abajo, arrastrando el líquido que manaba de su coño, reaccionando a cada caricia que le otorgaba.

Entreabrió los labios y tragó saliva con fuerza cuando agaché la cabeza y me enterré en medio de sus piernas, desquiciado por llegar al botón que la haría enloquecer. Saqué la punta de mi lengua y delineé la cara interna de sus muslos, entreteniéndome en uno y después en otro, a la espera de una súplica que llegó en modo de susurro:

—Tiziano...

—Mmm... —Gruñí sin despegarme—. ¿Ocurre algo?

Noté la tensión en sus piernas, que se encontraban flexionadas en la mesa, mientras que con sus talones anclados en el borde sostenía su

peso. Soplé con conocimiento de causa en medio de su abertura, reprimiendo con más ahínco las ganas de enterrar mi boca. Sin embargo, mi bambina había aprendido a base de bien, y no tardé en ver que su sexo se movía hasta colocarlo muy cerca de mis labios.

—¿Estás poniéndomelo en bandeja? —le pregunté socarrón, introduciéndole dos dedos con frenesí.

Jadeó y alcé la cabeza para mirarla. Sus ojos se entrecerraron de placer debido a la intrusión. Sentí cómo su cadera pujaba con más intensidad, pero al ver que no hacía nada, fue ella la que se incorporó un poco, me sujetó la cabeza por detrás y presionó mi rostro contra su exquisito manjar. Sonreí, porque había creado a una demonia peor que yo.

Saqué la punta de la lengua, haciendo pequeños círculos y succionando con agilidad su clítoris mientras mis dedos entraban y salían con ferocidad. Sentí que su espalda se arqueaba cuando se separó de mí para doblarse. Aproveché ese momento para impregnar mis dedos con una cantidad importante de su humedad y los elevé en el aire, separándome de ella lo justo. Abrió los labios y se incorporó lo suficiente para quedar muy cerca de mi cara. Llevó una de sus manos a mi muñeca y tiró de mi mano. Cuando la vi sacar la punta de su lengua y terminar comiéndose mis dedos hasta el fondo, casi me dio un puto infarto.

—He creado un monstruo —murmuré, jodidamente cachondo.

Sonrió y sacó los dedos de su boca. Se dirigió a mis labios y los devoró con ansia, colando una de sus manos en mi cabello mientras la otra se afanaba en desabrochar mi bragueta. La facilidad con la que lo consiguió me sorprendió, pero más lo hizo la manera que tuvo de colgarse de mí hasta que se ensartó en mi polla. Un gemido ronco salió de mis labios, y creí morirme cuando se impulsó con su propio peso para subir y bajar, aferrada a mi cuello y manteniendo una mano en la madera que tenía detrás.

—Bambina... Que me matas, joder —añadí agónico.

—Pues suelta la cadena de la bestia y no te mueras —jadeó, pegada a mis labios.

Otro gemido más alto perforó mis oídos justo en el instante en el que resbalaba por mi verga con fuerza para dejarse caer con la misma fiereza con la que había comenzado a hacerme perder los estribos.

Alguien llamó con brío a la puerta de la sala, pero Adara no se detuvo y negó con la cabeza de manera contundente.

—¡No quiero interrumpir ni preguntar! —Era Dante—. Pero el médico de la familia lleva cinco minutos esperando en el salón.

La miré y volvió a negar, sin dejar de moverse. En ese momento,

enterró sus dientes en mi hombro y tuve que reprimir el grito histérico que estuvo a punto de salirme, porque notaba cómo la humedad se deslizaba entre los dos, dándome a entender que acababa de correrse, como yo estaba a punto de hacerlo.

—¡Dile que se espere cinco más! —grité para que me escuchase, casi sin poder ni hablar.

—Yo llevo un minuto entero intentando que alguno de los dos me escuche. —Silencio, pero yo sabía que estaba ahí—. ¿Es que no tenéis habitación?

Noté cómo la polla se me tensaba tras la cantidad de embestidas que Adara seguía dándome pese a haber terminado, y me vi como un loco colocándola semitumbada en la mesa para arremeter con una fuerza desmedida, tan desquiciante que algunas veces me daba miedo dañarla sin pretenderlo.

—¡Dante! —rugí, viendo que Adara se tapaba la boca con la mano.

—¡Vale! ¡Ya me voy! ¡Que os aproveche!

La incorporé como pude hasta llegar a su boca, donde la besé pensando que desfallecería en sus labios, sin dejar de arremeter contra ella de manera apabullante. Me separé un segundo, con la respiración demasiado agitada, y musité:

—Esto hay que arreglarlo.

Jadeó, echó la cabeza hacia atrás y sostuvo mis mejillas con sus manos. Las contracciones de su interior me advirtieron de que volvería a correrse en menos de lo previsto y sonreí travieso.

—¿Por... por... qué?...

Tragué saliva, a punto de estallar como una jodida bomba.

—Porque somos unos putos bestias.

El choque de nuestros sexos se intensificó, siendo ese el único sonido que habitaba en la sala y que me desquiciaba el alma, porque era jodidamente perfecto. Clavé mis dedos en su costado para inmovilizarla, y me llevé de recompensa un grito y más presión en mi cuello, pues sus manos se habían desplazado allí. Un «Sigue» descontrolado de sus labios me perforó los oídos y me dejé llevar por un orgasmo que casi me partió el pecho en dos. Sujeté su culo con fuerza y embestí de manera salvaje, dando estocadas secas y descargando mi simiente hasta la última gota. La escuché de fondo gemir con gana, porque tenía todos los sentidos abotargados de oírla, de sentirla y de poseerla hasta casi morirme.

Busqué con rapidez esa bocanada de aire que me faltaba y me separé de ella, creí que hasta mareado por el momento. Sin darme cuenta, acabé en el suelo, apoyado en la pared, con los ojos cerrados y la cabeza pegada al muro.

—La Virgen... Ya estoy mayor para estas cosas.

Escuché una risa de fondo, y lo siguiente que noté fue una respiración descompasada que se colocaba sobre mí y unos brazos envolviéndome. Despegué los párpados que había mantenido cerrados y llevé una de mis manos a su cabello ensortijado y lleno de nudos, porque la coleta se había evaporado, no supe en qué momento. La apreté con más ganas. Sentí un beso caliente en mi pecho y moví el rostro para buscar sus ojos.

—Vejestorio. —Rio con guasa.

—Provocadora —busqué su labio para tirar de él—, pervertida y marrana como tú sola.

Rio con fuerza y me pellizcó el abdomen, haciéndome reír también. No supe cuántos minutos necesitamos para recuperarnos del polvo estelar de la mañana, pero lo que sí sabía era que el médico de la familia nos esperaba en el salón, seguramente con el tercer té o café.

—Señora Sabello.

El hombre se levantó en cuanto aparecimos en el salón, después de darnos una ducha y desprendernos del olor excesivo a sexo que se había quedado concentrado en la sala prohibida. Dante se encontraba al lado del médico, con una sonrisa traviesa y ganas de soltar alguna que otra. Entrecerré los ojos para que no se le ocurriera.

Tarde.

—¿Ya habéis terminado de desfogar? Se ha escuchado hasta en Catania. La mamma viene hacia aquí, asustada por tanto gemido.

Contuve la risa y Adara adelantó el paso para estrecharle la mano al hombre que comenzó a ponerse más o menos del mismo tono rojo que mi bambina. Ella asintió en su dirección y nos preguntó dónde haríamos la extracción del anticonceptivo.

Dante abrió los ojos como platos. No le había comentado nada, simplemente le había mandado un mensaje a primera hora de la mañana para decirle que lo llamase y viniese al palacete.

—¿Anticonceptivo? ¿Extracción? —preguntó ojiplático.

Adara invitó al doctor a que la siguiese, pues Cornelia había preparado una de las habitaciones para que pudiese quitárselo. Pellizqué el antebrazo de Dante, y este me siguió al mismo paso.

—¿Qué me he perdido? —Alzó ambas cejas—. ¿Ya empezamos a echarnos cargas?

—¿Por qué generalizas? —le pregunté, viendo que Adara se tumbaba en la cama y subía el brazo donde lo tenía colocado.

—¿Vais a tener niños? ¡¿Ya?! —El tono de Dante, por muy bajo que fuese, lo escucharon los dos.

Mi bambina prensó los labios cuando el médico le limpió la zona y

sacó un bisturí. ¿Adónde iba con eso? Adelanté el paso con rapidez y me coloqué a su lado, cogiéndole la mano en el aire que iba directa a su carne.

—¿Qué hace? —le pregunté con mal tono.

Adara se incorporó y apartó mi mano del brazo del médico.

—Si no me hace una pequeña incisión, no podrá sacarlo, Tiziano.

—¿Incisión? —preguntó Dante, acercándose como una mosca también.

—¿Y cómo de grande es esa incisión? —le pregunté, sin quitarle los ojos de encima al médico.

Mira que llevábamos años con el mismo hombre, pero parecía no perdernos el respeto ni el miedo, por mucho tiempo que transcurriese. El rostro le palideció y me dio la sensación de que iba a desmayarse.

—Bu... bueno..., si no quie... quiere que se lo ha... —titubeó.

—Doctor, quítelo, por favor —lo interrumpió Adara, tocándole la mano con delicadeza.

Me lanzó una mirada fusiladora —a los dos, en realidad—, y el hombre volvió a sus tareas sin levantar la cabeza. Mi bambina guiñó un ojo cuando el bisturí se clavó en su piel, y yo arrugué el ceño también, a la par que Dante, cuando un hilo de sangre apareció, seguido de la cabeza de un tubo muy fino. El médico cogió unas pinzas y lo extrajo bajo la cara de asco de mi gemelo y yo. Adara nos observó sin poder creerse que pudiésemos tener ese semblante, cuando hacíamos cosas peores.

—Qué valor —murmuró Dante entre dientes.

—Eso no se lo pone más —aseguré tajante.

—Otra cicatriz para la lista.

Aniquilé a Dante con la mirada, por pensar lo mismo que yo y por decirlo en voz alta. Hizo como que se cosía la boca y asentí varias veces para no ahogarlo. La puerta se abrió sin pedir permiso y Carlo entró con cara de mala hostia. Lo insté a que hablase y le lanzó un breve vistazo a Adara, a la que el médico le ponía un apósito en la herida.

—El informático ha llegado para instalarte el nuevo equipo.

Dante y yo nos miramos.

—¿Informático? —Ese fue Riley, que asomó la cabeza por detrás de Carlo—. ¡Vaya, pensaba que no te vería en una semana! Como si estuviésemos viviendo a miles de kilómetros —le dijo a Adara, que ya se levantaba.

—Quédate con ella —le ordené a Riley, y cabeceé hacia Carlo.

Salimos con urgencia hasta la entrada del palacete, donde cuatro de mis hombres rodeaban a un tipo con una gorra y un mono de trabajo.

Alcé una ceja, y el tipo en cuestión levantó el rostro para mirarnos. Llevaba una mochila en la mano.

—El informático... Tiene cojones —musité con arrogancia, y di una palmada efusiva en el aire—. ¡Por aquí!

Lo guie hasta el interior del salón principal y cerré las puertas cuando los cuatro nos adentramos. Miré de reojo que el arma estuviese en su sitio y me preocupé al ver al personaje vestido de informático colarse en mi casa, porque no sabía las intenciones que tenía.

—¿Por qué has venido? —le pregunté solemne mientras Carlo se colocaba a mi lado y Dante se sentaba en una esquina de la mesa principal.

Dom se quitó la gorra y la soltó en el sillón que tenía a su derecha.

—Porque nadie podía verme entrar aquí. Lógico.

Levanté una mano en el aire, haciendo círculos.

—¿Y has venido porque...?

—Porque tenemos un trato.

Tiró la bolsa que llevaba al suelo, y eso no sonó muy bien. La miré, pensando, o más bien intentando adivinar qué habría dentro de la tela. Le di una patada, y aquello estaba más que duro.

—¿Desde cuándo tengo un trato contigo, Dom? —cuestioné, haciéndome el sueco, porque sabía por dónde iban los tiros.

Rio con cinismo y se llevó la mano al puente de la nariz. Me hizo gracia ver aquel gesto que yo ejecutaba muchas veces. Negó con la cabeza, sin olvidarse del sarcasmo que se reflejaba en cada uno de sus movimientos.

—Te he ayudado a recuperar a Adara, aun sabiendo lo que eso podría costarme. ¿Tan corta tienes la memoria que no te acuerdas de que lo hablamos antes de marcharme de Grecia? —Juntó su índice con el pulgar en un gesto pequeño—. Por no hablar del corte que tiene mi hija en la lengua. Date con un canto en los dientes, porque tendría que haber venido para arrancarte la cabeza.

Ni pestañeé ante su tono, que fue creciendo según hablaba.

—Tú hija tiene la lengua muy larga. Seguro que no te ha contado la escenita que montó antes de que nos marchásemos a Japón. —Sonreí con socarronería. Tras un breve silencio, añadí—: Claro que recuerdo tu última palabra antes de marcharnos, pero permíteme que tenga dudas de tu lealtad.

Señaló la bolsa que tenía a los pies.

—Ahí tienes la prueba de mi lealtad.

Carlo se encaminó hacia mis pies y abrió la mochila para ver lo que había en el interior. Cuando echó la cabeza hacia atrás, supe que su

contenido no era agradable. Dante asomó la cabeza por encima del hombro de mi guardaespaldas y arrugó el ceño.

—Eso ha tenido que doler —aseguró mi hermano.

Resoplé por el tonito de Dante. Al final, la curiosidad me pudo y me asomé, para encontrar la cabeza segada de una persona que conocía muy bien por las fotografías y de haberlo visto con Luciano. No podía creérmelo, porque ese hombre era como mi Carlo para Dom. Alcé la vista y lo contemplé con seriedad.

—¿Tú has hecho esto? —Elevé un dedo para apuntar a la cabeza de Leonardo.

El interrogado asintió, imperturbable. Estático, traté de que no se me notase la confusión, y me encendí un cigarro antes de comenzar a dar vueltas por el salón. Solté el humo, a sabiendas de que Dom esperaba algo por mi parte. Contemplé de reojo a Carlo, que sin palabras me advirtió de que tuviese precaución.

—¿Has matado al hombre que lleva con tu padre toda la vida? —Asintió quedo—. ¿Tú?

La tensión podía cortarse con un cuchillo, y en sus ojos pude ver el reflejo del dolor que eso le había ocasionado. Me mordí la lengua y alcé los dedos en el aire para que hablase, porque sabía que tenía que decir mucho más.

—Mi padre se ha enterado del desplazamiento de la droga. —Hizo una pausa y continuó—: Y Leonardo ha descubierto esta mañana que Eduardo tenía el cargamento y que lo habían asesinado en su mansión.

—Y si esa información llega a tu padre, terminará descubriendo que tú desviaste el contenedor a Vietnam y que allí Camilo lo requisó y se lo llevó a España. —Asentí, orgulloso de mí mismo y de lo listo que era cuando quería—. Porque ese hombre nunca te protegería.

Señalé la bolsa, e irremediablemente observé a Carlo de reojo. Él siempre me había protegido. Siempre. Cuando era un mocoso que peleaba por todo. Cuando fui un adolescente que se metía en problemas tontos, e incluso cuando hacía trastadas de las gordas, jugando a ser mayor y posiblemente buscando una buena tunda por parte de mis padres. Y él siempre, siempre, había estado ahí. Para taparme, para curarme y para sanar mis pataletas histéricas desde que comencé a no saber gestionar mis emociones. Lo captó al vuelo, porque atisbé una breve sonrisa en su boca.

Bendito fue el momento en el que algo se me iluminó y no me dejó matarlo por ayudar a mi bambina. Bendito.

—Leonardo nunca traicionaría a mi padre.

Chasqueé la lengua y aseveré:

—Supongo que tu padre tardará poco tiempo en enterarse de dónde

terminó el cargamento.

—Te veo rápido.

La puerta de la calle se abrió y Dom se tensó al instante. Lo saqué de su confusión, porque en su mirada pude ver reflejado el halo de esperanza por ver a mi hermano Claudio:

—Está en Catania. —Me silencié y di vueltas de un lado a otro del salón. Me llevé uno de los dedos a los labios y le pregunté en un susurro, sin dejar de pensar—: ¿Cuál es tu plan estelar, Domenico?

Me encantaba llamarlo por su nombre completo, porque señalaba un sarcasmo digno de enmarcar. Podría ponérselo como sonido de llamada.

—Necesito llevarme a Adara.

16

Te la devuelvo

—¿A Adara? —le pregunté, creyendo que no lo había oído.

—A Adara —corroboró.

—A mi Adara. —Me señalé con el dedo, recalcando mucho la posesión—. A mi bambina.

Abrí los ojos en su máxima extensión y me mordí la lengua para no liarme a golpes con él. La sangre me hervía en las venas, y eso ya no estaba gustándome nada.

El comentario de Dante resonó por todo el salón mientras que yo me reía de manera paulatina como un histérico:

—Fallo número uno.

—¿Ha dicho que tiene que llevarse a mi mujer? —les pregunté a los míos, sin dejar de reírme.

Claramente, era una risa de histeria total. De esas que no sabes controlar ni sabes cuándo acabarán.

Dom suspiró con fuerza y Carlo permaneció con las manos delante de su vientre, cruzadas y muy tensas, porque estaban poniéndoseles blanquecinas.

—¿Te ha contado cómo salimos del puerto de Yokohama?

—¡Pues claro que me lo ha contado! —grité, elevando las manos al techo—. ¡¿Estás diciéndome que quieres servirla en bandeja, o es que no te he entendido?! —Me acerqué mucho a él según iba preguntándoselo, dándole una patada a la mochila que Carlo había dejado con anterioridad en el suelo.

La cabeza de Leonardo pareció tener patas, porque salió rodando por el suelo hasta llegar a los pies de Dante. Este puso cara de asco, pero no me entretuve en mirarlo porque estaba fuera de mis casillas.

—En ningún momento pretendo hacer eso. Ya te he dicho...

—¡Que sí! ¡Que quieres matarlo! —«Y yo, y yo...»—. Pero no me queda claro que de la noche a la mañana quieras acabar con la vida ¡de tu puto padre!

—Y del tuyo —argumentó, fuera de lugar.

Los escasos pasos que nos separaban los reduje de una zancada y lo sujeté del mono de trabajo, estrujándoselo.

—Escúchame bien, Domenico Rinaldi, porque solo voy a repetírtelo una jodida vez en tu puta vida. Mi padre se llama Claudio Sabello, y ese cabrón que dices no es, ni nunca será, mi padre. ¿Estamos?

Me contempló con una tranquilidad pasmosa, aunque en su mirada se reflejó que lo había entendido a la perfección. Yo, en su situación, me habría meado encima, sin lugar a dudas.

Lo odiaba. Odiaba a Luciano y todo lo que tuviese que ver con él y con su puta vida. Un recuerdo de cuando tenía ocho años me vino a la mente mientras observaba con fijeza a Dom.

Nos encontrábamos en Palermo. Recuerdo cómo mi madre se sentía incómoda en la puerta del colegio mientras esperaba a que mis hermanos saliesen, junto a Cornelia, que por aquel entonces se encargaba de ayudar a la señora Sabello con los niños. Ese día no había ido al colegio porque me encontraba mal, y ese hombre apareció delante de nosotros, con un niño muy moreno y unos enormes ojos azules. Si no me fallaban las cuentas, Dom tenía tres años.

Antonella no se había encontrado con Luciano a solas en muchas ocasiones tras lo ocurrido por el mando siciliano. De eso se había encargado Claudio durante muchos años; eso sí, sin privarle de la libertad jamás. Rememoré cómo ese individuo me miró con malicia y entrecerró los ojos hacia mi madre para decirle: «Es igual que tú». Por aquel entonces no sabía qué había querido decir, pero con los años, ese recuerdo había tomado más intensidad en mi cabeza, y supe que había sido una llamada de atención dañina en toda regla. Mi madre, muy resuelta y sin agachar la cabeza, pese a todo lo que había sucedido en su vida, le contestó: «Y él es igual que tú». Tras un breve enfrentamiento de miradas, mi madre, que me había escondido detrás de ella, me agarró con fuerza de la manita y tiró de mí hacia el interior del colegio.

Ahora, con los años que tenía, era consciente de que esa mirada por parte de Luciano no solamente iba cargada de odio, sino de amor. De resentimiento y de ganas de venganza. Y si no lo había conseguido, sin duda había sido por todo el empeño que mi padre había puesto para poner tierra entre ambos.

También me llegó a la mente la cara de mi padre cuando se enteró

de ese encuentro y lo cabreado que se puso. Lo supe en el instante en el que Claudio Sabello se encerró en el sótano de la casa de Catania, donde habíamos vivido siempre, y se perdió durante horas en solitario.

La puerta del salón se abrió, sacándome de mis pensamientos, y por ella apareció una Adara tranquila, impertérrita. Me contempló y fue directa a mis manos, que seguían sujetando a Dom con mucha más inquina.

—Tiziano.

Mi nombre en sus labios no fue una advertencia, sino una llamada de atención para que lo soltase. Alcé las manos con dramatismo y lo dejé libre, buscando la atención de Adara, quien, por el momento, solo tenía ojos para el enemigo que había entrado en casa, camuflado con un jodido mono de informático.

—Dom. —Cabeceó en su dirección—. ¿Sabes si te han seguido?

Riley entró detrás de ella con el portátil en la mano, tecleando sin parar. Contuve el aire para no soltar una pulmonía por la cercanía que desprendían las palabras de mi bambina. Miré a Dante de reojo y este alzó una ceja.

—Todos los dispositivos que lleves están desconectados, moreno —añadió Riley con soltura.

Me cagué en mis muertos porque ni siquiera había caído y ni lo habíamos cacheado al entrar. Puse los ojos en blanco cuando escuché a Carlo, que parecía haberme leído el pensamiento:

—Ya lo he hecho yo. —Hizo una pausa para despistar, pero después me dio la respuesta a mi pregunta no formulada—: No lleva nada.

—Pensáis que vengo por él, pero estáis equivocados. Si te ayudé en Japón fue porque quise —miró a Adara—, y si estoy aquí es porque he descubierto información y...

—Y te has dado cuenta de que no te engañábamos —terminó Adara por Dom.

¿Desde cuándo había tomado la batuta de la conversación mi bambina? Cerró las puertas con cuidado y sigilosa. Riley se tiró en el sofá y un grito retumbó en el salón, provocándome un vuelco en el pecho:

—¡Aaaaahh! ¡Hay una cabeza!

Solté el aire a plomo y murmuré entre dientes unas cuantas palabrotas. Dante se carcajeó del friki, y Carlo se agachó imperturbable, la cogió de los pelos, la introdujo en la bolsa y la cerró. Adara no hizo ningún comentario, pero sí que miró a Dom.

—Una prueba de lealtad —añadió Dom sin que nadie le preguntase, aunque supe que lo dijo a título informativo para Adara.

Reí roncamente.

—Nadie te ha pedido una prueba de lealtad —objeté.

—Pero sé cómo funciona este mundo, y deduzco que no vas a dejar que me la lleve con tanta facilidad.

—Es que no vas a llevártela —sentencié contundente.

Adara nos miró a ambos cuando ya nos separaban unos metros que yo mismo había retrocedido para alejarme de Dom, y la voz de ella fue lo que terminó por cabrearme:

—Yo le prometí que lo ayudaría, Tiziano. —Me mantuve sereno, de espaldas a ella y tratando de controlar mis nervios, porque todo eso ya lo sabía, pero me negaba a permitir que se la llevase—. Ese fue el trato que hicimos cuando salí de Yokohama. Gracias a él —apuntó, por si se me había olvidado.

Era consciente de que estaba dándome una pataleta tonta. Sin embargo, tenía mis motivos y eran muy simples: no quería exponerla a más riesgo. De ahí que hubiese atrasado todo lo posible la llamada a Dom, así como la idiotez de prohibirle a todo el mundo el paso.

Dos días. Dos días de mierda me había durado.

—La memoria la tengo activa —opiné con mal tono, y mi bambina arqueó una ceja. Me ponía como un burro enloquecido cuando se cabreaba un poco. Era inevitable.

Se volvió de cara a Dom, como si no estuviese en el salón, ignorándome, y quise creer que dándose cuenta de dónde estaba el problema: en mí y en mis miedos.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó.

—Extraviar dinero, borrar datos, sacarlos a la luz, putearlo en otros negocios... —enumeró Riley, sentado con su teléfono mientras jugaba a un juego que hacía soniditos. Torció el morro y supe que había perdido la partida a continuación—. ¡Mierda!

—Los principales negocios de mi padre son el tráfico de órganos. —Aquella información me sorprendió, y Dom se dio cuenta—. Todos pensábamos que era el tráfico de drogas, pero no. Eso era lo que yo tenía entendido, hasta que descubrí el pastel en Japón.

—¿No sabías nada de los órganos? —le pregunté extrañado.

El rugido de un motor se escuchó en la calle y Dante abandonó la sala con sigilo. No le di demasiada importancia en aquel momento, pero nuestra situación iba a cambiar en minutos.

—No —sentenció Dom—. De hecho, creo que solo conocían ese detalle Leonardo y Vittorio.

El puto Vittorio.

Enzo se había encargado de recabar información sobre el cabrón, y lo tenía más que controlado para ir a hacerle la visita de fin de mes en

esos días. Había declinado la ayuda de Klaus, como era evidente. Aunque el hombre no lo hacía con mala intención, todos sabíamos la relación que teníamos los Sabello con la policía, y era nula. Demasiado aguantaba a Aarón de vez en cuando, y lo que más me jodía era que me caía bien.

—¿Y qué es lo que quieres hacer? —le preguntó Adara. Yo todavía seguía dándole vueltas al asunto de los órganos.

—Tenemos que hacerle creer que sigues organizando planes a espaldas de tu marido y que estás dispuesta a destronarlo. Como siempre ha querido.

—¿Cómo saldrás del entuerto cuando descubra el paradero de la droga? Me refiero a que tenemos un problema con eso, porque sabrá que me has ayudado. Si empieza a hilar, se dará cuenta de dónde estabas, Dom.

—Si llegamos a ese punto, me encargaré de desaparecer con mi hija.

Me apoyé en la mesa, coloqué una de mis manos bajo mi mentón y lo miré, analizando sus gestos. No estaba convencido del plan, y allí tenía que haber una cabeza pensante que no tuviese dudas. Suspiré, escuchándolos de fondo. Riley también intervino en la conversación, porque se suponía que toda la información de los puntos donde Luciano vendía los órganos estaba especificada en su mansión a las afueras de Roma, en su propia casa, y no en la de Dom.

—Irás haciéndole visitas ocultándote, para que sea más creíble hasta que consigáis toda la información y decidas de qué manera quieres terminar con el legado de tu padre —añadí con seriedad. Los dos me miraron y dejaron de hablar—. No alargaremos esto lo indecente, porque a lo sumo te doy dos semanas si quieres nuestra ayuda para desmantelar el jaleo de Luciano —sentencié con rotundidad—. Y después estamos en paz y cada uno seguirá su camino. —Asintió quedo y mi bambina me contempló con los ojos brillantes—. ¿Tenemos trato, Domenico?

No le dio tiempo a contestarme, ya que escuché unas voces procedentes del exterior. Dante intentaba frenar a alguien, sin conseguirlo. Ese alguien abrió las puertas de par en par y entrecerró los ojos en dirección a Dom, con muy mala hostia.

—¡¿Qué cojones haces tú aquí?! —voceó con un genio de mil demonios.

Un «Uuuh» salió de mis labios. Dante seguía insistiendo, tocándole el hombro para que se tranquilizase, pero Claudio era de los que cuando se cegaban no veían ni a la de tres. Alzó una mano al ver que Dom no le contestaba y le indicó la calle con rotundidad:

—¡Fuera! —El aludido no se movió, y los demás parecía que estábamos en un partido de tenis—. ¡¡Que te largues!! —La atención se centró en mí y levanté las manos antes de que dijese—: ¿Qué coño haces haciendo tratos con este subnormal?

«Madre mía...», ese fue mi demonio, que estaba expectante, igual que el resto. Claudio hizo un aspaviento con la mano, dándole un golpe a Dante en la suya para que dejara de tocarlo, y dio dos largas zancadas hasta llegar a la altura de Dom.

—Claudio...

Adara trató de hablarle, pero mi hermano parecía poseído por un espíritu que no conocía. Despegué el culo de la mesa al ver los fusiladores ojos que le lanzó a mi mujer, dispuesto a sacarle el pellejo si hacía falta. Adara agachó la cabeza y Claudio retomó la marcha, desquiciado. Cogió a Dom de la solapa del mono y tiró de él hacia la calle. Entre voces e insultos de los dos, salieron a trompicones y dejé de oír. Tampoco me percaté de que dos moscardones se habían escondido en el lateral del vestíbulo y estaban viéndolo todo en primera fila.

Me acerqué a mi bambina por detrás, en silencio y con los ojos chispeantes. Le pedí permiso para coger su antebrazo y lo toqué cuando ella asintió. Nos dirigíamos al mismo punto donde se encontraban Riley y Dante pegados a la pared y con un dedo puesto en los labios. Hicieron el gesto a la vez cuando nos vieron, y a mí me dio la risa.

—La próxima vez que vea que agachas la cabeza a quien sea, te clavo una estaca en la nuca para que no puedas bajarla jamás. —Me miró con horror—. Aunque sea mi hermano, recuerda quién eres ya.

Sus ojos refulgieron entre el pánico y la realidad, y me gustó ver aquella determinación que mostró cuando pasó por delante de mí y se situó en el otro lado de la puerta, abierta de par en par, y desde donde fuimos testigos de algo muy malo.

—¡Estás poniendo en peligro a mi familia, y eso no voy a consentírtelo! —le gritó Claudio, muy cerca de Dom.

—¡A ver si te piensas que lo que más me apetece es estar en la casa de tu puto hermano! —le respondió el otro con genio y elevando los brazos.

Miré a Adara, pues me había colocado sobre su cabeza, al igual que estaban Dante y Riley. Mi bambina se había agachado y tenía una mano sujeta al marco mientras yo hacía lo mismo que ella, por encima.

—Qué genio —murmuré, mirándola.

—Y qué mala boca tiene el cabrón —añadió Dante, picándome.

Lo señalé con el dedo e hice como que le disparaba. Él me contestó sacándome el dedo corazón de manera vulgar. Me reí y Adara me propinó un pellizco en el abdomen.

—¡Oye! —me quejé, y ella señaló hacia la calle.

Riley no despegaba los ojos, el cotilla.

—¡Entonces no sé a qué coño vienes! ¿Te has visto? —Claudio lo señaló con despotismo—. ¡Estás ridículo! Colándote en la casa de un mafioso, vestido de informático. Para eso has quedado —se rio de él.

—¡No!, si total, ¡para qué sirve, con el pollo que estás montando! —Se pegó dos tirones en seco del mono—. ¿Te recuerdo quiénes somos cada uno y que no pueden vernos juntos?

Claudio apretó tanto los dientes que pensé que le saltarían por los aires. Con los puños hizo igual, tendiéndolos a cada lado de sus costados. Daba miedo de verdad.

—Sí, llevas tres años recordándomelo casi a diario.

Dante y yo nos miramos y nos dijimos un «Uuuh» al unísono. Riley y Adara nos fusilaron por nuestros comentarios.

Dom se acercó un paso hasta quedar muy cerca de mi hermano y elevó el dedo en el aire, apuntándolo.

—Lo he hecho por nosotros. —Rechinó los dientes, muy cerca del rostro de Claudio.

—¿El qué has hecho exactamente? —Mi hermano se acercó más—. ¿Ayudar a Adara para intentar arreglar el destrozo que has provocado entre nosotros? ¿La habrías ayudado si no te hubieses enterado de la verdad de tu padre?

Dom selló los labios y los apretó, callándose una verdad como un templo. Busqué otra vez los ojos de mi bambina y cabeceé en señal de que llevaba razón. Ella alzó las cejas, dándome a entender que era verdad.

La respiración de los dos era agitada y ambos se encontraban alterados en exceso. Miré hacia los laterales, percatándome de que Carlo se había metido en la cocina con Cornelia por la puerta trasera, mientras que el resto de los hombres de seguridad del palacete hacían como que no escuchaban nada.

—Por lo menos he hecho algo, en vez de ignorarte.

El tono de Dom fue suave pero rudo. Sus ojos se desviaron a los labios de Claudio, y mi hermano permaneció estático, pero también guio los suyos al mismo punto que Dom. Las miradas entre los cuatro corrieron como la pólvora, y nadie se esperó lo que ocurrió a continuación.

Dom tiró del cuello de Claudio en un arrebato y buscó su boca con fervor. Sus labios se encontraron, y el asombro por parte de los cuatro

fue palpable en el ambiente cuando las manos de mi hermano acunaron las mejillas de Dom, respondiendo a ese beso desquiciante y desenfrenado que emanaba un anhelo a raudales.

—Se lo folla —aseguró Dante en un susurro.

—Se lo folla —apoyé yo, y me llevé un manotazo por parte de Adara en mi tobillo.

—Aquí sobramos. Están arreglando las cosas —objetó ella con admiración, y nos observó.

Los otros dos continuaban comiéndose la boca con un ímpetu tremendo, pero por mucho que sobrásemos, de allí no se movió nadie. Un nudo se instaló en mi estómago al ser consciente del jodido amor que desprendían los dos, al ser consciente del anhelo y por lo que tendrían que haber pasado durante tantísimo tiempo, ocultando su relación.

—Qué barbaridad —musitó Riley.

—No vayas a ponerte palote, friki —le dije desde la distancia.

—¡Es su intimidad! —se quejó Adara, y yo puse los ojos en blanco.

De repente, un clic en mi cabeza me hizo volver la vista al espectáculo que tenía delante, momento en el que de refilón vi que Claudio sacaba la pistola sin que Dom se diese cuenta. Abrí la boca con asombro, porque eso no me lo esperaba.

—No... No... ¡No! —gritó Adara, y no me dio tiempo a cogerla antes de que echase a correr en su dirección como alma que lleva el diablo.

—¡Adara, no! —Empecé a correr tras ella.

—¡Claudio! —le voceó Dante, saliendo de su escondite también, pero fue demasiado tarde y todo ocurrió a una velocidad de vértigo.

Mi hermano alzó la pistola al mismo tiempo que le quitaba el seguro, en medio de la carrera desenfrenada de Adara, y dijo con saña:

—Te la devuelvo.

—¡Dom! ¡Claaaudiooo! —se desgañitó ella.

Dom abrió los ojos con desmesura y confusión. Se separó una milésima de él justo en el instante en el que Claudio apretaba el gatillo.

17

La mujer de un capu

Adara Sabello

Llegué en el instante en el que Claudio se apartaba, con los ojos que le echaban chispas, seguido de un Dom que no podía creerse que le hubiese disparado. Se llevó la mano al hombro derecho y me volví de cara a Claudio, sin poder creérmelo.

—¡¿Qué has hecho?! —le pregunté histérica, llevando mis manos a la herida que acababa de hacerle a Dom en el hombro.

Un hilo de sangre comenzó a empaparle el mono de trabajo, y lo contemplé con dolor y los ojos llenos de lágrimas. ¿Le había disparado? ¡Joder, le había disparado!

—Lárgate de aquí. Y no vuelvas nunca más —soltó enervado Claudio, con la pistola aún en la mano.

No había escuchado los acelerados pasos de Tiziano ni los de los demás a mi espalda. Ni siquiera era capaz de asimilar que Claudio le hubiese devuelto el disparo. «Te la devuelvo», resonó en mi cabeza. El rencor se reflejó en sus iris, y temí que cometiese una locura cuando elevó el arma y lo encañonó de nuevo.

—¡¿Estás sordo?! —le gritó colérico.

Dom no se movió, aunque sí vi un brillo inusual en su mirada, cargado de dolor. Tiziano frenó en seco cuando llegó a mi lado y los contempló a los dos. Extendió un brazo hacia su hermano y le solicitó tajante:

—Baja la pistola.

Claudio entrecerró los ojos, llevándolos hacia su hermano con el odio con el que había mirado a Dom. Me temí lo peor cuando el arma lo hizo en la misma dirección y Tiziano alzó una ceja, temerario. El cuerpo de mi italiano ya me cubría casi al completo.

—¿Vas a permitir que este cabrón se cuele en tu casa?

—Este cabrón está en mi casa porque yo he querido —le respondió con seriedad—. Baja la puta pistola, Claudio.

El aludido negó con la cabeza y rio con ironía. Tras eso, señaló a Dom con rabia contenida. Una rabia que, si no permitía que saliese, lo consumiría.

—Te mato —aseguró entre dientes—. Es mi familia, no lo olvides.

Fue una amenaza en toda regla. Claudio se giró y se marchó a grandes zancadas hasta su coche, el cual arrancó con bravuconería y salió de allí chirriando ruedas. La atención de Dom se enfocó únicamente en el vehículo que se alejaba a todo trapo.

—Dom, ¿te encuentras bien? —No me contestó—. Déjame que vea la herida.

Me asombró que Tiziano no hiciese una simple mención ni se entrometiera. O Dante, que lo tenía pegado a la derecha y no lo había visto siquiera. Mi respiración se encontraba agitada por la carrera, pero más lo estaban mis pensamientos, que creían que lo mataría en la entrada del palacete.

Dom carraspeó, desvió la mirada hasta mí y añadió:

—Estoy bien.

Fue a marcharse, pero no lo permití. Lo sujeté del brazo con fuerza y negué cuando su mirada me buscó, pues su atención continuaba perdida en medio de la carretera que ocultaba el palacete del resto.

—Déjame que vea la herida —repetí con más determinación.

Una fuerte respiración se oyó a mi espalda y fue Tiziano el que habló:

—Yo no le llevaría la contraria. Dante, busca a Carlo, que traiga el botiquín.

Un minuto después, estábamos en la misma habitación de la planta baja en la que el médico me había extraído la varilla anticonceptiva, pero esa vez el que se encontraba sentado en la cama era Dom. Dante y Riley desaparecieron, dejándonos solos. Algo que agradecí, porque la situación no estaba precisamente para echarle más leña al fuego.

Dom abrió el mono de trabajo, mostrando un espléndido torso duro de piel tostada y fuertes abdominales. Lo deslizó hasta dejárselo en la cinturilla y se sentó a plomo, sin mirarme. Puse mi atención en el hombro en el que el proyectil había impactado, y me sorprendí al ver que no estaba la bala.

—No ha perforado —me dijo él antes de que se lo comunicase yo.

Prensé los labios y busqué a Tiziano, que se encontraba en silencio, con los brazos cruzados a la altura del pecho y cara de circunstancia. Movió la cabeza de un lado a otro y recé para que no hiciese ningún comentario.

—No. La bala ha rozado la carne. —Toqué la herida por los laterales—. Voy a tener que darte un par de puntos. ¿Puedo? —le pregunté, separándome de él.

Me miró y asintió sin hacer ningún comentario más. Me encaminé hacia el maletín que tenía Tiziano detrás, recogí mi cabello en un moño desordenado y alcancé los artilugios que me hacían falta. El cuerpo de mi italiano se juntó mucho a mí.

—Te dije que no agacharas la cabeza, no que salieses como una kamikaze. Mira que te gusta provocarme infartos.

Sonreí y le di un beso en la mejilla que no esperaba. Tenía ganas de abrazarlo hasta asfixiarlo, pero me contuve por respeto a Dom y porque no se encontraba bien. Dentro de lo que cabía, Tiziano había sido el que había abierto la veda con Dom, y un poco a regañadientes y sin fiarse, había permitido que se quedase en su casa. Por no hablar de que lo había salvado de que la pelea fuese a mayores.

—Te quiero —musité, despegándome de su mejilla.

—Y yo te amo, cojones —gruñó, supe que por la lejanía.

Sonreí abiertamente cuando me enseñó los dientes como si fuese a morderme.

Con tiento, me aproximé a Dom y arrastré una silla que dejé frente a él. Me senté y cogí su brazo con cuidado de no dañarlo más. Le apliqué el desinfectante y limpié la herida, contemplándolo de reojo de vez en cuando y viendo que no despegaba los ojos de la pared.

—¿Quieres hablar?

Tiziano se apoyó en la pared, dándome a entender que de allí no lo movía nadie. Ni siquiera le pedí que nos dejase solos, porque sabía que sería una tontería intentarlo. Mi atención se fue a Dom cuando sus enormes ojos azules me buscaron.

—Me ha disparado.

—Te ha disparado —constaté, repitiéndolo.

—Y tú le disparaste a él —objetó Tiziano, y alcé la vista para recriminárselo. Movió los hombros con cierto desinterés, dando a entender que no había dicho nada malo, que también era verdad—. Es mi hermano —murmuró bajo.

Pero Dom lo escuchó, ya que sonrió con tristeza.

—Dios...

Dom se llevó las manos a la cabeza con ese quejido, y lo reprendí cuando la aguja le rasgó parte de la piel. Sentí un nudo en la garganta al verlo tan abatido y me fortalecí como pude para no echarme a llorar por su tristeza.

—No habéis actuado bien ninguno de los dos, y ahora el tiempo solo dirá si estáis destinados a estar juntos o no.

Mis palabras no provocaron nada en Dom, porque se dejó coser sin hacer ningún comentario al respecto. De vez en cuando miraba a Tiziano, buscando que rompiese aquel incómodo silencio, pero mi italiano parecía estar en el limbo y no allí. Se fijó en mí un segundo y lo pillé de improviso. Me sonrió de una manera que sus labios no llegaron a curvarse del todo, y entonces me sorprendió que saliese de la habitación. Me extrañé en exceso y eché el cuerpo hacia atrás para comprobar que había visto bien y que Tiziano había abandonado la estancia, dejándome sola con Dom. Por el filo de la puerta que quedaba semiabierto, pude ver que se llevaba las manos a la cara y se frotaba la frente y después los ojos. ¿Qué le ocurría?

Dom me sacó de mis pensamientos y de mi asombro cuando lo escuché decir:

—No he tenido tiempo de pedirte disculpas por cómo me comporté cuando nos vimos en la plaza.

Nuestras miradas conectaron.

—Estabas confundido.

Terminé de ponerle el apósito y me levanté, pero él me sujetó de la mano.

—No tenía ni idea. Creí que estabas mintiéndome. —Rio con ironía —. Y mira, cuando he tirado de la manta, casi me encuentro con que los extraterrestres existen y viven con mi padre.

Su broma me hizo sonreír y me giré, sentándome a su lado.

—Tu padre siempre ha sido tu mundo, Dom. —Chasqueé la lengua —. Lo ilógico habría sido que me hubieses creído a la primera de cambio.

Un silencio se extendió entre los dos, sin despegar nuestras miradas. No abrí la boca hasta que él lo rompió:

—¿Por qué no me lo contó?

—¿Por qué querías ayudar a tu padre a matar a tu hermano? —le devolví la pregunta, y entonces fue él quien chasqueó la lengua.

—Me cegué. —Desvió su deslumbrante mirada azul hacia la pared —. No me lo habría perdonado en la vida.

Llevé mi pequeña mano a su muslo y lo apreté con complicidad. No se separó, por lo que supuse que ese gesto no lo incomodaba. Agaché el rostro un poco y le dije:

—Vamos a solucionarlo. Ya lo verás. —Asintió sin estar convencido. Yo tampoco, para qué íbamos a mentirnos—. Iré un momento a buscar a Tiziano y saldremos hacia tu casa, ¿te parece?

—Intenta camuflarte de alguna forma que sea creíble. No obstante, en el puerto de Yokohama saliste muy bien del paso, así que no creo que nos sea difícil ocultarlo un poco más.

Me levanté.

—No me preguntes cómo fui capaz de hacerlo, que todavía no tengo claro el momento en el que no me eché a llorar. —Reí y él me correspondió.

—Porque eres una Sabello.

Eso me hinchó el pecho y sonreí, ofreciéndole un té que aceptó antes de ir a cambiarme de ropa para buscar a mi italiano, que había desaparecido en combate. Al salir al pasillo, me encontré con Romeo y Alessandro y besé a ambos en la mejilla.

—¡Piccola! Hemos tenido fiesta esta mañana en casa y nadie me ha llamado pa...

—¡Cállate, Romeo! —lo amonesté, cortándolo y tapándole la boca con la mano. Él me la mordió y lo solté con un bufido—. ¡Dom está ahí!

—¿Y qué hace el enemigo en casa? —me preguntó con voz elevada.

Lo reprendí dándole un manotazo.

—¡No es el enemigo! ¡Es la pareja de tu hermano!

Señalé la puerta en la que estaba colocándose el mono de nuevo y Alessandro gruñó por lo bajo. Toqué su antebrazo, inspirándole una tranquilidad que el pequeño de los Sabello no sentía ni de lejos, y solté la mano que Romeo me había sujetado al darle el palmetazo en el pecho.

—Era —rectificó Alessandro con mal tono, sin dejar de mirar a la puerta.

Sabía que esa pose desafiante estaba teniéndola porque esperaba que apareciese en su campo de visión para fusilarlo.

—¿Habéis visto a Tiziano? —les pregunté.

—Está con Piero y Riley en el despacho.

Señalé a los dos con mi dedo índice, y Romeo fue a mordérmelo otra vez. Tuve que reírme porque no podía con él, y esos gestos se me antojaban siempre muy al humor que tenía Tiziano con la vida en general. Venían los dos vestidos de manera informal, con camisetas que se adherían a su musculatura y pantalones que apretaban lo indecente. No quise revisarlos más.

—Portaos bien. —Los dos asintieron con cierta desgana, por lo que no me lo creí—. Hacedlo por Claudio y por mí —les supliqué.

Atisbé a lo lejos que Carlo pasaba por allí. Me pregunté dónde estaría mi madre y cómo había sido capaz de quedarse al margen, aunque también supuse que el no haberme dicho nada se debía a que a partir de ya tenía que ser consciente de la persona con la que estaba casada.

Casada.

Qué grande sonaba eso.

Subí las escaleras al galope hasta llegar a la entrada, donde toqué con cuidado y sin querer interrumpir nada.

—¿Puedo pasar?

Escuché la silla, seguramente de Tiziano, echándose hacia atrás con genio, y después sus pasos determinantes acercarse a la entrada. Elevé la barbilla y lo vi aparecer en todo su esplendor. Cuando me miró, tenía el entrecejo fruncido.

—¿Qué merda[3] de pregunta es esa?

—No sabía si estabas reunido...

—Y si lo estuviera, tú puedes meter las narices donde no te llamen. Eres la señora de la casa. No lo olvides. —Terminó de abrir la puerta con una mueca de hastío para que entrase. Me reí y lo vi imitarme—. Pasa, anda, pasa.

Me acerqué a Piero, manteniendo las distancias. Asentí con la cabeza a modo de saludo. No habíamos tenido tiempo de hablar en exceso, y la verdad es que no éramos muy amigos. Pero estaba claro que nuestra relación se había distanciado desde que Tiziano entró en la prisión, y mejor ya no hablábamos de lo que sucedió a continuación.

Que recordase, nuestros únicos momentos buenos desde entonces habían sido un intento de suicidio nefasto, un baile a regañadientes en La Candelaria, otro el día de nuestra boda de mentira y la información de mis vitaminas en el avión privado de su hermano.

—Adara —murmuró para mi estupefacción.

Prensé los labios mientras Tiziano pasaba por detrás de mí para tomar asiento en su butacón.

—Hola, Piero —le dije con voz neutral.

Dante se había portado como un energúmeno cuando tomé la peor decisión de mi vida, pero a Piero lo llevaba clavado en el alma y no entendía por qué. Quizá me inspiraba ese respeto que no veía igual con el gemelo de Tiziano. Tampoco habíamos coincidido en más ocasiones, y tal vez eso provocaba que la distancia fuera mayor y que no lo viese como a Dante.

Riley permanecía sentado en uno de los sillones, cogiendo apuntes y buscando en el ordenador de Tiziano. Levantó la mano a lo lejos y le sonreí. Fui a decirle a Tiziano que me marchaba con Dom, pero la voz de su hermano evitó mi intento:

—Así que has tenido el privilegio de entrar en la sala prohibida.

Alcé la barbilla por su tono astuto y vi que reía. Y qué sonrisa más bonita tenía. Parecía que sus ojos, tan iguales a los de Tiziano, brillaban más. Me permití el lujo de revisarlo un poco, apreciando un

mentón cuadrado y la chulería innata que llevaban todos los Sabello como patentado de su apariencia. De esa manera, enfundado en un traje de chaqueta pero risueño, se veía más jovial que nunca y menos fiero de lo que demostraba ser en ocasiones.

—¿La sala prohibida? —me interesé con desconcierto.

Sus destellantes ojos se fijaron en mí tras soltarle algún comentario a su hermano que no escuché.

—Nadie ha podido entrar nunca en esa sala. —La señaló con el dedo—. Y el hecho de haberla descubierto, gracias a ti, seguro que refuerza su seguridad.

—No encontraríais la llave ni en vuestros mejores sueños —aseguró Tiziano.

—Bueno... —Ese fue Riley. Esbocé una sonrisa, porque la actitud de Piero me desconcertaba.

—Friki..., las heridas bien, ¿no?

Riley alzó una ceja y yo entendí que estaba disgustado con Tiziano y que todavía no lo había perdonado. Lo comprendía a medias. A los dos. Y aunque hacía lo que Tiziano le mandase, sabía que en el fondo estaba enfadado, pero mi italiano trataba de camelárselo de cualquier manera. De hecho, ese mismo día me había enterado de que le había colocado un proyector gigante para que jugase a la consola en su habitación, y sabía que Riley había comenzado con su cometido sobre destrozar todo lo importante de la vida de Luciano.

—Voy a salir con Dom, Tiziano —lo informé, cortando el cachondeo de tirón.

Los tres, incluso mi amigo, me miraron con seriedad. Tiziano cabeceó en una señal hacia la salida, y Riley se levantó el primero, murmurando un breve «Suerte» que me puso alerta. Piero, para mi asombro, se detuvo a la altura de mi hombro, agachó el rostro y depositó un beso en mi mejilla que me dejó patidifusa. No supe si me pudieron más las ganas de llorar o la emoción del acontecimiento del año. Miré de sopetón a Tiziano, quien sonrió leyéndome el pensamiento. ¿Estábamos enterrando un hacha de guerra?

—Ten cuidado, Adara.

No supe qué responderle. Me quedé ida hasta que la puerta se cerró y Tiziano se aproximó a mí con pasos ligeros y sin freno. Tiró de mi mano y nos quedamos de cara a la pared que cubría la sala prohibida. Movió sus dedos en una señal de «A» sobre el lateral de la pared, en una zona que ni siquiera se apreciaba, y de ella salió una pantalla.

—Pon tu huella.

Me eché hacia atrás sin pretenderlo. Negué con la cabeza de manera frenética.

—No... Yo no...

—Bambina, pon tu huella —me exigió con voz más dura.

Al ver que no levantaba la mano, resopló y agarró mi muñeca para depositarla sobre el lector, donde presionó mi dedo índice.

—¿Cómo...?

—Mientras dormías, te la cogí. —Me guiñó un ojo—. Soy un crac. Y ahora tú eres la única que puede entrar aquí.

Me separé de él como si quemase, incluso de la puerta. Me daba pavor pensar que yo podía tener acceso a esa sala y el resto del mundo no. ¿Por qué? La explicación la tenía Tiziano y era muy sencilla, pero yo me negaba a tener tanta responsabilidad encima.

—No ha entrado nadie más que tú. Y no entrará nadie nunca. Bueno —objetó, empujándome al interior—, Carlo sí. Pero él es mi tumba particular, y todos lo sabemos.

Lo miré con cara de querer morirme y alzó los ojos al techo. Me invitó a que me sentase en uno de los sillones que había en un lateral. Me acomodé, mirando el rinconcito donde nos habíamos amado como dos desquiciados. Me sonrojé y él ensanchó los labios.

—Aquí es donde organizas tus estrategias. Por eso no entra nadie —vaticiné.

—Por eso nadie sabía dónde estaba la droga ni la estrategia de los puertos, hasta que apareció mi bambina. —Lo contemplé con una clara intención de pedirle perdón y él volvió a sonreír—. Procura que no te corten el dedo índice, o estaremos perdidos.

Reí, justo cuando se acuclillaba frente a mí. Era un jodido dios, y cada vez que lo miraba tenía más claro que no podría amar a nadie en la vida como lo amaba a él.

Suspiré de puro amor mientras abría una caja mediana de la que sacó una pistola. Sus ojos me buscaron y aguanté la respiración.

—Sé que no te gustan —añadió antes de que hablase, aunque en realidad estaba paralizada—, pero necesito, por tu seguridad y por mi salud mental, que lleves esto encima, Adara.

—A la salud mental podemos buscarle un buen psicólogo. Y para mi seguridad, ya estás tú.

—Pero no quieres que esté pendiente de ti siempre. —Me miró como si me hubiese leído el pensamiento cuando deduje que era su talón de Aquiles.

—No quiero que te hieran por mi culpa ni que te distraigas porque esté contigo. No puedes vivir con el miedo constante de que me ocurra algo.

—Pues entonces...

Apreté la boca con una sonrisa contenida y elevé la mano para

tocarle la mejilla. Él la besó con descaro y elevó la pistola; preciosa, para que la viese. Era prácticamente igual que la suya, con filigranas en oro y un poco más pequeña, pero a fin de cuentas casi idéntica. Me pareció ver que en uno de los laterales había unas letras grabadas: «Bambina».

—Yo no podré estar siempre contigo. Eso ya lo sabes. —Cogió mi mano y la depositó en ella. El tacto era frío, y me dio un escalofrío al tener un arma en las manos—. ¿Quién eres, Adara?

Su tono fue serio, aunque sus manos no se separaron de las mías ni un instante. Nos observamos tanto que pensé que el tiempo se había detenido. Los ojos me escocieron, no porque tuviese un arma en las manos, sino porque veía devoción en los suyos. Una devoción que no había visto en todos mis años en el rostro de nadie. Entreabrí los labios y musité:

—La mujer de un capu.

Asintió con pesar, y con sus ojos brillantes también. Se incorporó, besó mis labios de manera casta y me ayudó a levantarme. Yo me lancé a sus brazos porque me apetecía mucho estar entre ellos y no salir de allí jamás. Le dije muchas veces que lo quería, que lo amaba de una manera que no podía explicarse. No sabía qué le ocurría, pero ese día no estaba bien, y al entrar la noche descubriría por qué.

Un cúmulo de situaciones que lo desbordarían por primera vez en su vida.

—Vamos a colocar esto para que no se caiga.

Lo miré con los ojos abiertos como platos, sin saber a qué se refería.

Me atavié con otras prendas y coloqué un gorro sobre mi cabeza, de manera que pudiese pasar desapercibida en lo que llegaba a la casa de Dom. Tiziano me tendió las llaves de uno de sus coches. De hecho, me dejó elegir cuál quería de todos los que tenía en el inmenso garaje. No me entretuve demasiado y acepté el primero que encontré. Era negro, grande y de estilo todoterreno. Quien dijese que el vehículo no tenía pinta de pertenecer a un mafioso mentiría como un bellaco, porque llevaba la huella.

Me despedí de mi madre, a la que vi andar con Cornelia por los jardines, y la misma que me contó que estaba ayudándola en la cocina para no aburrirse en la casa de Carlo. La ama de llaves me confirmó que nos parecíamos en eso, y tuve que sonreír al recordar la primera vez que puse un pie en el palacete. Mi madre no hizo ningún comentario de mi atuendo, y mucho menos de lo ocurrido los días anteriores, algo que agradecí.

Antes de montarme en el coche, Tiziano me pidió dos millones de veces que tuviese cuidado, y otros dos millones miró a Dom y lo

amenazó de manera muda. Él cogió la indirecta y se marchó en su coche antes de que yo saliese, añadiendo que sería mejor que no nos viesen entrar a la vez, pues no sabíamos los ojos que podría tener su padre.

—¿Llevas la pistola? —Asentí, notándomela en la cinturilla del pantalón, en una especie de cinto que Tiziano me había colocado—. ¿Y la navaja?

Puse los ojos en blanco y asentí también, porque todavía me temblaba el pulso al saber que iba armada. Podría parecer una tontería, pero a mí me preocupaba más que me parase la policía y tuviese que explicarle por qué motivo la llevaba. Le faltó ponerme un chaleco antibalas.

—Estaré bien. —Me alcé de puntillas para darle un beso, aunque él siguió sin soltarme las manos.

—Bambina, llevas puestos...

—Doscientos micros, lo sé, Tiziano —lo interrumpí con una sonrisa —. Espero no tener gases por el camino, o esto va a convertirse en una tortura.

—Buah... Ha llenado el salón de pantallas donde te ve desde todos los ángulos —se quejó Dante, que se fumaba un cigarro a su espalda.

—No me hará nada, lo sé. —Miré a Tiziano con mucha seguridad, y él se llevó la mano a la boca en muestra de desespero.

Resopló y se sacó un cigarro del bolsillo, dando una vuelta en el mismo cuadrado en el que estaba. Busqué la ayuda de Romeo y este puso los ojos en blanco. Alessandro movió los hombros sin saber qué hacer, y al final me vi en la obligación de adelantar un paso y detenerlo cuando dijo:

—Me voy contigo. Me esconderé. ¡No sé!

Se detuvo al notar mi tacto y lo miré a los ojos. Permaneció estático, como si esa fuese la calma que necesitaba para asimilar que me marchaba de su lado.

—¿Confías en mí?

—¿Qué pollas de pregunta es esa? —se quejó, con media sonrisa.

Me estrujó en sus brazos y lo envolví con las manos hasta llegar a su cuello. Lo sujeté con fuerza y lo besé en los labios, escuchando alguna broma por parte de Dante. La ignoré y me separé con desgana.

—Te amo, bambino.

Apretó la mandíbula con desaprobación y terminó murmurando un «Y yo más». Sin embargo, tuve que reírme, porque según avanzaba al coche lo escuché con claridad dirigirse a Romeo, aunque intentó que no lo oyese:

—Te pegas a su culo. Y si te tienes que morir, te mueres.

18

Antonella... Rinaldi

Llegué a la mansión de Dom según las indicaciones del GPS del coche y estacioné en la entrada. Se me hizo raro conducir después de tanto tiempo sin hacerlo, pero, como decían, el manejo nunca se perdía una vez aprendido. Me había sacado el carné de conducir mientras estaba de internado en internado, aunque donde de verdad había practicado había sido en Estados Unidos, con Ryan.

Desmonté y escuché el ruido de un motor en la lejanía, por lo que giré el rostro y sonreí a la nada, sabiendo que Romeo me vería y que él era consciente de que los había escuchado. Caminé por el pasillo de baldosas que llegaban al interior de una enorme mansión, a unos cuarenta minutos del palacete. Estaban relativamente cerca. Toqué el interfono cuando me detuve en la puerta y la entrada se abrió de manera automática, sin nadie que me esperase. Ni siquiera habíamos trazado un plan B por si a Dom se le ocurría traicionarnos, y el que me esperaba allí era Luciano para atraparme entre sus garras.

Avancé, contemplando una enorme piscina rodeada de algunas hamacas y muy cercana a la casa. No me acompañó nadie, así que miré a todos lados, buscando vida entre esas paredes, que parecían desérticas y muy frías, hasta que Dom salió a la calle, vestido de manera informal, con una camiseta azul pegada a su esplendoroso pecho. Me saludó en la distancia y extendió una mano hacia la parte trasera de la vivienda.

De manera muda le pregunté si podíamos hablar, y él me contestó con una breve caída de ojos.

—Solo hay dos hombres alrededor de la casa. Mi hija está dentro con su institutriz, así que no nos molestará nadie. ¿Cuántos micros llevas? —Sonrió y lo imité.

—Incontables —le respondí, sentándome en el banco de piedra que me indicó.

Al frente pude ver que había una lápida llena de flores. Contuve las ganas de preguntarle quién era y me aventuré a lo verdaderamente importante:

—¿Para qué necesitabas que viniese?

—Porque tus negocios han salido muy bien en Japón y vamos a tratar los nuestros. Tu marido está germinando un nuevo plan y estás lista para darle el pistoletazo de salida a la ruina de los Sabello. Los japoneses te han pedido más mercancía y, encima, tienes algo que les pertenece.

Lo miré a los ojos sin entender qué era ese algo que les pertenecía, aunque esperé a que me lo contase. Al ver que no hablaba, un clic en mi cabeza reaccionó y encajé las piezas:

—El golpe más grande que le han dado en su vida a Tiziano —musité sin dejar de observarlo—. Y necesito tu ayuda para que podamos robárselo y, por ende, hacernos millonarios a su costa con los japoneses.

—Sin olvidar que necesitamos a alguien para que se quite de en medio a Tiziano —apuntó, y aunque todo eso era falso, se me revolvieron las tripas—. Ya sabemos que mi padre será el primero que se presente candidato.

—¿Y con esto conseguiremos que...?

Se levantó de su asiento y caminó de un lado a otro, sin mirar a ningún punto fijo.

—Cuando me marché de la plaza, algo no me cuadraba —añadió pensativo—. No me cuadró que Claudio no me hubiese contado una verdad tan grande como la que tú estabas explicándome.

—Y decidiste investigar —deduje.

—Le pregunté a mi padre sobre mi madre. Sobre lo ocurrido con Antonella. —Me observó un momento—. ¿Sabes esas ocasiones en las que ves la mentira reflejada en el rostro de alguien? —Asentí—. Por mucho que quiso ocultármelo con su rabia contenida, yo sabía que estaba engañándome. Entonces me di cuenta del gran error que había cometido con Claudio y de mi poca paciencia.

Alcé las cejas en señal de que su paciencia había sido nula, pero preferí evitar el comentario y permití que continuase hablando. Se detuvo un momento y miró la tumba que había a muy pocos pasos de mis pies.

—Recordé el día en el que murió —musitó ido—. Solo tenía cinco años, y lo recuerdo como si hubiese sido ayer.

Me acerqué a él, permitiendo que el olor a menta que siempre

desprendía me inundase las fosas nasales. Toqué su antebrazo con mimo. Él no despegaba los ojos de la tumba. Allí citaba un nombre: Antonella Rinaldi.

Di un paso atrás debido al asombro y los ojos se me abrieron de par en par, sin poder creérmelo. ¿Era una broma del destino, o un detalle que a todo el mundo se le había olvidado contarme?

—Sí. Mi madre se llamaba Antonella, como tu suegra. —Hizo una pausa antes de continuar—. Las piezas no me encajaban, hasta que regresé a casa después de disparar a Claudio y me senté aquí. Todo empezó a cobrar sentido en mi cabeza, y entre mi astucia y la de Nicole conseguimos encontrar más asuntos escambrosos de mi padre, como lo del tráfico de órganos.

No me había dado cuenta, pero a mi lado tenía una carpeta marrón. Dom me lanzó una mirada y la abrí con su permiso. Allí había un sinfín de fotografías, documentos fotocopiados y anotaciones. Entre ellos, pude ver el plan del asalto al puerto que organizaron en contra de Tiziano, imágenes de mucho tiempo atrás, donde claramente se veía a Claudio, Antonella y Luciano, como si fuesen tres amigos de siempre, sonrientes y llenos de felicidad. Una felicidad que se ennegreció por el liderazgo de la mafia siciliana.

—El mandato siempre le perteneció a Claudio Sabello —continuó. Recordé la breve historia de mi suegro en Catania—. Mi padre nunca asimiló que ese hombre se quedase con la mujer de su vida y con su querido puesto como capo.

Pasé las fotografías hasta que me detuve en una donde le habían acribillado el cuerpo a Antonella, como si le hubiesen clavado muchos punzones en ciertas partes del cuerpo, como en el vientre.

—Hasta que apareció tu madre —musité.

—Apareció mi madre —repitió—. Con una apariencia completamente distinta, aunque con un amor de los que deberían estar prohibidos. Como el que desprendes tú por Tiziano —constató, muy lejos de allí—. Solo recuerdo desprecios por su parte, y también comparaciones con Antonella Sabello. Nunca le di importancia, pero me revolvía las tripas verla llorar cuando era pequeño. —Se detuvo y miró la lápida—. Y un día desapareció y me dejó solo con el monstruo que yo creía que era un dios.

Tragué saliva sin saber muy bien qué decir. Me mordí el labio y suspiré mientras examinaba algunos informes de hospitales de la zona donde se había llevado a cabo el contrabando de órganos, aunque casi todos habían sido en lugares clandestinos, en la misma capital de Roma.

—Luciano te creó un odio insano hacia los Sabello —añadí con

pesar.

—Y luego voy y me enamoro de su hijo. —Rio sarcástico—. No sé ni por dónde empezar, Adara. —Me miró, desde la distancia—. Pero sí sé que podemos engañar a mi padre. Lo conozco lo suficiente como para saber qué puntos débiles tiene.

—¿Y cuáles son? —me interesé.

Se hizo el silencio durante lo que pareció una eternidad, y creí ver en su manera de contemplarme que sin saber muy bien cómo afrontar el tema.

—Él sigue enamorado de la madre de Tiziano. —Alcé la barbilla con brusquedad—. No. Sé lo que estás pensando, y yo tampoco creo que podamos engañarlo de esa forma. Toda Italia sabe que Claudio y Antonella están hechos el uno para el otro. —Agudicé mis sentidos, a la espera—. Pero sí podemos ofrecerle acabar con dos pájaros de un tiro.

Me mantuve en silencio, porque no sabía cómo llevaríamos a cabo esa estrategia. A fin de cuentas, el que llevaba la organización de esos asuntos al dedillo era Tiziano, y no lo teníamos cerca. Le pedí a Dom que me dejase hablarlo con él, a lo que no puso objeción. Señaló la foto que todavía mantenía en la mano y me explicó:

—Decían que mi abuela Gabriella era un poco bruja. —Ensanchó los labios, sin llegar a creerse eso—. Supuestamente, le lanzó una maldición a los Sabello.

—Sabes que eso no es cierto, ¿verdad? —le pregunté con socarronería.

Silenció su boca y yo con él, pues tenía toda la pinta de parecer que algo de verdad tenía, por lo que me habían contado los Sabello y por lo que a continuación me cercioró:

—Mi abuela murió el mismo día que te secuestraron en Gualey.

Elevé una ceja, porque no entendía si lo que estaba queriendo decirme era que tras su muerte aquella maldición se había roto. Pensé que eso no podía ser cierto y me acerqué a él, guardando en la carpeta la información que había visto.

—¿Se ha enterado ya? —Me refería al robo del contenedor, cambiando un poco de tema.

Negó con la cabeza.

—Tengo varios contactos que están aguantando que se filtre que los japoneses no tienen la droga. Pero es cuestión de días que descubra que los órganos no llegan a Italia y que todo ha salido al revés. —Señaló la carpeta—. ¿Puedes entregársela a Tiziano?

—¿Es una ofrenda de paz? —le pregunté con media sonrisa.

—Es otra muestra de lealtad —me aseguró, y movió los pies una

milésima, poniéndose más serio—. No pasará de mañana cuando descubra que Leonardo ha muerto.

Noté el nerviosismo en mi sistema, porque no sabía de qué manera ayudarlo.

—¿Adónde irás? —le pregunté.

—Aún no lo sé, pero he ordenado que preparen el equipaje con lo necesario, por si llegado el momento tenemos que marcharnos de aquí. En principio, llevo semanas diciendo que Nicole se irá de erasmus, a otro país.

Entrecerré los ojos, sin saber muy bien a qué se refería.

—Luciano se enterará de que he estado aquí. De esa manera podrás empezar a tejer tu plan para que no te descubra. ¿Me equivoco?

—Chica lista.

—¿Qué vas a hacer con Nicole, Dom? —le pregunté, asustada por el destino de la niña a manos de su abuelo.

Cabeceó varias veces y suspiró. Desvió los ojos hacia la mansión y añadió:

—Una vez que descubra que Leonardo ha muerto y que los órganos no llegan, tardará poco en atar cabos. Sobre todo si tenemos a Vittorio rondando. Ese es el primer factor que deberíamos eliminar. —Hablaba de asesinato, y ni siquiera me había acordado de que Tiziano estaba escuchando los micros—. Necesito que hables con tu marido para que proteja a mi hija y a su institutriz.

Ahí iban dos grandes problemas. El primero era Nicole Rinaldi, que no dejaba de ser la hija de Dom, y preferí no preguntar, y el segundo era que Anna de la Rosa, alias Beatrice Costa, era una policía infiltrada de la brigada de Aarón, información de la que, por lo que se veía, Dom no tenía ni idea. Y no pensaba ser yo la que le contara ese pequeño detalle.

—Hablaré con Tiziano.

Una caída de ojos fue suficiente para indicarme un diminuto gracias. Le pregunté por la herida del brazo y hablamos durante un rato de temas banales, como si no tuviésemos encima un problemón del quince. Sin embargo, era de las que pensaban que, de vez en cuando, hacía falta despejar la mente para ver con más claridad.

Busqué en el interior de la vivienda mientras hablaba con Dom, pues una presencia me había hecho mirar hacia dentro, y me encontré con un rostro joven, con el cabello muy negro y unos ojos muy azules. La muchacha, al verse descubierta, asomó la cabeza por una de las puertas cercanas. Me miró con desaprobación y alzó una ceja, temeraria.

—Papá, ¿te queda mucho?

—No, Nicole. Enseguida entro.

Asintió, con sus esponjosos labios formando una fina línea. Era extremadamente guapa, y aquel contraste de su tez dorada con ese cabello tan largo y negro llamaba en exceso la atención, además de poseer unos ojos iguales a los de su padre.

—En otro momento lo hablaremos —musitó muy cerca de mi oído, como si me hubiese leído el pensamiento.

Asentí, sin intenciones de que me contase nada más, ya que supuse que ese no era el momento ni el lugar. Tampoco sabía por qué, pero me olía que era escabroso y para nada agradable.

—¿Crees que Vittorio continúa haciendo investigaciones con tu padre? —me interesé.

Él asintió.

—Ese policía lleva siendo corrupto desde que tengo uso de razón. No creo que hagan falta más datos de él, puesto que Tiziano los tendrá todos.

—¿Os da igual trabajar con la policía? —cuestioné.

—No todas las mafias funcionan de la misma manera, y los Rinaldi no hemos tenido objeción con eso nunca. Según mi padre, todo lo que sirva como ayuda... Ya me entiendes.

Me despedí de Dom en el instante en el que dos de los hombres de seguridad aparecieron en su busca; uno de ellos, tendiéndole un teléfono e indicándole que era su padre. Con suspicacia, Dom añadió antes de hablarle, pulsando el altavoz del teléfono:

—Nos vemos, Adara.

Salí de la mansión, seguida por los dos gorilas que no habían estado a mi llegada, y vi el cielo teñirse de oscuridad a pasos agigantados. Arranqué el coche, y justo cuando entraba en el camino que daba a la salida, me encontré con Romeo y su cara de hastío.

Bajó la ventanilla y yo hice lo mismo, porque él estaba al contrario que yo, en dirección a la casa de Dom.

—Tiene que ser superaburrido ser policía y hacer guardias. —Puso cara de asco—. En una semana, tú aprendes a defenderte y a matar a siete a la vez, o mi hermano acaba conmigo, piccola.

Me reí por lo bajo y apoyé mi espalda en el asiento.

—No creo que eso sea suficiente para Tiziano y su obsesión por que no me maten. No sé ni cómo no me ha llamado ya.

Miré el reloj, dándome cuenta de que la tarde se me había echado encima. Romeo me observó poniendo morritos y comentó:

—Menuda telenovela, piccola. Menuda telenovela.

Tamborileé los dedos en el volante del conductor.

—En todas las familias se cuecen habas, pero esto... —Elevé la

carpeta cuando la cogí del asiento de al lado.

—Prefiero no ser yo el primero que la vea. Ya hemos escuchado suficiente por el pinganillo. —Se tocó la oreja y fui consciente de que todos habían estado escuchándome.

Me sentí fatal al saber por lo que había pasado Dom y la infancia de un niño al que no habían querido y a quien solo pretendieron convertirlo en el enemigo de alguien.

Asentí al comentario de Romeo y arranqué el coche antes de que a Luciano le diese por aparecer y nos encontrase a los dos en medio de la salida.

Conduje todo el camino seguida de él hasta llegar a la misma puerta del palacete. Me despedí con un beso en el aire y Romeo me lo devolvió con una sonrisa picarona.

Menudo zalamero estaba hecho.

19

El mundo de la oscuridad

—¿Tiziano? —pregunté al aire, entrando en el salón de casa.

Nada. Allí no había nadie.

Me giré y caminé hasta la cocina, donde me encontré con Carlo y mi madre. Deposité un beso en la mejilla de ella y le pregunté al hombre que, con seriedad, se bebía un té.

—¿Has visto a Tiziano?

Alzó una ceja, dando un sorbo de la taza.

—En la parte trasera está. Borracho como una cuba.

Me sorprendí por esa información y eché el cuerpo hacia atrás, asombrada.

—¿Borracho? —Carlo asintió sin mirarme. Solo había visto a Tiziano una vez borracho, y fue cuando llegué a Roma—. Tiziano no se emborracha nunca.

—Será necesidad atrasada. Qué te digo. —Dejó la taza a plomo y se giró para mirarme—. Paso de salir, porque voy a partirle las piernas. Sabe que no puede despistarse, y no sé ni cuánto ha bebido de la botella.

Tenía un enfado prominente, como el de los padres cuando saben que los hijos hacen algo que no deben.

Mi madre colocó una de sus manos en el antebrazo de Carlo y lo frotó con cariño. Me dio un beso en la mejilla y musitó:

—Ve con él, mi niña. Yo me encargo de este.

Capté una sonrisa mal disimulada de Carlo y salí de allí a la carrera en dirección a la parte de atrás del palacete. Me asomé por la esquina, contemplando los escombros que todavía estaban en la casa trasera que Tiziano había destruido. Él y sus demonios iban de lado a lado, cantando una canción italiana a viva voz que hablaba sobre el

arrepentimiento y el mundo de la oscuridad o algo así, con una música de fondo que salía del altavoz de su teléfono. Ni siquiera podía entenderlo mientras cantaba o tarareaba, según le diera, pero sí supe qué canción era la que escuchaba: Carmina Burana. Puse los ojos en blanco porque era un dramático de narices, pero cambié mi percepción en cuanto lo vi.

No iba a la guerra.

Es que libraba una batalla con sus propios demonios.

Entrecerré los ojos para verlo mejor, pues únicamente nos alumbraban las farolas de la calle y la poca luz de la luna. La botella destelleó y capté que se encontraba prácticamente vacía. Suspiré, recordando que la primera vez que lo vi en esas condiciones tampoco fue tan malo. Solo tuve que esconderme detrás de Carlo, pensando que me mataría por darle un golpecito de nada.

—¿Tiziano? —lo llamé, andando con pasos cortos.

Se giró y pareció marearse al hacerlo, porque amusgó los ojos y me enfocó, tambaleándose sobre sus pies varias veces. Iba borracho, borracho.

—¿Bambina? —Sonrió de oreja a oreja.

No aguantó el equilibrio y terminó despatarrado en el suelo, pero se recompuso de inmediato e intentó levantarse, sin éxito. Un «Me cago en sus muertos» salió de sus labios. Me acerqué a él con rapidez y lo sostuve del brazo, lo que ocasionó que cayese con él al césped al hacer la intentona de cogerlo. Me reí al encontrarme casi debajo de su cuerpo, dándome cuenta de que era una ayuda pésima.

—Creo que no puedo con tu peso —le aseguré riendo, y recogí un mechón de su cabello—. Te has soltado la melena.

Miró mis labios con atención, pero sus ojos intentaron buscar los míos.

—Creo que me he desmelenado un poco de más. No recuerdo haber pillado una borrachera tan seguida. Y de ambas eres la culpable —apuntó, frunciendo el ceño.

Se separó de mí con dificultad, se sentó en el suelo y miró la casa derruida. Yo lo hice a su vez, porque aquello no me había quedado claro ni entendía los motivos.

—¿Yo?, ¿qué te he hecho yo? —le pregunté ofendida.

Él rio.

—Qué no me has hecho, bruja.

Abrí la boca con desmesura para protestar, pero no me dejó. Me arrastró hasta que consiguió colocarme en medio de sus piernas, mirando a los escombros. Noté que su barbilla caía a plomo en mi hombro derecho y giré mi atención hacia él, porque era cierto que

contemplar las ruinas me daba pavor y me traía recuerdos poco agradables que quería enterrar a toda costa. Me quedé girada y levanté las piernas por encima de la suya, quedando en forma de L.

—¿Por qué estás así? —le pregunté en un susurro a la vez que tocaba sus manos, que se enlazaron hasta mi cintura.

Más que una caricia, pensé que ese gesto lo necesitaba para no desmayarse allí mismo. La lengua se le trababa, pero lo entendía.

—Porque no sé cómo sacar toda la oscuridad que llevo dentro.

Automáticamente le miré los brazos, comprobando que se había cambiado la camisa a una negra. Genial, estaba pesimista. Tiré de la prenda y negué con la cabeza. Él sonrió de esa forma que me volvía rematadamente loca.

—¿Y si me lo cuentas? —le dije con tiento.

—¿Qué quieres que te cuente más, bambina? —musitó, y vi que los ojos le brillaban mucho. Me callé y el prosiguió—: Aunque el mundo se caiga a trozos, tú intentas recomponerlo.

Ensanchó los labios con desgana, y ese gesto no me gustó, porque Tiziano camuflaba sus verdaderas emociones con esas sonrisas, pero nunca eran con desgana. La alerta en mi cabeza sonó y me aventuré a preguntarle:

—Es evidente que has escuchado la conversación con Dom.

Se tocó la muela con disimulo y alzó la barbilla, apartándome la mirada. Otro gesto que Tiziano no tenía jamás.

—No solo he escuchado la conversación. También he visto cómo intentabas que él se sintiese bien después de lo que Claudio le ha hecho. —Rio, esa vez con sarcasmo, y apuntó—: Menudo cabrón. Si es que es un Sabello.

Deslicé mi mano por la suya, que continuaba descansando en mi cintura. Busqué sus ojos y los encontré a punto de humedecerse. No se ocultó y me temí lo peor. Le dejé el silencio necesario hasta que retomó la conversación:

—Lionetta Sabello. —No me miró, pero sus ojos brillaron más—. Fue la alegría durante nueve meses en Catania. Estábamos todos locos esperando el nacimiento de la única niña de los Sabello. Ese nombre significaba «Pequeña leona», y mis padres lo buscaron a conciencia porque se merecía un pedestal después de tanto varón. —Le dio un sorbo a la botella.

Permanecí en silencio, sintiendo que el estómago se me encogía y que el nudo en mi garganta crecía a grandes escalas. Tragué saliva cuando continuó:

—El día que mi madre se puso de parto, fue en casa. En el salón. —Apretó los dientes y vi que una lágrima traicionera caía de uno de sus

ojos. No la ocultó—. Al médico de la familia no le dio tiempo a llegar. Mi madre había dado a luz a la niña, quien durante todo el embarazo estuvo sana, pero nació muerta sin motivo aparente.

Tragué saliva, percatándome de que las lágrimas ya caían de vez en cuando por mi rostro, libres. Sonrió con añoranza antes de seguir:

—Mi padre nos echó a todos, junto con Cornelia, Carlo y Francesco. Pero Enzo, Valentino, Dante y yo éramos unos espabilados de cuidado. Nos portábamos fatal. —Rio y lo imité por la sinceridad de aquella risa, aunque fue muy triste—. Nos escapamos de los mayores y nos escondimos en la parte trasera de la casa. En la puerta que da al porche donde te pedí matrimonio de mentira. —Hizo comillas con los dedos y yo ubiqué muy bien la zona.

No quise hacer ningún comentario porque sabía que necesitaba sacar esa oscuridad de la que había hablado, o terminaría consumiéndolo. Todo esto, sin duda, tenía relación con la información que Dom me había dado. No quería ni pensar en el momento en el que viese el carpetón que había dejado en el coche.

De nuevo, miró al frente y musitó, estando muy lejos de allí:

—Yo era muy pequeño, no llegaba a los diez años, y ya había algo que marcaría un antes y un después en mi vida tras ver cómo mis padres quedaban destrozados por el nacimiento de Lionetta. —Le dio otro sorbo a la botella—. Después llegó la depresión de mi madre, la ausencia de mi padre por sacarla de ese pozo negro, un Claudio hijo tomando decisiones que no le correspondían... —Movió la cabeza de manera afirmativa—. Y con todo ello, la primera vez que maté a alguien. Mi primer asesinato.

El cuerpo se me cortó. No dejé de mirarlo, porque no quería que viese miedo en mis ojos, pero en el fondo lo tenía al no saber qué iba a contarme. También era consciente de que había muchas cosas que no sabía de Tiziano, y que solo el tiempo bastaría para que me contase lo que él quisiese.

—Regresaba del colegio con Romeo. En Catania siempre se supo que mi familia no era trigo limpio, y todo el mundo respetaba a mi padre como el que más. De hecho, siempre lo han respetado. —Sacó la cajetilla de tabaco y se encendió un cigarro—. Solo habían transcurrido meses desde el terrible nacimiento de Lionetta, y la casa estaba sumida en una penuria en la que no había más cabida para problemas. No se celebraban cumpleaños, no se cantaba, no se ponía música, no se jugaba con la mamma, papà no aparecía la mitad de los días, y si lo hacía era para encerrarse con su mujer en la habitación de los vestidos...

Me miró, y quise que la tierra me tragase, porque nunca lo había

visto tan hundido. Allí era donde Antonella Sabello tenía sus más preciados ropajes y todo lo que le gustaba o verdaderamente tenía importancia, así que no me hizo falta preguntarle si era la habitación destinada a Lionetta, porque sin duda sí. Así era.

—Un niño de mi clase me dijo que le habían dado una paliza a Valentino entre dos niños mayores que él. Tendrían unos trece años, y yo ya calzaba mis diez.

—Eras un crío... —musité con congoja.

Asintió y no apartó los ojos de mí.

—Al día siguiente cambié de camino. No fui al colegio y esperé paciente durante una semana para ver los movimientos del cabecilla de aquella paliza que le había costado una semana de hospital a Valentino, conforme estaba la situación en casa. —Tomó una bocanada de aire y me heló la sangre la frialdad con la que continuó —: El último día de esa semana le quité una navaja a mi padre tras meterme a hurtadillas con Dante en su despacho y lo esperé en la esquina, antes de llegar al colegio. —El labio me tembló y temí por su final, evidentemente malo, además de que no podía dejar de pensar en que era un puñetero niño.

»No le di tiempo ni a explicarse. Conforme apareció, le clavé la navaja aquí —me tocó la yugular con un dedo— y murió en el acto. —Necesité abrir la boca para tomar una bocanada de aire por su declaración—. Romeo estaba muy nervioso, y yo... —apretó la mandíbula como si no tuviese importancia—, como si no hubiese matado a un crío con mis propias manos. —Miró al frente, como si estuviese viéndolo de nuevo—. Carlo apareció de inmediato y se encargó de todo. —Negó con la cabeza—. Ni siquiera mis padres se enteraron de lo ocurrido hasta años después.

Le di unos minutos para que se tranquilizara, porque notaba que su respiración se encontraba muy agitada y entendí que estaba sobrepasado.

—¿Por qué estás tan afligido, Tiziano?, ¿por qué recuerdas ahora esto? —le pregunté, llevando mis manos a sus mejillas.

Una única gota había caído de sus ojos y ese líquido continuaba allí. Una. Pero nunca pensé que llegarían muchas más tras esa. Volvió su atención hasta centrarse en mí y pareció enfadado de verdad. No entendí el motivo hasta que habló:

—Porque no pienso, sino que actúo, Adara. Porque todo lo que toco, termino pudriéndolo tarde o temprano. Porque soy un puto asesino —siseó, pues su tono fue creciendo a medida que hablaba—. Y tú sigues aquí. Tan normal. Intentando ayudar a quien encuentres a tu paso, sin importarte las consecuencias.

Suspiré y me aparté lo que pude para contemplarlo de cerca.

—No vamos a tener esta conversación de nuevo. Estoy contigo porque quiero. Con tus demonios y sin ellos. —Rio con ironía y sentencié—: Y yo aprenderé a llevarlos siempre que tú me dejes.

Elevó la barbilla con temeridad y vaticiné algo peor. No me gustaba ver el semblante turbio ni aquellos ojos tan oscuros, pese a la negrura de la noche.

—¿Cuántas maldades se le pueden hacer a una persona y que te las perdone? —musitó.

Alcé los ojos, intentando destensar la tensión que se había creado entre los dos y en el ambiente. Sonreí con timidez y negué.

—Depende de la persona. Pero todo puede sobrellevarse. —Me miró mucho. Mucho y muy intensamente—. Creo que deberíamos entrar y...

—¿Cuándo vamos a hablarlo de verdad, bambina? —me cortó.

Adiviné por dónde pretendía guiar la conversación, porque solo me bastó ver ese arrepentimiento impregnado en él. Traté de desviarlo del tema, pero me fue imposible:

—Tienes una mezcla de sentimientos que están haciéndote ver todo lo malo que escondes, pero también hay cosas buenas que no estás apreciando, y creo que ahora no es el momento de revolver el pasado.

Sonrió con ironía y se tambaleó un poco hacia la derecha cuando trató de señalar los escombros.

—Por eso no eres capaz de mirar el lugar donde te humillé con otras mujeres.

Apreté los dientes con garra y me enfadé al darme cuenta de que era verdad. Que todo lo que habíamos vivido desde que lo conocí estaba ahí, pero los incidentes que ocurrieron desde que salió de la cárcel estaban más patentes que nunca, y por mucho que quisiera evadirlos, se encontraban en un recóndito lugar que me empeñaba en esconder a toda costa. En Atenas había eludido la conversación para llevármela a mi terreno, pero esa noche parecía no estar dispuesto a darme una tregua.

—¿Sabes lo peor? —me preguntó con rabia contenida. Lo miré, y las lágrimas le caían como ríos de los ojos. Juro que me asusté de verlo así—. Que me arrepiento —dijo con ira, y se señaló—. Y yo nunca me arrepiento de nada. De nada —recalcó con mucho ímpetu.

—Siempre hay una primera vez para todo —le resté importancia—. Tampoco te había visto así jamás —musité.

—Los mafiosos también lloramos. Aunque sea a escondidas. —Rio de manera histérica y lo seguí, porque no perdía su esencia por muy borracho o mal que estuviese; de hecho, se le trabó la lengua un pelín.

Sentí que mis lágrimas se deslizaban a la misma velocidad.

Por verlo así.

Por mí.

Por los dos.

Llevé mis manos a sus mejillas e intenté calmarme para no alterarlo más, y lo besé de manera casta en los labios. Pareció no querer separarse nunca de ese beso, e incluso escuché un breve gruñido cuando me quedé a muy poca distancia de su boca.

Pensé mucho antes de decir las palabras que tenía en la punta de la lengua, aunque las solté antes de meditarlo en condiciones:

—Tiziano, tenemos solo tres opciones para superarlo: guardarlo en el baúl de los malos recuerdos como has hecho con el resto de tu vida y explotar cuando lo necesites, echárnoslo en cara siempre que tengamos una discusión o apartarnos el uno del otro definitivamente.

—También hay una cuarta. —Alcé las cejas y lo insté a que me dijese cuál era—: Puedes acostarte con otros hombres en mis narices para que me sienta menos ruin. —Torció el morro—. Pero eso conllevaría un asesinato múltiple, porque tendría que descuartizarlos a todos.

La carcajada de mi garganta salió espontánea y lo vi sonreír al mostrarme así en una situación tan tensa. Tenía pantalones que lo que más le carcomiese, después de todo lo que me había hecho, fuese acostarse con otras mujeres. No era que yo le diese menos importancia, pero para mí no había sido lo más grave.

—Este tema se cierra y se termina aquí —murmuré, tocándole la mano con suavidad—. Para mí fue un cúmulo de situaciones, pero no lo que más me dolió. Solo espero que eso reste un poco tu pesar. —Me miró atentamente, sin interrumpirme. Me toqué la pierna con la mano que tenía libre y su atención fue directa allí—. Autolesionarme fue lo peor. —Permití que un silencio se crease entre los dos mientras nos evaluábamos—. Dime, bambino, ¿qué opción escogemos?

Soltó el aire que contenía en los pulmones, sin dejar de observarme con esos hermosos ojos miel tan brillantes que asustaban de verdad.

—Echárnoslo a la cara siempre me agota solo de pensarlo. —Sonreí —. Lo de apartarnos está prohibido, o tendría que matarte y después colgarme. Y eso de dejarme caer con una soga...

—No lo ves —terminé por él la ironía.

—No. No lo veo. —Arrugó el ceño—. La cuarta y única que yo he aportado la excluimos, porque no he pensado bien. —Negué con la cabeza cuando añadió como si estuviese hablando con él—: Tengo que aprender a ser menos ligero de boca. —Cruzó los brazos a la altura de su pecho con ferocidad—. Nos quedamos con el baúl ese que dices.

Apreté los labios para no reírme a carcajada limpia de él y de sus cambios de actitud junto con sus propias regañinas. Extendí las manos y las coloqué sobre sus fuertes antebrazos, descubiertos de la tela de las mangas de su camisa. Los presioné un poco, buscando su mirada.

—¿Nos vamos a la cama?

Sin esperármelo, me giró completamente, dejándome de cara a los escombros. Apoyó de nuevo la barbilla en mi hombro y me preguntó muy cerca de mi oído:

—¿Seguro que usamos el baúl ese?

Asentí y gruñó como respuesta.

—Seguro —le respondí, contemplando con ojos brillantes el destrozo que había organizado.

—¿Y qué hacemos aquí? —se interesó.

Permanecí callada durante un rato, con el corazón comprimido y sin saber qué decir. Se suponía que debía tener una salida en ese instante para que Tiziano dejase de sentirse tan mal. Sin embargo, no la encontraba, porque todo lo que albergaba ese terreno era la maldad con la que él me había roto. Sellé mi boca, con las ganas de llorar más fuertes que nunca, y arrugué un poco los labios para no derrumbarme. Supe que lo había notado, porque un suspiro inundó la oscuridad.

—Algo bonito. Algo que te transmita paz y te guste. —No le contesté y me concedió ese silencio.

Me erizaba la piel recordar el momento en el que la bola gigante derrumbó parte de la vivienda. Cómo había visto su remordimiento y cómo estaba viéndolo entonces eran dos versiones distintas, porque el de entonces era terriblemente negro.

Palmeé su mano dos veces y me levanté.

—Ya lo pensaremos. ¿Nos vamos a la cama? —repetí, quedándome de pie, dada la vuelta y mirándolo.

Alzó una ceja y me imitó. Tuve que ayudarlo en el intento, porque lo hizo con tanta rapidez que se tambaleó hacia un lado. Carraspeó para disimular la borrachera y alzó la barbilla, dándome a entender que estaba en perfectas condiciones.

—¡Esta conversación no habrá tenido lugar mañana! —soltó muy efusivo, intuí que para quitarle hierro al asunto. Esbocé una sonrisa—. Y espero no recordarla —me echó un brazo por encima del hombro y aguanté estoicamente su peso—, porque entonces tendré que matarte si me recuerdas ciertas partes.

—¿Ciertas partes como cuáles? —le pregunté suspicaz, comenzando a caminar hacia el interior.

—Como que es la primera vez que me derrumbo delante de alguien, por ejemplo.

Enarqué las cejas con guasa.

—Soy una privilegiada, entonces.

Se detuvo con brusquedad, se giró y me miró a los ojos con intensidad. Lo reté de la misma manera y pareció hacerle gracia que tuviese el valor de enfrentarlo.

—Eres una privilegiada en muchos sentidos, bambina —murmuró con voz ronca. Se acercó con lentitud a mis labios y los rozó sensual —. No creo que esté en plenas facultades para rendir, pero una duchita y...

Le propiné un manotazo en el pecho y reí cuando su mano pellizcó mi trasero un par de veces, para dejar caer después un palmetazo que, con seguridad, me habría puesto la nalga colorada. Me señaló con el dedo cuando lo golpeé y añadió:

—Ya empezamos con los golpecitos.

—Tú has empezado antes —lo acusé, tirando de su mano hacia la casa.

Sería el aire frío, la conversación o todo en general, pero lo veía mejor. Mejor de lo que iba, porque al entrar en el vestíbulo, la calefacción le dio tal bofetón que lo vi tambalearse hacia atrás. Se tiró de la camisa y bufó como un energúmeno:

—¡La hostia! ¡Que alguien apague este puto infierno!

Reí por la exageración de su gesto y porque vivir la vida sin humor, junto a Tiziano, era imposible. Ni siquiera sabía cómo era capaz de hilar una conversación seria y después sacarle punta a todo para destensar el ambiente.

Pero era él.

Él y su maldito efecto, que todo lo convertía como por arte de magia.

Carlo asomó la cabeza desde el salón principal y entrecerró los ojos. Moví una mano en su dirección cuando agarré la de Tiziano con énfasis y lo guie escaleras arriba.

—Ya me encargo yo.

—Uuuh, cómo ha sonado eso... —ronroneó cerca de mi oído, y grité por el mordisco—. Tu madre está detrás de Carlo.

Lo insté a que ascendiese a paso ligero, y vi cómo le guiñaba un ojo a mi madre, quien, efectivamente, se encontraba detrás del grandullón, que lo miraba con mala cara y negaba con la cabeza, evidenciando que no tenía remedio.

Al llegar al dormitorio, cerró la puerta con énfasis y sus ojos se tornaron oscuros. Negué con el dedo índice y casi me lo arrancó de un mordisco, pero logré esquivarlo antes de que me agarrase.

—Nos vamos a la ducha de cabeza, italiano siciliano.

—Cuidado, listilla, que todavía me mantengo en pie y ahora no tienes a nadie que te esconda del italiano siciliano —me dijo con una risilla macabra.

—No estás en condiciones de ponerte bravucón. ¡Si no te mantienes!

—¿Estás segura? —Dio un paso y se tambaleó de nuevo. Me reí con nerviosismo—. ¿Tú has visto bien el cuerpo que tienes delante?

Di un pequeño salto cuando se abalanzó como un animal y salí corriendo hasta el baño, donde por supuesto me atrapó en volandas y terminamos los dos bajo el chorro de agua helada.

20

Resolviendo problemas

Tiziano Sabello

—¿Lloraste de llorar? —me preguntó estupefacto Dante—. ¿De llorar a moco tendido?

—Me pudo la situación. ¡En general! —Me desesperé e hice muchos aspavientos con las manos. Llevábamos más de treinta minutos con el tema. Solo se me ocurría a mí contarles nada.

—Pero lloraste —apuntó Dante.

—Ni que le hubiese salido fuego de los ojos, cojones —se quejó Romeo—. Es que llorar no es de machos —se mofó de mi gemelo.

—Yo lo flipo. —Ese fue Enzo—. Entre tú y este —señaló a Claudio —, estáis sembrados con los nuevos descubrimientos.

Claudio le lanzó a la cabeza la grapadora que tenía mi padre sobre la mesa del despacho. Enzo la esquivó con maestría y chuleó para más inri a nuestro hermano mayor. Dante, Romeo y Alessandro comenzaron a partirse el culo, Piero permaneció en una esquina revisando unos papeles, y Valentino no cambió su gesto hosco, aunque se atrevió a poner los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? —le pregunté con mal tono—. ¿Tú nunca lloras o qué?

—Pues no —me aseguró Enzo—. La última vez que lloré fue cuando me enteré de que los Reyes Magos no existían. Y creo que fue excesivo.

—Fanfarrón —musitó Piero, sin levantar la cabeza de los papeles—. Si lloras cada vez que te das un golpe en el meñique del pie.

La carcajada fue monumental, y el que le tiró la grapadora recién adquirida fue Enzo al abogado, que permanecía en la misma posición, sin moverse. No le dio, gracias al cielo, porque, si no, lo que habría salido rodando del antiquísimo despacho habría sido la cabeza del Sin

Lágrimas.

Carlo se encontraba en el pasillo, a la espera de que nuestro padre apareciese con Francesco, pues esa mañana habíamos acordado una reunión bien temprano para decidir qué hacer con la hija de Dom y resolver problemas. No quería ni pensar en todo lo que había escuchado por los pinganillos de Adara —que no eran pocos—, porque rememorar cada palabra era como si me clavasen puñales en el pecho.

Recordar la noche anterior me ponía de mala hostia porque me había derrumbado delante de ella. Nada más y nada menos que de ella, que se encontraba peor de lo que quería admitir. No me habían hecho falta muchas pruebas más para descubrirlo. El hecho de que no quisiese ni mirar las ruinas que teníamos delante me confirmó lo que ya había pensado hacer. Di gracias por haber acelerado ese proceso, el cual esperaba poder mostrarle esa misma semana. Que no lo borraría, pero le evitaría un sufrimiento mayor.

—Solo se me ocurre a mí contaros nada —musité con pereza.

—Carlo nos ha chivado que anoche estabas como una cuba. O nos lo contabas, o nos lo contabas —sentenció Valentino, descruzando los brazos.

—Tú cállate. Que te recuerdo que te ha pegado una paliza una enanita. —Dante rio con maldad, apoyando a Enzo en su cometido, que no era otro que dar por culo esa mañana.

—Fottuto bastardo![4]

Valentino dio un paso adelante tras ese rugido y emperchó de la camisa por detrás a Dante, levantándolo lo justo de la silla para que se asfixiase. Había puesto de fondo música clásica en cuanto llegué, y Bagatelle in A Minor le venía que ni pintado a la dramática escena. Enzo y Claudio trataron de separar a Dante de las garras del orangután, y Alessandro se partía la caja al lado del perjudicado. Romeo pasó del tema, como hacía de costumbre cuando la cosa no iba con él.

Mientras los dos se peleaban, uno a voces y el otro pidiendo que lo soltase, la música cambió y Les contes d'Hoffmann tomó la batuta de la situación en el instante en el que Piero me habló:

—He encontrado un psicólogo.

—¿Eso es para mí? —Me señalé con el dedo, eufórico.

—Evidentemente —comentó, pasando las hojas de la carpeta.

Me adelanté en la silla, cambiando la posición chulesca que tenía, y cerré la navaja de golpe para prestarle atención.

—Como se descuide, deja al psicólogo como la diana que tenemos en casa —se mofó Claudio.

Me reí de manera irónica y lo fulminé con los ojos, para después instar a Piero a que continuase:

—Se llama Marco Bianco. Es viudo, trabaja aquí en Roma y parece un tipo normal. Cincuentón y con una vida aburrida. Le vendrás bien para darle salsa a su monotonía.

—Eso ha sonado a que eres un mono de feria, piccolo —objetó Romeo, aniquilado con la mirada por Piero.

—La normalidad va a cambiarle en cuanto le diga que es capu de una mafia siciliana —se jactó Dante, todavía peleando con el cuello de su camisa.

La algarabía y los malos humos, todo a partes iguales, cambiaron cuando el pomo de la puerta giró y por ella apareció nuestro padre con mi madre a su lado y Francesco detrás. Valentino soltó a plomo a Dante, provocando un gran estruendo en la silla. Las conversaciones y las voces cesaron y el conjunto de los Sabello se pareció a un coro de la iglesia, preparado para cantar los oficios divinos. Nos faltaba la corona de angelitos y lo bordábamos.

Ensanché las comisuras de los labios. En realidad, todos lo hicimos, y el patriarca de la familia alzó una ceja como si fuese un clarividente. La mamma fue la lista, como en todas las ocasiones en las que nos matábamos a palos y ella era la primera en descifrar quién había sido el instigador para empezar con la gresca.

—Estaban peleándose —aseguró ella sin resto de duda, mirándonos de uno a uno.

—Mentira. —Dante salió el primero en defensa de todos, pero el rugido de Valentino nos delató a los demás.

—Y ese ha empezado la pelea. —Mi madre lo señaló con el dedo y tuve que reírme, porque era una fenómena.

Atravesaron por medio de nosotros para ocupar los puestos de detrás del escritorio. Como era costumbre, la mamma tardó lo suyo en llegar a su sitio porque nos besuqueó a todos. Mi padre, más reacio a dar muestras de cariño en situaciones tensas, tiró de una silla y la colocó al lado del gran sillón, dejando a mi madre en el puesto de mando. Aquello era algo que siempre me gustó, porque no por ser la mujer de la familia era menos. Al contrario, donde Claudio Sabello iba, Antonella Sabello estaba.

Yo quería que mi familia fuese así. Yo quería que mi bambina tomase la posición que se merecía a mi lado, e iba a conseguirlo como fuese: borrando sus demonios, los míos y hasta los del vecino, si era necesario.

—¿Esta es la carpeta que trajo Adara ayer? —preguntó mi padre, cogiéndola.

La había depositado sobre la mesa en cuanto llegué. No había pretendido abrirla en solitario, porque sabía que incluía imágenes desagradables de mi madre. Adara no me había contado lo que habló con Dom, pero sí escuché lo que mencionó sobre Gabriella. Todavía me rondaban por la cabeza sus palabras, esas de que ella murió cuando secuestraron a Adara de Gualey. No es que fuese una persona mística, sino que las circunstancias que acontecían después de tener mis pálpitos me demostraban que las cosas extrañas sí que podían existir.

—¿Las habéis desglosado? —me preguntó mi madre, mirándome. Negué con la cabeza—. ¿La carusa la ha visto?

—Creo que entera no —supuse, pues no había hablado con ella sobre nada.

Todavía me dolía la polla de lo tieso que me había puesto la noche anterior, y recordé el chichón que llevaba detrás de la cabeza porque intenté tirarme a la yugular de mi bambina. Ni con el baño se me había quitado la borrachera. De hecho, esa mañana arrastraba un dolor de cabeza que no se me había pasado ni con tres pastillas juntas.

Me reí mentalmente al recordar cómo le arranqué la toalla y la hostia que me metí al perder el equilibrio y caerme de la cama. No la había escuchado reírse con tanto ímpetu en la vida, y mira que últimamente lo hacía bastante. El golpe me dejó KO, y mientras ella se marchaba a por una bolsa de guisantes para ponerme en la cabeza, yo caí muerto en un sueño profundo. Si sumábamos dos más dos, era un libro romántico de la hostia.

«Menudo payaso», me dijo mi demonio, y dio un portazo a la puerta del infierno mientras mi ángel se carcajeaba conmigo por la situación tan surrealista. Eso sí, tenía pendiente enmendarlo ese mismo día, ya que me había levantado muy temprano y no quise despertarla.

Mi padre miró a mi madre en cuanto abrió la carpeta. El silencio fue aterrador en el despacho, y me sorprendió que ese día ni siquiera se encendiese el puro habitual cuando nos reuníamos.

—La investigaremos en profundidad. A ver qué sacamos de aquí —sentenció el patriarca, cerrándola al ver la tensión que el resto también habíamos notado en mi madre.

Unos golpes en la puerta sonaron y cortaron la conversación de raíz. Sabíamos que el motivo principal era la aparición de Dom en el despacho. Sin embargo, lo que más me preocupaba era el estado de Claudio, quien, aunque permanecía impertérrito ante la situación, en el fondo temblaba. Temblaba porque eso lo producía el amor desmedido que esos dos se tenían, por mucho que intentasen

ocultarlo.

—Adelante.

La voz pareció salirle a mi padre de lo más profundo del averno. Miré su rostro, encontrándome con unas facciones duras, serias y muy marcadas que dejaban claro quién era el verdadero Claudio Sabello y que, por mucho que el puesto me hubiese sido otorgado, sin duda continuaba siendo el más temible de la familia.

El cabello oscuro de Dom asomó por la puerta semiabierta por Francesco, con una mano en el arma y sin fiarse, como lo estaban Carlo y la mitad de mis hermanos. Todos eran conocedores de su muestra de lealtad y de la cabeza de Leonardo rodando por el salón del palacete.

El nuevo invitado pareció reacio a entrar en el despacho con tanta gente, y no pude morderme la lengua a la hora de invitarlo a entrar. Elevé la mano en el aire con gracia y le dije:

—Tranquilo, puedes entrar, que tengo todas las correas bien sujetas.

Un bufido de mi padre llegó a mis oídos y una colleja con sutileza de mi madre recayó sobre mi morrillo. No se me tenía ningún respeto, de verdad. La miré furibundo y me levanté, tomando el control de aquella reunión tensa.

—Dom, puedes sentarte. —Le ofrecí mi silla.

Alcé una ceja al ver que no se movía y lo miré a la espera de que hiciese algún gesto. Sus ojos se movieron en dirección a Claudio. Mi hermano lo esquivó y lo fulminó a partes iguales. Suspiré, porque la situación se complicaba por momentos, hasta que decidí hablar con claridad:

—Tú no te fías de nosotros. —Nos señalé—. Nosotros no nos fiamos de ti. Pero vamos a actuar como buenos samaritanos y vamos a comportarnos. ¿Verdad? —Miré a mis hermanos y algunos asintieron, aunque recelosos. Otros, como Claudio, directamente ni despegaron los labios ni hicieron gesto alguno—. Porque se supone que esto es importante para ti y para nosotros.

—No sabía que estaríais todos —objetó, sin moverse de la puerta. Tenía la mano extendida hacia atrás, aunque no vi qué ocultaba detrás —. ¿Dónde está Adara?

La mención de mi bambina fue clara para enterarnos de quién se fiaba.

—No ha podido venir —añadió Alessandro con arrogancia.

Dom lo meditó antes de dar un paso más, y al final me vi resoplando porque la incertidumbre era lo único que se palpaba en el ambiente. Di dos zancadas para llegar a su altura y sin preámbulos

abrí la puerta de sopetón, esperando encontrar qué era lo que ocultaba. En ese momento me dio un flas de que podría ser Luciano, y me llevé la mano a la pistola mientras decía en un susurro:

—También está Claudio.

—No me dejas más tranquilo. —Se miró el hombro y sonreí, aunque no dije nada, porque unos ojazos azules me perforaron. La mirada de Dom se enfocó en mi mano, quizá adivinando mis posibles pensamientos—. Veo que sigues sin fiarte.

Ignoré su comentario y añadí:

—Toda precaución es poca. —Contemplé a la niña, quien me observaba con rostro de víbora—. Hola, niña impertinente.

Poco se había hablado del comentario de Nicole delante de mis padres, y es que ninguno había sacado el tema a la palestra. Con sinceridad, miedo me daba el día que lo hiciese, porque a ver cómo afrontábamos que Claudio llevase con el enemigo tres años, por mucho que en ese momento se hubiese puesto de nuestro lado.

La chiquilla me enseñó los dientes y me pilló desprevenido, pero le mostré los míos y le puse unos ojos un tanto desquiciantes. No supe cómo, pero apartó la vista ipso facto. Me reí a mandíbula batiente cuando Dom me amonestó por lo bajo:

—Tiziano...

—¡Ha empezado ella! —La señalé con el dedo.

Entonces reparé en que no estábamos solos, sino que una mujer de pelo moreno y rasgos españoles muy definidos se encontraba justo detrás de Nicole, con las manos delante del vientre y los labios apretados. Reparé un poco más en ella, percatándome de que no medía un metro y medio, sino que era un poco más alta, aunque los Sabello ya la hubiésemos bautizado como el retaco que le dio la paliza de su vida a Valentino.

—Pues mal vamos —añadí, dándome la vuelta y dispuesto a soltar una bomba.

—¿Mal vamos de qué? —escuché que Dom preguntaba de fondo.

Mis ojos se fueron en busca de los de mi padre y este alzó una ceja sin saber qué era lo que ocurría. Mis hermanos se giraron para mirar quién aparecía, y el primero en reparar en Beatrice fue Enzo, que añadió con sorna:

—Esta es la que te dio la paliza.

Dom permaneció callado, por lo que advertí que ya se lo habría contado. Sin embargo, el rostro de aquella esbelta mujer me dijo más de lo que quería contar, y ya no tenía claro si Dom sabía de dónde procedía verdaderamente.

Valentino casi estranguló a Enzo, pero mi padre dio semejante

palmetazo en la mesa que los pies de mi otro hermano volvieron a tocar el suelo. Desde luego, tenía un genio de mil demonios. A Marco Bianco íbamos a hacerlo rico con tanta terapia. Me pregunté mentalmente si harían descuento por grupo.

—A ver cómo te digo esto, Dom... —dramaticé.

Mi padre colocó los ojos en el techo, cortando la tontería de inmediato:

—Ella no entra.

Dom se giró para mirarla. La señaló y todos, menos mi hermano Claudio, cabeceamos en señal afirmativa. Beatrice sonrió con superioridad y a mí me dieron ganas de sacarle los ojos de las cuencas, pero me contuve.

—¿Anna? Es la institutriz de mi hija. Como comprenderéis, estoy arriesgando la vida de las dos como para dejarlas en la calle.

—Dom...

No me dio tiempo a decir ni una palabra más porque la aludida sacó un arma de la parte trasera de su pantalón y apuntó a Carlo. Abrí los ojos en su máxima extensión y alcé las manos cuando mis hermanos apuntaron directamente a su cabeza. Mi guardaespaldas no se quedó atrás, sino que la encañonó con la misma predisposición.

—¿Anna?, ¿qué haces? —le preguntó ojiplático y con mal humor Dom.

—Van a mataros a los dos —le dijo ella.

—No, ragazza —añadió con arrogancia Romeo—. Vamos a matarte a ti como no te marches de aquí. Son dos cosas muy distintas.

Dom pidió calma con las manos, aun estando en medio de la reyerta:

—¿Nos hemos vuelto todos locos? ¿Qué ocurre? Se suponía que veníamos a dialogar como personas civilizadas —añadió entre dientes, mirándome.

La voz de mi padre volvió a sonar como si estuviese sacada del mismísimo infierno y dijo con mucha seriedad:

—Trabaja para la policía. Concretamente, para una brigada secreta contra la corrupción. Como comprenderás, en ese saco entramos todos.

—Aquí la policía no entra —sentenció Valentino, herido en su orgullo.

Sonreí y chasqueé la lengua cuando Dom puso los ojos en blanco, resopló y le pidió a Beatrice que bajase la pistola. Se colocó en medio, como si no le tuviese miedo a morir, y dictaminó:

—¿Pueden quedarse en una sala? —Me observó con atención y una súplica clara—. Por favor, Tiziano. Lo han abandonado todo. Las dos

—recalcó.

—Es poli —atizó Valentino.

Me mordí el carrillo y observé de reojo que mi padre tomaba asiento en su gran butacón, esperando mi respuesta. Prensé los labios y enfoqué mi atención en Dom, que no se inmutó, lo cual quería decir que lo sabía. No le di importancia porque los Rinaldi sí trabajaban con la policía; de hecho, ahí teníamos al cabrón de Vittorio. Llevé una de mis manos a su hombro y lo apreté, con la pistola aún en la mano.

—Tú entras. —Señalé el despacho—. Tu hijita se queda con Carlo y Francesco, a buen recaudo —puso mala cara—, en la sala de al lado. Te prometo que no van a hacerle nada. —Me llevé la mano con la pistola al pecho, provocando que las pulseras de oro tintinearan en exceso—. Y tú. —Miré a la policía y sentencié—: Te cuento cinco para salir del edificio.

Sus ojos oscuros se pasearon de Dom a mí en cuestión de segundos. Escuché la risa maquiavélica de Valentino de fondo. Alcé la mano y lo oí empezar con la cuenta atrás:

—Cinco.

Luego el teatrero era yo...

—No te lo tomes como algo personal, pero en mi familia la poli está vetada. —Apreté su hombro sano para que accediese.

—Cuatro. —Valentino continuaba, esa vez dando una larga zancada que vaticinaba problemas.

Beatrice entrecerró los ojos y Dom le hizo un gesto con los suyos para que abandonase el edificio; muy sabio por su parte, porque Valentino iba a matar. La tía no se movió del sitio. Valor tenía, desde luego.

—Tres.

—Está jugándosela —comentó Dante desde la otra punta. Mi padre lo acalló con un gruñido.

—Dile a tu poli que se pierda, Dom —le dije, por la seguridad de ella y porque, si no, su cuerpo sería lo que encontrasen al día siguiente en el vertedero más cercano.

—Dos.

—Vete —le ordenó Dom—. Te llamaré.

—Uno.

Valentino encañonó el arma en dirección a Beatrice, quien corrió todo lo que le dieron las piernas justo cuando la primera bala de Valentino impactaba en la puerta de la salida de emergencia, por donde una cabellera negra acababa de marcharse como alma que lleva el diablo.

—¡Ha fallado! —se jactó Alessandro, ganándose una mirada

aniquiladora de Nicole. Mi hermano enarcó las cejas y le puso muy mala cara a la chiquilla.

—He dado justo donde quería —argumentó Valentino, tomando asiento con desinterés.

Apreté los labios para no reírme, porque yo en su lugar le habría volado la cabeza sin miramientos, y más después de la paliza que le propinó en la misma casa de Dom. El gruñón se volvió y me enfocó, como si hubiese adivinado mis pensamientos. Elevé las manos sin nada que objetar y cabeceé en señal de que podían llevarse a Nicole. Dom no le quitó la vista de encima hasta que desaparecieron por la sala de al lado. Lo invité de nuevo a entrar y accedió sin estar seguro del todo.

Se mantuvo firme muy cerca de la salida, sin dar un paso en falso y con los cinco sentidos activos. No era para menos.

—Podemos empezar —dije, ofreciéndole la batuta a mi padre. Porque de todos los que nos reunimos allí, estaba claro quién tenía más cuentas pendientes con Luciano.

—Domenico —se levantó, colocó las manos en su espalda y caminó hacia la ventana, quise pensar que dándole la seguridad que el invitado no tenía—, por lo que hablaste con Adara, la intención es que nosotros tengamos un plan que entre los dos vais a destrozar para darle todo el beneficio a Luciano, porque, según tengo entendido, los negocios con los japoneses han ido a la perfección y requieren de más suministros nuestros. Corrígeme si me equivoco.

Claudio se revolvió en su asiento, aunque en ningún momento posó los ojos en el hombre que tenía a mi izquierda.

—Así es. La intención es que Adara se reúna conmigo en mi casa en unos días, los menos posibles, y anuncie que ha descubierto que vais a llevar a cabo un nuevo desembarco para un cliente muy importante.

—Para ello necesitaremos un plan estratégico que sea viable —apuntó Piero, con la carpeta en la mano. Dom asintió.

—Está buscando como un desquiciado a Leonardo, y no pasará de hoy cuando descubra que está muerto.

—¿Alguien puede relacionarte? —le preguntó mi padre.

—No. De hecho, la última vez que nos vimos fue a la salida de la casa de mi padre. Entendí por nuestra conversación que había descubierto que ayudé a Adara en Tokio, e iba a contárselo a él.

Mi padre hizo una mueca con los labios y cabeceó varias veces asintiendo antes de preguntarle:

—¿Y cuánto tiempo tenemos antes de que se entere de que los japoneses no tienen la droga y de que el contenedor de los órganos todavía está en Yokohama?

—Una semana como mucho. No puedo demorar más la información porque, con seguridad, él pagará mucho más para enterarse de la verdad. Contando, además, con que las personas que están silenciadas se encuentran en peligro.

El silencio reinó en la sala y nadie se atrevió a pronunciar una palabra. Dom me contempló a la espera y con las antenas en órbita, pues, aunque mi padre le hubiese concedido la licencia de mitigar un poco la tensión, Dom era un hombre de negocios y de nuestro mundo. Y en nuestro mundo todos sabíamos que, si te despistabas, te metían una bala entre ceja y ceja.

—¿Tu hija? —se interesó.

—En Alemania. De erasmus. Era algo que llevaba tiempo planeado y se ha marchado hoy mismo.

Mi padre se volvió de cara a su público, buscando mi atención y mi organización, para no variar. Convertí mis labios en una fina línea, pues, aunque estuviese en la conversación, la cabeza me funcionaba a mil por hora.

—Puedo cederte mi casa en Cefalú hasta que todo termine. Tiene la seguridad que necesitas, y la reforzaremos para que nadie sepa que Nicole se encuentra allí —añadí, viendo que mi padre cabeceaba de nuevo—. Pero no podrás aparecer ni ponerte en contacto con ella, porque Luciano no tardará en enterarse de lo que has hecho.

Se demoró unos segundos en contestar:

—Estoy dispuesto a asumirlo. Solo tengo una petición. —Lo insté con la cabeza a que hablase—: Que Beatrice la acompañe y se quede con ella. —Torcí el morro—. Está cualificada para defenderla y dar su vida por ella si fuera necesario.

—Lo sabemos, lo sabemos —apostilló Enzo, que estaba sembrado esa mañana.

A Valentino casi le explotó la vena aorta. Romeo le pidió calma y paciencia, pero yo sabía que en cuanto se quedasen a solas iba a coserlo a puñetazos.

Mi padre me miró, esperando una respuesta por mi parte.

—Nosotros no estaremos allí ni trataremos con ella. Puede quedarse mientras dure nuestro trato. Después, no quiero ni verla. —Asintió, agradeciéndomelo con una caída de ojos—. ¿Desde cuándo sabes que es policía? —me interesé.

—Desde que estuve en Japón. Ahí lo descubrí, al igual que el resto de la información de la que no disponía.

Tampoco supe el motivo, quizá nadie lo captó excepto yo, pero Dom desvió la mirada un nanosegundo hacia Dante. Me lo apunté mentalmente porque había algo que no me cuadraba. Y mejor no

hablábamos del pálpito raro.

—¡Bien! —Di dos palmadas en el aire, tan característico en mí—. Piero, con Enzo a montar el plan de mentirijilla. Valentino y Romeo, manos a la obra con la seguridad de Cefalú. Decidle a Riley que os ayude con el sistema y ponedlo en orden. Que Adara y Cornelia os ayuden para que tengan todo lo que necesiten en la casa. —Miré a Claudio—. Prepara el viaje. Mientras tanto, podemos ocultarlos en otro sitio.

—¿Y yo? —Dante se señaló, a la espera.

—Tú te vas con Alessandro adonde tienes que irte. —Miré mi reloj —. Ya llegáis tarde.

Donde tenían que irse era, básicamente, a recaudar el dinero del mes en los puntos claves de los negocios que Dante tenía sueltos pero que afectaban a toda la familia porque era un fondo común de estupefacientes que salían a la calle en grandes cantidades, con bandas de mucho cuidado. Lo llamábamos la recolecta, la cual nos tocaba esa semana y que estaba deseando, porque nos lo pasábamos en grande en el sótano de Catania.

No me hizo falta mirar a mi madre. Ella asintió, sabiendo que tenía que prepararlo todo.

—¿Esta noche? —Asentí a su pregunta y ella me imitó—. Tengo ganas de ver a mi niña.

Me hinché como un pavo inevitablemente. Que mis padres quisiesen a mi bambina tanto como yo, no hacía más que acrecentar ese pellizco que tenía constantemente en el pecho cada vez que pensaba en ella.

Dom me contempló de reojo y capté la indirecta al vuelo. Quería decir que debíamos quedarnos solos. Miré a mi padre y asintió quedo, por lo que di dos palmadas de nuevo, instando a todo el mundo a que saliese del despacho:

—Venga, a tomar por culo, que no tenemos todo el día. —Abrí la puerta con brío—. Andiamo, andiamo, andiamo!

Si nadie objetaba nada, era porque ninguno se había percatado de nuestra señal muda. Claudio salió por al lado de un Dante chulesco que le guiñaba un ojo a Dom con socarronería, pero mi hermano mayor permaneció con los labios sellados y un rostro de mala hostia que asustaba. Lo había dejado a conciencia preparando el avión para que tuviesen que volver a verse, y el hecho de que mi bambina nos acompañase era para ver si podía hincar el dedo en la llaga y hacer de celestina un poco, que tan mal no se le daba.

Dom sí que lo miró a la espera de una reacción por parte de Claudio, pero este solo desvió los ojos unos segundos, los suficientes

para decirle con claridad que lo mejor que podría pasarle era morirse. Mamma mia, eso no había quien lo salvase.

Cerré la puerta con ganas y alcé el mentón, buscando a Dom.

—Desembucha.

El aludido dio dos zancadas y se sentó frente a mi madre. Sacó su teléfono móvil y lo dejó sobre la mesa, alzando las manos para que pudiéramos cogerlo si queríamos ver que no ocultaba nada.

—El contenedor de los órganos llega mañana por la noche al puerto de Augusta, en Siracusa. —Me asombré por la noticia—. He recabado un poco de información con las notas de mi padre y he encontrado que no solo la mercancía que saldría de allí era de él, sino que una parte era de dos personas más.

Mi padre se volvió con intriga en su semblante y esperó a que continuase hablando. En realidad, los tres estábamos expectantes. Dom nos contempló a los tres, dudoso, hasta que dijo sin dejar de mirarlos de manera alterna:

—Uno de ellos es Angelo.

Chasqueé la lengua, y no me sorprendió que aquel perturbado le diese a todo. No sabía cuántos negocios llevaba en danza, pero sí que el tráfico de personas era el más relevante.

—Ese hombre no tiene fin. Imagino que estará buscándolo y no sabrá quién lo tiene —añadió mi madre.

—Sí. En vosotros está que se lo devolváis o no cuando llegue. Porque, como he dicho, el contenido del contenedor era de tres personas. Por lo que tengo entendido, mi padre había conseguido extraviar los órganos que no eran de él.

—Intuyo que los ha robado, para no variar —dije con tonito.

—Intuyes bien.

—Adivino que quien tiene que ir a ese desembarco somos nosotros —deduje.

—Adivinas correctamente. —Me miró con detenimiento y entrecerré los ojos al no entender qué quería decirme.

—¿Y el problema es...? —lo insté, con una mano en el aire.

Deslizó una de las suyas por su mentón y soltó el aire antes de anunciar, dejándome descolocado:

—Que la otra parte de la mercancía es de Dante.

21

La recolecta

Dante.

Mi Dante.

La madre que lo parió al hijo de la gran puta. ¿Cómo no nos habíamos dado cuenta de que tenía negocios independientes a los de la familia? ¡Si los llevábamos todos al dedillo! ¡Y encima le habían robado! Esa noche, en cuanto plantase un pie en el sótano de Catania y comenzásemos con la recolecta, veríamos si no perdía una mano de verdad, por cabrón.

Mis padres habían puesto una cara extraña por el nuevo descubrimiento. No lo entendí, pero no tardaría en hacerlo más de esa noche.

Me había quedado estupefacto, que ya era decir, porque de Dante me esperaba muchas cosas, pero no que estuviera trajinando con negocios a escondidas de la familia cuando nunca se había hecho así. Fui cagándome en lo indecente durante todo el trayecto que tardamos del despacho al palacete. Carlo se mantenía en silencio, imperturbable como de costumbre y sin meterse donde no lo llamaban.

—¿No vas a decir nada? —le pregunté cantarín e irónico.

—Me parece un trabajo estupendo, aunque debo admitir que no terminaba de fiarme de Domenico hasta que ha tenido los santos cojones de plantarse en el despacho. —Puse los ojos en blanco e hice una mueca de desagrado, acompañada con un «¡Venga ya!», porque su respuesta no iba en el hilo de mi pregunta—. Siempre por delante. Siempre tenemos que ir por delante —musitó más para él que para mí. Desvió la atención de la carretera un segundo para mirarme—. Luciano será un mamón de mierda, pero es un pringado al que estamos metiéndosela doblada.

Cerré la boca por no mandarlo a tomar por culo. Me sujeté las manos y las coloqué en medio de las piernas, con la sensación de que no me había escuchado en todo el camino.

—¿Y Dante? —cuestioné, con la ceja enarcada.

Resopló con fuerza.

—A Dante se le va a caer el pelo esta noche en Catania. Tu padre dijo hace mucho tiempo que con los órganos no se trabajaba. —Hizo una pausa y añadió—: Si me permites, me gustaría quedarme unas horas con Agneta y...

—Sí, que sí. —Moví una mano con desinterés y un poco de cabreo —. Que estáis solos para follar como locos. ¿Me ha perdonado un poco ya? —me interesé, cambiando de tema.

Sonrió sin llegar a enseñarme los dientes. Eso significaba que no.

—Un poco —me respondió sin convicción.

—Mentiroso.

La carcajada no me la esperaba, y entonces supe que tenía que hablar seriamente con mi suegra si queríamos tener una relación cordial que no estropease mis planes de futuro. No la quería cerca, pero tampoco lejos. Aunque era consciente de que no interfería en las decisiones de Adara, como nadie desde que estuvo en Tokio. Torcí el morro al recordar la de vueltas que dimos y el infarto que casi me produjo encontrarme con ella al fin. De hecho, rememoraba cuando menos me lo esperaba y casi a diario la presión que sentí en el pecho al verla correr por la arena y tirarse a mis brazos.

El coche se detuvo y salté casi en marcha. Carlo renegó. Para eso sí abría la boca, el mamón. Le hice un gesto con la mano para que me dejase y subí los peldaños de la entrada con dos largas zancadas. Me encontré a Cornelia en el vestíbulo, con las manos cubiertas por una rodea, avanzando hacia la cocina.

—¿Mi bambina?

Sonrió y se sonrojó a partes iguales.

—Está en la biblioteca. Lleva un buen rato allí.

Le guiñé un ojo y desaparecí escaleras arriba y sin frenos. Abrí la puerta de la biblioteca y me remangué la camisa de color malva que llevaba esa mañana. Asomé la cabeza y no la vi en un primer vistazo, pero cuando di dos pasos la encontré, en la primera planta de la biblioteca, justo enfrente de donde estaba el sillón.

No sabía para qué demonios quería un sofá tan grande allí en medio —excepto para hacer guarrerías en él—, porque estaba en el suelo, con una montonera de cojines apoyados en la baranda en semicírculo de la primera zona, tumbada bocarriba y con los pies en alto, apoyados en la pared y muy cerca del principio de la estantería.

Tenía una pila de libros a la izquierda. Creí contar ocho, pero no estaba seguro. Avancé con sigilo, aunque me sirvió de poco porque me captó a la primera de cambio.

—¡Hola! —me dijo con alegría, pero sin soltar el libro—. Ha venido Enzo hace cinco minutos.

—Me has jodido el susto —murmuré entre dientes y con desgana. Llegué con más urgencia al filo de la plataforma y metí las manos por los barrotes. Muy cerca de su oreja, musité—: ¿Qué quería?

Se revolvió al sentirme y sonrió, guiando sus ojos hacia los míos. Se encontraron muy cerca y con mucha necesidad.

—Me ha pedido que le recomendase un libro entretenido. Que Piero tenía mucho trabajo e iba a aburrirse. —Se encogió de hombros y a mí me dio la risa porque le encantaba echar el culo fuera. Menudo cabronazo.

—¿Y qué le has dicho que lea? —inquirí, separándome de ella para acortar distancias.

Subía las pocas escaleras que separaban la planta baja de la siguiente cuando la oí:

—La Biblia en tamaño mini. —Una carcajada salió de mi garganta con tanto énfasis que pensé que me moriría—. ¿Qué? Me ha dicho que le diese algo que tuviera un milagro. Pues ahí lleva unos cuantos.

Negué con la cabeza sin dejar de reírme y avancé hasta ella. Una vez que estuve a su altura, coloqué los brazos en jarra y la contemplé desde arriba.

—Tengo que comentarte un par de cosillas de la reunión con Dom esta mañana. —Se separó el libro que había vuelto a colocarse en la cara, donde leí que ponía «Hierbas medicinales»—. Pero antes tenemos que arreglar algo.

Dos enormes prados verdes aparecieron por encima de las páginas del libro y se estiraron, evidenciando su sonrisa.

—¿Tu cabeza, mejor? Esta mañana has sido muy sigiloso.

Estiré la mano y agarré el libro. Lo lancé a la otra punta y escuché un «¡Oye!» del que no hice ni caso. Tiré de su pie derecho y la coloqué de cara a mí. Extendí mis dos manos para que las aceptase, y ella las cogió con una sonrisa traviesa que estuve a punto de comerme.

—Mi cabeza va, pero la polla la tengo que me revienta.

—¡Tiziano! —Rio cuando la levanté con un impulso, provocando que su cuerpo se estampase con el mío.

Me separé para llevar una de mis manos a su cintura, mientras que la otra recogía un mechón rebelde que había caído en sus ojos y que intentaba apartar a toda costa con pequeños soplidos.

—Pero esta mañana no me has despertado —ronroneó muy bajito,

mirándome con descaro y travesura.

—Y eso pienso arreglarlo ahora mismo.

Subí mi mano libre con atrevimiento hasta el borde de su camisa y la colé por el interior, apartando la tela del sostén que me molestaba para encontrar el pezón erecto, del que tiré. Jadeó muy cerca de mis labios, y la muy osada se atrevió a pasar la lengua por ellos con lascivia. Arqueé una ceja cuando llevó su mano a mi paquete y lo apretó con saña, sonriendo.

—Estás muy lanzada para ser tan temprano, bambina. ¿Has desayunado espinacas?

—He desayunado sola en el patio. —Puso morritos—. Té con un bollito de chocolate, pero todavía tengo hambre.

Alcé las cejas, perverso, y después lo hice con las manos. Me separé de ella y la miré de arriba abajo, viendo que el rubor se extendía por sus mejillas. Me crucé de brazos y los mantuve a la altura del pecho, esperando el ansiado doble desayuno.

—¿Esa hambre puede saciarse sin ropa? —le pregunté picarón—. Unas buenas vistas no se cambian por nada.

—Si es lo que quieres... —murmuró, sin apartarme la mirada.

Se desprendió con una delicadeza apabullante de su camisa y me mostró un sujetador negro más sugerente de lo normal en ella. Movió el rostro hacia el lateral, preguntándome de manera muda si también me estorbaba. Asentí y alcé una mano momentáneamente para decirle que sobraba. Se llevó la suya a la parte trasera y lo desabrochó con rapidez, lanzándolo después a mis pies, permitiéndome así disfrutar de las vistas de esas dos turgentes y pequeñas tetas que me volvían loco.

Guio sus manos hacia el vaquero que se ceñía a sus curvas insinuantes. Lo desabrochó y lo bajó en un abrir y cerrar de ojos, sabiéndose observada. Lo arremolinó en un lateral justo al resto de las prendas y bisbiseó:

—¿Quiere el bello que le entregue las bragas también?

Apreté los labios para no reírme por la alusión al cuento que le regalé en Navidad.

—Me encantaría saber cómo huele ese coñito.

Su risilla no pasó desapercibida para mis oídos a medida que las deslizaba con parsimonia por sus piernas, hasta que el recorrido llegó a sus tobillos y alzó los pies para sacarlas. Las cogió con bravuconería y las lanzó a mi cara, aunque las pillé al vuelo y me las llevé a la nariz, aspirando con fuerza aquel aroma que me volvía jodidamente loco.

—Una puta maravilla —musité, viendo que se acercaba.

Trasteó con sus manos la cinturilla de mi pantalón, donde dio un

pequeño pero firme tirón que me movió lo necesario. Apartó la prenda de mi cara y la tiró al montón de ropa, acercándose de manera peligrosa a mi boca.

—¿Me besas ya? —cuestionó, alternando sus ojos de los míos a mis labios.

—¡Por supuesto! —le respondí con mucha euforia, estampando mi boca contra la suya.

Sus manos prosiguieron el trabajo mientras nuestras lenguas batallaban para saber quién era el vencedor en aquella guerra. Yo ya tenía asumido que había perdido desde que puse un pie en la biblioteca, porque mi intención no era otra que hacerle ver las estrellas de cerca.

Noté que mi ropa iba desapareciendo sobre la marcha, momento en el que mis manos buscaron sus mejillas con anhelo y desesperación. La tela de mi bóxer se esfumó también, y permitió que mi polla saltase salvaje, reclamando sus atenciones. Sonrió en mis labios, rompiendo el beso y buscando mi cuello para lamerlo y continuar con ese reguero de saliva mientras sus manos iban abriéndose camino entre los botones de mi camisa y mi piel. Contuve el aliento cuando la perdí de vista, según recorría y besaba paso a paso cada recoveco que quedaba libre hasta llegar a mi pelvis.

—Veo que también estás listo para que te desayunen.

La voz ronca y el deseo que reflejaron sus ojos cuando me atreví a descender la cabeza y a mirarla me mató. Apreté la mandíbula, a punto de que se me saltaran los dientes, una vez que su mano envolvió mi falo para llevarse la punta del capullo a sus labios, los cuales delineó e impregnó con mi esencia.

Jugueteó con su mano, estirando mi verga al completo y volviendo a cubrirla con la piel, otorgándome ese placer insano del que no me cansaba. Una viperina lengua osó pasearse con descaro por su longitud, desquiciándome por segundos, porque parecía no llegar el momento en el que se la metiese en la boca para calmar ese dolor de huevos que estaba entrándome.

—Bambina... —rugí.

—Bambino... —me imitó, y apoyé la cabeza de sopetón en la pared cuando se la comió sin dar un rodeo más.

No podía haber nadie en el mundo que tuviese los santos cojones de decirme que no le gustaba que le chuparan la polla. Apreté los dientes y me encontré llevándome una de mis manos a su cabello, el cual recogí en un amasijo revuelto para ganar más profundidad. Una profundidad que ella no me negó mientras movía mis caderas al compás de aquellos labios que me hacían perder la cordura.

Hubo un instante en el que se me ocurrió que era una genial idea buscarla con la mirada, y lo que me encontré me produjo el segundo infarto de la mañana. Mientras arremetía sin piedad contra mi polla, se llevó la mano libre a su coño, con el que jugueteó a la vez que mantenía ese despiadado juego con la boca. Entreabrí los labios, a punto de estallar y derramarme como un demente. Tiré de su cabello con brusquedad, separándolo y viendo que esa boca prendía mi propio deseo, a punto de liberarse como un desquiciado. Cuando paseó la lengua por el borde, gruñí con más fuerza y la sujeté de las axilas para que se levantase. Eso provocó que tuviese que sacar la manita que tocaba lo que era mío y que, por ende, me llevé a la boca y lamí sin quitarle los ojos de encima.

—¿Está mi bambina preparada para explorar una zona nueva? —le pregunté, y me introduje su dedo índice en la boca.

Me contempló extasiada.

—Estoy preparada para lo que quieras hacerme —musitó, absorta en el movimiento de mis labios.

La estampé contra mi pecho y la besé con tanta fiereza que temí hacerle daño. No tardé más de dos segundos en girarla de cara a la barandilla, donde sus manos cayeron a plomo para sujetarse. Cogí mi verga con rabia, sabiendo que me encontraba al límite, y me pedí mentalmente aguantar un tiempo más y extenderlo todo lo posible. Delineé con la punta la entrada de su sexo, impregnándome de su chorreante humedad, que me decía que estaba más lista que nunca, y la embestí con brusquedad, ocasionando un movimiento rudo en su cuerpo. Sus tetas impactaron con la balaustrada y llevé las manos a las dos para acompasar mis movimientos con pequeños tirones de sus pezones. Escucharla jadear de esa forma me volvía majareta del todo. Le mordí el cuello con saña, entrando y saliendo con descortesía. Firme y tenso. Tajante y rudo. Bestia y profundo.

—¿Te he dicho alguna vez que una de las cosas que más me gusta del día es follarte?

Deslicé la lengua con lascivia por su oreja y di un pequeño mordisco con el fin de oírla gritar. Giró su rostro para poder verme, y su trasero golpeó con garra mi pelvis, indicándome que necesitaba más. Y yo, pobre de mí, no hacía más que obedecer.

Me separé muy poco y la incliné lo suficiente para dejarme la entrada prohibida a la vista. Paseé la punta de mi polla por la zona que todavía no había profanado, arrastrando su propia humedad para lubricarla. Noté que su cuerpo se tensaba, así que me junté mucho a su espalda y musité en su oído:

—Tranquila, bambina. Te prometo que vas a correrte como no lo

has hecho en la vida.

Una de mis manos se marchó en busca de aquel botón que la enloquecía mientras la otra se afanaba en colocar mi falo en la entrada de su culo. Presioné un poco la zona y arqueó la espalda cuando el placer de mis dedos colisionó con la nueva intrusión. Soltó el aire que retenía en los pulmones, y a mí me faltó desmayarme por la estrechez según avanzaba de manera muy pausada para no dañarla.

—Ti... Tiziano —jadeó—. Eres muy grande —dijo de manera entrecortada, y gimió de nuevo.

Presioné un poco más, viendo que ya comenzaba a permitirme el acceso. Agaché el rostro y deslicé la lengua por su espalda, seguido de varios besos que recorrieron su columna hasta llegar a su rostro. Busqué su boca en una postura que podría provocarnos una cervicalgia a los dos y la besé con fervor, pujando y pujando con suavidad, sintiendo que sus paredes me absorbían muy despacio y se tensaban a partes iguales.

—Déjame entrar... —musité, repartiendo pequeños besos en sus labios—. Déjame enterrarme en lo más profundo de tus entrañas, bambina.

Entreabrió los labios, momento en el que destensó el cuerpo cuando apreté con saña su clítoris. Sentí que mi polla se deslizaba por completo en su interior, provocándome una sensación que casi me ahogó. Tuve que murmurar entre dientes muchas palabrotas y muy mal sonantes, viendo de reojo una pequeña sonrisa de su boca. Sonrisa que desapareció cuando salí y entré tres veces, haciéndome con el control de su cavidad y llevándola a tal extremo que me vi desbocado, sujetando su cuerpo al principio, viendo cómo entraba y salía como un desquiciado. Escuchándola gemir, jadear y gritar. Subiendo de decibelios según el arrollador orgasmo se acercaba.

Coloqué las manos en la barandilla, dejándola atrapada entre mi cuerpo, y pujé con un brío delirante. Una. Dos. Tres. Cuatro. Perdí la cuenta cuando un calambrazo me atravesó de los pies a la cabeza. Solté una mano del apoyo, sin abandonar el galope desenfrenado que ambos llevábamos. Porque ella también apretaba su culo contra mí, pidiendo más y mucho más fuerte. La llevé a su sexo, y lo que encontré allí fue un manantial de fluidos, generados en su mayor propulsión por aquel polvazo que estábamos marcándonos en la jodida biblioteca. Arrastré la humedad con la palma de mi mano, abarcándola toda, y la deslicé como un puto guarro por su cachete, impregnándolo, en el instante en el que me corría como un potro desbocado, acompañado del canto de una sirena que salía de su propia garganta.

Al salir, estampé la espalda contra la pared y me dejé caer con lentitud. Me llevé un antebrazo a la frente, me limpié el sudor que me caía a raudales por la frente y jadeé exhausto hasta que conseguí recuperar el aire que me faltaba. Extendí una mano cuando se volvió de cara a mí, como una puta amazona, con el cabello revuelto, los labios hinchados y la respiración tan desacompasada como la mía. Solté una tremenda carcajada cuando la escuché decir, tras aceptar mi mano y dejarse caer encima de mí:

—La Biblia vamos a necesitarla nosotros.

Me encontraba fumándome un cigarro en la entrada de la casona de mis padres en Catania, ya de noche. Habíamos tenido una cena de lo más singular; aunque llamarla singular era quedarse corto. Tal era la alegría que se respiraba en el ambiente que habíamos terminado lanzándonos trozos de pan a la cabeza cuando el tema de Valentino y su paliza salieron a la palestra. Enzo seguía sembrado ese día, y lo que le faltó fue que Alessandro y Dante le siguiesen el ritmo. La efusividad con la que la mamma y mi padre recibieron a Adara me sobrecogió, porque verdaderamente los gestos de cariño y afecto fueron impresionantes. Y, como he mencionado anteriormente, mi papà no solía tenerlos con nadie.

Todavía continuaba con el cosquilleo extraño por nuestro momentazo en la biblioteca, aunque había puesto a mi bambina al día de la reunión con Dom y los nuevos descubrimientos según tomábamos el avión hacia Catania. He de decir que no se tomó muy bien los negocios de Dante, tanto que puso una cara extraña, pero no objetó nada.

Mucho jaleo teníamos en tan poco tiempo. Sin embargo, la ayuda a Dom no podía exceder los límites y cada uno tenía que volver a lo suyo.

Escuché unos pasos a mi espalda, y el denso humo que apareció por el lateral izquierdo me indicó quién era. Me quité el cigarro de la boca y continué en la misma posición, contemplando la negrura del bosque que tenía delante del jardín de entrada. El clic al cerrar el reloj de bolsillo de mi padre sonó y moví la cabeza para observarlo. Me observó, soltando el humo de su puro.

—Es la hora de bajar. Carlo acaba de llegar. —Asentí y le puse morritos, porque sabía que quería decirme algo más. No fallaba—. ¿Qué vas a hacer con Dante?

—¿Qué quieres que haga con Dante? —le devolví la patata caliente.

—Es tu hermano. Y te recuerdo que el capu ahora eres tú.

Sonreí de medio lado y regresé la vista al frente.

—Pero tú eres un viejo zorro que lo sabía desde hace mucho y no le has dicho nada —expuse, pues los ojos de los dos así me lo habían demostrado—. ¿Sabes que existe eso de leer a las personas sin hablar?

Su ronca carcajada evidenció que, si él era ese zorro viejo, yo tenía a quién parecerme.

—Eres un cabrón nato, y estoy orgulloso de no haberme equivocado contigo. —Me hinché como un pavo, porque cada vez que hacía alusión a un comentario similar, era inevitable llenarse del orgullo del que hablaba—. La carusa entrará antes que tú en el sótano como no te des prisa.

—Tendrá que ir acostumbrándose a los negocios familiares. No creo que le dé ningún infarto. Siguiendo con el tema, al stronzo[5] de tu hijo le has dejado un buen marrón. —Me referí a mí y a cómo íbamos a solucionar lo de Dante.

Hizo una pausa que se me antojó extensa y larga.

—Cada uno lleva los negocios que quiere, Tiziano. Ya sabemos qué es el núcleo de la familia y cuáles son nuestros fondos. La droga ha ocupado parte de la vida de los Sabello desde que tengo uso de razón, pero es cierto que Enzo y Alessandro trafican con oro y nunca ha ocurrido nada.

—Porque Enzo y Alessandro siempre han ido con la verdad por delante. —Dejé pasar un silencio corto para darle una calada al cigarro—. Tú siempre has dicho que no trabajábamos con órganos.

Cabeceó con lentitud en señal afirmativa.

—Pero no puedo decidir lo que queráis hacer de manera independiente.

A eso teníamos que apostillarle que, por norma familiar, siempre había un pequeño fondo que se trasladaba al capu de la Nostra Famigghia, independientemente de lo que fuese. Nosotros éramos una mafia, aparte de ser familia, pero las normas estaban implantadas para todos, y Dante no iba a ser una excepción.

Sí, ¿qué era ser el mandamás de una mafia? Era poder. Era llevarse dinero a espuertas de cualesquiera que fueran los negocios que conformaban esa mafia. Sin embargo, también era responsabilidad, respeto y protección para sus componentes. Por un lado, podría parecer el trabajo más aburrido de la historia. Mientras todo estuviese bien, no había problemas, pero cuando estos llegaban, había que echarse a temblar.

—Que Dante se desvíe de los negocios es un problema. No podemos olvidar que es tu gemelo —objetó.

—Pero no tiene por qué ser mi sombra siempre. Es comprensible que tenga ganas de salir del sobaco de su hermano.

Muchas veces había pensado en él. En lo difícil que tenía que ser yo de mentira y en el hecho de tener que aguantar el trapicheo de algunos asuntos en los que se hacía pasar por mí. Viéndolo en perspectiva, no podía hacer su vida por vivir al amparo de ser idéntico a mí. Eso, en muchas ocasiones, era beneficioso, por supuesto, pero jamás le había preguntado qué sentía él y tampoco me lo había echado en cara durante los cuarenta años que tenía.

—Sin secretos —apostilló con severidad.

—Sin secretos —repetí.

Soltó una gran respiración, pues parecía que esa noche me había pillado con ganas.

—Tiziano, ¿no hay algo que te huele mal? —me preguntó muy serio.

—¿Lo dices porque no entiendes lo de los japoneses? —Lo miré y asintió. Regresé mi atención al frente y recité—: Los japos le cambian el contenedor a Luciano. Luciano roba la mercancía de Angelo y Dante, que iba en el mismo lote. Eso tendrían que saberlo los japos, ¿verdad?

—No creo que Luciano sea tan inteligente como para estafar a una mafia japonesa —manifestó con desagrado.

—Y ahora resulta que ese contenedor de órganos estaba buscándolo la brigada de Aarón, casualmente...

Nos miramos. Sí, algo no cuadraba, aunque lo descubriríamos bien pronto.

—Espero que el asunto de Arcadiy y Romeo no nos influya, o vamos a tener un buen dilema con esa panda de psicópatas japoneses.

Reí con hosquedad y enarcó una ceja sin entenderme.

—Podrán llamarse Yakuza. Pero nosotros somos los Sabello.

Estiró las comisuras de los labios y negó con la cabeza. El tema de Romeo prefería ni pensarlo, porque si Arcadiy había tenido que ocultarse —a saber durante cuánto tiempo—, era cuestión de meses que dieran con el foco inicial del informante, y veríamos el enorme percal en el que nos metíamos.

—Me han soplado que pretendes hacerme abuelo —cambió de tema.

Me giré de cara a él.

—Te lo han soplado bien —le confirmé—. Ya que estamos, y antes de que te enteres por otro soplo, estoy tramitando los papeles de un sitio que hay muy cerca de aquí. —Elevé un dedo y rodeé la casona.

Sus ojos brillaron, y no supe si por la emoción de lo primero o de lo segundo.

—También he tenido un soplo de eso.

—¡Vaya! —exageré en el dramatismo de la situación—. Al soplo llamado Piero vamos a tener que coserle la boca.

Rio.

—Tranquilo, me llevaré el secreto a la tumba para que tu bambina no se entere antes de tiempo.

Me aventuré desde hacía semanas en el tema de la casa en concreto, aunque era algo que no tenía muy claro. Sabía que a Adara le encantaba Roma, y quizá el cambio de moverse a Sicilia no le hiciese mucha gracia. Sin embargo, verla compartir aquellos momentos con mi madre y lo bien que se encontraba me hizo replanteármelo. No había errado en mi intuición, porque en realidad ella no estaba bien en el palacete, y los recuerdos eran algo que no borraría, por mucho que le construyese un museo de libros en la zona derruida.

Puse una mano sobre su hombro derecho y lo apreté con cariño.

—Intenta no irte a la tumba tan rápido, que quiero tener siete hijos y necesitan a su abuelo como un roble. —Sonrió con pesar y entrecerré los ojos para tratar de descifrar su mirada turbia—. Ella no está cómoda allí, y es comprensible. Y yo quiero que lo tenga todo. Que sea feliz sin ataduras. —Lo miré con intensidad antes de preguntarle—: ¿La recolecta?

Cabeceó de forma afirmativa y anunció:

—La recolecta.

Palmeé dos veces la misma zona donde había dejado mi mano, pero cuando giré sobre mis talones para encaminarme hacia la entrada, me detuve al escuchar una petición que ya esperaba desde hacía mucho tiempo:

—Cuando cojamos a Luciano, es mío. Y no es negociable, bambino.

No lo miré, pero sí que elevé el mentón lo suficiente para que se diese cuenta de que había alzado la cabeza. Prensé los labios para no sonreír de esa manera tan maquiavélica que me caracterizaba antes de responderle de manera teatrera y chulesca:

—El excapu ha hablado.

22

El escáner bomba

Una risa alegre me perforó los tímpanos, acompañada de otra más ronca. Avancé con paso firme, dejando a mi padre en el exterior de la casona, imaginé que maquinando a mil por hora o tal vez visualizando el momento oportuno en el que pudiese cortarle la cabeza a Luciano.

Habíamos sufrido lo indecente, y ese cabrón no había querido enterrar el hacha de guerra tras tantísimos años de enemistad, por lo que la piedad había pasado a un segundo plano y el golpe final estaba por llegar. Lo que no sabía por aquel entonces era cuánto nos costaría ese golpe final del que pronto nos enteraríamos.

Atisbé a mi bambina cogida del brazo de Romeo en dirección a la puerta del sótano. Su rostro cambió el segundo suficiente para que apreciase una palidez momentánea cuando mi hermano extendió una mano para abrirla. El resto de los Sabello iban en fila india, como el rebaño de cabras al que siempre hacía mención. Mi madre le quitó la botella de las manos a Valentino, y Alessandro renegó sin cesar que ya no eran unos niños y que estaban en plenas facultades.

—Ahora tendrás que enseñarme si estás en plenas facultades o si el alcohol ha hecho mella en tus neuronas. Andiamo!

La anfitriona de la casa le dio un palmetazo en el culo y Alessandro soltó una burrada tras otra; burradas que no acalló incluso cuando mi padre entró y los pilló en plena pelea de gallos. Porque otra cosa no, pero a Antonella Sabello ni siquiera su marido había conseguido sacarle los colores. Y, seamos sinceros, el piquito guarrindongo de algunos de los Sabello venía de herencia.

Le arrebaté la mano a mi bambina y tiré de ella hasta que se colgó de mi brazo. Me miró con una sonrisilla de borracha. Amusgué los ojos mientras los demás descendían.

—Ya está el celoso. —Romeo se acercó a su oído—. Todavía estás a tiempo de venirte conmigo. Serías la piccola en vez de la bambina. A mí me pone más.

—¡Romeo!

Ese tono de regañina salió de la garganta de mi madre, porque Adara se reía a pata suelta y negaba con la cabeza muy rápido. Así, terminaría potando. La sujeté de la mejilla para que no hiciese ese gesto más y la risa se le cortó cuando añadí en el mismo tono que Romeo, mirándolo a él:

—Conmigo, los polvos son épicos. Tú no me llegas ni a la suela de los zapatos.

Levanté el pie con arrogancia. Mi padre pasó por detrás y negó con la cabeza, pero el muy perro iba aguantándose la risa.

—Bueno... —murmuró Romeo—. Sería cuestión de probar a ver quién es mejor. El cipote ya me lo ha visto.

—¡Fue sin querer! ¡Romeo! —se quejó ella, eludiendo la disputa.

—Sin querer, sin querer... —Ese fue Dante, hincando el dedo en la llaga antes de descender las escaleras.

Apreté los dientes y Adara palideció. Intentó elevar las manos para pedir calma, porque a Romeo estaba viéndolo muy socarrón. Hinché el pecho como un palomo y apreté el puño justo cuando Enzo se colocó a mi lado y tiró de mi mano hacia atrás. No iba a golpearlo, porque sabía que estábamos de broma.

—No le gustaría. Es eyaculador precoz. Lo he visto yo —bisbiseó en el oído de mi bambina, que se sonrojaba cada vez más.

—¡No quiero escuchar más! —Elevó las palmas de las manos de sopetón—. Prefiero el sótano de las torturas.

Dio una larga zancada y puso el primer pie en el escalón que iniciaba el descenso hacia la sala. Romeo me guiñó un ojo y yo le arreé un puñetazo en el hombro. Se quejó fingidamente, y mi madre, que todavía seguía contemplándonos, añadió:

—Qué infantiles sois. Y así quieres ser tú padre.

—¡Oye! —Corrí tras ella para que no se me escapase y tiré de su antebrazo según bajábamos—. ¿No me ves capacitado? —Ella sonrió ante mi estado fingido de ofensa y recordé algo que me hizo adelantar a mi madre y dejar la broma para otro momento—. ¡Adariiiiiitaaaa!

Aligeré los pies para llegar antes de que cogiera otra de las puertas secretas que tenía la casona y que tampoco había visto. Se había detenido justo al lado de la sala donde hacíamos el ritual para los nuevos miembros de la mafia o, como en el último caso, los nombramientos, y observó una entrada que había detrás de una enorme estantería.

—Tenéis más escondites que mi hermano. Que ya es decir —musitó.

La pared tembló, al igual que toda la vivienda. Adara miró hacia el techo y arrugó el entrecejo antes de que la gran estantería se moviera hacia la izquierda, dejando a la vista una gran parte de la vivienda que había semiescondida y donde se guardaban mercancías tan grandes y poderosas como pocos sabían. Francesco y Carlo aparecieron a mi lado con una tableta en la mano cada uno.

—Se han activado los blindados —nos informó Francesco.

Mis hermanos permanecían a la espera y sin moverse.

—He extendido la seguridad a cinco kilómetros de aquí. El bosque y todas las posibles entradas a la casona están cercados —habló Carlo.

Asentí y miré a mi padre, que se encontraba con media sonrisa oculta. Adara estaba flipando; no había nada más que ver su asombro. Cuando hacíamos la recolecta, juntábamos a los hombres de mi padre y a los míos, que se encargaban de patrullar el perímetro que Carlo había delimitado para evitar posibles emboscadas. Nunca habíamos tenido ninguna, pero siempre podía ser el primer día, y no podíamos permitírnoslo. De ahí que el día se acordase cuando yo quisiese y sin que nadie se enterase antes.

No se trataba de desconfianza hacia el resto de mis hermanos. Se trataba de ser precavido y de saber cuándo era el momento de decirlo y cuándo no. De ser el capu.

—Activad los sensores de movimiento y bloquead la entrada —les ordené.

Otro temblor surgió a nuestra espalda y Enzo se colocó delante de mí para enseñarme un ordenador. Miró hacia otro lado y tecleé un código que únicamente sabía yo y, como era evidente, mi padre y mi madre. La puerta al sótano se selló con una persiana de hierro que estaba recubierta por otra blindada y muy dificultosa de romper. De hecho, si alguien intentaba entrar, nosotros tendríamos el tiempo suficiente de salir por los túneles de la casona, desconocidos hasta en los planos de la vivienda. Sí, estaba todo preparado para lo que éramos.

—¿Le hacemos el escáner? —me preguntó Enzo, y miró a mi bambina, que se encontraba con los ojos abiertos como platos. Si no le llegó la mandíbula al suelo, fue de puro milagro.

La busqué con los ojos y asentí.

—Id entrando —les dije al resto, que nos contemplaban en silencio —. Has bebido. —Le señalé el estómago y ella me observó sin comprenderme—. Ahí podría haber un retoño mío, y estás emborrachándolo antes de tiempo.

Enzo chasqueó la lengua y Adara esbozó una sonrisa.

—Tiziano, no estoy embarazada.

—Este se piensa que te mira y te preña —murmuró mi hermano, colocando el ordenador sobre la mesa.

—Como si fuera una vaca —se quejó mi madre, delante del escáner de acceso.

—Es que la miro y la preño —aseguré, siguiendo el hilo de Enzo.

—Señora Sabello, mire aquí, por favor —le pidió mi hermano, tirando de su mano.

—¡Tiziano, por Dios! —se mofó ella, quitándome la vista—. Que llevo días sin el anticonceptivo. —Miró a Enzo con horror y después lo hizo hacia mi padre, que esperaba el último—. ¿Qué van a hacerme?

Su pregunta sonó a temor, y mi padre sonrió al ver que buscaba su ayuda. Me acerqué por detrás y le dije contundente:

—Esos días son suficientes para que estés llevando al niño por mal camino. ¿Quieres que te diga las veces que...?

—¡Calla ya!

Me tapó la boca con las manos y me reí. Intenté morderle la palma de la mano mientras escuchaba a mi padre de fondo:

—Tienes que hacerte el escáner para poder acceder a la sala, carusa.

—¿Te fías más del papà que de mí? —cuestioné, viendo de reojo la risilla del patriarca.

—La edad es un grado —me respondió ella antes de que Enzo le girara la cara hacia el ordenador—. Y no sabes si será niño.

—No despegues los ojos de la pantalla —le pidió Enzo—. No, por favor, que no sea niño y que no salga a él. —Me apuntó con un dedo índice y le di un palmetazo.

Crucé los brazos a la altura del pecho y me planté en su lateral derecho para que me viese. No desvió la atención hacia mí, aunque solo por orden expresa de mi hermano.

—¿Tienes algún problema, mamonazo? —salté, con una ceja enarcada.

Enzo movió los hombros con desinterés.

—Ya va tocando que las mujeres nos repueblen.

Debía admitir que el comentario de Enzo era cierto. Ya estaba bien de tanto cipote suelto, como decía Romeo.

—¿Qué ocurre si no me hago el escáner? —preguntó Adara al aire.

Me reí mucho y muy ruidosamente. Se tensó, aunque intentó que no lo notásemos, y cuando Enzo le indicó que podía separarse del ordenador, me buscó con rapidez y cierta súplica en sus ojos. Elevé las manos y sonreí como un demente.

—Pues que... ¡puggg! —Hice un sonido muy ruidoso—. Explotas como una palomita.

Se quedó petrificada y mi padre habló desde el otro lado:

—El acceso tiene un reconocimiento facial para poder acceder y, por supuesto, una clave individual que nadie sabe excepto tu marido, Antonella y yo.

La vi pensar muy rápido en su cabeza y sonreí cuando dijo:

—Si Riley estuviese aquí, te habría dicho que si también pedíais una muestra de sangre y que tenéis más seguridad que el presidente de Italia.

—Casi —bromeé por lo de la muestra de sangre, y la empujé para que reanudase el paso, porque parecía que se le habían quedado los pies anclados al hormigón—. No seremos el presidente de Italia, pero tenemos más dinero que él —me jacté.

Me faltó un segundo para cogerla en volandas, porque parecía no querer llegar a la puerta nunca, y éramos los únicos que quedaban por entrar. Me observó horrorizada cuando nos detuvimos en la entrada y un láser rojo apareció al colocarse Enzo en el acceso. Mi hermano miró la pantalla de la derecha y el escáner lo reconoció enseguida. Marcó su código y el láser se volvió verde un segundo después.

—Os espero fuera. —Se giró, pero la detuve con las dos manos.

Temblaba, y no entendí por qué. Llevé mis manos a sus mejillas y acaricié esa boca que tan loco me volvía, para después darle un casto beso y tirar de su labio inferior.

—Date la vuelta, marca tu código y entra —sentencié tajante.

—¿Y si el escáner no me reconoce? —se alarmó—. ¿Qué código pongo? —Señaló la entrada como si fuese el demonio—. Lo de explotar como una palomita era broma, ¿verdad?

Me reí por lo bajo y la empujé hacia la puerta, quedándome detrás de ella. La sostuve de la cadera y se dejó guiar por mis manos para enfrentarse al reconocimiento facial.

—Pon un código de cuatro dígitos. El que quieras. Si no funciona, ni siquiera te reconocerá.

—¿Y entonces qué ocurrirá? —Intentó darse la vuelta, pero se lo impedí.

—Que asomarán tres fusiles por esos agujeros —los señalé en la pared— y te coserán a tiros.

Carlo me contempló desde la entrada, al otro lado, y negó con la cabeza, dándome a entender que ánimos, precisamente, no estaba dándole. Mi padre me regañó por lo bajo también, e iba a reírme cuando la escuché decir con mucha urgencia:

—¿Y si estoy embarazada de verdad?

—Señor de mi vida... A ver quién es peor —habló Dante desde el fondo.

Le di la vuelta con efusividad y alzó el mentón para mirarme, aterrada. Las alarmas en la entrada comenzaron a sonar por todo el sótano con mucha urgencia, y un «No, no, no» se oyó a modo generalizado entre todos los que estaban dentro. En medio segundo se habían plantado en la puerta y ocupaban todo el espacio entre gritos de que dejase de hacer el tonto y la girase, porque todos sabíamos lo que sucedía si el láser no se ponía verde.

—¿Estás jugando con mis sentimientos, bambina? —le pregunté, tan tranquilo y escuchando que cuatro ranuras se abrían en la pared.

—¡Que no es un farol! ¡Date la vuelta! ¡Date la vuelta! —voceó Enzo, a punto de reventarle el gaznate.

—¡Tiziano, por lo que más quieras! —exclamó mi madre cuando los fusiles ya asomaban por la rendija.

Adara abrió los ojos en su máxima extensión y yo estiré las comisuras de mis labios. En el instante en el que se volvía, la impulsé para que lo hiciese con más rapidez y el escáner ejecutó su función poniéndose en verde al instante. La pantalla cambió, exigiendo ese código necesario para entrar, pues el láser permanecía en rojo. La escuché respirar de manera entrecortada, más o menos como estaban todos los vecinos de la puerta. Pulsó un código con una velocidad pasmosa, permitiendo que lo viese.

El sonido para indicar que estaba correcto sonó y la luz cambió a verde al mismo tiempo que los fusiles retrocedían y se escondían en sus guaridas. No quise levantar la mirada porque iba a encontrarme muchos reproches en los ojos del resto, pero... me acerqué a su oído de manera sigilosa, viendo que su pecho subía y bajaba muy rápido.

—Quien juega con tu bambino, se quema. A estas alturas deberías saberlo —musité roncamente, recalcando mucho esa posesión—. Y tú te has ganado dos azotes como mínimo por hacerme ilusiones.

—Entra, anda, entra. —Romeo extendió una mano hacia ella y le dio un tirón sin suavidad.

Hasta mi hermano Claudio estaba descompuesto. Me coloqué las manos cruzadas por delante del vientre, como si fuese un niño bueno. Las miradas furibundas se pasearon con mal humor en mi dirección. Les hice un gesto con la mano, restándole importancia al momento de tensión. Sin embargo, cuando crucé la puerta, mi padre me dio semejante colleja que casi me sacó el esternón por la boca.

—¡Ah! —me quejé, y lo miré mal.

—Ah y oh. Me cago en tu vida, Tiziano. En tu vida —renegó mi padre.

Lo siguió la mamma, que me arreó un pellizco en el brazo por el que tuve que quejarme de manera irremediable también.

—¡¡¿Desde cuándo he pasado a ser menos importante en esta familia?!! —pregunté a grito pelado y con ironía.

Nadie me contestó, y me sentí como un niño cuando le da una pataleta de las grandes; aunque lo oculté, como era evidente.

Cada uno se marchó a su lugar, y cuando daba un paso para acercarme a Claudio y Piero, que eran quienes llevaban las cuentas de la recolecta, noté una presencia a mi lado y alguien tocó mi hombro. Era un dedo delicado, blanquecino y suave, pero que tocó con rudeza. Me giré y allí estaba mi bambina, con un morro que le llegaba a Lima. Se cruzó de brazos, muy cabreada, y me dijo con tono duro:

—Casi me matas.

—¡¿Yo?! —Me señalé ofendidísimo y después lo hice hacia ella—. La que no quería entrar eras tú.

Apretó los dientes tanto que creí escuchar el crujido de una muela. Un «Uuuh» se oyó de fondo de la boca de Alessandro. Todos los ojos nos miraban, pero a ella parecía no importarle. Podría decirse que la situación me divertía, sobre todo si conseguía sacarla de sus casillas, pero la sonrisa de idiota se me borró de un plumazo cuando entrecerró los ojos, dio un minúsculo paso y extendió la mano. Me apretó las pelotas de una manera que tuve que retorcerme y todo. ¡Joder, qué daño! ¡Cómo me estrujó la hija de la gran puta!

—Que sea la última vez que me pones en riesgo innecesariamente, o te quedarás durmiendo en el sofá un mes.

—Que tenía... Que tenía... —traté de explicarme, pero apretó con más saña mis huevos. Iba a matarla. A matarla de verdad.

—¿Qué dices? ¡No te oigo! —Se llevó la mano que tenía libre a una oreja, y yo me vi incapaz de apartarla porque, en el fondo, verla tan retadora me ponía como una moto.

Como pude, me saqué del bolsillo del pantalón un diminuto mando que había prediseñado sin que nadie lo supiese, excepto Riley, aunque él no pudiese entrar ni saber de la existencia de la sala. Nos las apañamos para la codificación y lo amenacé muchas veces con si se le ocurría abrir la boca. También tenía un control manual que podía desactivar con solo pulsarlo, y eso sí que lo tenía únicamente yo.

—Que el gilipollas tiene un mando para desactivarlo. O sea, que no te habrían disparado —terminó Piero por mí con un poco de asombro por el cacharro nuevo. Que me insultara me gustó, porque eso significaba que había perdonado un poco a Adara.

Me miró furibunda y soltó mis pelotas con mala hostia y un tirón seco que me dolería durante un buen rato.

—Estabas poniéndome cachondo —le dije con desvergüenza, y dio un paso que esquivé, retrocediendo con velocidad para que no me pillase de nuevo, porque fui ligero y vi que su mano volvía a tenderse en la misma dirección.

Reí con histeria cuando apretó los dientes con más brío, como si lo que más le apeteciese fuese insultarme. Pensé que se lo quedaría en el buche como hacía con todo, pero me sorprendió gratamente cuando me dijo:

—Eres un capullo y estás como una regadera. ¡Ni me hables!

Se giró, dejándome estupefacto, y me vi en la obligación de ir tras ella para suplicarle que me perdonase, pero Valentino me cogió del brazo y negó con la cabeza. Lo miré con asombro y negó con más énfasis.

—Te has pasado tres pueblos, imbécil.

—¿Vais a insultarme toda la noche? —les pregunté con mala cara, observando de reojo que Adara cogía una botella de licor de las fuertes y se la llevaba a la boca como una machorra. Encima, la tía me miró con altanería y todo.

Abrí la boca con desmesura y fui a quitarme la zarpa de Valentino, pero él apretó con más garra y me dio la vuelta, hasta que terminó con unos empujones que me llevaron hasta donde se encontraban los contables en la larga mesa.

La estancia era alargada, y en medio teníamos una extensa mesa en la que empezó a salir de todo menos algo malo. En una esquina, Claudio y Piero se colocaron en la cabeza del final, con las actas de cuentas de la familia; a su derecha, Enzo y Alessandro depositaron tres enormes maletines sobre el tapizado; Valentino y Romeo hicieron lo mismo, colocando cuatro maletines oscuros. El último fue Dante, ayudado por Carlo, que soltó tres bolsas sin miramientos. Mi padre lo reprendió por detrás mientras mi madre se acercaba a los contables, que ya estaban con el cigarro en la boca y el cubata al lado.

—Empecemos con Valentino y Romeo —ordenó ella.

Adara se encontraba al lado de Claudio, que se la había llevado aposta para que tomase las riendas de las cuentas, junto con mi madre. Estaba fuera de lugar, y lo supe al escuchar cómo le susurraba a Claudio:

—¿Qué quieres que haga yo aquí?

—Contar billetes —le respondió mi hermano con naturalidad.

Mi bambina cabeceó en señal afirmativa, sin mirarme un solo instante. Acopló su culo entre mi madre y mi hermano. La anfitriona de la casona abrió el primer maletín que Valentino le tendió, juntándose a ella mientras Romeo lo hacía también. Cuando todos

comenzaron a abrir los suyos, a Adara casi le dio un infarto.

—Bienvenida a tu nueva vida, carusa.

Mi padre sonrió desde la otra punta de la mesa, donde se había preparado una timba para después del recuento. Parecía una idiotez, pero ahí nos jugábamos el dinero de verdad y el ambiente se tensaba cuando perdías. También era una tradición familiar, y las armas estaban expresamente prohibidas por la mamma.

Dejé de mirar a mi bambina y su comportamiento cuando cogió el primer fajo de billetes que Valentino le lanzó. Sonreí al escucharla decirle:

—Qué bruto eres cuando quieres. —Fue un reniego, pero lo camufló.

Valentino sonrió como un gañán y le respondió:

—Sigues cayéndome mal. —Un «Mentira» al unísono proferido por toda la esquina, incluida Adara, resonó por toda la sala de la recolecta, y mi hermano el gruñón tuvo que reírse con aplomo porque sabía que llevaban razón.

Me alejé de ellos y fui a una de las esquinas, donde tenía una sorpresa preparada para mi gemelo. Cogí el regalo y me lo llevé a la espalda, semiescondiéndolo. Me acerqué a Dante, siendo consciente de que unos ojos verdes me contemplaban con fijación. Dante se agachó y subió con velocidad, dejando montones de dinero doblado y de cualquier manera sobre la mesa. Al final se cansó, levantó su culo y tiró el contenido de la bolsa en el tapizado.

—A tomar por culo —renegó, sacudiendo la bolsa, y miró a Alessandro, que lo tenía justo enfrente, al lado de Enzo—. La próxima vez vamos a poner como normativa que el dinero tiene que venir prensado. ¡Esto es una merda!

—Habrías terminado antes soltándolo todo encima de la tabla —le dijo Alessandro como si nada, y sus ojos se fueron a mí, que continuaba a la espalda de Dante, muy serio y sin dejar de mirarlo.

De repente, los ojos de mi hermano pequeño se abrieron un poco cuando me llevé un dedo lleno de sangre a los labios, indicándole silencio. Se quedó estupefacto, y Enzo también, porque arrugó mucho la nariz. Dante continuaba renegando, y el resto de la sala se dio cuenta de que a mí me goteaba algo a la espalda. Algo que estaba generando un charco rojizo en el suelo.

—... Como ahora tú estás con tu oro y no tienes que sacar los billetes de las bolsas como si fueran canicas, pues te da igual. ¡Claro! ¡Es que eres Alessandro el Pasota!...

Inmerso en su propio enfado, cuando subió la última bolsa, aproveché y di una larga zancada sin mirar a nadie. Con voz neutra le

pregunté:

—¿Y el resto?

Los hombros se le cuadraron mucho y se le pusieron muy tensos. Primera pista. No se giró hacia mí, pero sí torció el rostro y puso cara de querer engañarme.

—¿Qué resto? —me preguntó con mal tono.

—No lo sé. ¿No hay nada más? —inquirí sin elevar la voz.

Enarcó una ceja con astucia, pero lo que aquel condenado no recordaba era que éramos gemelos y que a mí no podía engañarme en lo que a gestos se refería, y ya se había delatado mucho.

—Esto es lo que hemos recogido Alessandro y yo. —Lo señaló—. Ni siquiera lo hemos contado. No sé qué quieres decir.

Mi mirada afilada lo taladró durante unos segundos, los suficientes como para que Dante no apartara los ojos, por la cuenta que le traía. Estábamos muy cerca, tanto que nuestras narices casi chocaban, y de hecho yo había sido el instigador para acercarme mucho más a él. Entrecerré los ojos, esperando una respuesta que no llegó, hasta que el silencio en la sala se espesó de tal forma que no había quien respirase. Extendí una mano y, sin titubeos, planté un órgano recién salido del horno, al lado de la montonera de billetes que Dante había depositado.

El tío ni pestañeó, pero sí que lo vio. Un suspiro de exasperación llegó por parte de mi padre, y a su lado, Romeo le preguntó muy bajito, aunque todos lo escuchamos:

—¿Eso es un corazón?

—Eso es un corazón —confirmó el papà.

Convertí mis labios en una fina línea y esperé, con la poca paciencia que me caracterizaba. Al ver que no abría la boca, metí la mano llena de sangre en el bolsillo de mi pantalón, abrí una navaja delante de sus ojos y la clavé en el órgano. Lo acusé de muchas maneras: por mentir, por guardarnos secretos, por no confiar en mí lo que yo había confiado en él... Por todo. Noté el temor de quien no sabe cómo salir de un entuerto, y también supe a ciencia cierta que mi perturbadora mirada estaba desquiciándolo.

—Explícame qué hace un corazón en tu parte de la mesa, Dante.

23

Otros negocios

Adara Sabello

Todavía no podía asimilar qué era lo que más me había impactado del día: si la tontería de Tiziano con el láser como si yo fuese una pieza que podía desmontarse y montarse cuando unos fusiles te acribillasen —porque nadie sabía lo del mando—; si que toda la familia supiese ya de nuestros planes de futuro sin siquiera habérselo contado a mi madre —de eso me hice una nota mental para que no se me olvidase—; o si temía más por la vida de Dante, que no se movía del sitio. A un lado dejaba la cantidad desorbitante de dinero, oro y objetos, como llaves de coches, escrituras de viviendas, etcétera. Hice mis cavilaciones y pensé que todo lo que no tenía que ver con el dinero eran deudas pendientes que quien fuera no habría podido pagar.

Mi corazón latió mucho más fuerte cuando Dante se movió una milésima; no para sentarse, sino para apartarse de la intimidante revisión a la que estaba sometiéndolo su gemelo. Tiziano, en algunas ocasiones, daba miedo de verdad. Desde luego, el puesto del mandato le quedaba que ni pintado. Claudio padre se mantuvo impertérrito, pero con la alerta reflejada en su rostro. Busqué ayuda en Antonella, quien permanecía muy rígida y con la mirada preocupada.

Parecían dos clones idénticos. De espalda, era imposible que diferenciases a uno de otro, y entendí tal vez un poco la vida que debía llevar Dante cuando Tiziano despegó sus labios para decir, con una voz tan turbulenta que asustó:

—A partir de ya, quedas relegado de tus ocupaciones conmigo. —Reparé en el asombro reflejado en la cara de Dante, aunque también en la de los demás. Su gemelo fue a hablar, pero Tiziano no se lo permitió—: Dejarás de hacerte pasar por mí y se acabó resolver

asuntos que tengan que ver conmigo. De ahora en adelante, los llevaré a cabo yo cuando sea necesario.

—¿Estás apartándome por esto?, ¿por que pueda ensuciar tu nombre? —le preguntó entre dientes, señalando el corazón, y esa vez dando un corto paso hacia Tiziano sin miedo—. Claro, ahora, como eres capu, se te olvida quién eras antes y todo lo que has hecho para llegar hasta aquí.

Las palabras de Dante destilaban dolor. Me sentí tremendamente mal al pensar que Tiziano lo hacía por eso, pero supe de inmediato que él no era así. Que él quería a su familia por encima de todo, y que, si lo hacía, tenía un motivo de peso lo suficientemente grande.

Mi italiano alzó la barbilla, altanero y con los ojos brillantes, y le dijo contundente:

—Te relego de tu trabajo conmigo para que dejes de ser mi sombra y hagas lo que te salga de la puta polla, Dante. —Su tono fue duro, y el nombre de su hermano, muy remarcado—. Para que no tengas que andar escondiendo ¡eso! —señaló con mala espina el corazón—, y tenga que enterarme por los demás de que estás traficando con órganos sin que nadie se entere.

—Pensaba daros el porcentaje que...

Tiziano se acercó de nuevo mucho a él y muy intimidante. Yo busqué esa vez la ayuda de Romeo, pero este negó con la cabeza. Lo intenté con Claudio padre, porque me dio miedo que terminasen a golpes o enfadándose más de lo que era necesario en tales circunstancias.

—Puedes meterte el porcentaje por el puto culo y cagarlo después —lo interrumpió.

—Es la primera vez que lo hago —trató de justificarse.

—Y encima te roban. —Tiziano enarcó una ceja. Dante se tocó una muela con disimulo, pero no le dio tiempo a rebatir ni objetar nada más, ya que su gemelo continuó con mal genio—: Se llama confianza, Dante. Con-fi-an-za. —Enfatizó cada una de las sílabas de la última palabra y se separó de él cuando Claudio padre carraspeó en alto. Sin quitarle de encima esa mirada asesina, gritó—: Andiamo! ¡Que no tenemos toda la noche!

Tragué saliva cuando se apartó de Dante, quien se sentó en la silla con mala cara. Tiziano dirigió sus pasos hacia la salida, pulsó su código y la gran puerta de hierro que nos ocultaba del resto del mundo se abrió, dándole paso al sótano. Desapareció de allí y yo volví a buscar a su madre.

—Tranquila. —Me apretó la rodilla con cariño y cabeceó, asintiendo.

Suspiré al ver que Romeo chasqueaba la lengua y lo llamaba sin alterar la voz:

—Piccolo, espera.

Pero el piccolo ya había desaparecido, y Romeo tecleó su código para que la puerta no llegase a cerrarse. Cuando lo hizo, el ambiente se tensó más de lo que ya estaba, y tomé una fuerte respiración antes de seguir contando el fajo de billetes que me habían dejado delante.

—Aquí debes ir apuntando las cantidades. Revísalas bien y tomas nota, mi niña. Ahora vuelvo para ayudarte.

Asentí a lo que Antonella me decía. Se levantó y se colocó muy cerca de Dante. Desdobló los billetes arrugados que su hijo tenía al lado y lo ayudó en su tarea. Cuando Dante dio el segundo manotazo sobre la mesa, Antonella colocó una de sus manos encima de la suya. Se miraron unos segundos, y lo siguiente que Dante hizo fue buscar a su padre, que tenía mala cara pero asentía.

No se hicieron más comentarios, pues aquel gesto de Claudio padre indicó que ya sabían que traficaba con órganos y que tendría que haberlo dicho antes. Piero se levantó para dirigirse a su padre y ayudarlo mientras Romeo regresaba. Vi que había fichas de distintos juegos, entre ellos la ruleta, sobre la parte de mesa que tenían. Imaginé que todo ese dinero sería de timbas ilegales. No erré en mis suposiciones cuando los escuché hablar de fondo mientras Piero anotaba en un papel los lugares donde se habían llevado a cabo.

—Diez mil novecientos.

Desvié mi atención a Claudio y me quedé obnubilada contemplándolo. No había un puñetero Sabello que fuese feo. Es que no podía sacarle defectos ni siquiera a Piero, que no tenía muy claro si me odiaba o me adoraba, la verdad. Presté atención al acta y aparté la mirada de aquel lince de ojos verdes que por fuera era un auténtico galán, pero por dentro me había demostrado que era un cabrón nato, como todos sus hermanos.

—¿Me has revisado? —me preguntó con guasa.

Aunque noté que las mejillas me ardían, presioné el boli contra el acta y le seguí el rollo:

—Sí. Además, creo que nunca te he dicho lo guapo que eres. —Elevé los ojos junto con las comisuras de mis labios y lo vi enarcar una ceja.

—¿Te recuerdo la condición sexual que tengo?

Una carcajada salió de mi garganta, flojita y no muy ruidosa, ya que el horno no estaba para bollos. No me había dado cuenta de que Valentino se encontraba detrás de nosotros, por lo que di un respingo cuando lo escuché decir:

—A mí no me has dicho guapo en la vida.

Giré el rostro al escuchar que arrastraba una silla y se sentaba a mi lado, con una enorme caja gigante que depositó en el suelo. Iba forrada de terciopelo, e imaginé que ahí comenzaría a introducir el dinero que contábamos.

—Se supone que te caigo mal, ¿por qué debería echarte piropos? —Puse cara de asombro y Valentino se rio con ganas, llamando la atención de todos—. ¡Cállate! —Le di un pequeño golpe en el hombro y se rio con más ganas.

Claudio lo acompañó, hasta que una música clásica, Má Vlast, para ser más concretos, sonó detrás de la puerta de la sala. Miré a Valentino y sonrió, cuando dijo:

—Tu marido ya está afilando cuchillos.

Arrugué el entrecejo.

—Qué puto dramas es —se mofó Enzo.

—No abras mucho la boca, que como te escuche... Ese está pensando —añadió Claudio, cogiendo otro fajo de billetes.

Dante permaneció callado y sin levantar la cabeza de su cometido. Estaba enfadado y dolido de verdad. Solo miró la puerta unos segundos, e igual de rápido apartó los ojos de allí para enfocarlos en sus tareas.

Seguí apuntando lo que Claudio me decía a la vez que Valentino me solicitaba el dinero contado para ir metiéndolo en la caja. Lo mejor era no observar ni de reojo la enorme fortuna que había en esa acta, porque asustaba de verdad. Desde luego, los negocios sucios dejaban más dinero que el que nos imaginábamos.

Busqué la atención de Claudio cuando me entregó otro fajo, y discerní que ponía los ojos en blanco. No esperé mucho más para susurrarle:

—¿Cómo estás?

—Bien. —Lo miré con mala cara. Sabía que Valentino estaba al tanto de lo que hablábamos—. Estoy. Y ya.

—Lo rozaste. Solo tuve que curarle un poco el brazo, pero está bien —lo informé.

—Porque quise, y no me importa. Así que sigue apuntando —me señaló el papel—, que ya hemos terminado de hablar, celestina.

Apreté los labios para contener una risa.

—¿Sabes que mañana tienes que ir a recogerlos a Roma para traerlos a Cefalú?

Soltó el taco de billetes sobre la mesa con mala leche y entrecerró los ojos. Oí una risilla de Valentino a mi derecha.

—Tú vas a venir conmigo, así que puedo meterme en la cabina con

el piloto y hacer como que ni existen.

—Pero vas a verlo —pinchó Valentino por detrás.

Claudio se irguió, pareciendo más temible que nunca, y soltó con bravuconería:

—¿Quieres venir y así ves a la mujer que te ha dado la paliza de tu vida? Mira por dónde, viene con ellos.

Valentino apretó el puño y yo coloqué una mano sobre la suya. Negué con la cabeza y le pedí calma con los ojos. Busqué a Claudio de nuevo, dándome cuenta de que había metido el dedo en la llaga y que, si quería cortar el tema de raíz y por su tono, era porque todavía podía hacerse algo. Era injusto que dos hombres que se querían tanto tuvieran que separarse por culpa de la rivalidad de las familias. Ese beso que se dieron en el palacete había demostrado tanto anhelo y amor que me dolió incluso a mí.

Extendí una mano en su dirección. Claudio me observó fijamente. Estaba pidiéndole el taco de billetes, y ver que se quedaba fuera de lugar me cercioró más si cabía que continuaba pensando en Dom.

—¿Piensas darme el dinero ya? —le pregunté sin desviar mi atención.

—¿Ya hemos terminado de hablar? —se interesó.

Sonreí de medio lado, porque estábamos hablando en susurros para que nadie se enterase, y lo cierto era que yo tenía la corazonada de que sus padres ya lo sabían de sobra; no solo por los comentarios de Nicole, sino también porque se habían enterado con anterioridad.

—No, claro que no.

Me miró, miró y requetemiró. Convirtió sus labios en una fina línea y apretó los dientes visiblemente. Le quité el fajo de la mano, dándoselo a Valentino, a tientas. Alcé la barbilla para que me dijese el recuento.

—Veinte mil trescientos. —Asentí y tomé nota sin quitar esa cara de arrogante que se me había puesto, porque sabía que estaba deseándolo.

—¿Vas a preguntármelo ya, o tengo que sacártelo con una cucharilla? —cuestioné.

Se lo pensó. El mayor de los Sabello era duro de pelar, pero no imposible. Esbocé una tímida sonrisa cuando lo escuché hablar de nuevo:

—¿Cómo está, carusa?

Me mojé los labios y elevé el rostro del acta para mirarlo. Me lo pensé antes de responder, aunque al final supe que los dos se encontraban en la misma situación y que, si uno no cedía, nunca se arreglaría el embrollo.

—Mal. Como tú —vaticiné.

No apartó su mirada de mí. No me molestó, porque en el fondo veía cómo su mente funcionaba a toda mecha, intentando juntar las piezas necesarias de su rompecabezas. Se pasó una mano por el fuerte mentón poblado con una barba incipiente y oscura. Valentino ni respiró, aunque esperó paciente a que le diese más fajos que guardar.

Desvié mi atención a la mesa un segundo, percatándome de que Enzo y Alessandro también nos prestaban atención. Los dos pusieron morritos a la vez, y tuve que sonreír porque los gemelos parecían ellos. El ruido de la silla al levantarse Claudio llamó mi atención, y lo vi alejarse lo suficiente para fumarse un cigarro con tranquilidad. Lo dejé estar, porque continuar en ese instante con nuestra conversación únicamente le hacía daño. Valentino y yo nos miramos, compenetrados y sin falta de palabras.

Enzo no tardó en retomar el puesto de Claudio, y Valentino cambió de caja con maestría. El tercero de la descendencia de los Sabello colocó un montón de oro delante de mis narices y añadió:

—Tienes que cambiar de acta y coger la otra. Aquí te digo el peso, y cuando lo vendamos, volvemos al acta una.

Asentí, fijándome en que, tal y como había dicho, las actas tenían una numeración escrita en el lateral. Tras un buen rato de contar relojes, collares, pulseras, anillos y todo tipo de joyas a cuál más bonita, caí a plomo en la silla. Ni siquiera me había dado cuenta, pero eran más de las dos de la mañana y el agotamiento me podía.

Romeo había entrado hacía un rato, pero de Tiziano no había ni rastro, así que me pregunté si debía ir o no en su busca. Había muchas cosas que desconocía de él, como su carácter si estaba enfadado de verdad, o dolido, en este caso con su hermano. No sabía si debía meterme en medio de sus reflexiones mientras afilaba cuchillos.

Un movimiento de Enzo llamó mi atención cuando pensé en levantarme. Estaba sacándose la biblia que le di del bolsillo de la camisa.

—No sé si devolvértela, porque vas a necesitarla si piensas ir de verdad. —Me la tendió y apreté sus manos cuando me levanté, empujándola hacia él.

—Tú la necesitas más que yo —le aseguré, con media sonrisa. Valentino gruñó, indicándome que no estaba de acuerdo con mi decisión—. Antonella, ¿puedes volver?

Se levantó del lado de Dante y tomó el relevo un Claudio callado, que había estado dando vueltas por la sala ayudando a Piero con el listado de contabilidad y sin dirigirme la palabra una sola vez más. Pasé por su lado y le apreté un hombro con cariño. Él me observó y

una caída de ojos bastó para reflejar su agradecimiento, pese a que no se encontrase bien.

Dante me miró de reojo y argumentó:

—No creo que sea buena idea.

Se escuchaba el Ave María que había oído en muchas ocasiones, y era cierto que te ponía los vellos como escarpias. Di dos pasos más para colocarme al lado de Dante, que se acomodó en la silla de manera chulesca y provocativa. Lo contemplé unos segundos, dejando que por mi mente se pasease que él había sido uno de los que peor se habían comportado conmigo cuando Tiziano salió de la cárcel. Un pellizco en el pecho fue suficiente para saber que lo había perdonado hacía mucho, aunque eso no significase que se quedase en el olvido. No era una persona rencorosa, pero sí demasiado bondadosa.

Me acerqué a él, y no se esperaba que mis brazos envolviesen su cuello. Doblada en mi posición, dejé de oír las voces de los demás al ver ese abrazo. Supe que estaban mirándome y no me importó, porque la vergüenza con los Sabello había pasado a un segundo plano y yo era así por naturaleza. Noté que sus manos subían reacias por mi cintura hasta que terminaron abarcando mi figura con fuerza.

—Hablaré con él —musité en su oído, y mis ojos se quedaron fijos en Claudio, que estaba muy cerca. Suspiró y apartó su mirada, sabiendo que también lo decía por él y por Dom.

Me separé de Dante, quien me miraba con una confusión extrema. Mi mano se deslizó, pero él no permitió que la quitase de su hombro y la cogió con rapidez.

—¿Estoy creyendo entender que vas a hablar con mi hermano para quitarle hierro al asunto?

—Estás entendiendo bien —le respondí, aún sujeta por su mano.

—¿Después de todo lo que te he hecho? —cuestionó, amusgando los ojos.

—Después de todo lo que me has hecho —repetí.

Apretó los labios, fuera de lugar, y me separé de él sabiendo que no había llegado el momento del perdón. Guie mis pasos hacia la salida y Claudio padre me llamó:

—Carusa. —Me giré, quedando a su altura—. No sé si...

—No me hará nada —le aseguré, interrumpiéndolo.

Marqué el código de la entrada y el hierro se desplazó, dándome paso. No miré atrás ni una sola vez, escuchando 14 Romances de fondo. Me acerqué con tiento cuando oí la puerta de atrás cerrarse con un sonoro golpe.

Tiziano se encontraba delante de la mesa donde había plantado un montón de artilugios para torturarme, y aunque aquello me produjo

un pavor impresionante, seguí mi camino hasta llegar a su espalda. Tenía un desplegable de cuchillos que asustaba. En ese momento, afilaba uno de grandes dimensiones. Abarqué su cintura por detrás y apoyé mi mejilla derecha en su espalda, escuchando su pausada respiración y el sonido al rasgar la hoja del cuchillo. Cerré los ojos y me permití atender al latido de su corazón, tan calmado que alarmaba.

A unos podría servirles la meditación para calmar su estrés cotidiano. A Tiziano lo calmaba afilar cuchillos con la música clásica de fondo. Mejor no pensaba de verdad en dónde me había metido, porque era de locos. Un mundo de locos que a mí me encantaba si estaba con él. Enamorada no, lo siguiente. Estaba ciega de amor, que era muy distinto.

Ahí también descubrí que en el amor era imprescindible entender cuándo una persona no quería hablar, y eso lo deduje en cuanto dejó de afilar y colocó una mano en la mesa y la otra sobre una de las mías, que permanecían en su cintura. Movió el dedo pulgar, haciendo círculos en mi piel. Besé su espalda con mimo y me separé.

Él se giró en mi busca, extrañado. Esbocé una tímida sonrisa y di un salto para sentarme sobre la fría mesa, en un hueco donde no estaba el desplegable. Me observó con atención, quise pensar que buscando en mi cabeza algo que le indicase el motivo por el que estaba plantada delante de él, a sabiendas de lo enfadado que se encontraba. Porque Tiziano no era estúpido, y con seguridad sabría que la gran mayoría me habrían advertido al ver mis intenciones. Ni siquiera Carlo se había inmiscuido.

—¿Cuántos te quedan? —le pregunté desinteresadamente. Elevó la mano y me mostró un cuchillo de combate que cortó mi respiración. Asentí, como si no me intimidase la cara seria con la que estaba inspeccionándome—. Me espero a que termines.

Moví los pies hacia delante y hacia atrás, y desvié mi atención de sus maravillosos ojos a la estantería que había delante. Lo hice porque estaba perplejo, sin apartar su atención de mí y muy serio. No pronunció palabra alguna, y la inspección le duró más de lo que me hubiese gustado, porque verlo de esa manera tan extraña me ocasionaba un temblor raro en el cuerpo.

Soltó el cuchillo a plomo sobre la mesa, provocando un gran estruendo.

—¿Has visto la cantidad de armas que hay encima de esta mesa? —me preguntó intimidante.

Sonreí sin mostrar mis dientes.

—No tengo miedo de los cuchillos. —Los miré, diciendo una

mentira como una casa de grande. Él aguantó la risa—. Seguro que alguno de esos es el de mi tatuaje sin tinta. —Me refería a la T que llevaba en el pecho.

—No. Ese está colgado en la colección —gruñó.

Supuse que ese tono le había salido por tomarme aquello como algo natural. ¿Y qué se suponía que debía hacer? Estaba cansada de llorar por los rincones, y ya iba siendo hora de espabilar.

—En vez del cuarto prohibido, podría llamarse el cuarto de los tesoros —objeté.

De reojo, aprecié que entrecerraba los ojos. Permaneció en silencio y se giró de cara a la mesa, donde cogió el cuchillo y regresó a su afán por dejarlos afiladísimos. Continué con el movimiento de mis pies, con las manos colocadas en el borde de la mesa y la vista puesta en el frente.

Pasó un rato demasiado largo para mi gusto. Lo respeté en silencio, cerrando los ojos de vez en cuando, dependiendo de la canción que sonase. Era consciente de que Tiziano me observaba de soslayo, pero no argumenté nada. De hecho, permanecí en ese silencio abrumador que supuse que él necesitaba.

Había terminado hacía unos minutos y se encontraba con los puños sobre la mesa, los labios sellados y la mirada furibunda. Me atreví a desviar mi atención y sus preciosos ojos color miel impactaron con los míos. No supe qué fue lo que vio en mi rostro, porque me preguntó:

—¿Te doy miedo?

Negué con la cabeza.

—Me da más miedo que no hagas una broma para destensar el ambiente —reconocí.

—Porque estoy cabreado de verdad —rezongó.

—Lo sé.

—Y aun así tienes el valor de llevar una hora aquí —murmuró más para él que para mí.

Chasqueé la lengua y me bajé de mi asiento, acercándome a él con seguridad. Alcé la barbilla para mirarlo a la cara, colgué mis manos alrededor de su cuello y paseé mis dedos por el principio de su cabello, atisbando cómo cerraba los ojos.

—Si llevamos una hora aquí, ¿eso quiere decir que ya podemos irnos a la cama? Tengo un poco de sueño —le dije. Apoyé la frente en su pecho y bostecé.

—Todavía tengo que entrar ahí para terminar la recolecta —añadió.

—Creo que entre todos ya la hemos terminado. Aunque yo me haya dado de baja antes para venir a verte afilar cuchillos. Por dos veces. —Sonreí.

Su boca no se curvó ni una milésima cuando me separé de él, por lo que me vi en la obligación de separar mis manos de su esponjoso cabello y mover las comisuras de sus labios hasta estirarlas. Terminó riéndose por hacerle aquella tontería, y eso me encantó.

—Eres mi puto ángel —musitó, juntando su frente con la mía.

—Y tú eres mi puto diablo —le correspondí con sorna.

Estiró aún más los labios y después los acercó mucho a mí. Un casto beso recayó sobre mi boca, y sentí desfallecer cuando su lengua profundizó hasta colarse en todos los recovecos de mi cavidad. Absorbí sus labios con delirio, siendo consciente de que mi cuerpo se restregaba contra el suyo de manera involuntaria. Mi respiración se volvió más agitada, y por un momento olvidé dónde estábamos cuando llevé mis manos a sus antebrazos, empujándolos hacia abajo.

—¿Quieres que se me quite el cabreo con sexo? No sé yo si va a funcionar —objetó, y mordió mi cuello.

—Vámonos a la cama —le pedí cuando mis intentos por que descendiese sus manos surtieron efecto.

Trasteó el botón de mi pantalón y consiguió colar un dedo en mi interior. Lo noté deslizarse por la abertura de mi sexo y busqué sus ojos, que brillaban como dos luceros. Entreabrí los labios y colgué mis manos en su cuello de nuevo, apretándome con más brío a su cuerpo para que profundizara en esas caricias que ya empapaban sus dedos.

—¿Te he dicho ya que debería estar prohibido tener tanto corazón?

Su pregunta iba dirigida expresamente a Dante y los desprecios que me había hecho. Era consciente de ello, pero en aquel momento las neuronas no me funcionaban como era debido. Alcé una ceja, impulsándome para terminar enroscando mis piernas en su cintura. Entonces, con dificultad por el dichoso pantalón, sentí que colaba dos de sus dedos en mi interior.

Jadeé en su boca.

—Bambina... —Su tono fue intimidante—. En estas circunstancias, lo que menos podría ser es delicado.

—Sube —le ordené—. Y no pares por el camino.

La acometida fue mucho más fuerte, al tiempo que su pulgar presionaba mi clítoris con maestría y yo soltaba un enorme gemido en su boca, a punto de correrme. Me restregué todo lo que pude y más, dándome cuenta de que ya subíamos las escaleras del sótano y de que Tiziano necesitaba con mucha urgencia llegar al dormitorio.

—Eres una mala influencia —me dijo, y estampó su boca contra la mía en el principio de la segunda escalera que llevaba a la primera planta del dormitorio.

Reí en su boca, pero la risa fue acallada por un tremendo espasmo

que me arqueó la espalda como un torbellino. Tuve que morder su hombro con saña para reprimir el grito gutural que podrían haber escuchado hasta en la ciudad.

24

Descubriendo a Nicole

Al día siguiente tuvimos que madrugar mucho, y no solo lo hizo Tiziano, ya que fui con él y en la sala ya estaba esperándolo su padre. Carlo se había marchado esa misma noche sobre las cinco. Lo supe por el rugido del motor y porque Tiziano me tenía sumida en un magistral orgasmo en ese instante mientras se movía sobre mí como un desquiciado. Suspiré al recordar las horas de sueño que no habíamos tenido, aunque me consolé con saber que podría echarme una siesta de camino a Roma, pues esa mañana debíamos ir en busca de Dom, Nicole y Beatrice. Se encontraban en un piso en el que se habían escondido y que pertenecía a los Sabello. Habíamos decidido quedar en el aeropuerto.

Únicamente nos acompañó Claudio de regreso a Roma y, por ende, de vuelta a Cefalú. Era conocedora de esa estrategia por parte de Tiziano, ya que habíamos hablado un poco durante esas horas, entre sexo y sexo. No se había despedido de todos. O mejor dicho, no se había despedido de Dante antes de que abandonásemos la casona tras el recuento final y la valoración positiva por parte del capu. No pregunté adónde llevaban las joyas y el dinero, pero fue Valentino y Romeo quienes se encargaron de cargar las enormes cajas y subirlas a un furgón que había a muy temprana hora de la mañana en la entrada de la casona. Ahora vendría el blanqueo de dinero y las posibles derivaciones a distintas cuentas.

Atisbé que Tiziano se llevaba la mano al antebrazo y se tocaba por encima, ya en el aeropuerto Leonardo Da Vinci de Roma. Sonreí sin mostrar los dientes en la salida del avión mientras Claudio abría la puerta trasera.

Esa noche, los Sabello tenían un desembarco pendiente con Dom en

el que yo no estaba incluida ni Antonella tampoco. «Las mujeres no se manchan. Se cuidan». Esas fueron las palabras de Claudio padre; para nada un comentario machista, sino todo lo contrario: denotaba el inmenso amor que le profesaba a su mujer. Después se escuchó a Enzo soltar algo como que, si alguien tenía que ir a la cárcel, Tiziano ya se la conocía de memoria. Me aguanté las ganas de ahogarlo, aunque el aludido se riese a mandíbula batiente y muy histriónico.

—Eres una bruta. Tengo dos cardenales —renegó.

Alcé la barbilla, muy segura de mí misma, sabiéndome observada.

—La próxima vez ya sabes con quién estás metiéndote cuando juegues con el lasercito.

Escuché un «Carusa» de la boca de Claudio, quien me llamaba, y dejé a su hermano con cara de póquer en la salida. Se la había devuelto cuando menos se lo esperaba, estaba claro, porque el susto del láser todavía lo llevaba en el cuerpo. Avancé para llevar la batuta de la situación, la cual debíamos coger con pinzas si quería que Dom y Claudio se medio arreglasen. Tiziano me había advertido de lo irritante que podría ser Nicole.

—¡Te recuerdo que tú usaste tus artimañas para salirte con la tuya!

Lo ignoré y caminé rampa abajo, encontrándome con un coche negro en un lateral de una gran grúa llena de maletas. Mi italiano apareció por mi costado derecho y tiró de mi mano con suavidad hasta colocarla en la cinturilla de mi pantalón. Me giré un poco y lo miré.

—No es la primera vez que me atacan al salir de un avión. En guardia siempre y nunca te fíes de nadie, bambina.

Asentí a su comentario, observando cómo se ponía delante de mí. Supe al instante que fue para cubrirme por si había algo que se escapara de nuestro alcance.

Tiziano avanzó con paso galán y tan chulesco como de costumbre, hasta que se plantó en el principio de la rampa, con la pistola en la mano y sin importarle lo que los demás pensasen. Claudio no tardó en ponerse a mi lado.

—No sé para qué me habéis traído. —Claudio renegó y lo miré—. Sí, sí que lo sé, y no es nada agradable tener que verle la cara a tu amigo.

—Dom no es mi amigo, es tu pareja —lo corregí.

—No es mi...

Silenció sus labios cuando el nombrado se plantó delante de nosotros, tan cortés como siempre. Iba enfundado en un traje de chaqueta gris oscuro, con una camisa celeste impoluta y peinado de manera impecable. Era, sin duda, el modelo de la elegancia, lo mirásemos como lo mirásemos.

—Adara —me saludó, y permití que besase mi mejilla.

—Hola, Dom.

Al despegarme de aquel aroma a menta, vi que tenía los ojos clavados en el otro macho alfa, que miraba al frente con bravuconería y una ceja alzada.

—Claudio.

Esa mirada... Esos sentimientos ocultos tras un brillo especial...

Dom sonrió con tristeza cuando Claudio lo miró y le dijo muy serio:

—Domenico.

Guie mis ojos al hermano de mi marido, que cambió el rumbo de su atención y giró para marcharse de allí, claramente afectado. No lo había demostrado, pero también empezaba a conocer a Claudio. Busqué a Tiziano e hizo un chasqueo con la lengua en señal de que habíamos perdido. Lo calmé con mis ojos, porque de verdad pensaba que no todos los cartuchos estaban gastados.

—Solo me llama así cuando está muy cabreado —me informó Dom por lo bajo, y sonreí. Llevé una mano a su hombro dañado y lo toqué con cariño.

—¿Estás mejor? —Asintió y buscó a Nicole y a Beatrice, que ya desmontaban del vehículo con una maleta pequeña.

—¿A mí nadie va a darme un beso? —preguntó Tiziano con socarronería.

—Tú mismo. Aunque debo admitir que no eres mi tipo.

—Certo![6] Se me olvidaba que eres el novio de mi hermano. —Rio descontrolado y negué con la cabeza porque era un caso perdido.

Dom tampoco lo sacó del error de que en ese momento no sabía ni lo que eran; sí vi que Claudio detenía el paso, porque mi italiano no lo había dicho en voz baja precisamente. Se le olvidaba tener mano izquierda de verdad.

Divisé a las dos mujeres. La que trabajaba para Aarón me cayó bien desde el minuto uno en el que nuestros ojos se cruzaron, y me mostró una cordial sonrisa que auguraba una buena compañera de viaje. Su cabello era castaño oscuro, igual que sus ojos, que poseían un aire de gata misteriosa, porque esa picaresca mirada decía mucho de ella. Imaginé que para estar en un cuerpo de policía como lo era la brigada secreta a la que Aarón pertenecía tenías que ser un hacha en tu trabajo, y aquella mujer parecía dar la talla. Se colocó delante de Nicole y extendió una mano, alerta a todos los movimientos de Tiziano, pues el condenado estaba dándole vueltas a la navaja. Puse los ojos en blanco y la estreché con ganas.

—Señora Sabello. Soy Beatrice Costa.

—Lo sé. Encantada de conocerte en mejores circunstancias de las

que lo hizo mi cuñado. —Sonreí, y a ella le cambió el rostro a uno serio y letal. Tiziano se rio sin tapujos y de forma ronca—. Perdona si te he ofendido. Llámame Adara, por favor.

Su semblante cambió y estiró las comisuras de los labios.

—No te preocupes. La paliza se la llevó él, no yo. Gracias por la confianza.

La risa se le cortó a Tiziano al momento, y le pedí calma con la mirada, porque veía que le lanzaba la navaja desde la otra punta y se la clavaba en la cabeza. Entrecerró los ojos, dándole al botón de la puerta para que se cerrase. Carraspeé cuando la siguiente que apareció fue Nicole. Era una niña de apariencia dulce, pero en el fondo sabía que era letal. Su mirada lo decía todo. Tenía unos ojazos azules como los de Dom, tan bonitos que te obnubilaban nada más verlos. Su cabello era casi igual de largo que el mío, solo que tan oscuro como la noche.

—Hola, Nicole.

La niña apretó los labios con muy mala leche tras mi saludo. Tiziano silbó a su espalda y pude ver que ella temblaba. Estaba enfadada, pero también nerviosa por dónde se encontraba. Lo que sí me quedó claro fue que a Tiziano no quería verlo ni en pintura.

—Nicole, están dándote los buenos días —la interpeló su padre.

—¿Podemos entrar ya? —le pidió ella de manera arrogante y evitando mis ojos.

Tiziano estaba casi pegado a su costado izquierdo, y la chica cimbreó. No se apreciaba a simple vista, pero llevaba una bolsa en la mano que se movía en exceso. Nicole le insistió a su padre con una súplica clara, y Tiziano asomó la cabeza por el lateral hasta encontrarse con los ojos de la chiquilla, cristalizados al instante.

—Se dice: «Buongiorno, ragazza»[7]. ¿Es que tu padre no te enseña modales?

—Tiziano... —lo frené, viendo que la intimidaba en exceso. Dom no objetó nada. Extendí una mano en dirección a Nicole—. Si me acompañas, te llevaré a una sala donde no tengas que verlo. Puedes quedarte con Beatrice si quieres.

Más rauda no pudo ser. Elevó una delicada manita y la posó sobre la mía con urgencia. Sí. Temblaba de verdad. La guie por el aeroplano, atisbando de reojo que Dom sonreía en dirección a Tiziano. No sabía qué le hacía tanta gracia, pero estaba claro que estábamos descubriendo a Nicole, porque la niña se las traía de verdad.

Al llegar al largo pasillo de los butacones, Claudio se encontraba en el primer asiento de la derecha, y Dom nos adelantó cuando subió el equipaje que llevaban en los compartimentos de la parte superior

donde se guardaban.

No me di cuenta de lo que ocurría hasta que oí su tono de voz, mucho más adulto de lo que había escuchado en un primer momento; dañino, letal y crudo:

—¿No vas a darle un beso a tu novio, papá?

Me giré de sopetón y la bolsa cayó a mi lado. Nicole tenía una sonrisa maquiavélica en el rostro y miraba a Claudio de manera retadora. Beatrice no hizo ningún comentario, pero sí se agachó para recoger la mochila y la subió, cerrando el compartimento. Dom apretó los dientes, y Claudio elevó tanto su mentón cubierto por la incipiente barba que me dio miedo hasta a mí.

—¿Quieres que te dé el beso a ti, Nicole? —le preguntó Claudio, para mi estupefacción.

Abrí los ojos en el instante en el que la niña lo retó con la mirada y le siseó con maldad:

—No, gracias. Tengo entendido que te gustan los hijos de tus enemigos.

—¡Nicole! —El bramido de Dom me asustó y di un respingo; yo y su hija.

El padre fusiló a la niña con un simple vistazo. Tragué saliva cuando vi que Claudio le lanzaba una mirada furibunda y se sentaba en el butacón, dándole la espalda. Solté el aire contenido, ya que la situación se tensaba por segundos. Empujé un poco el hombro de Nicole, que no le quitaba la vista de encima a su progenitor, y conseguí que se moviese lo necesario para llegar a una sala que había a la izquierda, muy cerca de la zona donde Tiziano se reunía siempre, la que era la estancia principal del avión.

—Aquí podréis descansar un poco. No tenemos mucho tiempo de viaje, pero bueno.

No quise decirle que estarían solas para que no las incordiásemos los demás, porque Nicole ni siquiera me miraba, y si lo hacía era para echarme una maldición, como mínimo.

Beatrice se acercó por detrás y me apretó una mano con cariño, cabeceando en señal afirmativa.

—Muchas gracias. Disculpa a Nicole —me pidió cuando la niña se dio media vuelta—. Está un poco aturdida por la situación y no sabe gestionar sus emociones. Te estoy muy agradecida por ser tan comprensible en un momento tan... delicado.

—Yo no estoy aturdida. No quiero estar aquí y punto. No quiero estar con esa panda de perturbados. ¡Quiero quedarme en mi jodida casa! —sentenció ella, poniéndose como un basilisco.

—Nicole... —la advirtió Beatrice con tiento, aunque cambiando el

rostro por uno más severo que daba a entender que la chiquilla le tenía respeto. O eso creía.

—¡Ni Nicole ni mierda! —voceó ella—. ¡No quiero estar aquí con ellos!

Suspiré al ver el comportamiento rebelde, pero lo que más me sorprendió fue percibir que algo se le abría por debajo de su camiseta, porque la tela suelta que llevaba se le movió en exceso. Vislumbré un pecho mucho más grande de lo que imaginé haber visto al principio. ¿No tenía diez años? Porque su comportamiento estaba dándome a entender que no, por no hablar de la picardía y la maldad con la que escupía cada una de sus palabras. Tenía un aspecto aniñado, sí, pero no de diez años, así que no pude morderme la lengua:

—Deberías tener un poco más de empatía con la situación que está viviendo tu padre y ser más agradecida con las personas que están ayudándote.

—¿Ayudándome a qué? —Dio un paso hacia mí, y enarqué una ceja porque no pensaba dejarme intimidar por una niñata malcriada—. ¿A matar a mi abuelo?

—A salvar la vida de tu padre y la tuya —sentencié, elevando la barbilla para que viese que a mí no iba a desafiarme.

El problema vino cuando una ronca y potente voz se escuchó a mi espalda:

—Tengo el cuchillito afilado para las malas lenguas.

Disimulé una sonrisa por el comentario de Tiziano, y esa vez la que dio la vuelta con altanería fui yo, contemplando de reojo que Beatrice aguantaba también la risa y que mi italiano me observaba con un orgullo tremendo.

—Descansad lo que podáis —les dije antes de cerrar la puerta.

Solté el aire contenido y busqué los ojos de Tiziano, que me observaban diciendo lo mismo: «Menuda nos ha caído con la hija de Dom».

—¿Estás seguro de que quieres siete hijos? —le pregunté, sin moverme del sitio.

—¡Claro! —me contestó muy efusivo—. Si los míos me hubiesen hecho eso, la hostia no se la quitaba ni Dios.

Me reí y negué con la cabeza cuando me empujó a la sala principal.

Desvié los ojos hacia el pasillo, encontrándome de pleno a Claudio en la izquierda y a Dom en la derecha, los dos mirando cada uno hacia una ventanilla y sin hablarse. Suspiré, porque el plan de dejarlos solos no iba a funcionar. Busqué a Tiziano, quien también negó con la cabeza, y cerró la puerta de la sala cuando accedí. Avancé con lentitud hasta la mesita baja que había frente al sofá y cogí una botella de agua

del refrigerador pequeño que había colocado Tiziano justo al lado. Me giré y me encontré a mi italiano contemplándome con mucho interés. Moví el rostro lo suficiente para preguntarle qué ocurría y apretó los labios aguantando una risa.

No lo entendí.

—Estás embarazada.

Reí con histeria.

—Eres un pesado. No estoy embarazada. —Me acerqué a él con largas zancadas y di dos pasos hasta que llegué a sus labios, los cuales besé castamente—. Cuando estemos en Roma, voy a comprarme una prueba para que dejes de darme la lata.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón, y cuando levantó la mano entonces sí que ensanchó sus labios. Tenía una maldita prueba de embarazo. Resoplé.

—¿En serio, Tiziano? —le pregunté derrotada—. Es muy pronto...

—Estás embarazaaadaaa —canturreó, interrumpiéndome.

Siguiéndole la broma, lo imité mientras le quitaba de un brusco movimiento la caja:

—No estoy embarazaaadaaa. Y voy a enseñááártelooo.

Les ordené a mis pies que se pusiesen en funcionamiento y llegasen al minúsculo baño que tenía la sala. Minúsculo pero muy completo, las cosas como eran. No quise abrir la puerta, pero sí que me detuve a mitad del camino para poner la oreja y ver si se escuchaba respirar a alguien.

—¿Se han matado ya? —me preguntó Tiziano. Negué con la cabeza, con la oreja puesta—. ¿Se oyen choques de lenguas?

Puse los ojos en el techo y palmeé su pecho con guasa. Qué tonto era. Cogió mi mano y tiró de mí hasta el aseo. Me giré antes de entrar y lo miré.

—No pensarás quedarte mientras meo, ¿verdad?

—¡Anda! —Movió los hombros con desinterés—. Claro que sí. Que por engañarme eres capaz de mojar el cacharro con agua.

Solté una fuerte respiración y no me molesté ni en pelearme con él. Me bajé los pantalones y me senté en el inodoro, ya abierto por él. Terminó sentado en el suelo, delante de mí y muy cerca, pues nuestros pies chocaban, y eso que él tenía las rodillas flexionadas.

—Esto es muy violento —le dije, abriendo la caja y tirando del plástico que guardaba la prueba—. Vas a llevarte un chasco, que lo sepas.

—Que no.

—Que sí —rebatí.

—Que no. Lo veo reflejado en tu cuerpo.

Amusgué los ojos porque no sabía cómo tomarme aquello. Al final terminé explotando en una gran carcajada que él siguió con una sonrisa de oreja a oreja. Saqué la varita de plástico y la coloqué en posición.

—¿Estás llamándome gorda? —lo acusé con socarronería.

—Ni de coña se me ocurriría decirte eso. Hueles a embarazada. —Olfateó y yo solté el chorro de pis delante de sus narices. No supe cómo la vergüenza no acaparó cada parte de mi rostro.

—Tiziano, eso no se huele. —Reí con ganas—. No me digas que es uno de tus pálpitos. —Asintió y apreté los labios para dejar de reírme, porque le brillaba hasta la mirada y sabía que se los tomaba muy en serio, pero también era consciente de que esa prueba iba a salir negativa—. Cambiando de tema: ¿tú crees de verdad que Nicole tiene diez años?

Entrecerró los ojos, sin comprenderme.

—Eso dice su padre. No vamos a saber más que él, bambina. —Señaló mi sexo—. Cuidado que no lo mojas, y eso es trampa.

Esbocé una sonrisa y lo saqué para ponerle la tapa, viendo cómo el líquido descendía hacia abajo con agilidad. Se me instaló un extraño pellizco en el pecho. No le di importancia y seguí con lo mío:

—Cuando la he llevado a la sala, se ha puesto muy alterada —musité, cogiendo una toalla seca de la miniestantería de al lado. Activé el agua que llevaba el inodoro y me lavé. Él me prestó mucha atención—. Ha levantado los brazos y se le ha soltado algo de aquí. —Me toqué el lateral del pecho.

—¿Y eso quiere decir que...? —se interesó, poniendo caritas cuando lancé el predictor al lavabo, pero tuve mala puntería y terminó en el suelo.

Moví las manos con mucho énfasis y levanté el trasero. Mi sexo quedó completamente expuesto casi a un palmo de su boca.

—¡Que es mayor! —murmuré para que no se me oyese—. Mayor de lo que Dom dice. Fíjate en sus gestos, en su manera de hablar, de mirar. Eso no lo hace una niña de diez años.

Sacó la lengua sin vacilar y me dio un lametazo en la abertura. Reaccioné dando un respingo hacia atrás, y no me partí la crisma contra el inodoro porque me sujetó de las piernas y terminé con las manos apoyadas en la pared y su boca encajada completamente en ellas.

—¿Esto es una indirecta? —me preguntó guasón, volviendo a lamerlo de abajo arriba.

—¡Tiziano! —lo amonesté, tratando de separarme de él para subirme las bragas y los pantalones—. ¿Estás escuchándome? —le

pregunté cuando me agaché como pude para arrastrar las prendas de mis tobillos.

—Con los vestidos es más fácil. ¿Qué te ha dado últimamente con los pantalones? —me preguntó con un ligero matiz de extrañeza en su voz, y tiré de la ropa aprovechando su desconcierto.

—¿Tú me oyes? —Cerré el botón y alzó una ceja, impulsando su cuello hacia atrás por la sorpresa.

—¿Acabas de privarme de tu coño sin más? —Lo señaló y abrí la boca con desmesura—. Dos azotes más se suman a tu lista de problemas.

Chasqueé la lengua con hastío y le tendí una mano para que se levantase. Me sorprendía gratamente no sonrojarme con los comentarios fuera de tono y de lugar en la conversación tan seria que intentaba tener con él.

—¿Quieres hacer el favor de centrarte? —le pedí cuando se levantó.

Asintió con desgana. Como estábamos tan juntos, se giró y tiró de mi cintura hasta colocarme a horcajadas sobre él una vez que se sentó en la tapa del inodoro. Impulsó sus caderas hacia arriba y noté que su miembro estaba a punto de partirse. Contuve el aliento porque mi sexo, después de esos dos lametones y sus insinuaciones, ya estaba mojado.

Le enmarqué las mejillas con las manos.

—Que me escuches —le rogué, y resopló como un toro, poniendo mala cara—. Si Dom nos ha mentido con respecto a la edad de Nicole, es porque hay algo más, ¿me explico?

Entonces sí que frunció el ceño y me observó durante unos segundos, seguramente cavilando en su cabeza lo que acababa de decirle. Hice un movimiento con las manos en señal de que ya era hora de que se diese cuenta.

—¡Es que me tienes agilipollado, hostia! —se exaltó.

—Si encima voy a tener la culpa yo —me quejé.

—¿Y cómo quieres que lo averigüemos, chica lista?

—Llamaremos a Riley, a ver qué puede encontrar él. Estoy segura de que algo no cuadra, y el motivo tiene que ser de peso.

—¿Crees que Dom está mintiéndonos? —cuestionó con tono temerario.

—No en la empresa que quiere llevar a cabo con su padre. Pero hay algo más que no sabemos.

—¿Y si le preguntamos a Claudio directamente? —inquirió—. Llevan tres años juntos.

Me llevé un dedo a los labios y pensé. ¿Lo sabría? La cuestión era que, de ser cierto, debía haber un motivo muy grande para ocultar la

verdadera identidad de Nicole, y eso teníamos que descubrirlo.

Me levanté con ligereza y me solté de las garras de Tiziano para acercarme a la puerta de la sala. Se levantó con desgana, me siguió y asomó la cabeza cuando abrí con mucha lentitud sin que se oyese. A la sala se entraba por el lateral izquierdo, y el único que podía vernos asomados era Dom. Le pedí a Tiziano que echase el cabezón hacia atrás. Gracias que la puerta no hizo el más mínimo ruido.

—¿Qué hacen? —bisbiseó mi italiano, pegado a mi oreja e intentando ver por la diminuta ranura que habíamos abierto.

—Mirando cada uno por la ventana.

—Buf —resopló—. Esos necesitan un milagro de verdad para arreglarse.

Negué con la cabeza en el momento en el que pensaba que si ninguno daba el primer paso, nunca podrían hablar acerca de lo ocurrido. El día parecía que tampoco iba a llegar, porque ninguno de los dos separó la vista de su ventanilla. Busqué a Tiziano y moví la cabeza en señal negativa.

—¡La prueba! —exclamó con mucho énfasis, y tanto Claudio como Dom giraron sus rostros en nuestra dirección.

—¡Tiziano! —lo regañé, y señalé la puerta abierta, pero él ya andaba con rapidez hasta el aseo.

—¡Anda y que les follen! —soltó, moviendo la mano derecha en el aire. Se agachó para coger la dichosa prueba y arrugó el morro. Yo ya me había cruzado de brazos, sabiendo lo que se avecinaba—. ¿Qué significan dos rayitas?

El corazón me dio un vuelco y murmuré un «No puede ser» que apenas salió de mi boca. Caminé a todo lo que me dieron las piernas para llegar hasta él y arrebatarle de las manos la prueba.

25

La casa fantasma

Tiziano Sabello

Aterrizamos en Palermo y cogimos dos coches para dirigirnos a Cefalú, en medio de las montañas y la playa, donde tenía la casa fantasma de mi vida y de la que muy pocas personas sabían de su existencia o habían conseguido descubrirla.

Todavía estaba riéndome al recordar la cara de Adara cuando llegó a mi altura, en el aseo del avión, y me arrancó literalmente la prueba de embarazo de las manos. No había dos rayitas, sino una. Aunque yo seguía convencido de que estaba embarazada, por mucho que ella dijese que no.

Me arreó tal cocotazo que creí tener un chichón en la cabeza. No sabía si le había sentado mal mi broma de mal gusto o si se había cabreado por el resultado. Le pedí perdón unas cuantas veces, pero me ignoró y salió para sentarse al lado de Claudio, donde cerró los ojos. Cuando salí tras ella, se llevó las manos a las orejas para taponarlas y no escucharme. Bufé por su indiferencia y terminé sentándome al lado de Dom, que me observaba con media sonrisa, seguramente preguntándose qué habría hecho ya.

«Mujeres», le dije, a lo que él me respondió, mirando hacia la sala donde estaba su hija: «A mí me vas a contar». Retuve el pensamiento de preguntarle quién de los dos se sentía la mujer de esa relación, porque estaba claro que no era el momento, pero se me quedó en la punta de la lengua. Mi bambina pareció tener telepatía conmigo, porque me observó y negó queda, dándome a entender que si abría la boca me la cosería. Sonreí como un gañán, y en respuesta cerró los ojos de nuevo y se apoyó en el hombro de mi hermano.

El camino lo hicimos entre silencios y conversaciones banales que no llegaban a ningún lado. Ya no sabía si la intención de Adara era

preguntarle a Claudio sobre el tema Nicole o estaba dando rodeos para llegar a algún sitio. Sus ojos se cruzaron con los míos por el espejo retrovisor del coche, porque ella se había sentado en la parte trasera para cederle el lugar del copiloto a mi hermano. Puse los ojos en blanco y desvié un momento la atención de la carretera.

—¿Tú sabes cuántos años tiene la niñata repelente?

—¿Qué? —me preguntó Claudio, sin saber de qué le hablaba.

Adara cayó a plomo en el asiento, y entonces di por sentado que toda la vuelta que estaba dándole al tema significaba que quería hacerlo con tacto y no como una becerra, tal y como había hecho yo.

—Verás, Claudio. Antes, cuando hemos entrado en la sala del avión, he visto que...

—Que la niña tiene dos tetas como dos carretas y chimpún. ¿Tiene diez años o veinte? Resumiendo y aligerando, que nos quedan cinco minutos para llegar.

Adara apretó los dientes visiblemente y Claudio se giró para mirarla a ella. Mi bambina se lo agradeció con una caída de ojos y le explicó lo mismo que me había contado a mí. Tamborileé los dedos sobre el volante cuando el silencio de mi hermano se extendió de más.

—Se supone que tiene diez años —musitó, volviendo la vista al frente y arrugando mucho el entrecejo.

Adara echó el cuerpo hacia delante y se quitó el cinturón. La miré mal por el espejo y me ignoró.

—Claudio, ¿puedo preguntarte quién es la madre de Nicole?

—Ya estás haciéndole la pregunta, bambina —canturreé, y me miró furibunda.

—Nunca hemos profundizado en el tema ni se me ha planteado preguntarle quién es la madre de Nicole. De hecho, siempre he supuesto que fue de su anterior relación —comentó descolocado.

—Y después salió del armario —deduje.

—¿De verdad crees que es mayor de lo que Dom dice? —Claudio volvió la vista atrás y casi le plantó un beso en la boca por la efusividad.

Suspiré, y Adara se acomodó en el asiento al ver mi incomodidad. Claudio sonrió, dándose cuenta.

—No tiene respuestas, gestos ni nada de una niña de diez años. Por muy espabilada que esté —añadió mi bambina.

Detuve el coche en la entrada del camino, hasta que la enorme verja se abrió para darnos paso a un camino privado y escondido del resto de la población. La vegetación era abundante. Bajé la ventanilla y aceleré para llegar cuanto antes, pues esa noche teníamos el desembarco de los putos órganos. Se me revolvían las tripas con solo

pensarlo.

Mi hermano pareció quedarse estático, aunque sabía que en su cabeza lo único que hacía era buscar respuestas. Yo era más de ir a degüello y no darles tantas vueltas a los asuntos, y más cuando podían resolverse en un pestañeo tan rápido como el que pensaba.

Detuve el vehículo en la entrada de la vivienda, apreciando el buen trabajo del jardinero, quien mantenía aquellos setos perfectamente recortados. Busqué a mi bambina con los ojos. Se encontraba pegada al cristal, seguramente pensando en cómo fue la primera vez que puso un pie allí y cómo lo hizo.

—Vamos a salir de dudas —sentencié, desmontando.

Carlo ya se encontraba allí, tan puntual como de costumbre. Estaba con las manos enlazadas delante de su vientre, en la entrada de la casa. Aligeré a las damas, excepto a Adara, para que adelantaran el paso, y le pedí a Carlo que les enseñase las habitaciones en las que se quedarían y el resto de la vivienda, aunque Nicole ya había estado allí con mis padres. Evidentemente, había varias zonas que había vetado para que no pudiesen acceder a ellas, y mucho menos la poli.

—Dom —lo llamé cuando iba a subir las escaleras—. Estás seguro de que el silencio de la poli está comprado, ¿no? Porque si no, cuando salgas de aquí, lo único que te llevarás será a tu hija y su cabeza.

—Me ha prometido que no dirá nada sobre esta ubicación. Es de fiar, Tiziano. Te doy mi palabra.

Gruñí por lo bajo, y cuando vi que daba un paso para internarse, lo detuve, esa vez sujetándolo de los hombros.

—Hablando de todo un poco...

—Tiziano... —Esa llamada fue de Claudio, y hasta yo me sorprendí.

Le hice un gesto con la mano para que se callase. Adara estaba expectante y no me interrumpió.

—¿Cuántos años tiene la impertinente de tu hija?

Me miró muchísimo, tanto que me asustó que me dijese que era una carca y tenía más que él, porque la manera en la que me observaba denotaba desconfianza a espuertas. Profundicé en mi mirada acusatoria por mentirnos, y Claudio se metió en medio de la conversación:

—O todos confiamos en todos, o no confiamos en nadie.

Dom regresó sus ojos a mi hermano, con mala cara.

—Habló el de las confianzas —le dijo con hosquedad.

Bueno, algo era algo. Por ahí se empezaban las conversaciones inexistentes después de su bronca descomunal y la revancha del cabrón de Claudio.

—Dom, no podemos ayudarnos mutuamente si no nos cuentas la

verdad —habló la voz de la sabiduría.

Solté los hombros del interrogado cuando lo vi deshincharse de la tensión que había adquirido momentáneamente. Adara lo contempló durante unos segundos, los suficientes para que él dijese:

—De momento, permíteme que solo confíe en ti. —Asesinó a mi hermano con la mirada—. ¿Podemos hablar en un lugar privado?

No hice mención de que de mí tampoco se fiaba. Normal y muy comprensible. Yo tampoco lo haría.

—¡Claro! —solté muy efusivo—. Por aquí.

Los guie hasta el despacho que tenía en la estancia y donde tantas charlas había tenido con Jack, Micaela, Arcadiy e incluso con Riley. Un halo de añoranza me azotó cuando abrí las puertas, pues llevaba demasiado tiempo sin acudir allí. Los ojos de Adara me buscaron, imaginé que recordando aquellos momentos de hacía años.

Dom se quedó de pie, apoyado en la mesa del escritorio, y yo me tiré en el sofá, soltando un gruñido de placer cuando me tocó las costillas. Qué mayor estaba ya. Adara se sentó muy tiesa a mi lado, sin quitarle los ojos a Dom de encima, mientras que Claudio permaneció de pie, también al lado de la única mujer que nos acompañaba. Sonreí al darme cuenta de que era el pilar de los tres.

—Hace muchos años estuve con una mujer. —Pareció costarle arrancar. Atisbé que miraba a Claudio de reojo, pero volvió su atención con rapidez a mi bambina.

—Esto se pone interesante —musité, sacando la navaja para moverla un ratito.

—En resumidas cuentas, era la hija de uno de los mayores jefes de una banda criminal enorme en México. Banda que ella heredó cuando su padre fue asesinado.

—¿Quién lo asesinó? —le preguntó Adara.

—Su propia hija. —«Menuda pieza», habló mi demonio, muy atento a sus explicaciones—. Ximena siempre ha sido una mujer que ha amado el poder por encima de todo y de todos.

»Por aquel entonces se enteró de que estaba embarazada. Llevábamos varios años juntos, y hubo un momento en el que los negocios con mi padre no funcionaron como debían y quise abandonar la banda para regresar a Italia.

—Al sobaco de tu padre —acerté, y él asintió, pese a mi tono bromista.

—Me marché de casa con quince años. La verdadera vida de las calles la aprendí de ella, pero supe que el destino de esa niña estaría marcado por una panda de psicópatas en toda regla.

—Más o menos como lo es tu familia —añadió Claudio, con los

brazos cruzados a la altura del pecho. Intuí que estaba molesto por lo que estaba contando.

—Si nosotros tenemos poca piedad, ellos no tienen ni la más mínima decencia de pensar las cosas antes de hacerlas, Claudio —le contestó hosco—. Me amenazó y me dijo que no vería a Nicole nunca. Por esa fecha, ella estaba de ocho meses.

»El día que se puso de parto, yo ya tenía pensada la estrategia para marcharme con la niña. De hecho, llevaba dos meses desaparecido cuando supuestamente la dejé. Me buscaron por cielo y tierra, pero conseguí esconderme en la casa de un conocido que me ayudó a seguir sus pasos.

—Le robaste al bebé... —vaticinó Adara.

Dom asintió, dejándonos descolocados.

—Conseguí cambiar al bebé por uno que había nacido muerto de otra de las mujeres que estaban en el paritorio el mismo día. Eliminé todas las pruebas y me la llevé de México con un equipo médico que me acompañó hasta Roma. Allí permanecí escondido hasta que Nicole cumplió los siete años, que fue cuando decidí regresar con mi padre, mintiéndole al verme con una niña de la mano.

—¿Luciano no sabe la verdad? —le pregunté ojiplático, porque eso sí que era una novedad.

—Que me haya engañado durante muchos años no significa que no supiese quién era mi padre. Esa baza podría usarla contra mí el día menos pensado, y no quiero llegar a imaginarme la que podría organizarse si Ximena se enterase de la verdad.

—Si regresaste de México con veinte años... —murmuró Claudio, haciendo cuentas.

—Nicole va a cumplir quince años el mes que viene —terminó Dom por él.

Abrí los ojos con estupefacción y miré a mi bambina, que se encontraba en la misma tesitura que yo: anonadada.

—¿Ella lo sabe? —cuestionó Adara.

Dom asintió.

—Lo sabe desde bien pequeña. De ahí que siempre ocultásemos su manera de hablar. Traté de que fuese más infantil, que no se notara en sus gestos que era más adulta, aunque algunas veces es imposible, sobre todo cuando se pone tozuda. Pero hasta la fecha nadie se ha dado cuenta. Me encargué de falsificar hasta la partida de nacimiento.

—Menudo culebrón —solté sin pensar. Los tres me miraron mal.

—Todo lo que he hecho ha sido por protegerla. Me pedís confianza, y ahora sois los únicos que sabéis la verdad. Ni siquiera Beatrice conoce esa información, y os pediría que continuase siendo así.

El silencio ocupó la sala. Por un lado, yo intentaba asimilar el calvario por el que el tiarrón que tenía delante había pasado. Por otro, mi bambina lo contemplaba con unos ojos que decían muchas cosas; entre ellas, el valor y la importancia que le había dado a su hija. Y lo último y más importante, era la cara de Claudio, medio cabreada y medio entendiendo que ni siquiera él fuera conocedor de esa información.

—Ximena trabajó durante un tiempo con Anker Megalos. Con tu padre —afirmó, mirando a Adara, a quien se le descompuso el rostro.

Prensé los labios porque aquello no pintaba nada bien y porque, de momento, se había librado durante casi quince años de que alguien descubriese la verdad. Pero, seamos sinceros, ¿nunca lo sabrían? Dudaba mucho que Dom fuese a tener esa suerte. Y por lo que había comentado y porque a mí empezaba a sonarme el nombre de la tal Ximena, miedo podíamos tenerle si llegaba a enterarse algún día.

A regañadientes y sin mucho más que añadir a la tensa conversación, decidí cortar el ambiente y le pedí a Dom que se despidiese de su hija para marcharnos a Siracusa, pues esa misma noche teníamos mucho trabajo como para no organizarlo al dedillo. Al día siguiente, Adara se presentaría con la supuesta sorpresa del plan de los Sabello para que Luciano la descubriese, y ahí sí que debíamos estar atentos.

Antes de salir, escuché que Dom le hablaba a mi hermano, y Adara y yo, como buenos cotillas, nos esperamos detrás de la puerta:

—Claudio. No podía contártelo.

No vi el rostro de mi hermano, pero su silencio me bastó para indicarme que estaba meditando las palabras adecuadas, que seguro que serían dañinas. Y no me equivocaba:

—Yo siempre he confiado en ti, incluso para hablarte de nuestras normas en la Nostra Famigghia, pero tú no has podido contarme algo tan grande como esto. —Dom no le contestó. No obstante, Claudio no pensaba dejarlo ahí ni por asomo—: A eso lo llamo yo desconfianza y tres años tirados a la basura. Suerte, Domenico. Vas a necesitarla cuando se entere y te quedes solo.

Adara suspiró, porque Claudio había sido más duro de lo que había imaginado. Nos movimos con rapidez hacia el lateral, haciéndonos los despistados y que no estábamos escuchando a hurtadillas. Sin embargo, cuando Claudio salió, nos miró a los dos con mala cara y se marchó a la calle, en dirección al coche.

—Nos ha pillado —murmuré cerca de su oído.

Me empujó para que me despegase en el instante en el que Dom aparecía. Se colocó delante de él y le cogió una mano con delicadeza.

Ahí iba la hermanita de la caridad, arrastrándome con ella adonde quería.

—Si alguna vez lo necesitas, yo estaré para ayudarte. No estás solo, Dom.

Aquellos océanos que tenía por ojos se desviaron en mi dirección y me vi asintiendo a lo que mi mujer había dicho. Ya había tomado el puesto de mando y llevábamos menos de dos meses casados.

Estaba jodido.

La noche llegó, y con ella la mala hostia de tener que ponerme a pringar como hacía años que no lo hacía. Adara se había marchado a Catania para quedarse con mi madre y Agneta, que había venido también. Riley se había venido con nosotros, renegando. Estaba trabajando en algunos asuntos que le había pedido con respecto a Luciano y las posibles estrategias que llevaríamos a cabo para desbancarlo por completo, aunque lo que más me interesaba era la visita que le haría a Vittorio en esos días, aprovechando el momento de quitarme un muerto de encima; nunca mejor dicho. A Riley no podía involucrarlo de ninguna de las maneras en las reuniones de la familia.

—¿Esto viene envasado al vacío? —preguntó Enzo—. Que me da un asco que me muero.

Una arcada se escuchó de fondo y tuve que suspirar. Era Riley. Me llevé las manos al puente de la nariz y respiré con mucha fuerza. Dom guio una embarcación que acababa de llegar al puerto de Augusta, en Siracusa. Teníamos casi una hora para regresar; media, si le pisaba un pelín al coche. Estaba agotado y tenía unas ganas locas de volver a Roma y tomarme aunque fuese un día de vacaciones. Me reí mentalmente al pensar en eso, porque estaba muy claro que no iba a ser posible.

—Deja de hacer el gilipollas y ponte en cadena.

La potente voz de mi padre se escuchó en el eco de la noche. Íbamos todos vestidos de negro para pasar desapercibidos; cada uno a su manera, pero de negro, a fin de cuentas. Según mi padre, los asuntos importantes tenía que resolverlos uno mismo, porque si mandabas a gente, la cagaban. Me pregunté qué sería de Luciano cuando los japoneses descubriesen que no había droga pero que su cargamento de órganos sí que había desaparecido de Japón. A nosotros no podía inculparnos nadie, pero al Rinaldi cojonero sí.

Siempre un paso por delante.

Le eché un rápido vistazo a Romeo para que se preparase en el caso de que tuviésemos improvistos de última hora. Empezaba a fiarme un

poco más de Dom, pero no lo suficiente como para pensar que estaba de mi lado. Dante ni siquiera me había mirado desde que nos encontramos en la entrada del puerto. Al parecer, no era el único que estaba dolido, y él también se había tomado a mal mi puesta en escena, pero es que yo llevaba razón. Él, no.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Piero a Riley, que echaba la pota al final de la cola.

El límite de la paciencia lo tenía rozando la línea, y me aparté de la cola para encaminarme hasta él. Le di un golpe seco en la espalda que provocó que se irguiese al momento. Piero abrió los ojos por mi poca delicadeza. Puse una mano en el hombro de Riley y lo apreté con fuerza.

—Vamos a ver, alma cándida. Abre el puto ordenador, comprueba si hay personas vivas ahí dentro —señalé el barco del que ya bajaba un hombre para el amarre— y deja de vomitar, porque la próxima vez te comes el suelo.

No sabía por qué estaba de tan mala leche. Bueno, sí. Un poco sí. Valentino había llegado a mi habitación, en pleno sueño tras un buen polvazo, acurrucado con mi bambina y en las mil maravillas, para despertarme y decirme que teníamos que irnos. A eso teníamos que sumarle que continuaba cabreado con Dante.

Pasé con ligereza por la fila india que habíamos creado para entrar en la cubierta. No se lo merecía, pero no podíamos dejar cabos sueltos. Llegué al hombre que terminaba de atar la cuerda y le disparé dos veces.

—Tirad el cuerpo al mar.

Continué con mi paso y fui el primero en montar en la plataforma que llegaba a la cubierta y a nuestro contenedor. Riley tardó dos segundos en colocarse a mi lado con el portátil.

—No hay nadie.

—¿Y en el resto del barco? —le preguntó Valentino, colocándose delante. Lo miré mal—. El capu no debe ser el primero en entrar —me informó al ver mi cara.

—No cambia el chip. No lo cambia. —Ese fue Alessandro, quien accedió de un salto, fusil en alto.

Me giré para ver que Dom ayudaba a Piero a tirar al agua al hombre. Mi padre se había subido en la furgoneta que llevábamos para transportarlos, y Enzo le indicaba hasta dónde debía llegar para quedar lo más cerca posible. Dos golpes de mi hermano en el maletero ocasionaron que el patriarca de la familia desmontara como uno más y subiese a la embarcación.

—Estamos listos —anunció mi padre.

Valentino avanzó con paso decidido y un hacha en la mano derecha con la que partió en dos la cerradura, abriendo los portones de hierro. Claudio y Dante elevaron sus armas, por si las moscas.

En lo que tardaron ellos en inspeccionar el barco, a petición de mi padre, al que le salían las órdenes solas, me dio tiempo de meditar lo justo para llegar a una conclusión precipitada. Dom se colocó a mi lado, junto a mi padre. Busqué su atención y me enfocó, sin entender el porqué de esa mirada.

—Dices que has sido tú quien ha transportado los órganos al puerto, ¿correcto?

—Así es —me aseguró.

Entrecerré los ojos y vi que mis hermanos se metían en el cubículo y comenzaban a sacar cajas con ligereza. Hicieron una cadena, pero me permití el lujo de quedarme dos segundos fuera de esa fila a la que mi padre se unió. Por el contrario, Dom también se metió en ella, al lado del que era su suegro. Porque yo seguía confiando en que esa relación evolucionara de manera sana.

—¿A nadie le ha dado la sensación de que esto es muy raro? —pregunté al aire.

El resto me miró. Incluido Dante, aunque con más recelo. Mi padre cabeceó en señal afirmativa y añadió:

—Será mejor que carguemos con rapidez y se marchen de aquí.

Miré mi reloj de oro.

—Dos minutos a lo sumo, y porque lo hemos adelantado un poco. Andiamo!

Claudio Sabello padre y yo teníamos una conexión un tanto particular. Quizá era porque siempre había estado bajo su sobaco o porque había aprendido a ser un zorro como él, pero yo no terminaba de fiarme del desembarco y decidí pedirle a Dom los contactos que me facilitó sin rechistar antes de salir de la casa fantasma y dejar a la tonta de su hija adolescente con Beatrice.

Me atreví a jugármela con diez minutos de antelación en el atraco en el puerto, y no me había equivocado. La zona estaba demasiado tranquila. Sin policías, sin trabajadores, sin gente. Sin nada. Y eso no era lo común en uno de los puertos de mercancías más importantes de Sicilia, por mucho que fuesen las tres de la mañana.

—¿Estáis queriendo decir algo que no entiendo? —cuestionó Dom, pasando la siguiente caja.

—¡¿Cuántas quedan?! —me interesé, gritándole al primero, que era Claudio.

—Unas cuantas —se escuchó a lo lejos.

—¿Cuántas son unas cuántas? —Me picó la lengua por tanta

repetición.

—Veinte a lo sumo —me respondió Alessandro, que era el segundo en la fila.

Comprobé el reloj de nuevo y guie mis ojos hacia mi padre, justo al lado de Dom. Otra cosa no, pero el oído lo tenía fino de cojones.

—¡Piero, Riley! ¡Al furgón! —les voceé, metiéndome en el contenedor y adelantándolos a todos—. ¡Rápido, hostia!

—¿Qué ocurre? —se alarmó Valentino.

Cogí cuatro cajas de golpe y se las planté a Claudio en las manos, quien las deslizó con la misma ligereza con la que se las había dado. La espalda iba a dejármela para el arrastre, pero, según mi tiempo, nos quedaban sesenta segundos clavados para dejar de estar solos.

—¡Vamos, vamos, vamos! —los apremié.

Escuché a mi padre desde la otra punta advertirnos:

—¡Ya están aquí!

A lo lejos, las sirenas de policía sonaron en una distancia de esos sesenta segundos que nos quedaban. Conté las cajas por encima y me moví con más brío para terminar de sacarlas, hasta que llegué a la última y les metí prisa para que saliesen al puerto.

—¡Preparaos para matar! —berreé, cargando la pistola y saltando de la plataforma al asfalto.

26

Por las dos caras

Insté a mi padre a que se escondiese detrás de un contenedor. Me quedé con Romeo, que consiguió colocarse frente a él, mientras que Enzo se ponía a pecho descubierto delante del puerto, con el rifle en alto y disparando a los diez coches que se acercaban a nosotros.

Uno no era tonto, y los años te daban la experiencia, por lo que nuestro furgón iba preparado con unas buenas defensas como las que llevaban los todoterrenos de campo. Me acerqué a la ventanilla del piloto y le dije a Piero:

—Id al punto en el que quedamos para esconderlos. Nos vemos en casa. —Toqué dos veces la ventana y asentí, mirando a mi hermano y a Riley—. ¡Carlo, Francesco! ¡Coged un coche y abrirles camino! —les voceé.

Carlo me miró un segundo, supe que sin estar de acuerdo con mi decisión, pero asentí contundente. Con un gesto de desaprobación, movió los pies y se dirigió al primer coche. Francesco se detuvo al lado de mi padre.

—Señor —lo llamó para que se marchase con él.

—El señor se queda con sus hijos esta noche. Vete con Carlo. Andiamo, caruso!

Con un movimiento militar, asintió y salió despavorido de allí junto con un Carlo que se marchaba a grandes zancadas. Localicé la situación del resto. Enzo se encontraba con Alessandro a dos pasos de un vehículo, demasiado cerca de ellos. No era una buena opción quedarnos solos, pero debíamos hacer lo posible por llegar a los dos coches que había detrás de la enorme barrera de policía que se había formado delante de nuestras narices. Pensé, y ese pensamiento voló en dirección a mi padre de manera invisible. No tendrían otra

oportunidad.

—Hazlo —me dijo con voz contundente, disparando a uno de los coches de la policía.

—¡Enzo, Alessandro, fuera! —les grité desde la otra punta, y ambos se detuvieron a la vez para mirarme—. ¡Fuera, joder!

—¡No vais a poder llegar al otro lado! —Enzo elevó el tono para que lo escuchase, pues los disparos ya eran una constante, seguidos de las embestidas que daba el coche en el que se habían ido Carlo y Francesco, abriéndole paso a Piero y Riley, quienes ya conseguían llegar a la nacional.

—¡Largo! —les ordené.

El pinganillo de mi oreja se activó y di gracias a hacerle caso a Riley por habérnoslo puesto antes de entrar en el puerto.

—En la salida dos y tres tenéis un control de... —me asombré de manera inevitable al reconocer la voz de mi bambina— una hilera. No vais a poder pasar. Han rodeado las carreteras.

—¡Busca una puta solución! —¿Valentino?, ¿qué pollas hacía Valentino con el coche que abría paso?

Me giré, extrañado al sentir una presencia a mi espalda, y me encontré a Carlo. Entrecerré los ojos, resoplé como un toro y este añadió:

—Si me muero, que por lo menos sea contigo —añadió antes de envalentonarse y subirse sobre el contenedor de un salto para disparar a bocajarro a los policías que habían hecho una fila delante de nosotros.

En medio había un hueco de pocos metros en los que la policía no se había atrevido a cruzar la línea. Íbamos preparados, pero no para una redada de tal calibre. Un rostro en medio del tumulto de uniformes llamó mi atención y la de mi padre, porque los dos anunciamos a la vez:

—¡Vittorio!

—¡La tengo! Metete por medio de la tierra ¡ahora! —le dijo histérica al pinganillo Adara—. Cinco metros y a la derecha. Es una nacional pequeña, Piero.

—Por favor, dime que la conexión no se romperá ni nada de eso —suplicó Valentino con tono hosco.

—¡Eso estoy intentando! ¡Hostias! —voceó Riley—. ¿A que tampoco lleváis un puto mapa de carreteras?

El gruñido de Piero fue suficiente para que se callasen y buscasen la salida. A lo lejos veía que la policía avanzaba, y con las mismas retrocedieron cuando Dante se colocó al lado de Carlo y abrió una bolsa gigante. Puse los ojos en blanco, porque le encantaba llevarla

consigo.

—Nunca se sabe cuándo podrás usarla —argumentó, cargando la bazuca—. Espero que con esto mi hermano me perdone un poco. Por lo menos he sido previsor.

Eso de la previsión me llegó como un jarro de agua fría y barrí con mi mirada nuestra zona. Claudio estaba muy pegado al barco que había atracado, Dom seguía en la cubierta intentando salir y Romeo se encontraba a mi derecha. Mi padre seguía mi lado y Dante y Carlo sobre el contenedor de mi lateral.

—¡Alto el fuego! —Vittorio había cogido un megáfono para hacer su solicitud de forma exigente—. ¡Están rodeados! ¡No tienen escapatoria!

Un clic en mi cabeza reaccionó y supe a ciencia cierta que todo el jaleo había sido organizado por parte de Luciano. De hecho, me apostaba el pellejo, y seguro que no fallaba. Disparé a los dos policías que se acercaron, aunque también supe que si no nos dábamos prisa para salir, no tendríamos escapatoria. Pronto se escucharon los motores de varias lanchas, y eso solo significaba que nos acorralarían.

Presioné mi pinganillo y sentencié con severidad:

—Dom, lárgate como puedas. Te han descubierto.

La atención de mi hermano Claudio se desvió un segundo a mí con asombro, en el instante en el que una bala silbaba en el aire. Todo ocurrió a una velocidad de vértigo, y yo veía cada vez más lejana la posibilidad de llegar a los coches. Si no llega a ser por mi previsión, ni siquiera habría tenido tiempo de darle forma al pensamiento de darme cuenta de que había sido una medio encerrona.

Claudio se volvió y la bala salió disparada de su abdomen. De hecho, en la posición en la que estaba, pude ver la salpicadura de sangre que tintó la chapa del barco. Sentí un golpe gigantesco en la cabeza y caí de bruces sobre el asfalto. Me volví con rapidez, encontrándome con un mastodonte. Elevé una pierna y le reventé la boca, provocando que cayese de espaldas. A lo lejos, el rugido del proyectil de la bazuca explosionó, dando de lleno en tres coches de la policía. Genial, ahora sí que estábamos rodeados, porque mientras yo me mataba a hostias con uno de los hombres de Luciano, pude ver con claridad lo que ocurría a mi lado.

Luciano apareció con una maza en la mano y la dejó caer sobre el hombro derecho de mi padre, quién intentó detener el golpe y se llevó el impacto en el antebrazo. Agachó el cuerpo y se tiró de cabeza a Luciano, ocasionando que los dos terminasen dándose hostias bestiales en el suelo.

La policía avanzaba.

Los coches de Luciano también.

Estábamos encerrados por las dos caras.

—¡Claudio está herido! —anunció Dom por el pinganillo.

Giré la vista, esquivando un golpe que iba directo a mi pómulo, y metí la pistola en el abdomen del tiparraco que no me soltaba ni con lejía. Disparé como un descosido, haciéndole un colador en la piel.

Dom tiraba de un Claudio que no dejaba de renegar y gruñirle para que lo soltase mientras continuaba disparando a los hombres que se acercaban por las dos direcciones.

—Mierda... —Rechiné los dientes.

Las balas del rifle de Romeo cambiaron de dirección e impactaron contra el bando de los Rinaldi. Dante cargó el arma de nuevo y me guiñó un ojo desde arriba, y Carlo salió a pecho descubierto para arremeter con rabia contra los hombres de Luciano.

En el pinganillo seguía escuchando las indicaciones de Adara para que Piero llegase con facilidad al punto de encuentro donde debían dejar los órganos. Allí ya se encontraban más de treinta hombres entre los de mi padre y los míos rodeando el perímetro para que no pudiese acceder nadie.

Me adelanté para interrumpir la brutal pelea que estaba llevándose a cabo con los patriarcas de las familias, pues sabía que mi padre estaba herido, pero el hijo de puta no dejaba de golpear a Luciano con bestialidad y el brazo dañado. Me detuve al ver que Luciano desviaba sus ojos momentáneamente a Dom, que continuaba sosteniendo a Claudio sin dejar de arremeter hacia los dos laterales. Sus miradas se encontraron, y la risa de suficiencia de Luciano fue acompañada por un:

—Estás enfermo. —Enseguida supe que se refería a su condición sexual, porque tras intentar golpear dos veces más a mi padre, soltó con rabia—: ¿No te parece un atentado que dos de nuestros hijos sean maricones? Tiene que haber una cura para esa puta enfermedad. —Escupió en el suelo.

Mi padre apretó los dientes y a mí me cortaron el paso dos tipos con los que tuve que liarme a palos, escuchando la conversación de fondo:

—¡El que necesita una cura eres tú! —le dijo con esfuerzo mi padre —. ¡O mejor necesitas morirte ya!

El rugido gutural pareció salirle de lo más profundo de la garganta, instante en el que se levantó como un ninja del suelo y sacó un cuchillo de combate con el que arremetió contra Luciano, provocándole un gran corte en la mejilla. El Rinaldi de los cojones se llevó la mano a la herida y sacó la pistola.

Romeo me quitó a uno de los cansinos de encima, le voló la cabeza sin miramientos y extendió una mano con la intención patente en su rostro. Me levanté con una pierna al aire que consiguió tirarle la pistola a Luciano. Este se dio la vuelta y me miró furibundo. Le contesté dándole un puñetazo en la boca que le saltó un diente, como mínimo.

—¡Toma, por hijo de puta!

Un revuelo más grande se armó cuando llegaron tres coches más de los hombres de Luciano, quien rio como una hiena al saber que nos tenía rodeados.

—¡La policía avanza! —voceó Dante. Disparó un tercer proyectil que reventó dos coches más.

Aquello era una batalla campal en toda regla y no tenía muy claro si conseguiríamos salir de allí. Mi padre pareció adivinar mis dudas cuando dos hombres lo cogieron de los hombros y tiraron de él hacia atrás. Claudio Sabello era un hombre que no tenía paciencia ni delicadeza con sus enemigos, por lo que elevó la pistola que ya sostenía en la mano y les disparó a bocajarro a los dos, aun sabiendo que podrían haberlo cosido a tiros.

—¿No te da vergüenza enfrentarte a tu verdadero padre? —me preguntó Luciano con inquina.

Y el demonio surgió.

Romeo me cubrió por detrás, apuntando a la policía y murmurándome un «Estoy quedándome sin munición» que nadie oyó. Ni siquiera me dio tiempo a decirle una sola palabra ni a responderle como yo quería, porque mi padre pareció de pronto un diablo de verdad. Apartó a dos hombres más que salieron del lateral como si fuesen cascarilla y avanzó con paso temerario hacia Luciano, quien tenía toda la atención en mí.

Mi padre alzó el cuchillo de combate y sesgó sin miramientos su oreja izquierda. Puse cara de asco y le dije:

—Eso ha tenido que dolerte.

Reí como un desquiciado cuando se llevó la mano a la zona afectada. De reojo, apreció que Claudio y Dom trataban de llegar a nosotros para salir de allí. Luciano ni siquiera se percató de eso, porque el rugido de mi padre abarcó todo el puerto:

—¡¡Tiziano no es tu hijo, ni nunca lo será!!

Cuando menos lo esperábamos y viendo que la situación se ponía chunga de verdad, el rugido de un motor a toda castaña se escuchó en los dos laterales: en el bando de la poli, desde el cual, por cierto, Vittorio continuaba pidiendo que depositáramos las armas pero el cabrón no dejaba de fusilarnos, y en el otro, donde estaban los

hombres de Luciano.

Por la parte de la policía apareció Valentino, arrollando a todo el que había cerca de él, y el proyectil de Dante le rozó un espejo.

—¡Hijo de puta! —le gritó furioso el orangután.

—¡No te he vistooo! Os encanta aparecer de manera sigilosa —canturreó el otro, recogiendo—. ¡Vámonos!

Me quité a otro y lo usé de escudo cuando atisbé armas a cascoporro en las ventanillas de los coches. El frenazo de Valentino fue épico al lado de Claudio y Dom, quienes saltaron dentro del vehículo. Dante y Carlo corrieron en la misma dirección y consiguieron meterse en el interior. Al gruñón de mi hermano no le tembló el pulso para arroyar a diestro y siniestro hasta conseguir salir por la parte trasera del puerto.

Mi bambina continuaba informando por el pinganillo, esa vez a los que se habían dado la vuelta, y yo ni siquiera me había enterado con tanta hostia que estaba llevándome. Luciano soltó un gañido parecido al de un animal maltratado cuando se lanzó hacia mi padre, pero Romeo metió el brazo en medio de los dos y le propinó un golpe en la frente que lo derrumbó. Frente a nosotros, Enzo y Alessandro derrapaban, dejando el coche de medio lado en el centro del caos de cuerpos. Pensé en cómo explicarían eso los medios y si la policía nos involucraría de manera directa en esas noticias, porque, si era así, se nos sumaba otro problema a la lista.

—Te voy a matar —le aseguró mi padre rechinando los dientes, pero Romeo lo cogió del brazo.

—No tenemos tiempo, papà. —Romeo miró a su espalda, y entonces nos dimos cuenta de que la policía nos pisaba los talones y de que incluso los hombres de Luciano comenzaban a replegarse. Le apretó el antebrazo sano con más saña—. Tendrás otra oportunidad de hacerlo bien.

Amusgó los ojos en dirección a Luciano, quien trató de levantarse. Romeo lo empujó hacia el coche. Yo pensé en ese corto periodo de tiempo que era un error dejarlo vivo, pero también quise respetar a la persona que debía quedarse con la vida de Luciano.

—¡Tiziano! —me voceó Alessandro.

Di dos pasitos cortos, recreándome en el tipo que había en el suelo, y sonreí. Me observó con la esperanza de que le tendiese la mano; pude verlo reflejado en sus ojos. Recogí la pierna un poco y la estiré con todas las ganas habidas y por haber, limpiándome al mismo tiempo la comisura del labio, que me sangraba. Se torció en el asfalto por la patada que le propiné en la boca del estómago.

—¿Necesitas una ayudita? —le vacilé. Elevé mi arma y encañoné su

brazo derecho—. Esto por darle a mi padre con la maza.

Disparé dos veces tras recalcar quién era mi verdadero padre y me metí en el coche cuando el berrido de mis hermanos fue más gigantesco. Teníamos a la poli encima, literalmente. Bajé la ventanilla cuando Enzo calentó las ruedas del coche para salir derrapando y me encontré con la mirada aniquiladora de Vittorio. Sonreí y le saqué el dedo corazón, observando cómo se agachaba para ayudar a Luciano.

—¿Dónde está Francesco? —preguntó mi padre con un gruñido.

—Se ha quedado a medio camino con Piero. Ya han llegado.

—¡Siempre hacéis lo mismo! —nos reprendió Alessandro tras la contestación de Enzo—. ¡Y siempre tenemos que volver!

—Bueno, bueno... —murmuró Romeo con guasa.

—En realidad solo ha sido hoy, que se nos ha puesto la cosa un poco fea —dije como si nada, sacándome un cigarro del bolsillo.

Romeo se carcajeó y le di un puñetazo en el pecho. Eso produjo que se moviese un poco y cayese sobre mi padre, que soltó una maldición en siciliano que nos envaró a los dos. Claro, le había dado en el brazo derecho.

—Eso es que le duele —musité bajo, pero todos me oyeron.

—¿Quién está herido? —se hizo escuchar por el micro mi bambina.

—Tu suegro y Claudio, que va en otro coche.

—¿Qué le ha pasado a tu padre? —Esa era la mamma con histeria.

—Estoy bien —soltó contundente y con muy mala hostia—. Solo ha sido un golpe.

—Mentira —se oyó en voz baja por parte de Romeo—. Lleva el brazo para escayolárselo.

—¡Oh, Dios mío! —Bocinazo de pánico de mi madre.

Necesité con urgencia destensar el ambiente, porque era consciente de que mi padre iba muy cabreado por todo en general. Había salido a la luz que Luciano era conocedor de la relación entre Dom y Claudio, por lo que el plan a llevar a cabo con Adara acababa de quedar abortado. Mejor ya no hablábamos de la tontería que tenía ese hombre con que era su jodido hijo. A lo mejor se pensaba que iba a cambiar de bando y a darle un abrazo de oso —véase la ironía— después de las calamidades por las que había hecho pasar a mi familia. Lo más cerca que lo quería era en un hoyo y muy lejos de los míos.

—Tranquila, que el cabrón este todavía no se te muere —añadí, y solté una carcajada que terminaron siguiendo los ocupantes del coche, incluido el patriarca de los Sabello.

Los cincuenta minutos que se suponía que tardaríamos en llegar a la casona se convirtieron en veinticinco y raspados. Mejor no hacer comentarios de los volantazos y la velocidad a la que Enzo conducía,

porque no es que fuera temeraria, es que no existía una palabra para definirla. Ahora, si nosotros íbamos con el pedal a fondo, no quería ni pensar en cómo había llegado Valentino antes.

Enzo dio un frenazo épico en la entrada de la casona y salimos todos a tropel. Mi padre iba como si no tuviese el brazo destrozado. Fui a preguntarle cómo se encontraba, pero su mirada furibunda me bastó para morderme la lengua y poner los ojos en blanco. Avancé con rapidez hacia la entrada, escuchando las voces inusuales que había dentro de la vivienda. Lo que me encontré cuando abrí la puerta fue exagerado.

Claudio estaba apoyado sobre la mesa principal del comedor, la cual se había convertido en la de un hospital. No había visto más utensilios de enfermería sobre la madera en la vida. Pero ese no era el factor más importante, sino la bronca monumental que estaba llevándose a cabo entre el dúo amoroso.

—¡¡Estaba diciéndote que saltases!! —le gritó como un energúmeno a Dom, haciendo muchos aspavientos con las manos.

Mi bambina estaba con la espalda doblada y la aguja y el hilo, intentando pillarle el trozo de piel que había atravesado la bala.

—¡¡Y yo que te agachases!! —le voceó el otro, muy cerca de su cuerpo. Dom le propinó un manotazo para que dejase de hacer aspavientos y Claudio se levantó, ocasionando que Dante tuviera que sujetar a Adara del codo para que no cayera despatarrada.

—Creo que debéis calmaros y... —Y la voz de la mamma no se escuchaba en medio de aquella guerra.

No supe quién gritó más, pero los dos estarían al día siguiente con una faringitis, mínimo.

—¡¡Tenías a tu puto padre delante y no te habías dado ni cuenta!! ¡¡A ver si te piensas que voy a necesitarte ahora, con cuarenta y cuatro años que tengo en la polla!!

—¡¡¿Y qué más daba ya?!! —Ahora fue Dom quien abrió los brazos en cruz, ignorando el comentario absurdo de su edad y necesidades.

Claro que se necesitaban. Menuda panda de idiotas.

Un «Casi cuarenta y cinco» se escuchó por parte de Enzo. Claudio lo miró de tal manera que casi lo dejó de pegatina en la pared. Menos mal que no tenía el poder de los rayos X. Mi otro hermano cerró la boca como si fuese una cremallera y se escondió detrás de Alessandro, al que por poco se le salieron los ojos de las cuencas. Había conseguido adelantarnos a todos para ponerse en mitad del meollo y enterarse bien.

—Claudio, por favor, la herida está sangrando mucho. —Mi bambina lo llamó con tiento y en un susurro, pero aquel tiarrón estaba

tan enervado que ni se enteró.

Continuaba de pie mientras de la herida manaba un hilo de sangre cada vez mayor. Claudio se aproximó para quedarse muy cerca de Dom. La casa al completo detuvo la respiración, porque nadie osó meterse en medio de la pelea. Estábamos todos que nos faltaban las palomitas. Incluso Carlo y Agneta se habían quedado rezagados en una esquina con Francesco y Riley.

—¡¡Que no tendríamos una mierda más si no te hubiese visto!! ¡¡Tenías que venir y joderlo todo!! ¡¡Porque no sé si te has dado cuenta, pero te ha pillado!! ¡¡Te había pillado desde hacía mucho tiempo, Domenico!! ¡Mucho! —Desde luego, Claudio estaba desgañitándose, ya que aumentaba de decibelios con cada palabra.

—¡¿Estás echándome la culpa a mí —se señaló con el dedo en el pecho— de que haya sido una emboscada?! ¿O estoy entendiéndolo al revés, Claudio? —Los ojos de Dom parecían dos ranuras afiladas.

Claudio dio un palmetazo en la mesa que tembló hasta el salón. Era un exagerado, pero es que era para verlo. La mitad de los instrumentos de enfermería cayeron al suelo. Mi hermano se llevó una mano a la herida, sabiendo que sangraba en exceso; de hecho, el color de su piel estaba cambiando, y eso no era nada bueno. Taponó la herida con la mano y lo señaló con inquina.

—¡Tómatelo como te salga de los cojones! ¡¡Ni siquiera sé qué coño haces en mi puta casa!! ¡¡¿Qué pollas haces con nosotros, Rinaldi?!!

Lo de Rinaldi sobraba, por descontado. El tono de asco con el que lo dijo me dolió hasta a mí, y mira que Dom todavía no terminaba de ser de mi agrado.

Dom apretó tanto los dientes que pensé que iban a saltarle por los aires de un momento a otro. Y, para más inri, afianzó los puños a sus costados, dando claras indicaciones de que si no le abría la cabeza allí era porque sabía que saldría perdiendo con tanto hermano que tenía el Sabello de los huevos. Sus ojos brillaron en exceso y se acercó mucho a su rostro. Yo contuve el aliento. Como el resto de la casa.

—Que te den por el culo y muérete si quieres, imbécil.

A Romeo se le había descolgado la mandíbula, literalmente. Lo miré buscando indicaciones de qué hacíamos justo cuando Dom pasaba por nuestro lado sin mirar a nadie y sin decir ni media palabra. Agarró la puerta de la calle, la abrió y, bajo el escrutinio de toda la casa, salió, dando un fuerte portazo que retumbó en Sicilia. Miré a Romeo y este se giró para ir tras él. Dante soltó un suspiro y también salió, para mi asombro.

—Claudio, necesito que te tranquilices y me dejes curarte, o...

—¡¡¿O qué?!! —interrumpió Claudio a Adara con un alarido

descomunal.

Despegué los labios, dispuesto a no consentir eso, pero la reacción de Adara nos dejó cuajados al resto. Alargó la mano, cogió un bisturí que tenía a su alcance y lo elevó tanto que casi rozó la mejilla de mi hermano.

—¡¡Eh!! —rugió, y dio un palmetazo en la mesa con la mano libre —. ¡Yo no te he hecho nada para que me trates así! —Apretó los dientes, y la mano también, porque los nudillos se le tornaron blanquecinos. Qué gusto estaba cogiéndole a los cuchillos y qué orgulloso estaba de ella—. ¡Así que sienta tu jodido culo en la mesa y cierra el pico, Claudio Sabello! —Él la miró. Ella entrecerró los ojos con más énfasis—. Ahora —le ordenó muy lentamente.

Mi hermano alzó el mentón y Adara lo imitó a la par, sin achantarse. Sonreí como un idiota hasta que Valentino me dio un codazo. Lo contemplé y señalé a mi mujer, dichoso por lo que veía. El gruñón negó con la cabeza.

—Quién la ha visto y quién la ve —murmuró para que no lo escuchase nadie.

—Esa es mi bambina. —Asentí muchas veces, mirándola con devoción.

—¡Claudio! —Mi madre se percató de que habíamos llegado y anduvo los pasos que la separaban de mi padre para comprobar su estado. Él gruñó mucho, pero se dejó querer. Yo no despegué los ojos de mi bambina cuando se cruzaron con los míos.

Le dejó la aguja enganchada a la piel y mi hermano renegó.

—¿Por qué me dejas así? —le preguntó con mal tono.

—Ahora te esperas. Que ha llegado mi marido —le dijo con altanería.

Yo abrí los brazos en cruz mucho antes de que se envolviese en ellos.

27

Los años y la vida

Adara Sabello

—¿Estás bien? —le pregunté cuando me acurruqué en su pecho.

Ni aun teniendo que ir de negro y cómodo se había quitado el traje. Me separé de él y atisbé algunos rasguños en su cuello y en una de las mejillas. Llevé la mano a su zona afectada y la limpié con cariño, viendo que era algo superficial. Tenía el labio hinchado por una parte y una pupa de sangre. Eso no le impidió acercarse a mi boca, envolver la mano que tenía alzada con la suya y besarme.

—Tienes un paciente con muy mal humor y una aguja clavada en el abdomen, bambina. —Puse un morro que me llegó a Lima y besó mi boca en forma de piñón, desviviéndose. Antes de que me apartase, y percibiendo que su padre estaba enfrascado en una conversación con su madre, me susurró—: Mi padre tiene el brazo partido, seguro.

Al separarse supe lo que quería indicarme, pues si no se había quejado desde que llegó, dudaba mucho que dijese algo cuando terminase con su hijo. Me abracé a él y suspiré profundamente, traspasándole el pánico que había pasado al creer que no podrían salir del puerto. Eso me llevaba a un gran interrogante, y era pensar que mi vida a partir de ahora podría convertirse en una agonía permanente.

Giré sobre mis talones en dirección a Claudio, que me esperaba apoyado sobre la mesa, con los brazos cruzados a la altura del pecho y muy mala cara. Su atención estaba enfocada en un punto de la pared del salón, aunque sabía que se moría de ganas por encontrar a Dom, por mucho que lo hubiese echado de su casa.

Cosí la herida en un inquietante silencio que hasta me molestó. Cuando todos los hermanos se replegaron a sus dormitorios, me quedé sola con Tiziano y Claudio, escuchando de fondo cómo Antonella y Claudio discutían en voz baja en la cocina. No sabía qué había

sucedido con exactitud, pero me bastó oír un comentario de Luciano sobre que sus dos hijos tenían una enfermedad, por lo que advertí que ya no había secreto que guardar. Debía reconocer que, en el fondo, siempre intuí que Claudio padre lo sabía. Porque Claudio padre era conocedor de todo lo que ocurría alrededor de sus hijos, y eso me lo habían demostrado el tiempo y los hechos.

Una vez cosida la herida, me dispuse a recoger todas las pertenencias que habían esturreado por la mesa debido al estrés que conllevó la situación cuando llegaron Enzo, Dante, Dom y Claudio. Estos últimos no habían parado de discutir desde que pusieron un pie en la entrada, recriminándose de todo y nada, sin excederse en detalles pero sin darse cuenta de que habían dejado muy poca imaginación al resto. Debo reconocer que la intención de Dom había sido ayudarlo desde el minuto uno, aunque el muy cabezón de Claudio declinó sus ofrecimientos constantemente, hasta que empezaron con una pelea monumental.

Por lo que tenía entendido gracias a Piero y a Riley, el furgón con los órganos había llegado a su sitio y estaba tan seguro o más que si intentaban atracarnos en el día de la recolecta de los Sabello.

Me agaché para recoger los utensilios que habían caído debajo de la mesa, gesto que ocasionó que me diese un coscorrón con Claudio, porque él también me imitó. Tiziano recogió los que había en una esquina y los guardó en el maletín sin fondo.

—No puedes agacharte —le dije con rudeza, obviando el golpe que nos habíamos dado.

Su silencio me respondió, y continué con mi tarea de recoger las cuatro cosas que quedaban esparcidas. Noté una presencia a mi espalda. Reconocí los zapatos de Dom y Romeo desde la distancia, y al elevar mi barbilla apreció que Romeo le hacía un gesto a Tiziano, imaginé que indicándole que llevaba a Dom al dormitorio de invitados, que casualmente estaba cerca de del de Claudio. Di gracias a que el nuestro se encontraba al lado.

Me levanté de mi escondite con la ceja enarcada. Pasé por el lado de Claudio como si no lo viese, pero con la cabeza muy alta y altanera de más. Estaba enfadada, sí. Me había molestado ese comportamiento impropio conmigo, cuando sabía de sobra que no le había hecho nada y mucho menos debía gritarme de esa manera. Noté que me sujetaba el antebrazo con firmeza. Descendí mi mirada hasta toparme con su agarre, lo busqué y alcé la ceja con más énfasis, dándole a entender que la mano sobraba de ahí. La elevó para apartarla y prensó los labios en una disculpa muda.

No valía para enfadarme con él. Era consciente. Sus ojos me

mostraron lo derrotado que estaba y resoplé. Me giré de cara a él y coloqué mis brazos en jarra, esperando que hablase. No tardó mucho en hacerlo:

—Lo siento —musitó con sinceridad. Asentí queda, con una breve caída de ojos—. Adara, háblame.

Me crucé de brazos.

—Estoy enfadada.

Tiziano se mantuvo al margen y lo agradecí. O empezaba a manejarlos a todos, o me comían, porque cada uno tenía una manera de ser distinta y algunas veces había que cogerlos con pinzas.

—Lo sé. No he debido gritarte. —Se separó de la mesa donde estaba apoyado. Sus ojos me mostraron con más ahínco esa tristeza—. Te prometo que haré lo que sea para que me perdones.

Prensé los labios y una idea fugaz pasó por mi cabeza. Idea que no retuve el tiempo necesario antes de decírsela:

—Pues deja de hacer el tonto ya, Claudio. Deja de hacer el tonto.

Me giré sin darle tiempo a una contestación. Vi de reojo la cara de Tiziano, que más que nada quería decirle un «Ahí la llevas», y después ensanchó los labios de esa manera tan particular que tenía de ver la vida. Cuando llegué a la entrada de la cocina, Antonella se encontraba mirando al exterior, con las manos sobre la encimera, mientras Claudio padre se bebía un vaso de whisky.

—¿Puedo pasar? —pregunté en voz baja. Le eché un vistazo al reloj de la pared, dándome cuenta de que eran más de las seis de la mañana.

Ahora, los que susurraban en el salón eran Tiziano y su hermano. Me permití el lujo de hacerme la sorda, porque mi italiano estaba dándole la chapa del quince por su comportamiento con Dom. Había sido excesivo, y eso que él no había estado cuando entraron a tropel.

Antonella desvió el rostro un poco. Pude ver que había llorado. Aguanté estoicamente el impulso de salir corriendo para abrazarla, ya que Claudio me miraba mucho y con demasiada atención.

—Esta cocina es tan mía como tuya, carusa. Pero creo que deberías acostarte.

—Sí, mi niña. Debes estar agotada —secundó Antonella el comentario de su marido.

Avancé titubeante y solté a plomo el maletín sobre la isla de la cocina. Claudio lo oteó sin expresión alguna, llevándose el vaso a los labios por segunda vez desde que había entrado.

—¿El hombre de hierro me deja que vea ese brazo que no mueve?

Rio roncamente y negó con la cabeza por mi comentario.

—No soy de hierro. Son los años y la vida.

Asentí, apretando los labios a su explicación, aunque también me atreví a abrir el maletín delante de sus narices sin preguntar ni una sola vez más. Extendí una mano y me tendió su brazo derecho, conteniendo el aire.

—Pues entonces tendremos que arreglar esto de alguna manera —le dije, tanteando la zona.

Por su rictus cuando presioné el antebrazo, fue fácil identificar que había algo roto. Moví mis ojos un poquito más arriba, percatándome de su hombro desencajado. Carraspeé, porque se dio cuenta de la dirección que tomó mi mirada.

—Me has perdido todo el respeto —murmuró con gracia.

Sonreí, sin llegar a mostrarle mis dientes, y le pedí que se sentase en una silla baja de la cocina. Lo hizo sin rechistar, instante en el que Antonella se dio la vuelta, y pude ver claramente el dolor que sentía su alma.

—¿Tiene mucho? —me preguntó con preocupación.

—El hombro dislocado, y lo más seguro es que el antebrazo tenga algún hueso fuera de su sitio. Necesitará una escayola y una radiografía, importante. Así nos cercioraremos de que no hay más zonas afectadas. —Lo contemplé con detenimiento antes de soltar la última perla—: Porque no vamos a poner impedimentos para verlo, ¿verdad?

Cuando Claudio sellaba los labios de esa manera, parecía mucho más temible que el equipo enemigo que me eché cuando Tiziano salió de la cárcel, incluyendo a mi italiano también. Cabeceó, asintiendo, y llevé las manos a su hombro. Su hijo apareció con Claudio detrás justo en el momento en el que conseguía encajar de un movimiento rápido la zona afectada. Noté la presión que sus dientes hacían, pero no hubo ni un simple alarido de dolor por su parte. Suspiré y busqué su atención.

—Ojalá algún día se me disloque un hombro y esté tan bonancible.

—Y yo espero que nunca sea así, porque de medicina no sé nada —añadió el paciente con media sonrisa.

Elevé el rostro para buscar a Tiziano.

—Llama a Francesco. Necesitamos que acudan al hospital para que le hagan una radiografía del antebrazo. Seguramente tengan que escayolarlo, y debemos cuidar de que no haya ninguna parte más afectada. —Apreté su hombro sano con cariño y cuidado—. Te han dado un buen golpe.

Apretó la mandíbula, y entonces vi claro que el instigador de ese golpe había sido Luciano, sin duda. Antonella cogió su teléfono, depositado sobre la barra, y marcó con agilidad, sin esperar a que

Tiziano fuese a buscarlo. Le mandó un mensaje que el guardaespaldas respondió de inmediato.

—En cinco minutos estará aquí. Deberíamos cambiarnos.

—Con que argumentéis que te has caído por las escaleras de casa, será suficiente —lo informé—. Aunque de excusas sabrás más que yo.

Esbozó una sonrisa y me dijo:

—No está de más que nos den otras alternativas. Normalmente me atracaban en mitad de la calle.

Tiziano soltó una carcajada tremenda, imaginé que pensando lo mismo que yo. Con ese poder que tenían en Italia en general, dudaba mucho que en ningún hospital no conociesen la procedencia de los Sabello y el porqué de sus obligadas visitas. En este caso, el médico de la familia poco podía hacer, a no ser que robasen una sala de pruebas y la trajesen a casa. Ya nada me asombraba de ellos.

No dio tiempo a que nadie saliese de la cocina cuando la voz de Claudio hijo se escuchó:

—¿Podemos hablar?

Sentí que sobraba en medio de aquella pequeña reunión familiar. Agaché la cabeza y recogí el maletín en silencio, dispuesta a marcharme. Sin embargo, la mano de Claudio se elevó para detenerme antes de que llegara a la posición donde se encontraba Tiziano, apoyado en el quicio de la puerta. Asentí sin saber muy bien por qué quería que me quedase allí, pero él cogió mi mano y la apretó con fuerza, como si yo fuese el ancla al que debía agarrarse para capear esa tormenta. Me emocionó que Claudio, a fin de cuentas, me tuviese en tan alta estima con ese simple gesto. No lo solté y me coloqué a su lado, con la mano todavía aferrada a la suya. La sonrisa de Tiziano fue tierna al verlo.

Su padre se volvió hacia él, se levantó y quedó a escasos metros de su hijo. Tampoco pasó desapercibido el agarre que acababa de encontrar. Lo miró y después buscó la atención de su hijo.

—¿De qué tenemos que hablar? —se interesó.

Antonella y Tiziano se mantuvieron al margen. Más o menos como yo, solo que en mi caso estaba en pleno foco de atención de ambos.

—De mí. Y de... —Se le atascó la garganta.

—Domenico —terminó por él. Su hijo asintió, y Claudio padre se llevó la mano sana al bolsillo del pantalón, pensé que intentando aferrarse a algo—. ¿De qué quieres que hablemos, Claudio? —le preguntó con tono solemne.

Los ojos del hombre que me tenía sujeta brillaron de más, y temí que se rompiese. Porque todo lo que aquellos dos llevaban en el cuerpo no era ni medio normal, y tres años con la intensidad con la

que vivían las familias no era para tomárselo a broma. Por no hablar de lo mucho que se querían, que había quedado claro el día que se besaron en el palacete.

—Siento... —comenzó. Por primera vez en la vida estaba viéndolo titubear—. Siento ser de otra condición sexual y siento que haya sido con alguien de los Rinaldi. Yo...

Lo dijo muy rápido y a la carrera. Como si quisiese quitarse de encima ese pesar que no lo dejaba respirar. Abrí los ojos como platos cuando escuché las primeras palabras que salieron de su boca, porque ser de otra condición sexual no era algo por lo que pedir perdón. Miré a Tiziano. Él me observó de la misma manera, sin entender a su hermano.

Claudio padre enarcó una ceja tanto que por poco no le llegó al techo.

—¿Estás pidiéndome perdón porque te gustan los hombres o porque estás con Domenico?

Claudio hijo carraspeó y lo miró, con los ojos más deslumbrantes todavía.

—Por las dos cosas.

Tuve que girarme para taladrarlo con la mirada. El resto estaba igual, incluido el padre de los dos hombres en la cocina.

Claudio padre se acercó un paso, quedando muy cerca de nosotros, y yo pensé que me faltaba el aire porque, aunque el asunto no fuese conmigo, estaba en medio, como el jueves. Claudio hijo me apretó la mano con más fuerza y tuve el impulso de decirle que yo era una floja, que no era como ellos y que estaba a punto de partirme los dedos.

Su padre lo contempló mucho y me temí lo peor. Sin embargo, Claudio Sabello tenía también el don de sorprender cuando menos te lo esperabas, y la mirada asesina que le lanzó a su hijo fue para rematarla con un:

—¿Tú eres gilipollas?

—¡Claudio! —lo reprendió Antonella, llegando a su lado con mucha urgencia. Su marido le lanzó una mirada furibunda y Antonella arrugó el ceño.

—¡Ni Claudio ni hostias! —voceó—. Mírame ahora mismo, Claudio Sabello. —No me había dado cuenta de que había escondido el rostro; lo levantó a la misma velocidad. Su padre lo sujetó de la pechera y le dijo con voz temeraria—. Que sea la última vez en tu puta vida que me pides perdón por esa estupidez tan grande que acabas de soltar. ¿He hablado claro?

Tiziano movió la cabeza a un lado y lo aniquilé con la mirada para que no soltase una perlita de las suyas, pero fue tarde:

—A mí me ha quedado transparente.

Claudio padre movió tan veloz el rostro hacia Tiziano que pensé que le arrearía una hostia. Mi italiano juntó los labios como si no hubiese dicho nada y dio un pasito hacia atrás. Aguanté la risa porque continuaba haciéndome gestos desde el pasillo.

—Contéstame —le exigió.

Claudio asintió.

—Clarísimo, papà.

—El papà ha hablado. Con lo bien que quedaba eso de «El capu ha hablado» —se quejó Tiziano, dando otro paso hacia atrás cuando Claudio se movió y sacó la mano por el marco de la puerta para empercharlo—. ¡Ya, ya! ¡Es que estáis muy tensos, hostia!

Apreté la mandíbula y Claudio lo hizo también. Entreabrí los labios, aprovechando que Claudio reprendía a Tiziano y le dije muy bajito:

—La mano. —Me miró sin entender—. Que me la partes.

Un «Oh, lo siento» salió casi en un susurro de sus labios. Antonella ensanchó los suyos y la contemplé con ternura. Adoraba a esa mujer tanto como a mi madre, a quien le debía una conversación, y de esa mañana no pasaría. De hecho, en ese instante la había visto pasar con Carlo por el jardín, supuse que para entrar por la parte trasera de la vivienda. Unos madrugando tanto y otros que ni siquiera habíamos dormido, y eso que ella se había acostado muy tarde también.

—Sé que estás con Domenico desde que te cruzaste con él en aquel bar, el día que discutimos —añadió su padre con indiferencia.

Todos nos quedamos estupefactos, menos Antonella, como era de esperar. Claudio le prestó más atención y le preguntó con verdadero interés:

—¿Y por qué nunca me habías dicho nada?

—¿Qué se suponía que debía decirte, hijo? —Claudio se encogió de hombros.

—¿Que no se liase con el enemigo, por ejemplo? —apuntó Tiziano, y ya estaba jugándosela mucho—. ¡Ya me callo! —dramatizó cuando su padre lo miró con muy mal genio.

—Algo similar —murmuró Claudio.

—Yo no puedo obligarte a elegir entre tu familia y tu corazón. Me imagino que si lleváis tres años, es porque algo os queréis.

—Llevábamos —lo corrigió Claudio.

Tiziano asomó la cabeza por el marco de la puerta y hasta su madre bufó con ganas. Al final tuve que sonreír.

—«Llevaban» porque están un poco enfadadillos, pero en el fondo se quieren. El problema es que este es un cabrón nato que las devuelve cuando menos te lo esperas.

—Tiziano. Te coso la boca —rugió su padre, y buscó la atención de Claudio. Llevó su mano sana al hombro de su hijo, pero a mí continuaba sin soltarme—. Hijo mío, la guerra con los Rinaldi no es vuestra. Nunca ha sido vuestra. —Hizo una pausa que se me antojó eterna mientras lo contemplaba mucho y en profundidad—. No permitas que el rencor nuble tus sentimientos. El amor puede con todo. El amor es lo que nos hace enfrentarnos a la vida. Creer en ella. Amarla como es debido y respetarla como se merece. —Claudio asintió tras sus palabras. Escuché el rugido de un motor a mi espalda. Francesco había llegado—. Recapacita, bambino. Vida solo tenemos una, y tu media naranja está en la planta de arriba. Lo he visto en sus ojos... Y en los tuyos.

Que usase el apelativo cariñoso para referirse a él fue la gota que colmó el vaso para que dos gruesas lágrimas cayesen con fuerza sobre mis mejillas, llegando hasta mi cuello y mojándolo. No las limpié, pues la profundidad que había en las palabras de Claudio me había marcado de tal manera que me fue inevitable buscar a Tiziano y sonreírle con un amor que de verdad me desbordaba el alma.

«El amor puede con todo. El amor es lo que nos hace enfrentarnos a la vida», rememoré, como si quisieran quedarse grabadas a fuego lento bajo mi piel. Mi bambino y yo teníamos tanta historia que podría dar perfectamente para una saga de libros si nos lo propusiéramos.

Claudio permaneció estático viendo cómo su padre y su madre abandonaban la cocina para marcharse. Tiziano no se libró de un coscorrón de su madre, y reí al escuchar que se quejaba. Apreté con la mano libre la suya, que todavía sostenía la mía con un poco menos de fuerza. Me alcé de puntillas y besé su mejilla.

—Ve a descansar. Después lo veremos todo desde otro punto de vista. Lo necesitas.

Asintió y besó mi mano con mimo, dándome las gracias muy bajito. Agradecí ese gesto y la confianza que había depositado en mí para una situación tan delicada, y Tiziano se encargó de romper la tensión final diciendo:

—Por si acaso, que sepas que está al lado de tu dormitorio —canturreó.

Le di un casto golpe en el pecho para que cerrase el pico ya, y me respondió tirando de mi cadera y envolviendo mis labios con un beso.

—¿Tú y yo en una ducha fresquita para calentarla? —murmuró con lascivia. Reí cuando me giró como si estuviésemos bailando, de manera que quedé de cara al porche de la parte trasera—. ¿Qué me dices?

Me volví y coloqué una mano en su pecho. Arrugó el entrecejo

porque sabía que estaba marcando una distancia que no le gustaba.

—Si me das unos minutos, subo ahora mismo —le respondí, mirando hacia el porche en el que se encontraba mi madre, con la vista clavada en nosotros.

Tiziano buscó el foco de mi atención y cabeceó, renegando para no variar. Me señaló la mano, indicándome los minutos que tenía para acudir a esa cita. En concreto eran cinco. Sonreí y palmeó mi trasero con gracia antes de desaparecer por la escalera, no sin antes decirle adiós con la mano a mi madre.

Anduve con decisión hacia la salida. Ella me observó con orgullo y extendió una mano para arroparme entre sus brazos. No decliné el abrazo ni mucho menos, sino que me dejé acariciar por una de las personas a las que más quería en el mundo.

—En Grecia me enteraba menos de las cosas. O por lo menos no las vivía con tanta intensidad —murmuró pegada a mi cabello.

—Es lo que tienen los Sabello. Con ellos nunca te aburres.

Las dos reímos a la vez y me separé para tomar sus manos entre las mías. Nos miramos durante unos segundos en los que pareció detenerse el tiempo.

—Mamá —le dije, al ver que me inspeccionaba mucho—, tengo que contarte algo.

Me guio hasta que nos sentamos en la mesita de la calle. Mis ojos se fueron directos a la esquina donde Tiziano me pidió matrimonio de mentira, la primera vez. Sonreí con añoranza, de manera inevitable.

—Tú dirás.

Volví mi atención a ella y pensé en cómo decírselo, hasta que al final me di cuenta de que no estaba haciendo nada malo y que, por muchas vueltas que quisiera darle, solo podía decirse de una manera:

—Me he quitado el anticonceptivo.

No sabía cómo iba a reaccionar, pero en el fondo había aprendido a que me diese igual la actitud o el pensamiento que tuviesen los demás sobre mis actos. Estaba cansada de que todos decidiesen por mí y de que yo no pudiera hacerlo con la libertad que me correspondía.

—¿Eso quiere decir que vas a hacerme abuela? —me preguntó, no supe si asombrada o feliz.

Tomé aire antes de responderle:

—Eso quiere decir que, en algún momento de mi vida, te haré abuela.

El silencio tomó parte de la breve charla. Discerní que apretaba mucho los labios, imaginé que sin estar de acuerdo con mi decisión. Sin embargo, sus ojos brillantes y llenos de emoción me demostraron lo contrario. Tiró de mi mano y me abrazó con tanta fuerza que pensé

que me partiría.

—¡Oh, mi niña! —exclamó con dulzura—. ¿En qué momento hemos pasado de intentar protegerte a que hablemos de nietos?

Sonreí con afecto, permitiendo que las lágrimas saltasen de nuevo.

—En el momento en el que he decidido ser yo quien tome las riendas de mi vida.

Me separó y enmarcó mis mejillas con terneza. Las gotas saladas descendieron de su mirada con vigor y me mostró su perfecta dentadura con verdadera alegría. Enjugó mis lágrimas con sus pulgares y soltó una risita histérica que seguí.

—Por fin mi princesa ha despertado de su letargo. —Me observó sin dejar de acariciarme—. Estoy muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido, cariño.

Me acurruqué en sus brazos con la misma fuerza de siempre. Allí estaba a salvo. Allí estaba parte de mi familia, la que me quería y entendía la vida que había elegido, y la misma que estaba dispuesta a continuar queriéndome de igual forma que siempre.

Y yo, simplemente, era feliz.

28

Tu nuevo futuro

Había transcurrido una larga y tediosa semana en la que andaban todos los Sabello como pollos sin cabeza. La ausencia en las noticias sobre lo ocurrido en el puerto de Siracusa era más que evidente que había sido por no dejar en evidencia a la policía, aunque todos éramos conscientes de que tarde o temprano Vittorio buscaría los medios apropiados para enmarronar a los Sabello, concretamente a Tiziano. Debía quitarse de encima a ese apestoso policía que no hacía nada más que estorbar.

Dom se encontraba en la casa de Romeo, en Roma, pues había declinado el ofrecimiento de Tiziano al decirle que se viniese con nosotros al palacete, sabiendo que la probabilidad de encontrarse con Claudio era mucho mayor. Esos llevaban desde el incidente sin verse, y mucho menos hablarse. La conversación con Claudio padre me dio la sensación de haberse puesto en contra de los amantes.

Por otro lado, Beatrice y Nicole continuaban en Cefalú, custodiadas por los hombres de Tiziano. Mi italiano le solicitó a Valentino que se marchase con Riley para comprobar que todo iba de manera correcta, pero se había negado argumentando que si ponía un pie en esa casa era para traer de vuelta la cabeza de la supuesta mujer que le había dado la paliza del quince. A mí eso me olía a orgullo herido y a no saber reconocer las cosas, pues la mujer me había caído estupendamente desde el minuto uno en que la vi.

Al final se comió el marrón Alessandro, quien declinó el ofrecimiento de ir una segunda vez porque, según él, la próxima sería para traerle a Dom a su hija en una bolsa de basura, cortada en muchos trozos y envasada al vacío para que Dante pudiese transportar todo su cuerpo si quería. La actitud de esos dos comenzaba a

escamarme, y al final había tenido que recurrir a Romeo para verlas unas tres veces esa semana.

Conmigo, Beatrice había sido tan maravillosa como de costumbre. Vale que era de la policía, pero a mí me caía muy bien. Sin embargo, Nicole estaba hecha de otra pasta, y la arrogancia, el ego y las miradas altaneras no pasaron desapercibidas en ninguna de las visitas.

Esa mañana me tenían molida, pero estaba muy contenta porque me habían quitado todas las protecciones para no parecer una albóndiga rellena mientras intentaba defenderme con los esculturales cuerpos de los hermanos Sabello. En concreto, esa mañana, Claudio se había afanado en darme la paliza de mi vida, y yo ya no era capaz de recibir más golpes; leves, pero golpes a fin de cuentas.

—¡Buf! ¡No puedo más! —le dije, y me tiré al suelo.

Él respondió dándome una patada.

—¡Levanta! —rugió como un energúmeno.

—No puedo —renegué por lo bajo, sin moverme. Le di un palmetazo a su pie para que dejase de darme puntapiés, pero es que ni la mano me respondía—. Además, no puedes seguir forzándote de esta manera, por muy leve que sea la herida. ¡Te han disparado!

—Se la cargan en un pestañeo —añadió Enzo socarrón, apareciendo por la esquina.

—¿Vosotros no tenéis casa? —les pregunté al ver que comenzaban a llegar todos, porque el rugido de un motor se escuchó en la entrada. Claudio ignoró mi comentario sobre su todavía no curada herida de guerra.

Era consciente de que esa mañana había una reunión importante para determinar cómo procederíamos, algo a lo que llevaba dándole vueltas Tiziano en su sala prohibida, como él la llamaba. Dos veces había entrado, y solo fue para decirle que la comida estaba lista, porque no quería interrumpirlo, por mucho que me hubiese dado el acceso a la habitación. Siempre me lo encontraba rodeado de papeles, un mapa y cien chinchetas alrededor. Para ser un buen jugador, había que pensar en una estrategia deslumbrante, y otra cosa no, pero a Tiziano no lo ganaba nadie y siempre, siempre, iba por delante del resto. Lo había demostrado con creces.

Alguien me sujetó de las axilas y tiró de mí hasta colocarme de pie. Me percaté de que era Romeo. El perfume de macho alfa que lo envolvía se coló por mi nariz con rapidez. ¿Cómo podía oler tan sumamente bien? Respiré con dificultad y agonía, oyendo y viendo de fondo que Enzo enchufaba un altavoz enorme para darle más emoción.

—Andiamo, piccola. Que voy a enseñarte dónde tienes que dar.

Me giré para verlo, quedándome a un centímetro escaso de su boca. Alzó las cejas con socarronería y me plantó un beso en la mejilla. El corazón me latió muy deprisa al pensar que me estamparía un beso en los labios, y me puse encendida como una bombilla. Lo escuché reírse por lo bajo y tomé una gran bocanada de aire porque estaba segura de que había visto mi apuro y hasta mis pensamientos.

Desde luego, nunca imaginé pensar de esa manera, pero estaban los Sabello para hacerse un sándwich con todos juntos. Nunca le daría esa información a Tiziano, porque era capaz de mudarse a Polonia para que dejase de tener pensamientos sucios, todos impulsados por su culpa y por la testosterona que tenía a mi alrededor.

Valentino apareció por el lateral también. Chocó su mano con Enzo mientras Claudio se retiraba para coger una botella de agua.

—¿Y mi gemelo? —preguntó Dante con prisas.

—Buenos días —le respondí con retintín—. Tu gemelo está en su sala. Lleva allí desde las cinco de la mañana.

Suspiré. Ese día pensé que me vería desayunando sola en el patio porque se había marchado muy temprano. Ese y todos, pero Tiziano me había sorprendido porque, a pesar de madrugar para continuar con su empresa, se había tomado los minutos necesarios en el patio mientras desayunábamos. Como siempre, con su periódico mañanero y su café negro como el tizón.

—Joder —renegó Dante, apoyándose en la pared que tenía a mi derecha.

Noté que Romeo se juntaba a mi cuerpo muchísimo; de hecho, mi espalda pegaba a su torso. Colocó sus brazos encima de los míos y los estiró. Después juntó las piernas, ejecutando el mismo movimiento.

—No vas a encontrar un entrenador mejor que este hijo de perra —añadió Alessandro, apareciendo con un café en la mano.

Tiró de una de las sillas del patio y se sentó, soplando la taza que le había dado Cornelia. La mujer apareció un segundo para preguntarles si querían algo antes de desaparecer de nuevo. Mi Carlo llegó justo a tiempo, me guiñó un ojo desde la distancia, con aquella sonrisa tan paternal que siempre me dedicaba, y a punto estuve de pedirle clemencia para que me rescatase de allí.

—Creo que esto no es una buena idea —le aseguré, intentando girarme.

No me lo permitió.

—Te juro que no voy a ponerme palote ni vas a verme el cipote. Los pantalones los llevo bien agarrados.

Apreté los dientes al ver que Enzo, delante de mí, se reubicaba con una sonrisa pilluela. También escuché alguna risilla de fondo que

preferí omitir, porque el tema del cipote, como él lo llamaba, ya era una tontería ocultarlo cuando lo sabía todo el mundo.

Valentino se acercó mucho a mí. Lo miré con horror, echando la cabeza hacia atrás cuando me exigió:

—Abre la boca.

—¿En serio, Valentino? —le pregunté con hastío.

—No quiero que quedes mellada pa...

No le dio tiempo a terminar la frase porque los Sabello a conjunto gritaron al mismo tiempo:

—¡Eh, eh, eh, eh!

Los vi tan exaltados que me asusté. Amusgué los ojos, profundizando en Valentino, quien, por primera vez desde que lo conocía, puso cara de haberla cagado. Su cabeza funcionó a mil por hora y esperé paciente a que alguien continuase con la frase. Como nadie lo hizo, le pregunté:

—¿Para qué?

Nadie respondió. Valentino apuntó a Enzo. Él se señaló, como diciendo que le habían dejado el muerto. Movió los hombros con desinterés y añadió:

—Para que no vayas mellada al funeral de tu marido.

Le propinaron un montón de insultos y reprimendas por la broma que había gastado, según estábamos. Enzo pidió calma, pero a mí solo me llegó el soplo de aire de Romeo en el oído:

—Ahora es el momento de darle la paliza de su vida.

—Me pones muy nerviosa. —Lo miré, muy cerca de nuevo. Joder, qué guapo era—. ¿Por qué hueles tan bien? —Eso se me escapó sin pretenderlo, ya que fue un pensamiento. Además, se me entendió fatal por el protector bucal, pero él lo cogió a la perfección. Sonrió ladino y me instó a que mirase a Enzo.

Me empujó y avancé sin que el hermano que tenía delante se percatase, porque continuaba riñendo con los demás.

—Derecha, izquierda, derecha. ¡Ahora!

Ejecuté los golpes, acompañados de los brazos de Romeo, que se mantenían muy firmes y me guiaban como si fuese una marioneta, acertando de lleno en Enzo, quien se sobresaltó al recibir los impactos.

—¡Patada! —añadió Valentino con énfasis.

Romeo impulsó mi pierna derecha con la suya y le di de lleno en el bolsillo izquierdo, de donde le cayó el libro que le había prestado.

—¡Oye! ¡Eso es trampa! —se quejó—. ¡Ya me has perdido la página por la que iba!

Tuve que reírme por su malhumor, y Romeo aprovechó cuando se guardaba la biblia para propinarle cuatro golpes más que casi lo

dejaron espatarrado en el suelo. Se levantó de un impulso y arremetió contra nosotros como si no hubiese un mañana, pero la fuerza de mi pegatina llamada Romeo impidió que ninguno me dañase porque los detuvo a la primera de cambio.

Ejecutamos una batalla de golpes irrompibles que Enzo trataba de esquivar. Valentino estaba eufórico, y allí ya me quedó claro quién era el verdadero espadachín de los hermanos. Nada más y nada menos lo tenía pegado a la espalda.

—¡Suelta! —me animó, soltando mi cuerpo del suyo y lanzándome a Enzo sin miramientos.

El apasionado de las peleas cuerpo a cuerpo se abalanzó sobre mí con los dientes apretados. Abrí los ojos por la agilidad con la que lo veía venir y le lancé un gancho, escuchando a Romeo gritarme por detrás:

—¡Dale, dale, dale!

Adelanté el puño derecho y le di un castañazo en el pómulo, seguido de otro con la izquierda, el cual detuvo. Lo que Enzo no previó fue que mi pierna derecha ya se había colado a la vez por en medio de sus piernas, provocándole una patada que le di con ganas debido a la adrenalina que corría por mis venas.

—¡¡Toma!! —voceó Valentino, elevando un puño en señal de triunfo.

—¡Le he dado! ¡Le he dado! —Escupí el protector bucal y seguí gritando con euforia mientras me tiraba a los brazos de Valentino, enganchándome a él como una garrapata.

En medio de mi entusiasmo, abrí la boca porque Enzo berreó, retorciéndose de dolor:

—¡Las pelotas! ¡Las putas pelotas!

Salté de los brazos de Valentino, que continuaba sonriente y para nada incómodo porque hubiese asaltado su zona de confort.

—¡Enzo, lo siento! —Me apresuré a ir en su busca, pues se encontraba semidoblado, agarrándose los testículos. Madre mía, qué leñazo le había dado—. Me ha podido la emoción, perdóname —le dije de carrerilla, muy apurada.

Extendió una mano en alto para que lo dejase respirar, ya que estaba prácticamente sobre él. A mi espalda se escuchaban voces de júbilo. La jarana estaba servida, desde luego.

—Y si no llegas a las pelotas, golpecito en la garganta y se queda sin respiración.

—¡No, no! —Enzo se exaltó y miró a Valentino con mala leche.

—O puñetazo en la sien, aquí —Dante se señaló la zona—, entre la ceja y el pelo y se desmaya.

—¡Vale ya, ¿no?! —gruñó Enzo, irguiéndose y lanzándole una mirada furibunda a todos sus hermanos.

—Lo siento —repetí de corazón, aunque quedándome con las indicaciones que me habían dado.

Continuaba tratando de que Enzo respirase con normalidad, obviando el jolgorio de mi espalda, que se terminó en el instante en el que unos zapatos oscuros aparecieron por la esquina de donde habían salido los demás. Elevé el rostro cuando Enzo se recompuso y se apartó renegando, hasta sentarse en una de las sillas, al lado de Dante, que le dio unas palmaditas en la espalda y se mofó de él a lo grande. Le tendió una botella de agua que él aceptó sin rechistar.

Una sonrisa bobalicona apareció en mi rostro cuando Tiziano se presentó delante de nosotros, con Dom a su lado. El aire se cortó, evidentemente porque nadie esperaba la aparición del Rinaldi en mitad de la mañana, aunque todos sabían que para llevar a cabo el plan era fundamental que siguiese de nuestro lado.

—¿Qué? ¿Quitándole el carné de padre a mi hermano? —guaseó Tiziano, acercándose a mí.

Sonreí como una idiota cuando me estrechó entre sus brazos, sintiéndome plenamente feliz y afortunada de estar con él. Era el hombre que iluminaba mi vida, mis días, mis horas y minutos. Me alcé de puntillas para besarlo. Los comentarios inapropiados volaron de una esquina a otra. Aun así, continué con una deslumbrante sonrisa en los labios.

No era consciente de que el tiempo se me agotaba y la felicidad se vería solapada por una tristeza con una magnitud inimaginable en menos de veinticuatro horas.

Busqué a Dom por detrás de Tiziano, y este me sonrió con tristeza. Ni siquiera me percaté de que Claudio continuaba apostado en un lateral, mirándolo.

—Tenemos que ponernos en marcha —anunció mi italiano, sin soltarme de sus brazos.

Dante saltó de su asiento con un brinco.

—A las nueve —anunció.

No entendí qué quería decir hasta que Tiziano selló los labios en una fina línea, asintió y barrió el jardín dando indicaciones sin verbalizar una sola palabra. Era impresionante. Hasta Enzo se había levantado de su asiento. Me guiñó un ojo en la distancia y escuché que me decía un «Sin rencores». Prensé los labios para no sonreír, instante en el que la temeraria voz de Piero se escuchó con tonito:

—¿Quién va?

No sé si fue de manera intencionada, o que todo el mundo sabía el

porqué de esa pregunta, pero las miradas se clavaron en Dom. Él permanecía estático, sin pestañear y sometido a un escrutinio que asustaba por parte de los que habían sido sus cuñados en la sombra. Miré a Tiziano y él me correspondió, tal vez pensando lo mismo que yo. El momento era sumamente incómodo para el hombre que nos había ayudado, y al que no habíamos conseguido ayudar nosotros.

—Tú —señaló a Piero— te marchas con Alessandro, Claudio, Dom y Dante al intercambio con los órganos. —Miró a Dante—. Imagino que tu comprador será puntual. —Asintió—. Y ya de paso, para que no se le vaya la pinza y siga guardando secretos.

Dante bufó. Todavía estaban resentidos. Los dos.

—O sea, que vamos de niñeras —añadió Alessandro con desgana.

—Vais a cerrar un acuerdo —rugió Tiziano, fulminando al hermano pequeño—. Valentino, Romeo y yo iremos a hacerle una visita al soplón mientras Riley controla desde aquí el sistema de seguridad de ese cabrón con Enzo.

El silencio tomó el lugar cuando ambos hermanos se contemplaron: Tiziano esperando que Alessandro lo rebatiese y el otro con el morro torcido. Después descubrí que era porque no lo llevaba con él a ver a Vittorio.

—Yo no pienso respirar el mismo aire que este tío. Así que no cuentes conmigo.

De repente, todos nos volvimos en busca del vozarrón de Claudio, que había cortado de inmediato el enfado de Alessandro y la mala cara de Tiziano. Se encontraba contemplando con fijación a Dom. El aludido elevó la barbilla de forma intimidante y no dio lugar a que Tiziano respondiese:

—Si tanto te molesta mi presencia, puedes vendarte los ojos y dejar de mirarme.

El tono de Dom fue duro y tajante. Claudio soltó una carcajada ronca y sus palabras fueron más dañinas de lo que ninguno esperamos; es más, nadie osó meterse en medio de la trifulca de aquellos dos titanes:

—O bien puedes marcharte con tu papá y jugar a esperar a que lleguen los Sabello y rematen la faena.

Escuché incluso un «Te has colado» de parte de Dante. Enzo puso morros y asintió con mala cara a lo que su hermano había dicho. El resto parecíamos no saber dónde meternos.

Tiziano elevó un dedo, todavía conmigo entre sus brazos.

—Yo creo que...

No lo dejaron terminar, porque Dom dio dos zancadas y se colocó delante de Claudio. El Sabello se irguió muy despacio y con muy mala

cara, arrogante y chulo a partes iguales, cuando Dom le preguntó:

—¿Y a qué Rinaldi vas a matar tú, valiente?

Estaba segurísima de que todos conteníamos la respiración. Miré a Tiziano buscando ayuda y este me respondió moviendo los hombros con desinterés. Abrí los ojos un poco y cabeceé en su dirección, porque los dos continuaban retándose. Pensé que se pegarían.

—Deja de hacer movimientos con la cabeza. —Tiziano me colocó un dedo en la sien—. ¿Es que no te han dicho que entre parejas no hay que meterse? —murmuró, cabeceando ahora él.

Claudio despegó los labios con tanta parsimonia que pensé que estaba viéndolo todo a través de una televisión y a cámara lenta. Tiziano me pidió silencio, apuntando con sus ojos al par de dos que se odiaban y se amaban de la misma forma. Menudos cabezotas.

—Sin duda, a ti —le contestó Claudio con frialdad.

Petrificados, no esperábamos el comentario de Dante, apoyado por Enzo, al que le encantaba meter el dedo en la llaga:

—Yo voto porque Claudio le da una paliza.

—Pues fíjate tú que yo pienso que le come la boca. —Enzo puso morros y se ganó un coscorrón por parte de Piero.

Tiziano apretó los labios y adiviné que contenía la risa, como Romeo. Pero la risa se le cortó a todo el mundo cuando Dom sacó de la cinturilla de su pantalón la pistola, sin quitarle los ojos de encima a Claudio. Se apuntó al pecho y le dio la vuelta a la culata, de manera que quedaba lista para que mi cuñado la sostuviese. Abrí los ojos en desmesura.

—¿Y por qué no terminamos con la tontería ya? Así deja de molestarte mi presencia y no tienes que esperarte a que esté con mi padre, quien, por si no lo recuerdas —añadió con mucha rudeza y retintín—, ¡sabe que lo he traicionado y que estoy con vosotros! —Claudio no pestañeó cuando Dom cogió su mano y la colocó en la culata mientras con la mano libre le quitaba el seguro—. ¡¡Vamos, aprieta de una puta vez!! —le gritó desencajado.

A mí el corazón iba a salírseme por la boca. Entreabrí los labios, casi sin darme cuenta de que me separaba de Tiziano, escuchando de fondo un «Uuuh, que tenemos que enterrar otro cadáver» de la boca de Romeo. Lo ignoré, al igual que lo hice con la advertencia de Tiziano cuando ya caminaba sin tiempo a que me cogiese, en dirección a esos dos.

—Bambina... —Fue un tono de advertencia inmediato—. Bambina, no. ¡Adara!

En el último berrido, ya había llegado al medio de los dos. Todos los Sabello habían dado un paso adelante, e incluso Carlo había

asomado la cabeza por la esquina, como si fuese mi ángel protector y como buen guardián de su hombre, atento a todo. Tenía a Tiziano pegado a la espalda. Fue a cogerme la mano y la aparté de un manotazo, después, señalé la pistola y los contemplé a los dos, que continuaban mirándose con fijeza y un odio descomunal.

—Bajad eso ahora mismo —les ordené.

Ninguno soltó el arma. Dom se juntó más a la pistola. Yo abrí excesivamente los ojos porque estaba sin el seguro y porque el dedo de Claudio se encontraba justo en el gatillo. Si metía la mano, corría el riesgo de que lo accionaran sin querer. Si no la metía, las consecuencias podrían ser terribles.

—Adara —me llamó Valentino, para nada conciliador.

—Que bajéis la puta pistola —enfaticé palabra por palabra, fija en ellos—. Ya —sentencié con rudeza.

En realidad, me cimbreaban hasta las pestañas, pero si nadie interrumpía aquella tontería, se matarían el uno al otro y después se arrepentirían el resto de sus vidas. Me atreví a dar un paso más, con cautela y sin alarmar a nadie. Tiziano no necesitaba impulso para perder los nervios. Vio que me colocaba, con las palmas de las manos en dirección a Claudio, y conseguía meterme en medio del cuerpo de Dom y la pistola, con mucho esfuerzo.

Los ojos de Claudio brillaban y los míos lo hicieron de inmediato. Tenía la mandíbula apretada. Noté la respiración acelerada de Dom en cuanto mi espalda tocó su pecho.

—¡Ah, no! ¡No, no, no, no...!

—Claudio —lo llamé para que mirase, porque mantenía la vista fija en Dom. Interrumpí a Tiziano en medio de esa desesperación que lo carcomía—. Solo está ayudándonos. Por favor, baja el arma —le pedí con calma.

Tiziano no tuvo tanta, porque se plantó a nuestro lado, sacó su pistola y disparó al aire con cara de psicópata. Me asusté al pensar que ese disparo iba a llevármelo yo en el corazón, porque cualquiera en su sano juicio y sin querer podría apretar el gatillo del propio susto. Busqué a Tiziano y lo reprendí con la mirada. Él entrecerró los ojos con mala cara, instándome a que saliese de allí.

Claudio había separado el dedo del gatillo en cuanto me había colocado delante de Dom, pero eso no me salvaba de una posible herida de bala.

—Dom se quedará conmigo y con Enzo en el palacete. —Miré a Tiziano y alzó una ceja; no supe si de enfado por meterme en su organización—. Que se quede con nosotros mientras controlamos con Riley el sistema de seguridad de Vittorio. —Me incluí como si fuese

una más del equipo, sin pensar.

Tiziano me miró mucho, largo y tendido, con una expresión que no supe descifrar, hasta que sonrió, se giró de cara a sus hermanos y añadió a viva voz:

—Es la puta mujer de mi vida. —Todos asintieron al unísono, algunos permitiendo que una sonrisa escapara de sus labios. Dio un paso en mi dirección y me sacó de manera sutil del enfrentamiento entre los dos titanes para decir—: Vamos en busca de tu nuevo futuro, bambina.

Arrugué el entrecejo. Él lo besó. Sin embargo, yo estaba más pendiente del potente hombre que retrocedía sobre sus pasos y desaparecía de allí, seguido por Romeo y Enzo, que no se atrevieron a mirar a un Claudio que, claramente, parecía debatirse entre la vida y la muerte.

29

Había una vez un soplón

Tiziano Sabello

«Nada que objetar, señoría».

Eso era lo que me había faltado decirle al mandato de mi bambina delante de los dos tiarrones que se amaban más de lo que pensaban. Porque por suerte yo sabía lo que era amar a una persona. Exactamente a la misma que tenía a mi lado, mirando por la ventana y sin saber adónde nos dirigíamos tras coger el avión y plantarnos en Catania. Esa tarde, mi madre se marcharía con nosotros a Roma, y mi padre se había incluido el solito en el plan de visitar a nuestra pulga apestosa llamada Vittorio. Qué ganas tenía, y solo yo sabía lo que necesitaba hincarle el diente en la yugular.

El patriarca de la familia estaba tan campante, como si no tuviese el brazo partido y necesitase más reposo que una simple semana. Todavía continuaba sorprendiéndome la facilidad que poseía Adara con todos nosotros y la manera que tuvo de acercarse a él sin que le rechistase.

—¿Me dices ya adónde vamos?

—Es una sorpreeesaaa —le anuncié cantarín.

Puso morritos y argumentó:

—No sé si me gustan las sorpresas o me dan miedo.

—Viniendo del hombre al que tienes encandilado, seguro que es fantástica.

Ni corto ni perezoso, no tenía abuela, era consciente. Sonrió de medio lado y le dio un poquito más de voz a esa pieza clásica que sonaba por entonces en el equipo de música del coche. Iba sumido en mis pensamientos cuando cogimos un desvío cercano a la casona. Estaba relativamente cerca, pero lo suficientemente lejos como para tener nuestro espacio.

El bosque se abría minuciosamente, expandiéndose según avanzábamos camino arriba, dejando a la vista un enorme anchurón que la vegetación volvía a tragarse antes de llegar a un enorme portón de color blanco con dos ángeles apostados en los laterales, tal y como tenía en Roma. Sí, yo y aquellas figuras compartíamos un problema de amor mutuo, aun sabiendo que iba derechito al infierno.

Presioné un botón que llevaba escondido en el lateral izquierdo del coche y la puerta se abrió. Adara se giró en el asiento y me contempló con los ojos entrecerrados. Le mostré todos los dientes con entusiasmo.

—¿Vas a enseñarme todas las casas que tienes esparcidas por el mundo? —me preguntó con guasa.

—¡Qué va! —le respondí con exageración—. Eso puedes verlo tú misma en el archivador que tengo en la sala prohibida. Así podrás pensar dónde quieres irte de vacaciones.

—Yo quiero ver Italia —añadió con aplomo.

—Después de Italia —concluí con media sonrisa, pisando el acelerador.

Volvió la vista al campo, contemplándolo en silencio, roto únicamente por los altavoces. Se llevó la mano al mentón y la observé de reojo, nervioso por descubrir cuál sería su reacción al desmontar. Una vez al final del camino, ese picor de estómago cobró vida con más intensidad en cuanto abrí la puerta del vehículo.

Me imitó, apretando la chaqueta vaquera a su cuerpo, y me recreé lo suficiente en verla buscar a su alrededor algo que le llamase la atención. Me buscó con esas esmeraldas y me pilló observándola con descaro. Alzó una ceja y ensanchó los labios. Me instó a que le dijese qué hacíamos allí. Extendí una mano para que se acercase y bordeó el coche sin titubear hasta llegar a mi lado.

—No tendrás pensado ponerte a correr con esta indumentaria que llevamos, ¿verdad?

Nos señaló a los dos. Ella iba ataviada con un pantalón del mismo género que la chaqueta y un jersey verde oscuro, mientras que yo llevaba mi impoluto traje, esa vez gris, con una camisa blanca. Como le gustaba. Arropé su mano con la mía y la guie unos pasos más adelante, donde se extendía un enorme terreno llano con un pedrusco mediano y cuadrado en el centro. Esperó con paciencia a que hablase tras mi extenso mutismo.

—Una piedra. —Asentí y me imitó—. Me has traído a Catania para ver una piedra —añadió con más énfasis, y comenzó a reír sin control.

Solté una carcajada al verla más nerviosa incluso de lo que yo lo estaba, aunque sin demostrarlo.

El aire se cortó de inmediato cuando dejó de reírse, y al ver mi silencio se juntó más a mi cuerpo, sin soltar mi mano. Movió el rostro hacia un lateral y su rictus cambió al de la preocupación.

—Tiziano, ¿te encuentras bien?

Me obligué a apartar mis ojos de ella, porque parecía que estaba hechizado de verdad. Carraspeé un poco, gesto que le extrañó más si cabía. Antes de que me llamase de nuevo, porque la vi entreabrir los labios con el «Ti» en la punta de la lengua, le dije de carrerilla:

—Es nuestra casa.

Afianzó su mirada y la desvió de mí a la roca. Negó brevemente con la cabeza, dándome a entender que no sabía a qué me refería.

—Nuestra casa.

—Nuestra casa —secundé—. Ahí, en la roca.

—Eso es, que yo solo veo una roca —apuntó—. ¿No te da la sensación de que estamos teniendo una conversación de besugos?

—Más o menos como las que tienes tú con tus sobrinos; ahora míos también —puntualicé, y rio al meterlos dentro de mi saco.

Casi me reventó el corazón cuando dijo:

—Las mismas que tendrás con tus hijos, algún día.

Carraspeé de nuevo. Me cagaba en la puta de bastos, que no me salían las palabras ni con sacacorchos.

—Por eso quiero que tengas algo donde puedas crear nuestros propios recuerdos. Con nuestra familia.

Su expresión se detuvo unos instantes y pude ver cómo su mente trabajaba a marchas forzadas y encajaba piezas con gran rapidez.

—¿Estás diciéndome que has comprado este solar para hacernos una casa, Tiziano?

—Eso es —le respondí escueto.

—¿Y el palacete? —Alzó una ceja.

—Voy a dejárselo en propiedad a Carlo y a tu madre.

Abrió la boca y volvió a cerrarla. Miró la roca y después a mí, y así sucesivamente hasta que la solté. Giré sobre mis talones y me encaminé hasta el coche, dejándola abandonada a unos pocos pasos.

—¿Ahora adónde vas? —me preguntó con curiosidad, siguiéndome.

Abrí la puerta y la busqué, encontrándola a mi lado. Suspiré y saqué un rollo de papel bond y se lo tendí. Antes de que lo desplegase sobre el capó, anuncié de carrerilla:

—Lo peor de todo esto será la mudanza de las pertenencias a las que más cariño le tengamos, como la biblioteca. —Sus ojos brillaron de emoción—. Pero por eso no hay problema, porque tengo a siete tíos dispuestos a cargar cajas. Ocho, si contamos a tu suegro.

Apretó visiblemente los dientes cuando expandió el plano. Supe que

estaba conteniéndose, y verla tan callada me puso más nervioso. Me acerqué por detrás, ojeando por encima de su hombro el papel. Delineó con sus dedos las líneas dibujadas en la planta baja de lo que supuse que podría ser nuestra casa.

—He aprovechado mi carrera para algo —musité sin atisbo de guasa en la voz, porque no sabía por dónde iba a salirme. Mandaba cojones que me diese tanto miedo su reacción.

A mí.

Sus ojos se desviaron y me miraron. Estaban cristalinos y alguna lágrima cayó sin control, impactando en su mejilla derecha. La limpié con mi pulgar sin intención de preguntarle qué pensaba, porque sabía leerla entre líneas y hacía mucho tiempo que Adara era un libro abierto para mí. No hacía falta que me confirmase que vivir en un nuevo sitio la aliviaba, un lugar nuevo donde no hubiese recuerdos dañinos cada vez que mirase una esquina de la casa. Y aunque eso siempre permanecería en su cabeza, yo me encargaría de borrarlo lentamente y dándole el espacio que necesitaba.

—¿Lo has hecho tú? —me preguntó con un hilo de voz, permitiendo que sus lágrimas corrieran con alegría. Asentí sin mover los labios—. ¿Cuántas plantas tiene nu... nuestra casa?

Ese «nuestra» le costó trabajo. Supe al instante que el motivo era no haber tenido planes con nadie jamás. Era injusto haber llevado la vida de Adara, pero más injusto era no haberlo sabido apreciar a tiempo.

No haber visto la joya en bruto que tenía delante de mis narices.

—Nuestra casa —recalqué— tendrá las plantas que quieras. De momento, solo he dibujado dos.

—¿Aquí también tendremos sótano de las torturas?

Una pequeña carcajada salió de mi garganta al escucharla tan firme, pese a que estaba como una gelatina porque le temblaban las manos.

—Si tú quieres que tenga sótano de las torturas, lo hacemos. Y si quieres que tenga un barco en mitad del salón, pues se lo ponemos. Todo es cuestión de imaginación.

Se sorbió la nariz y los ojeó, pasando el siguiente y descubriéndolo sobre la chapa. Sus dedos rozaron el papel con mimo y la escuché murmurar con gracia:

—Mientras tengamos el dormitorio nuestro insonorizado, me vale.

—Y la biblioteca del Bello y la Bambina tiene que ser gigante —objeté, señalándosela y notando que se me tensaba la bragueta por su objeción. Tuve que reírme roncamente.

—Y siete habitaciones —apuntó.

—Y siete habitaciones con cámaras en todas las esquinas —añadí

socarrón, y ella alzó las cejas—. Para que podamos controlarlos desde bien pequeños, que luego se nos desmadran y salen al padre.

La dulce risa que salió de sus labios me hipnotizó, y me vi girándola en mi dirección y enmarcándole las mejillas con las manos. Paseé mis pulgares por las gotas saladas y la observé con fijeza. Perdido. Ido en mis pensamientos y en los suyos, aunque no pudiese verlos con claridad.

—Solo quiero que seas feliz conmigo, bambina.

Elevó las manos para colocarlas sobre las mías y musitó, en un susurro gracioso:

—¿Aunque te llene la casa de plantas medicinales y flores?

Torcí el morro y los dos soltamos una risilla.

—Si me prometes que con eso sonreirás todos los días, me da igual. —Asintió, con los labios apretados para no llorar más—. Y yo prometo dejar de ser un dramas y no ponerme más camisas negras.

Rio con fuerza y se abrazó a mi pecho, enterrando la cabeza en él. Nos dimos unos minutos de silencio necesario. Tal vez pensando en lo que habíamos construido entre los dos en tan poco tiempo o en mucho, dependiendo de cómo se mirase. Lo había meditado en varias ocasiones, y nadie mejor que nosotros podía pensar que nuestra relación se había gestado muy lentamente y con tantos altibajos que nos faltaban dedos de las manos para contarlos.

—Gracias —bisbiseó muy bajito, porque su rostro se tapaba completamente por mi camisa. Tras unos segundos, dijo con una sinceridad aplastante—: Te amo mucho, bambino.

—Y yo te amo más que a mi puta vida, bambina. Que a mi puta vida.

Eran las nueve menos diez cuando nos encontrábamos en el centro de Roma, en un edificio antiquísimo y muy cerca de grandes monumentos que permanecían vigilados. Habíamos aparcado a tres calles de allí para pasar desapercibidos.

—Parecemos los putos Men in Black —anunció Valentino con su tono hosco tan característico.

—Pero nosotros somos más divertidos y tenemos mucha marcha —objetó Romeo con gracia y con las manos en el vientre, donde sujetaba con fuerza un bate de beisbol con muchos pinchos en la punta. El piccolo tenía un grave problema con los bates.

—O tenemos mucho flow, como se dice ahora. —Enzo rio a través de los altavoces.

Entrecerré los ojos, observando que en el cuarto piso la luz del salón principal se encendía y una mujer cubierta con una bata de seda aparecía con unos rulos sobre la cabeza. Le di un codazo a Romeo

para que dejase la tontería de nuestra vestimenta y le pasé los prismáticos que había llevado para ver el interior de la vivienda.

—Ya he detenido los ascensores y el control del portal está abierto —me informó Riley desde el pinganillo.

—Había una vez un soplón... —Me inventé un intento de canción y di una palmada en el aire—. Andiamo!

Los dos salieron a mi paso, seguidos por Carlo, Francesco y mi padre, que se encontraban detrás. Empujé la puerta de cristal y no me demoré en buscar la salida de emergencia, por donde tomaríamos las escaleras que nos llevarían a la puerta de Vittorio. Me relamí con solo pensar en la sorpresa que iba a llevarse cuando me viese.

En una situación normal y tras mi mandato, se suponía que yo no debía participar en aquellas mierdas. Sin embargo, ese mamón me había tocado mucho los cojones y a base de bien. No sé a vosotros, pero a mí no se me olvidaba que hacía bien poco me había golpeado con saña contra el asfalto del puerto como si mi cara no valiese dos duros.

Extendí una mano para empujar la puerta que me llevaría al ansiado rellano, con una sonrisa demente en los labios y un séquito detrás que asustaba. Riley me informó que las cámaras de esa planta se habían quedado en un segundo plano, y avancé con un paso tan firme que el suelo pareció temblar.

No me percaté de lo poco que había tardado en llegar a la madera hasta que un breve clic se escuchó y le di con el pie para abrirla.

—Menuda seguridad de merda —musitó Romeo.

—Todos tenéis una seguridad de mierda tratándose de mí. —Riley se alabó y estiré las comisuras de mis labios—. Están en el salón viendo la tele.

Me mordí la lengua, conteniendo las ganas de saborear una venganza tan macabra que ni siquiera me atreví a mirar atrás para ver la sonrisa diabólica de mi padre, aunque la intuía. Podía olerla sin verla.

La luz del salón se había apagado, sin siquiera darse cuenta de que alguien había invadido su espacio privado e iba a convertirlo en los peores minutos de su vida, porque no pensaba extenderme más de lo necesario con la sabandija que había intentado cazarme durante años.

—¿Cómo va la vida de un fracasado, Santoro?

El interpelado dio tal respingo del sofá que me habría gustado tener una cámara frente a él y haber grabado ese momento. Al lado, su mujer se levantaba a la misma velocidad que él, llevándose una mano al pecho en señal de que le habíamos dado el susto de su vida.

—¡¿Qué haces en mi casa?! —gritó encolerizado, y dio un paso

para pulsar el botón de socorro.

Sin embargo, no le dio tiempo a tocarlo. De hecho, lo había visto al lado del mueble donde tenía el televisor, porque Carlo sacó el arma y le disparó a bocajarro en la mano izquierda. El alarido fue tremendo, aunque eso no cambió mi sonrisa maquiavélica.

Di un paso a la derecha, sabiendo que se encontraba acorralado y sin saber qué hacer, porque su mirada buscó por toda la vivienda que las cámaras estuviesen encendidas. El problema de Vittorio era que no sabía que ya había hecho un plan maestro en el que no se me escapaba ni un punto, y que el friki que tenía a través de la línea, junto a mi hermano, era el puto amo del universo con las tecnologías. Ni un aviso le había dejado disponible para que pudiese escapar.

—A no ser que pretendas lanzarte por la ventana, creo que no tienes escapatoria.

—¡Vete de aquí antes de que llegue la policía, insensato! —rugió.

Me dio la risa de manera muy muy fea. De esas veces que te sale de lo más profundo de la garganta y te piensas que eres un asesino en serie de los peligrosos de verdad —más o menos lo era—. De esos que te ponían los vellos como escarpias y creaban una tensión difícil de disimular.

—¿Has pensado que engañar a mi mujer no estuvo bien? —le pregunté en tono neutral, pero bien era cierto que me llevaban los demonios con solo pensarlo—. Y ya no hablamos de tu compañero. Klaus. —Puse morros y mala cara—. Eso ha estado muy feo.

—Klaus es un fracasado, y tu mujer, una estúpida por estar contigo.

Hice un gesto desinteresado con los ojos y anuncié:

—Klaus ha sido listo y ha sabido conservar algo que tú no tienes. —Me contempló con los dientes apretados y sonreí antes de decirle—: La vida. De hecho, creo que vas a verla pasar muy rápido.

—Menudo inepto —escupió con garra, refiriéndose a Klaus.

Volví a poner morritos y chasqueé la lengua.

—Es un buen tipo. No puedo decir lo mismo de ti. —Lo observé unos segundos para crear más tensión—. ¿Te gustaría que insultasen a tu mujer? —le pregunté con mala cara por haberla llamado estúpida, y señalé a la suya.

Romeo se acercó a él, bate en mano, y no se lo pensó antes de clavarle los dientes del arma en la mitad del rostro. Al despegarlo, algún trocito de carne se quedó adherido al hierro.

—Esto es la polla —aseguró Romeo, mirando el bate y moviéndolo en círculos.

Puse cara de asco y escuché la breve risa de mi padre a mi espalda. El resto no se pronunció. Valentino se acercó por el otro extremo de

Vittorio. Escuchamos cómo su mujer gritaba y gritaba como si fuese un marrano a punto de degollar. El policía se llevó las manos a la zona afectada mientras mis hermanos lo apresaban y lo sentaban en una silla muy cercana al sofá. Detuve mi paso, pensativo, descrucé las manos unidas a mi espalda y lo contemplé.

—¿Te has cansado ya de jugar con Luciano? —No me contestó—. ¿Sabes que hay una brigada de agentes secretos que son conocedores de tus trapicheos? —Apretó los dientes—. ¿No te da vergüenza? Tanto honor y tanto honor —me mofé de su puesto de policía, haciendo gestitos como si estuviera en un desfile de los suyos.

Puse los ojos en blanco cuando escuché el quejido más agudo de la mujer, que no sabía dónde meterse y que me estorbaba en exceso, porque no aguantaba dentro de mi mente otro lamento más por una mísera persona como la que acababa de sentarse en la silla de madera.

—Luciano va a matarte, a ti y a toda tu apestosa familia.

Me llevé las manos al puente de la nariz al escuchar a Vittorio. Al despegarlas, sonreí y chasqueé los dedos en el aire, provocándole un susto a la señora de la casa.

—¡Ya sé lo que vamos a hacer! —voceé con euforia, y di dos zancadas para llegar a su lado. Coloqué las manos en ambos reposabrazos y me acerqué intimidante a su rostro—. Vamos a terminar primero con la apestosa familia que tú tienes.

Abrió los ojos en su máxima extensión, instante en el que escuché otro grito de dolor por su parte, pues Valentino le había arrancado la oreja con un alicate. Puse cara de asco, y la expresión del policía porculero no fue por saber que una parte de su cuerpo estaba desprendiéndose de él, sino porque había sacado mi arma y apuntaba directamente a la cabeza de su mujer, sin mirar.

—No... ¡¡No, no, no!!

Sobraba decir que esa súplica no le sirvió para nada.

—¡Pum! —verbalicé, accionando el gatillo.

Las paredes de la zona en la que se encontraba su mujer quedaron pintadas con un nuevo diseño llamado sesos femeninos. Las lágrimas de aquel hombrecillo valiente parecieron quedarse en nada porque apenas se veían dado el asombro que mostraba.

—Qué asco... Tengo ganas de vomitar —escuché a través del pinganillo. Riley hizo unos soniditos extraños y Adara le preguntó por detrás qué estaba ocurriendo, a lo que tanto el friki como Enzo contestaron muy rápido un «Nada, nada». La imaginé con el ceño arrugado, sin creérselos.

—Ahora que ya no tenemos a la gritona, dime, Vittorio —le chuleé con altanería—, ¿hay alguna personita más viva en esta casa? Que

tengo prisa y la cama, caliente.

No contestó, pero sabía que no tenía hijos ni animales a cargo, por lo que la fiesta iba a ser rápida. Y si no me fallaban las cuentas, le tocaba guardia esa noche en un par de horas, así que sus compañeros no tardarían en descubrir el pastel. Me aproximé de nuevo a él y saqué la navaja con la demencia clara en mis ojos. La paseé de un lado a otro frente a su rostro, para que la viese y apreciase el destello de la hoja que le haría mucho daño en breve.

—En todos esos informes de mierda que has tenido que hacer de mí, ¿sabes que me gusta mucho jugar al póquer y que siempre tengo un plan estratega para ganar? —le pregunté con interés, clavándole la hoja en el muslo.

Aguantó el desgarro en su garganta, pero su cara me mostró el dolor punzante que sintió cuando la saqué de un tirón, desgarrándole la piel. Me fui a la compañera y la apuñalé con la misma saña.

—Veo que ese detalle se te ha pasado por alto —murmuré, absorto en la sangre que goteaba con lentitud—. ¿Algo que decir antes de que el hombre que tienes detrás te reviente la cabeza con el bate? —Otra puñalada, esa vez en su abdomen y bien profunda.

—Asqueroso... —musitó agónico—. Ojalá que os pudráis en el infierno.

Chasqueé la lengua con hastío y negué con la cabeza, perforándole el estómago.

—Sí, sí. Algún día nos veremos por ahí abajo, pero sin rencores. Que será otra nueva vida y esto lo habremos olvidado.

—No eres nada... —murmuró.

—El problema que tienes es que yo creo que en la academia de policía no te han enseñado lo que significa la palabra «mafia» y dónde no hay que meter las narices. Y tú llevas tocándolas con ganas un tiempo, ¿eh? —le aclaré burlón.

Mis ojos se fijaron en una esquina del salón de la que no me había percatado antes. Había una puerta semiabierta y una lamparita encendida. A lo lejos pude vislumbrar el mismo panel con el que la policía trabajaba en las comisarías y centré mi atención allí. Después, volví a mirarlo al ver que no era capaz casi ni de respirar, ya que no había dejado de introducir y sacar la navaja de su cuerpo.

—¿Tienes un mapa del tesoro? —le pregunté con interés y cierta emoción.

No pudo contestarme porque las fuerzas le fallaban y no conseguía mantener los ojos abiertos, supuse que por la aflicción. Me levanté, pues estaba de cuclillas, y lo dejé como cosa perdida con dos palmaditas en el hombro.

—Eres un fracasado —teatralicé antes de marcharme.

Me aproximé a la sala y empujé la puerta, oyendo un último golpe en la cabeza de Vittorio.

—¡¿Qué es eso?! ¡¡Aquí hay familias enteras!! —Sacó las fuerzas de donde no las tenía, con Romeo y Carlo a su lado mientras le colocaban un cinturón de dinamita. Francesco se encontraba imperturbable en una esquina del salón.

—Daños colaterales —añadió mi padre sin darle más importancia.

Mis ojos escanearon la sala de punta a punta. Por los clavos de Cristo. Ese hombre había estado obsesionado hasta la médula con nosotros, porque nuestros rostros tenían chinchetas hasta en el cielo de la boca, por no hablar de que no había un simple detalle que se hubiese dejado al azar.

—¡¡No podéis...!! ¡¡No podéis hacer...!! ¡¡Mmm...!!

Suspiré con cara de hastío. Menos mal que alguien le había tapado la boca de una maldita vez.

—¿Qué coño es eso? —me preguntó estupefacto Valentino, a mi lado.

—Información. Vamos a llevarnos todo lo que podamos. Así veremos si hay algo que nos sirva —le respondí, adelantando el paso y cogiendo algunas fotografías de Adara que había sobre la mesa del escritorio.

Hijo de puta... Cómo se la había colado, y cómo se había aprovechado de su inocencia para llevarla donde quería. Rechiné los dientes al pensar en el sufrimiento que yo mismo le había provocado a Adara, impulsado por el bastardo que tenía a dos pasos.

Malos, nos llamaban. ¿Y ellos? Porque, hasta donde yo era conocedor, a Vittorio no le había temblado el pulso para meter de lleno a Adara dentro de una mafia tan peligrosa como lo era la nuestra con el fin de cogernos por los huevos. Ya no hablábamos de jugársela a los propios compañeros, como lo había sido Klaus; independientemente de los sucios negocios que se traía entre manos con Luciano, claro. A este, desde luego, no había por dónde cogerlo.

—Tenemos que acabar con esto ya. Nuestro último incordio es Luciano —informó mi padre, colocándose a mi lado mientras Romeo capturaba unas fotos antes de descolgarlas de la palestra.

Asentí quedo, moviendo las manos y barriendo la mesa en el interior de la caja que había depositado Carlo, al filo de la mesa. Escuchaba de fondo los lamentos de Vittorio desde la silla en la que lo habían amarrado con cinta americana. La boca la tenía tapada y nosotros recogíamos con una agilidad pasmosa, sin tiempo de rebuscar en más lugares de la vivienda.

Encaminé mis pasos hasta el pasillo que conducía a la salida de la casa y miré una vez más al hombre que permanecía estático, observando los restos esparcidos de su mujer. Atisbé que algunas lágrimas resbalaban por sus mejillas, muchas debido al odio y el rencor insano que lo carcomía por dentro.

—En cuanto te muevas..., ¡pugg! —Romeo lo engañó con su comentario y abrió mucho las manos, manteniendo en la derecha un saco de basura con los últimos documentos de la sala.

—Buen cargo de conciencia te quede. Mira la que vas a liar, Santoro. Mira la que vas a liar —añadí, sujetando el pomo de la puerta de salida. Le guiñé un ojo, y antes de desaparecer le dije—: Debiste pensar quién era la Nostra Famigghia, bastardo.

Cerré, y los seis nos miramos con una sonrisa en la cara.

Sonrisa que nos duraría muy poco.

—¿A por el último? —preguntó mi padre, encendiéndose un cigarro.

Lo imité, dando una zancada en dirección al coche, antes de decirle:

—A por el último.

Caminé con decisión y me saqué del bolsillo del pantalón el mando que activaría el cinturón con dinamita que le habían colocado al subnormal de Vittorio. El centro de Roma tardó unos minutos en ponerse hasta arriba de bomberos, policía y demás, aunque el cuerpo de ese hombre habría quedado esparcido en trocitos por el salón de su casa.

Mis ojos se fueron de manera instantánea a la alianza de mi mano. Pensé en ella y, sin saber el motivo, algo me dio muy mala sensación.

Esa sensación se acrecentó cuando la llamé y nadie cogió el teléfono.

Ninguno de los que se habían quedado en el palacete.

30

El impulso de mi vida

Adara Sabello

—¿Estás nerviosa?

La voz de Antonella ocasionó que detuviese el paso en mitad del vestíbulo. Había decidido marcharme una vez que escuché a Riley hacer un comentario repulsivo y, por consiguiente, hacer como que vomitaba. Enzo se había reído de él lo más grande, y mi gran problema era no saber si Tiziano se encontraba bien o no. Si tendría problemas o no. Había prestado suma atención a sus reuniones, de las que no me había excluido en ningún momento, y aunque pensar en Vittorio comenzó a darme pena por lo patán que era y lo fácil de liquidar que sería, me atreví a pensar en qué problemas podrían sumarse a nuestros días.

La miré como si estuviese ida, sin saber qué responderle o sin que mis labios reaccionaran. Ya no lo sabía con claridad. Las palabras se me agolparon en la garganta, como esa misma tarde en la que Tiziano me había sorprendido con el terreno donde construiríamos un hogar.

Un hogar.

Nuestro.

Qué grande sonaba aquello y qué lejano lo había visto siempre. No pude ni quise contener la emoción que sentí al darme cuenta de lo que verdaderamente significaba para él. Al ser consciente de que a Tiziano no lo cambiaría nadie en la vida, pero que sí era una persona que se desvivía por su familia.

Y yo ya estaba dentro de esa famigghia.

Tenía el corazón oprimido al pensar que Luciano era el único impedimento que, hasta el momento, podría poner mi vida patas arriba y desmontarla. Sin embargo, trataba de darle la vuelta a la tortilla, porque era cierto que los Sabello siempre iban por delante.

Hasta esa noche en la que nadie se esperaba lo que ocurrió.

—¿Siempre es así? —le pregunté, sin necesidad de argumentar nada más, pues sus ojos me indicaron que sabía exactamente a qué estaba refiriéndome.

Se acercó con paso decidido y cogió una de mis manos para cobijarla entre las suyas. Teníamos muy pocos ratos a solas, y en realidad los echaba muchísimo de menos. Miré hacia la puerta, viendo que mi madre se había quedado con Enzo, Dom y Riley.

—Carusa, estás preocupada porque te sientes inservible aquí. Te entiendo perfectamente, pero estos hombres después del trabajo sucio, de quienes verdaderamente tiran es de nosotras. —Arrugué el entrecejo sin entender. Ella sonrió de aquella manera tan especial que lo iluminaba todo—. ¿Cuántas veces ha podido Tiziano pensar en ti desde que se marchó?

—Un millón —le respondí sin tapujos ni ánimos de parecer una creída, pero sabía que era verdad.

Sonrió con cariño y cierta picaresca. Asintió y alzó ambas cejas, palmeando mi mano a la vez.

—Pues él se encuentra igual de preocupado que tú al tenerte lejos.

—No es lo mismo. No es el mismo peligro —anuncié.

—Saben cuidarse solos. Y tú también —aseguró, e hizo una pausa —. ¿Cuándo pensabas contarme que vas a hacerme abuela?

Su tono salió con un pelín de recriminación, y puse los ojos en blanco, ensanchando los labios.

—¿Tiziano no te lo ha contado? —me extrañé, y ella negó con media sonrisa—. Para eso todavía queda.

Rio, y atisbé la emoción que corría por sus venas con la noticia solo con verle la expresión. Me acerqué a ella y busqué sus brazos, que me cobijaron de inmediato.

—Vais a hacernos muy felices, mi niña —murmuró, pegada a mi cabello.

—Menos mal que tú tienes experiencia en eso de que sean tantos. —Reí y ella me siguió, pero la risa se nos cortó de inmediato.

En el vestíbulo, algo apareció rodando por el suelo y ambas lo miramos extrañadas. Amusgué los ojos y los abrí a la misma velocidad, empujando a Antonella a la otra esquina de la estancia, instante en el que el aparato explosionó y se llevó por delante parte de la decoración de la entrada. Conseguí llegar al hueco de la escalera y me lancé al suelo como una lagartija, notando que mi mejilla se rasgaba con algún trozo de mármol que se había hecho añicos. La polvareda me impidió ver mucho más, y me tapé la boca para evitar toser como una desquiciada. Sin embargo, los sonidos y las voces sí

que conseguí escucharlos:

—¡¡Suéltame! —Era Antonella.

El corazón me galopó con mucha fuerza en el pecho, porque un atisbo de claridad pasó de refilón por mis ojos, viendo unos zapatos impolutos, con unos andares galantes y porte rígido.

Luciano.

—Hoy te has quedado sola. Y, mira por dónde, me llevo de premio a un hijo tuyo y al traidor del mío —dijo con un asco aplastante. Se refería a Enzo y a Dom.

—¡¡Que me sueltes, malnacido!! ¡¡Déjalos en paz!!

Moví la mano con rapidez, sin salir de mi escondite e intentando ver qué ocurría. Dom y Enzo estaban siendo apuntados por cuatro hombres que los sacaban a punta de pistola hacia el vestíbulo. En ese corto instante, Enzo me vio y sus ojos se desviaron en dirección al salón.

Riley. Riley, ¡y mi madre!

El aire no consiguió llenarme los pulmones por la incertidumbre, ya que había pillado a la primera de cambio que debía quedarme escondida y no salir hasta que se marchasen. Me agazapé como pude, atisbando que Antonella era sacada a rastras por la mano izquierda de Luciano, pues la derecha la llevaba escayolada. Tiziano me había contado lo de los disparos antes de marcharse del puerto.

No tuvo ninguna delicadeza mientras bajaba los escalones de la entrada principal, golpeándola contra el suelo como si fuese un trapo.

Apreté los dientes, aunque fui sensata y supe que salir a pecho descubierto a la calle no me serviría de nada. Arrastré mi cuerpo por un hueco diminuto que había bajo las escaleras, llegando a la esquina de una puerta trasera de la cocina. Allí encontré a Cornelia bajo el mostrador de la isla, con dos de las chicas del servicio que estaban aterradas.

—¿A cuántos hombres has visto? —musité muy bajito, pues en la calle se escuchaban las voces y los insultos que tanto Luciano como Antonella estaban profiriéndose.

—No lo sé, Adara. Ni siquiera los he visto llegar —me contestó en el mismo tono, temiéndose ser descubierta.

Asentí y le indiqué la puerta que daba a la escalera, por donde yo había accedido y por donde debía esconderse hasta que llegase Tiziano. Retrocedí sobre mis pasos, dejándolas atrás con lo primero que encontramos: los cuchillos de cocina.

El humo se dispersó con más rapidez de lo que había pensado en un primer instante y la claridad tomó el control del vestíbulo. Respiré muchas veces antes de aventurarme a correr hacia la pequeña ventana

por la que había entrado el explosivo. Me picaron los ojos por los nervios, pero me armé de coraje mientras veía que Luciano golpeaba a Antonella con un fuerte bofetón que la tiró de espaldas. Enzo fue a lanzarse a la yugular del horripilante ser que se los llevaba, pero uno de los hombres que estaban con Luciano fue más rápido y le disparó en la pierna.

—¡Nooo! ¡¿Qué haces?! —le gritó Dom desencajado.

—Cierra la puta boca si no quieres que te vuele la cabeza a ti, desgraciado —le dijo a Dom entre dientes.

Antonella reptó por el suelo hasta llegar a Enzo, quien, duro como una piedra y con la mandíbula tensa, se levantó como si lo que llevase en el muslo fuera una astilla clavada en vez de una herida de bala. Contuve el aliento cuando dos de los hombres se volvieron hacia el vestíbulo tras una orden clara y concisa de Luciano:

—Encontradla y traedla.

—¡No, no! ¡Me quieres a mí! ¡¡Déjala en paz!! —le voceó Antonella mientras era forzada a introducirse en el coche.

Luciano la empujó con más fuerza, estampando su rostro en el asiento. No me dio tiempo a ver mucho más, porque corrí hacia el salón, cerré las puertas, cogí una silla y atrincheré la entrada con las manos temblorosas. Encontré de pasada a mi madre y a Riley en la ventana que también daba a la calle. Mi amigo tecleaba muy rápido en el ordenador y en el móvil a la vez. Lo soltó de inmediato cuando escuchó el golpe con la silla. Busqué ayuda en mi amigo, pero lo vi más alarmado incluso que yo. Dios mío de mi vida, ¡teníamos que hacer algo!

Pensé. Pensé muy veloz y sin tiempo que perder.

—No tenemos armas. No tenemos nada y dos hombres vienen a por nosotros.

—¡Querrás decir a por ti! —gritó Riley, y la puerta se movió.

Ignoré su comentario alarmista y continué con paso firme hacia los dos jarrones de decoración que había en las esquinas de una estantería.

—¡¿Qué hacemos?! —se exaltó mi madre.

Me detuve con los objetos en la mano y la miré con determinación. Asentí, como si yo misma estuviese convenciéndome de lo que iba a hacer, y me palpé el cuerpo en busca de la navaja que Tiziano me había dado y que, por una vez en la vida, había hecho caso y siempre llevaba encima. Le tendí un jarrón a mi madre y cogí su mano.

—Encárgate de llamar a Tiziano para que vengan cuanto antes. —Miré por la ventana, pues la noche ya había caído sobre nosotros hacía rato—. No debe quedarles mucho. Busca a Cornelia y a todo el

personal que haya quedado con vida y escondeos hasta que lleguen los refuerzos.

Mi madre abrió con desmesura los ojos, aunque no le di tiempo a que me rebatiese. Avancé con paso decidido hasta la entrada del salón, donde ya trataban de abrirla, y cabeceé en señal afirmativa, mirándola fijamente. Vacié el contenido en el suelo y mi madre me imitó, contemplándome con mucho miedo y demasiados nervios. La sujeté del brazo y sentencié:

—Con fuerza. A la cabeza, mamá. —Intenté convencerme hasta yo —. Con mucha fuerza.

—Con mucha fuerza —repitió como un mantra.

—¡Por favor, decidme que no vais a abrir! —nos suplicó Riley con pánico.

—Rompe la ventana, Riley. Tenemos que coger el primer coche y marcharnos antes de perderlos de vista. ¡Ponte a ello, vamos! —le grité al ver que no se movía.

—¡Ah! ¿Ahora necesitas mi ayuda? ¡Déjame que lo piense!...

—¡Riley! ¡Ahora no es el momento de la revancha! —grité tajante y desesperada, sabiendo que quería vengarse por las puñeteras deportivas que Tiziano le rompió.

Sin dudarlo, agarró un teléfono que tenía sobre la mesa y se encaminó hacia la ventana, por donde el rugido de los motores comenzaba a ser audible. Un solo coche había en la entrada, y era uno de los de Tiziano. Di gracias a Dios porque hubiese dejado el que corría de verdad. Me giré hacia el cajetín que se encontraba a mi izquierda y alcancé la llave con agilidad. Asentí de nuevo en dirección a mi madre cuando la puerta trató de ceder.

—Van a matarnos... —murmuró Riley al borde del infarto.

Yo también pensaba que lo harían, para qué íbamos a engañarnos. Dos mujeres de nuestra complexión contra dos armarios empotrados que llevaban armas, mientras que nosotras teníamos dos jarrones de cristal con piedrecitas y una navaja que apenas sabía usar.

—Mamá, sé rápida, por lo que más quieras —le supliqué, y le lancé un último vistazo a Riley cuando reventó con un centro de mesa el gran ventanal.

Mi madre tomó una fuerte bocanada de aire y lanzó todo el contenido de su jarrón en el suelo. Elevamos las manos a la vez, sincronizándonos cuando colocamos una pierna bajo las patas de la silla y tiramos de ella.

—¡¡Ahora!! —bramé.

La silla resbaló y cayó desplomada al suelo.

Las dobles puertas se abrieron con un estruendoso ruido, dando

paso a dos titanes que asustaba verlos. Me alcé de puntillas cuando se resbalaron con las piedras del suelo que habíamos esparcido, elevé la rodilla hasta que impactó en el estómago del hombre que se encontraba a mi lado y le reventé el jarrón en la cabeza con un golpe seco. El mío cayó desplomado y sentí una euforia inusual. La adrenalina me corría como la pólvora por las venas y no era capaz de dejar de temblar.

Sin embargo, me di cuenta de que el hombre que había traspasado la zona de mi madre se resistía a quedarse inconsciente. La sujetó de la pierna y tiró de ella, aunque la peleona de Agneta le propinó varias patadas en la cara que acabaron por desquiciarlo. Fue a sacar su arma, pero yo estuve ligera y lo golpeé en la sien, tal y como me había dicho Dante. El tipo se quedó inconsciente de inmediato.

—¡Chúpate esa! —Alcé la voz y el puño a la vez.

—¡Adara! —Riley ya estaba esperándome con una pierna por fuera de la ventana—. ¡Que se nos van y se pierde la señal!

Cogí las manos de mi madre con urgencia y le insté:

—Recuerda lo que te he dicho. Atadlos y dejadlos inconscientes hasta que regresen. Cornelia sabe qué puede utilizar —le dije de carrerilla.

—Adara... —me suplicó.

Pero la interrumpí:

—No, mamá, no hay tiempo. ¡Hazme caso! —me desesperé, y la solté, aun viendo en sus ojos el temor a perderme.

Con un último vistazo, salí tras Riley y accioné el mando del coche para que se abriese. Le di a los dos botones que tenía a la vez, desquiciada y sin dejar de temblar. Las puertas se elevaron a ambos laterales, como si aquella bestia fuera un murciélago, y casi me lancé de cabeza al interior.

Al borde de un infarto, miré todos los botones que aquel coche tenía.

—¡Arranca! —me urgió Riley, sin dejar de mirar el teléfono.

—Arranca —musité con histeria—. ¡¿Cómo narices se arranca este trasto?!

Elevé las manos y observé a mi amigo, que abrió de manera paralela los ojos a punto de salírsele de las cuencas. Tragué saliva y me olvidé del comentario sarcástico de Riley cuando se me encendió la bombilla.

—¿«Trasto» llamas a un Lamborghini?

Pisé el pedal de freno a fondo y accioné el botón de encendido que había entre el caos de botones y pantallas. En medio de esa histeria y del rugido descomunal que aquel semental soltó, Riley y yo dimos un

bote del asiento al unísono al escuchar en los altavoces la voz de una señorita hablar en italiano:

—Hola, señor Sabello, ¿qué música desea en este viaje?

Fue un segundo, pero los dos nos miramos muy lentamente y con cara de circunstancia. No pude obviar que Riley puso los ojos en blanco y una sonrisilla apareció en mis labios. Presioné el pie con garra, y el gruñido de la máquina fue más evidente en el palacete, ocasionando un derrape impredecible a la salida. Sujeté el volante con fuerza y nos marchamos de allí a gran velocidad, siguiendo el rastro y las indicaciones de mi amigo, que se tornaron un tanto bruscas tras diez minutos de persecución.

—¡No soy una pilota de Fórmula 1! —le grité, sosteniendo el volante con las dos manos y sin desviar la mirada del coche que habíamos conseguido alcanzar. Estábamos justo detrás de dos vehículos más, intentando pasar desapercibidos.

Riley me miró furibundo, se recolocó las gafas de pasta y se subió la montura sobre la nariz.

—¡Y yo no soy un puto GPS y estoy intentando indicarte por dónde va el capullo aquel —lo señaló y me enseñó el móvil—, porque se nos ha apagado el cacharro! —Carraspeé, enloquecida por los nervios cuando gritó—: ¡¡Derecha!!

Di un volantazo que fue crucial para que, si no sabían que los seguíamos, se diesen cuenta.

—¡Era eso o perderlos! ¡¿Quieres conducir tú?! —le dije atacada.

Riley elevó las manos al aire y negó con la cabeza. Entre nuestra histeria colectiva y la música que había empezado a sonar sola sin que nadie lo pidiese, estaba segura de que terminaríamos a golpes.

—¿Podemos quitar esta mierda? —Señaló el reproductor y yo me encogí de hombros, escuchando la atronadora pieza de Carmina Burana: O fortuna. No era el momento, desde luego que no.

Planté la mano en la pantalla, dándole a todos los botones y con ello elevando los decibelios del equipo. Riley me contempló con mala cara y el morro torcido, imaginé que con ganas de darme una hostia.

—¡¡Izquierda!! ¡¡Izquierda!!... Mierda...

Elevé la barbilla al oírlo y abrí los ojos en su máxima extensión al atisbar que, de la ventanilla del coche delantero, dos hombres asomaban la cabeza, uno por allí y el otro por el techo solar, ambos con dos rifles que apuntaban en dirección a nosotros. La primera bala silbó por al lado de la ventana y casi me dio un vuelco, al mismo tiempo que daba un volantazo.

—¡Tiziano me mata! —voceé enérgica—. ¡Que me mata!

—¡No me extraña! —me dijo mi amigo, sujeto a la agarradera del

techo—. ¡Vas a reventarle un coche que vale un pastizal!

—Gracias, Riley —murmuré entre dientes, sorteando el tráfico que se abría paso cuando las balas impactaban contra ellos.

Una rebotó en la luna delantera e intentamos protegernos contra el proyectil. Sin embargo, lo que descubrimos me dejó fuera de lugar y nos sorprendimos de manera exagerada.

—Está blindado —bisbiseé.

—Está blindado... —repitió Riley, y soltamos a la vez una risilla nerviosa. Eso sí, aceleré más a fondo, tratando de pegarme más al coche—. Adara..., que esté blindado no significa que sea un tanque.

Vi de manera muy rápida que el coche delantero había virado hacia la derecha, sin que Riley se percatase de ello, lo que significaba que estaban intentando desviar nuestra atención a otro punto, porque Dom, Enzo y Antonella iban en el vehículo evaporado.

—Agárrate —musité.

—¡¿Qué?!

No le dio tiempo a decir nada más cuando, tras ese grito, pensé en mil perdones para Tiziano y di un volantazo radical hacia el enemigo. Riley abrió los ojos con asombro al darse cuenta de que era su lado el que quedaría afectado, y el impacto llegó en el instante en el que los dos coches colisionaron. El contrario se desvió de la carretera lo suficiente para que me diese tiempo a dar un volantazo en la otra dirección y cambiar de rumbo. Volantazo que se vio interrumpido por el vozarrón de Riley cuando un camión apareció en la carretera; un camión que no habíamos visto y que pitó desquiciado mientras seguíamos girando en un derrape digno de admirar:

—¡¡Pegatinaaaa!! ¡¡Pegatiiinaaaa!! —chilló histérico—. ¡Nos dejan como una puta pegatina, loca! ¡Loca, loca y más locaaaaa!

Grité a la par que él, no íbamos a engañarnos. Conseguí enderezar el vehículo y me introduje por la calle que nos desviaba de la gran avenida hacia una urbanización privada. No disminuí la velocidad, pero el problema de aquel coche era el enorme sonido que hacía al circular.

—¡Si no se te hubiese pasado la calle!... —le recriminé.

—¡Claro! ¡No habrías tenido que hacer un derrape que casi nos cuesta la vida!

En ese instante me dio por observarlo de reojo. Vi que se llevaba las manos al pecho y respiraba de manera entrecortada y al borde del desmayo.

—Necesito una bolsa —soltó de sopetón, sin darme tiempo de calmarlo—. ¡No puedo respirar!

Había puesto los ojos en blanco en tantas ocasiones que no llevaba

la cuenta de las veces que había hecho ese gesto, pero lo repetí. Elevé mi mano derecha, soltándola del volante pero continuando a una velocidad vertiginosa, y le di un coscorrón para que dejase de hacer el idiota. La tontería se le quitó de inmediato, me miró muy mal y sentencié:

—Piensa en cómo vamos a entrar en esa casa —apunté al ver que el vehículo que habíamos perseguido se introducía en una vivienda llena de seguridad.

No me había dado cuenta, pero ese había sido el impulso de mi vida. Jamás, en toda mi existencia hasta que conocí a Tiziano, había hecho tantas tonterías sin pensar. Si recapitulaba, me percataba de que solo actuaba de manera impulsiva cuando estaba con y por él.

—Vamos a morir —objetó, con los ojos fijos en la mansión.

—Vamos a morir —musité, sabiendo que era verdad.

31

La genia de la lámpara

Nunca había tenido tantas ganas de que Tiziano apareciese y me salvase de una catástrofe que no tenía ni idea de cómo solventar. Habíamos estacionado dos calles atrás para no llamar la atención, pero el tiempo se nos echó encima y tuve que tirar de la mano de Riley para que se apartase a un lateral, pues un coche entraba justo en ese instante.

—¡A la pared! —le dije con energía y el corazón galopándome muy fuerte en el pecho.

—¡A ver si te piensas que la piedra nos va a hacer invisibles o algo! —gruñó.

Le di un manotazo y me llevé el dedo índice a los labios, indicándole silencio, mientras con la otra mano presionaba la suya con mucha fuerza. Moví los ojos de manera desorbitada hacia la carretera, donde el vehículo que acababa de aparecer se detenía delante del Lamborghini y los ocupantes lo miraban con curiosidad. No podía rezar ni siquiera para que no supiesen que ese coche pertenecía a Tiziano, pues dudaba mucho de que hubiese parecidos en Italia exactamente iguales a ese. Cerré los ojos un segundo para infundirme el valor que necesitaba, a muy pocos pasos del hombre que acababa de desmontar del vehículo.

—¡Estás clavándome las uñas, coño! —siseó Riley, tratando de soltarse de mi agarre.

Lo miré espantada.

—Lo siento... —musité, desviando la atención al tipo que le daba la vuelta al Lamborghini.

—Vamos a morir —aseguró, y gruñí en respuesta para que dejase de decir eso.

Noté que mi cuerpo trataba de pegarse más y más a la pared, siendo imposible. No supe en qué momento me había olvidado de respirar, pero el mareo comenzó a hacerse evidente en mi cabeza y me vi en la obligación de despegar los labios para coger aire. Ese simple gesto me provocó un escalofrío cuando el hombre rapado se volvió en nuestra dirección. Junté los pies con más ahínco, pues lo único que nos cubría el rostro era la gran planta que teníamos delante de la cara, pero de cintura para abajo se nos veía. Busqué ayuda en Riley, quien estaba indicándome que éramos subnormales. Suspiró muy fuerte y me dieron ganas de abofetearlo.

—Despejado.

Esa palabra me ocasionó una emoción que no supe descifrar y me desinflé como un globo cuando se montó en el coche y aceleraron, desapareciendo de allí. Abrí los labios y sujeté la mano de Riley de nuevo, pero me impidió echar a correr. Lo miré con mala cara.

—¡Adara! ¡Por el amor de Dios! —Se soltó y se llevó las manos a la cabeza, desquiciado—. ¿Tú nos has visto? —Me señaló y después lo hizo con él.

Di un paso en corto.

—No nos ha visto. ¡Vamos! ¡Tenemos que ayudarlos! —lo insté, intentando atrapar su mano, pero esta se me escurrió de nuevo.

Alzó los brazos al aire y gritó:

—¡¡Que somos Adara y Riley!! ¡¡Los torpes del equipo de zumbados!! ¡¿Adónde coño vamos si...?!

Se quedó en el «si», ya que me lancé a su cuerpo y le tapé la boca con las dos manos, enfadada. Arrugué el entrecejo y sentencié con mucha determinación:

—No hay nadie que pueda ayudarnos, así que mueve tu puto culo y vamos a por Antonella, Enzo y Dom. —Abrió los ojos e intentó decirme algo, pero no lo dejé—: ¡Ahora, Riley!

Quité la mordaza que había sellado sus labios y me di media vuelta, sin esperárselo. Escuché que me llamaba desde la distancia, pero ya había cogido carrerilla y bajaba una cuesta desde donde se veía una enorme vivienda con muchas luces y se escuchaba música jazz a lo lejos. Enfoqué todos mis sentidos en esa mansión, percatándome de que el coche que había estado buscándonos se detenía en la misma puerta, donde un tipo con las mismas pintas que los otros le abría para acceder.

—¡Adara! —bufó Riley a mi lado. Yo me escondí en la esquina—. ¡Encima me haces correr detrás de ti! ¿Tú sabes lo que me haría tu marido si te ocurriese algo? ¡Es que no piensas...!

—¡Deja de temerle tanto a mi marido y empieza a temerme a mí!

—sentencié, interrumpiéndolo y entrecerrando mucho los ojos—. Ahora, cállate. Necesito pensar —murmuré, cambiando el tono y prestando toda mi atención a la mansión y los exteriores.

Evidentemente, por la entrada principal no íbamos a acceder, pero tenía que haber una puerta trasera, y si había una fiesta, tal y como parecía...

—¿Quién monta una jodida fiesta mientras va a secuestrar a su amor platónico?

—Luciano Rinaldi —le respondí a mi amigo, caminando calle abajo.

—¡¿Adónde vas?! —me voceó, y tiró de mi mano, deteniéndome.

Me volví con ganas de asesinarlo.

—Debemos buscar una entrada. Si no, cuando Tiziano aparezca, va a montarse una escabechina.

Pensé en si habría terminado o no con Vittorio, pero pronto aparté esos pensamientos de mi mente y me centré en lo importante, que era conseguir entrar en la casa de Luciano. Con una navaja.

Era de chiste. De chiste y encima malo.

—Adara, no tenemos ni un teléfono para...

—¡Por allí! —le grité en un susurro, descubriendo otra calle paralela por donde podríamos saltar un muro... Miré hacia arriba al percatarme de que era un muro de, mínimo, dos metros.

Busqué la atención de Riley. Ya estaba con una ceja alzada. Chasqueé la lengua con pesadumbre, pero eso no quitó que me pegase a la pared contraria y me agazapase entre los coches que había aparcados en la carretera.

—¡¿Qué mierda haces?! —se desesperó por mi actitud.

Repté, avanzando con lentitud y pasando de un vehículo a otro sin ser vista, pues pronto me percaté de que la seguridad se multiplicaba por dos en la entrada que teníamos a escasos metros.

—Alzar las cejas y poner mala cara no, precisamente —le recriminé —. Estoy tratando de buscar una entrada para colarnos, ¿puede ser? —le pregunté con ironía, y me miró furibundo.

Continué con mi paso sin detenerme, hasta que lo hice cuando nos quedamos enfrente de la entrada principal. Escuché que Riley resoplaba como un toro, así que me volví para pedirle silencio. Pareció molestarse y argumentó en voz baja:

—¿Sabes lo que le cuesta a una persona obesa arrastrarse como una garrapata por el suelo? —me preguntó con enfado.

—¿Tenemos que mantener esta conversación ahora? —le rebatí. Señalé la puerta, indicándole que no era el mejor momento. Busqué y busqué con agilidad, hasta que vi que la mansión daba la vuelta a la esquina—. ¡Mira! —exclamé con euforia, y Riley dio un pequeño

respingo que movió el coche tras el que nos escondíamos.

—¡¿Qué miro?!

Uno de los seguratas de la entrada advirtió que algo no iba bien en la zona donde estábamos y decidió que era el momento ideal para acercarse. El corazón comenzó a bombearme frenéticamente en el pecho. Tragué saliva y miré a Riley con cara de horror al no saber cómo actuar ni qué hacer. Iban a pillarnos por un jodido susto de mi amigo, y ahí sí que tuve instintos asesinos. Nos moviésemos al lado que nos moviésemos, nos atraparían al vuelo.

Intenté tranquilizarme y me llevé las manos al bolsillo del pantalón para sacar la navaja. Riley me miró con los ojos como platos; entendiendo que era la única arma que podríamos usar en nuestra defensa si la situación se ponía complicada.

—Que no nos maten —musité, preparándome para lo peor.

Riley se asomó, atisbando que el tipo se acercaba con más premura, y después apoyó la cabeza en el coche, dándose por vencido.

—Que no nos maten... —bisbiseó, y tragó saliva con fuerza.

Me llevé la navaja al pecho y me preparé, pues en cuanto el hombre apareciese por un lateral u otro, tendría que lanzarme a la yugular para que pudiésemos huir. Fui a comunicárselo a Riley, pero una voz se interpuso en el avance del tipo y nosotros. Miré a mi amigo con mucha expectación y elevé la barbilla, viendo a un hombre de espaldas que le preguntaba algo en italiano y señalaba la mansión.

—¡¡Corre!! —le urgí, dándole un golpe seco en el brazo.

Coloqué mis piernas de tal manera que pudiesen avanzar más rápido, escuchando que Riley me seguía sin ninguna objeción hasta el siguiente coche. Tras tres más que nos dejaban en una posición muy buena y mala a la vez, el segurata dejó de hablar con uno de los invitados de la fiesta, quien por cierto llevaba un traje superestrafalario en azul claro, y se acercó al vehículo donde había escuchado el ruido. Por suerte, habíamos conseguido colocarnos delante de la trompa de otro coche, escondiéndonos. Me llevé un dedo a los labios para pedirle silencio, pues el simple hecho de respirar me daba la sensación de que retumbaba más que la música de la mansión. Eso, o que el tipo tenía un oído tan fino que podía oírnos a leguas.

Elevé el rostro lo suficiente como para verlo por una ranura de la luna delantera. Le había dado la vuelta al coche y después había mirado en ambas direcciones, y tras quedarse unos segundos contemplando el lado opuesto, uno de los compañeros de seguridad lo llamó y avanzó hacia la entrada, perdiéndose en el interior. Sin embargo, se nos sumaba otro problema, ya que dos tiparracos con aspecto de matones se habían quedado en la entrada, todavía

recibiendo invitaciones.

—Ahí hay un poyete en mitad del muro —dije muy convencida—. Puedes impulsarme e intentaré saltar, y...

—Adara —me llamó con tono cansado.

—... cuando entre, intentaré abrirte la puerta desde el otro lado.

—Adara. —Esa vez fue más contundente, pero lo ignoré.

—Tenemos que esperar a que pase algún invitado más para cruzar la calle y que no...

—¡¡Adara, hostias!! —Lo contemplé como si hubiese perdido la cabeza por ese bocinazo que Riley no solía dar nunca—. ¿Quieres hacer el favor de escucharme?

Tomé una gran bocanada de aire para contestarle, pero el rugido de un motor me indicó que había llegado nuestro momento de huida, así que cogí la mano de mi amigo sin pensar. Lo escuché renegar y pedirme un momento. Sin embargo, lo oí de lejos, porque tiré de él con tanta fuerza que no tuvo más remedio que levantarse y correr detrás de mí, instante en el que un coche oscuro se detuvo en la entrada de la mansión y un segurata, caballerosamente, le abrió la puerta a una dama mulata en la parte trasera.

No me dio tiempo a ver más porque ya me había tirado al jardín del filo de la casa, y Riley lo había hecho a mi lado. Elevé el puño en señal de victoria y sonreí al ver que habíamos conseguido, por lo menos, estar en el perímetro de la vivienda.

—¡Toma ya! —salté con euforia.

Riley se sentó en el césped y me observó, dejándome los minutos necesarios de la adrenalina, para desmontármela en un santiamén:

—Vale, chica lista. ¿Y ahora cómo cojones quieres que entremos? —Miré el muro y él alzó una ceja—. El muro mide más de dos putos metros, Adara.

Asentí muy decidida y me levanté como impelida por un resorte. Me limpié el sudor de las palmas de las manos con mucho nerviosismo y las coloqué en el poyete que había visto desde el otro lado de la carretera.

—Vamos, impúlsame —le dije muy convencida.

—¿Y qué vas a hacer si consigues entrar? Y todo esto contando con que no te partas la crisma en el intento.

Apreté las manos con garra.

—Vamos, Riley, ¡que voy!

—¡No, Adara, no! ¡No, no!...

—Coloca las manos —le pedí con urgencia, cogiéndoselas. Bajo su estupefacción, se las entrelacé.

—¿Qué? ¡Estás pirada! ¡No vas a llegar! —se quejó cuando apoyé

mis manos en sus hombros.

Asentí como una desquiciada, seguramente intentando infundirme el valor que necesitaba, porque mirar hacia el muro era que me diese un vuelco la cabeza. No tenía dos metros. Tenía tres, mínimo.

—Si me impulsas con tus manos, puedo llegar al bordillo y agarrarme. Después pondré los pies en el mármol y tú me empujarás para que pueda colgarme del filo. De esa manera, creo que podré alcanzar el borde.

Riley me miró con asombro, sin creerse lo que estaba diciéndole y casi sin respirar. Yo tampoco estaba muy segura, pero no veía una opción más clara que esa.

—¡Impúlsame de los pies! —le pedí en un susurro ahogado, tratando de no llamar la atención y de que espabilase.

Me volví de cara a la pared y lo insté con un breve «Ya» mientras apoyaba mis pies entre sus manos. Coloqué las palmas en el frío mármol, creyéndome que era un gato con garras y que no podría caerme de espaldas si perdía el equilibrio. Por suerte para mí, llegué al lugar deseado. Si conseguía poner un pie en el mármol, trataría de impulsarme y llegar a la esquina de arriba; contando, como había dicho Riley, con que no me partiese la cabeza antes de tiempo.

Afiancé mis manos con garra en el poyete, pero se me resbaló la primera de manera inevitable cuando traté de mantener la fuerza justa para alzar una pierna. Planté la palma con vigor y apreté los dientes, buscando ese apoyo que necesitaba. Elevé la pierna derecha y conseguí ponerla arriba hincando el talón en el mármol. Riley se mantenía tambaleante en el césped, aguantando mi pierna izquierda en el aire. Notaba cómo le temblaban las manos, porque mantenía las dos en suspenso mientras un rugido salía de su garganta debido al esfuerzo.

—¡Vamos, genia de la lámpara! ¡A ver qué narices haces cuando llegues arriba! ¡¿Lanzarte al vacío?! —se jactó con enfado.

—¡¡Sujétame bien!! —le dije con sobresfuerzo, ignorándolo.

Pensé que los dientes se me partirían por la mitad de tanta presión, y oí con ganas el esfuerzo de Riley. Hinqué el talón con fuerza y me preparé para impulsarme de verdad. Sin embargo, esa certeza que tenía tan viva se me fue de un plumazo cuando escuché a Riley de fondo y todo ocurrió muy rápido:

—¡No aguanto más!

—¡Riley, no! ¡Aguanta! ¡Aguanta! —le rogué.

Sentí sus manos temblar en exceso, y al mirar hacia abajo me percaté de que se encontraba de puntillas y que los brazos los mantenía completamente estirados para sostenerme. Fui a decirle que

me diese un segundo más, sin embargo, las palabras se quedaron en mi gaznate porque me vi en la obligación de volver la vista al muro y agarrarme como una lapa si no quería matarme de verdad.

El único apoyo que tenía desapareció y me vi suspendida del muro, más bien del bordillo al que intentaba subirme. Aguanté la respiración y me preparé para el batacazo mortal cuando mi mano derecha volvió a resbalarse. Era inevitable que las palmas de las manos me sudaran. Ni siquiera escuchaba las voces que me daba Riley desde abajo, ya más altas que antes. Me centré en no matarme, pero lo veía casi imposible, porque ni siquiera sabía de qué manera caería, pero sí que tenía que dejarme caer hacia atrás.

En un último intento, me aferré al muro con afán, elevé la pierna de nuevo y la coloqué en el bordillo; siendo esto peor, pues mi mano terminó por resbalar y sentí que caía al vacío inevitablemente.

Me pasaron muchas cosas por la mente, como que debería haberle hecho caso a Riley; que quizá debimos esperar a Tiziano y no marcharnos a la carrera; que tal vez no había sido la mejor idea haber escalado un muro sin ser un gato... Pero todo eso se me fue de un plumazo cuando cerré los ojos y mi cuerpo quedó amortiguado entre unos brazos. «Estoy viva», pensé, habiendo dejado de escuchar los gritos de Riley de fondo como un enajenado. Me dio la sensación de que peleaba con alguien. Y sí, ahí tenía a la persona con la que discutía. La que me tenía en brazos.

Abrí un ojo mientras el otro lo mantenía cerrado y arrugado, hasta que lo vi. Supe que mi expresión había cambiado porque todos los músculos faciales se me estiraron al ver aquella hilera de dientes diabólica, junto con unos ojos que brillaban más que el traje azul que llevaba.

—¡¡Dios!! —escuché a Riley por detrás.

Di un manotazo al aire, tratando de zafarme de mi salvador, para mi desgracia.

—¡Angelo! —Pronuncié su nombre con asco—. ¡Suéltame ahora mismo, vamos! ¡Que me sueltes! —Todo eso lo exigí de carrerilla mientras bajaba los pies de un salto y me apartaba de él.

Abrió los brazos de manera exagerada, y pareció un puñetero ángel. Sin embargo, a mí no me engañaba, y entrecerré los ojos mucho. Uní las piezas y supe que nos había visto de pleno y había entretenido al tipo de seguridad que venía a por nosotros.

—¿Por qué nos has ayudado? —le pregunté con tono hosco. El que nunca usaba. Coloqué los brazos en jarra y lo miré desafiante.

Noté la presencia de Riley muy cerca. Alzó una mano, dispuesto a sujetar mi antebrazo, pero me zafé de él y di un paso intimidante

hacia el italiano, que me devoraba con la mirada.

—¡Oh! —dramatizó—. La niña ya no es tan niña. Se ve que haber estado en Japón te ha hecho crecer de más. —Recalcó mucho las dos últimas palabras y dio un paso hacia mí.

No me moví, sino que afiancé mi turbadora mirada para que viese que no le tenía miedo. Ya no.

—¿Qué sabes tú de Japón?

—Adara...

Después me enteré de que Riley solo había pretendido ayudarme, pero no lo dejé. Elevé una mano en el aire y lo interrumpí, negando con ella para que dejase de hablar.

Angelo me contempló pretencioso, con esa soberbia que lo caracterizaba y tan seguro de sí mismo que asustaba. Yo todavía continuaba en posición de ataque.

—¿Quién te piensas que estuvo con tu marido cuando desapareciste del mapa? —Alzó una ceja con sarcasmo. Después movió ambas con chulería.

—Tú ayudando. —No fue una pregunta—. No me lo creo. ¿Por qué nos has ayudado? —repetí con más ímpetu.

Debía reconocer que el detalle me había dejado fuera de lugar. Me mantuve firme en mi compostura para que no me delatase la sorpresa. Atisbé que sonreía, y metió la mano en su bolsillo a la vez que yo sacaba la navaja de la mía.

—¡Eh, eh! —Extendió las manos, enseñándome el teléfono—. Solo saco el móvil para que confíes en mí. He llamado a Tiziano. Solo eso, Adara.

Su tono había cambiado, pero yo continuaba sin saber de qué bando estaba Angelo. Como decía Tiziano, ese hombre era el tonto del pueblo, pero estaba en todos sitios, como Dios.

—¿Qué haces aquí y por qué vas a ayudarnos? —Lo insté con un movimiento de cabeza a que me respondiese.

Resopló. Riley se colocó a mi lado, se ajustó la montura de sus gafas y cabeceó en su dirección, poniéndose, al fin, de mi parte.

—Te he visto y he llamado a Tiziano para saber si ocurría algo. Me ha amenazado y me ha dicho, textualmente: «Si le ocurre algo, te parto las piernas». Te he visto escalar el muro y he pensado que te matabas. —Me señaló con el dedo—. No he errado en mis conclusiones, ya que, sin mis brazos —los movió, enseñándomelos, y Riley y yo pusimos los ojos en blanco—, no solo te habrían cogido, sino que te habrías partido la cabeza y yo habría perdido las piernas. —Lo miré furibunda—. ¿Tengo que decirte para qué estoy aquí, ragazza?

Su sonrisa me provocó un malhumor desmedido, porque sabía que traía a mujeres sin su consentimiento. Apreté los labios al ver que parecía querer hacerme una mueca de disculpa que no acepté. Nunca la aceptaría, por muy bien que en el fondo pudiese caerme, que no era el caso.

—¿Y el plan estrella? —se interesó Riley.

Angelo suspiró y miró hacia la esquina que teníamos detrás de nosotros.

—El de Tiziano es esperar a que llegue. —Esa vez me crucé de brazos—. El mío es que os coléis como si fueseis del servicio.

Apuntó con su dedo a nuestra espalda y nos giramos, descubriendo a un montón de camareros que salían del otro lateral de la casa y que nosotros no habíamos visto. Puse morritos pensando en que podría ser una buena idea y lo aligeré. De esa forma, nadie haría preguntas si nos cubríamos bien, ya que podríamos dar el pego a la perfección.

Giré sobre mis talones y le hablé a Riley de forma tajante:

—Andando.

Mi amigo corrió a mi lado y extendió las palmas de las manos hacia mí.

—A ver, a ver, a ver —comenzó muy rápido—. Que nadie va a darte el traje del servicio hablando con ellos y pidiéndoselo por fa...

—¿Quién ha dicho que vayamos a pedirlo por favor? —cuestioné con altanería. Me sorprendí de mí misma, y de reojo aprecié que Angelo sonreía de medio lado.

Continué con mi paso, aun sabiendo que no me gustaba hacerle daño a la gente, pero era nuestra única opción. Estábamos perdiendo tiempo.

—Me gusta la nueva Adara —musitó Angelo, aunque me hice la sorda.

—¡Yo no sé hablar italiano! —se desesperó Riley.

Seguí con paso firme, y sin retroceder, le espeté:

—Pues te lo inventas, Riley. Te lo inventas.

Apreté el puño y contuve mucho el aliento antes de llegar a la esquina, buscar a una pareja de chico y chica y darme unos minutos para que se quedasen solos antes de aparecer como si nada. Me sentí muy mal, sin embargo, si no tomaba la determinación de hacerlo por las malas, no lo conseguiría. «Un golpe en la sien los deja inconscientes, no los mata», me repetí como un mantra, aunque en el fondo estaba a punto de echarme a llorar.

—Tu pistola. —Extendí la mano hacia atrás, esperando a Angelo.

No titubeó ni tampoco vi en su cara asombro alguno, pero sí que me la tendió, y al momento la noté fría en la palma de mi mano. Tomé

una inmensa bocanada de aire cuando los trabajadores se introdujeron en el interior de la mansión. Anduve con la pistola a mi espalda, esperando que el resto desaparecieran.

—¿Vas a devolverme mis órganos? —escuché por detrás, y sonreí al saber que Angelo nunca hacía nada a cambio de nada.

No le contesté de inmediato, porque ese tema no me competía a mí, sino a Tiziano, así que le dije con soberbia, como él:

—Eso tendrás que hablarlo con mi marido.

Le pedí a Dios y a nadie en particular que estuviesen bien. Porque no podía haberles pasado nada. No podía.

La pareja me contempló expectante, y supe que fue porque les había cortado el rollo de un buen revolcón antes de entrar a trabajar, aunque fue en mitad del bosquecito que había a su espalda. No carraspeé, sino que saqué el arma y los apunté directamente. Escuché la risa diabólica de Angelo detrás de mí cuando les ordené:

—Dadme vuestra ropa.

32

La Sagrada Biblia

El tiempo pasaba muy despacio y yo no sabía dónde meterme. Había entrado en la cocina con Riley vestidos de camareros, para seguidamente coger una bandeja repleta de copas de champán que serviríamos a la multitud de personas que había en el exterior.

—No sé si no te habrás fijado, pero yo soy un hombre con un poquito de obesidad y los botones no me cierran abajo —se quejó Riley con malhumor.

Le resté importancia mientras ponía las copas de champán en la bandeja e inspeccionaba la cocina por si había alguna puerta que nos sirviese de acceso para investigar. Me acerqué muy poco a él para que nadie se percatase de que hablábamos.

—Tenemos que investigar si hay algún acceso en la casa en el que puedan estar.

Riley abrió los ojos mucho.

—No tenemos con qué comunicarnos, Adara —añadió con hastío—. Ni siquiera nos conocemos la mansión. ¡¿Por dónde coño quieres empezar sin que nos pillen?! —musitó histérico.

—¡Eh! Aquí hemos venido a trabajar, no a estar de chachara —se quejó el encargado de la plantilla.

Le pedí disculpas con una breve caída de ojos y añadí entre dientes, cogiendo la bandeja:

—Mantén a Luciano vigilado. Yo entraré y buscaré el baño.

—Pero... ¡Adara! —Se puso muy nervioso y se lo noté a leguas—. ¡¿Y qué hacemos si Luciano me reconoce?!

—Improvisa —le respondí, y salí de la cocina cuando el encargado nos miró con ojos aniquilantes por segunda vez.

Recorrí de una punta a otra el jardín sin conocer a nadie y muy

perdida; bien es cierto que traté de quedarme con cada detalle que discernía. Deposité copas de champán a diestro y siniestro, observando de reojo que Luciano no se moviese del sitio. Lo tenía brevemente localizado, y si no se me perdía, no creía que nadie me reconociese hasta el momento allí.

No creía...

—Chica. —Alguien llamó mi atención y me giré para ponerle cara —. ¿Me permites una copa?

Moví la bandeja para que la cogiese, sin enfocar directamente sus ojos, aunque me fue inevitable fijarme en una piel morena y un cuerpo de complexión atlética, descubierto desde las rodillas. Era la mujer que había desmontado del vehículo cuando Riley y yo huimos hacia el muro. Inevitablemente, ascendí los ojos y me topé con los suyos. Eran verdes y con betas amarillas que se acentuaban más si le daba la luz que iluminaba el jardín, rasgados y tan exóticos que me quedé prendada al ver la sensualidad y la picardía que transmitían, aunque también me quedé impactada por la exuberante belleza sobrenatural que desprendían cada uno de sus rasgos.

Acentuó su mirada y me percaté de que amusgaba los ojos, con la copa en alto todavía. Me repasó de arriba abajo y se detuvo en mi rostro. Tragué saliva de manera imperceptible, pero la mulata continuó con su escrutinio sin ningún tipo de reparo. Movió la copa hasta situarla en su regazo y alisó con la mano que mantenía libre el vestido rojo pasión de gasa. Era maravillosamente deslumbrante.

—¿Te conozco? —se interesó, moviendo su rostro un poco hacia el lado.

Negué con la cabeza, sin embargo, ella asintió queda, provocando que la larga trenza oscura que nacía desde su cabeza se tambalease en un lateral de su cintura, a la derecha. Intenté pasar por su lado, tratando de marcharme, pero su oscura mano me atrapó el antebrazo y me detuvo, helándome la sangre cuando continuó, con un tono contundente y frío:

—¿Qué hace la mujer de un capo vestida del servicio en la fiesta del enemigo de su padre?

Mi mirada se detuvo en el frente, pero pronto pasó a ella. Fueron cuestión de segundos, pues bajo la bandeja llevaba la navaja abierta, lista y preparada en el caso de que tuviese que dejar de hacer el paripé y sobrevivir. En ese instante me di cuenta de que la guerra de los Sabello con los Rinaldi se extendía por toda Italia.

—Estás confundiéndome —añadí con confianza, soltándome de su agarre.

Sonrió con cinismo, ocasionando que un breve sonido saliese de su

garganta.

Avancé un único paso; ella me detuvo con fuerza, de nuevo, por el antebrazo. La bandeja en mi otra mano se tambaleó.

—Me llamo Mia Lombardi —se presentó. Busqué su mano, indicándole que, o la apartaba, o tendríamos una pelea de gatas. Cogió la indirecta al vuelo, ya que algunos presentes se quedaron mirándonos.

Rehusé su amarré y le lancé una mirada aniquiladora. Yo. Me reí mentalmente por esa actitud que no me pegaba ni con cola. Conseguí mi propósito y quedé libre para salir danzando de allí, porque de ahí a que la tal Mia me descubriese con Luciano había menos de cuatro metros, que era donde se encontraba el malnacido, con una gasa pequeña en la oreja que Claudio le había diseccionado en el puerto y el mismo brazo que mi suegro tenía machacado, escayolado. Debía buscar a Riley con urgencia; ese pensamiento me provocó un nerviosismo que intenté disimular a todas luces. Angelo. Angelo también podría ayudarnos a salir de allí, pero para eso tenía que localizarlo.

—Los Rinaldi no me han caído bien desde nunca. He visto que traían al hijo herido.

Me di media vuelta para mirarla, desconfiada. Bebió un sorbo de su copa y me buscó con sus destellantes iris. Avanzó un paso hacia un lateral, indicándome que la siguiese. Al principio me mostré reacia, sin embargo, no tenía muchas más alternativas que seguirla si quería probar suerte. Porque estaba claro que el destino de esa noche iba a ser cuestión de mucha suerte.

Y cómo íbamos a necesitarla...

Nos quedamos en un lateral de la enorme mansión. Pensé con rapidez que, si se había referido a Dom como el hijo, ¿quién era el resto? Hasta el momento solo conocía a Luciano y a Dom, que eran los que componían la familia de los Rinaldi. Al momento, me vino a la cabeza Nicole.

—Sé que algo no anda bien entre las familias porque mi padre me lo ha contado.

—¿Quién es tu padre? —le pregunté de sopetón, mirando a ambos lados.

No era ningún absurdo que los invitados nos observasen con asombro al ver a una camarera hablar con alguien de la fiesta. Y, por lo que podía verse, era una celebración de alto postín que no entendía, siendo el día que secuestrarían a Antonella y a todo el que cogiesen con ella. La única contestación a eso era que Luciano no había conseguido otra oportunidad para lograr sus planes; de ahí que se

solapasen ambas cosas.

—Fabio Lombardi —me contestó como si fuese lo más evidente del mundo y yo debiese conocerme a todas las familias de Italia. Inmediatamente apunté nota mental sobre mantener una conversación con Tiziano para enterarme de quién eran unos y otros. ¡Si es que no habíamos tenido tiempo de nada!—. Pero lo importante no es eso, sino por qué tienen a Antonella Sabello en el sótano de esta mansión.

Abrí los ojos con desmesura y solté la bandeja en la primera mesa que encontré a mi derecha, descubriendo la navaja, y cerré con rapidez para guardarla en la manga de mi camisa. Todo eso, sabiendo que Mia me prestaba una atención absoluta.

—¿Cómo sabes eso? ¿Dónde está el sótano? —le pregunté de carrerilla. Le sujeté el brazo ejerciendo mucha presión, sin ser consciente.

Se soltó sin dejar de mirarme, pero justo en el instante en el que iba a contestarme, alguien nos interrumpió:

—¡Hombre! Una Lombardi por aquí. No te esperaba.

Me volví de cara a Angelo, que me contemplaba con asombro y extrañeza al ver la mano que acababa de quitar del brazo de Mia. Ella alzó la barbilla y murmuró con desgana:

—Fachinni...

El aludido sonrió y se colocó a mi lado, pero a mí lo que me interesaba no era lo mal que pudiesen llevarse esos dos, sino que me dijese dónde estaban. Y lo que me preocupaba de verdad era lo que podrían haberle hecho a Dom.

—¿Dónde está? —le pregunté arrogante y sin una gota de paciencia.

Desvió su atención a mí, ignorando a Angelo y su verborrea de lo guapa que estaba y lo bien que le quedaba el vestido. Alcé una mano para que se callase la boca y, asombrosamente, lo hizo de sopetón.

—Si te lo digo, corro el riesgo de que me descubran. Y, aquí —miró a su alrededor—, hay mucha gente que odia a mi familia. —Entrecerré los ojos, esperando la respuesta o lo que narices quisiera para decírmelo—. Protección de los Sabello. Ya sabes, no se hace nada gratis.

—¿Dónde está? —repetí sin un ápice de paciencia, por lo que entendió que estaba aceptando el trato. Bendita la hora en la que lo hice, porque más tarde uno de los Sabello se cagaría en la madre que me parió a base de bien.

—Vestíbulo, pasillo de la izquierda, cuarta puerta a la izquierda. No tiene pérdida.

Me separé de los dos, sin escuchar a un Angelo que me suplicaba

calma para que pudiésemos entrar sin ser vistos, pero yo ya no veía más allá de poder despistarlos mientras Tiziano llegaba o no. Sentía una opresión en el pecho que no me dejaba respirar. Y como decía Tiziano, eso significaba algo siempre.

Sujeté la bandeja con decisión y me adentré en la mansión por la puerta delantera, recibiendo alguna mirada acusatoria de los invitados clasistas.

«Vestíbulo, pasillo de la izquierda, cuarta puerta a la izquierda», me repetí mentalmente para que no se me olvidase, como un mantra. Ni siquiera miré a los laterales a medida que avanzaba con mucha agilidad hasta llegar al pasillo en cuestión. Ahora sí que miré a ambos lados, en los que únicamente había puertas, y llegué a la del final. A la cuarta. No me detuve, y cuando fui a echar mano al pomo, alguien me sostuvo de la cadera y me giró de cara a él. Alcé la barbilla y me encontré a Angelo. Iba a replicarle, pero otra voz mucho más fuerte y decidida se oyó a su espalda. Abrí los ojos en su máxima extensión y Angelo colocó un brazo en la puerta, de manera que la persona que tenía detrás no podía verme. La postura del italiano era muy sugerente y parecía que iba a devorarme. Me contempló unos segundos, creí adivinar que conteniendo incluso la respiración, porque sus ojos se abrieron mucho sin saber cómo salir de la delicada situación.

—¿Angelo?... Señorita, ¿no se supone que debería estar sirviendo copas a los invitados?

La persona que me tapaba se separó y agaché la cabeza para no mirarlo a la cara, o estaría perdida. Era Luciano. Era su voz...

—Angelo, me parece mentira que no tengas suficientes mujeres como para atacar al servicio también. —Rio con maldad—. ¿Señorita? Tengo los ojos aquí, y está usted mirando al suelo.

«Piensa, piensa, piensa».

—Disculpe —murmuré entre dientes y con la voz muy baja, sin querer extenderme en mis explicaciones.

Avancé con premura, pero la mano de Luciano se interpuso entre mi camino y me cortó el paso. Pensé que me desmayaba de verdad, porque el aire no consiguió entrarme en los pulmones, y me preparé para lo peor, que era tener que enfrentarme a él con una absurda navaja que no sabía usar ni medio en condiciones.

Elevé la mirada cuando volví a oírlo hablar:

—Míreme a la cara cuando le hablo.

Cerré los ojos con fuerza.

—Vamos, no es necesario, déjala que se marche y... —terció Angelo.

—No estaba hablando contigo. Vuelve a la fiesta.

Su tono tajante indicó que, o se marchaba de allí, o le disparaba a bocajarro y sin pensárselo. Angelo lo meditó mucho, supuse que urdiendo cómo sacarme, aunque cuando escuché que daba el primer paso, alcé la cabeza para mirar a Luciano, sabiendo lo que eso significaba. Sin embargo, la vida volvió a darme ese revés que no esperaba. Miré con atención su rostro. Él también lo hacía. Asintió y movió la barbilla, indicándome que podía marcharme.

Aceleré y recorrí el pasillo en dirección contraria y con el corazón encogido. No podía ser posible. No podía... Abrí los ojos y salí al jardín como un miura, dándome igual que el resto de los invitados me observasen de manera extraña, aunque me vi obligada a calmar esa desazón que me abrasaba las entrañas cuando supe que ese podría ser el detonante para no encontrarlos.

Busqué por el jardín con urgencia, sin verlo. ¿Por qué no llevaba el apósito en la oreja?, ¿por qué ese hombre, igual que Luciano, tenía dos orejas?, ¿por qué no llevaba la jodida escayola?

Y, entonces, como si me cayese un jarro de agua helada sobre la cabeza, lo vi.

Luciano, con su parche en la oreja, su escayola y su porte hablaba con un matrimonio, mientras que a mi derecha, el otro hombre, igual que él, salía de la mansión y se encaminaba hacia... hacia...

—Son gemelos... —Era Riley.

—Son gemelos... —repetí con un hilo de voz.

Los vellos se me pusieron como escarpias, aunque tampoco me dio tiempo a mucho más, porque una mano tiró de mi delantal por la ventana a mi espalda. Me giré, aguantando una exclamación, instante en el que vi a Dom detrás.

—¡Rápido! —me urgió.

Los dos nos colamos por la abertura, siendo vistos por algunos invitados y llamando la atención de más.

—¡Dom! —me exalté, tirándome a sus brazos, que me separaron de él con premura—. ¡Dios mío! ¿Qué te han hecho? —Se encontraba lleno de magulladuras en la cara, y la ropa la tenía hecha trizas. También apreció algún corte en su mejilla y en el hombro.

—¡No hay tiempo, tenemos que irnos! He conseguido escapar y debemos marcharnos ya. Nicole ha desaparecido y tienen...

Nos llevaba casi a rastras por el mismo pasillo que yo había entrado, solo que esa vez abrió la puerta de antes y nos condujo por lo que parecía un túnel secreto de la mansión. Toqué su brazo y lo apreté, sin dejar de caminar —o más bien de correr— por unas escaleras sumamente estrechas hacia abajo.

—¿Cómo que Nicole ha desaparecido? —me alarmé.

Me contó con desesperación que la niña de las narices había escapado de Beatrice y se había marchado de la mansión de Cefalú. Que la había seguido hasta Palermo, pero que allí le perdió la pista porque los hombres de Luciano la encontraron y la golpearon. Lo que quería decir que Beatrice se encontraba también en ese sótano en el que tenían al resto encerrados.

—¿Y cómo pensamos salir de aquí? —le preguntó Riley con preocupación.

—¿Tu padre tiene un hermano gemelo? —me interesé, desubicada por desconocer esa información.

Dom elevó un dedo índice para que no hablásemos, pues habíamos entrado en una especie de doble muro por donde podíamos ver lo que ocurría desde las ventanillas de ventilación enormes que se encontraban delante de nuestros cuerpos. Dom me señaló la puerta que había al final de la doble pared, dándome a entender que desde allí podríamos salir. Lo que no tenía claro era adónde.

Miré al frente y el corazón se oprimió en mi pecho con mucho dolor. Antonella se encontraba atada de las manos en el centro de la sala. Era un sótano sin cuidar, en ladrillo y lleno de todo tipo de artilugios de tortura. Ese era peor que el de los Sabello, sin duda. En una de las esquinas vi que había bastante sangre. Busqué los ojos de Dom y asintió, dándome a entender que era suya.

Mientras descendíamos por las escaleras, reparé en que cojeaba de una pierna, aunque eso no le impedía ir con agilidad y sin detenerse. Busqué a mi suegra de nuevo, y la encontré con la cabeza gacha. De su boca pendía un hilo de sangre seca, al igual que de sus rodillas, que estaban echadas abajo; por lo que deduje, de haberla arrastrado por el suelo. Llamé a Tiziano mentalmente con más fuerza.

—No le quedará mucho. —Dom pareció leerme la mente—. Acabo de enterarme de que el apartamento de Vittorio está en llamas.

Me miró de soslayo, como pensando si debía o no darme esa información. Asentí queda y mi mirada encontró el brillo de unos grilletes a pocos pasos de distancia de Antonella. Enzo se encontraba atado y en el suelo, con varios golpes en la cara y, por lo que pude distinguir, una buena paliza en el resto del cuerpo. Beatrice se encontraba a su lado, encadenada de la misma forma y con su cabello oscuro teñido por una gran mancha de sangre, imaginé que debido al golpe que le dieron para llevársela.

Pensé muy rápido y sin coherencia. Lo sabía. Pero no teníamos tiempo.

—Dime cómo entro ahí. —Señalé con la cabeza la sala.

—¡¿Estás loca?! —me preguntó Riley, a punto de darle un infarto,

porque se tiró de la camisa como si le costase respirar.

—Sois los únicos que habéis podido escapar. Quizá tengáis oportunidad de pedirle ayuda a Mia para salir de la mansión y esperar a Tiziano.

—¿Mia Lombardi está aquí? —se interesó Dom en un susurro, como si aquello lo hubiese cogido por sorpresa.

Asentí a su interrupción y continué:

—Ha sido quien me ha dicho dónde estaba la puerta del sótano —le dije de carrerilla, y este se asombró más—. Ahora eso no importa, Dom. Puedo despistarlos mientras llegan —casi le supliqué, aunque bien era cierto que no tenía ni idea de si la solución que ofrecía iba a ser peor.

Ya buscaríamos o nos enteraríamos más tarde de los motivos de Mia; también descubriríamos si me había engañado o era cierto que había visto a Dom apresado por los hombres de su propio padre. Insté a Dom a que me dijese dónde estaba la salida, la cual señaló con la cabeza.

—En cuanto sales de esa puerta, la primera que te encuentras a la derecha. —Asentí de nuevo y me pegué a su esculpido cuerpo para adelantarlo, pues era imposible hacerlo de otra manera. Me sujetó de la cintura antes de que diese un paso más. Buscó mis ojos con mucha atención y me preguntó con preocupación—: ¿Estás segura?

—Busca a Tiziano —le pedí en un murmuro, y lo adelanté.

Tragué saliva con fuerza antes de internarme en el pasillo y abrir. Los miré una vez más, atisbando que a Riley no le había hecho gracia mi plan suicida, y pude leer en sus labios un «Zumbada» que me hizo sonreír en el peor momento. Me detuve detrás de la puerta cuando cerré la que los ocultaba a ellos, viendo cómo desaparecían en la penumbra del pasillo.

Respiré con mucha fuerza antes de coger la manivela que me abriría las puertas del averno, pero me detuve al escuchar un golpe en seco. Era una silla.

—¿Cómo estás, amore?

Luciano.

Cerré los ojos con fuerza. Sentí que me temblaba el alma, pero no podía evitar pensar que si accedía a la sala, el foco de atención sería uno muy distinto al que ya de por sí tenían.

El sonido de un escupitajo me hizo saber la respuesta de Antonella, sin verla.

—Te van a matar —le dijo con asco.

Se escuchó un golpe seco y no me lo pensé, porque eso fue un golpe en toda regla. Abrí con un claro empujón y me quedé petrificada

cuando dos hombres me apuntaron con sus armas. Me fijé en el apósito de Luciano en la oreja y en su escayola, descubriendo que sí era él. Sonrió ladino. Supuse que su hermano se lo habría contado y que no lo pillaba de sorpresa.

—Estabas tardando mucho, Adara. —Recalcó mucho mi nombre—. ¿Has visto a mi hijo? Se me ha escapado —añadió con hastío, pero como si no le diese importancia.

Introduje un pie en el interior de la sala.

—¡Ni se te ocurra tocarla! —le gritó Enzo, refiriéndose a mí. Lo miré de reojo para pedirle la calma que no sentía.

—Si lo hubiese visto, no te lo diría, después de saber que piensas que tiene una enfermedad —le contesté con arrogancia, lanzándole una breve mirada a Enzo para que se callase, pues no había cesado en sus insultos en italiano.

Uno de sus hombres se colocó con agilidad a mi espalda, apuntándome con su arma.

—Todavía no entiendo cómo pude creerte —objetó con desconcierto y enfado—. Ya decía yo que era imposible que una Sabello se la jugase de esa forma en la que estabas haciéndolo tú.

—La vida del ignorante, supongo —lo reté con altanería.

Luciano rio y Antonella se volvió de cara a mí, con el rostro más magullado de lo que había visto desde la rejilla y una clara muestra de cansancio extremo. No permitió que el foco de atención fuese yo, tal y como había pensado:

—Eres tan miserable que haces daño a tus hijos. A los que llevan tu propia sangre.

Las cadenas retumbaron en el sótano y tragué saliva cuando vi que Enzo trataba de aproximarse a rastras, sin éxito, pues estaba bien amarrado para no llegar a su madre en ningún momento. Luciano se acuclilló para estar a la altura de Antonella y llevó su mano derecha a la mejilla de ella con tal anhelo que me pareció imposible que existiese. Incluso le brillaron los ojos.

—Yo los habría querido de otra manera si tú me lo hubieses permitido.

Mi suegra apretó los dientes y se volvió para morderle la mano con rabia, aunque Luciano la apartó a tiempo.

—¡¡Me violaste!! —le gritó colérica.

—¡¡Y tú me robaste a mis dos hijos!! —le respondió en el mismo tono, alzando más la voz—. ¡Tuve que ponerle tu nombre a Andrea por tu puta culpa y tener a ese bastardo maricón para llenar el vacío que me dejaste!

Mi cuerpo se tambaleó y los ojos de Enzo se abrieron en su máxima

extensión. Antonella Rinaldi, en realidad, era Andrea Rinaldi... ¿Cómo podía tener alguien una obsesión tan insana por una persona a la que encima había maltratado?

Beatrice se encontraba desubicada, y la contemplé para transmitirle la entereza que a mí me faltaba tras descubrir aquel detalle. La mujer presionó los labios y me observó con más tranquilidad de la que yo tenía, aunque bien era sabido que su final sería mucho peor que el mío si no conseguíamos salir de allí.

—Estás loco. ¡Eres un desgraciado y un miserable! ¡Siempre lo has sido! —voceó Antonella, llena de rabia y ocasionando que sus cadenas se moviesen.

Fue a levantarse de un impulso, y entonces vi con claridad que tenía la camiseta empapada de sangre. Sangre que se marcaba en líneas muy gruesas. ¿La habían fustigado? De ahí su cansancio extremo... Miré a Enzo, quien asintió con los labios apretados y un semblante muy turbio. Entonces me fijé en que de su pierna salía sangre a borbotones. Inmediatamente, recordé el disparo en la entrada del palacete.

—Enzo... —musité, pero el centro de la conversación desvarió tanto que todo ocurrió muy rápido y sin tiempo casi para pestañear.

Luciano se acercó mucho a Antonella y estampó su boca contra la de ella. Mi suegra le dio semejante cabezazo que le partió la nariz. Él se llevó la mano al puente, lo presionó y sacó un pañuelo de tela del bolsillo para limpiarse, pero todos habíamos escuchado cómo le había crujido el hueso. Me sentí orgullosa de Antonella Sabello, pero también terriblemente triste por lo que sucedió a continuación.

Con un paso firme, Luciano descolgó las cadenas y tiró de ella como si fuese una muñeca de trapo mientras Enzo se desgañitaba con las fuerzas que le quedaban:

—¡Deja a mi madre! ¡Deja a mi madre, pedazo de cabrón! ¡¡Déjala!!

El tipo que había detrás de mí le propinó un golpe con la culata de su arma en la cabeza, le dio una patada en el hueco poplíteo y Enzo cayó de rodillas. Fui a moverme, pero otro de los tipos de Luciano me encañonó y detuve mi paso, con las manos en alto. Me indicó que imitase a mi cuñado, señalándome el suelo. Desde luego, la atención estaba llamándola muy poco, porque Antonella se había encargado de que no fuese así.

La puerta se abrió y apareció el gemelo de Luciano. Todavía estaba impactada por el descubrimiento. Me contempló de soslayo y sonrió de medio lado, pasando por mi lado como si no estuviese.

—El helicóptero está listo.

¿Qué helicóptero?

—Bien. Encárgate de sacar la basura cuando me marche. Incluido a Domenico —le dijo Luciano, tirando de Antonella hasta conseguir sujetarla con el brazo izquierdo.

Enzo continuaba berreando en la distancia, tratando de levantarse de nuevo. Lo miré para pedirle calma, o empeoraría la situación más de lo que ya estaba. Necesitábamos ganar tiempo, no perderlo.

—¡No pienso ir contigo a ningún sitio! —bramó Antonella.

El gemelo de Luciano se giró, me guiñó un ojo lascivo y apreté los dientes cuando desapareció sin mirar atrás. La voz de Luciano me sacó de la horripilante mirada que le lancé a su hermano:

—Me robaste a mis dos hijos. Tiziano era mío. —Se señaló tras recalcar mucho el nombre de quien le interesaba—. Y ahora también os habéis quedado con ese malnacido. —Se refería a Dom, y me dieron ganas de estrangularlo—. Por eso, ahora, mi querida Antonella, yo te arrebato un hijo.

Había movido el cañón de su pistola hacia su pecho, pero el mismo movimiento se desvió en dirección al hombre que, de rodillas, gritaba que soltase a su madre. Antonella se volvió de cara a Enzo, con los ojos desorbitados y las lágrimas comenzando a mojar su rostro. Fue a intentar apartar el cañón de la dirección que había tomado el arma, pero no le dio tiempo cuando Enzo se colocó de pie como un titán, sin poder moverse de su sitio porque las cadenas no lo dejaban.

Pero de pie.

Firme y tenaz como cualquiera de los Sabello.

Extendió las manos lo que le permitieron las cadenas mientras Antonella se dejaba la garganta suplicándole que no le hiciese nada. Sin embargo, el Sabello se había obnubilado con acaparar toda la atención de Luciano y sentenció a viva voz:

—No vivas para que tu presencia se note, sino para que tu ausencia se sienta, comemierda. Y a ti, no te recordará nadie —escupió con genio.

Abrí la boca al mismo tiempo que corría en dirección al silbido de las dos balas:

—¡¡Nooooo!! ¡¡Nooooo!! ¡Enzo! ¡Enzo!

Cuando llegué a Enzo fue demasiado tarde. Me tiré al suelo y mis rodillas impactaron con brusquedad. Cogí su cabeza entre mis manos, viendo cómo le salía sangre por la boca. Escuché a Antonella gritar y llorar con desconsuelo, siendo arrastrada por Luciano y sus hombres, que desaparecieron por una de las puertas que no había visto, dejándonos con una única persona de vigilancia.

—¡Enzo! ¡Enzo, por favor! —lo llamé, apoyando su cara sobre mis muslos—. ¡Enzo, mírame, joder!

Escupió más sangre y llevó una de sus manos a la mía, que se había ido directamente a presionar la herida en su pecho. La otra que tenía libre se coló por su camisa y sacó con torpeza algo que no esperaba. Era el libro que le había prestado. Sonrió, mostrándome todos los dientes llenos de sangre y lo elevó lo suficiente para que lo viese.

Yo lloraba desconsolada porque se moría.

—La Sagrada Biblia me ha salvado del disparo en el corazón. —Tosió, enseñándome el libro con la bala incrustada en él—. Un puto milagro.

La cabeza se le fue hacia atrás y pensé que me moría con él. Presioné la herida, sin saber qué hacer ni cómo actuar sin herramientas. Sin ayuda. Sin nada. Me contuve de decirle que esa biblia lo había salvado de no morir en el acto, pero que la otra bala la tenía en el pecho incrustada.

—Enzo, aguanta —le pedí histérica—. Vamos a salir de esta. Vamos a salir de esta —repetí, viendo con claridad cómo me temblaban las manos.

—¡Suéltame, imbécil! —escuché de repente a Beatrice, quien llevaba más minutos de los que había previsto tirando de sus cadenas para tratar de soltarse.

La mano de Enzo acarició en círculos la mía. Estiró las comisuras de los labios y agaché la frente para tocar la suya, abatida y sin saber qué hacer. «Tiziano, llega ya, por favor, llega ya», pedí en un susurro, y deseé con todas mis fuerzas que me escuchase.

—Sabes... que... está feo... —Tosió de nuevo.

—Shhh, shhh. No gastes fuerzas, por favor, tienes que aguantar —sollocé destrozada, porque necesitaba un milagro de verdad.

—Está... feo... que tengas que comerte mi mu... muerte. —Rio, y no entendí por qué.

—No vas a morirte —le dije muy segura de mis palabras, apartando mi frente de la suya. Comenzaba a enfriarse.

Tiritó y lo abracé como pude, sintiendo que las lágrimas me ahogaban y la ansiedad subía con mucha fuerza. Los oídos se me taponaban, y pensé que perdería la consciencia antes de que lo hiciese él.

—Claro que voy a morirme —sentenció, apretando mi mano con cariño. Lo miré, casi sin verlo por la cantidad de lágrimas que cubrían mis iris—. Eres lo mejor que le ha pasado a los Sabello en años, bambina. —Lo miré firmemente, comenzando a hipar—. Si Tiziano se entera de que te he llamado así, me mata. —Rio con agonía y un claro dolor en su rostro.

No conseguí siquiera curvar una sonrisa, porque la pena me

mataba.

Me llevé su mano a los labios, llena de sangre. La besé y me sorbí la nariz, tratando de sonreírle. Sin embargo, por mucho empeño que pusiese, era prácticamente imposible. Lo contemplé con una súplica demoledora.

—No te mueras, por favor. Enzo. —Apreté su mano con vigor cuando se quedó fijo en mis ojos—. Por favor, no puedes irte —musité agónica.

—Yo siempre estaré... con... vosotros...

Un último apretón fue suficiente para que me derrumbase. Desde mi posición, busqué a Beatrice, que trataba de sacarse la esposa de la otra mano. No sabía cuándo había dejado inconsciente al tipo que nos custodiaba, pero lo había hecho. Sus ojos estaban llenos de lágrimas que había permitido que saliesen libremente, para acabar chocando en su barbilla.

Busqué la respiración de Enzo, demasiado lenta y prácticamente inexistente. Apreté su mano con fuerza, sintiendo que la suya resbalaba de la mía. Prensé los labios y los llevé a su frente, sintiendo que el mundo se caía a trozos y que yo era la única que estaba allí para derrumbarme con él.

—Enzo... —aullé de dolor—. ¡Enzo!... No...

El grito que salió de mi garganta fue tan sobrenatural que me asustó incluso a mí. Desolada, abracé su cuerpo y me dejé arrastrar por un amargo manto de lágrimas que me sacudió entera. Sentí que unas manos me rodeaban por detrás.

No las aparté, porque supe que pertenecían a Beatrice, que había conseguido quitarse las esposas y, aunque no nos conociésemos, estaba mostrándome su apoyo incondicional con un simple gesto.

Me desgañité en aquel sótano.

Hundida.

Rota.

Con un Sabello laxo en mis brazos.

Con mi Enzo.

33

Un problema multiplicado por dos

Tiziano Sabello

El pálpito de los cojones se intensificó en mi pecho. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? No lo sabía porque claramente no tenía una puta bola de cristal, pero que algo sucedía, sí. Eso sí lo sabía.

Tamborileé los dedos en mis muslos cuando entramos en el palacete. De primeras, la seguridad no se encontraba en la entrada, y eso me daba muy mala espina. Volví mi atención a Romeo, que era quien conducía y quien pisó el acelerador a fondo. No hicieron falta las palabras para saber que la cosa no iba bien. Si a eso le sumaba que Adara no me había cogido el teléfono, que Riley había desaparecido con Enzo y que no había nadie tras el pinganillo...

Casi me lancé de cabeza en cuanto Romeo frenó en la entrada. El pecho se me encogió al pensar que podría haberle ocurrido algo a cualquiera de los que se habían quedado.

El cuerpo se me tensó cuando me percaté de cómo estaba la entrada. ¿Qué había explotado allí para que estuviese derruida?

El derrape del resto no tardó en escucharse detrás, pero yo ya estaba subiendo los escalones, pistola en mano, y dispuesto a llevarme por delante a quien hubiese entrado en mi casa. La imagen que me encontré fue peor de lo que esperaba.

En medio del vestíbulo había dos hombres atados con cadenas en las sillas del salón, mientras que Agneta, la madre de la mujer a la que más quería en mi vida, los apuntaba con una pistola y la mano temblorosa. Tenía manchas de sangre en los brazos y sus ropas lucían llenas de polvo. Barrí con la mirada la estancia con velocidad, encontrándome en cada lateral de ella con Cornelia y otra mujer del servicio, ambas con dos varas de hierro en las manos.

—¡Tiziano! —exclamó Cornelia, como si hubiese visto a Dios.

Adelanté el paso con premura y Agneta se giró en mi dirección con los ojos llenos de lágrimas. Se tiró a mi pecho y la abracé sin saber qué le ocurría. No me hizo falta preguntarle cuando dijo con un hilo de voz y mucho nerviosismo:

—Se ha llevado a tu madre, a Enzo y a Dom. —Aguanté la respiración, porque al segundo tenía a mi padre al lado—. Adara... y Riley han ido tras ellos.

—¿Se han llevado a la mamma? —preguntó Valentino con tono duro, detrás de mí.

Agneta arrugó mi camisa con sus puños y suplicó:

—¡Tienes que ayudarlos! ¡Se han ido hace mucho! No he podido encontrar un teléfono con los nervios... para llamar...

—Está bien, Agneta. Está bien —la tranquilicé, interrumpiéndola.

Cavilé las posibilidades de dónde podrían estar, y lo siguiente que escuché fue algo crujir. Me giré hacia el foco del sonido y encontré a mi padre partiéndose la escayola del brazo para sujetar el fusil con más firmeza. Me miró con determinación y sentenció:

—Prepara la artillería. Vamos a por tu madre, a por mi hijo —apretó el arma con más garra—, a por mi nuera y a por mi futuro yerno.

Agneta no había salido de mis brazos cuando miré con muy mala cara a los dos tipos que había atados a las sillas. Elevé la pistola y disparé con certeza en el centro de sus frentes. Primero a uno y después a otro. Mi suegra se escapó de mis brazos y se refugió en Carlo, quien suspiró y la soltó tras besarla castamente.

—Voy a por las armas —dictaminó mi guardaespaldas, encaminando ya sus pasos, seguidos de los de Valentino y Francesco.

—¿Se llevaron armas? —le pregunté a Agneta, que contemplaba los dos cuerpos sin vida.

—Una navaja... —musitó, sabiendo que eso era igual que nada.

Cerré los ojos. Bendita paciencia la que requería mi bambina.

—¿A quién se le ocurre irse con una navaja? —preguntó Romeo al aire.

Miré hacia la puerta, dándome cuenta de que se había llevado el coche que faltaba.

—Por lo menos ha sido lista y se ha llevado a Batman. —Sonreí al referirme al Lamborghini—. Andiamo! —salté, aunque mi padre ya había atravesado el salón y llegaba con un cargamento de armas.

Le quité un fusil y lo cargué delante de sus ojos, sin dejar de contemplarlo. Se habían llevado a mi madre, y mi mujer también estaba metida dentro de esa ecuación; casi con seguridad, en un problema. No teníamos que ser ingenieros para saber que, por primera

vez en la vida, Luciano había conseguido darnos la vuelta de verdad al apropiarse de una de las personas que más importaban en la familia Sabello; bien era cierto que todos sabíamos que también era alguien que le importaba mucho a él.

—Dispuesto a morir —le dije, sin quitarle la atención.

Alzó el mentón de manera temeraria.

—Dispuesto a morir, bambino.

Asentí y me giré para salir del palacete, sin embargo, mi teléfono vibró en mi bolsillo y lo saqué. Eran unas fotos.

Desplegué la pantalla, y no supe definir jamás con qué sentimiento, ya que la mezcla lo embargó todo, haciendo imposible quedarme con uno solo. En las imágenes se veía a mi madre, de rodillas y siendo fustigada con un látigo. En la siguiente, se veía cómo Luciano se la llevaba a rastras en lo que parecía un sótano. Entrecerré los ojos, sabiendo que tenía detrás a todos los hombres que se habían quedado conmigo.

—¿Por qué en esta foto Luciano tiene un vendaje en la oreja y una escayola y en esta otra no? —les pregunté, pasando la imagen con toda la entereza que pude.

Las venas estaban a punto de reventarme, la mandíbula me temblaba de manera inconsciente y las manos me picaban con ansias de sangre. Tanta como le habían hecho perder a mi madre.

—Porque quien ha cosido a latigazos a tu madre no es Luciano. —Me giré para mirar a mi padre a la cara, con sorpresa. Igual que Valentino y Romeo—. Es Stefano Rinaldi. Su hermano gemelo —terminó tras una pausa.

Me quedé estático, sin saber por qué narices se me había ocultado esa información, pero cuando iba a preguntarlo, le di a la imagen para que se moviese y ver las diferencias de las dos. Sin embargo, la que me encontré, la última, fue peor que todas las anteriores.

Era Enzo.

Enzo cubierto por un cuerpo más pequeño, lleno de sangre y rodeado por los brazos de una mujer desconsolada sobre él. Tenía los ojos cerrados y la mano sujeta a la de Adara.

Me tambaleé hacia atrás al percatarme de que en su pecho había mucha más sangre que en cualquier otra parte del cuerpo. Mi padre me arrebató el aparato de las manos, con los ojos vidriosos.

—Enzo... —musitó con la voz estrangulada y los ojos muy abiertos.

—No... —musitó Romeo, dando un paso atrás. Valentino ni se movió—. No, no, no... —musitó, llevándose las manos a la boca.

Yo lo hice en dirección al puente de mi nariz, pensando que tenía que ser una puta broma. Que Enzo no estaba muerto y que la mujer

que tenía el cabello teñido de sangre no era la mía. Sentí el escozor en mis ojos de manera inmediata, y entonces sí que reconocí esa rabia correr por mi sistema nervioso. Esa rabia dándole la mano al desquiciamiento más absoluto, porque mi padre se había quedado petrificado, con el teléfono en la mano, y yo ya avanzaba hasta el coche. Abrí la puerta del vehículo, a punto de arrancarla.

—Valentino —rugí como un león—. Llama a Dante y que dejen el acuerdo si no lo han terminado. Mándales la ubicación sobre la marcha.

Tenía casi claro que el lugar al que se los habían llevado era la mansión de Luciano, muy cerca de nosotros. Romeo se limpió las dos lágrimas que se le habían saltado cuando llegó al coche, abrió la puerta con el mismo genio que el mío y se introdujo. Carlo me contempló desde la distancia, con los ojos anegados en lágrimas y sin saber qué decir.

No hicieron falta palabras, solo apretar el rifle con más fuerza fue suficiente para saber que íbamos a una misión suicida y que, o sobrevivíamos, o terminábamos con Enzo en el más allá. «Con Enzo...». Ese pensamiento me retorció las entrañas y apunto estuve de derrumbarme, a sabiendas de que no podía permitírmelo.

Las puertas traseras se abrieron en el instante en el que el rugido del motor sonó en la entrada. Alcé mis ojos acuosos, para encontrarme con la triste mirada de Agneta en la puerta, cogida de la mano por Cornelia, quien mantenía el mismo semblante. Ni siquiera había reparado en ellas, pues el sufrimiento de mi madre y la muerte de Enzo habían acaparado toda mi atención.

Y mi dolor.

Ese puto dolor.

Porque estábamos preparados para morir, pero no habíamos visto a la muerte de cerca. No nos había tocado con su mano, y mucho menos por un descuido que no habíamos previsto.

Pisé el pedal a fondo y el coche se tambaleó de la parte trasera. Ni siquiera medí la velocidad, pero sí que escuché a Valentino hablar con Dante por teléfono. Todos permanecimos en el más absoluto silencio. Romeo continuaba mirando por la ventana, como si el mundo no fuese con él. Mi padre mantenía el móvil en la mano, sin apartar los ojos de la pantalla. Sabía que su mujer le dolía, pero la muerte de su hijo lo había machacado, pues mantenía el dedo pulgar sobre la foto, como si no quisiese creer que esa imagen fuese una realidad. Carlo y Francesco se habían unido a nosotros en otro vehículo, y mi segundo padre no aflojó la marcha, sino que continuó durante todo el camino pegado a mi culo.

—Dante... —Valentino lo llamó y tragué saliva, porque sus ojos se cruzaron con los míos por el espejo retrovisor. El aire se cortó—. Han matado a Enzo.

«Han matado a Enzo. Han matado a Enzo», se repetía en mi cabeza como un mantra.

Noté mi pecho subir y bajar muy rápido. Durante un solo segundo me pregunté si cabría la posibilidad de que esa taquicardia tan extraña fuese un jodido infarto en el momento menos propicio. Apreté las manos en el volante, permitiendo que mis nudillos se tornaran blanquecinos y pensando que, o partía el cuero, o lo hacían mis huesos. Entreabrí los labios para coger aire, y me mató girar el rostro a la derecha y ver que Romeo me contemplaba, dejando que las lágrimas se deslizasen por su rostro.

Al otro lado de la línea hubo un silencio sepulcral, que se rompió cuando Dante soltó un gruñido tan alto como el de un animal. No dejó de gritar, desquiciado y temerario, hasta que le arrebató el terminal Claudio. Un «¿De qué cojones estás hablando?» se escuchó, y Valentino suspiró con cansancio, a punto de derrumbarse. Escuché que alguien más se sorbía la nariz. Supe que se trataba del pilar más grande de nuestra familia.

Una gota salada se deslizó por mi rostro cuando Romeo abrió la boca:

—Han matado a Enzo... A Enzo —recalcó, y apretó los dientes.

Aceleré con más ahínco, adelantando como un kamikaze y conduciendo a una velocidad de vértigo, porque ni siquiera era capaz de ver las líneas de la carretera. Me sorbí la nariz, tratando de contener el llanto arrollador que presionaba cada vez más mi garganta.

Cuando entré en la urbanización lujosa en la que aquel hijo de la gran puta vivía, la adrenalina subió por mis venas como un jodido huracán. Detuve el coche en mitad de la carretera y puse el freno de mano antes de bajarme como un desquiciado. Mi padre sujetó mi antebrazo con decisión. Miré el agarre y después a él.

—No quiero ninguna baja más.

No fue una orden, fue una súplica que casi lo desmontó en mitad del asfalto. Asentí y elevé el fúsil, dispuesto a entrar en la fiesta que parecía verse desde la calle. Me giré, escuchando que mi padre tomaba el control de la situación, y yo, tal y como estaba, lo dejé:

—La prioridad es sacarlos a todos. Y cuando digo todos, vuestro hermano entra dentro de la ecuación el primero. —Se dio unos segundos y sentenció con temeridad—: No pienso dejar a mi hijo en la casa de ese cabrón.

El rugido de otro coche se oyó en mitad de la noche y me volví, esperando ver a Dante con el resto, pero la sorpresa me pudo cuando una persona salió de la parte trasera de la casa a galope. Se tiró sobre el coche que había llegado, con un teléfono móvil en la mano. Riley alzó los brazos con histeria y comenzó a dar unas voces desquiciantes. Les ordené a mis pies que se pusiesen en funcionamiento, y antes de llegar a él me detuve debido al estupor cuando la puerta del oscuro coche se abrió y Arcadiy apareció con el semblante turbio.

—Tiziano.

Riley se volvió y se lanzó a mis brazos. Estaba temblando. Jamás lo había visto así. Fue a decir una palabra, pero supuse que mi lúgubre rictus y la transparencia que mostraban mis ojos fue suficiente para que sellase los labios. No hice preguntas, pero cuando vi salir del mismo coche a Jack, Micaela y Ryan, mi corazón cabalgó más rápido de lo que ya iba, sabiendo que Riley había sido el artífice de que estuviesen allí.

—Las preguntas y respuestas, después —sentenció la amazona, y miró a mi padre con respeto.

Jack cargó el fusil y se lo echó al hombro, asintió quedo, serio e implacable. Ryan sujetó un enorme rifle y dijo contundente y en voz alta:

—Por Enzo.

Los vellos se me pusieron como escarpias cuando nos descubrí a todos imitándolo a viva voz y sin miedo. Sin miedo porque íbamos a meternos en una mansión repleta de hombres de Luciano.

Ryan no esperó a que avanzásemos hacia él, y solté la organización como de costumbre, sin dejar de caminar hacia la entrada, donde el mastodonte había barrido a disparos a los tres tipos que había de seguridad. Tipos que ya habían informado previamente que habíamos llegado.

—Equipo Micaela —ella sonrió con tristeza cuando lo dije—, a limpiar el jardín y sacar a todo el mundo de la mansión. Buscad a mi madre. —Miré a mi padre, que se colocaba en ese bando. Asentí sabiendo lo que quería decirme, y Francesco y Carlo se situaron a su lado. Los demás no se movieron, porque por mucho que fuese la mamma, Enzo era Enzo y yo sacaría a mi bambina de allí aunque me costase la vida—. El resto, vamos a por Enzo, Adara y Dom mientras llega Dante con los demás.

Me atreví a revisar de reojo a Valentino, que mantenía los dientes apretados, aunque supe que los nervios se lo comían por dentro.

Sin mirar hacia ambos lados, nos vi.

Osados, temibles, sanguinarios y villanos, a fin de cuentas.

Andando con paso firme, sin temor, sin retroceder, decisivos, determinantes. El miedo en las tinieblas y la claridad en escasas ocasiones.

Una mafia.

La jodida Nostra Famigghia, en mitad de aquella noche, sumada a un grupo criminal de lo más peligroso del mundo, como si fuese el brazo armado de Dios.

Abrí la puerta de la calle con una patada bestial y elevé el arma al cielo, presionando el gatillo para proferir una ráfaga de disparos. Los gritos se sucedieron sin pena ni gloria, y cuando la música se cortó, voceé:

—¡¡Se acabó la puta fiesta!! ¡Luciaaanooo! —grité como un orangután.

Sin embargo, al aludido no lo encontré, ni a su fotocopia. Me moví por el jardín con galantería y gesto hosco, hasta que alguien salió corriendo del interior de la casa y se detuvo al lado de Romeo, con las manos llenas de sangre. Retrocedí sobre mis pasos para identificar a la mujer ataviada con un vestido rojo muy elegante.

—Una Lombardi... —dijo Romeo con tonito, plantado delante de la entrada de la mansión.

La hija de Fabio Lombardi, una de las organizaciones criminales más grandes de Italia y, por ende, una de las familias más poderosas del país, se quedó delante de mi hermano y alzó el mentón con altanería. Advertí el brillo en sus miradas de inmediato.

—Un Sabello... —repitió en el mismo tono, y Romeo sonrió ladino, aunque sus labios no se curvaron como de costumbre. Él se percató de la sangre en sus manos más tarde y le preguntó, cambiando el gesto de chulería por uno preocupado:

—¿De quién es esa sangre?

La gente continuaba corriendo de un lado a otro, intentando escapar de la mansión, mientras aquellos dos se contemplaban con una chispa que no supe definir. Los ojos de Mia eran iguales a los de una gata, y su tez morena no hacía más que acentuar esa belleza salvaje tan poco vista.

—Piccolo, todavía podemos salvar a tu hermano —musitó.

Romeo dio un paso atrás al escucharla, y yo me sorprendí por partida doble. Que una persona que no conocía al piccolo lo llamase piccolo era una señal del destino. En eso ya sabéis que yo creía mucho, y el estupor en el rostro de Romeo no pasó desapercibido para nadie. Di largas zancadas cuando alguien en el interior de la mansión llamó mi atención, instante en el que el resto de mis hermanos se colocaron como barrera, pues los hombres de Luciano empezaban a

desplegarse, dejando claro que nuestras balas no serían las únicas que silbarían esa noche. Valentino se pegó a mi espalda, ojeando el interior antes de que entrase yo. Lo miré con hastío y negó con la cabeza, dándome a entender, de nuevo, que el capu nunca entraba el primero.

Dom tenía cogido de las axilas a Enzo mientras Adara y... Beatrice lo sostenían de las piernas. A Valentino le cambió la cara. No solo por Beatrice, sino por las condiciones en las que apareció Enzo. Mi bambina iba hecha un desastre, pero se me cayó el alma a los pies cuando centré mi mirada en mi hermano. Ni siquiera tenía color en el rostro.

Me quedé petrificado, delante de ellos. Adara se giró en mi dirección y el llanto desgarrado que salió de su garganta terminó por aplastarme. No podía hablar, y advertí que se negaba a soltar a mi hermano, aunque fuese para tirarse a mis brazos y permitirme que la consolase lo más mínimo, porque yo estaba destrozado.

El embotamiento me duró muy poco y me apresuré a llegar a su altura. Busqué a Dom, hecho un completo desastre también, y me percaté de que cojeaba. Un revuelo se oyó a mi espalda, seguido de un desgarrado «¡Luciano!». No me hizo falta girarme para ver que quien encabezaba ese grupo era Dante, y venía muy muy cabreado. El disparo de un misil se escuchó en el jardín y reventó parte de un lateral de la parte trasera, por lo que supe que mi gemelo había hecho acto de presencia con su apreciado juguete.

No tardamos más de diez segundos en estar todos en el vestíbulo de los Rinaldi, atrincherados y sin salida. Alessandro fue el último en entrar y cerró las dobles puertas, aun sabiendo que de esa forma nos quedábamos sin ventaja si los hombres del cobarde de Luciano nos rodeaban. Sin embargo, el problema no fue Luciano, en un principio, sino Stefano, que era mucho peor que él.

El aire podía cortarse con un cuchillo. Fue un brevísimo periodo de tiempo en el que oí algún lamento y también sentí en el ambiente la tristeza. Romeo se acercó por detrás a Adara, abrazándola como yo no lo había hecho todavía. Dante maldijo muchas veces, con los ojos desbordados, y el resto... El resto simplemente no podíamos creernos que fuésemos a ser siete en vez de ocho.

—¿Qué te han hecho?...

El rugido de Claudio iba dirigido a Dom, quien, orgulloso, alzó el mentón y le respondió con hosquedad:

—Nada que no se merezca un traidor. —Atisbé los ojos cristalinos de Claudio, a mi derecha, siendo consciente de que esa mirada no era solo por Enzo. Dom me enfocó—. Tenemos una solución que no va a

gustarte.

Alessandro se llevó desesperado las manos al rostro y se lo frotó. La puerta de la calle se abrió, y todos nos colocamos sincronizados como escudo delante de Enzo, como si eso fuese a proteger su cuerpo de recibir un simple impacto más.

No me había quedado por nada enfrente, sin acercarme a Adara. Estaba evaluando los daños, las heridas, los cortes, los disparos. Porque todos esos iba a llevárselos Luciano por duplicado. «Un problema multiplicado por dos es lo que tienes tú», me dijo mi demonio inoportuno.

Mia Lombardi apareció y colocó las manos en alto, de cara a nosotros. Se encontraba apuntada por demasiadas personas. Su rostro mostró una calma que no entendí en ese instante. Ya no era tanto la calma, sino el ofrecimiento desinteresado que parecía tener.

—Están llegando hombres de los Rinaldi. —Miró a Dom por encima de mi hombro, con desconfianza.

—Está conmigo —sentencié, y ella asintió conforme.

—He avisado a todos los que tenemos disponibles —anunció Piero, confirmándome que llegaban los refuerzos y, con ello, las muertes.

Asentí de nuevo y entrecerré los ojos en dirección a Mia, dándole a entender que no me fiaba de ella ni un pelo. La mujer alzó una ceja, la misma que bajó en cuanto descrucé mis manos. Se prensó la lengua y buscó al zalamero que tenía cogida a mi bambina.

—Os ofrezco la ayuda de los Lombardi. —Me miró—. Si la queréis. —Intensifiqué el gesto de mi mirada con más ahínco, buscando su verdadera intención—. Tu mujer ya lo sabe.

Estiré las comisuras de mis labios muy poco, siendo consciente de que todo tenía un precio y nada se hacía gratis. El lamento de Adara, seguido de la sorpresa, me sacó del análisis al que estaba sometiendo a la mulata. Se encontraba casi encima de Enzo, con los dos dedos en el cuello y mirando a Beatrice. La poli asintió con los ojos anegados, y no entendí el motivo cuando ni siquiera nos conocía como para empatizar con una persona que era todo lo contrario a sus normas.

Normas por las que siempre nos habíamos regido.

Normas o reglas que estaban para romperlas. Y me di cuenta en ese preciso instante, en el que Adara asintió y Beatrice me enfocó. Mi bambina también lo hizo y la miré sin saber qué quería decirme.

—Tiene el pulso muy débil —me informó Adara—. Pero tiene —sentenció con aplomo, fijándose mucho en mí.

La bomba cayó apotegma de la boca de Beatrice:

—Dispongo de un helicóptero de la brigada. Está sobrevolando ya encima de nosotros —me informó, y el ambiente se tensó más que una

vara. Beatrice me miró con temor—. Podemos intentarlo —musitó, siendo consciente de lo enrarecido que se había vuelto el aire.

Valentino fue el primero en dar un paso adelante. Desvió los ojos de Enzo a ella, aniquilándola. Mi hermano habló con mucha rudeza en la voz:

—¿Y desde cuándo tomas tú decisiones por los demás?

—Desde que yo se lo he pedido —resolvió mi bambina contundente, y me buscó. Mis hermanos se volvieron de cara a mí—. Y como soy tu mujer y tengo poder de decisión... —la voz le flaqueó, con lo bien que iba; sonreí, aunque no correspondiese—, decido salvar a Enzo, aunque tenga que ayudarnos la policía.

Beatrice continuó mirándome, esperando mi aprobación. No entendí por qué, pero barrí con la mirada rápidamente la sala y los ojos de todos me decían lo mismo. Si había una posibilidad entre un millón de salvar a nuestro hermano, ¿a qué coño estábamos esperando? Miré a Enzo. Joder, que se moría de verdad. Que lo perdía de verdad.

Cabeceé, claudicando. Muy breve. Muy conciso. Y, por qué no decirlo, dolido por romper, por primera vez en mi vida, una regla fundamental que podría destituirme de todos los cargos habidos y por haber como capu. Porque eso era fallar a la Nostra Famigghia, aunque se tratase de la vida de uno de sus componentes.

—Beatrice Costa —dijo con un teléfono que se colgó en la oreja—. Numero de identificador 363. Limpiamos la zona para que puedan proceder al aterrizaje.

Nadie habló. De hecho, creo que nadie respiraba. Valentino dio otro paso más, rozando la pierna de Enzo y quedándose muy cerca de la mujer, que lo observaba sin miedo alguno.

—Si mi hermano se muere —hizo un silencio muy corto—, te mato a ti. A tu familia, a tu perro, a tus amigos y hasta a tus muertos. —El rostro de mi hermano se enturbió en exceso—. ¿Te queda claro?

Pero la morena no se amedrentó. Alzó el mentón con altanería y le dijo con firmeza:

—Dios sabrá qué ocurrirá.

Valentino se juntó más a ella y casi rozó su nariz.

—Ni Dios podrá salvarte de mí.

Adara me miró, apremiándome a que hiciese algo. Mis ojos volvieron a Enzo con una súplica clara. Tenía que ponerse bien. Debía ponerse bien.

—Andiamo! —Di dos palmadas en el aire—. Que todo el mundo se prepare para que lo acribillen cuando abramos la puerta —dije en tono cantarín, colocándome delante de Adara. La miré de perfil y me

acerqué a ella para apoyar mi frente en la suya—. Te amo, bambina.

Sus ojos brillaron y se permitieron el lujo de soltar unas lágrimas. Sin temblar, metió la mano en la cinturilla de mi pantalón y sacó su pistola, la misma que Carlo me había dado antes de entrar en la mansión. La cargó delante de mis narices y musitó:

—Yo también te amo. —Cerró los ojos—. Por favor, no me dejes.

Sonreí al saber que estaba pidiéndome que no me alejase de ella. Miré a Enzo, sostenido ya por Claudio y Dom, mientras Beatrice se aproximaba como cualquiera de los tíos que estábamos allí a por una mesa que pondríamos de escudo y desde donde cubriríamos a Enzo antes de abrir.

Las balas comenzaron a aporrear ventanas, puertas y paredes. El tiempo se nos echaba encima, y tenía muy pendiente encontrar a Luciano.

Miré a mi hermano antes de elevar las armas y dar el pistoletazo de salida. Me acerqué, apoyé la frente en él y cerré los ojos con mucha fuerza.

—No te me mueras, cabrón.

34

Amor de hermanos

—¡Nos van a coser a balas! —gritó Romeo.

Un minuto llevábamos intentando detener el fuego del exterior para salir. Las hélices resonaron por todo el jardín, y eso significaba que el helicóptero se acercaba y necesitábamos despejar la zona. Busqué a Dante y se acercó a mí. Me había metido entre una columna, con mi mujer pegada a la espalda.

—Voy a reventar esa parte de la casa —señaló el salón—, así que cubríos.

Se volvió con la misma agilidad para indicárselo a los que estaban más cerca de la zona. No se lo permití y lo sujeté con rudeza del antebrazo. Me traspasó con sus ojos, iguales a los míos, esperando que dijese algo. Sabía que no era necesario porque nosotros sí que nos entendíamos sin ni siquiera mirarnos. Serían cosas de gemelos. Por eso de haber compartido la misma bolsa.

—Ni se te ocurra morirte sin que tú y yo hablemos —le dije con rudeza. La mirada de los dos se desvió a Enzo, sin darnos cuenta. Como si estuviésemos conectados para ejecutar el mismo movimiento.

Sonrió con esa chulería innata, justo cuando una bala silbó a su espalda. No lo alcanzó porque Adara estuvo rápida y tiró de él, de manera que Dante quedó entre mi bambina y yo. El chulo, porque era más chulo que un ocho, desvió su atención a la mujer que cerraba los ojos momentáneamente y soltaba un suspiro por haber tenido reflejos.

—Si es que tenía que haberme casado contigo, y lo sabes. —Adara chasqueó la lengua con gracia y Dante sonrió ladino. Me devolvió la atención y colocó su mano en mi hombro con cariño—. No puedo morirme porque entonces eres capaz de aparecer en el infierno a por mí.

Visto y no visto. Dante me guiñó un ojo y desapareció de allí a toda prisa, moviendo a Romeo y a Mia, que se encontraban muy juntos por casualidad. Adara y yo nos miramos instantáneamente, aguantando una sonrisa y sabiendo lo que significaba. Porque cuando los dos descubrieron que estaban tan cerca gruñeron a la vez.

Besé los labios de mi bambina de manera casta y la miré con firmeza:

—Ni se te ocurra separarte de mí. Que te pones en plan kamikaze y no hay quien te aguante. Te llevas el lambo, a mi friki, me llamas a toda tu familia y me salvas a un hermano colándote en la casa del enemigo como una loca. —Negué con la cabeza; ella sonrió, tomándose mi tono irónico como de costumbre—. Y encima pierdes a tu suegra.

Elevó la pistola y sujetó la navaja con fiereza en la mano que tenía libre. La vi temblar lo suficiente para saber que mi Adara se encontraba allí; escondida, porque tenía que hacerse la fuerte, pero allí. Sus ojos estaban completamente hundidos y rojos, al igual que su nariz. Imaginé que todo eso era debido al sufrimiento en general, pero a Enzo sobre todo.

A su Enzo.

De repente, un bocinazo aterrador se escuchó en el ala izquierda, justo donde había otra ventana que casi habían derruido a disparos. Alguien entró por ella de un salto, con dos pistolas en la mano y un estentóreo de guerra. Amusgué los ojos en su dirección, apunté con mi pistola y provoqué que las pulseras de oro tintineasen más de la cuenta. Adara colocó una mano en mi antebrazo.

—Es Angelo.

Alcé ambas cejas cuando el nombrado añadió, elevando las manos al techo:

—¡Ya estoy aquí! Me ha costado lo mío entrar y...

Y una ráfaga de disparos ocasionaron que se moviese hacia delante, cayera en el suelo y reptara como una serpiente hasta llegar a nosotros. Chasqueé la lengua con pesadez.

—Si es que es el tonto del pueblo. Dios mío, dame paciencia —musité, y escuché la risa de Adara.

El ¡boom! fragoroso de la bazuca retumbó e incluso pensé que la mansión se nos caería a trozos. De hecho, varios cascotes del techo impactaron en el suelo y creí que nos abrirían la cabeza. Los acontecimientos comenzaron a suceder de forma rápida en cuanto Beatrice se colocó en plan de ataque sobre la mesa que cubría a Enzo. Claudio y Dom dispararon sin miramientos a los hombres de Luciano y Stefano con el rifle que Piero le había ofrecido antes de pensar en el

plan maestro de cómo salir de nuestro escondite.

—¡Dom está herido! —voceó Adara para que la escuchase.

No había reparado en que llevaba mucha sangre en el cuerpo. No había reparado en revisar si alguna era suya. La palpé por encima como un histérico, sin contestarle, hasta que colocó las manos en mis brazos y negó con la cabeza. Me detuve cuando alguien más se unió a la fiesta, sin esperarlo. Moví la cabeza y me lo encontré de frente:

—¡Tú has dado el visto bueno para que entrase! Voy a omitir la palabra «ayudar» para que no te sientas mal. —Sonrió y habló muy alto, porque era imposible escucharlo con el helicóptero detrás.

Rugí y avancé en dirección a Aarón, que se encontraba protegido por Noa y un equipo de efectivos de su brigada, despejando el camino para que pudiésemos trasladar a Enzo hasta el helicóptero. Ayudé a Claudio a levantarlo, viendo que cada vez su cuerpo se encontraba más frío y ni siquiera abría los ojos. Adara se lanzó a los brazos de Aarón y ambos se fundieron en un abrazo cariñoso.

—Vamos a conseguirlo —le dijo Aarón cuando llegamos a su lado. Beatrice apareció al lado de su jefe y asintió en señal de agradecimiento. Aarón se volvió de cara a mí, a los pies del transporte —. Te mandaré la ubicación del hospital en el que estaremos. El resto tienes que solucionarlo tú.

Alzó el dedo en dirección al otro extremo del jardín de la mansión, donde pude ver a Jack peleándose a golpes con dos tipos. Sin tiempo que perder, coloqué la mano en el hombro de Aarón y lo apreté.

—Gracias.

Cabeceó en señal afirmativa, y escuché de fondo que Beatrice hablaba con Adara y le decía que se quedaría con Enzo hasta que el resto llegase. Tras eso, contempló a Dom y le pidió que se marchase con ellos, pues el tío estaba perdiendo más sangre de lo normal, y la palidez de su rostro y el leve traspié que dio lo evidenciaban. Fue la mano de Claudio la que impidió que cayese desplomado. Los dos se miraron fugazmente, sin decirse nada.

Ayudado por Adara y Aarón, consiguió subir al helicóptero. Miré a Claudio de reojo, quien no apartaba la vista mientras Dom comenzaba a subir en cuanto la brigada se montó en él. No añadió nada, sin embargo, su mirada arrepentida lo especificaba todo. Algunos de mis hermanos habían cambiado de bando y se encontraban en plena batalla campal, donde Luciano estaba dándose de hostias con mi padre.

Claudio y Romeo salieron a la par que Adara y yo. Cogí la mano de mi bambina y la coloqué detrás de mi espalda, sin dejar de correr y pendiente de que no se quedase atrás. Hubo un momento en el que los

hombres de Stefano nos acorralaron, y saqué toda la artillería de cuchillos de combate que llevaba en el cuerpo, segando y arrancando vidas por donde pisaba.

—¡¡Ve!! —me gritó Adara, dándose cuenta de lo mismo que yo: Luciano tenía a mi padre arrinconado.

Romeo cabeceó en la misma dirección, instante en el que un tropel de personas apareció, con Mia Lombardi a la cabeza abriendo el pasillo que necesitaba para llegar hasta el ser más asqueroso que me había encontrado en la vida. La incertidumbre de no saber si Adara estaría bien no me dejó pensar, hasta que la voz de Valentino rugió como la de un león cuando casi me dispararon en la pierna:

—¡Concéntrate! ¡Sabe cuidarse sola!

Me volví un único segundo para comprobar que se defendía. Pero no estaba sola, pues Piero se había sumado a Romeo y los Sabello, y de manera inconsciente habían creado casi un círculo alrededor de ella.

Valentino gruñó por el sobresfuerzo cuando cogió a uno de los tipos de Stefano del cuello y lo apretó con tanta saña que pensé que le incrustaría los dedos en la piel. Al fondo, una persona llamó mi atención. Mi madre se encontraba de rodillas, al lado de un coche del que no nos habíamos percatado, y Stefano me contemplaba maquiavélico y con una gruesa cadena en su mano. Cadena que estaba atada al cuello de mi madre. Poco a poco, los Rinaldi iban quedándose sin recursos, pues el equipo de Micaela, como ya lo había bautizado, estaba barriendo el jardín y había más muertos que vivos.

Elevé una mano con una sonrisa endiablada y Stefano cambió el gesto cuando cuatro tíos apuntaron con sus armas hacia su cabezón. Palideció al instante, viendo cómo Alessandro, Dante, Claudio y Valentino encabezaban una orquesta de la que no saldría vivo.

«Demasiados frentes abiertos para controlarlos todos», pensé.

Disparé a bocajarro a un hombre que se abalanzaba sobre mí, sin darle tiempo siquiera a tocarme. Moví la pistola con socarronería en el aire y la giré con mi dedo índice. Mis ojos no se apartaron de Stefano, pues el cabrón tenía cara de ser más miserable que su hermano, quien continuaba recibiendo la somanta de hostias de su vida.

Los disparos cesaron y todos los equipos —los griegos, los Lombardi y los Sabello— detuvimos nuestros cañones a la espera de una rendición por parte de los Rinaldi. Stefano sujetó con más ahínco la cadena que sostenía el cuello de mi madre y ella se quejó por el dolor.

—Lo tengo a tiro —añadió Jack, a una distancia prudencial.

Entrecerré los ojos porque se sabía acorralado. Arcadiy elevó el mentón en señal de que el otro flanco lo cubría él y podrían matarlo

sin problema. Mi padre se separó de su enemigo, y sin que nos diese tiempo a reaccionar, clavó uno de sus cuchillos en el estómago de Luciano, que comenzó a escupir sangre, de rodillas en su propio recinto.

—Esto es por mi hijo, cabrón de mierda —siseó, pegado a su única oreja.

Chasqueé la lengua y me acerqué a mi padre, que continuaba sujetando con brío el cuello de aquel condenado. Le pedí permiso con la mano y me lo cedió. El patriarca de mi familia avanzó temerario, pistola en mano, dispuesto a recuperar lo que era suyo.

—Devuélveme a mi mujer, Stefano —le ordenó con voz tajante.

—¡No! —gritó Luciano, ganándose una patada en la espalda, cortesía de Tiziano Sabello.

—Te han zurrado bien, ¿eh? —me mofé, viendo la cantidad de golpes que el bestia del excapu le había dado.

—No tengo ningún interés en tu mujer, pero primero tendrás que devolverme a mi hermano —dictaminó, poniéndola de pie y colocándole la pistola en la garganta. Me temí lo peor.

Mi padre detuvo el paso al ver ese gesto, y todos fuimos conscientes del poco miedo que Antonella Sabello mostró en sus ojos, teniendo en cuenta que la posibilidad de que le volaran la cabeza era la más viable. Contuve el aliento, porque no podía permitirme perderlos a los dos. Eso no era negociable.

—Stefano, o sueltas a mi madre, o estás muerto —aseveré con tono duro.

—Yo moriré, pero tú hoy habrás perdido a dos personas. —Rio—. A tu hermanito y a tu mamá. ¿Qué te parece, Tiziano? No está mal para terminar el día.

Tiró más de su cadena, y lo siguiente ni siquiera lo vi venir. No supe en qué momento se me había descontrolado de aquella manera, pero atisbé que una pequeña manecita envolvía una pistola del mismo tamaño y la plantaba en la cabeza de Stefano, sin temblar. Todos nos quedamos estáticos, y busqué a Romeo y Piero, quienes miraron a la vez a su espalda, encontrándose con que Adara no estaba allí. ¡Claro que no estaba allí!

Apreté los dientes con ganas de asesinarlos, y me vi en la obligación de dar varias zancadas y muy largas, porque la situación se tornaba fea. Muy fea. Me detuve al escuchar el rugido de mi bambina:

—Suelta a Antonella ahora mismo o te vuelo la cabeza. —Stefano rio y Adara presionó el arma—. ¡Vamos! —rechinó entre dientes.

Stefano abrió la mano con mucha lentitud y mi madre quedó libre. La reacción de Micaela fue espontánea, y antes de lo esperado estaba

detrás de ella y de todos los Lombardi, con Mia a la cabeza de nuevo.

—Os vais a buscar la ruina —siseó como una serpiente Stefano, mirando a Mia. La aludida sonrió y le sacó el dedo corazón a modo de respuesta.

Luciano continuaba soltando sangre por la boca, mirando a su hermano. Supuse que su pensamiento era que iba a salvarlo, como el de todos. Pero Stefano se había quedado sin recursos, y yo ya caminaba como un demente hacia él. Al percatarse de mis intenciones, Stefano se volvió con mucha rapidez, y el giro que se produjo en los acontecimientos a partir de ese momento me removió el estómago.

—¡¡Stefano!! ¡¡Steeefanooo!! —se desgañitó Luciano.

Adara disparó sin pensarlo, o tal vez guiada por el miedo. Esa bala retumbó en el cielo, dándole los segundos necesarios a Stefano para empujarla, tirarla al suelo y montarse en el coche. Llegué hasta ella y la sujeté al momento, levantándola y envolviéndola en mis brazos cuando una ráfaga de balas se dirigía hacia el coche blindado que se marchaba de allí sin mirar atrás.

—¿Estás bien? —le pregunté muy histérico, y ella asintió. La separé de mi pecho y vi sus ojos llenos de terror. Suspiré, porque seguía siendo mi Adara. La apreté de nuevo contra mí—. Dios, eres una puñetera loca.

Me abrazó con fuerza. Sin despegarme, supe que casi todos los que se encontraban allí se dispersaban, porque lo único que se escuchó vino de la boca de Mia, dirigiéndose a Romeo:

—Creo que ya no hacemos falta aquí. Nos veremos, piccolo.

Miré hacia uno de los laterales, y Arcadiy me indicó con un movimiento de cabeza que estarían fuera. Asentí, separándome de mi bambina para limpiar el resto de las gotas saladas que surcaban sus mejillas.

—Se acabó. —La besé—. Se acabó... —murmuré ido.

Ella me soltó, entendiendo qué sucedería a continuación.

Muy melodramático y en mi línea, me di la vuelta con una sonrisa que esa vez sí iluminó mi rostro pese a la oscuridad de la noche. Mi padre ya se encontraba con mi madre, al lado del resto de mis hermanos. No quise reparar demasiado en ella, o acabaría perdiendo la cabeza del todo. Entreabrí los labios y miré a Piero, que estaba más cerca.

Se acercó, deteniéndose cuando Luciano dijo:

—¡No sabéis lo que estáis haciendo! ¡El condenado que acaba de marcharse es quien ha fustigado a tu madre! ¡¡¿Me oyes?!! —gritó, pero Piero le clavó su puñal hasta el fondo del hombro, para después sacarlo con saña y desgarrarlo.

Más sangre.

Más lamentos.

Más expectación.

Valentino fue el siguiente, aunque este no necesitó de armas para estamparle la cara contra la rodilla, dos veces seguidas. Si el papà se la había dejado hecha un cromo, Valentino le había roto cuatro huesos, como mínimo.

—¡¿Qué hacéis, condenados?! ¿Matarme a golpes?... ¡Bastardos!

Nadie le respondió con palabras.

Sin una orden dada, Alessandro fue el siguiente que se aproximó. Se acuclilló delante de él y dijo:

—Esto es por mi hermano.

Con la pistola en la mano disparó dos veces a su entrepierna, volándole las pelotas y a saber qué más. Claudio pasó por su lado, con el cuchillo previo que mi padre había portado, y lo elevó. La risa desquiciada de Luciano no pasó inadvertida para nadie:

—¿Qué vas a hacer cuando la madre de Nicole regrese a por su hija? —El aire se cortó al descubrir ese detalle. Hubo algunas miradas de confusión porque era un tema que no habíamos hablado. Los calmé a todos con la mirada, dándoles a entender que ya hablaríamos de eso más tarde—. ¿Vas a proteger a tu querido Domenico?

Claudio se acercó al rostro del que había sido su suegro y escupió:

—Dom sabrá defenderse porque quiere a su hija de verdad.

Sin esperas, introdujo el cuchillo en su abdomen y le provocó a Luciano otra oleada de sangre que se derramó por su boca. Romeo pasó por caja, y arremetió contra él con tanta fuerza que me dio hasta lástima ver cómo se tambaleaba hacia atrás, quedándose despatarrado en el césped. Parecía una puta locomotora, y me asusté de verlo así, aunque entendí que la rabia insana que llevaba dentro era por partida doble, casi triple. Porque a Dom, quisiéramos o no, ya lo habíamos hecho uno más de la familia.

Dante me contempló desde la distancia, pero antes de adelantarme, observé a mi bambina de fondo, entre mis padres, sosteniéndolos a los dos, supuse que para que no se desplomasen, o tal vez era un encubrimiento para no mostrarme que ella era la que se desplomaría. Una mirada bastó para indicarme que terminase rápido y que no tenía nada más que objetar.

—Debe... Debería darte... vergüenza...

—¿A mí? —le pregunté con mucho tonito, y me señalé.

—A... los... dos... —Nos miró—. ¡Soy... soy...!

—Un mierda. Lo sabemos —terminó Dante por él, y se agachó para colocarlo de rodillas—. Amor de hermanos, ¿eh? —le preguntó

socarrón, refiriéndose a la huida de Stefano.

Reí roncamente y abrí la navajita que siempre llevaba conmigo. Era la mejor. Era sagrada. Dante le dio dos palmaditas en la cara para que espabilase, porque había cerrado los ojos de manera momentánea.

—No te duermas —le pedí—. Todavía no hemos terminado y no quiero que te pierdas lo mejor.

Me coloqué en la misma posición que Dante, contemplándolo fijamente. Como si los dos estuviésemos conectados, mi gemelo le preguntó:

—¿Nos ves bien?

Asintió y sentí una presencia a mi espalda.

Era nuestra madre.

—¿Ves bien esto? —Le señalé la navaja, que seguidamente coloqué en su cuello, con el filo de la hoja mirando hacia arriba.

Él no desvió los ojos de mi madre, y de ellos comenzaron a salirle unas gruesas lágrimas.

—Siempre te quise... —murmuró abatido.

Prensé los labios y miré a Dante. Los dos cabeceamos sabiendo que iban a jodernos el momento de gloria. Un «Lo sé» muy bajito por parte de mi gemelo me bastó para saber que pensábamos lo mismo.

—Cuando quieres a alguien, no le haces las perrerías que tú me hiciste pasar.

—No... me diste... elección.

La sarcástica risa de mi madre fue de órdago. Estaba cargada de resentimiento, de dolor, de tristeza, pero sobre todo de sufrimiento. De recuerdos que la habían marcado y de personas a las que había perdido por culpa de un triángulo amoroso en el que el corazón mandó.

—No, Luciano. No te escogí, que no es lo mismo. —Hizo una pausa y elevó el cañón de su pistola—. Y nunca te elegiré.

Con un movimiento de cabeza, nos indicó que nos apartásemos, y a la mamma era mejor no llevarle la contraria. Luciano sonrió nervioso, con las pocas fuerzas que le quedaban.

—No vas... a matarme... Soy... Soy...

Nos hicimos a un lado cuando de sus labios brotó:

—Eres un miserable. Esto es por Enzo y por Lionetta.

Apretó mucho los dientes al pronunciar el nombre de mi hermana y disparó dos veces en su pecho, ocasionando que cayese desplomado hacia atrás. La matriarca de la familia se dio media vuelta, sin ver los estupefactos ojos de Luciano, quien, desangrándose, no dejaba de mirarla como si no se creyese que hubiese sido capaz de dispararle. Después me enteré que esos disparos habían ido al mismo sitio donde

los tenía Enzo.

—Que no tenga posibilidades de sobrevivir.

Con determinación, se alejó de nosotros hacia mi padre y mi bambina, que se mantenían cogidos el uno al otro. Miré a Dante con una sonrisa maquiavélica, viendo cómo se desangraba el cabrón que tantos problemas nos había dado. Mis ojos se cruzaron un segundo con los de Carlo, que se encontraba en la entrada de la mansión con Francesco, pero podían vernos y escucharnos perfectamente. Sonrió de esa forma en la que solo él y yo nos entendíamos.

Colocamos a Luciano de rodillas de nuevo, miré a Dante y avanzamos a la vez con la empuñadura de la navaja bien sujeta y la misma posición de antes. El sonido de la carne abriéndose paso por la afilada hoja y el agónico ruido de una persona cuando agoniza fueron los últimos acompañantes de esa noche.

35

Un te quiero infinito

Llegamos al hospital que nos había indicado Beatrice en un breve mensaje tras haber dejado la mansión de los Rinaldi hecha una escabechina. Al día siguiente sería noticia en todos los telediarios, sin duda. Bastaría con decir que había sido un ajuste de cuentas que había causado muchas muertes y el asunto se cerraría para siempre. Demasiado tenían con haberse encontrado a Vittorio hecho cachitos en su casa.

Micaela y compañía nos seguían, al igual que todos los Sabello, que entramos a tropel en la planta que nos había indicado la espía. Estaba a reventar de policía, y el primer impulso fue dar un paso atrás cuando abrimos las puertas. Mi padre gruñó por lo bajo; de hecho, lo escuché bufar en más de una ocasión mientras caminábamos hacia la planta.

Los enfermeros, médicos y demás trabajadores nos habían mirado como si viniésemos de la guerra, que más o menos había sido así. La única suerte que habíamos tenido, por llamarlo de alguna manera, era que Aarón nos había colado por la planta baja del edificio y nos habían visto a lo sumo diez personas que, con seguridad, estarían sentenciadas a guardar silencio.

—Papà... —comencé.

Pero me interrumpió:

—Una urticaria me sale. —Me miró, pidiéndome disculpas por haberme cortado—. ¿Decías?

El resto accedió al pasillo, incluida mi madre, que iba sujeta a Adara y a quien se la veía verdaderamente dolorida. Mi bambina comenzó a poner orden en la sala a una velocidad pasmosa. Aarón la observó desde la entrada de la puerta que daba al quirófano donde

estaban operando a Enzo y sonrió.

—Quería decirte que siento esto. —Señalé el pasillo, repleto de uniformes. Mi padre se giró muy despacio para mirarme. Le aguanté el pulso, porque lo sentía de verdad—. Si debo dejar el mand...

—La famigghia es lo primero, bambino. Cada uno actuamos y pensamos en el momento oportuno, de la manera oportuna.

—Pero...

—Tu hermano es más importante que tus normas, porque son tuyas. Porque tú las has sellado. —No desvió su atención de mí—. Y tú eres el único que puede romperlas cuando quiera.

Tras un breve carraspeo y mala cara en dirección a los policías, avanzó con paso firme y temerario al interior del pasillo, sin mirar a los lados y sin dirigirle la palabra a ninguno del bando bueno.

Medité lo que acababa de decirme y sonreí, dándome cuenta de que aquel zorro viejo sabía cómo llevarnos cuando y donde quería. Siempre había sido nuestra ley, y nunca se había cumplido del todo, tal vez. Sin embargo, eso jamás lo sabríamos, pero sí me había quedado claro que el capu hacía y deshacía lo que le daba la gana.

Estiré las comisuras de mis labios y me aventuré en el pasillo. Romeo se acercó a mi lado y musitó:

—Están operándolo —me informó, y asentí, aunque el nudo en el estómago permanecía intacto.

«No te mueras», le rogué, y ojalá ese pensamiento llegase a través de las puertas blanquecinas que separaban la incertidumbre de la realidad. Continué con largas zancadas, sin detenerme y con el mentón muy alto, porque allí había unos cuantos que me miraban raro. Aarón se rio en la distancia; el muy cabrón no disimuló el aprecio que me tenía cuando palmeó mi espalda.

—Tenéis una sala con varios médicos y enfermeros para que os revisen en el caso de que lo necesitéis.

Alcé una ceja.

—¿A qué viene tanta cortesía? —Mi padre sonrió—. No pienso hacer trabajos sucios para ti, que lo sepas —lo advertí.

Elevó las dos manos y negó con la cabeza, dándome otro golpecito y retrocediendo sobre sus pasos para regresar hasta donde se encontraban Micaela y Jack, que estaban siendo acompañados por Ryan, Riley y Arcadiy hasta una sala.

—Necesita tener a sus chicos y chica intactos —mencioné sin darle importancia.

—Y yo a los míos también —sentenció Adara de fondo—. Por favor, traigan una silla de ruedas para ella —solicitó, refiriéndose a mi madre—. Está muy débil. Y háganle una radiografía a este hombre. —

Impulsó a mi padre, sin mirarlo, con un leve toque en su brazo. El patriarca se dejó. A mí me tenía alucinando—. Tenía el brazo derecho roto y ha perdido la escayola.

Lo comunicó tan normal, como si ella misma se creyese que la había perdido. El comentario no tardó en llegar por parte de Romeo, y los demás rieron a carcajada limpia. Yo lo tenía en la punta de la lengua, y menos mal que me lo callé y lo dijo él:

—Porque no has visto cómo se la ha partido, en plan todopoderoso.

Me apoyé en el mostrador, sabiendo que tenía a una de las enfermeras obnubilada con mis encantos y mi sonrisa. Me giré y le guiñé un ojo, viendo que Adara daba un paso, cruzaba sus brazos y se colocaba delante de Romeo.

—A este inyéctenle un calmante, que viene muy nervioso.

—¡Eh, eh! —se quejó Romeo al ver que dos enfermeras se dirigían a él—. Bueno, me dejo.

Ambas se sonrojaron, lo que ocasionó que mi bambina le diese un merecido coscorrón. Me sorprendió sobremanera cuando se volvió hacia ellas y les dijo:

—La tiene pequeña.

Ahora, el que casi explotó como una palomita fue Romeo. Arrugó tanto el entrecejo que a punto estuvo de perder los dos ojos en el proceso. Dante soltó una carcajada épica que todos siguieron, incluido el gruñón de Valentino, pero a este se le cortó en cuanto Beatrice pasó por su lado y se miraron de soslayo. Frunció el ceño, como si no supiese despegar los labios, y sonreí. Tenía a la enfermera del mostrador embobada.

—Es mi mujer —la informé, dando dos toquecitos en la madera—. Menudo genio se gasta.

Se deslizó por el pasillo hasta llegar a mi altura y la rodeé con mis brazos. Suspiré y ella amusgó los ojos, cabeceando en dirección a la enfermera.

—¿Ligando?

—¡Dios me libre! —teatralicé.

Buscó mis labios y los besé con devoción, sintiendo que mi organismo se relajaba y se encontraba en casa, aunque no lo estuviese. Se separó de mí y guio sus ojos hacia las puertas, esperando una noticia que tardaba demasiado en llegar. Adara tomó una gran bocanada, sin desviar su atención.

—Ha tenido tres paradas respiratorias. —Los ojos se le inundaron de lágrimas—. No te imaginas lo que ha sido para mí... —musitó, olvidándose de que estaba hablando con su hermano.

La entendí. Abracé su cuerpo con cariño, y aunque intenté bromear

para restarle importancia al momento, no pude evitar pensar en el fondo de mi alma que la muerte de Enzo sería lo peor que podría pasarnos.

—Bicho malo nunca muere, y ese es un cabrón nato.

El rostro desencajado de mi hermano Claudio nos alarmó a los dos, que nos separamos de inmediato y corrimos en su busca, a mitad del pasillo. Adara fue la primera en llegar a él. Lo sujetó de las manos y lo miró a los ojos. Enseguida apreció que a mi bambina se le hundían los hombros, y temí.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté exaltado.

Al resto se los habían llevado a la sala donde habían introducido a mis padres para revisarlos y curarlos. Claudio estaba compungido, y eso no era nada bueno, hasta que entendí que el motivo era Dom.

—No está.

—¿Cómo que no está?, ¿dónde está? —le preguntó ella de manera atropellada.

Claudio negó con la cabeza, incapaz de hablar, y se llevó las manos a la cara de manera desquiciada. Adara se separó de Claudio y fue hasta Beatrice, que se encontraba apostada junto a Noa, en la puerta que daba al quirófano.

—Se fue minutos después de nuestra llegada. Ni siquiera quiso esperar a que los antibióticos hicieran efecto. —Beatrice la miró con preocupación—. Le sacaron la bala y se marchó, Adara.

—¿Sabes si han encontrado a Nicole?

Beatrice negó, dando a entender que no, y suspiró.

—Ni siquiera ha querido que lo acompañase.

Mi mujer se giró hacia nosotros y tragó saliva visiblemente. Claudio se apoyó en la pared que tenía a su espalda y contempló un punto fijo en la pared. Me coloqué en la misma posición que él. Me remangué hasta los antebrazos y saqué un cigarro de la cajetilla.

—Aquí no se puede...

Ahí se quedó el «No se puede fumar», porque cuando elevé el mechero, vi claramente cómo el enfermero del lado de quien estaba hablándome le daba tal codazo que cerró la boca de sopetón. Solté el humo del cigarro y añadí:

—Lo arreglaréis.

Tras un breve silencio en el que solo se escuchó el ruido de mi respiración y la suya, anunció antes de marcharse a la sala donde estaba el resto:

—Ya no hay nada que arreglar.

Cerré los ojos con fuerza, sabiendo que a cabezón no lo ganaba nadie. Adara preguntó unas mil ochocientas veces por el estado de

Enzo, crispándome los nervios, aunque no quise demostrarlo porque sabía que estaba a punto de darle un jodido infarto.

Jack se acercó y se sacó otro cigarro, ganándose una mirada reprobatoria del enfermero, quien, creí, estaba cogiéndonos un poco de manía. Soltó el humo como si nada y añadió:

—Nunca he tardado tan poco en llegar a Roma. —Reí y me imitó—. Riley me mandó un mensaje cifrado antes de salir del palacete. Siento no haber llegado antes.

Supe que se refería a Enzo y asentí, quitándole el pesar que discerní en sus ojos. Ryan se colocó a mi otro lado, cruzó los brazos a la altura del pecho y alzó una ceja, tan intimidante como siempre. Sonreí, imitándolo, sabiendo que habíamos enterrado el hacha de guerra.

—¿Cómo van tus achaques de persona mayor? —le pregunté con desvergüenza.

—Como irá tu cabeza espachurrada como te rías una puta vez más, narco.

Arcadiy se sumó al trío que habíamos formado en un segundo y rio al oír el comentario de Ryan, asegurando que estaba jugándomela a base de bien. Alcé las manos, rendido, pero con ganas de picarlo. El desprecio con el que me decía la palabra «narco» era para enmarcar o grabarle un sonido para el móvil, porque la acentuaba mucho, como si quisiese estrangularme, que seguramente sería el caso.

Había perdido a mi bambina de vista unos minutos en los que ella había tenido tiempo de meterse en todos los boxes para ver cómo se encontraba la plantilla Sabello al completo, acompañada de Riley. Micaela se encontraba con Noa y Beatrice justo cuando entré en la sala que separaba las camillas. Me guiñó un ojo y yo le correspondí lanzándole un beso. Negó con la cabeza y continuó a lo suyo.

El estómago me dio un vuelco cuando entré en el box en el que mi madre estaba tendida en la camilla mientras la enfermera le curaba los... latigazos. Adara no se quedó quieta y, resolutiva como era ella, ayudó en las curas. Maldito hijo de puta. El nombre de Stefano Rinaldi no se me olvidaría, y tenía muy claro que una cuenta estaba pendiente y tarde o temprano la saldaríamos. Más pronto que tarde, para la desgracia de algunos.

—Estoy bien —me dijo en un susurro, estirando una mano para que la aceptara.

Adara me observó y sonrió con timidez, terminando de ponerle un ungüento de los suyos. No sabía de dónde lo había sacado, pero ahí estaba.

—Está drogada —musitó.

Mi madre respondió a media voz:

—Estoy escuchándote, carusa...

Se agachó para colocarse muy cerca de su oído y musitó:

—No lo he dicho para que no me oiga, señora Sabello.

Mi madre sonrió y se dejó vencer por el sueño necesario, olvidándose momentáneamente del dolor y de todo lo que había sufrido ese día. Todavía esperábamos noticias de Enzo, y la agonía era un sinvivir. Me daba miedo ver que Adara se perdía por el hospital como si fuese su casa, porque lo que menos pretendía era que ella fuese la portadora de malas noticias.

—Ahora vuelvo —me dijo, acariciando mi mano cuando salimos del box. Me besó castamente y se separó, sin darme tiempo a suplicarle que no se fuese.

Solté el aire que tenía guardado en los pulmones y avancé para salir, instante en el que un aparatejo sobre la mesilla de plata llamó mi atención. Fruncí el ceño y lo cogí sin permiso, abriendo todas las cortinas de los boxes en busca de un Sabello en particular. Escuché varios reniegos por las maneras desmedidas de separar los plásticos blancos, hasta que me topé con el que me quedaba. Para no variar, siempre el último. Eso era como cuando buscabas algo y tenías que sacarlo todo porque estaba al final, dando por culo.

—¡Aquí estás! —anuncié con tonito de euforia.

Dante se giró un poco cuando la enfermera terminó de ponerle unos puntos en el brazo. Una herida mínima, para lo que atravesábamos constantemente.

—Jijas —me guaseé.

—Capullo —me respondió—. Ha sido tu mujer.

Las cortinas se abrieron de nuevo y apareció la mencionada con Carlo a su espalda.

—Su mujer está aquí. —Tiró de su brazo y lo extendió, comprobando que todo estuviese bien—. ¿Ya estás listo?

Dante entrecerró los ojos y me observó. Carlo parecía divertirse de lo lindo con la situación.

—¿Desde cuándo ha tomado el mando del hospital? —me preguntó con desconcierto, refiriéndose a Adara.

—No lo sé, pero esta noche quiero que se ponga un gorrito de enfermera.

Una carcajada ronca salió de mi garganta y de la de mi gemelo. Adara me dio un palmetazo en el pecho y me quejé fingidamente. Su dedo me señaló antes de indicarme:

—Dirás día, porque ya es de día. —Movió ese dedo, que me dieron ganas de arrancar, hacia la ventana—. Tú no te libras, así que te toca.

Elevé la mano para pedirle un minuto y me reí mentalmente por lo

que iba a hacer; que a Dante no le haría ni puta gracia, pero a mí sí. También reprimí el comentario de decirle que lo que quería era que me cabalgase como una amazona sobre la camilla, pero entendí que no era plan ni momento. La veía más animada que la última vez que había entrado en quirófano, y no quise despistar a la suerte ni preguntarle cómo estaba Enzo.

Si ella sonreía, era que mi hermano lograría salir.

Si ella lloraba, las probabilidades eran mínimas.

Y había salido de las dos formas en varias ocasiones.

—Espera, que el oculta secretos no ha terminado.

Me miró muy mal y bufó.

—No te oculto nada. No empecemos, que... —No le dio tiempo a terminar cuando saqué la maquinilla de cortar el pelo, enchufé esa moto y se la pasé por el lateral de la cabeza, llevándome parte de la coleta. Adara abrió los ojos como platos—. ¡¡¿Qué haces?!! —me gritó.

—Hala, ya está. Ahora sí que ha terminado. —Dante se llevó la mano al enorme mechón que le colgaba—. Yo te absuelvo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén. —Busqué a mi bambina con los ojos—. ¿Me toca?

El silencio tomó parte de la sala y muy rápido comenzaron a asomarse cabezas entre las cortinas. Romeo abrió los ojos y los demás lo siguieron.

—Mira, ahora puede hacerse tu pelado —dijo Piero, apuntando a Valentino, que era el que tenía el lateral rapado.

—Mientras no lo llamen calvo... —añadió con saña Alessandro.

La carcajada fue espontánea, ya que no me lo esperaba. Dante me miró muy mal, pero Valentino lo hizo peor. Intenté pedir disculpas con la mano, pero no me sirvió de nada porque me reí con más ganas. Ya sabíamos todos que después de la risa venía el llanto, así que se me cortó al momento, porque no estaba el tema para tomárselo a broma.

—Yo no estoy calvo —sentenció el orangután.

—Solo un poco pelado —añadió Claudio, cizañando.

—No me miró bien. —Valentino seguía en sus trece.

—Nooooo —canturreamos Dante y yo a la vez—. Ahora tampoco te ha mirado bien —terminé la frase, y me taladró con los ojos.

—Dejadlo en paz —intervino Adara, y se escuchó un «Uuuh» colectivo. Frunció el ceño y colocó los brazos en jarra, desafiante.

—Desde que sabe pegar, está sembrada —murmuró Piero. Aquel gesto me gustó, porque que se metiese con ella implicaba que también había enterrado su hacha.

—Eso es porque ha tenido un buen maestro, que la tiene pequeña. ¿Verdad, piccola? —le recriminó, entrecomillando sus dedos en el

aire.

—Estáis desviando el tema. Hablabais de Valentino —añadió ella, dándose la vuelta para refugiarse en mis brazos, y el aludido se quejó con ganas.

Sonreí al ver cómo le hacía la cobra y cómo se montaba el gallinero entre unos y otros, pero allí nos seguía faltando una persona. Nos seguía faltando Enzo.

Besé su cabeza y la estreché con mucha fuerza. Estaba llena de sangre y el agotamiento se le notaba a leguas.

—Creo que tú también deberías pasar por revisión. Si quieres, lo hago yo —me propuse con picardía.

—Yo estoy bien —musitó, y desvió su atención hacia mis labios. Moví las cejas con socarronería y rio—. Te amo.

—Nosotros te queremos infinito —habló Romeo con voz de conquistador, y le di una patada por debajo que no lo alcanzó.

—¡Anda a tomar por culo todos de aquí! —Los eché, y solo escuché carcajadas, pero es que Romeo era mucho Romeo y no me fiaba de sus artes de casanova—. A ver si le pones esa cara a la Lombardi.

El piccolo me sacó el dedo corazón, y la manaza de Valentino fue la que tiró de él para sacarlo de allí. Como un cobarde, puse de barrera a mi bambina cuando casi me apresó la camisa en uno de los manotazos que dio para pescarme.

—¡Verás cuando te coja! —voceó.

—Menos mal que no he hecho ningún comentario de la poli... —musité en el oído de Adara.

—¡¿A que lo suelto?! —se escuchó a Valentino rugir como un león.

—No he dicho naaadaaa —solté cantarín.

Adara rio y elevó sus manos para enroscarla alrededor de mi cuello con mimo. Me junté a ella, aproximando mi frente a la suya. Puse mis manos en su cadera, y cuando iba a darle el beso de mi vida, las cortinas se abrieron de golpe.

—Señora Sabello, la llaman de quirófano.

36

El mejor día de mi vida

Adara Sabello

Me deslicé por la pequeña piscina como pez en el agua, pensando en todo lo que había ocurrido en los últimos dos meses y en la tranquilidad que desprendía mi vida ahora que los problemas parecían haberse medio solucionado. Nos encontrábamos en la isla de Levanzo, al oeste de Sicilia, disfrutando de la naturaleza y la calma antes de regresar a lo que sería nuestra nueva casa.

Había sabido por Tiziano que la construcción de la vivienda ya había terminado, tras semanas de retocar los planos sentados en las cafeterías, cenando, comiendo y viviendo como estábamos haciéndolo. Era feliz, y eso lo notaba cada día que me levantaba y amanecía en un lugar distinto. Sonreí bajo el agua al recordar a Tiziano con la vespa, la semana anterior, en los pueblecitos más perdidos de Italia. Lo tenía fundido.

Saqué la cabeza del agua y me arremoliné entre sus piernas, trepando hasta sentarme a horcajadas sobre él. Estaba recostado en el borde de la piscina con vistas impresionantes a unas playas paradisiacas que me tenían enamorada y no quería dejar de ver. Cada destino era más alucinante que el anterior, y me daba miedo regresar a casa y sentirme vacía. Nada más lejos de la realidad.

Alcancé mi copa y me la llevé a la boca con una sonrisa pícara cuando sentí su miembro empujar en la entrada de mi sexo. Tiziano abrió un ojo y después el otro con la sonrisa enmarcada en sus labios. Si estaba más guapo, reventaba.

—¿Sabes que en esas copas lo que se bebe es un líquido con burbujitas llamado champán?

Moví mi mano con rapidez cuando fue a quitarme el cristal.

—Ya. Pero como a mí no me apetece beber champán, bebo agua.

Estás muy moreno.

Lo pellizqué con saña, ganándome que sus dedos se clavaran en mi costado, y tuviese que reír a carcajada limpia, retorciéndome.

—Será porque cierta mujercita me tiene como un esclavo recorriendo Italia. Dime, por favor, que no te queda ningún sitio más por ver.

Sonó agotado, pero en el fondo sabía que no era cierto, porque si yo parecía una niña pequeña cada vez que pisábamos un nuevo sitio, él parecía no haber visto Italia de aquella manera en su vida. Estaba harta, en el buen sentido de la palabra, de andar, comer, beber y ser feliz. Pletórica. Esa era la palabra que podría definir perfectamente el estado de ánimo que me recorría las entrañas todos los días.

—No. Pero siempre puedes sorprenderme o podemos cambiar de país.

Había apoyado de nuevo la cabeza en el filo; la levantó tan rápido como la apoyó.

—¿Sabes que algunas personas trabajamos?

—De momento, tú —hundí mi dedo índice en su duro pecho— el que menos.

—Qué mala lengua tienes —bramó, incorporándose y derramando bastante agua en el suelo. Me sujetó la mano con fuerza y tiró de mí hasta que llegó a morderme el dedo—. ¡Ven aquí, sinvergüenza!

Conseguí escabullirme de sus brazos y eché mucha agua entre los dos para que no me cogiese. Sin embargo, aquello fue en vano porque me capturó al segundo de haberme dado la vuelta, dejándome aprisionada entre la pared y él. Tiró del lóbulo de mi oreja y sentí ese calambre especial en medio de mis piernas. También su enorme bulto clavándose en mi espalda.

—¿Cómo sería el mejor día de tu vida? —me preguntó, noqueándome.

—Llevo teniendo los mejores días de mi vida dos meses.

Moví el rostro para mirarlo con ardor y sonreí apretando los labios mucho. Los mordió de esa forma tan característica que tenía de hacerme reír a todas horas, y al final me entregué a lo que quisiese hacerme, dándome la vuelta, de cara a él.

—¿Te rindes? —me preguntó, conocedor del resultado.

Paseé mi lengua por sus labios y tiré del inferior, provocándolo.

—Siempre me rindo a lo que quieras hacerme —musité jadeante.

Noté que el pecho me subía y bajaba a una velocidad de vértigo; más aún cuando sentí que sus dedos delinearon la abertura de mi sexo con delirio. Gemí bajito, apoyé la frente sobre la suya y cerré los ojos un segundo. Un segundo, porque no me dio tiempo a más cuando

advertí que su pulgar presionaba con maldad mi clítoris.

—Déjame que vea esos ojos que tan loco me tienen.

Jadeé con más brío cuando me sujetó en volandas y tiró de mis piernas para encajarme en la postura que él deseaba. La intrusión no tardó en aparecer, ruda y anhelante como siempre. Como si no hubiésemos terminado de acostarnos en la misma piscina hacía tan solo una hora. Tragué saliva, permitiendo que mi cuerpo subiese con lentitud y bajase a plomo. Seco. Sin tacto y duro.

Me había acostumbrado a las dos formas de amarme que tenía Tiziano, y ya no sabía cuál de las dos me apasionaba más, aunque bien era cierto que el sexo salvaje tenía más peso en la balanza. No había permitido que estuviese un solo día triste.

La marcha de mi familia fue nostálgica los posteriores días al caos que se organizó en la mansión de los Rinaldi, sin embargo, Tiziano había tomado las riendas de la situación desde el minuto cero y me había llevado a recorrer la interminable lista de sitios que visitar para despejarme de todo el sufrimiento que cargábamos en nuestras mochilas.

Me había permitido la licencia de pedirle que se esperase unos días, por lo menos hasta ver que la evolución de Antonella era favorable y que Claudio padre podría moverse mejor con el brazo afectado en exceso debido al esfuerzo y a la mala curación por haberse quitado la escayola. Del tema de los latigazos que la espalda de Antonella guardaba como recuerdo ni se habló. Ella fue la que zanjó el tema y la que dijo que allí terminaba una guerra, pero todos sabíamos que no era cierto, ya que me había contado con pelos y señales que fue Stefano quien se los propinó y, por ende, el mismo que la hirió muchísimo a golpes cuando Luciano la secuestró la primera vez. Sus palabras exactas fueron: «Desquiciado y sanguinario». Eso bastó para que todos los Sabello se pusiesen al día. Era muy consciente de que el tema no se quedaría allí, sobre todo por los ojos que Claudio padre mostró y por su semblante oscurecido debido a la rabia, aunque lo acalló en el momento.

Uno de los días que regresamos de nuestros viajes por Italia, llegué a la parte trasera de la casona en Catania, donde se encontraba enterrada Lionetta. Nadie me había visto, o eso pensé, pero lo cierto era que todos lo habían hecho y me observaban tras la esquina de la casa sin decir nada. Me senté en el césped y deposité un pequeño ramillete de flores donde descansaba la pequeña Sabello. Allí permanecí con media sonrisa.

Los ojos se me desviaron hacia el lateral, sabiendo que ese sería el destino de todos los Sabello en su viaje final por el mundo, y el

corazón me galopó con mucha fuerza al contemplar la tumba que se encontraba justo al lado. El sentimiento de la tristeza, la pena y el dolor suplantaron mi retiro espiritual. Me vi deslizando la palma de mi mano por la mejilla izquierda, escuchando de fondo aquel corralillo que estaban acostumbrados a hacer. «Está llorando. ¿Por qué está llorando?». Supe que esa frase era de Dante, tan inoportuno como de costumbre. Puse los ojos en blanco y me volví, pillándolos a todos en fila india, apostados en la esquina como cuando nosotros lo hicimos con Claudio y Dom. Esos dos eran otro cantar.

—¡Joder! —El rugido de Tiziano me provocó una oleada de placer inadvertida que me desarmó.

Arqueé la espalda, sintiendo que una humedad extrema salía de mi sexo y se deslizaba por su falo, que no detenía sus rudas embestidas. Era incansable, y me dolía tanto el pecho que no podía dejar de amarlo, de acariciarlo, de buscarlo y de venerarlo como si fuese un dios.

Mi dios.

Desquiciado y eufórico. Extravagante y loco en algunas ocasiones, y siempre en el buen sentido de la palabra. Tiziano. Mi Tiziano. Al hombre que amaba por encima de todo y de todos.

—Tengo que darte una mala noticia. —Sonó desesperado, y supe que llegaba a su límite. Busqué sus labios y ronroneé en su boca—. Tenemos que irnos a Catania ahora.

Arrugué el entrecejo, pero pronto se me alisó cuando sus dedos se clavaron en mis nalgas al explotar como un volcán. Llevé las manos a su cabello suelto, tiré de él y contoneé mis caderas, dándole más profundidad a las últimas embestidas.

—Son las nueve de la mañana. ¿Vamos a...?

—A Catania —me respondió jadeante, y alcanzó su copa de sí champán.

—¿A Catania a...? —lo insté, dibujando círculos invisibles en su pecho.

Alzó las cejas con guasa y estiró la comisura de sus labios con mucha gracia. Lo besé sin aguantarme las ganas y me devolvió la caricia por partida doble, porque devoró mi boca con un ansia desmedida.

—Eres un bruto —le dije, con los labios todavía casi pegados a los suyos.

—Y tú una pervertida que se aprovecha de la salud de un vejestorio.

Reí a carcajada limpia. Se alejó de mí y fruncí el ceño, esperando una respuesta que no llegó. Alcé ambas manos al cielo, pero nada. Su

magnífico trasero me dio una impresionante vista al salir por las escalerillas de la piscina. Después desvié los ojos hacia arriba, fijándome en todas y cada una de las líneas que marcaban y definían esa musculada espalda.

—Para ser un vejestorio, no estás nada mal.

Negó con la cabeza, divertido y de espaldas a mí, mientras se pasaba una toalla por la cara para retirar las gotas de agua. Sus iris color miel se clavaron en lo más profundo de mi ser, y sentí que la boca se me hacía agua cuando se volvió y me mostró de nuevo esa verga que tan vista tenía. Entrecerró los ojos y descendió su mirada hasta el falo, con media sonrisa juguetona.

—¿Estás repasándome?

Asentí, haciendo una mueca con los labios. Me acerqué sigilosa al borde, subiendo las escaleras a cuatro patas. Saqué la punta de mi lengua y me relamí los labios con lascivia.

—Ya que no quieres decirme para qué vamos a Catania, ¿puedes confirmarme si tenemos media horita más? —Elevé una ceja con picardía.

Soltó todo el aire que contenía en el pecho y advertí que su miembro se acercaba de manera peligrosa a mi cara.

—El helicóptero llega en... —toqueteó su reloj de oro en la muñeca y me observó con los ojos brillantes— una hora.

—Entonces me da tiempo.

Subí hasta ponerme de rodillas delante de él.

—¿A qué? —preguntó muy ronco, sin quitarme la mirada de encima.

Sujeté su erección con pasotismo, acercándome de manera peligrosa pero sedienta. Lo contemplé a través de mis pestañas y le dije:

—A desayunar.

A media tarde nos encontrábamos en la casa de mis suegros, en Catania. Nos había cundido la mañana viendo Sicilia desde las alturas, acompañada de un piloto excepcional como lo era Romeo. Me acerqué, como cada vez que pisaba aquella casa y como me lo había impuesto, a la parte trasera de la casona con un ramo de flores frescas recién cogidas del jardín que Antonella y yo habíamos comenzado a compartir.

Sobraba decir que la confianza entre las dos había crecido a pasos agigantados. De vez en cuando me contaba anécdotas de Lionetta cuando la sentía en su vientre, como si jamás quisiese borrar ese recuerdo. Llorábamos y reíamos juntas. Pero allí conocí la verdadera

historia de Antonella y Claudio, la extensa, y también terminé descubriendo por ambos que el padre de Antonella había muerto cuando la guerra entre los Rinaldi y los Sabello comenzó. Por intentar defender a su yerno del tirano de Luciano, quien terminó con la vida de su padre, muy joven.

Me senté en el césped tras dejar las flores en su sitio y suspiré, a sabiendas de que tenía un ángel de la guarda llamado Valentino que no dejaba de buscarme con los ojos desde atrás. Se pensaba que no lo había visto, el muy gañán. Sin embargo, la sensación de tener a alguien pegado a la espalda desapareció, porque otra presencia más evidente se sentó a mi lado con un breve quejido. Más bien un gruñido de molestia.

Moví el rostro a la izquierda cuando vi que la muleta salía disparada al otro lado. Sonreí con cariño y me apoyé en su hombro, suspirando.

—¿En qué piensas cuando te sientas aquí?

Lo medité mucho antes de contestarle, porque todavía se me oprimía el pecho:

—En la vida. En lo rápido que la tenemos y lo fácil que se escapa.

—También piensas en el tío que te puso un altavoz en mitad del centro de Roma, admítelo.

Sonreí cuando su pecho vibró por la carcajada. Extendí mis manos hasta que conseguí llegar a su costado y abrazarlo. Desde el día funesto en la mansión de Luciano, Enzo y yo habíamos creado un vínculo más fuerte del que ya habíamos tenido con anterioridad. Era mi amigo siciliano, como él se había denominado. Mi rebelde empedernido que no había querido morirse ni a la cuarta parada cardiaca, y el mismo que llevaba dos meses tratando de recuperarse de las heridas de guerra que casi se lo habían llevado al otro mundo.

Apreté los labios conteniendo la emoción, como siempre que nos veíamos allí. Miré de nuevo la tumba que Lionetta tenía a su lado: la del padre de Antonella. Tantas veces había pensado que Enzo podría encontrarse allí y no sobre ese césped, conmigo, que era inevitable que las lágrimas brotasen solas. No era la única que se dejaba arrastrar por ese sentimiento, porque recordaba a fuego lento las gotas saladas que cayeron de los siete tíos que estaban metidos en la casona cuando salí del quirófano anunciándoles que se encontraba estable, aunque en peligro durante no sabíamos cuánto tiempo.

«Por leerme la Biblia», me había dicho el primer día que abrió los ojos, una semana después. No podría olvidarme jamás del momento en el que se levantó de la cama, desnudo y lleno de cables, sin vergüenza ninguna, y dijo que él no se quedaba allí ni harto de

whisky. Ese mismo día tuvimos que reorganizarnos para que se marchase a Catania con el médico de la familia, permanente casi las veinticuatro horas.

—Claro que pienso en el tío que me puso el altavoz en mi maravillosa noche —ironicé, sin apartarme de él. Escuchando su respiración, porque estaba vivo.

Vivo.

De repente, algo retumbó en el jardín y elevé la cabeza con premura al escuchar mi canción favorita: Canon and Guide in D Major. Alcé las cejas con sorpresa y reparé en una gran sonrisa que ocupaba su rostro de punta a punta.

—¿Recuerdas cuando el zoquete de Valentino casi metió la pata el día que te pusimos el protector bucal? —Amusgué los ojos y asentí. Es más, los vi a todos con ese «Eh, eh, eh» para que se callase. Escuché un resoplido en la esquinita que os contaba, y supe que era de Tiziano. Enzo me cogió las mejillas para que no mirase atrás—. ¡Tengo que enseñarte una cosa! —soltó efusivo.

Intentó levantarse y me adelanté para ayudarlo, pues todavía estaba convaleciente y debía sanar en condiciones y a su debido tiempo. Renegó lo indecente cuando le di la muleta, y lo escuché cagarse en los muertos de todos sus hermanos, que eran los mismos que los suyos. Toqué su hombro y después llevé mi mano a su frente.

—Enzo, ¿te encuentras bien? —me preocupé de verdad.

La música continuaba sonando de fondo, como si fuese una banda sonora.

—Verás que la caga —se oyó a alguien en la lejanía; creí que era Valentino.

—No, el que casi la caga fuiste tú, ¡cipote! —Romeo. Entonces sí verifiqué que era Valentino el anterior. ¿Qué iban a cagar?

Busqué la atención de Enzo y miró al cielo, haciéndose el disimulado.

—Parece que va a llover.

—Enzo...

—Vamos dentro. —Tiró de mi mano y me apremió a que caminase con más ligereza, dejándose el altavoz detrás.

Me percaté de que iba con un traje chaqueta, que olía de maravilla y que estaba guapo de más. No llevaba el cabello a lo loco ni andaba con la ropa informal que siempre vestía.

—¿Por qué llevas un traje? ¿Vas a algún sitio? —me interesé, pero el aliento se me cortó cuando doblé la esquinita.

Me detuve, quedándome estática en la entrada, sin saber qué hacer. Tragué saliva muy rápido, sintiendo que los ojos se me nublaban, al

igual que la nube que se arremolinaba sobre nuestras cabezas. Al final sí, sí iba a llover.

Entreabrí los labios para preguntar por qué había una hilera de Sabellos vestidos con traje chaqueta, con una florecita en el bolsillo de la solapa y tan rematadamente sexys.

—Carusa.

La voz de Antonella llamó mi atención, y no pude hacer nada más que moverme al son de mis pies, que eran casi empujados por Carlo, quien se había colocado a mi espalda, de la misma guisa que el resto. ¿Adónde iban? No atiné a abrir la boca, pero sí que me dejé llevar hasta la mano que continuaba extendida en mi dirección. La tomé con un poco de miedo y con el temblor en cada poro de mi piel.

—¿Dónde está Tiziano? —pregunté con un hilo de voz.

Detrás de mí se escuchó:

—En el matadero.

Se oyó un rugido de la garganta de alguno y un codazo lo siguió.

—O buscando las vacas para la granja.

—Puede que comprando pru...

—¡Eh, eh, eh! —gritaron todos, y ni siquiera me dio tiempo a identificar de quién eran las voces, porque me encontré embotada en un segundo de tanto revuelo.

—¡Joder! —El rugido fue de Valentino, quien supuse que había vuelto a casi cagarla.

Avancé con Antonella escaleras arriba hasta que terminamos delante de la puerta de su cuarto de vestidos. La miré con los ojos brillantes. Los mismos que tenía ella. Me invitó a entrar con un ademan de su mano y di un paso titubeante. Empujé la puerta con cautela.

«¿Cómo sería el mejor día de tu vida?», la voz de Tiziano resonó en mi cabeza y casi morí por culpa de la taquicardia. Miré a Antonella, regalándole unas lágrimas a mi rostro. Ella lloraba en silencio, emocionada y feliz al mismo tiempo.

Allí, de pie, en un maniquí gigante, se encontraba un pomposo vestido de novia, más o menos igual que el que me probé en la tienda de novias con Tiziano. Les ordené a mis pies que se pusiesen en funcionamiento y llegué hasta la gasa del vestido. Me llevé las manos a la boca para amortiguar el sollozo que salió de mi garganta y busqué el contacto de la mujer que estaba a mi lado.

Sin embargo, las sorpresas no terminaron ahí, pues de detrás del vestido apareció mi madre, con una radiante sonrisa y un vestido de gala verde que quitaba el sentido.

Contuve muchísimo las ganas de echarme a llorar porque, aunque

había hecho las cosas a su manera y como le había salido de las narices, continuaba siendo mi Tiziano. Ese que me sorprendía el día que menos me lo esperaba y el incansable que no se rendía ni aunque lo llevase a mata caballo por su país durante dos meses.

—Bienvenida al mejor día de tu vida, mi niña.

No podría describir con palabras lo que sentí mientras me maquillaban, peinaban y adecentaban para un momento tan especial como ese. Ni siquiera podía hablar porque la emoción arrasaba con lo demás y no me dejaba apenas respirar. No entendí el motivo de celebrar una boda cuando ya estábamos casados, y fue Antonella la que me sacó de mis no preguntas:

—¿Sabes lo importante que es una celebración de este calibre para toda esa panda de testosterona?

Soltó la tenacilla que rizaba mi cabello y sujetó la punta con una horquilla, para terminar dejando un semirecogido a media altura de mi cabeza, sujeto con una enorme horquilla de diamantes. Mi madre terminó de maquillarme y anunció que ya habíamos acabado, treinta minutos más tarde.

La puerta se abrió de sopetón.

—Tengo al novio desquiciado —aseguró Dante, con la mano en el pomo y sin llegar a abrir del todo.

—¿Tiziano desquiciado? Qué raro —apuntó su madre con socarronería.

Dante hizo un gesto infantil con los labios y se burló de la risa de su progenitora.

—Mamma, o me dices qué le digo, o te lo suelto aquí.

No objeté nada cuando Antonella afirmó que en cinco minutos salíamos, pues solo nos quedaban los zapatos. Dante resopló y se llevó la mano al puente de la nariz en un gesto muy característico de su gemelo.

—Bien, pues por orden expresa de tu suegro, elije qué color te pones.

Seguí el recorrido que me indicó su mano extendida, que apuntaba ni más ni menos a una hilera de Converse de todos los colores que no había visto, a los pies del zapatero. Intenté contener las lágrimas, pero mi risilla nerviosa provocó que alguna cayese, pese a las exclamaciones de mi madre y Antonella, que me abanicaban con mucho brío para que se secasen sin tener que usar el papel. Me decanté por unas celestes, recordando que ese color se lo puso cuando fue en busca de su ángel.

Una vez puestas, la puerta se abrió de nuevo con unos breves toques y por ella asomó la mano de Claudio padre, con media sonrisa

y en mi busca. La acepté sin pestañear, desbordada por lo que sentía mi corazón y todas mis terminaciones nerviosas, y bajé las escaleras de la casona sin recordar el nefasto día en el que de verdad me casé.

Al descender, me encontré a todos los Sabello con un claro signo de felicidad en sus rostros, sonriéndome y soltando burradas como solo ellos sabían, intentando ponerme como un tomate. Romeo me abrió la puerta del coche con galantería y le hice un gesto de cortesía como si estuviésemos en otra época. Me monté, sabiendo el rumbo que tomaría aquel vehículo, aunque eso no apaciguaría los nervios y el cosquilleo que sentía en la barriga.

Romeo se volvió en el asiento conductor mientras Claudio padre se acomodaba a mi lado, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Está preparada la piccola para llegar en helicóptero al Vaticano?

Ensanché mis labios todo lo que pude y más, sabiendo que el camino iba a hacérseme eterno hasta que llegase, e intuí que el resto irían en el avión de Tiziano con toda la familia. La emoción me pudo y solté un efusivo «¡Sí!». Los dos alzaron el puño en señal de victoria, y juro que no había visto a Claudio tan rebosante desde que lo conocía.

Un rato después, cuando el coche se detuvo en la entrada del Vaticano, ya era conducido por Francesco, también de gala. Miré a Claudio y sostuve su mano con cariño, aunque me sorprendió que la puerta se abriese cuando él todavía estaba montado. Palmeó mi mano al ver mi asombro y dijo:

—Se lo merece.

Carlo extendió una mano en mi dirección, tan dichoso que casi me explotó el corazón a mí. Sin embargo, estaba visto que en esa familia las normas nos las saltábamos a la torera, y por hacerlo una vez más, no ocurría nada tampoco.

Mi suegro desmontó y bordeó el coche por el lateral, encaminando sus pasos hacia la catedral, pero lo detuve antes de que accediese:

—¡Claudio! —Se volvió para mirarme, sonriente. Extendí mi mano en su dirección—. ¿Podrías acompañarme este brazo?

Carlo rio con ganas, y el que fue su antiguo jefe también lo hizo. Incluso pude advertir una esplendorosa sonrisa en los labios de Francesco, que ya era decir.

Los flases se sucedieron como la primera vez, solo que en esa ocasión quien había en la zona eran turistas deseosos de ver la catedral por dentro, y nosotros se lo habíamos privado durante unos minutos. Cogida de dos de los hombres que me habían aportado una enseñanza en la vida desde que los conocía, recorrí con firmeza la distancia que me separaba de los enormes portalones, y en el momento en el que se abrieron, las manos me cimbrearon.

En el lateral izquierdo se encontraba... Se encontraba mi familia: Micaela, Jack, Arcadiy, Riley, Ryan, Aarón e incluso Eiren, la hermana de Riley. En el centro del pasillo, tres terremotos corrían y gritaban que su tía había llegado vestida de novia. En el otro lateral estaban mis Sabello, con una persona menos agraciada como Angelo, pero que en aquel momento no quise darle ninguna importancia.

Sonreí. Sonreí y sonreí muchísimo, porque me era imposible cerrar la boca y dejar de emocionarme a cada paso que daba. Al elevar la barbilla me encontré a mi verdadero amor, de pie, con las manos entrelazadas, pero sin dejar de moverse de un lado a otro, con impaciencia. Tuve que reírme cuando vi que a su lado estaban Antonella y mi madre, por lo que estaba casi segura de que habían entrado las dos cogidas de sus brazos.

—¡A la merda! —soltó, y tiró el papel que tenía en la mano.

—Estamos en la casa del... —El obispo se calló de inmediato cuando los invitados lo miraron de una forma muy intimidante.

Tiziano descendió con agilidad y llegó hasta mí, con una sonrisa forzada para arrancarme de los brazos de las dos personas que me llevaban al altar.

—Esto es un sacrilegio —se quejó, tirando de mí hacia el altar. Sonreí con más brío—. ¿Por qué has tardado tanto? —Movió la mano hacia el obispo para que comenzase, como si no debiese importarle al señor que nos miraba extraño que el novio estuviese manteniendo una conversación con su supuesta futura mujer.

Para su desgracia, me di cuenta de que no era el mismo hombre que nos casó.

—¿El motivo puede ser que alguien no me haya informado de detalles de última hora? Porque hasta donde yo sabía, hoy continuábamos en Levanzo. En la piscinita, con tu champán, sin ropa...

—Dios mío de mi vida... —se interrumpió el obispo en su discurso.

Cerré los ojos, muerta de vergüenza.

Una risilla se escuchó en el bando de los Sabello. Alguno tenía el oído fino de más.

—Ya.

Entrecerré los ojos al no entender ese «Ya» ni por qué Tiziano estaba tan nervioso, cuando él nunca se ponía de aquella manera. Me lancé a su cuello y me colgué, literalmente, de él. Entrelacé mis manos a su alrededor y lo besé castamente. El obispo se persignó.

—¿Te ocurre algo?

—Derechitos al infierno vamos, obispo. Se lo digo yo. —Guio su atención a mí—. Tengo que decirte un par de cositas —añadió con

desinterés, como si no tuvieran importancia. Lo insté con mis ojos y escuché un «Ahí va la bomba» procedente del pasillo de mis Sabello—. Verás... —Se rascó la nuca—. Una es que nos vamos de bodorrio.

Movió una mano para abarcar toda la iglesia. El obispo continuó con su discurso, un poco amenazado por los aniquiladores ojos de Valentino y Ryan, quienes no se despegaban del hombre. La algarabía se montó a lo grande en los bancos delanteros al altar. Aquello no era serio.

—¡Chupitos, chupitos, chupitos!

Ese fue Enzo, envalentonado, que sacó una botella de algún licor. El obispo comenzó a sudar y creí que se desmayaría por los sobresaltos que estaban montando. La botella ruló de un lado a otro, hasta que llegó a nosotros y Tiziano miró al cura con mala cara.

—¡Siga!

—¡Es que no me concentro! —aseveró histérico.

Tiziano se empinó la botella y le dio un largo trago. Fui a quitársela con desvergüenza, pero la apartó como si quemase y la lanzó a mitad del pasillo, donde se hizo añicos. Fruncí el ceño y se juntó mucho a mí, abarcando con sus manos mi cintura. Posé las mías sobre su pecho, con una enorme sonrisa.

—La otra es que...

Un «¡Que se lo diga, que se lo diga!» se oyó con mucha fuerza en el córner izquierdo. Reconocí la contención de aire que había en la parte derecha, incluso pude ver que Angelo estaba emocionado por la supuesta cosa.

—¿Es que...? —lo animé, sin dejar de sonreír.

Me miró largo y tendido. Pareció inmortalizar el momento, porque los nervios le volaron de un plumazo, dejó de dudar y se irguió como el Tiziano que yo conocía y que siempre había mandado dentro de él. Un «Ahí va» de mi Ryan me confirmó que iba a soltarlo a bocajarro:

—Que estamos embarazados.

Epílogo

Tiziano Sabello

Gualey, República Dominicana

Seis meses después

Me remangué los pantalones para sentarme, cogí un botellín de cerveza y me tiré a plomo en el asiento destartalado de coche que el señor Rafael tenía a la entrada de su casa. Mi bambina se había empecinado en modificar la aldea al gusto de sus habitantes, y Rafael se había negado en rotundo a tirar esos dos sillones con los que había compartido los mejores momentos con su muchacha.

—¿Un botellín? —le ofrecí, metiendo la cabeza de nuevo en la nevera. La había puesto al lado a conciencia.

—Fresquito, diablo. Fresquito.

Sonreí y se lo tendí en la distancia, sacando alguna marranería para comer. Llevábamos tres meses en Gualey, en unas minivacaciones según mi mujer. Vacaciones en las que no había parado de hacer mudanzas de una casa a otra, y que Dios librase a mis hermanos, porque si aparecían por allí, los pescaría a todos. Es que ni siquiera había tenido tiempo para estar en mi puta casa una temporadita.

Pero ella era feliz, y todas mis quejas os las comeréis siempre vosotros para que no se entere.

Sonreí al verla en la distancia, con ese abultado vientre que ya gestaba el séptimo mes y medio de embarazo. Si los cálculos no le fallaban al doctor ni a mí, se había quedado embarazada semanas después de emprender nuestro viaje por Italia, que duró dos meses. Había tenido buen tino, porque no quise ni imaginarme lo que habría sido un embarazo en plena fase apocalíptica de nuestra vida, con la cantidad de ansiedad que guardó Adara tras lo ocurrido con Luciano.

—¿Me enseñas las fotos otra vez?

Esbocé una sonrisa cariñosa y me levanté para encaminarme a la destartalada chabola de Adara. Tenía que decir que era

exdestartalada, porque la había arreglado minuciosamente para que pudiese tener una cama en condiciones por lo menos. Saqué de la bolsa que mi bambina llevaba siempre una carpeta con todas las ecografías, y cogí la que estaba destinada para el hombre que sería su abuelo dominicano.

—Suyas son.

—¿Mías? —Se las llevó al pecho, como si estuviese protegiéndolas de los rayos del sol. La gratitud que mostró fue infinita por unas simples fotos que no tenían tanta importancia. Una lágrima resbaló por sus arrugadas mejillas. Las sacó del sobre con premura, aun habiéndolas visto hacía solo unos días.

—Sí. Su muchacha separó una carpeta expresamente para usted. Le ha puesto Skype en el cacharro para que pueda verlas cuando nazcan.

Me reí abiertamente. No tuvo desperdicio cómo el señor Rafael oteó el teléfono móvil que Adara le había traído desde Italia. De hecho, lo había guardado en una caja fuerte que le incrustamos en la pared, y en la que únicamente conservaba un dibujo y una imagen en la que salía Adara con todos los niños de la aldea.

Tocó las ecografías por encima y suspiró, llevándoselas al pecho.

—El Señor te escuche, diablo. No puedo morir antes de verlas.

—A usted le queda vida para enterrarnos a todos —bromeé, y rio—. Está hecho un roble. —Me senté en el asiento y elevé un dedo en alto —. Ahora sí, que no vuelva a enterarme de que da un porte más en el río con la barca, o vamos a tenerla.

Alzó una ceja, temerario, arrugando más su expresión. Intenté no cambiar el gesto, pero es que me podía el aguante de la risa.

—Lo hago por las niñas. No por tu amenaza. —Dejó de mirarme y movió mucho la mano con desinterés—. A mí no me das miedo. Ni un poco —apuntó.

Vislumbré una sonrisa y negué con la cabeza. Me subí las mangas de la camisa celeste y apoyé la cabeza en el asiento desgastado, permitiendo que los rayos del sol me reconfortasen.

Cuando volvimos del tedioso día en el que le clavamos el cuchillo hasta el gaznate a Luciano, no solo mis hermanos y yo pasamos una revisión médica extensa un par de semanas después con el médico de la familia, sino que mis padres y Adara también lo hicieron, analíticas incluidas, por orden expresa de la mamma. Y todos sabemos que a la mamma no hay que llevarle la contraria, o te cose a hostias.

Los resultados llegaron a mí días antes de regresar a Catania y de regalarle aquella boda de sus sueños que se alargó en la casona durante tres días incansables. Adelanté el viaje de regreso, y Piero y Alessandro fueron los encargados de cerrar la basílica para nosotros el

mismo día que se lo pedí. Teníamos un arte tremendo. Tuve que contenerme de verdad para no decírselo mientras botábamos de sitio en sitio, aunque debo reconocer que aguanté como un campeón.

Tras la boda, llegó nuestra luna de miel en la Ciudad de México, como Adara quiso siempre, y, para no variar, terminamos siendo los invitados de Camilo en Colombia durante una semana más. Me tenía fundido, sí, pero yo la quería cada día con más fuerza, y aquello me asustaba muchísimo.

Las ecografías llegaron y el júbilo embargó a la familia al completo, tanto griega como italiana siciliana, al enterarnos de que eran dos, y encima niñas. Nosotros no habíamos parado ni un segundo en nuestro nuevo hogar, al que pensaba regresar esa misma semana. Sin embargo, el patriarca de la familia y su mujer ya habían arreglado una habitación de la casona para futuros momentos en los que tuviesen que quedarse con las pequeñas, a las que todavía no les habíamos buscado nombre. En realidad, habíamos hecho un trato: Adara buscaba uno griego y yo uno italiano. Los labios se me curvaron sin darme cuenta y Rafael me dio un codazo, con las cartas de póquer en la mano, dándome a entender que cuándo continuaba enseñándolo a jugar.

—¿Pensativo? —murmuró, con el puro en la boca—. Piensas mucho, diablo.

—Es el arte en el juego —le respondí, pendiente de la mujer que reía a carcajada limpia con Juana, María y Santa, las niñas que rescatamos de Cali. Se dio cuenta de la dirección que tomaron mis ojos y sonrió—. ¿Cómo se sabe que quieres en exceso?

Arrugó el ceño y después alzó la ceja, dejando las cartas sobre un timbal.

—No entiendo la pregunta.

—Yo tampoco —le dije, sin comprenderme. Me levanté de un salto, pidiéndole un minuto—. Ahora mismo vuelvo.

Resuelto, enderecé mi caminar hasta la persona a la que habían peinado esa mañana con dos largas trenzas hasta la cintura, metiéndole adornos y flores que habían encontrado en los jardines. Me reí de ella diciéndole que estaba guapísima, pero que, si se dejaba el pelo un poco más largo, podría echarse una competición con Rapunzel. Ahí me confirmó que cuando regresásemos a casa se cortaría la coleta, aunque no me lo creí.

—¡Adariiiiiitaaaa! —canturreé, llegando a su lado y abrazándola por detrás como pude.

Sentí una patada en la mano, y no puedo explicaros cuál fue mi pensamiento. ¿Podéis decirme vosotros dónde está el límite de saber

que amas demasiado? Ella sonrió y se volvió para llegar a mi boca y dejar caer un suave beso que me crispó la sangre.

—¿Habitación o río? —le pregunté, mirando esos labios que me volvían jodidamente loco.

—¡Tiziano! —me regañó, y palmeó mis manos, separándose de mí.

No había persona con un corazón más grande en el puto mundo. No la había y punto.

El día que le dije que viajaríamos a Gualey, tuve que darle una bolsa para que hiperventilase y no se me cayese redonda. Era un viaje excesivamente largo para su estado de embarazo, pero también era consciente de que lo tenía pendiente y ella deseaba regresar. Qué decir sobre que llevábamos al médico de la familia pegado a la espalda, y allí estaba, al lado de Enzo, que se había tirado el mismo tiempo que nosotros en Gualey, jugando a los bolos con el resto de los jóvenes de la aldea.

Ese era otro. Los lazos entre mi bambina y él podrían incluso verse extraños desde fuera, pero el amor que se profesaban esos dos estaba superando al de Romeo o Valentino, creí estar casi seguro, aunque ella me dijese que los quería a todos por igual. El piccolo estaba un poco pelusón, y yo siempre que lo llamaba me metía con él y aprovechaba la ocasión para picarlo.

Enzo se había tomado la vida de otra manera. Tal vez, o según él, desde que había visto la muerte tan cercana. Aún continuaba necesitando la muleta de vez en cuando, y los trayectos caminando no podían ser excesivamente largos. Las heridas habían sanado bien, pero todavía necesitaba mucha recuperación para ser el de antes. No tenía prisa, pues le había endosado el negocio del oro a Alessandro, y el pequeño de los Sabello estaba que trinaba. Incluso Piero tuvo que dejar sus asuntos para echarle una mano.

Dante continuaba con sus órganos, pese a los reniegos de mi padre con que dejase aquel trabajo que ni le iba ni le venía, porque Claudio Sabello siempre había dicho que él no trabajaba con órganos. Por eso siempre decía que nunca digáis de esta agua no beberé... Que al final terminái siendo del ejército Tiziano.

—Ya sé el nombre que me gusta —añadí. Se agachó para recoger un paquete de rotuladores que había en el suelo y la adelanté—. ¿Quieres que tus hijas sean dominicanas? —gruñí.

—Mientras nazcan sanas... —me respondió sin mirarme y caminando hacia el cesto de ropa que tenía a los pies. También le quité la ropa y la tendí yo, ganándome una mirada furibunda—. No estoy inválida.

Prensé los labios y puse morritos. Quién me ha visto y quién me ve.

La felicidad que sentía no tenía precio ni podía compararse con todo el oro del mundo. Estaba sonriendo sin darme cuenta, y ella me contemplaba extasiada sin ser consciente.

—Galena.

Guie mi atención a ella cuando habló de nuevo, saltándome el turno. Toqué la prenda que acababa de tender.

—¿Este tanga puedo arrancártelo a bocados? —Ensanchó sus labios, con una de sus manos puestas sobre el vientre—. Me gusta Galena.

—Significa sanadora. —Alzó una ceja y tuve que reírme.

—¿Ya estás involucrándolas en el mundo de las hierbas y todavía no han nacido? —le pregunté con picardía.

Sonrió y me quitó la última prenda de la mano para tenderla ella. Se volvió y buscó el contacto que tanto le gustaba en mi pecho. De medio lado, entrelazó sus manos en mi cintura y murmuró:

—¿Dónde está tu coletero?

—Me lo perdiste hace dos días con el ansia de que nos escuchase medio Gualey, y yo no soy previsor para echarme cuatro gomillas en la maleta.

Una carcajada salió de su garganta y rebotó contra mi pecho, produciéndome esa sonrisa que no me cansaba de sacar a pasear. Unas cuantas pataditas juntas resonaron en mi estómago y pensé que me desmayaba. Me sentía afortunado de más, y no veía el momento de que esas dos renacuajas asomasen la cabeza, a pesar de que mi vida cambiaría completamente.

—¿Y bien? —me preguntó, refiriéndose a mi nombre.

—Estoy indeciso entre Idara, Isabella o Valentina. —Elevó el mentón y me contempló durante demasiado tiempo. Moví el rostro de manera que le daba a entender qué ocurría, pero no me contestó—. No te gusta ninguno —vaticiné.

—Idara es como Adara, y no pienso ponerle mi nombre a ninguna hija nuestra.

—¿Pero por qué? —me fastidié yo solo, porque me había salido el tiro por la culata, nunca mejor dicho.

—Porque hay muchos nombres bonitos para eso —se quejó—. Isabella me gusta, pero Valentina es precioso.

—El piccolo va a ponerse más celoso de lo que ya lo está. Menos mal que no hemos votado por Enza. —Reí a mandíbula batiente, escuchando que me insultaba bajito un «Tonto»—. Romea es horrible. —Más me reí, y al final se contagió.

El teléfono me vibró en el bolsillo y lo saqué delante de Adara, viendo que era un mensaje. Sus ojos me buscaron cuando respondí con rapidez un escueto «Ahora te llamo».

—¿Cómo está? —se interesó con preocupación.

Resoplé. Mandaba cojones que yo estuviera en medio de aquella pelota, porque el día que me explotase en la cara, veríamos.

—Está. Ni él quiere escuchar el nombre de mi hermano ni mi hermano quiere escuchar su nombre.

Dom desapareció en el hospital y nunca más lo vimos, pero sí que estuve en contacto constante con él, pues entre Enzo, Riley, Alessandro y yo conseguimos dar con el paradero de Nicole casi una semana después. La puta niñata de los cojones había llegado hasta Florencia, donde Alessandro la había retenido contra su voluntad. Se había montado un pollo de órdago. Aunque yo no había estado para verlo, mi miniyo me lo había contado con la vena del cuello a punto de reventarle. Me dijo muchas cosas, como que la odiaba a muerte y ojalá se muriese pronto, a lo que yo pensé que... yo también quise sacarle las tripas a Adara la primera vez que la conocí. No decía más.

Claudio había hecho de tripas corazón —hablando de tripas— y no había vuelto a preguntar por él. Una vez traté de sacarle el tema para contarle que lo había ayudado, pero su respuesta fue fulminante para decidir que debía cerrar el pico por el momento. Mi padre se encargó de poner a Dom al día sobre los nuevos acontecimientos, de los que Stefano también era conocedor, al igual que Luciano lo había sido de que Nicole era hija de Ximena. Mucho antes habíamos mantenido una conversación —reunión— familiar para aclararlo y todos se enteraron de la verdad. Eso solo auguraba problemas, y el mensaje de Dom me indicaba que necesitaba ayuda. Me había comentado que estaba en Alaska, aunque el paradero de esos dos lo desconocía todo el mundo, o eso pensamos en un primer momento.

—¿Por qué es tan complicado? —musitó, pensando en la relación de Dom y Claudio.

—Porque ellos han querido complicarse, bambina.

Suspiré mucho mucho y deslicé dos de mis dedos por su mejilla, mimándola con ternura y sintiendo su contacto.

Agneta y mi Carlo vivían la vida loca. Con la cantidad de tiempo que había tenido libre desde que me marché a Gualey, había sido informado por ambos de que no les paraba la pata en el palacete, el cual ya habían arreglado y conformado a su gusto. A fin de cuentas, Carlo llevaba casi toda su vida viviendo en la casa de al lado, por lo que no le suponía mucho moverse de sitio. La parte que no quería ver del terreno se convirtió finalmente en una piscina de enormes dimensiones, a la que acudíamos muy pocas veces. He de decir que la relación con Agneta mejoró, pero todavía necesitábamos nuestro tiempo, y lo entendía.

—Rafael está esperándome para que le dé una paliza al póquer —murmuré, colando mi mano por su nuca hacia arriba—. Pero si tú quieres, le digo que tenemos planes, que estás indispuesta y...

—Mmm... —ronroneó, y me cortó la respiración ver esos labios gruesos entreabiertos—. Y te vas a jugar con él, que nos marchamos la semana que viene.

Le mostré mi perfecta dentadura y enmarcó mis mejillas para besarme con gracia y muchos piquitos. Las niñas revolotearon en el vientre de su madre mientras las tres chiquillas de la aldea reclamaban su atención. Se separó de mí con una sonrisa en los labios y añadió:

—Ve acostumbrándote.

Resollé de broma, instante en el que escuché el rugido de un coche a mucha velocidad. Los aldeanos señalaron la dirección del vehículo y me vi corriendo, con el corazón en la garganta, en busca de Adara, que solo se había alejado dos pasos de mí. Al girarme, ya tenía a Rafael con mi pistola en la mano. Me la lanzó y cargó la escopeta que también le habíamos traído; a él y a varios de los hombres de la aldea.

—¿Qué ocurre? —me preguntó mi bambina, colocándose detrás de mí.

—No lo sé.

Me giré al escuchar el clic de una navaja, y negué con la cabeza al comprobar que había abierto la misma que yo le regalé, la cual sabía usar a la perfección desde hacía meses.

El coche se detuvo derrapando a dos metros de nosotros y suspiré al ver que quien desmontaba era Angelo y mi hermano Valentino. Cerró de un portazo que casi se llevó la puerta. Angelo, no. Angelo iba como siempre, viviendo la vida como si fuese con un tripi todo el día.

—¡Amigos! —exclamó en voz alta, pero los aldeanos lo miraron muy mal.

No habíamos podido llegar a un acuerdo con los órganos que Dante vendió, pero sí que le dimos su parte y la situación entre nosotros pareció estrecharse más, o por lo menos lo veía más centrado en aliarse con alguien y en no ser un picamierdas. Negué cuando palmeó mi espalda y asomó la cabeza para saludar a Adara. Esta lo amenazó a punta de navaja, todavía resentida con él:

—Ni se te ocurra —le advirtió.

Angelo elevó las manos al cielo e hizo como que no tenía importancia, aunque en realidad trataba de ganarse el perdón de Adara casi a diario. Incluso le mandaba mensajitos con chuminadas, con el fin de entablar una conversación con la griega y que se ablandase. Sin embargo, la tía parecía de piedra y no cedía.

—Tenemos problemas —añadió Valentino, besando a mi mujer.

Pensé que la noticia de que la niña iba a llamarse Valentina se la dábamos mejor otro día. Otro coche aparcó detrás instantes después.

—Odio esa palabra —renegué con cara de pasa.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Enzo, saludando y llegando a nuestra altura.

Adara se colocó a mi lado. No esperaba la visita, y juro que casi me dio un puto infarto cuando lo vi aparecer con mi hermano. En el mismo coche.

—¡Tú! —Abrí mucho los ojos. Mi bambina se tiró a sus brazos.

Valentino puso cara de hastío y se separó mucho, porque el visitante venía acompañado de cierta morenita que le caía muy mal. Romeo se adelantó de inmediato para llenar de besos a su piccola.

—Tiziano —me saludó, soltando a Adara tras tocar su vientre.

Lo señalé con el dedo.

—Te dije que yo no trabajaba para la poli. Así que mueve tu culo y olvídate de mí, Aarón.

Su suspiro no me indicó nada bueno. Yo ya me giraba para sentarme en el asiento de conductor con mi amado Rafael. Miré al anciano, que alzó una ceja, con la escopeta en la mano.

—No quiere nada más que complicarme la vida. ¿Te das cuenta?

—Estoy de acuerdo —cizañó el viejo, colocándose el puro en la boca.

Los pasos de Romeo se me antojaron lentos y pesados. También augurando una conversación que no iba a gustarme, como, por ejemplo, que se me habían acabado las vacaciones.

—Han secuestrado a Natsuki Tanaka, la japonesa.

—Su problema es. —Moví la mano, encendiéndome un cigarro. Repartí las cartas entre el señor Rafael y yo, aunque tenía las antenas puestas en todos lados, como en que el comité se había arremolinado a nuestro lado, incluida Adara, que había abierto mucho los ojos tras esa información.

—Nos han hackeado los servidores de la brigada y...

—No trabajo con la poooliiii —canturreé, y Aarón se llevó las manos al puente de la nariz, callándose.

—Van a por Arcadiy —apuntó Romeo, extendiendo el silencio. Alcé los ojos, soltando las cartas al escuchar la alarma y la metralleta de preguntas llamada Adara. Me quité el cigarro de los labios, a la espera —. Y después vendrán a por mí.

Valentino gruñó cuando Beatrice se aproximó y lo rozó. Ella lo miró muy mal, y yo ahí seguía viendo un romance. Miré a mi bambina para preguntarle con los ojos que si veía lo mismo que yo. Adara asintió y

sonreí. Nadie nos entendió, pero sí que nos miraron todos.

—Me cago en tu puta madre, Romeo —gruñí tras un extenso silencio—. Y en los muertos de tu padre —rematé.

—A la mamma no... —me advirtió Valentino, y lo miré furibundo.

Beatrice se dignó a separar sus labios:

—Necesito encontrar a Domenico. Y tú eres el único que puede decirme dónde está.

—¿Y por qué tendría que darte yo esa información, retaquillo? —Había suavizado el tono porque la cabrona me caía bien, encima.

Tomó una fuerte respiración y soltó el aire, mirando al frente. Dos segundos fueron suficientes para que me prestase atención de nuevo.

—Porque hemos recibido información de Ximena. Stefano le ha contado que Nicole está viva.

—Y también nos ha llamado Mia Lombardi —añadió Valentino, y esa vez fue Romeo el que gruñó—. Stefano los ha amenazado. Debemos devolver el favor y, por ende, tenemos oportunidad de terminar con los Rinaldi para siempre.

Cerré los ojos un segundo y me armé de paciencia para responder, porque ya estaba embotado de tanta información y tantos cabos sueltos. Adara me contempló expectante, a la espera de que dijese algo. No esperaba que la familia de sicarios de los Lombardi apareciese tan pronto, pero, por lo que se veía, necesitaban ese favor con bastante urgencia.

—¿No veis que estoy de vacaciones? —les pregunté sin darle importancia.

Un suspiro a lo grande se escuchó, excepto por Enzo, que se partía la caja. Claro, él no tenía problemas. Los demás se encontraban expectantes, nerviosos e impacientes por que les diese una respuesta.

—Eres el capu, piccolo —me recordó Romeo—. Y tienes que decidir qué hacemos.

El capu.

Bendito el día.

Adara se aproximó a mí cuando extendí la mano y la senté sobre mi regazo, con cuidado de no hacerle daño porque el asiento era muy bajo. La miré a los ojos y apoyé mi frente sobre la suya.

—Señora del capu, ¿qué hacemos? —le pregunté bajito, aunque todos me escucharon.

Ella sonrió con verdadero amor. Mesó mi cabello con mimo y tiró un poquito de él, para terminar dándome un beso largo en los labios. No quise que ese contacto se acabase, pero teníamos un público al que atender, como los famosos.

—Primero vamos a preparar la comida. —Se giró de cara a los

demás, sin soltar mi cuello—. Y como parece que los problemas nos persiguen, decidiremos por dónde empezaremos.

Conformes, asintieron y se replegaron por la aldea, dándonos una privacidad que necesitábamos pero que Rafael no nos cedió. Lo miré de reojo, viéndolo sonreír. Se colocó unas gafas de sol más chulo que un ocho, cortesía del italiano siciliano que tenía a su lado, y juntó sus manos tras soltar las cartas. Apresé a mi bambina con más fuerza.

—Usted que es clarividente y un poco brujo, ¿qué se supone que hacemos a continuación? —le pregunté.

Sonrió, mostrándome aquella boca inexistente de dientes, excepto uno.

—Si te lo digo, no lo descubrirías por ti mismo, diablo. Eres un hombre sabio, y los Sabello nunca se aburren. Estoy seguro de que acertarás en tu elección.

Entrecerré los ojos, aunque me perdí en la supuesta adivinanza que me pareció aquello, porque de Rafael podía esperarse de todo, que el mamón nunca fallaba. Busqué el contacto de mi bambina, aun con mis manos entrelazadas en su cintura, y la estrujé con mucha fuerza.

—Siempre conmigo, bambina.

—Siempre contigo, bambino.

No sabía qué nos depararía el futuro, pero lo que sí tenía claro era que los Sabello éramos los Sabello, y nos comeríamos con patatas a cualquier hijo de la gran puta que se atreviese a irrumpir en la calma de la Nostra Famigghia.

¿Fin?

Los hermanos Sabello tienen mucha historia que contar...

¿Continuamos?

Agradecimientos

Es, quizá, una de las trilogías de las que más me ha costado despedirme. Las lágrimas ni siquiera me dejaban ver el teclado para poder cerrar un epílogo como el que os merecéis, y he tenido que obligarme a parar y tranquilizarme antes de ser consciente de que mi Tiziano y mi Adara me dejan definitivamente para volar muy muy alto. Porque yo sé que su historia tiene que llegar muy lejos. Han sido unos personajes de diez que jamás podré apartar de mi vida ni de mi mente, y aunque sé que me quedan Sabello para rato, ellos nunca se marcharán de mi lado. Debo darle las gracias infinitas a la serie Diamante Rojo, porque, sin ella, Tiziano y Adara nunca hubiesen existido.

Voy a dar las gracias de manera generalizada, aunque siempre me extiendo más de la cuenta en mis explicaciones, como es obvio, ya que no me gusta dejarme a nadie en el tintero. Evidentemente, a mi madre, Mercedes, y a mi hermana Patricia, porque siempre han estado las primeras, se tercie el proyecto que se tercie.

A mis niños y a mi compañero de viaje, Luis, por intentar entender que la mami/ tata tiene que trabajar y necesita mucha concentración. Ojalá, lo pido de corazón, algún día lleguéis a entender lo maravilloso que es el mundo de las letras. Os amo con todo mi corazón, mi bonita piña.

No puedo dejarme atrás al gran equipo editorial de Entre Libros que siempre siempre apuesta por mis locuras, y en este caso quiero darle las gracias a grandes personas que trabajan con nosotras en este mundo literario: Rebecca, Jùlia y Giulia, por apostar hasta el fin del mundo por la Skay.

A mi correctora, Carol Santana, por darme las fechas y ser la que me aprieta las tuercas más que nadie. Eres brillante, mi niña. Gracias por apostar hasta el infinito y más allá.

Tengo que hacer unas menciones muy especiales en esta parte, porque son personas que me han aportado casi la vida y el aliento que

necesitaba con esta historia.

Mi Noelia Medina. La magia de conectar, la suerte de coincidir. Esas somos tú y yo. Locas, quejicosas. Con nuestros achaques y nuestras risas desquiciadas. Con nuestras ganas de comernos el mundo y levantarnos cuando nos derrumban. Gracias por formar parte de mi vida. Te quiero muchísimo, y no alcanzas a saber lo importante que eres para mí. Aquí dejo escrito para el mundo que Tiziano tiene una parte que te corresponde. Ja, ja.

A mi Bea, mi gitanilla no gitana. Sobran las palabras de todo lo que tenga que decirte, pero durante esta historia has sido mi apoyo constante cuando decaía, cuando inventaba, cuando te volvía loca con los espóiler, cuando esperaba tus audios con nerviosismo para ver si habías sentido lo mismo que yo, y me daba cuenta de que hay un hilo rojo del destino que nos tiene cogidas del pie. Te quiero, mi niña. Busca tu puto equilibrio, ahora y siempre.

A mi Lola Pascual, un infinito monumento para esta mujer luchadora, valiente y tan optimista que ha querido siempre a sus chicos malvados por encima de todo. Gracias por aportarme tanto, por quererme de esa manera incondicional y por cruzarte en mi camino. Eres muy especial para mí, nunca lo olvides.

Quiero hacer una especial mención a mi Ma, Ma Mcrae, por estar ahí. Por existir. A mi gemela de madre separada, mi Carmen Delgado, por seguir a pies juntillas mis pasos. A mi Pat Lescure, por ser tan loca y bonita, por esa sonrisa y ese aplomo de estar siempre al lado de la Skay. Por supuestísimo, no puedo olvidarme de una persona muy especial, mi Sara Maher.

En medio de esta locura Tizianil, se ha formado un ejército Tiziano del que estoy enamoradísima y al que le agradezco infinito ser legítimas amigas de Tiziano y Adara. A mi loquísima Montse; a Sara (Cazadoras de libros), por esos montajes y esas ideas tan locas en Instagram; a Irene (Heiwa books), por tus audios de risa/lloro tan emotivos y por toda la pasión que desbordas, como el resto de las chicas especiales: Clau (booksbyclau), mi Herminia (Steffany Kennels), Vero (Libros igual a magia), Onintza (de esas islas tan bonitas como lo son Las Canarias), Mireia, de @thealicebooks, por darme ese bonito regalo indirecto de llamar Adara a tu pequeña, y a todas las que conformáis nuevas villanxs o antiguxs provocadxs, por seguir todos y cada uno de mis pasos con tanto hincapié.

A mi abuela Zari, como siempre por ser devoradora de libros y demostrar que, si se quiere, se puede. Y a mi guía que brilla en el cielo desde hace años, mi abuela Ángeles. Nunca te olvido.

Gracias y gracias por formar parte de esta locura, por permitirme

entrar en vuestras mentes con mis historias y por hacer que cada una sea más importante que la anterior. No me faltéis nunca.

Se os quiere.

Angy Skay

Agradecimientos infinitos

A todas esas personas que han apostado por Tiziano y Adara desde el inicio hasta el fin, gracias por ser de mi equipo villano.

A J.T Mary de @read_j.t.mary, Vanesa Castro, Paz Gasteiz, Mary Garcia Garcia, Maria José Gomez Murillo, Beatriz Maldonado Perona, Susana Jiménez García, Esther Garcia, Alejandra Romano, Monica Dominguez, crisma1959, Rocio Navarro Montoya, Esther Asencio-perez, Sisa Lancho, Marta Daniela Portillo, Chrissana Roy, Silvia Segovia, Monica Montero Gudiño, Trinidad Cepillo Guillamon, Idianis Salazar, Angela Ruminot Araneda, Lidia Madueño, Eva María Córdoba González, Enri Garcia Gomez, Lidia Hernandez Gonzalez, Silvia Bravo, Tamara Cabello, Susana Viola, Sheila Y. Ramirez, Loly Cano Mazuela, Maria Luisa Gilabert Carrilero, Ada Starry, Viridiana Argaez Gonzalez, Viviana Pinedo Rojas, Adriana Pérez, Nomish Arias, Yanu De Jesús, Araceli Muñoz, Maria Avila Barberán, Amacecer Radiante, Jennis A Ureña Roman, Mariana Muñoz, Isabei Cruz Rios, Alba HV, Lo Lore Lorena, Gabriela Cartagena, Salud Lpz, Pucha Fernandez, Sandra Ripoll Clemente, Juani Mur, María Rosa Fuentes Barroso, Gema Pilar Polo Sanchez, Patricia Cortes Bermudez, Narad Asenav, Aurora Mañez Paredes, Patricia Lopez Cordero, Montse Conejo, Nati Rivero, Anitxu Mosteiro, Ruby Navas, Esther Andjar Diaz, Giovana Burquez Quiroz, Fati Reimundez Álvarez, Mushu Juanana Tarmelán Lake Cullen, Lola Pascual, Ascensión Sanchéz Pelegrin, Patricia Muñoz, La biblioteca de Pat, Melissa V. Novoa, Angela lectora Voraz, Laura Castro, Miriam Villalobos Méndez, Heiwa Books, Andrea BB, Vero de Libros igual a magia, Nuria Daza, Nahya Mcgibbs, Moonnrew, Jessica Gelabert, Elisenda Fuentes Juan, Booksbyclau, Sara Cazadoras de libros, Ana Blanca, Coraline Bookland, Estibaliz Molina, M Lourdes Andrés García, Eduarlyschacin25, Yashairaivonn, Mily.miranda.716, Ainoapez5, Lauraalaar, Avictoriaot, Lashojasmagicas, Solzalher, Arantxa Vilches, Kritina.kar, María José Quiles, Rhoda.ann, Portos713, M_v3ro, Maribel Hidalgo, Rachel.cjr, María María

Randolfe, Isa Vilches, Mariajose.rodriguez.7547031, Anainesfernandezprieto, María Vargas, Silvianatalie24, Rodriguez.africa, Carla Cornejo, Mily.miranda.716, Laiaraull, Pazita1984, G_2589, Val_jim_, Sanpecarh, Yinith27, Noeliagomezcatoria, Tania Negrín, Mireia de @thealicebooks, Rm_cris, Silvia Garaz, Rox Parraguirre, Elya_6, Sandra Rodriguez Sánchez, Elianagonzalez.q, Yessica Alejandri, Montbdn, Keka Sariego Domínguez, Onintza1989, Vani Ferrufino de Argentina, Cristina Pastor, Bibiana Méndez, Pamarin85, Dorcas Montañés, Mabi Morelos, Hoyomari, Valentinak.douglas, Floresol6, Davidbety78, Saralluva, Bego.rubia, Goloria Morales, Arlen Oviedo, S.J García, Juli201108, Mari_diaz_ro, Aida S, Raquel Morante Morales, Miriam Hernández, Lectura_con_cafe, Siempreleyendoydesconectando, Margledys Bravo, Katherin Loaiza, Lucy Moon, Elena Rodas, Lelescoca, Susana Guerrero, Mariu Barberá, Mariana Casas, Carolina Domínguez, Ángela Halcón, Vanessa González, Andrea Ascensión, Isabella Figuera, Encarna García Pérez, Isabel Romero, Reymanoli14, Mayra Lazo, Montse García Palomo, Charo_Berrocal, Vanesa Estupiñan, Merche Cortes, Ydrosario, Carolinesarai, Marisagarcia683, Sofiagabrielatapia, Angelica Blanco Gil, Irene Rodriguez, Claudia Marro, Sabrina Roca, Vanessa79, Johannamartinez8895, Estefanía L. Carricarte, Laehf2, Rita Seoane, Noemí Orgaz, Judith Beltrán, T. Neira Fernández, Bree Rico, Olaiber, África Pastor, Tamara Gómez, Rebeca Castillo, Esther Cayuela, Mari Hoyos, Mariafranlier, Mari Carmen Castro, Mónica Cuesta, Alejaandraaglezz, Ángela Vidal, Nayitalo, Murillog99, Lauramelvis, Ainhoa de @theartofbooks8, Paola.bet1425, Isa Ramos, Esmeralda Nolasco, Sabina G Fernández, Patricia Guzmán, Paola Morales, Helen Olivera, María Alejandra Caraballo, Katherin Zea, Cynthi91, Mamiazulalexymarcos, Noelia.p.75, Camikaze, Patricia Fajardo, Pepa Díaz, Josefina García, Alixbdm, Judit Hernández, Mónica Gallardo, Esme Barrera Morgado, Cristina Oria Sánchez, Rocío Martínez Caballero, Lourdes Romero, Rocío Vera, Almudena López, Marilo Jiménez, Ana Mejido, Candycandy_95, Alejandra González, María José Velilla, Iluna1970, Valeria Quintana, Gemmapastormateo, Rosa María González Vega, Cris Bermejo, Lizeth Rozo, Bárbara Reyes, MCAC, Eva Pulido Rubio, Eli Maleny, Yohero57, Deliagoca, María José Díaz, Núria Barroso, Jennisurena, Noemicostilla26, Alopezskiara85, Cristina Martínez, Noelia Marchante Lidón, Katherine Valbuena, Tereferbal, Julieta Díaz, Brightlight_2021, Memoriasdemisssamsonite, Wendis Martínez Chibas, Shalor Arbelaez, Maica Muñoz, Beatriz Cruz Cari, Carolina.quezada.902, Beiita_93, Yuliana Rodriguez Ramírez, Mrsbooksreader, Nelafer79, Begoña Sánchez, Patricia Grabowski,

Katty Sierra, Mirian Sánchez, Eva Rodriguez10, Solzalder, Mily Miranda716, Jacquelinev, Peña Zorrilla Garrido.

Angy Skay

Tu opinión me importa

Llegados a este punto, voy a pedirte toda la fuerza que los escritores necesitamos para seguir adelante, para encontrar ese pequeño hueco en un mundo tan grande como lo es la literatura. Si puedes y quieres, no olvides dejar tu valoración en cualquier plataforma, o dejarme tu opinión en las redes para que pueda ver si de verdad esta historia ha transmitido lo que pretendía.

Gracias infinitas.

Angy Skay

Biografía de la autora

Angy Skay, Valladolid de 1990.

Autora superventas con la serie Solo por ti, Diamante Rojo y Mi obsesión que, actualmente, dispone de dieciocho novelas publicadas.

En la actualidad reside en Almería. Es trabajadora en el mundo de la literatura como editora, y tiene un Máster en Edición y Gestión Editorial con la Universidad de Valencia y el Grupo Planeta. El cine es su pasión y es lo que la llevó a terminar su formación como guionista, donde ya comienza a tomar las riendas con nuevos proyectos. Es madre de tres pequeños y estudiante a tiempo parcial. Hace un tiempo decidió expulsar de su mente la cantidad de historias que nacían en ella y comenzó a teclear con brío, dada su capacidad innata para escribir y desarrollar tramas.

Le encanta leer, el cine, el riesgo, las locuras y, sobre todo, luchar por lo que más aprecia del mundo de las letras: sus libros. Tiene debilidad por los personajes malos y, a pesar de ser una loca enamorada de la romántica; la acción, el humor y el erotismo siempre persisten en sus novelas.

También tiene escritas cuatro novelas más a cuatro manos. La serie Mafia de tres, junto a Noelia Medina.

En la actualidad, cinco de sus series ya han sido seleccionadas con la finalidad de intentar llevarlas al plano audiovisual: Solo por ti, Diamante Rojo, Tiziano, Mi obsesión y Mafia de tres.

Sigue a la autora en sus redes
@angyskay
angyskay.es

Notas

[←1]

Señorita.

[←2]

Personajes ficticios de la trilogía Mi obsesión.

[←3]

Mierda.

[←4]

¡Cabrón de mierda!

[←5]

Cabrón, idiota.

[←6]

¡Cierto!

[←7]

Buenos días, chica.

Table of Contents

Cover Page
Famigghia La salvación del Capo
1
Destrozando mi vida
Adara Sabello
2
El despiste
3
El número trece
4
Histeria, locura y yo
Tiziano Sabello
5
La fuerza del amor
Adara Sabello
6
En el punto de partida
Tiziano Sabello
7
Planes distintos
Adara Sabello
8
Sálvese quien pueda
Tiziano Sabello
9
Hogar, dulce hogar
Adara Sabello
10
Mi bambino
11
Ni mil perdones serán suficientes
Tiziano Sabello
12
Nos vamos a casa
13
La dura realidad
Adara Sabello
14
Un payaso
15

Mis objetos más preciados
Tiziano Sabello
16
Te la devuelvo
17
La mujer de un capu
Adara Sabello
18
Antonella... Rinaldi
19
El mundo de la oscuridad
20
Resolviendo problemas
Tiziano Sabello
21
La recolecta
22
El escáner bomba
23
Otros negocios
Adara Sabello
24
Descubriendo a Nicole
25
La casa fantasma
Tiziano Sabello
26
Por las dos caras
27
Los años y la vida
Adara Sabello
28
Tu nuevo futuro
29
Había una vez un soplón
Tiziano Sabello
30
El impulso de mi vida
Adara Sabello
31
La genia de la lámpara
32
La Sagrada Biblia
33

Un problema multiplicado por dos
Tiziano Sabello
34
Amor de hermanos
35
Un te quiero infinito
36
El mejor día de mi vida
Adara Sabello
Epílogo
Tiziano Sabello
¿Fin?
Agradecimientos
Agradecimientos infinitos
Tu opinión me importa
Biografía de la autora